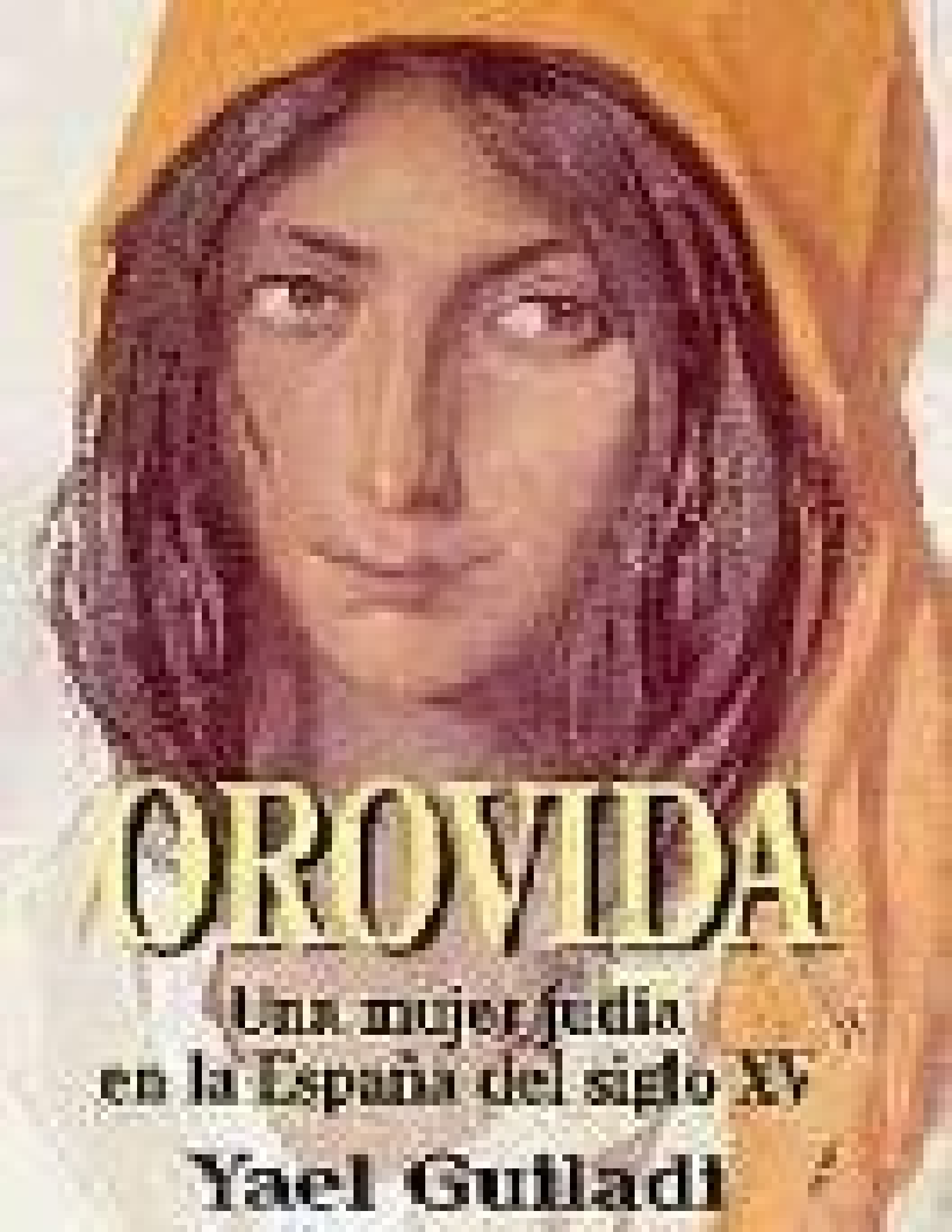


ORO VIDA

Una mujer judía en la España del siglo XV

Yael Gulladi

Orovida: una mujer judía en la España del siglo XV

Yael Guiladi

PLANETA De AGOSTINI

OceanofPDF.com

Colección Novela Histórica de la Edad Media
Director editorial: Virgilio Ortega
Coordinación: Pilar Mora
Diseño cubierta: Hans Romberg
Realización gráfica: Jordi Royo

Título original: *Trop belle Orovida*
Traducción: Manuel Pereira

© 1985, Éditions Pygmalion / Gerard Watelet, París
© 1996, de la traducción: Manuel Pereira
© 1996, Edhasa
© de esta edición
Editorial Planeta-DeAgostini, S.A., 1999
Aribau, 185. 08021 Barcelona
www.planetadeagostini.es

ISBN: 84-395-8252-8
Depósito legal: B. 41.362-1999

Imprime: Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Distribuye: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A.
Carretera de Irún, km 13,350
variante Fuencarral — 28034 Madrid

Printed in Spain — Impreso en España

OceanofPDF.com

A mi marido,
en memoria de su indomable espíritu.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi más sincera gratitud al profesor Haim Beinart, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, por haberme permitido desarrollar libremente esta ficción a partir de sus investigaciones sobre la historia de los judíos en España, y por apoyarme con entusiasmo en la realización de la presente obra.

Y también a Miriam ben Haim y a Ruth Forter, del Museo de la Diáspora de Tel-Aviv, por haberme orientado en la consulta de los archivos; y a Peter Schweig, bibliotecario de la Universidad hebraica de Jerusalén, por sus sabios consejos, así como a Ben-Zion Yehoshúa, exdirector de Magnes Press, Jerusalén, cuya ayuda fue inestimable.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

DON DAVID

OceanofPDF.com

I

Casi en contra de su voluntad, don David Villeda estaba emocionado. ¿Acaso Dios en persona, con una leve caricia, derramaba la perfección sobre el conjunto de su creación a fin de exaltar el triunfo de Isabel y Fernando? Resplandecía un sol primaveral y el aire estaba impregnado del perfume de mil jacintos, al parecer destinados a abrirse ese mismo día, para ser esparcidos al paso de la soberana victoriosa y de su regio esposo. Las piedras doradas de la ciudad fulguraban, al igual que los rostros de sus moradores, impacientes por ofrecer un recibimiento digno de sus huéspedes. Desde el amanecer, las escarpadas y sinuosas callejuelas de Toledo zumbaban de animación. Los primeros en manifestarse fueron los mendigos. En aquella jornada de júbilo, un buen sitio en la plaza de la catedral podía significar víveres y vestidos para semanas, incluso para los meses venideros. Luego fueron los buhoneros, quienes instalaron sus tenderetes a lo largo del recorrido del cortejo. Más temprano que de costumbre, los postigos se abrieron dejando ver a lozanas doncellas de ojos azules, que se apresuraban por engalanar con guirnaldas y cintas multicolores sus balcones de hierro forjado. Enrollando y entrelazando delicados tallos y brotes, lanzaban provocativas miradas a los mancebos que entraban al galope en la ciudad para asistir a la fiesta. La melodía traviesa de los flautines, el redoble de los tamboriles y las suaves notas del caramillo, se elevaban por doquier, sobrevolando el estruendo: últimos ensayos de los músicos de la ciudad. Toledo se llenaba de una muchedumbre alborozada: la procesión ordenada por Isabel y Fernando para celebrar su victoria sobre los portugueses iba a comenzar.

Abstraído en sus pensamientos, contemplando a sus pies al pueblo congregado en la plaza de la catedral, don David no advirtió la llegada de su esposa quien, como de costumbre, vino a sentarse a su lado, detrás de la ventana de doble batiente con parteluz. Sólo tomó conciencia de su presencia cuando ella, posando suavemente una mano sobre la suya, interrumpió el tamborileo de sus dedos en la delgada columna que dividía en dos arcos el ajimez. Bajo su aparente calma, intuyó la excitación que provocaba en su compañera aquella atmósfera festiva. Aun

comprendiéndola, no podía compartirla. Para la España cristiana, la victoria de Isabel y de Fernando significaba el alba de una nueva era. Nunca más, ni los portugueses en el exterior, ni sus aliados —los nobles rebeldes— en el interior, osarían dar su apoyo a la reivindicación al trono paternal de la Beltraneja, hija bastarda del difunto rey Enrique IV. Nunca más osarían poner en duda el derecho de la hermana de Enrique al trono de Castilla. Más de diez años de implacable guerra civil, intrigas palaciegas, inestabilidad y anarquía llegaban a su fin. La determinación que habían demostrado la joven reina y su esposo, el príncipe Fernando de Aragón, rechazando la invasión portuguesa en la batalla de Toro, mostraba a las claras su modo de gobernar: los días de indecisión e indisciplina, plagas que Castilla sufrió tanto tiempo, habían pasado. Cuando por fin el viejo padre de Fernando, Juan II de Aragón, fuera llamado al reposo eterno y los reinos de Castilla y Aragón se unieran, ¡qué temible pareja formarían esos dos jóvenes monarcas! Sí, a decir verdad, el porvenir parecía prometedor para los cristianos de España en aquella bendita mañana de 1476. Pero él, don David, no era un cristiano y los presentimientos lo asaltaban.

—¡Oh, mirad, David, qué bello es! —exclamó Orovida con los ojos iluminados por un tenue resplandor mientras señalaba al que tocaba el caramillo, quien arrastraba tras de sí de comparsa a floristas y pescaderos, zapateros remendones y curtidores, herreros y guarnicioneros, tejedores y alfareros, todos los gremios entremezclados, apretujándose a lo largo de la callejuela que descendía desde la plaza principal hasta la catedral.

—Sí, tenéis razón —asintió don David, admirando también el buen aspecto del flautista, cuyas largas y bien torneadas piernas —una pernera escarlata y la otra, blanca— danzaban ágilmente al compás de su música, desplegando los pliegues de una voluminosa túnica gris tórtola ceñida al talle por un cinturón plateado. En su cabeza se balanceaba, de izquierda a derecha, un sombrero cuadrado, de terciopelo púrpura con incrustaciones blancas. Detrás venía un grupo de humildes tenderos, seguidos por los artesanos más acomodados, estañadores y orfebres, quienes precedían a cierta distancia el pendón real de Castilla y León. Enarbolado orgullosamente por el portaestandarte de la reina, el emblema rojo y oro de los castillos y los leones centelleaba al sol, llevado en triunfo por la ligera brisa primaveral. Por último, en el lugar de honor, los ricos burgueses mezclados con ilustres laneros, vestidos de etiqueta, cerraban la marcha con una dignidad solemne, llevando en alto refulgentes antorchas.

—Me hubiera gustado veros entre ellos —murmuró Orovida al verlos pasar.

—¿De verdad? ¡Eso no parece cosa vuestra, vos siempre tan tímida, tan reservada!

—Hoy no es un día cualquiera. Sois el más grande lanero de Castilla: ¡vuestro sitio debería estar ahí!

—No tengo ninguna necesidad de tales honores. Los grandes de este país, siempre que me han buscado, me han encontrado.

—Seguro —asintió Orovida, en parte porque decía la verdad, pero sobre todo porque no acostumbraba a poner en duda sus palabras.

Doce años más joven que él, al desposarse, apenas era algo más que una chiquilla y había crecido adherida a él, como una tierna hiedra enlazada al tronco de un árbol.

Entonces, saliendo de sus reflexiones, y para mostrarle su afecto, David posó una mano en su cuello, sin dejar de contemplar el desfile de sabios, prelados y nobles del reino.

—¡Qué altivo aspecto tiene Álvaro de Portela con sus insignias de Comendador de la Orden de Calatrava! —no pudo dejar de confesar—. Un hombre de espíritu verdaderamente noble. ¡Vaya, ahí también está Andrés!… —Pero súbitamente se calló, pues los clamores de la muchedumbre cubrieron su voz—: «¡Viva la reina! ¡Viva la reina!».

Con un vestido de brocado blanco adornado con bordados de castillos y torres doradas, un manto de armiño cayéndole por los hombros, Isabel cabalgaba con regio orgullo un palafrén también color nieve. Estaba radiante. Dos pajes llevaban la cabalgadura engualdrapada por la brida incrustada de piedras preciosas. Sobre sus cabellos de reflejos cobrizos ceñía la corona de san Fernando y, alrededor del cuello, brillaba con mil fulgores el collar de perlas y rubíes, prueba de amor de su querido Fernando. El famoso collar… meditaba don David mientras contemplaba el centelleo de piedras granates bajo los rayos del sol. Sin embargo, lo que más le impresionaba no era el esplendor de la aparición de la reina, sino el inflexible espíritu de decisión que parecía animarla. En cambio, cuando se acercó a la catedral, una expresión de profunda humildad apareció en su rostro, y todo su cuerpo se puso extrañamente tenso. Hubiérase dicho que dos fuerzas la habitaban: una salida de lo más profundo de sí misma; la otra, emanada de una fuente sagrada en la que creía con devoción, como si estuviera unida a ella por un deber de servidumbre.

Una vez más, David se sintió molesto. El primado de España, en su casulla azul pálido y plata, resplandeciente, pero sin ostentación, esperaba a la pareja real bajo el pórtico de la catedral. Solemnemente, les hizo franquear el umbral, y las prístinas voces de cien monaguillos entonaron sus alabanzas al Señor.

—¡Este sabor agreste de Extremadura es inconfundible!

David bebió otro sorbo de vino de la copa de plata cincelada, y paladeó su aspereza antes de proseguir:

—¿No es demasiado ácido para vuestro paladar, querida?

—En absoluto. Esto es lo maravilloso del vino de Francisco: es afrutado, sin ser rasposo. ¡Cuán amable es acordándose de nosotros cada año! Creo que siempre os agradecerá el haberle permitido emprender una nueva carrera en Toledo. Pero me pregunto por qué no nos envía más aceite de oliva…

—Supongo que López ya tiene una edad demasiado avanzada para cuidar él solo de la propiedad. Es una lástima. ¿Os acordáis? Era un lugar encantador…

¡Oh! Cómo habría podido ella olvidar aquellos maravillosos días de pasión, antes de la peste…

—Sí, me acuerdo.

—¿Un poco más de vino?-ofreció David a su esposa.

—No, querido mío, gracias, por ahora es suficiente.

—¿Entonces un poco de naranja confitada? —propuso él con deferencia, presentándole una bandeja de plata colmada de su golosina favorita.

—A eso no puedo negarme.

David llenaba de nuevo su copa cuando un ligero golpe se dejó oír en la puerta. José, el viejo sirviente de la familia, entró.

—Don Andrés de Ribera —anunció.

Pero antes que David tuviera tiempo de decir: «hágalo pasar», Andrés ya estaba allí y los dos hombres se abrazaron cordialmente.

—He venido tan pronto como he podido liberarme discretamente —exclamó Andrés, retrocediendo un paso para examinar a su amigo con atención— No has cambiado nada —continuó afectuosamente, antes de volverse hacia Orovida.

—Vos tampoco, querida niña.

Tomando en la suya la frágil mano de la mujer, la contempló largo rato, y estuvo a punto de añadir algo pero, cambiando de parecer, se dirigió hacia el joven que lo escoltaba.

—No creo que ustedes se conozcan: Orovida, os presento a Jufré del Águila, mi hombre de confianza. David ha debido hablaros de él. Acuérdate, David —continuó, complaciendo a su amigo con una palmada en el hombro—, acuérdate de aquella noche en que, cual tres conspiradores sentados alrededor de la chimenea, tú nos revelaste los secretos más íntimos de la familia de los laneros. ¡Quién sino los Villeda hubieran podido descubrir unos senderos de montaña tan aislados que permitieran encaminar su valiosa mercancía desde Aragón hasta Castilla! ¡Ni siquiera los salteadores de caminos hubieran podido descubrir aquellas travesías! ¡Y sin nuestro Jufré —le explicó a Orovida— tampoco nosotros los hubiéramos descubierto, y el príncipe Fernando jamás habría podido pasar sin riesgo desde Tarazona a Soria! ¡De modo que no hubiera podido acudir a su cita con Isabel, su futura esposa, y nosotros no estaríamos hoy aquí celebrándolo!

—¡Tienes razón, brindemos a su salud! ¡José! —llamó David—, tráiganos las copas de oro y más vino del de Francisco. ¿Cómo está Beatriz?-le preguntó a Andrés.

—Más consagrada que nunca a Isabel. Desbordada con todo este trajín, claro está, pero ardiendo en deseos de veros esta noche en el banquete real. ¿Confío en que no defraudaréis por mucho más tiempo su espera?

—Lamentablemente, me temo que sí.

—¡No es posible! ¡Ella os echará mucho de menos, y yo también!

Andrés conocía el perseverante deseo de David de permanecer en la sombra, su reiterado rechazo de todos los honores. Lo interpretaba como una manifestación del carácter reservado de su amigo y, a la vez, como una manera peculiar de mostrar su superioridad. Pese a todo, hubiera querido verlo abandonar esa actitud con motivo de una ocasión tan excepcional. Naturalmente, si Orovida hubiera sido de una naturaleza más expansiva, probablemente David, para contentarla, habría aceptado, pero ella parecía tener tan poco deseo de mezclarse en la vida social como su esposo… De modo que Andrés no insistió. Por otra parte, el propósito de su visita era otro. Levantando la copa que David le tendió, simplemente dijo: «¡Por los tiempos pasados y por el futuro!».

Luego bebió un larguísimo trago de vino, y agregó:

—¡Lo necesitaba!… Con ese gentío por todas partes, y el calor sofocante de la catedral…

—Siéntate y descansa un poco —propuso David juntando una pila de cojines para prepararle un rincón cómodo frente a la ventana.

—Aquí se está bien —aprobó Andrés agradecido mientras se instalaba — Si creéis que es fácil ser el chambelán de Fernando en los tiempos que corren, os equivocáis, aunque, hay que admitirlo, el cargo tiene sus compensaciones. Evidentemente resulta provechoso estar al corriente de todo lo que pasa en el reino.

—¿Y qué es lo que pasa en el reino? —preguntó David.

—Pues bien, ¡el orden va a reinar, mi viejo amigo, por fin el orden! Y será impuesto tanto a los barones insumisos como a las ciudades sediciosas, por igual a los mercaderes defraudadores como a los criminales impunes. El país va a ser pacificado, la justicia restituida y sus decisiones aplicadas. A partir de ahora, habrá una sola autoridad y, bajo ésta, una nación unida.

—¡Sí, es una buena nueva! —replicó David sin mucha convicción— Exactamente lo que todos deseábamos cuando contribuimos a la unión de Fernando e Isabel.

Reanimado, Andrés se incorporó de los cojines, bebió otro traguito de vino y prosiguió:

—En verdad, esa es una de las razones por las que estoy aquí. En su plan de recuperación de España, Isabel y Fernando se proponen ejercer un cierto control sobre los principales sectores del comercio y los negocios. En tanto que el más importante lanero de Castilla, ellos estiman que tú serías la persona idónea para ocupar el puesto de Controlador real de este negocio.

—¿Y en qué consistiría semejante cargo? —preguntó David con indiferencia, disimulando el orgullo que lo invadía ante aquella desacostumbrada señal de estima real.

—Pues bien, supongo que eso implicaría velar por la buena práctica de ese comercio, controlando en particular la calidad, las medidas y los precios de las mercancías, así como el justo reparto de los impuestos. En tanto que hombre de negocios, tú eres más competente que yo.

—Me siento muy honrado —concedió David.

Vaciando su copa de un golpe, Andrés atravesó entonces la habitación y, dándole la espalda a David, se detuvo ante el aparador que estaba en la pared del fondo del aposento.

—Sin embargo, hay una condición —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—La reina piensa —y, por lo demás, la ley lo exige— que semejante cargo sólo puede ser ocupado por un cristiano.

Un prolongado silencio se abatió sobre la estancia, y David confirmó, no sin amargura, la certeza de su presentimiento.

—¿Entonces para qué me hace ella el ofrecimiento? —fue finalmente su réplica—. ¿Acaso con la esperanza de que yo me convierta? ¿No sería más honrado afirmar que no sólo se desea una sola autoridad y una sola nación, sino también una sola religión en España?…

Andrés no se sintió con fuerzas para responderle.

—¡Mírame a la cara! —estalló súbitamente David—. ¡Puedes regresar adonde tus soberanos, cuyo súbdito más leal soy yo, y al servicio de los cuales sigo estando, e informarles que David Villeda se siente profundamente halagado con el honor que han querido concederle, pero que nacido, como ellos saben, heredero de la Casa de Israel, ha vivido como judío toda su vida y seguirá haciéndolo hasta el último suspiro!

Al oír estas palabras, Andrés sintió que la vergüenza lo invadía. ¡Qué despreciable papel había aceptado interpretar! ¿Por qué no tuvo el coraje de decirle a Isabel, cuando ella ponía su condición, que una conversión sin duda podía ser una sinecura para un oportunista como él, pero no para un hombre de la entereza de David? ¿Además, qué argumentos podría oponer a la inquebrantable fuerza moral de su amigo? ¿La esperanza espiritual de la salvación eterna en Cristo? ¿La tentación temporal cuyo ejemplo perfecto era su propia carrera? ¿Ser un cristiano nuevo aceptado por los viejos? Estas nociones se deshacían en su mente, pulverizadas como los restos de un naufragio contra la roca de la integridad de David. Desde el primer momento, su misión estaba irremediablemente condenada al fracaso. Y estaba bien que así fuera. Porque si David no se hubiera mantenido fiel a sí mismo, la humanidad habría perdido un poco de su esplendor.

—Tienes razón. Habría hecho mejor diciéndoselo yo mismo —suspiró —. Y tanto tú como yo nos habríamos ahorrado el disgusto.

—No hablemos más de ello.

Durante toda la conversación, Orovida permaneció sentada en un taburete de terciopelo, bordando apaciblemente en un rayo de sol que penetraba por la ventana. Apoyado de espaldas contra la pared, Jufré del Águila la contemplaba. Su belleza, tan pura como la luz primaveral que la

envolvía, no era de este mundo. Sus cabellos eran de miel salvaje; sus ojos, tiernos y almendrados como los de un cervatillo —ora con reflejos dorados, ora con fulgores de brasas—; su nariz era corta y fina; su cutis, más delicado que el marfil. En cuanto a sus labios, bien dibujados y generosos, parecían hechos únicamente para amar y ser amados. Cuando Andrés expuso la «condición» de sus soberanos, los movimientos de sus manos cesaron brevemente, y luego reanudó la labor como si, conociendo por anticipado la decisión de su esposo, la aceptara sin vacilación.

Discreta y lejana, y por tanto más presente, Orovida era la perfección.

—¡Vamos, Jufré, amigo mío, deja de soñar y bebe tu vino! —lanzó David desde el otro extremo de la habitación para romper un silencio opresivo, sobresaltando al joven—. ¿Así que, según dicen, al fin has conquistado el corazón de Leonor, no es verdad? —le pinchó con buen humor, con su rencor aparentemente desvanecido—. ¡Sabes que jamás dudé que un hombre como tú lo conseguiría! La entreví esta mañana entre las damas de compañía… Estaba encantadora. Hacéis una bella pareja.

—Os lo agradezco —respondió simplemente Jufré, de vuelta a la realidad, admitiendo para sus adentros que, después de todo, Leonor, con su rubia cabellera, su piel blanca y sus ojos lapislázuli, era en efecto la criatura más bonita que existía.

Al menos así lo había creído hasta hacía un instante, cuando su mirada aún no se había posado en Orovida.

Orovida… Ella no parecía de este mundo, pero Leonor sí que formaba parte de él…

—¡Venga, vamos! Tenemos que volver a la ceremonia —intervino bruscamente Andrés, creyendo vislumbrar, sin estar del todo seguro, un cierto pesar en los ojos de Jufré cuando se inclinaba para despedirse.

OceanofPDF.com

II

Orovida dio sus primeros pasos matinales en la ciudad que, despertándose con dificultad después de una noche de jolgorio, recuperaba poco a poco su aspecto cotidiano. Comerciantes y artesanos empezaban a sacar mercancías y herramientas, mientras que burgueses y señores aparecían en el umbral de sus residencias, y aspiraban el aire fresco de la mañana como si quisieran aclarar las ideas después de una intensa noche de festejos.

Orovida iba sin rumbo fijo, movida por el irresistible afán de mezclarse en el movimiento de la ciudad, de participar de su animación. Pensaba vagamente en comprarse un regalo a fin de señalar, a su manera, el acontecimiento. Atravesó la plaza de la catedral, aún alfombrada con los ajados pétalos esparcidos la víspera, y siguió la escarpada callejuela que serpenteaba alrededor de la gran iglesia de Toledo. Nunca pasaba más de una semana sin que le hiciera una visita a Alonso, el viejo iluminador, cuyos complicados arabescos, delicadas formas y motivos florales siempre inspiraban los dibujos de sus bordados.

—¡Buenos días, doña Orovida!

El anciano interrumpió su trabajo para recibirla. Al verla, se iluminaron sus ojos húmedos y empañados por toda una vida de trabajo en la penumbra de su taller.

—¡Entrad! Os voy a mostrar la orla que justamente acabo de terminar. Mirad…

—¡Don Alonso, cada día lo hacéis mejor! ¡Me parece oír la hierba crecer y el murmullo del aire al paso de la gacelas! ¡También habéis acertado al acentuar con oro estas minúsculas flores, sin interrumpir el movimiento!… Sois un verdadero artista.

—Gracias, apuesta señora.

Cuánto le hubiera gustado decirle que para él sólo su rostro era digno de inspirar a todos los creadores de la tierra. Pero guardó silencio, pues la belleza de doña Orovida no tenía parangón y hablar de ella hubiera sido casi un sacrilegio. Despidiéndose con una sonrisa, Orovida siguió su paseo a lo largo de las callejuelas encaminándose hacia la calle principal, donde

coincidió con grupos de personas jubilosas, visiblemente dispuestas a prolongar la embriagadora atmósfera de la víspera. Abriéndose paso entre el gentío, llegó al tenderete de cinturones y broches donde esperaba hallar lo que buscaba, pero al encontrarlo atestado de clientes y, peor aún, de preguntones venidos a pasar un rato, decidió ir más bien a la tienda de Vidal. Probablemente también su mostrador estuviera invadido por curiosos fisgoneando, pero por regla general la trastienda, donde se ocultaban las preciosas mercancías de marfil y de plata, era mucho más tranquila. El recibimiento del artesano fue entusiasta.

—¡Qué alegría verla, doña Orovida! ¡Entrad, entrad rápido, no esperéis con este barullo! ¡Nunca en mi vida había vendido tantos estuches de cuero en un día!

Acompañándola hasta el fondo del almacén, sonreía con satisfacción.

—¿Y cómo está don David? Ayer lamenté mucho no verlo en el cortejo.

—Él no es hombre que se exhiba —replicó Orovida con altivez, como David le había aconsejado que hiciera en esos casos.

—Sí, lo sé muy bien, don David es modesto —prosiguió el buen hombre—. Puede que demasiado. ¿No debía, en honor a la comunidad judía de Toledo —al menos lo que de ella queda—, ocupar su lugar entre los ciudadanos notables del reino?

—¡Sugiero que vos mismo se lo digáis!

Súbitamente indignada por aquel comentario, Orovida miró de arriba abajo a Vidal con frialdad. Si él supiera… Pero su alergia a estas discusiones hizo que, con tono seco, cambiara de tema.

—¡Bueno! ¿Tiene algo que enseñarme hoy?

—Claro que sí. Justamente tengo un objeto tan singular que casi tenía la intención de no ponerlo en venta. Pero tratándose de vos, señora…

Irritada por su obsequiosidad, Orovida lo vio dirigirse a una oquedad de la trastienda y regresar con un paquetito cuidadosamente envuelto en una tela. Quitando el polvo que cubría la tapa del enorme baúl con candado donde guardaba los marfiles, Vidal colocó allí el envoltorio y por fin lo descubrió. Inclinándose hacia delante, Orovida lo examinó atentamente. Era un cofre de joyas en plata, imitando la forma de un baúl en miniatura para guardar la ropa blanca. Su tapa convexa estaba adornada con ocho pequeñas esferas de reloj cuyas agujas marcaban las horas en caracteres hebraicos. El entrepaño delantero la cautivó: allí se veían, grabadas, las siluetas de tres

mujeres desempeñando los deberes de la mujer judía. La primera amasaba el pan del Shabat en una mesa de caballete; la segunda, exquisita en su desnudez, se preparaba para el baño purificador antes de ir a acostarse con su esposo; la tercera encendía serenamente los velones del Shabat.

—¡Qué encanto, cuánta delicadeza! —murmuró Orovida, subyugada — ¿Pero dónde habéis encontrado esta maravilla?

—Un revendedor me la trajo el otro día, haciendo tanto misterio de su procedencia, que estoy convencido que pertenecía a un converso ahora aterrorizado de tenerla en su poder.

—Es muy posible —respondió Orovida con aire ausente, cogiendo el joyero para mirarlo detalladamente—. Creo que es italiano, pues esto es un nielado y también se nota en la gracia de sus personajes. Os lo compro. Mi marido os lo pagará.

—¡Con mucho gusto, apuesta señora!

Y Vidal, canturreando, envolvió precavidamente el joyero en la tela.

—Debéis saber que cuando lo compré, me juré no separarme de él, salvo para vendérselo a un judío. Por eso me siento doblemente honrado de ponerlo en las seguras manos de la familia Villeda.

Cortando su palabrería, Orovida se despidió rápidamente, y muy pronto se encontró a pleno sol, encantada por su adquisición. Antes de volver a la casa, decidió hacer partícipe de su alegría a su hermana. Al final de la calle, el reloj de la catedral marcaba casi mediodía. Era el momento de reñirle a Alegra si por casualidad aún no se había levantado.

—Buenos días, Estela —saludó a la sirvienta que le abrió la puerta.

—Buenos días, doña Orovida. ¡Me temo que doña Alegra apenas esté saliendo de la cama! Volvió al alba y acabo de llevarle el agua para el baño.

—No la moleste. Solamente dígale que estoy aquí. Esperaré en el patio. Hace tan buen tiempo…

Orovida se sentó en un banco de madera oscura, en un rincón umbrío del patio interior invadido por el follaje de multitud de plantas trepadoras que se entrelazaban alrededor de delgadas columnas. No esperó mucho tiempo.

—¡Orovida, querida mía!

Envuelta en los pliegues de un amplio velo, Alegra irrumpió en el patio.

—¡Qué alegría me da verte!

Abrazando a su hermana con efusión, prosiguió:

—¡Tengo que contarte todo lo que ocurrió la pasada noche! ¡Aquello fue fabuloso, inaudito! ¡El príncipe Fernando me sacó a bailar! ¿Te das cuenta? ¡Fernando de Aragón sacando a bailar a tu hermana! ¡Ah, fue divino!… ¡Es tan regio y tan viril que casi me desmayo de la emoción! No podía creerlo… ¡Si hubieras visto las miradas de los cortesanos! Ah, querida mía, era tan bonito, todas esas joyas, esos vestidos de etiqueta, esos brocados. ¡Qué esplendor!… ¡En cualquier caso, una cosa es segura: el verde y el rojo son, sin la menor duda, los colores de moda! Se dice que todas las damas de Borgoña los llevan. Ya ves, yo tenía razón… En cuanto al banquete, ángel mío, imagina lacayos y pajes todos vestidos de terciopelo negro, los pavos asados servidos enteros con sus cabezas, con sus magníficas colas aún emplumadas… ¡Ah, si hubieras visto la profusión de fuentes de carnes y golosinas, las mermeladas y natillas de todas clases, a cual más exquisita, se sucedían sin interrupción, verdaderas obras de arte presentadas sobre inmensas bandejas de plata! ¡Qué espectáculo! Nunca lo olvidaré. ¡Qué lástima que no hayas podido estar allí, querida mía! ¡Vuestra ausencia causó sensación! Hay que decir que a veces David exagera un poco en el recogimiento —¿a menos que quiera sustraer tu belleza a los ojos indiscretos? Bueno, a propósito de ojos indiscretos…

Se acercó a Orovida y le susurró con aire confidencial:

—Tengo que contártelo: ¡después de bailar conmigo, Fernando arrastró a Leonor del Águila a un lugar apartado donde estuvo galanteándola durante mucho tiempo! Creo que Isabel no se dio cuenta. Sin embargo, no fue el caso de Jufré. Estaba furioso, pero, el pobre, ¿qué podía hacer?…

De pronto, reparando en el paquete que Orovida había puesto cerca de ella en el banco, Alegra interrumpió su habladuría.

—¿Qué hay en ese paquete?

—La manera que tengo de celebrar estos festejos —replicó tranquilamente Orovida—. Una encantadora chuchería descubierta en la tienda de Vidal. ¡Mira!

—¡Oh, absolutamente exquisito! ¡Cómo me gustaría tener uno igual! ¿Tiene otro?

—No, no lo creo, lamentablemente.

—No importa, no pensemos más en ello. Después de todo, yo tengo uno en marfil, con adorables personajes cincelados, y de todas formas, David y tú apreciáis estos objetos judaicos mucho más que Eleazar y yo.

¿Se burlaba Alegra o era sincera? En efecto, desde hacía poco, sin ninguna certeza, Orovida había creído descubrir en la casa de su hermana un cambio sutil, algo tenso, metálico, una ligera falta de naturalidad. ¿Sería aquella actitud reciente, ese afectado aire de superioridad, la consecuencia de su nueva existencia desde que se había convertido en una mariposa de la corte? Poco dada a profundizar en estas cosas, Orovida prefería dejar planeando la duda en su pensamiento. Así que se despidió en seguida de la hermana, antes de que el malestar que experimentaba echara a perder su buen humor.

—Debo regresar. Me alegro que hayas pasado una velada tan agradable.

—¿Cómo, ya me dejas? ¡Pero si aún tengo infinidad de cosas que contarte!

—¡Será la próxima vez! Tengo el tiempo justo para ir a buscar a David y almorzar con él.

Don David Villeda ejercía sus actividades en una vieja casa situada en la intersección del barrio judío con el cristiano de Toledo. Discretamente ubicada al final de un estrecho callejón sin salida, apartada de las calles más bulliciosas de la ciudad, su pesada puerta tachonada de clavos romanos, protegida por un tejado rojo a dos aguas, daba a un patio florido donde don David recibía a sus clientes durante el verano. Orovida no lo encontró allí y entró a buscarlo al interior.

—¡Qué agradable sorpresa!

David acogió calurosamente la llegada de la joven mujer, cuyo resplandor pareció transformar intanstáneamente el austero decorado de la habitación.

—¡Estáis radiante, querida mía!

—Sin duda es el buen tiempo lo que me pone así —dijo ella simplemente.

—¡Soy tan feliz de que estéis aquí! Hoy el negocio marcha tranquilo. Os echaba de menos. ¡Venid! Hace tiempo quería enseñaros algo.

Cogiendo un pedazo de tela, David condujo a su esposa por la mano a la luz del día.

—Mirad los tintes de esta nueva tela tejida por nuestros competidores de Flandes y dadme vuestra opinión.

A la luz brutal del mediodía, Orovida examinó minuciosamente la tela.

—Para mi gusto, le falta luminosidad.

—Exacto —aprobó David con una pizca de admiración—. ¡Vuestro ojo es infalible! ¡Por tanto, si confío en vuestro juicio, esas tristes gentes del norte no amenazan con perturbar nuestro mercado!

—No lo creo —declaró Orovida con una sonrisa cómplice, aproximándose a un parterre de flores para admirarlas mejor—. ¡Qué bellas están las flores este verano!…

Observando la gracia con que la mujer se inclinaba deslizando los dedos sobre el terciopelo magenta de las trinitarias, David pensó, a pesar suyo, como tan a menudo le ocurría, en su infortunio. ¡Tener hijos de aquella mujer, verse perpetuado a través de ella, qué alegría habría sido! ¡Ver crecer bajo su techo la frescura, el alborozo y la juventud de una hija tan dorada y esbelta como su madre, qué consuelo para su vejez! ¡Seguir los primeros pasos de un hijo, heredero de su nombre y de sus negocios, qué bendición del cielo! ¡Pero desgraciadamente no podía seguir soñando! Su vida en común con ella no traería ningún fruto, y la estirpe de los Villeda desaparecería sin dejar rastro.

Orovida parecía aceptar la situación mejor que él. Aunque tampoco estaba del todo seguro, pues ninguno de los dos solía hablar del tema abiertamente. Privado de toda esperanza de descendencia, él no podía sobreponerse a su amargura. Abrumando así a su compañera, el destino había privado aquella unión de su razón de ser, abriendo un abismo entre ellos, abismo que él había intentado llenar con todas sus fuerzas, pero en vano. ¿Realmente lo había intentado todo para reanudar los lazos destrozados por la adversidad? Era lo que se preguntaba al verla venir hacia él, en su deslumbrante belleza, cada día más resplandeciente.

—Venid, querida mía —exclamó con una espontaneidad desacostumbrada—. ¡Vamos a comprar un regalo!

—¡Gracias de todo corazón, querido, pero eso ya lo hice!

Orovida casi lamentó su reciente alegría. Habría sido tan dulce hacer la adquisición del joyero con David a su lado…

—¿Y qué habéis comprado?

—Esperad, os lo voy a mostrar —dijo desapareciendo en el interior de la casa.

Cuando volvía con el joyero en las manos, el sol reveló los delicados contornos del estuche resaltando cada detalle.

—¡Maravilloso! —murmuró David recorriendo con los dedos las sensuales curvas de los pequeños personajes y desplazando despacio las

agujillas de los relojes en miniatura—. Yo no habría sido capaz de descubrir algo mejor. ¿Supongo que lo habéis encontrado en la tienda de Vidal?

Orovida asintió.

—Pues bien, vida mía, ya que me habéis privado del placer de ofreceros un objeto tan bello, aceptad al menos mi compañía durante el resto de la mañana. ¡Vamos a casa y bebamos una copa de vino antes del almuerzo!

—Era un poco lo que anhelaba al venir a buscaros.

Cogiéndola del brazo, don David Villeda ganó la calle principal y, abandonando su habitual circunspección, alargó jovialmente el paso, feliz de sentir a su lado la radiante presencia de su compañera. Al verlos pasar, ora el boticario, ora el orfebre; ora el especiero, ora el notario, se asomaron a sus puertas, saludando cada uno a su manera a la pareja, mientras se quedaban mirando admirados a Orovida. Al final, la calle se bifurcaba: un ramal llevaba al barrio judío; el otro, a una placita retirada desde donde se podía llegar a la catedral a través de un angosto pasaje. Allí se alzaba, lejos del bullicio de la ciudad, el imponente palacete de los Villeda, con su austera fachada ocre aliviada por delicados ajimeces rematados en arcos de herradura.

A punto de llegar a su casa, oyeron un ruido de pasos apresurados procedentes de la Judería, como si quisiera alcanzarlos. Deteniéndose, David se volvió y reconoció al distinguido personaje con canas que se apresuraba dificultosamente hacia ellos, arremangándose la amplia hopalanda oscura.

—¡Pero, hombre, si es nuestro amigo Abraham Seneor!

—¡Afortunadamente he tenido la suerte de divisaros!

Al ver que se detenían, don Abraham, sin aliento, disminuyó el paso y soltó los pliegues de su larga túnica para coger, como si necesitara darse ánimo, la gruesa cadena de oro que llevaba al cuello.

—¡Me dirigía hacia vuestro almacén!

—¿Sin escolta?

—¡Les he concedido la mañana para que se repongan de la francachela! Además, me gusta recorrer solitario las calles de Toledo y contemplar a mis anchas las curvas verdosas del Tajo.

—Entonces venid a almorzar con nosotros —propuso David.

—Con mucho gusto —aceptó.

Pronto, al abrigo de oídos indiscretos, los dos hombres empezaron a comentar vehementemente la triste situación a la que se había visto reducida la comunidad judía de Toledo desde el comienzo de las conversiones, ocurridas ochenta años atrás; y Seneor, primer judío de Castilla, se lamentó, como de costumbre, de las dificultades con que tropezaba a la hora del reparto y la recaudación de los impuestos reales.

Orovida había escuchado muchas veces estas lamentaciones, pero hoy se le antojaban particularmente irritantes. ¡Se había regocijado tanto con la perspectiva de ese momento de intimidad con David, esperando en secreto que al término de su apacible almuerzo, regado con el buen vino de Francisco, quizás redescubrieran la felicidad perdida desde la peste, el aborto y su esterilidad! En efecto, prolongados meses de abstinencia habían seguido a aquel infortunio, pues desde entonces David experimentaba evidentemente un gran retraimiento —casi una repulsión— con respecto a ella. Comprensiva al principio, convencida de que sus reticencias serían pasajeras, había aceptado el rechazo y luego, viendo que los años pasaban sin que su éxtasis renaciera, tenía que enfrentarse con la realidad. Decepcionado en su instinto procreador, David había acabado por estrangular sus ímpetus. Frente a esta evidencia, su sensible ser se rebelaba. ¿Cómo aceptar que él sólo la había amado en calidad de instrumento de procreación? No podía haberle infligido una herida más dolorosa. El destino había sido bastante injusto privándola del derecho a crear un ser, para modelarlo a su manera, y luego disfrutar de su presencia. David no tenía derecho a incrementar esa injusticia. Un hombre de su temple era indigno de una reacción tan irracional como desatinada.

¿Acaso no la amaba lo bastante para esforzarse en dominarse, o es que satisfacía sus deseos con otra? Pensándolo bien, esta segunda posibilidad le parecía preferible. Después de todo, era posible admitir sin sufrir demasiado que hubiera tenido una amante durante su enfermedad y que, a partir de entonces, por rutina, siguiera frecuentándola. Esta sospecha, que por un acto de voluntad permanecía vagamente en el fondo de sí misma, había tomado forma unos meses atrás.

Fue durante la fiesta de la *Janucá*, [1] organizada cada año para los niños del orfanato, única reunión, por otro lado, a la que ella aceptaba asistir, pues se trataba de la fiesta de las luces, la que mitigaba un poco los rigores del invierno. Apartada, como de costumbre, se encontró con Alegra cuando las mujeres de los notables se apiñaban para ver a los niños

encendiendo las velas del pequeño candelabro de estaño. [2] Uno tras otro, los ocho huérfanos elegidos para esta ceremonia iban avanzando con timidez o audacia, según su temperamento: los más jóvenes al frente, corriendo y empujándose delante de sus mayores, cuya compostura era más seria. Cuando el último niño encendió el octavo pabilo —y dado que ella se disponía a marcharse antes de la distribución de los pasteles, los vinos y las golosinas a la que nunca asistía—, Alegra la cogió por el codo y le cuchicheó:

—¡Mirad ese niño! ¿No es el vivo retrato de David?

Sobrecogida, Orovida lanzó una mirada ansiosa al niñito y retuvo el aliento. En efecto, algo en el orgulloso porte, en la expresión del rostro, lo recordaba extrañamente.

—¡Venga, vámonos! —dijo ella en seguida y, tan pronto estuvieron afuera, no pudo dejar de exclamar—: Alegra, ¿y si ese niño en verdad fuera el hijo de David?

—¿Por qué vas a buscarle tres pies al gato? ¡Qué absurdo! ¿Serías capaz de imaginar a David engañándote y dejando el fruto de sus enredos en el orfanato de Toledo? ¡Vamos, Orovida, por el amor del cielo!… ¡Con la alta opinión que tiene de su propia rectitud moral y de su reputación, un hombre como él necesitaría más coraje para ceder a la tentación que para resistirla! Es verdad que ese niño se le parece, pero no más que cientos de otros en este país que tienen los cabellos negros y los ojos oscuros. ¡Cómo te ha podido pasar por la cabeza ni siquiera un instante… David te adora, querida mía, todo el mundo lo sabe! ¡Siempre tiene tantas atenciones contigo, se muestra tan deseoso de satisfacer tus más mínimos caprichos! Con razón, además, pues tú eres para él la esposa ideal, bella, mucho más joven que él, dulce, recogida, razonable, dócil… ¡Ni siquiera buscándola, encontraría otra igual a ti! ¡Vamos, aleja esa loca idea de tu mente!

—¡Pero no es una idea loca! —replicó ella—. Eleazar es médico: y sabe muy bien lo que nos pasó a las dos y por qué ya nunca podremos tener hijos. ¡Pero mientras él lo acepta, David no! ¡Lejos de ser perfecta, a sus ojos estoy marchita! Su deseo de procrear es tal que desde aquella desgracia, toda pasión le ha abandonado. Sabes, rara vez me hace el amor y cuando lo hace, es sin complacencia, como un deber penoso, repulsivo, sin interés ni esperanza. Él no es diferente al resto de los hombres, lo sabes bien. ¿Cómo no sospechar entonces que tenga una amante?…

—En ese caso —replicó la hermana con indolencia, siempre tratando de no tomar las cosas en serio—, yo en tu lugar abordaría el tema sin rodeos. ¿Para qué atormentarse inútilmente?

—¿Enfrentarme a David? ¡Ni lo pienses! ¿Y para decirle qué? ¿Que desde aquella horrible enfermedad siento que le repugno y que estoy segura de que tiene una amante para satisfacer sus deseos? ¡Tú misma has dicho que eso es absurdo! Su nombre jamás ha estado ligado al menor escándalo, y no tengo ninguna prueba. Además, él me demuestra el mismo afecto, las mismas atenciones que antes. ¡La fachada está intacta: él la ha cuidado tan bien como tú, al punto que te ha engañado! Por tanto, ¿qué podría yo reivindicar? ¿Cómo clamar que antaño me sentía totalmente unida a él, totalmente colmada por su amor, mientras que de un tiempo a esta parte tengo el sentimiento de ser sólo su animal preferido, seguramente mimada, y protegida, pero completamente ajena a él? ¿Cómo pedirle explicación por su extraña actitud cuando me estrecha entre sus brazos? Ya oigo, imagino su respuesta: una sonrisa, una caricia en mis cabellos, un beso en mis dedos. Me desarmaría admitiendo que, en efecto, se ha equivocado desatendiéndome y dejándome sola tanto tiempo. «¡Os llevaré a dar un paseo a caballo por las colinas!», diría probablemente. «Ahuyentaremos esos fantasmas de vuestra dorada cabecita.» Al fin y al cabo, ¿qué voy a ganar abrumándolo con mis vagos reproches?

—¿Pero y qué perderías haciéndolo? —le dijo Alegra, quien de pronto se puso grave al descubrir el profundo desasosiego de su hermana—. Admitamos que hay otra mujer en su vida: a la menor alusión por tu parte, ¡la tiraría como un trapo viejo, por miedo a manchar su preciosa reputación! Sé bien que esta posibilidad no resolvería tu problema, ¡pero David te debe una explicación por su desaire físico! Por lo demás, es posible que no se dé cuenta verdaderamente de lo que te hace sufrir.

—Alegra, yo no le puedo hablar de ello…

—Lo sé bien, ahí está el quid de la cuestión, querida. ¡Tú, tan tímida, haberte casado con un hombre de esa edad! Evidentemente, te has acostumbrado a aceptar pasivamente todos sus actos, sin cuestionarlos jamás, ni poner la menor objeción, y eclipsándote, escondiéndote detrás de tus libros y tus bordados; viviendo, en suma, alejada del mundo, bajo su protección. Es un hombre digno, íntegro, según dicen y lo creo, ¡pero eso no significa que siempre tenga razón! ¡Si ha faltado a su deber, es normal

decírselo! Por lo demás, es posible que sea el único medio de hacerlo volver a ti…

—Puede que tengas razón, nunca había considerado las cosas desde ese punto de vista.

—¿Ves? ¡En efecto, tú jamás has querido poner en peligro la seguridad de tu dulce capullo de seda! Siempre has sido así. Incluso de niña, casi no osabas mezclarte en nuestros juegos de pelota, con el pretexto de que mis amigos eran demasiado turbulentos. Nunca nos seguías para ir a ver una corrida de toros. Los gritos de la muchedumbre, la violencia, la sangre te resultaban insoportables. En lugar de unirte a nosotros, preferías la soledad y la tranquilidad de la casa, a fin de irte a leer o a dibujar a tu gusto, lejos del mundo y la realidad. ¡Por supuesto, habrías acabado liberándote de esas aprensiones infantiles, de no haber sido por Gil!

—Sí, es verdad, él me cubrió de ridículo…

—¿Quién no hubiera caído en la trampa? ¡Era tan bueno y tan afable, con sus continuos e irresistibles presentes! ¿De ese modo, cómo no iba a volver loca a una jovencita de catorce años?… ¿Te acuerdas de los pequeños monos de marfil, de sus floridas citas del *Cantar de los cantares*, de sus lisonjas? Menos tú, todo el mundo vio claro su juego. ¡Si finalmente nuestro padre cedió, fue únicamente porque no podía negarte nada! Que el petimetre te haya dejado tan pronto como descubrió que tu dote no correspondía a sus expectativas, no sorprendió a nadie. Eso fue más bien un alivio.

—Sí, pero para mí era el mundo lo que se venía abajo.

—Me acuerdo. Desde entonces pusiste en fuga a todos los pretendientes. ¡Y Dios sabe que fueron muchos! Yo estaba bien situada para saberlo, ya que muchos de ellos, cansados de tu frialdad e indiferencia, se consolaron conmigo, que nunca fui tan bella como tú, pero en cambio devoraba la vida a dentelladas, siempre alegre y atrevida, amando por encima de todo la danza, las canciones y la caza. Tú en cambio huías de todo, decidida, después de ese primer fracaso, a renunciar a la vida antes que soportar otra herida. Actuando de esa manera, perdías la oportunidad de aprender a manipular a los hombres.

Sí, su hermana tenía razón. Ella no había sabido arreglárselas ni con la vida, ni con los hombres.

—Más tarde, cuando David apareció —continuó Alegra— fue el Mesías: un hombre recto, cortés, con el encanto de la madurez, un discreto

amante del arte como tú, un hombre lo bastante poderoso y rico para protegerte de las agresiones de la vida y que, tú lo intuías, no te heriría nunca. ¡Pues bien, te ha herido, y de una manera absolutamente inesperada! A partir de ahora, hay una grieta en tu capullo y no sabes cómo repararla. Orovida, David se equivoca: tú no eres responsable de eso que él considera como una imperfección. ¡Tú también querías tener niños! ¡En vez de machacar sobre su imposible posteridad, haría mejor en agradecer cada día al cielo que hayas quedado con vida, tú y no la madre que habrías podido ser; debería quererte aún más, después de haber estado a punto de perderte para siempre! ¡En nombre de la vida que has estado a punto de perder, en tu propio nombre, tienes el derecho y el deber de decirle todo esto! Orovida, los hombres son como niños. Hazme caso, de vez en cuando merecen una lección. Acuérdate de nuestra madre. ¡Pese a toda su dulzura y su deferencia con nuestro padre, llegaba a reprenderle cuando dejaba que sus pacientes abusaran de él, cuando mostraba demasiada preferencia por ti o también cuando perdía la paciencia durante las reuniones de nuestra comunidad, gritándoles a todos los notables que eran unos miserables! Por supuesto, él fingía que no oía nada, seguía con su comida en un silencio obstinado, pero, puedes creerme, su conducta se vio modificada.

Casi convencida, Orovida le prometió a su hermana que hablaría con David en cuanto se presentara la ocasión. Pues bien, aquella mañana parecía reunir todas las condiciones: «Os echaba de menos», había dicho él con un poco de su antiguo ardor, antes de llevarla del brazo, aparentemente tan feliz. Por eso ella había decidido aprovechar este pequeño estímulo. Pero, lamentablemente, Seneor había aparecido y el encanto se había roto.

Dejando a los dos hombres con su conversación en el frescor primaveral del patio florido, y con el pretexto de ordenarle a José que pusiera la mesa para tres, pero en realidad para disimular su profunda decepción, Orovida desapareció rumbo a la cocina. Allí descubrió que, estimulada por las festividades que se desarrollaban en Toledo, y como si hubiera estado en connivencia con su ama para hacer una comida perfecta para los esposos, Zelda había preparado, por iniciativa propia, un suculento menú: pescadilla en una salsa ligera de huevos y limón, guiso de pato a la naranja y, como postre, pastel de miel y jengibre salpicado con almendras picadas.

«¡Maldito Seneor!», rabió ella, mientras José, empujado por Zelda, anunciaba que ya podían pasar a la mesa.

Nada más sentarse a la mesa, Orovida supo que algo no iba bien. Los astutos ojos de Seneor evitaban cuidadosamente los suyos y, bajo la calma aparente de David, sentía una tensión inusual. Concentrando su atención en los manjares, Seneor quiso romper el silencio, pero por más comentarios amables que hizo sobre la ligereza de la salsa al limón, extasiándose al hablar de la calidad del pato, no consiguió sacar a David de sus pensamientos, pues seguía como si fuera de mármol y apenas tocaba su plato.

—¡Vamos, David, vamos, amigo mío! —se arriesgó a decir el anciano —, ¡el mundo no se va a acabar porque los soberanos católicos hayan adquirido vuestra propiedad!

—¿El mundo? ¡Queréis decir «su» mundo! ¡No, ése de ellos no ha hecho más que comenzar!… Pero se trata del mío, de mi mundo. ¡Sabéis muy bien cuántas generaciones hace que esas casas pertenecen a mi familia! Pero, decidme, vos que tenéis conocimiento de las posibilidades de la tesorería real, ¿no existe ningún otro terreno en Castilla que los soberanos pudieran adquirir, en lugar de la propiedad de los Villeda, situada en el mismo corazón del barrio judío de Toledo, esa parcela de España famosa desde hace siglos por su cultura y riqueza?… ¡No iréis a decirme que ese repentino deseo de señalar su victoria construyendo un monasterio precisamente en ese lugar, justamente en la Puerta de los Judíos, no es más que un capricho real!… ¡Para colmo, un monasterio donde serán sepultados! ¿Imagináis por un instante que yo pueda dejarme embaucar por la honorable compensación que me ofrecen? ¡Lo que me conceden con una mano, me lo quitan con la otra! ¡Es difícil imaginar una transacción más sutil!… ¿Estáis al corriente de su oferta de ayer?

—¿Cuál?

—La del puesto de Controlador real del comercio lanero de Castilla y Aragón, con la condición de que me convirtiera…

Abraham Seneor dejó en su plato el trozo de pastel de especias que se disponía a saborear discretamente.

—¿Y lo habéis rechazado? Ahora comprendo vuestra indignación.

Su voz se había apagado pero, desaparecido un instante, su ardor resurgió al punto:

—¿Tal vez no apreciéis esa proposición en su justo valor? Esta misma mañana, durante nuestra discusión sobre esta compensación, ellos hablaron de vos en los términos más elogiosos. Creedme, no han olvidado vuestra

generosidad ni la de vuestro padre cuando ellos apenas acababan de casarse y no poseían nada. Sin hablar de vuestra apreciable contribución a la compra del collar de pedida de Isabel. El Príncipe, por último, os está igualmente agradecido por haberle permitido llegar sin tropiezo a Castilla, adonde debía acudir para organizar su casamiento. Ellos os deben mucho, y no creo que se muestren menos agradecidos hacia vos de lo que se han mostrado por mis propios servicios. ¡Francamente, me parece imposible que traten de haceros daño!

—¿Daño? ¡No de una manera directa, a decir verdad, ni brutal, pero con una presión constante e inexorable cuyo resultado final consiste en obligarme a escoger entre la ruina o la conversión!

—No, David, lamento contradeciros, pero estoy seguro que dramatizáis la situación y que nuestros soberanos no han tenido nunca la intención de arruinaros. Solamente intentan someteros un poco.

Al oír estas palabras, de un salto David se levantó de la mesa y, mirando de arriba abajo al primer judío de Castilla, le gritó desde su estatura:

—¡Un Villeda no se somete jamás!

La comida terminó rápidamente, y Seneor no se entretuvo más allí. David y Orovida se retiraron a su alcoba para descansar un poco. Con los ojos cerrados y echado de espalda, inmóvil y tenso, David se dedicó a examinar las contradicciones de su conversación con Seneor. En cuanto a Orovida, dispuesta a olvidar sus rencores, acechó en vano la más mínima señal de ternura de su parte. Una simple mirada, una mano buscando la suya, y al punto se habría echado, perdida, en sus brazos. ¡Cómo lo habría consolado, apaciguado!… Pero David permaneció quieto y ella no se atrevió a molestarlo. Una vez más, toda esperanza se evaporaba. Y en su lugar quedaban, punzantes, el dolor y la sospecha. Entonces fingió que dormía.

OceanofPDF.com

III

El rostro de Fortuna, estriado por mil arrugas parecidas a las nervaduras de una hoja, se enrojecía a fuerza de retirar del fuego la plancha, pero sin dejar escapar ninguna queja. Trabajaba por amor, deseosa de manifestarle su gratitud a doña Orovida. Doblando cuidadosamente los hilos dorados del bordado, más bien daba gracias al Dios de Israel por haberle otorgado, en el crepúsculo de su vida, el privilegio de preparar en casa de los Villeda el mantel para la cena del *Séder*. [3] Cuando se sentó en el banco colocado cerca de la chimenea donde ardía lentamente el fuego, José se unió a ella. Mientras bruñía las copas de plata que sólo se sacaban en esa ocasión, él empezó a contarle, como cada año desde que ella estaba al servicio de la familia, la historia de la adquisición de las copas.

«Nunca olvidaré —comenzó como de costumbre— aquel año terrible de la peste. De día y de noche, don Isaac recorría la ciudad, socorriendo a los enfermos. Musulmanes, cristianos, judíos, todos le llamaban y le suplicaban, tan grande era su reputación. ¡Fue entonces, justo antes de la Pascua, cuando sus propias hijas, Alegra y Orovida, fueron atacadas por la horrible epidemia! Pronto su estado fue tan grave que en seguida comprendió que su célebre tratamiento a base de vinagre y hierbas, cuyos resultados eran maravillosos en casos más benignos, no sería de ninguna utilidad para ellas. Cuando volvió a su casa en medio de la noche, completamente extenuado, se puso a cotejar febrilmente los voluminosos libros escritos en árabe, en hebreo, en latín y en griego, con la esperanza de descubrir algún remedio. Y al final lo encontró: un tratamiento oriental, creo, que desgraciadamente parecía imposible de preparar, pues requería la sangre de un caballo también atacado por la peste, pero que hubiese resistido. ¡Entonces todos nosotros, sus servidores, desde el alba hasta el anochecer, recorrimos el campo y, por puro milagro, encontramos el animal! Don Isaac preparó la poción no sin calcular los riesgos. Efectivamente, no sólo Orovida podía perder el hijo que llevaba en su seno, si por suerte ella y su hermana sobrevivían, sino que ambas quedarían, casi seguro, completamente estériles.

»En la ausencia de sus yernos —el joven don Eleazar se encontraba en Aragón ayudando a su padre a curar la catarata del rey Juan, y don David no había vuelto aún de la feria de Medina del Campo—, el pobre don Isaac debió tomar la decisión solo. ¡Qué espantoso espectáculo! Nunca olvidaré la visión de esas infortunadas jóvenes cuando su padre entró en la habitación. ¡Estaban irreconocibles! Sus lenguas estaban amarillas y secas, los ojos inflamados, los cuerpos cubiertos de horribles pústulas. Tan débiles como gatitos recién nacidos, su último suspiro parecía depender de un hilo, a merced de la voluntad divina… Dejando de titubear ante aquella visión, don Isaac administró entonces la poción a sus hijas. Hizo bien, pues cuando llegó la Pascua, gracias al cielo, estaban milagrosamente curadas. Para celebrar dignamente la cena del *Séder*,en la que quería ver a la familia reunida, don Isaac encargó nuevas copas a un joven artesano judío cuyo trabajo admiraba. Juntos idearon los motivos: cada una grabada con los seis pétalos redondeados, símbolo de la Pascua.»

—Mira —dijo José a Fortuna mostrándole una de las copas.

Fiel al rito, como en años anteriores, la anciana entrecerró los fatigados ojos e intentó distinguir las cinceladuras, sin perderse el final de la historia, por otro lado tan bien conocida: habiendo entregado su trabajo la víspera del *Séder*,el orfebre se negó a cobrar, pues su joven esposa también había sido salvada del mal implacable gracias a lo que quedaba del remedio preparado por don Isaac para sus propias hijas.

Al finalizar este relato —como cada año desde hacía cuatro—, Fortuna, invariablemente, se enjugaba una lágrima.

—¡Ah, que Dios las proteja! ¡Si al menos yo pudiera hacer lo mismo por don David y por doña Orovida! —suspiró preparándose para repetir su propia historia, con el mismo placer que José—: ¿te das cuenta, José? ¡Una pobre vieja como yo! ¿Dónde habría encontrado refugio cuando la reina hizo desmantelar la propiedad de los Villeda para crear un nuevo monasterio?… Desde que mi esposo murió, don David me había autorizado a instalarme en el cobertizo, detrás de la casa, sin aceptar nunca ni un solo maravedí; y cuando los monarcas compraron la propiedad, Orovida se empeñó en traerme aquí, con el pretexto de que Zelda y tú teníais necesidad de mi ayuda. ¡En realidad, fue por pura bondad, ya que ella sabía muy bien que me era imposible pagar, lavando ropa, ni siquiera el alquiler de un cuchitril! ¿Cómo agradecérselo a los dos? ¡Si ya hasta mis ojos están demasiado viejos para coser o bordar!…

—¡Vamos, aún eres una buena planchadora, y quién sabe, es posible que algún día el Dios de Abraham, Isaac y Jacob te ofrezca la oportunidad de mostrar de otro modo tu gratitud!

En la mesa pascual, José había dispuesto cuatro copas en lugar de doce. En efecto, los padres de don David y de doña Orovida habían muerto y, justo antes de las fiestas, don Saúl, el hermano de David, había partido para instalarse en Portugal con su familia. Así pues, sólo quedaban don David, doña Orovida, doña Alegra y don Eleazar para perpetuar las tradiciones familiares.

Al entrar en el comedor, Orovida intentó dominar un escalofrío. Sólo cuatro… Entre ella y la muerte, ninguna generación; después de ella, ninguna prolongación. ¿Quién iba a recitar el *ma nishtaná*, [4] ahora que sus sobrinitos nunca más estarían allí?

La risueña voz de Alegra en la escalera no hizo más que acentuar su melancolía. Otro año había pasado desde la última *Janucá*,cuatro años atrás, cuando le hizo aquellas confidencias a su hermana. Pero ella seguía sin encontrar el valor para enfrentarse a David como había prometido hacer… Después de su explosión espontánea, en seguida había vuelto a caer en una pasividad resignada, por temor a enturbiar la superficie tan lisa de su existencia con una avalancha de reproches e injustas acusaciones. ¿En resumidas cuentas, no era mucho más simple asumir un dolor interior que librar una batalla perdida de antemano? Sin el sostén de su hermana, no tenía coraje para luchar. Ahora bien, Alegra, a pesar de su acostumbrada obstinación, no había vuelto a la carga, arrebatada como estaba por el torbellino de la Corte. Por otra parte, ¿no habría ella misma olvidado sus consejos o estimado más prudente no volver a hablar de ello? Orovida se lo preguntaba mientras la veía entrar en su resplandeciente belleza realzada por un suntuoso vestido de terciopelo escarlata, con la cintura ceñida por un cinturón con hebilla de esmeraldas, que le daba un armonioso realce a las sensuales líneas de su cuerpo. En presencia de la exuberante personalidad de su hermana, Orovida, como cuando era niña, sintió que toda su entereza se disolvía. Ahora experimentaba la misma impresión de vulnerabilidad que en otros tiempos.

Siempre cortés, Eleazar la abrazó afectuosamente disipando su melancolía y su malestar.

—¡Qué bien le sienta ese verde profundo y luminoso a nuestra dorada y bella Orovida! ¡Ah, mi querido David, casi te envidio! —bromeó

dirigiéndose a su cuñado, con los ojos chispeando de admiración.

Entonces se sentaron alrededor de la mesa del *Séder*,cuya superficie brillaba a la luz de la velas, con el resplandor de las copas de plata, el tornasol de los hilos dorados en los bordados del mantel y las iluminaciones de los *hagadot* [5] de la familia. David y Eleazar compartieron la lectura del antiguo texto. En el pasaje del *ma nishtaná,* habitualmente cantado por los niños, las dos mujeres unieron espontáneamente sus voces a las de ellos. Y fue así como todos entonaron las melodías tradicionales, alternativamente lastimeras o animadas, esforzándose para no escuchar el débil eco devuelto por las paredes de una habitación de ordinario más concurrida en una ocasión como ésta. Cuando trajeron a la mesa el cordero pascual, Alegra tomó la palabra, animando la conversación con todos los comadreos de la Corte: a Fernando no le gustaba mucho que la reina hiciese cambiar las mangas de sus blusas en vez de pedirle otras nuevas; por su parte, Isabel se exasperaba cuando, al amanecer, no conseguía interrumpir una partida de cartas de su esposo…

¿Cómo podía su hermana deleitarse con chismorreos e intrigas tan insignificantes?, se preguntaba Orovida. Pero, reflexionando, se daba cuenta que ese género de vida le iba bien a su temperamento. Y, además, ¿no era ése el deseo secreto de todos los súbditos de este reino: participar, aunque fuese un instante, de la intimidad de sus soberanos?

Cuando ya Alegra se lanzaba al capítulo que trataba de la vida amorosa del rey, capítulo siempre evocado, David le cortó la palabra dirigiéndose a su cuñado:

—A propósito, dime ¿cómo está ahora nuestro joven príncipe Juan?

—Mejor. Además, pienso que se desarrollará con total normalidad, sin sus malditas crisis de asma, lamentablemente cada vez más frecuentes.

—¿A qué las atribuyes tú?

El rostro fino y sensible de Eleazar se crispó.

—Es difícil decirlo. Como sabes, sus primeros días se desarrollaron en condiciones un poco peculiares. No hubiera podido ser de otra manera para un niño nacido de una madre indomable, que no cesó de recorrer España a caballo durante su embarazo, para someter a los barones rebeldes. Es evidente que, en cierta medida, el conjunto de su sistema nervioso ha sufrido una ruda prueba y no se puede descartar que esas horrorosas crisis tengan su origen en esas incesantes cabalgadas. Fíjate, también puede que sea simplemente sensible a algún elemento irritante de la atmósfera. Como

ves, en mi opinión, se trata de ambas cosas, pero no puedo afirmarlo con certeza.

—¿Supongo que has releído a Maimónides [6] referente a esto?

—Por supuesto, esta misma mañana. El caso de Juan parece relacionarse bastante con las teorías del maestro, y mi tarea, ahora, no sólo consiste en determinar las causas de la enfermedad del príncipe, sino también en descubrir el tratamiento. Pero el examen de un caso así puede durar mucho tiempo, y conducir a unas experiencias y a unos fracasos que no deben desalentar.

—¿Los soberanos tienen confianza en ti?

—Sí, ya lo creo, una confianza total.

—¡Te la mereces, tanto por tu capacidad como por la prestigiosa reputación de tu familia! ¡La maestría con la que tu padre operó la catarata de Juan II, cuya edad rebasaba los ochenta años, es en sí misma una proeza que nadie en la Corte puede olvidar!

—Sí, es cierto. ¡Mi padre me ha dejado una herencia preciosa, tan preciosa, a decir verdad, que para preservar y perpetuar el honor de la tradición, finalmente he decido acceder a la solicitud de los soberanos, quienes me han pedido que acepte el bautismo!

Al oírlo, David dejó lentamente su copa en la mesa. La palidez se apoderó de su rostro que tomó una coloración ceniza.

—¡El bautismo con el fin de proseguir esta brillante tradición?… —repitió él, tras algunos segundos de silencio—. ¿Pero entonces en qué se convierte el honor?

A pesar de sí mismo, Eleazar se sobresaltó con el reproche.

—¡David, creo que tenemos que hablar sin rodeos! Si sólo se tratara de seguir siendo el médico de la Corte, sin duda alguna habría vacilado mucho, aunque, lo reconozco, para Alegra mucho más que para mí, abandonar tales funciones hubiera sido muy difícil. ¡Pero, ya ves, está el niño! Desde su nacimiento, puedo decirlo, soy yo quien lo mantiene con vida. Gracias a mis esfuerzos, a mis encarnizados cuidados, sigue respirando. Desde hace dos años, sobrevive. Por consiguiente, me siento investido de una misión, no sólo como médico, sino también como hombre, pues me considero responsable de su futuro hasta que él mismo sea capaz de asumirlo. ¡No, verdaderamente, me es imposible abandonarlo!

—Ya veo. ¿Si lo he entendido bien, se te pide poner en la balanza tu existencia de judío, no sólo contra tu carrera, sino también contra la vida de

un niño?…

David se calló, reteniendo en sus labios las palabras que todos esperaban: un niño, en este caso un niño de sangre real, pero que de hecho reemplazaba a aquel que, él, Eleazar, no tendría jamás…

—Comprendo… —prosiguió David— ¿Pero cómo podrás vivir sin ser tú mismo?

—¿Pero y quién soy yo? Sí, ya sé, vas a responderme: «ante todo, un médico», y añadirás quizás: «el heredero de un largo linaje de médicos judíos en posesión de un inestimable tesoro de conocimientos y experiencias acumuladas». Muy bien, a eso responderé que es precisamente por esa razón que estoy obligado a escoger, pues hoy, en la España de los Reyes Católicos, ciertamente se puede seguir siendo judío, incluso un médico judío, si se quiere, pero a condición de asistir solamente a los judíos. Ahora bien, si uno se quiere aproximar a los grandes del reino, a aquellos que tanto desean beneficiarse de la herencia legada por mi padre, a partir de ahora es imposible ser judío y médico a la vez. En cualquier caso, en lo que me concierne, ya que ser judío y facultativo han devenido dos circunstancias incompatibles, después de setecientos años de tan fértil alianza, hay que optar claramente por el mandato de los soberanos. España, afirman ellos, debe estar hoy unida, unida bajo la corona y bajo una sola Iglesia. España debe ser católica, así como todos los que deseen elevarse por encima del rango de carniceros y pescaderos. Por eso he necesitado yo, Eleazar ben Nahman, tomar partido imperativamente. Escoger entre mi actual posición y función de médico, y mi condición de judío. Pero, de hecho, la cuestión traía consigo su propia respuesta. En efecto, al pasarme la vida, en tanto que médico, preservando la vida de los demás; ¿qué importa que esta vida sea la de un cristiano, la de un musulmán o la de un judío? ¿Qué importa si el enfermo que yo curo venera a Yahvé, a Jesús o a Mahoma, qué importa si cree o no en el otro mundo, en la resurrección, en la inmortalidad del cuerpo o del alma? Para mí sólo es sagrada la vida aquí abajo, pues mi deber indefectible es salvarla si es posible, porque, desde mi punto de vista, sólo ella, y no la fe en un dios o en otro, representa el valor único y supremo.

—Ya empiezo a entender —se limitó a replicar David— y, a pesar de mis propias convicciones, no te puedo censurar, porque nadie puede censurar a un hombre que es sincero consigo mismo. De modo que, si he entendido bien, para ti, renunciar a tu fe y a tu pueblo no significa, como

para mí, tu propia negación. Tu vocación está por encima de todo, pues la vida representa, como sostienes, el valor absoluto. Hay que admitir —prosiguió dirigiéndose más a sí mismo que a su cuñado— que en España estás en muy buena compañía ya que, después de todo, varios de nuestros más eminentes filósofos no sólo son contrarios al martirio, sino que incluso han dispensado la conversión a condición de que la adopción de otra fe preserve una vida. Sin embargo, sin ir tan lejos como tú en esta renunciación, ellos ponen una condición esencial a esta supervivencia: que el espíritu del judaísmo permanezca vivo en el alma del converso. Pero quedémonos en la tierra y volvamos a ti. A pesar de lo que acabas de decir, presiento que algo se te escapa. ¡Que para ti la vida sea el valor supremo, vale! ¡Pero tú no vives aislado y sometido a tus propias leyes! ¡Por ejemplo, para los que te rodean hoy en la Corte, la religión es, de lejos y que yo sepa, más importante que la vida, puesto que la herejía es castigada con la muerte! Por tanto es más que una renuncia lo que te han pedido. Es, de hecho, la total aceptación de otra cosa, de algo absolutamente ajeno no sólo a tu tradición, sino, siguiendo la línea de tu razonamiento, ajeno a tu filosofía fundamental, porque tú no crees más en el cristianismo que en el judaísmo. ¡Ahora bien, hoy se te pide adoptar el primero y practicarlo con todo el celo requerido por la Iglesia, corriendo el riesgo de morir en la hoguera si no lo consigues!

—No, no lo creo —protestó calmadamente Eleazar— Mi caso es distinto. Mi bautismo sólo será un acto oficial, una fachada, un recurso que me permitirá proseguir mi trabajo y el tratamiento de Juan. Nadie se preocupará del número de misas a las que asista, ni de la cantidad de rosarios que deba rezar cada día. No, mi estatus en la Corte me pone a salvo de tal control.

—Tú eres el único juez en la materia. Si tienes razón, no tengo nada más que decir: vivirás entonces, no como judío ni como cristiano, sino como médico que sólo cree en la vida terrenal. ¡Bien! ¿Pero entonces, dime, Eleazar, hermano mío, según qué rito serás enterrado?…

A lo que siguió un pesado silencio solamente quebrado por el leve crujido de la *matzá* [7] que Alegra rompía con sus dedos febriles.

—Orovida, mi querida Orovida, ¿estás llorando? —fue la única respuesta de Eleazar.

—Sí, perdonadme. No puedo evitarlo… Por más que justifiques tu decisión, explicándola tanto como quieras, nada me consolará jamás de

perderos, a Alegra y a ti, de veros renunciar a eso que nuestras tres familias han encarnado durante toda su vida. ¡De ese modo David y yo, abandonados por vosotros, seremos los únicos judíos de la familia en España! Hasta vuestros nombres serán borrados.

—¡Orovida, te lo ruego, no te aflijas de esa manera! —se compadeció Alegra, cogiendo la mano de su hermana entre las suyas— Nada cambiará. Hace ya tiempo, bien lo sabes, que nosotros no practicamos mucho nuestra religión. Viviendo en la Corte desde hace años, nos comportamos exactamente como los cristianos, mezclando nuestras vidas con las suyas sin prestarle mucha atención a eso… Además, desgraciadamente tampoco tenemos hijos a los cuales legar la preciosa parcela de judaísmo que nos queda. Reflexiona, querida, ¿en qué se convertiría Eleazar si tuviera que trabajar como médico de aldea en una miserable comunidad judía? ¿Y yo, qué sería de mí? ¿Puede él abandonar todo eso que hemos obtenido —el prestigio, la confianza de los soberanos, de hecho, toda nuestra vida— para defender eso que en lo sucesivo significa tan poco para nosotros? El pueblo elegido, me dirás tú. ¿Pero elegido para qué? ¿Para la persecución, la degradación, el menosprecio? ¿Para oír que le proponen «la cruz o la muerte», una muerte que, si hoy no es violenta e instantánea, mañana será el desenlace de una lenta e ineluctable decadencia? ¡Vamos, tú sabes bien todo lo que hemos soportado durante años, y que desgraciadamente no hay que esperar ningún cambio en el futuro!

—¡Pero la cuestión no es lo que eso signifique para ti, es solamente cuestión de lo que tú eres! —soltó Orovida arrebatada por una repentina y violenta emoción.

Conteniendo las lágrimas, por fin descubría la razón del imperceptible cambio de su hermana en los últimos años. Por supuesto, estaba segura de que ya nada en el mundo haría cambiar su decisión. Sin embargo, prosiguió:

—¡Ya ves, no se trata de lógica o razonamiento, sino de sentimientos hacia todo esto!

Y, con un gracioso gesto, señaló la mesa repleta con todos aquellos objetos que representaban siglos de tradición. Después, enderezando el busto y respirando profundamente para recuperar la calma, se volvió hacia Eleazar, y le dijo con un tono perentorio y dulce a la vez:

—Eleazar, amigo mío, en calidad de esposo de mi hermana mayor, eres tú quien ha heredado el talismán hebreo de oro que, desde hace generaciones, corresponde por derecho al primogénito de la familia

Benveniste. Al dártelo, probablemente nuestro padre te contó que, hace unos doscientos años, le fue regalado a uno de nuestros antepasados por un médico árabe, cuya obra había traducido al catalán. En efecto, para Rashid fue una manera elegante de recompensar a un sabio judío por haberle permitido dar a conocer su ciencia al mundo cristiano. ¡Si te quieres convertir, no puedo impedirlo, pero por amor a nosotros, te lo pido, prométeme que nunca te separarás de ese talismán!

Con un gesto apenas perceptible de la cabeza, Eleazar asintió a su ruego.

—Demos gracias al Señor —intervino entonces David. Esforzándose a duras penas por controlar la emoción, volvió a tomar la *Hagadá* para continuar la lectura del texto sagrado—: «El Señor fortificará a Su pueblo, el Señor bendecirá a Su pueblo dándole la paz…».

Pero sus palabras fueron interrumpidas por un martilleo de cascos en el adoquinado de la placita que rompió el silencio de la noche; y luego unos golpes impacientes estremecieron la pesada puerta de la entrada. Alarmadas, Alegra y Orovida se miraron. David se levantó de un salto, descendió apresuradamente la escalera y atravesó el patio para abrir la mirilla.

—¡Soy yo, Andrés!

Descorriendo en seguida los cerrojos de la puerta, David hizo entrar a su amigo.

—¿A esta hora de la noche? ¿Y esta noche? ¿Te parece prudente?

—No, desde luego —cuchicheó Andrés liberándose de la amplia capa que lo envolvía a fin de no ser reconocido—. ¡Pero tenía que venir sin falta!

Resplandeciente en su jubón de brocado negro y dorado, subió la escalera de dos en dos y entró en la sala donde la familia estaba reunida. De pronto, al llegar al umbral, pareció perder su desenvoltura. Titubeó, desamparado.

—¿Vienes a unirte a nosotros? —le preguntó cordialmente David, intentando tranquilizar con naturalidad a su amigo.

—¿Yo, un renegado, en vuestra cena del *Séder*?

—Si aceptas unirte a nosotros, ya no lo serás.

Entonces, quitándose del cuello la cadena con el crucifijo, Andrés la depositó en un banco. Y, con una delicadeza que contrastaba con su intempestiva llegada, empezó a hojear uno de los *hagadot* puestos en la mesa, hasta detenerse en una página donde resplandecían dos enormes

letras hebraicas coloreadas, la «Hei» y el «Alef», debajo de las cuales, entre motivos geométricos de diversas tonalidades, había un imponente personaje en hábito azul ofreciendo el plato del *Séder.*

—Sí, me acuerdo de todo esto… —murmuró con la voz cambiada, como si fuera el eco de un pasado ya muerto para él.

Después se puso a leer: «¡He aquí el pan de la miseria que nuestros padres comieron en Egipto! ¡Que todos los que tengan hambre, lo coman! ¡Que todos los necesitados vengan a compartir el cordero pascual! ¡Este año aquí, el próximo año en Jerusalén! ¡Este año, esclavos; el próximo, libres!»…

Conscientes de su turbación, David y Orovida se abstuvieron de levantar la vista. Eleazar, inmóvil en su asiento, tenía la mirada perdida; su mujer, que disimulaba mal su nerviosismo, acariciaba distraídamente con la yema de los dedos los arabescos bordados en el mantel. Cuando Andrés concluyó la lectura, David tomó el relevo apresurándose un poco en acabar los salmos. De quedarse con ellos esa noche, su amigo corría un gran riesgo. ¿Por qué?

Cuando todos repitieron por última vez: «El próximo año en Jerusalén», cerrando así la cena del *Séder*,David se volvió hacia Andrés.

—¡Ahora, dinos rápidamente el motivo de tu visita!

—¡Un decreto real, amigo mío, forzando a partir de ahora a los judíos a vivir en un barrio separado de los barrios de los cristianos! ¡En efecto, una nueva aplicación de la vieja ley de 1414, destinada a mantener a los conversos alejados de las influencias «perniciosas» de sus antiguos hermanos! La razón por la cual he venido tan rápido es que acabo de saber que la frontera entre el barrio cristiano y el judío de Toledo pasará justamente más abajo de la placita, dejando así tu bella residencia fuera de la Judería. Y queda muy poco tiempo para la promulgación del edicto. Quizás suficiente para que, no obstante, puedas tomar todas las disposiciones pertinentes antes de las inevitables transacciones de cambios de propiedades.

Cuando estaba a punto de añadir: «Eso te ahorrará la humillación de someterte a ese decreto», mudó de parecer, convencido de que David lo había comprendido.

Por segunda vez en aquella noche, el rostro de David palideció, ahora bajo el efecto de una violenta rabia interior que, no obstante, consiguió reprimir a costa de un doloroso control de sí mismo.

—Esta es la segunda etapa de su juego sutil —se limitó a constatar—. Primero, el ofrecimiento de conversión, a continuación, mi propiedad, mi familia y, ahora, mi propia casa, la casa de los Villeda, declarada «fuera de los límites».

Temiendo oír a su hermana lanzar con su acostumbrada obstinación y espontaneidad un: «¿qué os había dicho?», Orovida se quedó petrificada en su silla. Pero, por fortuna desilusionada por la gravedad del momento, Alegra guardó silencio.

—¿Un Villeda sometido a un edicto que le impone la calle, la casa donde debe vivir? —prosiguió David alzando el tono, ahora con la sangre refluyendo a su rostro macilento—. ¡El hogar familiar ocupado por cristianos cuyo primer gesto será arrancar la *mezuzá* [8] , colgada en la jamba de la puerta desde hace más de cien años! ¡Jamás! —aulló dando un puñetazo tan violento en la mesa que la estremeció de arriba abajo—. ¡No, os lo digo, jamás!

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Reunirte con Saúl en Portugal? —le preguntó Andrés sugiriéndole de hecho esta posibilidad.

—¿Un segundo exilio? ¡No! Yo soy judío, es verdad, y orgulloso de serlo, pero también soy español. Mi familia vive aquí y sirve a este país desde hace siglos. ¡Nunca escogería abandonarlo por mi propia voluntad!

—¿Qué pretendes entonces?

—Aún no lo sé, pero gracias a ti, mi fiel Andrés, tengo por delante bastante tiempo para encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde.

OceanofPDF.com

IV

Jufré del Águila tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse y afrontar la jornada que comenzaba. Después de sus desventuras de la víspera, su cabeza era de plomo y su boca conservaba un resabio de polvo. ¡Qué mascarada! No sólo había sido forzado a honrar con su presencia los esponsales de la hija granujienta de Constantino Álvarez Calatayud de la Fuente, en su condición de Corregidor de Villafranca, sino que también tuvo que capear los descarados toqueteos de su enorme esposa seguramente dispuesta a proseguirlos hasta que su marido regresara de los combates contra los moros de Granada. ¡Para colmo, también fue blanco —al menos eso le parecía— de las sugerentes y equívocas miradas de su hija mayor, miserable criatura deforme y horriblemente miope con la que hasta los nobles más pobres de Extremadura se negaban a casarse, a pesar de su considerable dote! ¡Y qué decir de los hombres! ¡Qué lamentable galería de seres repugnantes! ¡Ah, no tenían nada que envidiarles a sus compañeras, con esos rostros curtidos que se enrojecían a medida que el vino y la conversación hacían su efecto! ¡Todos aquellos perdonavidas pueblerinos intentando impresionar a su auditorio a fuerza de ridículas fanfarronadas e historias imaginarias inventadas de pies a cabeza, a las que sucedían obscenidades proferidas por lenguas pastosas y malolientes! ¡Y pensar que había tenido que aguantar todo esto como representante de los monarcas católicos en Villafranca, una desolada ciudad en lo más recóndito de Extremadura, únicamente porque Constantino Álvarez Calatayud de la Fuente había sido leal a la Corona durante la sublevación de Villena… ¡Santa madre de Dios, qué bufonada!

«¡Una brillante carrera! —se decía en la Corte a propósito de él, un éxito sin precedentes, la obtención de un cargo tan importante como el de corregidor, en una ciudad célebre por sus nobles turbulentos y sus rebeldes antimonárquicos!-. ¡Pero, vamos! ¡Del Águila, que no tenía aún cuarenta años, que salía de la nada, y a quien se le confiaba una misión semejante! ¡Bravo, joven, bravo!»

¡Sí, bravo por haber tenido la valentía de hacerle el juego a la reina pretendiendo que lo ascendían a ese cargo para premiarlo por haber

conseguido, a costa de grandes esfuerzos, someter Villafranca a su soberana; bravo por haber proseguido en el cumplimiento de su deber, canalizando hábilmente las energías de los rudos y ardorosos combatientes de la pequeña ciudad aislada contra los moros de Granada! ¡Mientras estuvieran entretenidos en hostigar a los musulmanes, no combatirían contra sus soberanos, y tampoco se batirían entre ellos! De esta manera, la pareja real podía dormir tranquila… ¡Bravo, en fin, por haber sabido conservar tan bien las apariencias, disimulando con tanta habilidad una realidad en la que el honor era sinónimo de desgracia; el éxito, de fracaso; el prestigio, de exilio y amarga soledad! Y todo esto porque una mujer caprichosa, cegada por la lisonja y su propia presunción, se había negado a admitir la supremacía del tiempo sobre lo efímero; la primacía de los valores esenciales sobre la vanidad. Una mujer indigna y voluble que finalmente sólo le acarreaba pesadumbre y miseria.

Con estas ideas arremolinándose en su cabeza, Jufré saltó de la cama y cogió el jarro que se tambaleaba en precario equilibrio sobre la mesa. Se asperjó la cabeza con abundante agua fría y, lanzando un taco, estrelló la vasija contra la pared. «¡Ni siquiera las jarras se sostienen de pie en esta maldita ciudad!», exclamó mirando con rabia el recipiente roto en mil pedazos. «¡Condenado cántaro —despotricó sin poder contener su cólera—, por lo menos es el tercero que le compro a ese lisiado! ¡A partir de ahora, se acabó la caridad!»

—¡Ruiz! —aulló.

Unos pasos rápidos resonaron a lo largo de la galería exterior, y un golpecito furtivo se dejó oír en la puerta.

—¡Pero entra, imbécil! ¿No ves que te llamo? ¡Escúchame bien! Si en una hora no me encuentras un jarro que se mantenga derecho por sí mismo, que no esté abollado, te juro por las barbas del Espíritu Santo que te romperé el que me traigas en tu miserable cogote.

—Sí, Excelencia, seguro, Excelencia, yo me ocuparé de eso. ¡Inmediatamente, Excelencia!…

Y el insignificante personajillo desapareció de la vista de su patrón.

Poco después, cuando Gonzalo le llevó al corregidor una bandeja de frutas frescas y una copa de cerveza, el humor de Jufré había cambiado. Al no estar ya bajo el imperio del furor, la aparición del joven sirviente lo llenó de melancolía. Aún no había cumplido los veinte años, y todavía ignoraba las trampas y las desilusiones de la vida…

—Hace aún un poco de frío, señor —observó alegremente el joven.

—¿Realmente?

El buen humor de Gonzalo era contagioso. Tras escoger las cerezas más rojas de la bandeja, y balanceándolas por el rabillo en la punta de los dedos, Jufré atravesó la habitación, llegó a la ventana, y contempló la bella mañana de verano. A sus pies se dilataba indefinidamente al oeste, en dirección a Portugal, y al este, hacia su tan amada Castilla, una llanura amarilla y desolada. Frente a él, la yerma pendiente de la única colina del panorama, se elevaba hacia el cielo prolongada por la inmensa cruz negra del monasterio que coronaba su cumbre. Contrastando extrañamente con la aridez casi desértica del paisaje, un estuche de exuberante verdor anidaba en la encrucijada entre la colina de enfrente y la ladera sobre la cual se extendía Villafranca. Ansiosa por escapar al ambiente desolador de Extremadura, su mirada siempre acababa posándose en aquella parcela de verdor. Para refrescar su seco paladar, Jufré dejó resbalar la pulpa de una cereza en la boca saboreando la ligera acidez.

—¡Gonzalo! —llamó bruscamente, con la mirada súbitamente alerta.

—¿Sí, Excelencia?

—¡Ven aquí un momento! Tu vista es mejor que la mía. ¿No divisas un movimiento, allá lejos, entre la hierba?

—Desde luego, efectivamente creo que algo se mueve.

«Es extraño —pensó, escupiendo distraídamente el hueso de la cereza por la ventana— sin embargo Francisco no ha regresado.»

—¿Su Excelencia desea que vaya a caballo a ver de cerca qué es lo que pasa?

—No, ahora no. Puede que más tarde. De momento quítame del medio estos fragmentos de barro del suelo y ve a buscarme un pollo joven. ¡Pero cuidado! Que esté bien tierno. ¡No uno de esos pollos viejos que la chusma vende en el mercado! Si no lo encuentras en la gran plaza, inténtalo en el matadero judío. Allí es donde se encuentra la mejor volatería. ¡Quiero una pepitoria ligera, muy ligera! Todavía no me he restablecido de mis festividades nocturnas. ¡Sí, entre, Ruiz! —prosiguió dirigiéndose esta vez a su secretario, quien aguardaba vacilante y sumiso en el umbral de la puerta —. ¡Ah, muy bien, he aquí lo que aparenta ser un bonito jarro! ¿Es para mí, supongo? ¿De estaño? Tienes razón. Justo lo que necesitaba —añadió—. ¡Y esta vez se mantiene tan derecho como la baqueta de una espingarda! ¿Ves qué bien te las arreglas cuando quieres? Lo resolviste rápidamente —

concluyó amablemente para subsanar su cólera de la mañana, pues Ruiz era demasiado servicial para merecer reproches injustificados.

—No he sido yo quien lo ha encontrado, Excelencia. Al enterarse de que teníais necesidad de un jarro, Salomón Cohen, quien está esperando en la antecámara desde el alba, me dijo que poseía uno en su casa, bello, sólido e irrompible, y que le haría muy feliz ofrecéroslo. Me pidió que fuera a buscarlo y que os lo trajera mientras él hacía antesala.

Dejando atrás al jarro y al servidor, Jufré del Águila, Corregidor de Villafranca, recorrió en un abrir y cerrar de ojos la galería que rodeaba todo el primer piso de su residencia, y penetró en la antecámara que separaba sus aposentos de la gran sala de audiencia. Al verlo entrar, Salomón Cohen se levantó y le saludó respetuosamente.

—¡Don Salomón, buenos días! —lanzó Jufré con cordialidad, a sabiendas de que llamando «don» a un judío, transgredía la nueva ley.

¡Pero no le hacía falta recurrir a esos absurdos!… Ante este tratamiento, el rostro macizo de ojos cargados de don Salomón Cohen se ensanchó de placer, un placer que no hizo sino crecer al constatar que el corregidor lo invitaba a seguirlo hasta el salón de gala reservado a los convidados ilustres.

—¡Vos me habéis obsequiado una magnífica pieza de estaño! ¿Cómo os puedo dar las gracias?

—El honor y el placer son míos, Excelencia. Ese jarro formaba parte de la dote de mi mujer, pero ambos estamos encantados de que se convierta en propiedad de un hombre de vuestra calidad.

Con una breve inclinación de cabeza, Jufré manifestó su satisfacción y, tras haberle designado un asiento a su huésped, arrellanándose a su vez en su sillón, esperó la exposición de la petición que acababa de dar lugar a semejante demostración de cortesía.

Poniendo sus rollizas manos en las rodillas, Salomón Cohen se aclaró la voz e inclinándose pesadamente hacia delante, comenzó su discurso con un tono falsamente avergonzado:

—Excelencia, vengo a vos encargado de una muy penosa misión. Creedme, habría dado mi vida para evitaros esto… Pero desgraciadamente…

Alzando las manos y los ojos al cielo, en un gesto de piadosa resignación, suspiró profundamente antes de seguir:

—Teniendo en cuenta vuestra suprema autoridad sobre nuestras tierras, sin duda sabéis que una extraña enfermedad se propagó como un reguero de pólvora, devastando nuestros rebaños, los cuales, además de fiebre, han sufrido progresivamente pústulas en las corvas, en la lengua y alrededor del hocico. Ya hemos perdido más de la mitad de los animales, y los que sobreviven lamentablemente están tan débiles y tan raquíticos que ya no pueden ingerir el menor alimento.

—Por supuesto, estoy al corriente, y comprendo muy bien vuestra inquietud y, sobre todo la suya, en tanto que lanero.

—¡No he venido a veros a título personal! —se apresuró a precisar Cohen, adoptando una actitud de falsa modestia—. Yo puedo soportar, sin que ello signifique que sea muy afortunado, y puedo hacer frente, por el momento, a la catástrofe… No, yo vengo a veros en nombre de los más desvalidos, de los que se ganan el pan de cada día en el comercio de la lana y a quienes un desastre así puede conducir a la ruina, quiero hablaros de los pastores, los esquiladores, los lavadores, los cardadores, los hilanderos y tejedores, tintoreros y pequeños vendedores de tejidos.

—Comprendo. ¿Pero cómo puedo ayudarlos?

—Su Excelencia sabe muy bien que muchos de ellos son judíos. Ahora bien —siguió Salomón Cohen inclinándose aún más—, la semana pasada, cuando Meir Barchillon procedía al reparto de los impuestos de la comunidad judía para el año que viene; os costará trabajo creerlo y honestamente deploro tener que informaros de ello; no previó ninguna concesión en favor de los que han sufrido los perjuicios de esta temporada, y ¡los ha tasado tanto como el año pasado, por no decir más!…

¡Conque es ahí adónde quería llegar! Jufré se lo esperaba desde hacía algún tiempo ya, y a menudo se preguntaba cómo se desarrollarían las cosas.

Solapadamente, aquel hipócrita servilmente inclinado hacia él calculaba el mejor modo de arrastrarlo en los problemas de la comunidad judía de Villafranca.

—¿De verdad? —replicó simplemente, sin comprometerse, contentándose con levantar una ceja, como acostumbraba a hacer cuando reflexionaba.

—¡Por desgracia así es, Excelencia! Hemos intentado convencerle para aligerar este año el fardo de los laneros, pero permanece inflexible y se niega a hacer la menor concesión. Por esta razón, Excelencia, recurrimos a

vos, representante supremo de los soberanos católicos. En efecto, ¿cómo no temer que semejante injusticia contra el pueblo humilde, nervio de nuestro comercio, aplastado bajo el peso de impuestos inicuos, se convierta finalmente en el origen de la ruina de los negocios y, en consecuencia, de una mala recaudación de los impuestos debidos al Tesoro Real? En cambio, si se les permite a estos desgraciados salir a flote de este terrible desastre, los negocios se recuperarían de prisa, volverían a florecer, y todos podrían pagar honestamente lo que deben con anterioridad.

«¿A quién beneficiaría esto? ¿A los desgraciados o a él mismo?», se preguntó Jufré para sus adentros antes de contestar:

—¿Y Meir Barchillon no entiende eso?

—¿Meir Barchillon? ¡Dios! ¡Él sólo comprende lo que es bueno para Meir Barchillon!

Arrimando aún más su asiento al del corregidor, Salomón Cohen siguió, esta vez cuchicheando como un conspirador:

—De hecho, Meir Bachillon es el único cobrador de impuestos de la comunidad judía de Villafranca, pues los otros dos propuestos para esta tarea son hombres suyos que no hacen más que cumplir sus órdenes. ¡De tal forma que sigue siendo el único que domina el juego, prestando dinero eventualmente a aquellos que no pueden pagar, con intereses que ya podéis imaginar! De esta manera los desgraciados se convierten dos veces en sus deudores y, por tanto, en sus rehenes: primero por el impuesto impagado, y después, por los intereses debidos. Atados de pies y manos, no les queda más remedio que ejecutar sus órdenes en todos los asuntos. ¡Así las cosas, si Barchillon necesita de un «servicio» cualquiera, no tiene más que levantar el meñique y el asunto está resuelto! ¿Sabíais, por ejemplo, que esa banda que troquelaba las monedas de oro y que fue arrestada el año pasado, era suya? ¡Y cómo podría, si no es teniéndolas en sus manos, manipular vulgar y brutalmente a las personas, y mantenerse a la cabeza de la comunidad judía, este ignorante sin escrúpulos, cuya mujer no es más que una ex prostituta! ¡Es una verdadera deshonra para la religión mosaica, un auténtico escándalo para todos los judíos españoles que viven bajo vuestra autoridad! —estalló, con el rostro rojo de indignación— ¡Y eso no es todo! Todo el mundo sabe que Barchillon no ha sido nunca oficialmente absuelto por su ayuda al marqués de Villena durante el alzamiento, que él fue el último consejero en aceptar la idea de una sumisión a Isabel, incluso a pesar de la orden de Villena. Sólo se rindió después de haber recibido, por

intermedio de Ruiz, un mensaje personal del marqués anunciándole que las tierras prometidas por el jefe rebelde habían sido confiscadas por la Corona. ¿Por qué, dadas estas circunstancias, la reina le ha restituido sus propiedades a Barchillon?

Jufré empezaba a aburrirse. Todo aquello era provinciano, fatigante y ya oído… No obstante, hizo un esfuerzo por disimular la impaciencia, pues conocía muy bien a sus judíos como para ignorar hasta dónde podían llegar si se dejaban llevar por las pasiones. La intervención de Salomón significaba que la situación podía ser explosiva y que de un momento a otro había que esperar posibles desórdenes. Al ver que no obtenía respuesta de su interlocutor, Cohen prosiguió:

—¡Pues bien, os lo diré, Excelencia! Simplemente porque, tras la marcha de Francisco de Guzmán, él se convirtió en el único comerciante de aceite y vino de toda la región, y porque de esta forma se encontró en condiciones de informarles a los inspectores del impuesto real sobre las rentas de casi todas las personas relacionadas en Extremadura con la profesión, fuesen cristianas, musulmanas o judías.

De modo que era ahí adonde quería llegar este buen hombre, se dijo Jufré. Sin perjudicar a las rentas reales, habría que evitar desórdenes en la comunidad judía, pues nadie ignoraba que los disturbios entre ellos podían suscitar otros por todas partes. En efecto, ¿quién en Villafranca, cristiano o judío, podría resistir la tentación de una escaramuza general?

Para todos sería una magnífica ocasión de derribar al demasiado célebre Barchillon, aquel que, de feroz rebelde, había devenido devoto servidor de la Corona.

—¿Entonces, qué sugerís vos?

—Dejadme que os asegure, Excelencia —continuó empalagosamente Cohen—, que personalmente no tengo nada contra mi amigo Meir Barchillon y que mi única intención, al venir a veros, es la de salvar a los laneros de la ruina. No olvidéis que, además de sus preocupaciones actuales, han de soportar la adversidad que les impone la ley de segregación, que reduce a la comunidad entera a apiñarse en unas cuantas calles, en la parte baja de la ciudad, cerca de las murallas, medida que provoca hacinamiento y condiciones sanitarias deplorables. ¡Qué Dios nos proteja si, por desgracia, se declara la peste! Tampoco olvidéis que a las nueve de la noche las dos puertas del barrio judío se cierran. Pensad, en fin, que cualquiera que haya logrado deslizarse fuera, corre el riesgo de ver

todas sus ropas confiscadas… ¡Imaginad la cólera de nuestros judíos que se sienten humillados y encerrados como bestias!

Jufré notó esta vez la amenaza velada. Un astuto, este Cohen…

—¿Qué solución tenéis en mente? —preguntó el corregidor—. ¿Un cambio del sistema fiscal, un cambio de la evaluación —en este caso realizada por Barchillon— de la declaración, a fin de proteger a todo el mundo, ricos y pobres, de sus decisiones arbitrarias? ¿Suponiendo que tengáis razón, creéis que la comunidad, cuyos numerosos miembros, como vos mismo lo habéis dicho, están en manos de Barchillon, aceptaría estos cambios?

—Con vuestro apoyo moral, sin ninguna duda, Excelencia. Sí, verdaderamente creo que podría convencer a suficiente gente para esto.

Poco deseoso de ir más lejos, ahora Del Águila tenía prisa por poner término a la conversación.

—En primer lugar, voy a examinar el problema con los funcionarios del Tesoro a fin de asegurarme que vuestra sugerencia no causará ningún perjuicio a la Corona. Por otra parte, le pediré a Ruiz que haga una encuesta sobre las condiciones de vida en el barrio judío y que vigile para que la puerta de la Plaza Mayor se mantenga abierta.

—Gracias, Excelencia. Bien sabía yo que consideraríais nuestra situación con benevolencia —cloqueó humildemente Cohen mientras se levantaba para despedirse.

Después de inclinarse repetidas veces, abandonó el salón con pasos mesurados, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

Apenas Del Águila soltaba un suspiro de alivio, feliz de encontrarse solo, cuando oyó el ruido de un violento altercado procedente del vestíbulo. La puerta se abrió brutalmente y la imponente silueta de Meir Barchillon se recortó en el hueco de la puerta, irrumpiendo con la nariz bulbosa, escarlata de rabia, y sus ojos escudriñándolo todo, a la búsqueda de una víctima inasequible.

—Yo sé muy bien lo que ese virtuoso e hipócrita personaje os ha dicho —rugió precipitándose al encuentro del corregidor—. ¡Sí! Él os ha dicho que yo desangro a mis hermanos, que los reduzco a la miseria extorsionándoles sus últimos maravedíes. ¿Es eso lo que os ha dicho? ¿Y sabéis por qué ha proferido esas mentiras? ¡Pues bien, simplemente porque este año, el pobre, no llegará a enriquecerse y, sobre todo, porque no quiere pagar! ¡No pasa un solo año, bueno o malo, sin que vaya por todas partes

lloriqueando y diciendo que yo le gravo excesivamente! ¡He aquí la verdad, la única razón por la cual él quiere modificar el sistema de impuestos! ¡Pero esto, claro está, él no os lo ha dicho, Excelencia! Sé muy bien que los pequeños laneros no pueden pagar este año. Pero esto es asunto mío: yo les adelantaré el dinero que necesitan y ellos me lo reembolsarán cuando puedan. ¿Preguntadle, pues, a Cohen si él sería capaz de asumir semejante riesgo? ¿Preguntadle si tiene valor para enfrentarse a Seneor y a los funcionarios del Tesoro real, justo en el momento en que la guerra contra Granada se prepara, para decirles que los judíos de Villafranca no pueden pagar sus impuestos? ¿Acaso quiere verlos a todos presos por deudas? ¿Es que no ha oído hablar del nuevo impuesto de guerra? Pues bien, Excelencia, la próxima vez que venga a hacer genuflexiones a vuestros pies, decidle que pronto cada comunidad judía de Castilla deberá pagar la bonita suma de veinte mil castellanos de oro y que, a pesar del desastre lanero, yo, Meir Barchillon, jefe de la comunidad judía de Villafranca, me comprometo solemnemente a que todos los judíos de esta ciudad abonen esa suma, aunque para conseguirlo tenga que hipotecar mis bienes. ¿Haría él otro tanto, para ahorrarles molestias a las gentes humildes?…

Evidentemente la respuesta era negativa. Por eso Del Águila se amparó prudentemente en su papel oficial, limitándose a responderle en un tono solemne:

—¡Yo estoy muy atento a la situación general, pero me parece que este año los laneros están particularmente afectados!…

—¡Por supuesto, es Cohen quien los subleva!… ¡No es la primera vez que me convierto en garante de sus deudas para permitirles escapar a un año difícil! ¡Excelencia, no dejéis que esa cucaracha abuse de vos! ¡Está claro que, ante todo, quiere arrebatarme la dirección de la comunidad, y que cree haber descubierto la forma ideal de excitar a los laneros y a otros descontentos contra mí! ¡Pues bien, que lo intente! ¡Por la barba de Sansón, ya las pagará, os lo aseguro!

En este punto de la perorata, Del Águila sintió que la farsa había durado bastante. Escudándose en la dignidad de su rango, replicó firmemente:

—¡En mi condición de representante de los Reyes Católicos en esta ciudad, dejadme que os recuerde que mis dos principales deberes son proteger los intereses de la Corona y mantener el orden y la ley en Villafranca! ¡Con vuestra ayuda, o sin ella si es preciso, tengo la intención

de cumplirlos, tanto el uno como el otro, para entera satisfacción de mis soberanos!

Hecha esta aclaración, el corregidor se levantó y con una calma aparente que disimulaba su profunda inquietud, sin más, le dio a entender a Meir Barchillon que la conversación había acabado.

Cuando su interlocutor dio media vuelta y se marchó sin más comentarios, Jufré se sentó de nuevo, desengañado, y se pasó la mano por la frente con un gesto de cansancio. ¡Su Excelencia el Corregidor!… refunfuñó para sí mismo. ¡Qué burla! Su cargo no sólo implicaba pasarse la noche evitando que lo magrearan mujeres infames, sino también la mañana impidiendo que dos judíos se destriparan sumiendo la ciudad en el caos. ¡Todo ello al servicio de un monarca que lo había traicionado! Una vez más, la rabia se apoderó de él y, con ella, el desenfrenado y ciego deseo de romper, de destruir todo lo que se encontraba al alcance de su mano.

Pero Ruiz, quien tocaba de nuevo a la puerta, interrumpió sus reflexiones.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó agotado, sin volver la cabeza.

—Excelencia, don David Villeda desea veros. Asegura ser amigo vuestro.

—¿Don David Villeda de Toledo?

—Creo que sí, Excelencia.

—¿Don David? ¡Hacedlo entrar inmediatamente!

—¡Dios mío! ¡Su Excelencia el Corregidor de Villafranca! ¡Jufré, mi amigo, así que sois vos! ¡Qué alegría veros investido de semejante dignidad!

Los dos hombres se abrazaron con entusiasmo.

Pero pasados los primeros momentos de efusión, Jufré descubrió a un David envejecido: sus gestos se habían vuelto más lentos, el rostro aún más delgado, los ojos más ojerosos y cansados que lo que recordaba Jufré. Por su parte, David, quien también examinaba a su amigo a hurtadillas, se encontró con un hombre maduro que aparentemente había perdido su alegría de vivir.

—¡Por Dios! ¿Pero qué hacéis vos en esta ciudad perdida? —lanzó Jufré, sin salir de su asombro.

—Me instalo aquí —replicó David con un tono natural.

—¿Os instaláis? ¿Aquí? ¿Pero, en fin, por qué motivo? ¿Buscáis camorra con algún barón del pueblo o con los judíos de Villafranca?

David sonrió. ¡Gracias a Dios aún tenía algunas chispas de humor en sus ojos!…

—No, tranquilizaos. Solamente acabo de tomar en arriendo la finca de Francisco de Guzmán.

—¡Ah! ¿Entonces fue a vos a quien divisé esta mañana caminando bajo los árboles?

—Probablemente, y, como veis, no he perdido tiempo en venir a saludaros. Cuando Andrés supo mi intención de venir a vivir aquí, me hizo saber en Segovia que el corregidor de Villafranca no me sería desconocido. ¿Pero, decidme, qué insigne servicio habéis prestado al reino para obtener semejante distinción? ¡Contadme, quiero saberlo todo!

Jufré sintió que algo se rompía dentro de él. ¡Hacía ya cuatro años que sin cesar le pedían que explicara el origen de su «ascenso», cuatro años ya que tenía que recitar, sin la más leve sombra de vacilación, el mismo cuento! Pero hoy era imposible. Con un hombre tan recto, tan íntegro como David, no podía andarse con rodeos… Además, ya estaba demasiado cansado de fingir…

—Es una larga historia —comenzó lentamente—, demasiado larga para ser contada en un momento… ¡Primero, decidme qué buen viento os ha traído por Extremadura!

—¡Dios mío! También la mía es una larga historia… Así que venid dentro de un rato a mi casa, después de la siesta. Ya hablaremos…

OceanofPDF.com

V

Orovida estaba en otro mundo. Sentada en un banco de piedra, en el rincón más sombreado de la galería, su mente estaba ausente; su alma, helada. A su alrededor, vagas siluetas se afanaban en diversas tareas domésticas sin que ella, inmersa en su soledad, se diese cuenta. De vez en cuando alguien le llevaba una bebida o le pedía alguna instrucción, pero era en vano. Inmóvil, no se sentía aludida, ni respondía.

Contento de haber vuelto a ver a Jufré, David le dio la vuelta al patio a través de la galería de grandes columnas de granito, y la descubrió en su rincón. Con la esperanza de animarla con su buen humor, se sentó a su lado y le cogió la mano. Estaba fría, a pesar del calor de aquel principio de verano. Desconcertado por su apatía, su optimismo se deshizo en seguida.

—¿Qué tenéis? ¿Espero que no estéis indispuesta? —Orovida sacudió la cabeza negativamente.

—¿Entonces qué es?

—Nada. Absolutamente nada.

—Es la fatiga del viaje, seguramente. Esta larga semana en los caminos ha sido extenuante. Hacía tanto tiempo que no atravesábamos esta llanura extremeña que nos habíamos olvidado de su desolación, ¿no es eso? Deberíais venir a descansar al interior, mientras llega el viento fresco que sopla por la tarde.

Pero Orovida, de nuevo, hizo un gesto de negación.

—Amiga mía, yo sé bien que esta casa no es la de nuestros recuerdos, pero Fortuna ha arreglado de la mejor manera posible vuestra habitación para que os sintáis como en vuestra propia casa. ¡No pensaréis confinaros aquí toda la jornada! ¿Queréis que me quede con vos?

Pero, evidentemente, su indirecta apenas tuvo éxito.

—Si así lo deseáis… —murmuró ella por fin, con una voz apenas audible.

Tras derramar un poco de vino en una copa, David se la ofreció a su esposa. Ella bebió un traguito y después, con gesto cansado, dejó la copa en el banco. Al alcance de su mano había algunas golosinas primorosamente presentadas por Fortuna en un canastillo. Cuando iba a seleccionar las más

tentadoras para su esposa, José vino a avisarle de la llegada del viejo López, quien había logrado contratar algunos ayudantes en la comarca.

—Dile que voy en seguida.

Y volviéndose hacia Orovida, agregó:

—Lo siento, querida, pero tengo que dejaros un instante. No será por mucho tiempo. Tratad de ir a descansar y a refrescaros un poco mientras me esperáis.

Cuando regresó hacia el final del mediodía, Orovida no se había movido de allí.

—¡Pues bien, querida, todo sale a pedir de boca! —exclamó asombrándose de que ni siquiera levantara la cabeza ante su reaparición—. López se las ingenió para encontrar algunos hombres que trabajaron aquí en la época de Francisco y que están dispuestos a comenzar mañana. Evidentemente yo hubiera preferido, sobre todo por vos, poner primero la casa en orden, pero al parecer es urgente ocuparse de la viña antes de que sea demasiado tarde… ¿Orovida, querida mía, me escucháis?

—Claro que sí, querido, os estoy escuchando.

—En ese caso, ¿podréis proyectar con López las obras a efectuar en la casa, verdad? En líneas generales, él sabe lo que hay que hacer y encontrará la mano de obra necesaria. Por mi parte, me ocuparé de las cuentas y vos sólo tendréis que supervisar el conjunto de los arreglos.

Orovida hizo un gesto imperceptible con la cabeza. En una actitud patética, abría y cerraba las manos sobre sus rodillas, como si intentase decir: «Me gustaría tanto ayudaros, pero me siento perdida en esta nueva vida… Vos sabéis cuán penoso me resulta afrontar otro mundo que no sea el mío. Os lo ruego, dadme un poco más de tiempo para reencontrarme».

Pero David, con la cabeza llena de proyectos, no comprendió su llamada.

—Os dejo la entera responsabilidad de la decoración interior —continuó en su ímpetu—. López me ha dicho que cerca de aquí, en Hornachos, hay excelentes embaldosadores y azulejeros musulmanes, y estoy convencido que se pueden encontrar muy bellos tapices portugueses aquí mismo, en Villafranca. Tengo plena confianza en vuestro gusto, querida mía: siempre ha sido perfecto.

Pero ni el homenaje a sus dotes artísticas —de las que siempre había estado tan orgullosa—, ni la perspectiva —que antaño tanto le hubiera

gustado— de tener que imaginar una nueva decoración, consiguieron alegrarla.

—¡Ah, una cosa más, la más importante y casi la olvido! Cuando fuimos interrumpidos por José, estaba a punto de anunciaros la llegada inminente de Jufré del Águila. Esta mañana pasé algunos minutos con él y lo he invitado a venir para recuperar el tiempo perdido. Espero que venga con Leonor. Ella será una amiga para vos.

Al escuchar estos nombres familiares, Orovida sintió subir en ella un eco del pasado, y una ola de nostalgia la inundó. Al notar su brusca palidez, David se inclinó hacia ella:

—¿Orovida, qué tenéis? ¿Qué os pasa?

—Nada, verdaderamente nada, querido. (¿Para qué explicárselo, si era incapaz de comprenderlo por sí solo?) Creo que ahora me voy a descansar un poco.

Cogiéndola suavemente por el brazo, David la guió a través del adoquinado desigual de la galería hasta su alcoba, y luego, con solicitud, la ayudó a tenderse en la cama. A pesar del calor, la cubrió con una manta de piel.

—¿Qué otra cosa puedo hacer por vos, querida?

—Nada, gracias. Voy a tratar de dormir —murmuró imperceptiblemente.

Y volvió la cara contra la pared.

Cuando David cerraba cuidadosamente la puerta del dormitorio, el brusco galope de un caballo subiendo por la alameda que conducía a la finca, resonó en la galería. Cruzando rápidamente el patio, salió a recibir a Jufré del Águila.

—¡Bienvenido! —exclamó con efusión, ayudando a su amigo a descabalgar—. ¿Pero estáis solo? ¡Esperaba que Leonor vendría con vos!

—Leonor no está en Villafranca —explicó brevemente, franqueando con paso ágil la gran puerta tachonada.

Cuando llegó al patio interior, se detuvo con los brazos en jarras y frunciendo las cejas mientras se entregaba a un rápido examen al lugar:

—¡Diablos, sois el feliz propietario de una magnífica ruina!… ¿Desde cuándo está abandonada la casa?

—Ocho años, creo.

—¡Ocho años!… ¡La finca debe de estar en una estado lamentable! ¿Evidentemente, no tenéis intención de explotarla?

—¿Y por qué no?

—¡Pero no tenéis ninguna experiencia en la materia!

—¡Excelente ocasión para aplicarse a la tarea!

—¡No, no puede ser verdad! David, ¿habláis en serio?

—Completamente. ¿Acaso tengo cara de bromista?

—¿Y Francisco?

—He llegado a un arreglo con él. Venid, os lo voy a explicar —continuó arrastrando a su invitado hacia el banco que Orovida acababa de abandonar— ¿Una golosina?

Tomaron una cada uno.

—Quizás no estéis al corriente, pero después de la aplicación de la ley de segregación, mi casa de Toledo cayó fuera de los límites del barrio judío, tercera etapa de un plan concertado y dirigido contra mí. Recordad que estabais presente durante la primera etapa, hace cuatro años, cuando se me pidió cortés, pero enérgicamente, que aceptara el bautismo. A continuación —vos estabais aún en Toledo—, la segunda fase de intimidación se materializó cuando la Corona compró mi propiedad para convertirla en el futuro monasterio de San Juan de los Reyes. Y finalmente, hace unos meses —última parte de la maniobra— la exclusión de la plazuela del barrio judío, otra tentativa deliberada para humillarme forzándome a abandonar mi residencia familiar. ¡Evidentemente, por mi parte ni hablar de aceptar que se me designara un lugar de residencia, ni hablar de hacerme vender o incluso alquilar mi casa a los cristianos! Gracias a Andrés, quien me avisó de lo que me esperaba, por suerte tuve tiempo para actuar libremente antes de la publicación del edicto. Considerando que no me quedaba ninguna otra opción, tomé la única decisión posible: irme de Toledo. En efecto, al ser en aquella ciudad uno de los pocos judíos que ha conservado su dignidad y prestigio, a pesar de las leyes y las presiones dirigidas contra nuestra comunidad, me convertí para las autoridades en un símbolo a derribar. Dado que no consiguieron sus fines convirtiéndome en el ejemplo edificante del converso que necesitaban para mostrarle a mis correligionarios, naturalmente decidieron quebrantar mi posición social y mis negocios, amenazándome con la ruina si persistía en mis errores. En último extremo, es evidente que la habrían tomado con mi clientela. Al irme de Toledo, yo cesaba de ser ese símbolo. Al desaparecer de la escena, mi «caso» caía por sí solo en el olvido. Dos problemas quedaban por resolver todavía: la liquidación de mi casa y la de mi negocio, y mi futuro lugar de residencia.

La perspectiva de establecerme en el barrio judío de una pequeña ciudad cualquiera de España, quedaba excluida. No podía imaginarme viviendo en una callejuela insalubre, excesivamente poblada a causa del decreto de segregación. No, lo que me hacía falta era un retiro en un lugar apartado de una ciudad. De pronto, pensé en Francisco y en su finca, casi abandonada a causa de las revueltas que tuvieron lugar en los campos durante la guerra civil. Sabía que le gustaba nuestra casa de Toledo, tanto como a nosotros nos gustaba su finca, adonde solíamos visitarlo. Además, desde que yo le ayudé a montar un comercio de pañero en Toledo, había adquirido una cierta experiencia en la lana, y estaba seguro que, con la ayuda de su hijo, convertido en un hombre, ahora era completamente capaz de dirigir mi negocio. Así, pues, lo obligué a tomar la siguiente decisión: su casa en el campo a cambio de la mía en la ciudad, mi única condición era la de poder recuperarla en cualquier momento. Más aún, le cedí la explotación de mi negocio por una suma ligeramente inferior a su valor, adquiriendo a cambio el arriendo de sus tierras abandonadas. Francisco aceptó en el acto, encantado con la transacción.

—¡Rechazarla hubiera sido una insensatez! —exclamó Jufré—. ¡No ha perdido nada en el trato: una suntuosa residencia a cambio de una ruina, y un negocio floreciente a cambio de un desierto!…

—¡Cierto! Pero como para mí no se trataba en modo alguno de abandonar mi título de propiedad, la única posibilidad que podía tener presente era un compromiso moral con un amigo. Francisco es un hombre honesto: por eso he negociado con él con toda confianza. Cuidará mis paredes como si fueran suyas y me las devolverá tan pronto se las pida. Creedme, eso vale más que todo el oro del mundo. Por otro lado, he perdido muy poco en este negocio, pues Francisco me entregó una suma bastante razonable que he guardado para el futuro. ¿Qué más puedo pedir? ¡De todas maneras, a la vuelta de unos cuantos años, yo no habría ya valido ni un solo maravedí, pues sin ningún género de duda nuestros soberanos me habrían llevado a la ruina! ¡Por lo menos los he privado de ese placer!

—¡Habéis obrado con discernimiento y sabiduría, don David! ¿Así que ahora vais a transformar estas tierras estériles en un paraíso?

—Voy a intentarlo.

—¡Por Dios, admiro vuestro valor y me hará muy feliz ayudaros en todo lo que pueda!

—Nunca lo he dudado, amigo mío, y os confieso que vuestra presencia aquí es para mí un consuelo.

—¡Eso no tiene importancia! —fue cuanto dijo Jufré levantándose— ¿Qué tal si damos juntos una vuelta a la casa?

Los dos hombres se internaron en la galería abovedada que rodeaba el patio. El techo estaba hinchado y desconchado; y sus pilares, en roca viva y desangelados.

—Este es el vestíbulo —indicó David abriendo una puerta frente a la entrada principal—. Como podéis ver, las altas ventanas, en el fondo de la habitación, dan al jardín o a lo que, espero, pronto será de nuevo un jardín. Obviamente queda mucho por hacer, empezando por ese techo que habrá que restaurar. Los revestimientos de las paredes también están en muy mal estado. Pero espero que Orovida pronto esté lo bastante bien para ocuparse de todo esto.

—¿Está enferma?

—A decir verdad, no. Sólo un poco perturbada por el viaje, creo.

Abandonando el salón casi vacío que amplificaba de un modo extraño el eco de sus palabras y sus pasos, los dos hombres volvieron a la galería y llegaron a la cocina.

—¿Pero… no es el viejo José? —exclamó Jufré distinguiendo una silueta gris y encorvada afanándose entre jarros y cacerolas.

—En efecto, es él. Francisco me dijo que tanto él como Zelda podían quedarse en Toledo, pero él se negó alegando que no formaba parte del mobiliario, sino de la familia. Entonces nos siguió hasta aquí.

Al llegar al ángulo que formaba la cocina con la fachada de la alquería cuadrangular, David se detuvo un instante al pie de una escalera de piedra empotrada en la pared.

—Conduce a la torre —explicó sin más.

—¿Tenéis algunos guardias, allá arriba o en los alrededores de la finca?

—A decir verdad, no. Hay un viejo que vigila y conoce la finca desde hace muchos años. Pero, aparte de él, nadie más. ¿Es necesario eso? ¡La región está en paz! ¿Qué necesidad hay de guardias armados?

—¿En paz? Sí, efectivamente, las sublevaciones y las refriegas entre los caudillos locales han terminado y, desde entonces, todos obedecen a Isabel. Pero como no pueden vivir sin combatir, la mayoría está ahora luchando cerca de Granada donde sus escaramuzas corren el riesgo de

acarrearnos represalias por parte de los musulmanes. Los moriscos de Hornachos también podrían inmiscuirse. ¡En eso tienen mucha fama!

—Tenéis razón. No lo había pensado —admitió David, con el rostro de pronto entristecido.

—No os inquietéis —lo tranquilizó Jufré—. Encontraremos la forma de daros protección.

De la escalera, habían pasado al cuerpo de guardia y luego a una habitación de dimensiones más reducidas, situada cerca de la entrada.

—Aquí recibiremos a los obreros a destajo y a los capataces, y aquí haremos las cuentas —indicó David llevándose a Jufré hasta el patio— Por último, aquí, a la derecha, está nuestra alcoba y el guardarropa. No os lo voy a enseñar hoy. Orovida está descansando.

—Esta casa se va a convertir en un encanto, ya lo creo —declaró Jufré con un entusiasmo un poco forzado, evitando sobre todo desanimar al nuevo dueño de la casa.

La empresa le parecía demasiado ardua y, en su fuero interno, no podía dejar de pasar revista a la infinidad de obras pendientes.

Un ruido de pasos ligeros procedentes de la habitación interrumpió el curso de sus reflexiones.

—¡Orovida, querida mía! —exclamó David dirigiéndose a ella—. ¿Cómo os sentís? Mejor, espero.

—Sí, un poco —murmuró la joven con una pálida sonrisa, yendo a sentarse al lado de su marido, en el banco del patio, cerca de Jufré.

Para Jufré su resplandor de antaño se había difuminado. Casi inmaterial, su silueta era triste y etérea, y hasta sus ojos parecían reflejar la imagen de un universo lejano e inaccesible. Con una ligera inclinación de cabeza, ella saludó al corregidor.

—¿Espero no molestar?

—¡Qué pregunta! ¡Por nada del mundo! Al contrario, estoy encantada de veros. Por favor, proseguid vuestra conversación —murmuró recogiéndose en sí misma.

Sin saber qué actitud adoptar, Jufré se sintió un poco incómodo. ¿Qué había que hacer? ¿Quedarse o despedirse? ¿Hablar o callar? Afortunadamente, con su desenvoltura habitual, David lo sacó del apuro.

—Jufré, creo que ha llegado el momento de oír la historia de vuestro prodigioso ascenso. Estoy seguro que también a Orovida le gustará conocerla.

Viendo que esta vez no podía eludir el tema, Jufré se preguntó por dónde comenzar. ¿Por la mentira o por la verdad? ¿Por las apariencias o por la realidad?

—Si preguntáis en la región —se decidió por fin—, sin duda os dirán que fui nombrado Corregidor de Villafranca en recompensa por mi participación en el sometimiento de esta ciudad. Durante la campaña de Extremadura para pacificar la región después de la victoria de Toro, Isabel nos llevó, a Leonor y a mí: ella como dama de su séquito y yo en condición de combatiente. Cuando llegamos a las puertas de Villafranca, el comandante de la fortaleza, un cabeza loca llamado Miguel de Cazalla, rehusó formalmente entregarle las llaves de la ciudad a la reina y juró enérgicamente que si ella osaba provocarlo, la atacaría en persona y se batiría hasta la muerte. Ultrajada por semejante desafío, Isabel replicó con todo el peso de su autoridad: ¿acaso iba a someterse a uno de sus súbditos, quedándose fuera de su propia ciudad? ¡Por supuesto que no, ningún soberano digno de ese nombre podría tolerar una desobediencia tan grave! Encomendándose entonces a Dios, con una firmeza que habrían podido envidiarle los más grandes jefes militares, dio la orden de concentrar frente a los muros de la ciudad toda la artillería y las bombardas disponibles. Ejecutadas sus órdenes, yo recorrí el campo, reuniendo el mayor número posible de barones y, por suerte, tuve la feliz inspiración de pedirle ayuda a Álvaro de Portela, quien aceptó inmediatamente, muy contento de probarle su lealtad a Isabel haciendo que se olvidara así su lamentable participación en la sublevación de Villena. De este modo, tres mil caballeros de Calatrava vinieron como refuerzo a reunirse con nosotros. Cuando estas tropas y sus armas se concentraron alrededor de la ciudad, Miguel el valiente, como le llamaban, tras haber perdido un poco de su soberbia y en una última tentativa por salvar su dignidad, nos hizo llegar un mensaje por intermedio de Juan Ruiz, el hombre que os ha llevado hasta mí esta mañana. Según él, Miguel de Cazalla estaba dispuesto a deponer las armas, a condición de que la ciudad quedase bajo la autoridad de su legítimo dueño y señor, Diego López Pacheco, marqués de Villena. Isabel pidió entonces que trajeran al marqués. Este último acudió en seguida postrándose delante de su soberna y besándole la mano bajo la mirada huraña de Miguel de Cazalla, quien observaba toda la escena desde lo alto de la fortaleza. Llorando de humillación, el gobernador acabó por abrir las puertas y entregar, como había prometido, las llaves de la ciudad. Nombrado comandante en su lugar,

con la concesión de todas las tierras que le había concedido el marqués, recibí de la reina en persona las primeras instrucciones: destrucción del Alcázar, y desmantelamiento de todas las torres de las residencias que pertenecían a los nobles rebeldes en la ciudad, medidas que de inmediato hicieron entrar en razón a los últimos insumisos. Una vez rendida Villafranca, las otras ciudades de Extremadura capitularon una tras otra sin combatir. «Una vez que la región fue pacificada, mi vida se ha convertido en una insoportable monotonía», le escribí a la soberana, rogándole que me llamara inmediatamente a la Corte. Pero a guisa de respuesta, me llegó el nombramiento en el cargo de Corregidor de Villafranca y sus alrededores. Por otra parte, se me regalaban las tierras y las propiedades confiscadas a los nobles sediciosos, todo en recompensa por los nobles servicios prestados a los Reyes Católicos durante la pacificación de Extremadura. ¡He aquí, mi querido David, la versión oficial de mi gloriosa ascensión. ¡Pero, a vos, os debo la verdad!

—¿A mí? ¡Pero si no me debéis nada!

—¡Desengañaos, yo os debo mis primeros pasos en el mundo! Sin vuestras preciosas indicaciones, jamás habría podido prestarle servicio al príncipe Fernando haciéndole pasar de Aragón a Castilla, dándome así a conocer en la Corte. ¿Sin esa feliz circunstancia, quién se habría fijado en el hijo de un noble sin fortuna que no tenía otra cosa que ofrecer como no fuera su buen aspecto y su brazo?…

—¡Oh! Todo eso pasó hace tanto tiempo…

—¡Puede ser! Digamos entonces simplemente que yo tengo que revelaros la estricta verdad.

Levantándose bruscamente, Jufré del Águila empezó a dar grandes zancadas por el patio. Como solía ocurrirle cada vez que su obsesión empezaba, una cólera invencible se apoderó de su alma. Dando de pronto media vuelta, volvió hacia sus anfitriones, con el rostro descompuesto.

—¡Esto que os voy a contar es horrible! ¿Don David, os acordáis de Leonor en la procesión de Toledo? Creo recordar que la admirasteis, ¿verdad?

—¡Me acuerdo, sí! ¡Era tan joven, tan fresca y respiraba tanto la alegría de vivir, con sus grandes ojos azules chispeantes de malicia y alegría!

—Entonces no os cogerá por sorpresa saber que no fuisteis el único en fijaros en ella. ¡Su resplandor era tan brillante que hasta el mismísimo

príncipe Fernando quedó particularmente fascinado! Aquella noche, durante el banquete, la devoró con los ojos, y cuando hubo terminado el festín, tras haber amagado, sólo para cumplir, algunos pasos de danza con Isabel y Alegra, se la llevó aparte mientras yo conversaba con Eleazar. Detrás de un biombo que ocultaba parcialmente sus gestos estuvieron el resto de la velada, para al final reaparecer, Leonor muy colorada y con el vestido en desorden; y él, impasible y sereno. Reuniéndose entonces con la reina, sin la menor dificultad, se retiró con ella a sus habitaciones.

De nuevo, una profunda ola de nostalgia inundó a Orovida. Leonor, Alegra, el joyero, Seneor…, los recuerdos se arremolinaban en su cabeza arrastrándola en un vals aturdidor. Pero la voz de Jufré, cuyos acentos vibrantes delataban una intensa emoción, la devolvió a la fuerza a la realidad y disipó su vértigo. No, él no era en modo alguno un recuerdo vago e incoloro. Él estaba allí, frente a ella, en carne y hueso, imagen viviente de un pasado conocido más fuerte que el presente. Tenía que aferrarse a él, concentrarse en sus palabras.

—Cuando Leonor volvió conmigo —continuó— experimenté un violento deseo de abofetearla delante de toda la Corte, pero a fin de cuentas no hice nada. Fuera de mí, la hice salir de los salones y tan pronto estuve a solas con ella, arrojándola brutalmente en una cama, le hice el amor como nunca, hasta que, no pudiendo soportar más, me suplicó que parase. Pero yo continuaba, saciando frenéticamente mi pasión hasta dejarla, por fin, palpitante y molida, vacía de toda sensación y sentimiento. Entonces, cuando mi furia estuvo aplacada, y teniéndola por completo a mi merced, le susurré esta advertencia: «¡Fernando es un príncipe, de ello estoy convencido, un príncipe muy seductor! ¡Sus atenciones te halagan, pero cuidado! Como todos los príncipes, es un libertino que cada día dispone de un nuevo juguete para sus caprichos, juguete que rechaza tan pronto como lo usa. Yo no soy un príncipe. Para mí, tú no eres un juguete ni la fantasía de un instante. Eres mi mujer, y mi amor hacia ti es tal que a mis ojos no existe otra en el mundo. Creo que tú me amas de la misma manera. Así comenzó nuestra unión, y así continuará, pues si tu Fernando es el rey, yo soy tu dueño. ¡No lo olvides nunca!». ¡Desgraciadamente, mi discurso fue inútil! Durante los dos días de fiesta que siguieron, Fernando no abandonó a Leonor. Bailó con ella, le hizo la corte descaradamente y delante de todo el mundo. Isabel fingió no ver nada y yo intentaba hacer lo mismo, obligándome a creer que cuando los festejos pasaran el príncipe tendría

cosas más importantes que hacer que seducir a mi mujer, y que Leonor tal vez acabaría por volver a entrar en razón. ¡Dios mío! ¿Cómo puede un hombre engañarse hasta ese punto para preservar su honor?… —murmuró Jufré con una voz estrangulada, más para sí mismo que para sus interlocutores. Después siguió:

—Cuando íbamos a abandonar Toledo, Andrés llegó con una orden del príncipe. Esa noche me enviaba a Aragón para entregarle urgentemente un mensaje secreto a su padre. «¡Vos sois el único mensajero en quien él tiene confianza!», me declaró Andrés. ¡Confianza!… Tuve ganas de gritar: «¿Confianza? ¿Confianza para qué? ¿Para dejarle a mi mujer y agradecerle, a mi vuelta, el haberme hecho el favor de poseerla?». Pero era inútil. Como un loco, partí en el acto, cabalgando a galope tendido hasta Zaragoza. Pero en cuanto regresé, comprendí que a pesar de mi rapidez, unos cuantos días habían bastado para transformar a la fresca, a la inocente criatura que yo había esposado, en una joven insensible e indiferente, prematuramente madura, segura de sí misma hasta la arrogancia. Comprar en las pañerías de moda y acudir a las pruebas en los salones de las modistas de la Corte, ocupaban todo su tiempo. Vestida con los más suntuosos y provocativos atuendos, sin que ello me costase nada, desaparecía todas las tardes para ir a desempeñar sus supuestas funciones de dama de la reina, y no regresaba sino de madrugada, toda ardiente e impregnada con los perfumes del tálamo real. Por eso, en cuanto la sentía acostarse a mi lado, indignado en lo más profundo de mi ser por su incalificable conducta, me levantaba, e incapaz de soportar su presencia, rumiaba mi rabia y mi frustración como un animal entrampado. Si hubiera sido un vulgar caso de adulterio, sin vacilar ni un instante, habría liquidado a su amante, pero contra Fernando me sentía impotente, y ella lo sabía. ¿Tendría, pues, que llegar a matarla? Mi odio, en la misma medida que mi amor, estaba tan vivo que a veces lo pensaba, pero el amor que todavía sentía me obligaba a renunciar a la idea.

»Quedaba, pues, una sola solución: abandonar la Corte —prosiguió Jufré—. Ya que mis años de dedicación se veían pagados con semejante traición, no me quedaba otra opción. ¿Y por qué no? Era preciso aceptar un empleo servil, reducir a Leonor a una abyecta pobreza, atormentarla con interminables reproches, convertir su vida en un infierno día y noche, día tras día, noche tras noche, a fin de hacerle pagar su perfidia… Sí, de ese modo la muerte, en comparación, le parecería una inefable liberación… Sin embargo, llegado a esta conclusión, mi orgullo renacía —continuó Jufré

dando zancadas por el patio como si reviviera una vez más su calvario—. ¿Iba a permitirle a una cualquiera arruinar mi propia vida? Abandonar la corte era ciertamente una actitud noble, pero al mismo tiempo era una decisión insensata cuya única víctima sería yo. ¡En efecto, Fernando sólo tendría que preocuparse de buscar a otros para que ejecutaran sus órdenes y nunca le faltarían esposos a los cuales ponerles los cuernos!… Y, además, pronto él acabaría por aburrirse de Leonor, igual que de sus otras amantes, y entonces ella volvería a mi poder… Sí, sólo era cuestión de tiempo y paciencia. Era menester endurecerse para ignorar la injuria, y aprender a soportar poco a poco el dolor.

Interrumpiendo por fin su desordenado vaivén, Jufré volvió a reunirse con David y Orovida en el banco.

—Sin embargo, en mi extravío, había olvidado a la reina, mujer herida, ultrajada, pero soberana con poderes ilimitados. Pobre miserable, a mí no me quedaba otro remedio que sobrellevar mi sufrimiento, pero ella, la reina, podía actuar. Y eso fue lo que hizo cuando al emprender con su esposo la campaña de pacificación del país, Fernando decidió marchar al oeste, y ella insistió en dirigirse hacia el sur, pasando por Extremadura, a pesar de las reticencias de los consejeros que temían por su seguridad. Haciéndoles partícipes de su irrevocable decisión, ella les impuso silencio definitivamente con una frase que toda la Corte repitió y que quedó grabada en mi memoria: «es de todos sabido que la sangre corre siempre en auxilio de la parte del cuerpo que ha recibido la herida». En su momento, presté poca atención a esta declaración, pero hoy al pensar en ella creo ser el único que comprende todo su significado.

»Lo cierto es que —prosiguió— cuando estaba a punto de ser enviado hacia el oeste con Fernando y Andrés, con autorización de llevar a Leonor conmigo, ya en medio de los preparativos de salida, de pronto recibí la inesperada visita de Beatriz, la esposa de Andrés y confidente más allegada a Isabel. Venía a anunciarme que la reina, con el pretexto de estar habituada a sus servicios, deseaba llevar consigo a Leonor como dama de compañía. Al no querer separar marido y mujer, la reina me conferiría el rango y las funciones de oficial de su estado mayor. Leonor y yo vivimos juntos en Villafranca un año más, pero al no tener otras distracciones que la misa, y algunas visitas, nos vimos forzados a soportarnos día y noche, situación que rápidamente se convirtió en un infierno. Sometiéndola, como me había jurado, a una perpetua tortura, le preguntaba, en particular cada vez que

volvía de confesarse, si su confesor había apreciado en su justo valor los detalles de sus proezas en la alcoba real, y me regodeaba en el maligno placer de sacarla de sus casillas por todos los medios posibles. Por ejemplo, cuando hacía el amor con ella, en el momento en que esperaba el orgasmo, de pronto yo me separaba manifestando todo el asco que se puede experimentar ante una carroña. «¡Fernando hará el resto!», exclamaba entonces. «¡Pero una mujer no puede negarse a su soberano!», se quejaba ella. «¡Ah, qué interesante!», me burlaba yo. «Dime, ángel mío, ¿un príncipe hace el amor mejor que un pobre?» «¡Si me hubiese negado, él habría podido arruinarnos tanto a ti como a mí!», protestaba ella en vano. «¡Y qué nos importaba su desgracia! ¡Si hubieras comprendido lo que yo te amaba, si hubieras sentido que para mí un hombre debe amar a una sola mujer en la vida, y una mujer, a un solo hombre, habrías sabido que a mis ojos, la ruina era con mucho preferible a la ignominia! ¡Sí, pocos hombres aman como yo te he amado!… ¡Al diablo entonces tus frívolas excusas!… ¡Tu príncipe ya no está aquí, y ahora te gustaría tener de nuevo un esposo! ¡Demasiado tarde, mi ramera de alcurnia! ¡Cuando yo amo, amo con todo mi ser, y al sentir mi amor ridiculizado, odio con la misma intensidad!» Desesperada, ella sollozaba a mis pies: «¡Ah, te lo suplico! Por el amor de Dios, perdóname, perdóname…». «¿Perdonarte? ¡Nunca! ¿Perdonarte por haber traicionado mi amor, por haberme humillado, por haber destrozado mi vida y mi carrera en la Corte? ¿Perdonarte por haber obligado a Isabel a desembarazarse de mí exiliándome en esta maldita ciudad a fin de poner entre tú y su esposo media España de distancia?… ¡Nunca, nunca, nunca!»

»Por último, una noche —continuó—, cuando estaba echada a mi lado, jadeante pues yo acababa de rechazarla, exclamó con insoportable maldad: «¿A fin de cuentas, de qué te quejas? ¡Se te ha tratado con una indulgencia que no merecías!». Aquello era demasiado. Ciego de furor cogí una fusta y la azoté hasta quedar sin aliento, sin perdonar la menor parcela de su impúdico cuerpo. Después, ebrio de rabia, echando sobre su espalda ensangrentada una simple capa, la cogí en brazos, la puse sobre mi caballo, y la llevé a galope tendido hasta las puertas del convento carmelita de Arroyo de la Luz, donde las religiosas la acogieron. A partir de entonces, para mí, ella está muerta. ¡Para siempre!

Sobrecogido de estupor, David no encontró ninguna palabra de consuelo. ¿Por otra parte, qué se podía decir para calmar semejante dolor?

Fue entonces cuando —cuchicheo apenas audible venido de la sombra— Orovida murmuró:

—¡Cuánto debéis sufrir!

OceanofPDF.com

VI

Como cada mañana al despertarse, Orovida extendió el brazo para rozar los dedos de David, pero encontró su lugar vacío, sin duda desde hacía tiempo ya, pues el calor de su cuerpo había desaparecido por completo. Tomando lentamente conciencia de la realidad, se sintió llena de aprensión y se preguntaba el porqué. Súbitamente, con una brutalidad que le produjo náusea, la escena de la víspera reapareció en su mente. Fue durante la cena, único momento en que últimamente veía a su marido, siempre con el rostro devastado por la fatiga desde que se había metido de lleno en la recuperación de la finca. Apenas probó la carne picada sazonada con especias que Fortuna había preparado en su honor, y sólo se dejó tentar por algunas cucharadas de la crema de ruibarbo con huevos. Tras espolvorearla, como acostumbraba, con un poco de canela, le lanzó una mirada inquietante y dijo con lasitud:

—Orovida, una vez más, os pido que vayáis a Villafranca a escoger el cuero necesario para tapizar las paredes. Ahora estamos casi en pleno verano y, si no hacemos nada, el calor será insoportable en la casa.

—¡Querido, ya os lo he dicho —replicó ella—, no conozco ningún comerciante en Villafranca y no hay nadie para aconsejarme! ¿Cómo podría descubrir yo sola el mejor proveedor?

—Le he pedido a Fortuna que se informe: tiene familia en la ciudad. ¡Según ella, hay un solo mercader de cueros, lo que simplifica el problema! Aquí, ya sabéis, no estamos en Toledo…

—¿Uno solo decís? ¿Entonces para qué molestarse? Tendrá la mercancía más vulgar.

—¡Puede que sea al revés, pues siendo el único representante de ese comercio, tal vez posea una gran variedad! Os lo ruego, id allí mañana, y si verdaderamente no encontráis nada conveniente, entonces esperaremos el paso de los vendedores ambulantes portugueses. Eso es todo.

Sin encontrar nada que replicar, Orovida inclinó la frente, revolviendo una y otra vez la cuchara en su plato. Así que David no se daba cuenta de que el mero hecho de pensar en aventurarse más allá del patio, significaba para ella un suplicio que le daba ganas de acurrucarse en posición fetal. ¿No

la conocía suficientemente para saber y comprender que ella se sentía del todo incapaz de afrontar un nuevo universo?

—Bien, iré —consiguió responder—. Iré, pero no mañana, os lo ruego.

—¿Y por qué no?

—Porque mañana es día de mercado y la ciudad estará demasiado atestada.

—Mañana no es día de mercado. El mercado es el jueves y mañana es miércoles.

—¡Ah, sí, en efecto, tenéis razón…! ¡Pero los miércoles los buhoneros pasan por aquí y necesitamos tantas cosas para la casa!

—¡Ah, bien! ¿Y qué necesitamos?

—Pues bien, no sé… Cacerolas, cuchillos, tazones, cepillos, escobas…

—¡Os lo ruego! —la interrumpió David secamente—. ¡No, por esta vez basta! Hace ya semanas que os pido que vayáis a la ciudad a escoger ese cuero y siempre encontráis un buen motivo para posponerlo. ¡Creedme, si tuviera tiempo, con mucho gusto me ocuparía yo mismo de esa compra, pero las obras de reparación de los canales de regadío me absorben toda la jornada. ¡No podemos perder un minuto si queremos salvar este año todas las viñas que podamos! Unos árabes me han hecho el favor de venir a enseñarles a nuestras gentes cómo se hace el trabajo. Debo estar allí para aprender yo también y estimularlos a todos. ¡Os lo ruego, ayudadme! ¿Es eso tan difícil? Desde que llegamos, vivís encerrada en vos, y no cesáis de apiadaros de vuestra suerte. ¿Acaso es eso razonable? ¡Sé cuán arisca sois, cuánto detestáis las nuevas caras, y los nuevos horizontes! ¡También comprendo vuestra soledad, lejos de la familia y de vuestro universo, y por tanto imagino cuán desarraigada os debéis sentir en esta morada en ruinas de Extremadura!… ¡Pero, desgraciadamente, no puedo devolveros a Toledo por ahora! De momento, tenemos que aceptar lo inevitable. Orovida, este es vuestro hogar ahora. Adoptadlo, os lo pido. ¡Mañana iréis a Villafranca con Fortuna y volveréis con el cuero para tapizar nuestras paredes! ¿De acuerdo?

Ahora ya del todo despierta, Orovida comprendió que no podía escapar por más tiempo a la realidad, perspectiva que era el origen de todas sus indisposiciones. Levantándose de mala gana, atravesó lentamente la habitación y salió al patio. Fortuna la esperaba en medio del rebuzno de los asnos que pateaban impacientes con sus cascos cerca de la puerta de entrada. Antes de partir para el viñedo, al parecer David había hecho lo

posible para asegurarse que ella le obedecería… Regresó a su alcoba, con una mezcla de resentimiento y vergüenza, y se arregló apresuradamente. Se puso un simple vestido de tela verde, que se ciñó con un cinturón de plata, y tras echarse una mantilla sobre los cabellos, se reunió con la vieja sirvienta. Al verlas salir, José corrió para ayudar a Orovida a montar en una mula blanca e instaló con un amistoso empellón a Fortuna sobre un borriquito atado a la sombra de un roble. Después, para asegurarse que tomaban la senda correcta, guiando despacio la montura de su dueña por la brida, las acompañó a lo largo del camino bordeado de imponentes cipreses hasta la ruta que unía a Toledo con Portugal. Una vez allí, les deseó buen viaje y le tendió las riendas a Orovida. Las dos mujeres emprendieron entonces el camino a Villafranca bajo su atenta mirada. Sentada firmemente en su mula, Orovida miraba derecho delante de ella, felicitándose por la sombra que le dispensaba el espeso oquedal que rodeaba a la propiedad. Mientras avanzaban apaciblemente, Fortuna de repente detuvo su asno creyendo oír voces. Intrigada, Orovida se detuvo también. Pero sólo les llegó el rumor de los álamos y el dulce murmullo del agua.

—Debe de ser el manantial —explicó la vieja sirvienta— Es el único que hay en muchas leguas a la redonda… Gracias a él, la finca de Francisco es una de las más prósperas de la región. Mirad cuán verde y fresco es todo —prosiguió, poniéndose en marcha—. ¡Ay, señora, con don David, que se ocupa ahora de la propiedad, todo va a volver a ser próspero como antes! ¡Trabaja tanto!…

Ante el elogio dirigido a su esposo, Orovida sintió un ligero reproche hacia ella. En efecto, desde su llegada a Villafranca, Fortuna la reprendía amistosamente por su melancolía, cuyo origen no comprendía. Qué podría decirle a ella si ni siquiera el propio David…

Dejando atrás la sombra de la finca, cuando ambas mujeres llegaron a una parte del trayecto más expuesta al agobiante calor de la árida planicie extremeña, brutalmente Orovida tomó conciencia de que la absoluta desolación del paisaje reflejaba exactamente el abatimiento de su alma. Un irresistible deseo de volver grupas y huir se adueñó de ella, pero ante la serena filosofía que demostraba Fortuna desde su partida de Toledo, sintió toda la inutilidad y la futilidad de su comportamiento. Por otra parte, provocar una nueva escena con David era inconcebible. Una vez tomada esta buena resolución, a pesar de todo no pudo impedir un escalofrío al divisar frente a ella las austeras murallas de la ciudadela alzándose en toda

su altura sobre el campo seco y árido, y se preguntó de dónde había sacado valor para vivir en una región tan hostil y descarnada.

—¡Casi hemos llegado! —exclamó Fortuna recordándole sus deberes — Después de la puerta del Cristo, en la esquina de las dos grandes murallas, vamos a doblar a la izquierda y pronto llegaremos a la puerta de Toledo, que es la entrada principal. ¡Después de algunos escalones, estaremos en la plaza de Santa María!

Cuando franquearon las dos torres que parecían querer derrumbarse, ella apenas vio a los arrieros ociosos esperando clientes, los comerciantes pasando en sus cabalgaduras con elegantes gualdrapas y las manos escuálidas y supurantes que los mendigos les tendían. Pasando sin darse realmente cuenta los anchos peldaños bien pavimentados, ella sólo veía a ambos lados de la escalera siniestras y horrorosas fachadas de piedra, a veces adornadas con un espléndido blasón o con un friso artísticamente labrado. Al llegar a la plaza de Santa María, oyó vagamente un canto solemne brotando de las profundidades de la iglesia que estaba enfrente, sin prestar de todas maneras la menor atención a los rezagados que se apresuraban en la explanada para no faltar al oficio de la mañana. Y cuando, siempre detrás de Fortuna, por fin llegó a un callejón situado a lo largo de la entrada sur de la iglesia, oyó de pronto a la anciana enseñándole una casa de piedra muy ordinaria, cuyo tejado estaba erizado de nidos de cigüeñas.

Habían llegado. Tras apearse, las dos mujeres ataron sus bestias a las anillas de hierro fijadas en la pared, y penetraron en la tienda por una puerta baja. En el interior, la oscuridad era tan densa que sus ojos deslumbrados por el sol necesitaron varios segundos para entrever los numerosos rollos de cuero arrumbados en un rincón del almacén, y la silueta de un hombre en un taburete, con los codos apoyados en las piernas cruzadas, visiblemente ocupado en comerse las uñas.

—Buenos días —murmuró Orovida cortésmente—. Busco un cuero bonito para tapizar las paredes. ¿Qué me ofrecéis?

Una especie de gruñido fue la respuesta.

Interrumpiendo el frenético mordisqueo de sus uñas, el hombre señaló los rollos con la mano.

—¿Podríamos verlos?

—Adelante —refunfuñó mientras volvía a chupar y a roer sus uñas con dentelladas.

Orovida y Fortuna se miraron desconcertadas. ¿Estarían obligadas a manipular ellas solas esas enormes piezas y a examinar el cuero en aquella caverna?

—Aquel es de Córdoba, el otro es portugués. Pero yo no trato con extranjeros. ¡Es inútil que malgasten vuestras energías!

La desvergüenza del hombre surtió el efecto de una bofetada en Orovida. ¡Nunca un mercader había osado hablarle de esa manera! La afrenta hizo que olvidara su timidez natural, se repuso rápidamente y, con toda la altivez con que David le había enseñado a manifestarse en semejantes circunstancias, reaccionó con vigor:

—¡Muy bien, entonces vámonos de aquí, Fortuna! ¡Iremos a ver a nuestro querido amigo, Su Excelencia el Corregidor. Le preguntaremos si llegan pronto los comerciantes portugueses a Villafranca! ¡Sin duda, ellos aceptarán venderles sus mercancías a los extranjeros!…

Al oír la palabra «corregidor», el pícaro, sacándose en seguida los dedos de la boca, descendió de su taburete. Y al instante, sobre una mesa apresuradamente colocada afuera, les presentó, con amplios gestos de ridícula obsequiosidad, todos los cueros que tenía en su posesión.

—¡Me llevo éste! —no tardó en decidir Orovida señalando un cuero muy bello y suave de Córdoba, con la seguridad que siempre había mostrado al escoger objetos de arte para la decoración interior. Bien curtido, delicadamente pulido, su cinceladura dorada era infinitamente más atractiva que todos los cueros rojos y plateados de Portugal.

—¡Entregad esta pieza esta tarde en la antigua residencia de Francisco de Guzmán, justo a la salida de la ciudad! Don David Villeda, mi esposo, os pagará allí.

Dicho esto, las dos mujeres salieron del tenderete bajo la mirada atónita del mercader y, cogiendo sus monturas por las bridas, volvieron sobre sus pasos. Cuando pasaron la plaza de Santa María, agotada por su primer contacto con aquella ciudad áspera y deprimente, Orovida pidió hacer un alto.

—Si queréis descansar un poco antes de regresar —propuso Fortuna— mis parientes viven muy cerca de aquí.

—Gustosamente —aceptó—. Un poco de fresco nos vendrá bien.

—Entonces volvamos atrás y sigamos la callejuela hasta la Plaza Mayor —indicó Fortuna—. No está lejos.

—Pasa tú delante —respondió Orovida, arrepintiéndose inmediatamente de haber aceptado la sugerencia de su sirvienta.

En efecto, zarandeada por todos lados, con los oídos lastimados por los gritos de los vendedores, viendo las carnes cubiertas de moscas, los quesos chorreantes y las lechugas pudriéndose al sol, todo ello no hacía más que aumentar su malestar.

—La escalera que está a la derecha lleva a la cumbre de la ciudad —explicó alegremente la anciana—. Justo enfrente, está la residencia del corregidor, allí donde estaba el Alcázar. Pero ése no es nuestro camino. ¡Nosotras debemos bajar!

Tras haber atravesado la gran plaza, Orovida siguió a Fortuna y descendió una escalera mal pavimentada. Deslizándose con dificultad en medio del tropel, tenía que evitar sin cesar a los pobres borriquitos demasiado cargados que transportaban inmensas cestas de menta cuyo aroma impregnaba la atmósfera asfixiante, o que se hundían bajo el peso de un cargamento de cucharas de madera bamboleantes en un indescriptible barullo. Eso sin contar las mujeres que se abrían camino dando codazos para ir al centro de la ciudad, estorbando el paso con sus inmensas fuentes de masa de pan, o aquellas que volvían llevando hogazas muy calientes, incrementando más aún la confusión. Al pie de la escalera, Fortuna torció a la izquierda y franqueó un pasaje que desembocaba en una plaza tranquila rodeada de discretas casas de dos plantas, con coquetas fachadas, cuyas puertas en arcadas estaban coronadas, como las de las residencias señoriales, por semicírculos de piedras dispuestas en abanico.

—Esta es la plaza de la sinagoga —anunció Fortuna, con una entonación de respeto en la voz—. La sinagoga —añadió señalando un caserón— está a la derecha.

Respirando un poco más holgadamente, Orovida dio algunos pasos en su dirección y observó tranquilamente la modesta fachada del edificio. Como la de Samuel Halevi en Toledo, tenía un aspecto neutro, que pasaba inadvertido, confundiéndose perfectamente con las casas que la rodeaban. Aquí como en todas partes, pensó ella no sin amargura, los judíos han aprendido a protegerse como los camaleones contra los ataques injustificados de sus vecinos. Pero su meditación pronto fue interrumpida por un ruido de cerrojos descorridos procedente de una de las dos casas casi gemelas que, en la esquina derecha de la sinagoga, estaban frente a frente. La gran puerta se abrió y una gruesa matrona ataviada con un vestido de

color berenjena apareció en el umbral. Al ver a las dos mujeres, sus hinchadas mejillas se enrojecieron ligeramente. Con una mano regordeta, puso furtivamente en orden los pliegues de su cofia negra, y les dirigió la palabra con cara de estar muy atareada:

—¡Bienvenidas al barrio judío de Villafranca! Soy Sara Cohen y mi esposo es Salomón Cohen, miembro del Consejo de la comunidad. ¿Por casualidad vos no seréis doña Villeda de Toledo? —preguntó al tiempo que miraba con un matiz de envidia la sobria elegancia del vestido de Orovida que contrastaba enojosamente con su propia indumentaria desmañada y grosera.

¡Pero de momento eso poco le importaba! ¡Ante todo quería salvar las apariencias!

—Mi marido también es lanero —continuó en tono zumbón—. Por eso está al corriente de la llegada de don David a Villafranca. Nos sentimos muy honrados de que estéis entre nosotros y estoy segura que seréis de una ayuda inestimable para unir a nuestra comunidad. Por lo demás, aunque mi divisa sea: «Ayúdate, que el cielo te ayudará», justamente pensaba visitaros para pediros que nos ayudaseis a socorrer a los necesitados. Desgraciadamente, este año, con las dificultades de nuestro negocio, he tenido que quedarme constantemente al lado de mi pobre Salomón. ¡Hay tanto trabajo!… ¡Pero venid a ver la sinagoga, os lo ruego! Voy a llamar al bedel.

Ofuscada por la familiaridad y la indiscreción de que daba prueba aquella mujer, Orovida no tuvo la presencia de ánimo para negarse. Además era demasiado tarde, pues Sara Cohen, que había atravesado la placeta con paso decidido, golpeaba ya con el puño la puerta de la sinagoga gritando:

—¡Abraham! ¡Abraham! ¡Muévete, inútil! Tenemos visita. ¡Vamos, apúrate!

El portero emergió, despeinado y con los ojos legañosos, despidiendo al mismo tiempo un rosario de eructos estruendosos.

—¡Otra vez estuviste de francachela ayer por la noche, descreído! —se enfadó doña Sara para quedar bien—. ¡Qué vergüenza, tú nos deshonras, borracho! ¡Ah, si no fuera por tus infelices hijos, mucho tiempo ha que habrías perdido tu trabajo! ¡Pero ten cuidado, nuestra paciencia tiene un límite! Por ahora, despiértate y abre de una vez la puerta para que doña Villeda pueda visitar la sinagoga.

Dejando sus monturas con Abraham, Orovida y Fortuna penetraron en el recinto que separaba el interior de la sinagoga del portal exterior. En el umbral, Orovida se quedó petrificada. Ante ella, las paredes en piedra viva, las lámparas de cobre sucias y polvorientas suspendidas de través y un púlpito cuya pared de piedra esculpida se desplomaba, evidenciaban un deterioro desolador. En cuanto a la escalera de madera que llevaba al Arca sagrada, parecía a punto de derrumbarse, y las piedras desencajadas que rodeaban la ventana de corredera que conducía al tejado dejaban ver aquí y allá fragmentos de cielo. Advirtiendo la consternación en la joven, Sara Cohen intervino:

—¡Todo pasó después de la rebelión de Villena, cuando los hombres de la reina trataron de restablecer el orden en Villafranca! Efectivamente, sospechando que algunos de los nuestros habían evadido el pago de los impuestos siguiendo los consejos de ese rebelde desvergonzado, Meir Barchillon, los recaudadores de impuestos del aceite y del vino, con un grupo de guardias, invadieron súbitamente este sitio, la víspera de año nuevo, y, con la esperanza de coger en la trampa y de un golpe a toda la comunidad, bloquearon las puertas declarando que nadie saldría si no pagaba su deuda. Pero eso era no tomar en cuenta la vivacidad de las cabezas enardecidas por Meir. Después de haber empujado a los guardias, un puñado de hombres arrojados hicieron estribo con las manos, y llegaron a la escalera, luego a la parte superior del Arca y, tras forzar la ventana de corredera, saltaron al tejado para en seguida volver a descender a lo largo del muro exterior y liberar a la asamblea. ¡De milagro nadie salió herido, pero ya podéis ver el resultado!

—¿No habéis hecho nada después para repararlo todo? —preguntó Orovida con consternación—. ¿La revuelta no ocurrió hace cosa de cuatro años?…

—Sí, tenéis razón… En efecto, esto es una vergüenza y un deshonor para nuestra comunidad. Mi marido no cesa de acosar sin tregua a Barchillon con ese propósito, pues es él quien tiene que pagar las reparaciones, su banda fue la responsable de los daños. ¡Desgraciadamente es imposible sacar un solo maravedí del bolsillo de ese miserable agarrado! Por más que Salomón le ha pedido en diversas ocasiones que tome ese dinero de las reservas de la comunidad, o incluso que aumente los impuestos sobre el vino y la carne *casher* [9] ,nada ha conseguido conmoverlo. ¡Ha tenido incluso la impertinencia de pretender que si había

dinero, éste debería dedicarse a cosas más importantes! Un día invoca el pretexto del matadero que necesita créditos urgentes, al día siguiente, se vale del profesor de hebreo que necesita libros para sus alumnos, y así sucesivamente. Desde luego que las familias con gentes sin trabajo tienen necesidad de ayuda, pero como yo le digo a menudo a Salomón, ¿no sería mejor enseñarles a ayudarse a sí mismos antes que habituarlos al ocio, a costa de la comunidad? ¡Y Meir no cesa de traernos huérfanos que pretende haber encontrado en las aldeas de los alrededores!…

Bajando de pronto la voz, doña Sara se acercó a Orovida, con una expresión de maldad en el rostro:

—Para mí que más de uno de ellos debe de ser hijo de antiguas relaciones de su mujer, pues era prostituta antes de casarse. ¡Pensad, pues, qué ignominia!… ¡El jefe de la comunidad judía de Villafranca casado con una antigua puta! ¡Ah, mi marido está hasta la coronilla de la manera arbitraria en que ese bribón se ocupa de nuestros asuntos! Ayer mismo me decía que era absolutamente necesario hacer algo por la sinagoga. Estoy segura que tiene un plan. Es posible que si él hablase con don David…

Al oír esa alusión a su esposo, Orovida dio bruscamente media vuelta y, sin decir ni esta boca es mía, salió a la plaza inundada de sol dejando atrás toda esa mediocridad. No podía oír esos miserables y sórdidos chismorreos, esas mezquinas disensiones que siempre había tenido mucho cuidado de evitar en Toledo… ¡Qué inimaginable desfachatez querer atraer de esa manera a David al partido de su esposo! ¡Si siempre se había mantenido al margen de las querellas de este género en Toledo, tendría que estarlo más aún en Villafranca!

Sospechando vagamente que había dado un paso en falso, Sara Cohen corrió tras Orovida deshaciéndose en zalemas:

—¡Ah, señora, debéis encontrar a nuestra Villafranca muy aburrida, comparada con la gran ciudad de Toledo! ¡Pero si puedo hacer algo para ayudaros en vuestra instalación, no lo dudéis, será para mí un inmenso placer! ¡He pasado toda mi vida aquí y conozco a mucha gente, judíos, cristianos o conversos!…

Eso Orovida no lo ponía en duda. Diciendo «gracias» con dificultad y obligada por la circunstancia, se disponía a alejarse cuando, justo en el momento en que Abraham le entregaba su mula, una mujer salió al umbral de la casa de enfrente.

—¡Ah, ahí está, esa puta descarada! —silbó entre dientes Sara Cohen —. ¡Juraría que nos ha estado espiando a través de la mirilla!

Arreglándose para adoptar una actitud que creía muy digna —el busto erguido y la grupa rechoncha empinada hacia atrás—, con una voz lo bastante fuerte para ser escuchada en toda la plaza, pregonó: «¡Estoy muy contenta de haberos conocido, doña Villeda. Una vez más, bienvenida a Villafranca! Yo sé que vamos a ser amigas, ya que nuestros maridos ejercen la misma profesión, y porque nosotras, vos y yo, tenemos el mismo origen y la misma educación. Hasta la vista, y por favor, presentadle mis respetos a don David».

Sin más, dio una media vuelta estratégica, y ahuecó el ala hacia el barrio judío, con aires de princesa ultrajada, sin concederle la más mínima mirada a la mujer cuyo nombre se había negado a pronunciar.

Orovida se quedó muda. La silueta de su rival apenas había desaparecido en la calle de la Judería, cuando su vecina pasó inmediatamente al contraataque. De andar lento, el cuerpo seco, el rostro cansado y la tez cetrina, llevaba un vestido rojo de buena calidad, pero que en ella parecía demasiado ajado. Mirando a Orovida de arriba abajo con unos ojos fatigados que despedían un insolente fulgor, se puso una mano en la cadera y la abordó en estos términos:

—Así que vos sois doña Villeda. Yo lo habría adivinado: basta veros para saber que sois de Toledo. Esa víbora, pues, ha escupido de nuevo su veneno —prosiguió con una voz ronca que delataba más resignación que cólera—. Pues bien, señora, dejadme que os diga ante todo, que mi marido, Meir Barchillon, digan lo que digan, vale por mil veces más que Salomón Cohen. Si él no hubiera estado aquí, la mitad de los judíos de esta ciudad estarían en prisión desde hace mucho tiempo por deudas. Sí, él se ocupa realmente de los pobres, de los «ociosos», como ella los llama. ¿Sabéis, en cambio, lo que hace Cohen para ayudarlos? ¡Los toma a su servicio, paga su comida y a continuación los manda a vender sus telas por los caminos! ¡Si les roban en el camino, lo que es frecuente, peor para ellos! ¡Tienen que reembolsar el valor de lo robado de su propio bolsillo! No podéis imaginar la cantidad de estos desdichados a los que Meir ha tenido que prestarles dinero para impedir que vendieran lo poco que poseen. En cuanto a ella, vieja urraca hipócrita, alquila a las viudas como sirvientas y las obliga a trabajar hasta que desfallecen. Pero hablemos más bien de vos —continuó Miriam, más cálidamente—. Me doy cuenta muy bien que sois una

verdadera dama, y no como ella una pava pretenciosa y ridícula. ¡Por eso quiero deciros toda la verdad y juzgaréis por vos misma! Es verdad, fui una mujer de la vida y satisfice los deseos de Meir Barchillon, que por entonces era un soltero empedernido. Durante años me visitó y, a pesar de su aspecto rústico, siempre me trató con una dulzura que nunca conocí entre los judíos aparentemente respetables que venían a mis brazos para olvidar a sus esposas hurañas y deformes. Un día, fui víctima de la peste pero milagrosamente sobreviví, perdiendo a la vez la frescura de mi tez y los labios encarnados que me daban fama cien leguas a la redonda —que la señora perdone mi vulgaridad—. ¡Ahora bien, fue en ese preciso momento, cuando todos mis encantos habían desaparecido, que Meir me ofreció matrimonio y creedme, señora, nunca jamás me ha dado un solo motivo para arrepentirme de haber aceptado!

Conocedora de las angustias de una mujer cuando ha perdido sus atractivos, Orovida sintió inmediatamente simpatía por su interlocutora:

—¡Qué suerte habéis tenido! —exclamó espontáneamente.

Animada por su reacción, Miriam Barchillon añadió:

—¡Lo que consume a Sara Cohen es que yo, que fui prostituta, viva frente a ella, en la plaza de la sinagoga, en una casa tan bonita como la suya, y que esté considerada con todo respeto por estar casada con el jefe de la comunidad judía de Villafranca! Desde hace años, Salomón y ella tratan de quitarle a Meir el control del Consejo y no me extrañaría, de creer a los rumores, que estén maquinando algo para la próxima reunión…

Pero Orovida la interrumpió. Era suficiente. El hecho de que, por razones íntimas, sintiera cierta simpatía por la recién llegada, no la iba a obligar a dejar que esta mujer atrajera a David a su clan, como tampoco le había permitido a Sara Cohen ponerlo de parte de Salomón.

—Os ruego que nos excuséis —dijo brevemente—. Es casi mediodía y ya debemos regresar.

—Señora, me apena mucho haberos retardado. ¡Puede que me haya equivocado al hablaros con tanta franqueza, siendo vos una dama de calidad, pero, fijaos, soy una mujer sencilla, ajena a la mentira y la hipocresía del mundo! ¡Os deseo un buen día, doña Orovida!

Cogiendo las bridas de sus cabalgaduras de manos del bedel soñoliento, Orovida y Fortuna abandonaron la placita y, por una de las dos callejuelas de la Judería, ganaron la esquina noroeste de la muralla. Alrededor de ellas, las gentes se entrecruzaban. Los judíos se avecindaban,

y los cristianos partían. En cambio, en el interior de las casas se distinguían, casi abandonadas, cardas y husos, rocadas y telares en torno a los cuales se sentaban mujeres desocupadas y tristes; y en la calzada, laneros y comerciantes que deambulaban sin rumbo, frente a las tiendas y los escaparates casi desiertos. Este curioso contraste de actividad e inmovilidad forzadas producían en la calle una atmósfera indefinible que turbó profundamente a Orovida. Si en la plaza de la sinagoga había tomado conciencia de las tensiones existentes entre los jefes de la comunidad, aquí era todo el malestar del pueblo lo que la conmovía. Una fiebre lenta y perniciosa que parecía consumir a la comunidad judía, una fiebre que se aplacaría por sí sola o bien, al llegar a su paroxismo, haría que todo reventara.

—¿Estamos aún muy lejos de la casa de tu familia? —preguntó ella— ¡Estoy muy cansada! Esta miseria no es nada alentadora.

—No, casi estamos llegando —respondió la vieja con voz animada—. La casa se encuentra justo después de la gran puerta, en la parte baja de la calle. Algunos minutos de descanso y un refrigerio os pondrán como nueva. En seguida dejaremos la ciudad por la puerta del Cristo y en poco tiempo estaremos de vuelta.

—¿No me habías dicho que tu familia vivía en las afueras del barrio judío?

—En efecto.

—¿Han tenido que hacer como todos estos pobres diablos y apiñarse en unas cuantas casas abandonadas por los cristianos?

—No, gracias al cielo, ellos no, señora, pues son conversos. Pero, claro está, y vos lo veréis, por dentro son tan judíos como vos o como yo…

Las dos mujeres se detuvieron para dejar pasar a un familia cristiana —con sus muebles y un montón de bártulos indescifrables— por la angosta puerta cochera que delimitaba el barrio judío. Un penetrante perfume de especias se extendía hasta ellas y fue en su dirección, hacia una tienda, al otro lado de la calle, adonde Fortuna llevó a su ama. Después de atar las monturas cerca de la puerta, ambas atravesaron la especiería detrás de la cual, en un patio ventilado, bajo el lujuriante follaje de una vid, Miguel y Elvira Díaz estaban sentados. Llenando de vino blanco y agua fresca unos vasos de barro delicadamente decorados, ambos se levantaron para recibir a las visitantes con una amplia sonrisa.

—¡Qué honor para nosotros, doña Orovida —exclamó el señor de la casa—. Nada nos hace más felices que la visita de un judío, con más razón cuando nuestra huésped es una dama de vuestra calidad… En sus plegarias, Fortuna no deja de bendeciros por vuestra bondad, y nosotros hacemos lo mismo.

—¡En nuestras plegarias judías, ni que decir tiene! —se apresuró en precisar su esposa.

—¿Acaso doña Orovida hubiera podido pensar otra cosa? —reaccionó Miguel, no sin lanzar a su mujer una mirada de reproche—. ¡Ella sabe muy bien que no nos pasamos el día rezando los «Ave María» y los «Padrenuestros» y haciendo la señal de la cruz! Fortuna, además, ha debido decirle cuán ligados seguimos estando a nuestras propias convicciones.

—Naturalmente, pero ahora creo que a doña Orovida le importa poco lo que pensamos o dejamos de pensar. Lo único que quiere es descansar un poco y refrescarse. ¿No ves que está agotada?

Orovida lo estaba, era cierto. Aturdida por las impresiones de la ciudad y sus habitantes, incómoda en aquella casa, ahora tenía prisa por regresar a lo que, por primera vez, sentía como su hogar. Mientras paladeaba el ligero vino blanco servido por Elvira, un molesto silencio se abatió sobre el pequeño grupo. Para romper la tensión, Elvira levantó una cesta de labores que estaba a sus pies, y sacó un trozo de espléndido terciopelo azul noche.

—Voy a bordarlo con hilos de oro para el púlpito de la sinagoga —declaró orgullosa—. Estará terminado para el Año Nuevo. ¡Espero que de aquí a entonces, esos dos bandidos de Cohen y Barchillon habrán acabado sus peleas poniéndose por fin de acuerdo sobre las reparaciones que hay que emprender en el edificio!…

—¡Si al menos se pusieran a trabajar! —la interrumpió Miguel— ¡yo contribuiría con los gastos, porque estoy endeudado con la comunidad, después de todo lo que ellos han hecho por nosotros! ¡Los años de lecciones de hebreo para Moshico, junto con los niños judíos, el vino *casher* y la m*atzá* en cada Pascua! ¡E incluso un entierro judío muy decoroso para mi pobre madre, que Dios acoja su alma!… Después de la muerte de mi padre, ella vino a vivir con nosotros y, al morir, Barchillon veló para que su deseo quedara satisfecho. Cuando nació el pequeño Martín, nos envió al rabino para circuncidarlo…

—Querrás decir Moshico —lo interrumpió Elvira.

—… una semana después de su nacimiento. ¡Hasta el día de mi muerte, lo bendeciré por eso! Pues yo, que no era circunciso hasta que me instalé aquí, tuve derecho a mi edad a la operación… ¡Oh, Dios, qué suplicio!…

—¡Miguel! —gritó Elvira— ¿Cómo te atreves? ¡Delante de una dama!

—¡Cómo! ¿Acaso es una vergüenza admitir que soy judío? —replicó en seguida buscando visiblemente la aprobación de Orovida— ¡Yo soy judío y estoy orgulloso de serlo!

—¿Decidme entonces —preguntó ella, cuyo interés se despertó de pronto con este problema que la tocaba tan profundamente— si os sentís tan judío y deseáis vivir como tal, por qué no volvéis entre los vuestros?

—A menudo lo hemos pensado. ¿Pero qué pasaría si lo descubrieran las autoridades? Perderíamos nuestro negocio, que es nuestro único medio de subsistencia.

«Por todos lados el mismo dilema —pensó Orovida—. ¡Cada uno reacciona a su manera, según las presiones ejercidas en contra suya! Eleazar y David han adoptado soluciones diametralmente opuestas, y esta gente de aquí, una actitud intermedia…»

—¿Pero no tenéis también que vivir como cristianos? —prosiguió.

Miguel se encogió de hombros:

—Sí, de cierta manera. Vamos de vez en cuando a misa para guardar las apariencias…

—¡Pero nunca acabamos de hacer por completo la señal de la cruz! —intervino de nuevo su esposa—. Tampoco rezamos sus oraciones.

—En cambio, hacemos sustanciales contribuciones al obispo de Villafranca y al viejo prior venal del monasterio de la colina —reconoció Miguel con un pequeño guiño de ojo—. En resumen, nadie aquí nos presta atención. Aquí no es como en Toledo. Finalmente, tuvimos la suerte de sobrevivir al 49.

Entonces, de pronto grave, añadió:

—Sin embargo, es evidente que si de todas maneras tenemos que sufrir, es mejor vivir según los dictados del corazón. Doña Orovida, probablemente somos más desgraciados siendo conversos que antes de serlo, porque seamos judíos, cristianos nuevos o lo que se quiera, siempre tendremos que soportar el mismo odio por parte de nuestros perseguidores. ¡Forzados a convertirnos, a pesar de nuestros esfuerzos por parecernos a ellos, por más que abracemos los pies del Niño Jesús bendiciendo día y

noche a la Santa Virgen, seguirán acusándonos de herejía! ¿Además, por qué no iban a hacerlo? ¿Qué mejor pretexto podrían invocar para atacarnos, robarnos y matarnos exactamente como hacían antes de que fuéramos de los suyos, y encima con la bendición de la Iglesia?… Poco importa lo que hagamos o pensemos hacer: siempre proclamarán que somos malos cristianos y nunca dejarán de sospechar que, en lo más profundo, seguimos siendo judíos. ¿De qué le sirvió a mi padre colgar esta gran cruz de plata encima de la chimenea, correr a la comunión cada vez que el cura de la parroquia le lanzaba una mirada y rezar el rosario hasta incomodar a mi madre, quien no podía soportar el bisbiseo? Absolutamente para nada, puesto que fue despojado y robado exactamente igual que todos los conversos de Toledo, dando lo mismo que fuesen judaizantes o buenos cristianos. Es verdad —cuchicheó como si hablara a solas consigo mismo —, es verdad que mi padre jamás consiguió impedir que mi madre encendiera los velones del *Shabat* cada viernes por la noche, ¿pero quién hubiera podido adivinar que ella lo hacía, si de todas formas cada noche se encendían lámparas en la casa para iluminarnos? Sólo nosotros, los niños, sabíamos que aquellas cuyas mechas estaban en buen estado y cuyo aceite estaba salado, para que ardieran más tiempo, eran las del *Shabat.* ¡Pobre madre, por más que lo intentó, nunca llegó a creer en la Inmaculada Concepción, ni en la divina Resurrección! Pero eso sólo ocurría en su corazón y nadie lo podía adivinar: durante toda mi infancia, he guardado la visión de nuestra casa de Toledo en llamas. Por eso, ya adulto, vine aquí, tan lejos como me fue posible de la furibunda locura de los enemigos de los conversos, diciéndome que si por desgracia encontraban mi rastro, en un dos por tres podría pasar a Portugal. Así que compré la casa que estuviera más cerca del barrio judío, para volver a ser lo que realmente soy y para que el mundo, hiciera yo lo que hiciese, no dejara nunca de pensar en lo que soy. ¡Porque el agua del bautismo, apuesta señora, no hace milagros! No puede ahogar ni en nuestros corazones ni en la memoria de los cristianos, tantos siglos de tradición y creencia. ¡Por último, dejadme que os muestre una cosa! —dijo interrumpiéndose de pronto.

Desapareció un momento dentro de la casa y reapareció poco después con un pequeño volumen de cuero muy usado, y en parte carbonizado, que le extendió a Orovida: «Este es el libro de oraciones por el que mi madre arriesgó su vida en el incendio de nuestra casa en Toledo».

Orovida tomó el libro con respeto, lo hojeó unos instantes y después se lo devolvió a Miguel.

—Conservadlo con amor —murmuró con dulzura, emocionada por la sinceridad de su fe—. Y gracias por vuestra hospitalidad.

Cuando se levantaba para despedirse, las campanas de la iglesia de Santa María empezaron a tocar el Ángelus. Pero en casa de los Díaz, eso apenas tenía importancia…

Escogiendo el camino más corto para volver a casa, las dos mujeres se alejaron por un camino pedregoso que iba a dar a la ruta que conducía a la finca.

OceanofPDF.com

VII

Era la primera vez, desde su llegada a Extremadura, que Orovida salía para esperar a David, a la caída del sol, a su regreso del viñedo. Pero él apenas la saludó y, lanzando una mirada distraída a los grandes rollos de cuero apoyados contra la pared del vestíbulo, le pagó al comerciante que esperaba, despidiéndolo en seguida con un gesto de la mano.

—¡Así que, a pesar de todo, habéis conseguido encontrar algo en Villafranca sin sucumbir en la prueba! —observó mordaz aludiendo a su esposa mientras se dirigía a su habitación, donde José le estaba preparando una tina llena de agua hirviendo.

Herida en el corazón por la injustificada dureza de esta observación, Orovida advirtió hasta qué punto su marido había cambiado desde que salió de Toledo. Tan grande había sido su propio dolor durante aquel desgarramiento que, hasta ese instante, realmente no se había dado cuenta. Sin embargo, esa tarde, más que ninguna otra, ella había aguardado impaciente el momento de compartir con él el placer de su adquisición, esperaba oír sus elogios a propósito de su elección, y también había esperado secretamente que expresara algún pesar sobre su actitud de la víspera. Pero no sólo él no demostraba ninguna alegría al ver su deseo realizado, sino que evidentemente seguía manifestando hacia ella el mismo rencor. Sólo restaba esperar que un buen baño y un poco de descanso le devolvieran el buen humor, y que, con el fresco de la noche, se dispusiera a escuchar, quizás con un poco más de indulgencia, el relato de su paseo por Villafranca…

Mientras lo esperaba para cenar, de pronto se dio cuenta que desde su mudanza no había experimentado nunca el menor deseo de hablar con él, pues no tenía nada que decirle, y sin embargo ahora, de golpe, le parecía que tenía mucho que contarle. En efecto, ¿quién sino él podría compartir sus impresiones sobre Villafranca, sobre las señoras Cohen y Barchillon, sobre el malestar de la gente humilde, de los laneros, o sobre el dilema de la familia Díaz?

No obstante, tuvo que guardar para sí todos estos temas, pues cuando David se sentó a la mesa estaba tan extenuado que ni siquiera quiso probar

el postre de huevos con leche preparado por Fortuna. No era el momento de importunarlo arriesgándose a provocar un nuevo conflicto entre ellos. Tenía frente a ella un nuevo David, un David víctima de la dura realidad, que no tenía tiempo para atender a sus deseos. Le correspondía, pues, cambiar a ella, si quería permanecer junto a él.

—¿Qué tal ha sido vuestra jornada, querido mío?

—¿Debo entender que os interesa?

—¿Cómo podéis dudarlo? Si no fuera así, no os habría formulado la pregunta.

—Estoy encantado con las nuevas disposiciones. Sí, creo que hemos avanzado un poco hoy. Pero la tarea no es fácil. Todo ha permanecido mucho tiempo descuidado y nos faltan trabajadores preparados.

—¿No es posible encontrar otros?

—Desgraciadamente, no, porque en esta época están todos ocupados.

—¿Entonces son pocas las posibilidades de obtener una cosecha aceptable?

—No necesariamente. Si conseguimos regar las vides aún vivas, antes de que el sol las seque, no deberíamos tener malos resultados. ¡Pero evidentemente es una verdadera carrera contra el tiempo!… Mas dejemos todo eso y habladme de vos. ¿Cómo se ha desarrollado vuestra expedición a Villafranca?

—Desconcertante —se contentó con responder—. Os la contare más tarde, cuando hayáis descansado.

—Os escucharé gustosamente, pues vuestras impresiones me harán olvidar mis viñas y mis riegos… Examinaremos juntos vuestro cuero, ¿queréis?

Satisfecha por haber disipado el humor sombrío de su marido, Orovida aceptó diciéndose que quizás conseguiría reconquistar su amor.

Cuando se levantaban de la mesa, oyeron que alguien tocaba a la puerta exterior.

—¿Esperáis visita? —preguntó David.

—No, a nadie, ¿y vos?

—Tampoco. ¡Menos aún después de semejante jornada! ¡José, antes de abrir, mira por la mirilla!

—Es su Excelencia el Corregidor —anunció el criado.

—Hazlo entrar inmediatamente.

Dominándose para vencer el cansancio, David acogió a su amigo con solicitud.

—¿Qué buen viento os trae por aquí?

—¿Espero no molestaros?… —se excusó Jufré, dándose cuenta que la mesa estaba puesta en medio del patio.

—¡Qué pregunta! Acabamos justamente de terminar.

—¿Puedo ofreceros una golosina? —intervino amablemente Orovida.

—Con mucho gusto. Mi debilidad son las golosinas, pero desgraciadamente mi joven Gonzalo no tiene el menor talento en la materia. Sólo una mano de mujer es experta en estas cosas. ¡Quería proponeros una partida de ajedrez —prosiguió—, pero después de vuestras abrumadoras jornadas, no quisiera sacar ventaja de vuestra fatiga! Además, yo venía con un motivo menos frívolo, para anunciaros que a partir de mañana os voy a enviar dos guardias con la misión de efectuar rondas permanentes por toda vuestra propiedad.

—Aprecio mucho vuestra atención. ¿Cómo agradeceros tanto desvelo por nuestras personas y bienes?

—Pero es natural. ¡Un gobernador debe preocuparse por la seguridad de todos los habitantes de su región! ¡Pero, hombre, trabajáis a un ritmo endiablado desde vuestra llegada!

—Decididamente, no se os puede ocultar nada —replicó David sonriendo.

—Absolutamente nada. ¡Ocupo una posición estratégica de primera línea, ya sabéis! ¡Ningún movimiento en vuestra propiedad se me puede escapar!…

—¿Dónde se encuentra exactamente vuestra residencia? —preguntó a su vez Orovida—. Hoy visité por primera vez Villafranca, pero confieso que me impresionó sobre todo la austeridad de sus muros.

—¿Acaso llevabais un vestido verde?…

—¿Cómo lo sabéis?

—Ah, si no hubierais estado un entretenida oyendo a las señoras Cohen y Barchillon, tal vez habríais reparado en una silueta recortándose detrás de las grandes ventanas de mi casa, en lo alto de la ciudad, donde estaba antiguamente el Alcázar. Yo os observé. ¿Pero, decidme —añadió, cambiando de tema—, qué querían de vos esas honorables señoras?

—Si las he entendido bien, ambas deseaban mi ayuda, pues parece que sus esposos están en conflicto a propósito de la dirección de la comunidad

judía. Naturalmente, cada una por su lado ha intentado convencerme de las razones de su marido, para atraerme a su bando, pero las he dejado a las dos en medio de sus discursos.

—¿Por casualidad no evocaron la cuestión de los impuestos de la comunidad? —insistió Jufré.

—No lo recuerdo, no. Doña Cohen, sobre todo, insistió mucho en el estado de la sinagoga, dando a entender que su esposo «preparaba algo».

—En efecto, está completamente dedicado a «preparar algo» y mi papel consiste en evitar que el asunto se convierta en un nuevo baño de sangre sin dejar de velar para que el Tesoro real no resulte perjudicado. Si Barchillon sospechara que estoy del lado de Cohen, empezaría a cometer fraudes, y si Cohen sospechara que favorezco a Barchillon, sublevaría inmediatamente a los laneros sin empleo y los disturbios comenzarían.

—¡Ah, mi querido Jufré, grandeza y servidumbre del oficio! —comentó David, un poco sarcástico— Pero por ahora, cambiemos de tema. Acepto vuestro desafío al ajedrez. Esto nos vendrá muy bien tanto al uno como al otro.

—¡José! —llamó—. ¡Quita la mesa y tráenos el tablero! Lo encontrarás en el baúl de nuestra habitación.

Desde su infancia, primero en la casa de su padre, después en la suya, Orovida había experimentado siempre un enorme placer al disponer las piezas sobre el tablero. Le gustaba infinitamente el contacto del marfil, cuyos múltiples matices, del blanco más puro al marrón más pálido, comunicaban a los peones, finamente cincelados y patinados por el tiempo, una vida casi palpable. Del mismo modo, hasta que se casó, siempre había tratado de escoger las siniestras piezas de ébano para el jugador a quien ella deseaba ver perder. Desgraciadamente, esa noche David no le dio tiempo, pues rápidamente le pidió a su invitado que eligiera el color que quisiera. Jufré escogió las blancas, y un sombrío presentimiento pasó por la mente de Orovida. Miró, con un ligero sobresalto, cómo su esposo aceptaba los peones de ébano. Pero esta impresión fugaz se desvaneció tan pronto como surgió, gracias a la apacible partida que hacía revivir en ella el dulce recuerdo de las noches pasadas en el cálido y mullido ambiente familiar. Por primera vez desde que había abandonado Toledo, sacó su bordado y, con delicadeza y precisión, empezó a preparar los colores de las minúsculas flores y de los pájaros inspirados en las iluminaciones de Alonso. Llegado el crepúsculo, interrumpió un momento su labor para disfrutar del frescor

de la oscuridad creciente. Sentada en el círculo de luz dispensada por las velas, contempló largamente la noche.

Le tocaba jugar a David. Más alerta que su contrincante, pues ya había concebido todas las combinaciones posibles, y mientras esperaba pacientemente la jugada de David, Jufré dirigió su mirada hacia la luz. El espectáculo que se le ofreció le cortó súbitamente la respiración. Envuelta en un halo de oro, el delicado semblante de Orovida extraviado en su ensueño, acariciado por la luz temblorosa de las velas, resplandecía. Una belleza casi irreal, que no era de este mundo…

—¡Eh, Jufré, amigo mío, os toca jugar! —protestó David, vagamente consciente de haber captado ya una vez, sin poder situarla en el tiempo, esa mirada a la vez tensa y seria que descubrió en su rival.

—Perdonadme, estoy muy distraído —balbuceó tras echar una breve ojeada al tablero.

Después de avanzar un peón, se esforzó en concentrar toda su atención en el juego. Pero era imposible. Imperceptiblemente, su mirada se deslizó de nuevo hacia la silueta inmóvil en el círculo de luz. En ese preciso momento, Orovida alzó la vista para observar a los jugadores y se cruzó con la intensa mirada de Jufré. Desviando en seguida la suya, rompió el contacto fingiendo que estaba absorta en la contemplación de las extrañas formas que adoptaba la cera derretida de las velas.

Una vez más, Jufré intentó concentrarse y jugó. A su vez, David movió una pieza, desplazando a otra…

—¡Jaque mate! —exclamó de pronto el dueño de la casa con una expresión de satisfacción y sorpresa.

Como para disipar una emoción, Jufré se llevó la mano a la frente, y luego, con su acostumbrada cordialidad, soltó:

—¡Bravo, don David, habéis ganado! ¡Mirad lo que pasa por estar tan seguro de uno mismo! ¡No debería haberme fiado de vuestra fatiga! ¡Habéis estado más brillante que nunca!

Para no quedarse atrás, David replicó amablemente:

—Seréis bienvenido para el desquite, pero otra noche. ¡A pesar de mi deseo de competir con vos una vez más, estoy demasiado cansado, y mañana debo levantarme al amanecer! ¡Permitid que me retire, en cambio, dadme el placer de no iros aún! No es muy tarde y estoy seguro que un poco de compañía le gustará a Orovida. Temo haberla abandonado un poco en estos últimos tiempos. ¿Y, además, qué haríais vos a esta hora en la

ciudad? Las noches deben ser a veces un poco largas. José os acompañará luego para despediros.

Cuando David se retiró, Jufré se acercó a la luz. Tras dejar su asiento, Orovida, con la cabeza inclinada, se dedicaba a colocar cada pieza en el estuche de marfil: las blancas a la derecha, las negras a la izquierda. Inclinada de esa manera, la frágil línea de su cuello y su espalda palpitaba como las flores primaverales bajo la caricia de la brisa. Un irresistible deseo de cogerla en sus brazos obligó a Jufré a no seguir avanzando. Agitado por los más contradictorios impulsos, se negaba con todas las fuerzas de su ser a empañar la imagen de inocencia que ella encarnaba con tanta gracia, y a romper el encanto de una presencia que le turbaba infinitamente. Pensando que sería prudente alejarse antes de resbalar por una pendiente que sólo podía conducirle al desastre, no obstante, se quedó, incapaz de resistir el tierno vértigo que acababa de apoderarse de él.

Al cerrar el estuche, Orovida volvió a su lugar en la penumbra mientras él se apoyaba en una columna de la galería.

—¿Así que os habéis sentido verdaderamente desamparada en la sombría austeridad de las murallas de Villafranca, o ya lo estabais antes? —preguntó afectuosamente, y la agudeza de su comentario cogió a Orovida completamente desprevenida.

—Ya lo estaba —confesó sintiéndose descubierta.

—¡Os comprendo muy bien! El mundo se hundió para vos, ¿no es así?

Orovida asintió, reconfortada por esta cálida comprensión que le llegaba en medio de la tibieza de la noche.

—Sí —añadió—, eso es exactamente. Esta mañana, yendo hacia Villafranca, me decía que era preciso afrontar una nueva realidad. Pero el descubrimiento de ese paisaje desolado, de esas murallas severas, de esas fachadas tan poco atractivas, me quitaron todo el ímpetu. Me he sentido tan débil, tan insignificante…

—Todo se va a arreglar, estoy seguro —le dijo él, intentando tranquilizarla, fundándose en su propia experiencia— El ojo aprende rápido a pasar sin ciertos refinamientos. ¡Ya veréis! Pronto el encanto de Toledo, la belleza de sus piedras, la delicadeza de sus arcadas, sus audaces fachadas con tejados a dos aguas, no serán tan indispensables para vos… Y observando a Villafranca más de cerca, a pesar de todo descubriréis cierto orgullo en la rudeza de las piedras, así como un poderío y una autenticidad perfectamente en armonía con la despiadada tierra de donde provienen. A

decir verdad, no es tanto la mirada lo que se escandaliza, sino más bien el espíritu el que se resiste a someterse. ¿En efecto, cómo habituarse a la asfixia y las mezquindades provincianas, a las ridículas fanfarronadas de los insignificantes señores locales, a sus irrisorias rivalidades, a su absoluta falta de cultura y elegancia?…

—¿Realmente estáis seguro de querer acostumbraros? ¿No teméis de ese modo pareceros pronto a aquellos que hoy tanto menospreciáis?

—Es verdad, hay un riesgo, ¿pero cómo hacerlo de otra manera? ¿Puedo sustraerme del mundo, aislado en mi torre en lo alto de la ciudad? No, yo soy un hombre de acción, no un hombre de ciencia o de letras capaz de refugiarse en un universo interior. Cuando vivía en la Corte, estaba rodeado de doctores en derecho y teología, de sabios, de filósofos y de todos esos cristianos nuevos cuya instrucción enriquece nuestra cultura tradicional. ¡Entre ellos, me sentía mezclado en las corrientes de pensamiento que se movían a mi alrededor, mientras que aquí, abandonado a mí mismo y sin ningún estímulo intelectual, me deslizo lentamente en el embotamiento más total!

—Es lo mismo que yo siento —respondió Orovida con simplicidad—. Durante toda mi vida, tanto durante la infancia en la casa Benveniste como después de mi casamiento con David, he vivido en una atmósfera desbordante de cultura y estudio. No pasaba un día sin que alguien nos visitase para leernos sus poemas, mostrarnos una obra acabada de transcribir o para exponernos una nueva filosofía. Yo no podía participar en las sabias conversaciones de los hombres, pero escuchaba atentamente y aprendía mucho. Aquí, tengo la impresión de vivir en una tumba. Los días sólo son para mí una monótona sucesión de horas huecas que nadie interrumpe jamás, y de la cual no puedo escapar. ¿Qué haré entonces cuando haya acabado mi bordado? ¿Dónde encontraré los artesanos cuya obra pueda estudiar, dónde encontraré los dibujos y los objetos dignos de mi admiración?

—Pero el jardín, quizás de aquí a entonces, será un bosquecillo de flores multicolores. ¿Dónde encontrar mejor fuente de inspiración que en la misma naturaleza? Esta tierra está sedienta de agua: con un poco de esfuerzo y atención, un pequeño trozo de tierra inculta puede convertirse en un paraíso.

—Hasta ahora, nadie se ha ocupado de ello. Todo el mundo está en los viñedos.

—¿Por qué no crearlo vos misma? No es tan difícil.

—¿Yo? ¿Ocuparme de un jardín? ¿En este estado? ¿Pero por dónde comenzaría? ¡Yo nunca he removido la menor pizca de tierra!

—Eso se aprende.

—¿Vos lo creéis? Es verdad que entre los libros que pertenecieron a mi padre, hay un tratado, en latín, sobre las plantas. Cuando era niña, lo hojeaba para contemplar las ilustraciones, sus líneas tan finas como las de una tela de araña. Mañana le preguntaré a David en qué baúl está.

—¿Pero quién os lo leerá?

—¡Lo leeré yo misma! —exclamó Orovida sonriéndose ante su sorpresa—. Mi padre, ¡bendita sea su memoria!, se preocupó mucho para que Alegra y yo tuviéramos una educación de chicos. Por eso, durante años, tuvimos acceso a las clases de latín, de castellano, de hebreo, así como a algunas nociones de árabe que un interminable desfile de pacientes preceptores metieron en nuestras rebeldes cabezas. Sólo nos salvamos del griego…

Calló un instante, y prosiguió con una vivacidad inesperada:

—Me alegra que hayáis venido. ¡Desde que llegamos, David nunca había pasado una velada tan agradable! ¡Y en cuanto a mí, he aquí que ahora tengo mil ideas!… Casi como antes… ¿Por qué sois tan bueno con nosotros?

—¿Y vosotros, tan buenos conmigo?

—Volved a vernos a menudo, os lo ruego. Cuando la finca esté en condiciones, David estará menos cansado y sé que le hará feliz poder hablar con vos. Yo os escucharé, dibujando para mi futuro bordado las flores de mi jardín lozanamente abiertas. ¡También os serviré los mejores pasteles de Fortuna! ¡Quizás así podamos, los tres, hacer nuestra vida aquí un poco más tolerable!…

Subyugado por la repentina animación de la joven, Jufré la miró, dominando a duras penas su propia emoción. ¡Cuán sencilla y espontánea era su invitación formulada con todo el candor de un alma inocente! ¡Además, cómo podía haber sido de otra manera? Pero él, ¿sería capaz de permanecer dentro de los límites que ella le proponía? En verdad, ¿no los había ya franqueado? ¿Y ella? ¿Su inocencia era real o fingida? Curiosamente recordó su propia exclamación de días atrás: «¡Un hombre sólo puede amar a una mujer, y una mujer a un solo hombre!» «Excesiva exigencia de la juventud», le respondía su amor naciente…

—Vendré tan a menudo como pueda —consiguió articular—. Os lo prometo.

Y bruscamente se despidió, desapareciendo en la oscuridad.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

JUFRÉ

OceanofPDF.com

VIII

En casa de los Villeda, la vida no transcurrió como había imaginado Orovida durante los breves instantes de euforia compartidos con Jufré. En efecto, a medida que avanzaba el verano, lejos de ver aliviarse su tarea, David se sentía cada vez más abrumado por las obras que debía supervisar, e inquieto por el coste de su financiación. Por encima de todo, el calor agobiante aumentaba su irritabilidad, y Orovida ya no podía abrir la boca sin ser reprendida tan agria como injustamente. A tal extremo que alguna vez estuvo a punto de preguntarle si la ausencia de su amante no era la principal causa de su perpetua agresividad. Sin embargo, ahogó las palabras que le quemaban la garganta y así se ahorró nuevas discusiones. A la vista de las circunstancias, la ausencia de infierno tenía para ella el valor de un paraíso… En semejante atmósfera, su soledad y el vacío de su existencia ejercieron sobre ella un dominio cada día más intolerable, tanto más cuanto que las obras de restauración interior de la casa, después de haberle proporcionado un ligero entretenimiento, dejaban ver la falta de dinero. Sólo habían podido llevarse a cabo algunos enyesados y encalados en cal viva, pero se dejó para tiempos mejores la mayor parte de las reparaciones más complicadas, tales como el artesonado y la restauración de los techos.

Afortunadamente el cuero de Córdoba tapizando las blancas paredes, a pesar de una severidad bastante alejada de las sedas de la casa de Toledo, confería a las estancias relativamente espaciosas cierto aire de sobria elegancia en consonancia con el paisaje exterior. Por último, en el patio, las plantas trepadoras habían estallado en un techo de verdor invadiendo con su masa frondosa las columnas de la galería que, de golpe, parecían haber perdido un poco de su rigidez. Sí, Jufré tenía razón: en resumidas cuentas, el ojo acababa por acostumbrarse a su entorno, a condición de que poseyera su propia armonía. En cambio, Jufré se había equivocado con respecto al jardín. La tenacidad de las malas hierbas, el suelo demasiado seco y rebelde, y probablemente su escasa habilidad para domeñar la tierra y manejar los utensilios de jardinería, hicieron inútiles todos los esfuerzos. Mientras los trabajadores no tuvieran tiempo para limpiar y remover la

tierra, Orovida no podría hacer nada, y aun entonces seguramente haría falta mucha paciencia para transformar semejante desolación en jardín del Edén.

En esta existencia taciturna y sin alegría, las únicas treguas eran las visitas esperadas, pero imprevisibles, del corregidor. Si David no estaba demasiado crispado, la noche pasaba entonces casi tan agradable como la primera vez. Después de una o dos partidas de ajedrez, David relataba a Jufré los progresos de las obras y sus dificultades; Jufré, por su parte, disfrutaba con maligno placer contándoles los comadreos de Villafranca.

Incapaz de sostener una conversación durante mucho tiempo, con frecuencia David los dejaba pronto para ir a acostarse, y ellos se quedaban solos charlando un rato.

—No os he visto más por el jardín. ¿Habéis olvidado mi idea? —preguntó una noche.

—¡De ninguna manera, pero lamentablemente la tierra está muy seca y áspera para mí! No consigo removerla. Tendrá que venir un trabajador de la viña, cuando sea posible, para limpiarla y prepararla.

—¡Qué lástima! Había encontrado un macizo de lavanda en un bosque detrás de mi casa y quería traeros una cepa. ¡Desprende olor hasta en otoño! El jardinero me dijo que había una especie de lirio creciendo en los rincones sombreados, y que sólo era preciso tratarlo con cuidado.

—Será para el año que viene.

—Naturalmente. ¿Pero y este año?

Orovida se encogió de hombros con una expresión de tristeza e impotencia.

—¿Decidme, tocáis algún instrumento? ¿Acaso, cantáis?

—No, he sido siempre demasiado tímida para expresarme en público y mi hermana Alegra, que era la más desvergonzada de la familia, bailaba y cantaba por las dos.

—¿Cómo una mujer tan bonita como vos puede ser tan arisca? Explicádmelo. Siempre he creído que la belleza confería seguridad…

—No a mí, en todo caso. Mi belleza, como vos la llamáis, actuando como un imán, atraía a mi alrededor un enjambre de inoportunos jóvenes. Todos me resultaban, en el mejor de los casos, indiferentes, y en el peor, insoportables. La belleza es una armoniosa coincidencia de la naturaleza. No tiene nada que ver con lo que yo soy. Para mí no es más que una apariencia, y si es cierto que uno puede regocijarse de lo que es, no hay motivos para hacerlo de lo que se parece ser.

—¿Cómo entonces esperáis conoceros realmente si sois tal como decís?

—No lo sé —concedió Orovida con una pálida sonrisa—. Hay poco que descubrir, ¿sabéis? La verdad es que yo nunca he podido superar por completo los temores de mi infancia. Siempre le he tenido miedo al mundo y a la complejidad de las relaciones humanas: las rivalidades, las hipocresías, los celos, las traiciones. No deseaba afrontarlas, me encerraba en mí misma.

—Ese deliberado aislamiento, ¿no parece que queráis romperlo?

—Probablemente tenéis razón. He aprendido a contentarme con poco. Mi esposo, mi familia, algunos amigos fieles, mi bordado, mis libros, algunos objetos.

Una vida apacible, pensó Jufré sin responderle, comprendiendo ahora mejor por qué ella se había casado con David. Imperceptiblemente, él había conseguido deslizarla de la seguridad de su infancia a la suya, haciéndola compartir sus modestos placeres, protegiéndola de los golpes de la vida en su círculo restringido. ¿Habría conocido al menos la pasión?, se preguntó, una vez más, con el ardiente deseo de tomarla en sus brazos, a sabiendas de que sería una locura, pues en el mismo momento en que la poseyera, la perdería irremediablemente. El adulterio empañaría para siempre la pureza que él tanto amaba en ella. Sí, ahora estaba seguro, un hombre podía amar más de una vez en su vida, pero mientras un amor durase, debía ser exclusivo. Seguía sin concebir que el darse a sí mismo pudiese compartirse siquiera mínimamente.

—Si soy desgraciada en Villafranca —continuó, sorprendida de sentirse tan a gusto con él —es porque me siento horriblemente desarraigada. Y para colmo de males, ahora que Alegra y Eleazar se han convertido en cristianos, no nos sentimos demasiado libres para escribirnos con ellos, sin vigilar cada término de nuestras cartas. ¡Ah, si supierais, nunca hubiera creído que los días pudieran ser tan largos!…

—¿Echáis mucho de menos Toledo, verdad?

—Infinitamente. Pero lo único que podíamos hacer era salir de allí.

—¿Estabais realmente convencida o simplemente habéis aceptado la decisión de David?

—No, estaba convencida. Para los judíos, la vida en Toledo era insostenible.

—Sí, lo sé y os comprendo. ¡Pero —continuó adoptando de pronto un tono más prosaico— ya que mi idea de la jardinería se revela por el momento irrealizable, y ya que vos no disponéis de fuentes de inspiración para vuestros bordados, hay que encontrar otro pasatiempo! ¡He pensado en otra cosa! Creo que hay en un granero de mi casa un viejo tapiz gastado y descolorido cuyo motivo, sin embargo, sigue siendo vistoso. ¿Os entretendrá rehacerlo?

—Con mucho gusto, pero yo no soy tan experta en tapices como en bordados…

—¡Eso no importa! No tenemos nada que perder.

—Tenéis razón. Sin embargo, temo no encontrar en Villafranca todos los colores de la lana necesarios.

—¡Vos lo haréis con los medios de que disponéis!

—Peor entonces para los rasgos y la veracidad de los personajes. Corren el riesgo de quedar con bastante mal gusto…

—¡No os inquietéis! Serán menos amanerados que los que habitualmente vemos. ¡Probad, pues, y veremos qué sale de ahí!

—Vuestra idea es verdaderamente loca, pero, después de todo, ¿por qué no? —estalló Orovida con un risa cristalina.

—¡Bravo! ¡Cómo me gusta veros reír! ¡Trato hecho! ¡Os traeré la «obra maestra» la próxima vez que venga a jugar al ajedrez con David! ¿A propósito, no jugáis nunca con él?

—¡Jamás osaría! ¡Está demasiado cansado e irritable en estos momentos para tolerar mi bajo nivel!

«Yo os enseñaré», estuvo a punto de responderle Jufré. Pero se contuvo, a sabiendas de que teniéndola tan cerca, al otro lado del tablero, no podría resistir mucho tiempo. Tenía que alejarse a toda costa…

Pero cuando él se echaba atrás, ella, por su lado, lo buscaba. Entre ellos había nacido del modo más natural una muda complicidad, hecha de comprensión y comunicación recíproca, gracias a la cual se adivinaban más allá de las palabras y las miradas. Nunca había sido así con David, cuya admiración, elogios y aprobación se limitaban siempre a sus propias reacciones en función de lo que ella hacía o decía. Jufré, en cambio, percibía todos sus pensamientos y sensaciones, la estimulaba, la obligaba a descubrirse y a salir de sí misma. Esto era maravilloso, nuevo e inesperado, pues el carácter reservado de David nunca hubiera permitido semejantes correspondencias. A veces incluso, en un irresistible impulso, tenía el

repentino deseo de liberarse, de abandonarse completamente, de entregarse a él, con la loca esperanza de reencontrar, quizás, aquello que había probado fugazmente en los brazos de David, antes de la peste. Pero ella también se reprimió. El hombre que tenía delante de ella exigía de una mujer, lo había dicho, una posesión exclusiva. Probablemente sería fácil convencerle de que, físicamente, su marido y ella ya no se pertenecerían y que, día tras día, iba disolviéndose lo que quedaba de su unión. Tal vez de esta manera pudiera, al principio, ilusionarlo, pero… ¿por cuánto tiempo? Su necesidad de absoluto no tardaría en reaparecer y entonces, a pesar de sus explicaciones y sus promesas, se convertiría en una mujer infiel por partida doble, a sí misma, y a su esposo, objeto de menosprecio. Por otro lado, ¿tendría valor para salir de su cascarón ya tan precario, y aceptar el riesgo de amar a un hombre del que lo ignoraba todo? ¿Tendría el valor de arriesgarse a perderlo no sólo a él, sino también a David, en caso de que se enterase de su infidelidad? ¿Después de todo, no quedaba aún una débil esperanza de bienestar con él, a pesar de su progresivo alejamiento? ¿En verdad, todo estaba perdido? ¿No existía una última oportunidad de reencuentro capaz de hacer renacer un amor apacible en los límites de su nuevo universo?

Sin embargo, cuando Jufré se levantó para marcharse, ella no pudo abstenerse de murmurarle:

—¿Volveréis pronto, verdad? ¡Espero vuestro tapiz, no lo olvidéis!

Conmovido en lo más profundo de su alma, esbozó un gesto hacia ella que no acabó. ¿Qué más podía decirle? ¿Cómo hacerle entender que si no venía tan a menudo como ella deseaba, era precisamente porque sentía un deseo irrefrenable de estar a su lado? ¿Cómo explicarle que para conservar ese frágil contacto entre ellos, era imposible ir más allá de esos escasos instantes de intimidad? ¿Cómo decirle, en fin, que su pasión por ella era tal, que si se veían con más frecuencia, no podría contenerse por más tiempo?

Finalmente, resignándose a dejarla, la acarició con una última mirada. Al captarla, ella desvió la mirada. ¿Timidez, confusión, miedo de sí misma? La pregunta, incierta, semejante a una inasequible pincelada de bruma, quedó en suspenso en la noche…

Una pregunta de otra naturaleza flotaba como una amenaza sobre la plaza de la sinagoga. El verano casi había acabado y la fecha fijada para la reunión del Consejo de la comunidad judía, celebrado cada año antes del Año Nuevo, se acercaba. Con su buen olfato para la intriga, Meir Barchillon

intuía que Cohen se preparaba para provocarlo en presencia de los notables. Se olía un complot en el aire. Dos miembros del Consejo, que desde hacía años lo apoyaban fielmente en todas sus empresas, se estaban conduciendo en las últimas semanas de un modo extraño. Uno de ellos, Isaac Arrobas, comerciante en granos, a quien él había prestado inestimables servicios, apenas le saludaba desde el oficio de la noche del *Shabat*, hacía dos semanas. En cuanto al otro, el orfebre Yusef Frenero, siempre amistoso cuando se trataba de comprarle algún presente para Miriam —lo cual era natural, ya que él, Meir Barchillon, lo había puesto en contacto con los que troquelaban el oro, quienes le proporcionaban el metal por la mitad de su valor oficial— ¡pues bien, ese mismo Yusef, esta vez se había negado a rebajarle ni un maravedí por el plato de oro macizo que él deseaba ofrecerle a su esposa por el Año Nuevo! ¿Acaso ambos olvidaban que era él quien, cada año, establecía sus impuestos? ¿No temían, pues, que se vengase de su insolencia gravándoles tanto como a sus enemigos del Consejo? ¡Y para colmo, hasta los que troquelaban el oro —a los que había sacado de prisión adelantándoles la suma total de sus multas— también lo habían, por así decirlo, desafiado negándose este año a contribuir con los fondos de los huérfanos! ¡Dios del cielo, la próxima vez que los cogieran, ya podían esperar sentados su fianza!

No cabía duda alguna, Cohen estaba socavando minuciosamente los cimientos de su poder en la comunidad. Sus aliados tradicionales nunca habrían tenido la audacia de hacerle frente si no hubieran estado convencidos de que su rival había encontrado, por fin, el medio para arrebatarle la presidencia de la comunidad. ¿Pero cómo? Día y noche, la pregunta atenazaba su mente impidiéndole disfrutar del menor descanso. Era menester descubrirlo ahora. Desgraciadamente, nadie hablaría y el ambiente en la ciudad era tal que los que sabían jamás correrían semejante riesgo. La fe general en su invencibilidad estaba quebrantada, eso era seguro, y nadie mejor que él estaba en condiciones de saber que el poder de un hombre dependía ante todo de la idea que de él se hacían… Decididamente, la situación era crítica y se imponía una solución enérgica. ¡No obstante, que Cohen no se imaginara que él iba a dejarse manejar!

Apurando de un golpe su última copa de cerveza matinal, Meir Barchillon atravesó la habitación dando zancadas y se apostó detrás de la ventana que daba a la plaza de la sinagoga. Justo en ese momento, Cohen salía de su casa. Siempre había tenido un aire suficiente y virtuoso, pero esa

mañana la alegría que emanaba de su torpe persona, era casi palpable. Al verlo, Barchillon contrajo los puños de rabia. ¡Ah, quería pelea! ¡Muy bien, iba a tenerla!

—¡Miriam! —chilló de pronto en dirección a la habitación—. Voy a salir. ¡Tengo que descubrir lo que está tramando ese perro! ¡Pero, pase lo que pase, prométeme que no te sentirás avergonzada!

Miriam, que jamás había perdido su vieja costumbre de dormir hasta tarde, aún estaba en la cama. «¿Avergonzarme? ¡Qué idea más peregrina!», pensó extraviada aún en las brumas del sueño. «¡Todas estas historias acabarán por trastornarle el juicio!»

—Claro que no, mi amor —cloqueó con indulgencia, dándose vuelta y sumergiéndose en una deliciosa somnolencia.

Entonces Meir buscó febrilmente en el fondo del baúl colocado debajo de la ventana, lanzando hacia atrás, por encima del hombro, los viejos vestidos que atesoraba, hasta que al fin encontró lo que buscaba: un monumental capirote escarlata. Con gestos rápidos y precisos, se lo puso en la cabeza, con la misma desenvoltura que en sus años mozos, cuando se pavoneaba delante de las jovencitas de la ciudad, y luego, alisando los pliegues de su indumentaria y ciñéndose el grueso cinturón incrustado de adornos, salió. Dando trancos, pasó por debajo de la puerta de la plaza, subió rápidamente las estrechas calles rumbo a la Plaza Mayor, y se dirigió derecho hasta una anciana apergaminada que, desde que él tenía memoria, siempre había tenido la misma tienda de frutos confitados a la sombra de la escalera de San Mateo.

—¡Don Meir! —exclamó al verlo—. ¡Hacía mucho tiempo que no nos hacíais el honor de visitarnos! ¡Pero por Dios, no es posible, hoy tenemos el mismo aire descarado de cuando éramos solteros!…

—¡Date prisa, María, y basta de desvergüenza! Llename pronto tu cesto más grande de frutas confitadas, y que sean las mejores que Villafranca haya probado jamás. ¡No te reserves nada: quiero lo mejor!

A pesar de lo deformadas que estaban, las manos de la vieja no se hicieron rogar, y apilaron con destreza una impresionante montaña de cerezas, melocotones y albaricoques.

—¡Hasta dónde hemos llegado —se burló ella sonriendo con un brillo jocoso en su viejos ojos astutos—, pues bien, buena suerte, viejo tunante!

Con el afán de cortar lo antes posible cualquier comentario superfluo, Meir lanzó un puñado de monedas de plata sobre el mostrador, cogió la

enorme cesta y, sin esperar el cambio, se abrió paso entre el barullo matinal. Al volver a la tranquila plaza de la sinagoga, se aseguró con una rápida ojeada de que el lugar estaba desierto, respiró profundo, y se dirigió con aire decidido a la puerta de la casa de Salomón Cohen, adonde llamó. El apagado ojo de una sirvienta apareció en la mirilla para desaparecer en seguida. Unos segundos más tarde se asomó el ojo más agudo de su dueña quien, después de un breve conciliábulo, entreabrió ligeramente la puerta.

—¿Qué queréis a esta hora tan temprana? —preguntó la matrona con actitud glacial— Mi marido no está aquí.

En modo alguno desalentado por la frialdad del recibimiento, Barchillon, con un empujón, abrió más la puerta y entró, franqueando por primera vez el umbral de su rival.

—¡Nada importante, mi querida doña Sara —empezó sin darle tiempo a reaccionar por su intrusión—, vengo a hacer la paz con vos! Aceptad, os lo ruego, este modesto presente en prueba de mi buena fe con mis mejores deseos para el Año Nuevo.

Estupefacta, Sara Cohen no pudo menos que coger el magnífico cesto que Barchillon le tendía. En su vida había recibido semejante regalo, Salomón jamás había derrochado tanto dinero de una sola vez…

—Es muy amable de su parte, pero…

Ahora con las manos libres, Barchillon deslizó un brazo alrededor de la regordeta cintura de Sara, a quien empujó gentilmente, pero con una firme dulzura, hacia la habitación contigua.

—¡Por favor, no digáis nada! No podéis imaginar el placer que siento al expresaros de una manera verdaderamente trivial la profundidad de mis sentimientos hacia vos… ¡Ha llegado el momento de poner fin a nuestras discusiones! ¡Mi querida amiga —añadió con un tono apremiante, clavando su mirada en las pupilas dilatadas de la doña— quiero decirle que hace años os observo, desde mi casa, sin que lo sepáis! ¡Ah, creedme, he aprendido a conoceros y a respetar vuestra grandeza de espíritu!…

Haciendo que la pobre mujer, completamente atónita, se sentara cerca de él, sobre los cojines de un banco arrimado a la pared, Barchillon le quitó el cesto de las manos, lo colocó en el suelo, se quitó su voluminoso sombrero, y luego, cogiendo sus regordetas manos entre las suyas, le dijo con una mirada ardiente:

—¡Vos sois una joya, un inestimable tesoro, una mujer judía ejemplar! ¿Puedo confiarme a vos, querida doña Sara?

Y, sin esperar su respuesta, con una voz rota por la emoción, prosiguió:

—¡Me casé con Miriam en un momento de debilidad, por compasión hacia su condición, pero, Dios, qué error he cometido! ¡Esa mujer es un bicharraco y mi vida un infierno! ¡Con ella jamás tengo un instante de paz! ¡Y para colmo, toda la ciudad habla de nosotros proclamando a los cuatro vientos que la esposa del jefe de la comunidad judía es una puta! ¡Ah, sí, qué funesto error!… ¡Es con una bella y honesta mujer como vos con quien yo habría debido casarme, una mujer refinada que habría hecho de mí una persona educada y distinguida, una mujer que me habría cubierto de honor y habría sido un ejemplo para todos!

Sara Cohen estaba estupefacta. A la vez atontada, enmudecida, halagada y aturrullada, víctima de los sentimientos más contradictorios, no sabía qué actitud tomar. Nunca le habían hablado de esa manera, con semejante acento de sinceridad. Aunque en el fondo de su alma siempre había sabido que eso que Meir decía era verdad, a lo largo de su extensa vida conyugal Salomón nunca había creído oportuno expresarle ni la centésima parte de lo que acababa de oír en tan poco tiempo… ¡Y esas palabras salían de su peor enemigo! ¿Se estaría volviendo loca? ¿La vida del poderoso Barchillon, un infierno? ¿Él, el gran Meir, profesando en secreto y desde hacía años una admiración sin límites hacia ella, Sara Cohen? ¡Ah, el corazón humano era insondable!… ¿Dios mío, pero qué le estaba diciendo ahora?…

—¡Cuán lozana estáis, dulce Sara, cuán satinadas son vuestras mejillas, cuán orgullosos y apetecibles son vuestros generosos senos! ¡Si supierais que hace una eternidad que no acaricio a una mujer tan risueña como vos!…

De pronto, sin saber cómo, Sara Cohen se encontró estrechada contra Barchillon, su boca contra la suya.

«¡Rechazadlo inmediatamente!», gritó una voz en su cabeza. «¡Qué imprudencia!… Entrar durante la ausencia del marido en casa de una mujer indefensa y abusar de ella valiéndose de halagos y zalamerías incalificables… ¡Oh! ¡Qué cálidos y pegajosos son sus labios, sus manos resueltas y firmes en mi corpiño, qué bien saben insinuarse y apretar… Cuánto tiempo hacía que no…»

Al sentir que disminuía la resistencia de Sara Cohen, quien ahora gemía y vibraba de placer, Meir Barchillon sacó provecho de su ventaja hundiendo el rostro, de un golpe, en la masa desbordante de sus tetas.

—¡Qué diablo, qué tunante que sois! —cacareó con una risita excitada que quería ser de reprobación sin conseguirlo, sintiendo subir en ella la ola de placer suscitada por la boca conquistadora de su pretendiente.

¡Oh, cómo daba vueltas su cabeza! ¡Ah, qué agradable era! ¡Qué paraíso!… Pero, ¿qué le pasaba? ¿Era esa su mano, esa mano sobre su tobillo, en sus rodillas, subiendo por sus muslos, hasta llegar a allá arriba?… «¡Deteneos, os los ordeno!», quería gritar, pero emergiendo un instante de su blusa, él amordazó su protesta con un beso. Entonces, ella se dejó ir suavemente, despacio… ¿Estaba en una nube o en un banco? ¡Y eso qué importaba ahora! El hombre estaba sobre ella, la habitación bailaba, la chimenea subía al techo, la puerta ocupaba el lugar de la ventana…

Fue entonces cuando una voz venida de muy lejos, ahogada, extraña, la arrancó de su delicioso torbellino:

—¡Por el Dios de Israel, os voy a matar!

En medio de aquel océano de felicidad surgió el rostro furibundo de su marido, resoplando como un toro enfurecido, agarrando salvajemente por el cuello a su enemigo y extirpándolo brutalmente de las hospitalarias profundidades de su pecho.

—¡Salomón! —fue todo lo que ella pudo articular.

—¡Silencio, mujer! ¡Me ocuparé de ti más tarde! —aulló.

Escarlata por el esfuerzo, con las mandíbulas apretadas, tiró a Barchillon a sus pies y, fuera de sí, ciego por el ultraje, se puso a darle puñetazos, como un condenado. Pero, hombre al fin que no perdía fácilmente su sangre fría, Meir Barchillon, con un golpe bien encajado en la mandíbula de su adversario, lo puso a bailar sobre el cesto de frutas confitadas y, tras arreglarse prestamente las ropas, se precipitó hacia la salida.

—¡Echa a ese bribón y dale su merecido! —farfulló Cohen a su servidor, quien había acudido en su ayuda, tratando de recobrar un equilibrio precario entre las golosinas repartidas por toda la habitación.

Si Barchillon había sido rápido en llegar el umbral de la casa, el joven lo fue más aún. Agarrando a Meir por la espalda, lo hubiera hecho rodar por el suelo, si no fuera porque Abraham, el bedel —quien justamente acababa de salir de la sinagoga para respirar un poco de aire matinal— se precipitó en auxilio de este último, feliz de contribuir a una derrota de la casa Cohen. Pero la tregua de Barchillon duró poco, pues el servidor, neutralizando de un pescozón al pobre hombre embrutecido por el alcohol, volvía ya a la

carga. Alertado por el guirigay, el propio servidor de Meir hizo entonces su aparición y, con la destreza de un experto, entabló una lucha sin cuartel con el agresor de su amo. En la plaza estallaron los aullidos de ambos hombres, resonando cada vez más y mejor a lo largo de las calles del barrio judío, y propagándose así, como un reguero de pólvora, la noticia de la pelea. En cuestión de minutos, en medio de un caos indescriptible, la plaza se llenó de gente: los laneros sin empleo tomaban partido por Cohen; los pobres y los parados, por Barchillon.

Al mismo tiempo, en la cumbre de la ciudad, Jufré del Águila intentaba con dificultad concentrarse en una orden del Consejo real que le pedía que se informara sobre una nueva demanda de crédito complicada, la tercera del verano. Agobiado por el tedio, sin poder concentrar su atención, acabó por levantarse impaciente y, abandonando el escritorio, se dirigió a la ventana para contemplar, como lo hacía a menudo, el oasis de verdor que anidaba encajonado entre las dos colinas. Entonces reparó en el espectáculo de una muchedumbre agitada atropellándose en la plaza de la sinagoga.

—¡Ruiz! —llamó.

—¿Excelencia? —inquirió una voz respetuosa.

—¡Acércate! Algo pasa en el barrio judío. Envía inmediatamente algunos hombres a la plaza de la sinagoga con la orden de dispersar a la multitud antes de que las cosas se pongan feas. ¡Rápido! En cuanto la calma esté restablecida, procura averiguar quién es el responsable de esta agitación y ponme al corriente.

Una vez que el orden estuvo restablecido, Ruiz regresó a hacerle el relato de los acontecimientos. El incidente parecía tan absurdo que Jufré no pudo reprimir una sonrisa. ¡Qué fenómeno este Barchillon! ¡Si la monstruosa pechuga de la señora Cohen no le había dado miedo, quién podría en lo sucesivo hacerlo vacilar! Pero su diversión no duró mucho tiempo. Para haber llegado a tan grotesco extremo era preciso que Barchillon estuviera muy desvalido. ¿Sería esta la señal de que el viento había cambiado y que algunos se disponían a cambiar de bando? Si era así, había que esperar una confrontación mayor durante la próxima reunión del Consejo. Comparado con lo que allí podía ocurrir, el altercado de hacía un rato podría parecer un juego de niños…

Esa noche, Salomón Cohen decidió finalmente perdonar a su esposa, contento de preservar su honor al aceptar de ella, bajo juramento, la versión

según la cual Barchillon la había forzado odiosamente. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, le hizo el amor, y lo más curioso es que lo hizo con placer.

Al otro lado de la plaza, en brazos de su marido, Miriam Barchillon reventaba de risa oyendo el relato de la enorme farsa representada en honor de su rival, a plena luz del día, bajo su propio techo, situación que empañaba para siempre la reputación de su esposo cornudo. Mientras masajeaba las contusiones de su héroe, en voz baja y ronca, le cuchicheó:

—¡Qué valor tuviste, querido, para hacer lo que hiciste! ¡Qué lástima que no hayas tenido tiempo para acabar tu obra!…

OceanofPDF.com

IX

Ese sábado por la tarde, al emerger de un largo y profundo sueño, en un estado de torpor que prolongaba el calor agobiante, David lamentó no encontrar a Orovida a su lado. De un tiempo a esta parte, casi cada noche, se acostaba él primero, y por la mañana, se despertaba antes que ella. Sólo los sábados, después del desayuno, ella solía dormitar un poco con él, pero en seguida se levantaba discretamente para dejarlo descansar en paz. Sí, hacía mucho tiempo que no sentía cerca de él su suave presencia. ¿Adónde habían ido a parar aquellos instantes de dicha, cuando su amor aún conseguía difuminar los duros contornos de la realidad, cuando las brumas se disipaban, diluidas en las delicias de sus retozos? ¿Por qué el destino le había impedido que una nueva vida naciese de su unión?

Adivinando su mudo resentimiento, seguramente Orovida también sufría por ello sin decirlo. Él se había equivocado, sin duda, pero a pesar de todos sus esfuerzos, nunca había conseguido dominar aquella reacción primaria, ni amordazar aquella aversión que emponzoñaba sus relaciones desde la peste, pues a partir de entonces su unión física ya no tenía nada que ver con un acto de amor. Insatisfecho, y como consecuencia de ello, él se había acostado con otras mujeres, fugazmente, en el curso de diversos viajes a Castilla, pero ninguna era comparable a Orovida, tal y como ella había sido para él antes de la peste. No más que por eso no había tenido ganas de comprometerse. Mientras vivían en Toledo, había intentado muchas veces compensar sus propias reticencias con un redoblamiento de atenciones y afecto que, por un momento, había parecido contentarla, pero desde su forzada mudanza a Villafranca, los problemas materiales le ganaban por la mano cada día más, y se había encerrado en un mutismo y en un mal humor para ella intolerables.

Al salir de las brumas de la somnolencia, resolvió enmendar sus errores. El verano casi había finalizado: todo lo que había que hacer durante la estación ya estaba realizado, y ahora había que dejar que el sol obrara el milagro de darle a las uvas la sustancia y el sabor que hacían famoso al vino de Francisco en muchas leguas a la redonda. Levantándose rápidamente, David fue en busca de su mujer, y la encontró en medio de las zarzas que

aún invadían el pequeño jardín silvestre. Inmóvil en la tarde, ella contemplaba, a lo lejos, las colinas cubriéndose poco a poco de vapores azulados.

—¡Orovida, querida mía, parecéis muy melancólica!

Sobresaltada, se volvió hacia él. Emocionado, a pesar de sí mismo, se dio cuenta entonces de su extrema debilidad, pues nunca había notado hasta ese punto la palidez de su tez. ¡No, no podía dejarla languidecer! Era él quien tenía que hacerla recobrar su incomparable esplendor, aquel que siempre la había engalanado… Abriéndose paso entre las malas hierbas enmarañadas, fue hacia ella y, con un gesto envolvente, casi paternal, la atrajo a sus brazos, apoyando el mentón contra su sien:

—¡Yo sé muy bien —murmuró él— que las cosas son difíciles para vos, aislada en esta campiña perdida, sin distracciones, con un esposo receloso que, desde hace meses, apenas os habla! Pero todo se va a arreglar, amor mío, todo se arreglará, os lo prometo. Incluso López aspira a que las viñas sean de nuevo tan bellas como en el pasado. Un año más, y la finca estará salvada.

—¿Vos tendréis que trabajar un año más tan duramente? —preguntó Orovida quedamente.

—No, querida mía, no, nunca más a este ritmo. La reparación de las principales vías de irrigación está acabada y sólo queda poner en condiciones las acometidas que abastecen el viñedo. Lo que no será gran cosa. Si el vino de esta temporada alcanza un buen precio, contrataré a un administrador para reemplazarnos, a López y a mí, y los dos tendremos tiempo para vivir. Os compraré un bonito caballo árabe, y galoparemos allá arriba en las colinas. Iremos a todos los pueblos en busca de los mejores artesanos, a fin de que ellos puedan ejecutar vuestros más mínimos caprichos. Por último, os prometo ser como antaño un ángel de paciencia y ayudaros a convertiros en una campeona del ajedrez.

Imperceptiblemente la esperanza se deslizó de nuevo en el corazón de Orovida. Si el antiguo David había vuelto, si aceptaba revivir con ella y no sólo encontrarse a su lado, entonces ella estaría colmada, cualquiera que fuese la vitalidad y el entusiasmo de Jufré. Jufré no era suyo mientras que David era su universo, su pasado, todo eso que le quedaba. Ella no pedía más que su amor y la alegría de regalarle el suyo.

—¡Lo que verdaderamente me daría el mayor placer —dijo mirándolo con tímida jovialidad— es que vos hicieseis arreglar este jardín para que yo

pueda cultivarlo y ocuparme de él hasta que sea tan resplandeciente como el tapiz del Zodíaco!

—¿El tapiz del Zodíaco? ¡No me habíais dicho nunca que lo conocierais!

—Oh, fue la víspera de nuestra partida de Toledo. Vos estabais demasiado preocupado. Al volver a casa una tarde, me crucé con los obreros que se dirigían a la catedral para colgarlo y de pronto se me ocurrió seguirlos para poder admirarlo un instante.

—¡Mi bello amor, mi incorregible enamorada de la belleza! —cuchicheó sonriendo, rozándole los dedos con sus labios—. De acuerdo. ¡A partir de mañana, haré desbrozar este jardín y desde entonces será vuestro dominio privado! ¡Ya lo veréis! Vamos a vivir los dos juntos una vida nueva, desde luego diferente de la de Toledo, pero puede que igual de maravillosa…

Abrazados, de pronto sus cuerpos vibraron al unísono con un mismo deseo, con un ardor y una intensidad de la que ya ni siquiera conservaban el recuerdo. ¿Había sido necesario aquel desarraigo, este retiro para aproximarlos el uno al otro, y hacerles descubrir las alegrías de un amor difunto?…

Al llegar a la casa del brazo de David, el paso de Orovida era ligero. En el umbral de la sala espaciosa y clara, David se detuvo. Entonces se volvió para comtemplar sus tierras, y su mirada resbaló, surco tras surco, sobre el viñedo próspero y cargado de frutos, hasta llegar a los pies de la colina del monasterio. Apretada contra él, Orovida vio descender el sol en dirección a Portugal, anegando poco a poco el paisaje en la penumbra. Cuando la oscuridad casi alcanzaba la pendiente oeste de la colina pelada del monasterio, Orovida sintió que David se envaraba.

—¿Qué pasa, amor mío?

—¡Mirad, allá arriba, en la colina!

Siguiendo su mirada, ella vislumbró entonces una silueta blanca y maciza que descendía lentamente la cuesta hacia ellos. El camino, rara vez transitado, sólo conducía hasta su casa, por consiguiente, el desconocido no podía ir a ninguna otra parte.

—Desde nuestra llegada, ningún monje se ha dignado dejarse ver —observó ella—. ¿Puede que tengan necesidad de nosotros, del agua de nuestro manantial, por ejemplo?

Entornando los ojos para distinguir mejor al hombre que se aproximaba, David replicó:

—No, no creo que sea tan simple. Este visitante no es un monje cualquiera que viene a pedir ayuda; este es, ahora estoy seguro, Agustín de Toro en persona, el prior del monasterio.

Y de pronto, al pronunciar estas palabras, el rostro de David cambió. Todo el orgullo y la alegría, la satisfacción y la esperanza de la que estaba henchido unos instantes antes, se habían desvanecido dejándolo de golpe extenuado y envejecido.

—¿Qué pensáis que viene a hacer? —preguntó Orovida, también con la voz cambiada.

—No lo sé. Voy a recibirlo en el patio. Si queréis, quedaos un poco apartada en la galería, y os enteraréis tan pronto como yo.

El prior del monasterio de Santa María de la Encarnación era dominico, orden muy conocida por su fanatismo. El venal Agustín de Toro era, además, célebre por su corrupción. Cuando José lo introdujo, David escrutó su rostro complaciente, empalagoso y acicalado, con la esperanza de descubrir el motivo de su visita y averiguar si el celo religioso iba a poder más que sus apetitos terrenales. Con gran despliegue de amabilidad mezclada con condescendencia, el prior se dirigió, con las manos extendidas, hacia David.

—Ya veis, Villeda, cuán familiares me son las leyes judías: he esperado a la puesta de sol para visitaros. ¡En efecto, Dios me guarde de haceros profanar vuestro *Shabat*!

—No hacéis más que responder a mi propio respeto por vuestro santo día de descanso —replicó David— Seguramente habéis comprobado que nadie en mi finca trabaja los domingos.

Ligeramente desconcertado por el altivo recibimiento de su anfitrión, Agustín de Toro se sentó —con algunas precauciones debidas a su corpulencia— en la estrecha silla que le había sido designada. Entonces, colocando sus pálidas manos debajo del escapulario en una actitud que le confería cierta autoridad, tomó la palabra:

—Villeda —comenzó con el mismo tono de superioridad, omitiendo a propósito el título de «don» para ofender a su anfitrión— debo admitir que me habéis sorprendido. Hasta ahora nunca había visto a un judío trabajar la tierra con semejante ardor, y mira por donde un rico comerciante de Toledo como vos, os habéis revelado no sólo capaz de acometer las labores de un

verdadero propietario rural, sino también de devolverle a un erial su fertilidad original. Loable empresa, lo confieso, mucho más aún tomando en cuenta que estos campos pertenecen, de hecho, a nuestro monasterio.

Agradeciéndole al prior con una casi imperceptible inclinación de cabeza, David no respondió, esperando que el religioso abordara la verdadera razón de su visita.

—¿Decidme, vos habéis comprado el arriendo de esta propiedad a Francisco de Guzmán?

—Exactamente.

—¿Y vos lo habéis adquirido por un precio muy ventajoso?

—Pagué lo que él me pidió.

—Entonces debéis saber que el arriendo fue renovado el año pasado por un total calculado sobre su renta de los cinco años anteriores.

—Repito —replicó David con un tono glacial— que he pagado la suma requerida a cambio de la compra, en buena y debida forma, del arriendo de esta tierra para los cuatro próximos años.

—Un comerciante sagaz como vos —prosiguió el prior con una sonrisa untuosa—, comprenderá sin dificultad que, al haber sido fijada la base del cálculo de dicho arriendo en función del estado de abandono de la propiedad, no puede seguir siendo la misma hoy. Como consecuencia, el montante del canon al monasterio debe ser modificado…

—Ciertamente, pero cuando expire el acuerdo actual, es decir dentro de cuatro años.

—No exactamente —se burló el prior— ¡Seamos razonables! La renta de este año dejará muy atrás a la que la propiedad había producido hasta ahora, cada año, desde su abandono hace ocho años. Por tanto, es natural y justo que el arriendo sea ahora adaptado a la nueva situación y que los propietarios perciban lo debido.

—Si debemos hablar como hombres de negocios —contestó David— permitidme entonces recordaros que para transformar vuestra propiedad, yo he tenido que invertir mucho. Me serán necesarios años para recuperarme y, por tanto, me es imposible asumir por el momento la menor obligación financiera adicional. Además, puedo recordaros que en vuestro cálculo vos parecéis dejar de lado deliberadamente la renta que el monasterio sacó del diezmo deducido del aumento de la producción.

—Verdaderamente, lamento profundamente que deis prueba de tan poca comprensión —replicó el prior abandonando su sonrisa—. Si vos

persistís en vuestra obstinación, notoria cualidad de vuestra raza, me veré obligado a recurrir a las autoridades fiscales de la Orden a fin de que procedan a una evaluación oficial del arriendo sobre las bases de su renta habitual durante la época de Francisco de Guzmán.

—¡Pero esto es absurdo! —estalló David—. ¡Este año, sólo la mitad de la tierra ha producido normalmente, y esa renta por sí sola no podrá ser evaluada antes de la verificación de la calidad del vino!

—¡La elección corresponde a vos! Si llegamos a un acuerdo por las buenas, mucho mejor. De lo contrario, el problema pasará a otras manos. ¡Asumid vuestras responsabilidades! Pero decidme más —continuó el prior taladrando a su interlocutor con una mirada glauca— ¿es verdad que abandonasteis Toledo tras haber rehusado abrazar la fe de nuestros soberanos católicos?

—En parte, sí.

—¡Ah, ya veo! ¡Sois tan obstinado en el plano religioso como en materia de transacciones comerciales! Cuán imprudente sois, Villeda. Vuestro rechazo a reconocer la verdad de la Revelación cristiana os ha causado un gran daño. Por vuestro interés, es mi deber advertiros que la Iglesia y el Estado, juntos o separados, no cesarán de perseguiros hasta que aceptéis, ya sea el bautismo, ya sea el exilio. ¡En la España de nuestros Reyes Católicos, no hay lugar para los judíos!

Negándose a prolongar toda discusión con semejante personaje, David no rechistó. No conocía ningún medio para convencer al prior de que un hombre debía seguir siendo lo que era. ¿En consecuencia, cómo hacerle entender que una conversión no sería para él sino una falsificación en detrimento del mismo Jesucristo? No, Agustín de Toro era demasiado hipócrita para considerar, siquiera un momento, que pudieran existir hombres para quienes la hipocresía era inaceptable.

Tomando conciencia del silencio de su anfitrión, el prior sacó la mano derecha de debajo de su escapulario, cerró los cadavéricos dedos, y luego los extendió para contemplar sus uñas bien cuidadas. Entonces, tranquilamente, dejó caer su conclusión:

—Evidentemente, para mí sería un gran honor asumir la tarea de instruiros en la fe cristiana. En efecto, nada en el mundo podría darme una satisfacción mayor que la de redimir un alma como la vuestra y procurarle la salvación eterna en el seno de nuestra santa madre la Iglesia. Así aprenderíamos a respetarnos mutuamente, a la vez como hombres y como

cristianos, y las diferencias existentes aquí abajo entre nosotros se disiparían en las aguas purificadoras del bautismo.

Confundido por la intolerante suficiencia del prelado, David se quedó petrificado. ¿Realmente aquella babosa pensaba triunfar allí donde Isabel y Fernando habían fracasado? ¿Creía que una presión financiera lo haría hincarse de hinojos ante la cruz, a él, a David Villeda? De Toro olvidaba que un hombre de su temple estaba prevenido contra cualquier fracaso, y que si se había instalado en Extremadura, era sobre todo previendo que quizás un día sería expulsado de su país. Ahora bien, si realmente las cosas llegaban hasta ese punto, seguro que no serían las amenazas de un insignificante prior de provincia lo que lo obligaría a tomar la decisión de huir.

—Difícilmente podríais haber sido más claro —le dijo finalmente al monje, mientras se levantaba en señal de que la conversación había acabado —. Pensaré en vuestras sugerencias y, a su debido tiempo, os haré llegar mi respuesta.

Cuando el prelado salió, David regresó lentamente a su silla y se sentó de un golpe, derecho e inmóvil, con la mirada perdida en la noche. A la luz vacilante de las lámparas que había llevado José, su rostro se mostraba desesperado y lívido. Acercándose en silencio, Orovida le tendió las manos, rozando con los dedos sus sienes y sus cabellos grises. Le hubiera gustado deslizar algunas palabras de consuelo, pero como lo conocía muy bien, no se arriesgó. Por lo demás, sin duda alguna iba a batirse, ¿pero qué armadura escoger para enfrentarse al poder de la Iglesia? Ciertamente, si querían arruinarlo, lo conseguirían. Así que, de todas maneras, había que considerar que en algún momento habría que buscar refugio en Portugal. ¿Por qué no escapar inmediatamente y de esa forma ahorrarse las últimas e inútiles humillaciones?

El martilleo apagado de los cascos de un caballo en el camino lo sacó de pronto de su monólogo interior.

—Es Su Excelencia el Corregidor —anunció José.

Jufré entró en el patio con paso seguro, pero ver a David y a Orovida, postrados codo con codo cerca de la lámpara, unidos en la adversidad, frenó bruscamente su ímpetu.

—¿Os molesto? —murmuró en voz baja.

—¡No, no, de ninguna manera! Sentaos, os lo ruego —respondió David cortésmente, pero aparentemente destrozado.

—Agustín de Toro ha venido a dar su gran golpe ¿no es verdad? —exclamó Jufré colérico.

—¿O sea, que ya lo sabéis?

—Lo he visto bajar la colina y dirigirse hacia la finca. Lo conozco bastante para imaginar qué es lo que ha venido a pediros. ¿Qué clase de negocio os propuso?

Con brevedad y claridad, David expuso las propuestas del prior esforzándose en ser desapasionado en su relato. Apenas había acabado cuando la rabia de Del Águila se apagó. Lejos de parecer inquieto por la nueva situación, exclamó, con alegría inesperada:

—¡Perfecto! ¡Tres años ha que espero el momento de pillar a la bestia! Escuchadme bien. Agustín de Toro tiene en la vida una ambición: ¡convertirse en el obispo de Villafranca! Para desacreditar al actual titular de este cargo, ha intentado toda clase de maniobras con tal de ganarse el favor de sus superiores. Hasta aquí, sus maquinaciones no han conducido a nada, pero, para conseguir el obispado, no retrocederá ante ninguna artimaña. ¡Además, si tiene tanto interés en convertiros, no es por celo cristiano, sino porque piensa que semejante proeza podría muy bien valerle la mitra!… Por simple curiosidad, yo sigo desde hace mucho tiempo los vaivenes del «santo hombre», y en el curso de mis inocentes observaciones, resulta que he descubierto lo que, según piensa él, todo el mundo ignora. ¡A saber, la existencia de una amante, mujer casada por añadidura, cuyo esposo, un pobre buhonero, se ausenta durante meses, dejándole el campo libre al reverendo, de modo que no es necesario ser un perito para saber que los retoños de la dama son obra de nuestro venerable prior! La misma piel, los mismos ojos pálidos, la misma arruga burlona en la boca… Por otra parte, la susodicha amante goza de unas comodidades absolutamente desproporcionadas con la modesta condición de su esposo. ¿Qué parte se reserva De Toro de las «donaciones» entregadas al monasterio?, lo ignoro, pero sin duda es más que suficiente para ocuparse de las necesidades de su pequeña familia. Si el asunto llegara a divulgarse, no sólo el prior perdería toda esperanza de obtener su obispado, sino que, dada la actitud intransigente de Isabel para con la corrupción del clero, también correría un grave riesgo de ser excomulgado. ¡Pues bien, como podéis ver, Agustín de Toro puede hablar mucho y amenazar cuanto quiera, pero está lejos de ser tan invulnerable como cree! Por tanto —prosiguió Jufré, constatando con placer el alivio de sus amigos—, si no ponéis ningún reparo, voy a tener

una pequeña entrevista con De Toro a lo largo de la cual deslizaré algunas palabras sobre vuestro caso. Bastarán algunas insinuaciones veladas sobre la dama en cuestión para alarmarlo y que acepte un solo pago simbólico de vuestra parte, sólo para darle el pego a sus superiores. Que él se las arregle para tomar todo o parte de dicha suma en beneficio de su querida amiga, no nos interesa. ¡Eso es cosa suya! Y bien, ¿qué pensáis?

Con un relámpago de connivencia, las miradas de los dos hombres se cruzaron y, de golpe, estallaron en una gran carcajada.

—¡Os los ruego, quedaos a cenar con nosotros! —se apresuró en pedirle David, más aliviado de lo que hubiera podido imaginar su amigo.

—¡Sí, por favor —insistió Orovida—, los sábados por la noche siempre comemos pastelitos de queso y el famoso arroz con leche de Fortuna!

—Si me tocáis el punto débil… —capituló Jufré sonriendo—, acepto agradecido.

Rápidamente José dispuso la mesa, David sirvió el vino, Orovida trajo las cáscaras de naranja confitadas, y se sentaron felices, tan excitados como niños tramando una broma.

—Aún tengo otra historia picante que contaros —anunció Jufré en los postres— y esta vez no se trata de nuestros horribles prelados cristianos, sino de vuestros buenos judíos camorristas.

Y entre cucharada y cucharada de arroz con leche salpicado de canela, les relató con fruición el episodio de la tentativa de seducción de Barchillon a la digna Sara, añadiendo aquí y allá algunos detalles picarescos para darle más relieve a la comicidad de la hazaña.

—Sin la imprevista aparición del amo de casa —continuó Jufré compartiendo la hilaridad de sus anfitriones—, finalmente esto no hubiera sido más que una bufonada, pero la comunidad entera se lió a puñetazos y me vi obligado a hacer dispersar la muchedumbre por temor a que el disturbio se extendiense a toda la ciudad. ¡Ah, si fuera capaz de encontrar el modo de reconciliar a estos dos impulsivos antes de la reunión del Consejo, la semana próxima! —añadió con la cara súbitamente entristecida—. Si no lo consigo, eso será una explosión. Ahora bien, si intervengo directamente, también corro el riesgo de comprometer la imparcialidad de mi cargo, pues la más mínima toma de posición podría ser interpretada como un compromiso por mi parte. De hecho, lo que me haría falta es que alguien

imparcial, y respetado por ambas partes, sirviera de mediador entre Cohen y Barchillon.

La alusión era clara y el hecho de que Jufré no hubiera pedido nada a cambio de su espontánea colaboración en el asunto con De Toro, hacía que su sugerencia fuera aún más difícil de rechazar. Por otro lado, de parte del corregidor, significaba la expresión de una confianza total en la integridad de David. En suma, lo que le pedía no era gran cosa, aunque había que contar con la posibilidad de disgustar a un partido o al otro, y, de ese modo, meter un dedo en un engranaje que no sería fácil de frenar. No obstante, al no poder casi esquivar el asunto, y tras algunos segundos de reflexión, David estuvo de acuerdo:

—Bien, lo haré lo mejor que pueda, pero si no conozco las intenciones de Cohen, no servirá de gran cosa… Aislado en mis viñas, yo no estoy al corriente de nada. Si adiviináis algo de sus planes antes de la reunión, no dejéis de decírmelo. Tal vez así podría encontrar el modo de arreglar el asunto. Si no, intervendré directamente, pero con la condición de que estéis seguro de que no existe ningún otro medio de evitar lo peor.

—¡Gracias! ¡Sabía que podía contar con vos! ¡No obstante, comprendo perfectamente vuestras reticencias para meteros en todo esto y, francamente, no puedo culparos! Yo no habría apelado a vos, si no viera que la situación amenaza con volverse incontrolable.

La velada se había prolongado en un clima de amistad y de confianza particularmente cálido. David no se retiró como de costumbre, sino que jugó una larga y sutil partida de ajedrez con su amigo. Él lo derrotó, aunque atemperando su triunfo con humor y entusiasmo.

En cuanto a Orovida, tan radiante como el oro a la suave luz de la lámpara, sostuvo, por primera vez, las intensas miradas de Jufré.

Confiada en su amor por David, el del corregidor ya no la turbaba. ¿Además, acaso ella le había dejado suponer, tan siquiera una vez, que podía compartir sus sentimientos? Allá él, si había creído descubrir en sus ojos lo que allí tenía ganas de encontrar.

Aunque sintiéndose completamente excluido de una felicidad que no era suya, esa noche Jufré no consiguió librarse de la convicción de que, sin David, él habría podido encender en ella una pasión tan ardiente como la suya. Por eso, cuando regresó a su casa, a caballo y en medio de la noche, la imagen del rey David y de Urías, el jeteo, se apoderó de su mente obsesionándolo hasta el día siguiente.

Mientras Orovida devolvía las piezas a su estuche, con esos gestos tan graciosos y familiares para su esposo, David cogió suavemente su delicada mano:

—¡Finalmente todo se arreglará! —murmuró, tratando de reponerse de la emoción experimentada algunas horas antes, en el jardín abandonado—. Venid, vamos a reencontrarnos el uno en el otro…

Y sobre el fresco lecho, como el alba naciente, la apretó tiernamente contra sí. Sintiendo que su cuerpo despertaba lentamente respondiendo tímidamente a su llamada, se juró que esta vez no dejaría que sus propias reticencias estropearan el recíproco placer… Habían sufrido demasiado… Ella sobre todo, pues no sólo él la había privado de toda satisfacción física, sino que, al hacerlo, la había frustrado doblemente, recordándole inútil y cruelmente los caprichos del destino y su incapacidad para engendrar vida. Cuán egoísta había sido al dejar que su instinto contrariado pudiese más, sepultando así el sufrimiento que ella también debía sentir tan vivamente… ¿Por lo demás, qué podía decir si, después de todo, la ausencia de un niño era una suerte de bendición? ¿Hubiera podido librarse del infortunio, no sufrir la consecuencias de la posición inflexible de su padre? Queriendo con cada caricia borrar una tras otras las barreras que durante tanto tiempo les habían separado, David se repetía que ella tenía derecho a disfrutar sin restricciones la plenitud de su unión. Sintiendo subir en ella el estremecimiento que anunciaba la ola que la iba a inundar, penetró en ella con una febrilidad inhabitual. Esta vez iban a encontrarse en las mismas fuentes de la vida. ¡Sí, la vida, parecía gritar todo su ser, la vida!… Pero la vida no estaba allí. Ni la vida, ni el porvenir, ni la esperanza en el futuro. Era imposible olvidar…

—¿Me creerás, si te digo que lo he intentado todo?… —se esforzó en decir él.

—Sí, sé que lo has intentado —respondió Orovida, consciente del profundo dolor de su marido—. Eso no tiene importancia. Ya que lo has intentado una vez, podremos intentarlo de nuevo… Es preciso que así sea, tanto para ti como para mí, pues si no nos reencontramos, acabaremos por perdernos para siempre, solos para siempre en la desolación…

Aceptando en silencio sus velados reproches, David, para protegerla del aire fresco de la mañana, tiró sobre Orovida una colcha ligera y la

arropó como a un niño. Cuando ella se volvió hacia un lado, él sintió la súbita tibieza de una lágrima resbalando por el dorso de su mano.

—No nos perderemos nunca, mi amor —murmuró, dándose cuenta de la gravedad de la herida que acababa de infligirle.

OceanofPDF.com

X

La plaza de la sinagoga estaba en efervescencia. En aquel atardecer, una vez acabada su siesta, los judíos de Villafranca deambulaban en grupos de dos o de tres discutiendo por enésima vez las posibilidades de Meir Barchillon y de Salomón Cohen de ser elegidos por la noche como jefes del Consejo. Las habladurías iban viento en popa, pues las cosas estaban embrolladas y ya nadie sabía qué pensar a ciencia cierta. En efecto, en el curso de los últimos días habían circulado los rumores más descabellados, y cada versión variaba según la fantasía y la imaginación del narrador. Fue entonces cuando Abraham, el bedel, estimando que esta vez la muchedumbre era lo suficientemente grande para escucharle, salió de la sinagoga para hacerle a su auditorio una revelación mucho más fuerte que todos los demás relatos:

—Ayer, en medio de la noche, cuando ya nadie se movía en Villafranca —comenzó con énfasis— salí, o mejor dicho, había regresado un poco tarde —precisión que hizo reír al público, que sabía muy bien dónde el bedel pasaba sus veladas— cuando, a punto ya de dormirme, un ligero ruido en alguna parte de la plaza llegó hasta mis oídos. Al principio no le presté mucha atención, pero como se repetía, la curiosidad pudo más y me levanté para descubrir de dónde venía. Entreabriendo bien despacio mi postigo, escruté la plaza, y allí, ¡preparaos!, ¿qué es lo que vi?… ¡Ante mis ojos, un mensajero de la reina que tocaba con insistencia la puerta de Salomón Cohen! «¡Abraham Follegos, has bebido demasiado!», me dije a mí mismo. «Tu último vaso estuvo de más.» En fin, que aunque en el fondo estaba seguro de haber visto bien, fui a echarme agua fría en la cabeza para estar más seguro. Apenas volví a la ventana, aún chorreando, vi a Cohen en carne y hueso, de pie detrás de su puerta entornada, cogiendo una carta que le extendía el correo. ¿Y ahora, qué decís de esto?…

—¡Que estabas borracho perdido! —gritó alguien— ¡Y que eso fue una alucinación de borracho!

—¡Sí, tiene razón! —repitió la multitud como un eco.

—¡Juro por mis queridos doce hijos, que todo lo que os acabo de contar es cierto, y que vi esa escena con mis propios ojos!

—¿Si es así, dinos —lanzó una voz sarcástica— cómo pudiste saber que ese misterioso visitante era un mensajero de la reina?

—¡Por su librea, por supuesto! ¡Llevaba el escudo de Castilla en su túnica!

—¿Y has podido distinguirlo en plena noche?

—Había luna llena —replicó Abraham, satisfecho de poder aportar una prueba irrefutable de su sobriedad.

Pero ya nadie le prestaba atención. Los judíos de Villafranca, divididos, agrupados alrededor de los más taimados, escuchaban, sin rechistar, las más sabias interpretaciones del asunto, al punto que ni siquiera se dieron cuenta de que había anochecido y llegado la hora de la reunión. Al primer tañido de la campana del pregonero anunciando a los habitantes de Villafranca que eran las nueve de la noche y que todo estaba tranquilo, Salomón Cohen y Meir Barchillon salieron de sus respectivos domicilios. Con su aparición, un respetuoso silencio se apoderó de la muchedumbre apiñada en la placita. Entonces los dos adversarios se abrieron paso hacia la sinagoga, animados por sus seguidores y bajo la rechifla de sus enemigos.

A la entrada de la sinagoga, y más calmado que de costumbre, Salomón Cohen se inclinó delante del jefe de la comunidad en ejercicio, Meir Barchillon, y lo dejó pasar primero. Detrás de la puerta, el bedel esperaba a los dos hombres. Prodigándoles inhabituales señales de respeto, los acompañó hasta la sala de reuniones situada a la derecha de la entrada, donde todos los miembros del Consejo esperaban, ya sentados, a ambos lados de una larga mesa de madera escrupulosamente pulimentada para la ocasión. Sin ceremonias, Barchillon atravesó la pieza con paso decidido y ocupó el lugar de honor, mientras que Salomón Cohen, mostrando indiferencia y seguro de sí mismo, se sentaba en el otro extremo. Ambos recorrieron con la misma mirada a la asamblea, tratando de calibrar por última vez el equilibrio de fuerzas.

Examinando los temores que lo atormentaban desde hacía tiempo, Barchillon llegó a la conclusión de que Cohen no tenía ninguna posibilidad. Efectivamente, Jaco Saba y Shemtov Atéjar, ambos olivicultores y aceiteros, nunca le abandonarían. Puesto que era el único corredor de aceite en la región, ellos no podían vender sus productos sin él. En cuanto a Efraín Aben Yaex quien, después de los Guzmán-Villeda, producía el mejor vino de la comarca, tampoco podía prescindir de sus servicios para vender su cosecha. Esto ya hacía tres votos seguros. Entre sus seguidores habituales,

también estaba allí Isaac Arrobas, el tratante en granos, y Yusef Frenero, el orfebre; ambos, salvo prueba en contrario, totalmente a su merced. En efecto, Arrobas le debía una sustancial suma adelantada para la compra de su casa en el barrio judío, y Frenero, desde hacía muchos años, rozaba los límites de la ilegalidad dadas sus relaciones con los que troquelaban el oro. Para que estos dos aceptaran abandonar a su «patrón», necesitarían mucho dinero el uno, y sólidas garantías de protección, el otro. Ahora bien, Cohen no tenía ganas, ni tampoco poder, para satisfacerlos. A pesar de todo, y a causa de la reciente hostilidad de Arrobas y de Frenero, persistía una duda irracional, pero tenaz: ¿no habría Cohen, en un último esfuerzo por ganar la batalla, comprado a Arrobas? No era imposible. En cualquier caso, con Frenero era distinto, pues sólo él, Barchillon, podía mantenerlo fuera de prisión y esto él lo sabía muy bien. De modo que, aun en el peor de los casos, si Arrobas cambiaba de bando, la votación sería igual: cinco contra cinco, en cuyo caso se apelaría directamente a la población para elegir a su jefe. Ahora bien, en esa circunstancia, él podía contar con el sufragio del pueblo. Encargado del reparto de los impuestos, todos buscaban su favor; acreedor de la comunidad, nadie ignoraba su poder. Así que el combate sería tal vez más reñido que en otras ocasiones, pero nadie ponía en duda que, una vez más, él saldría vencedor.

Por su lado, curiosamente Cohen se sentía tranquilo. Juntando sobre la panza sus manos gruesas y fornidas, reflexionaba: Sason Alfandari, el pañero, era un incondicional, tanto como los productores de aceite y de vino lo eran para Barchillon. En cuanto a Samuel Almaleh, el boticario, y Sayas Barzilay, el médico, tradicionalmente estaban de su lado, no por necesidad y ni siquiera por amistad, sino simplemente porque detestaban a su rival. De modo que ya contaba con tres. ¡En cuanto a Arrobas y Frenero, se iban a llevar una sorpresa! ¡No, nadie la tomaba impunemente con la esposa de Salomón Cohen!…

En su condición de presidente del Consejo, Meir Barchillon se preparó para tomar la palabra a fin de someter a sus miembros los puntos del orden del día. Sin duda, después de lo que iba a anunciar, los ancianos estarían poco inclinados a renunciar a sus servicios de dirigente y financiero. Así que, con una expresión llena de gravedad, se levantó, consciente de dirigirse no sólo a los ancianos reunidos alrededor de la mesa, sino también a la comunidad de toda Villafranca cuyos miembros más atentos,

encargados de transmitir los debates a la muchedumbre impaciente, fisgaban detrás de las ventanas o de la puerta.

—Esta reunión se hace en vísperas de tiempos difíciles —comenzó—. Como todos sabéis, la precaria tregua que, desde 1478, reina entre nuestros soberanos católicos y el dirigente musulmán de Granada, se acabará el año próximo. Dadas las constantes revueltas que, desde la firma de la susodicha tregua, devastan los territorios limítrofes, para cualquier hombre sensato está claro que, a partir de su expiración, va a estallar una guerra de gran envergadura. Con esta perspectiva, nosotros los judíos, leales súbditos de sus Majestades, estamos llamados, igual que nuestros ancestros lo fueron tan a menudo en el pasado, a ayudar a nuestros dirigentes en su noble empresa de expulsar del reino al último bastión moro en tierra española, y a contribuir de esta manera a la victoria que ellos tanto merecen.

—¡Bueno, muy bien! —murmuró entre dientes Sayas Barzilay, ocultando a medias su mirada bajo los pesados párpados— ¡pero basta de pomposa retórica! No te hace falta, y mis pacientes me aguardan. De modo que vamos directamente al grano.

Barchillon, antes de proseguir, se aclaró la garganta con gesto teatral:

—¡Don Abraham Seneor, rabino, consejero de la Corte, me ha hecho saber oficialmente que la comunidad judía de Villafranca, al igual que todas las de Castilla, deberá contribuir al presupuesto de guerra desembolsando la suma de veinte mil castellanos en oro!

Consternados, los consejeros enmudecieron. ¿Veinte mil castellanos? ¡Era absolutamente imposible! ¡Veinte mil castellanos equivalían a diez millones de maravedíes! Era aberrante, el escriba había debido de equivocarse: probablemente se trataba de la cifra de dos mil que ya era suficiente. Con el trabajo que costaba reunir los quince castellanos del impuesto anual, ¿cómo querían que encontraran siquiera uno más? No, la exigencia era descabellada.

En medio del estupor general, sólo Sayas Barzilay, a quien toda una vida al lado de los enfermos había enseñado a dominar sus emociones, tuvo la presencia de ánimo necesaria para entregarse a un rápido cálculo: si el impuesto se dividía a partes iguales entre todos los miembros de la comunidad, cada familia debería pagar el precio de una modesta casa, suma necesaria para que un hombre razonable pudiera vivir dos años seguidos… Desde luego, posiblemente los más ricos poseyeran semejante suma, pero una carga tan pesada reduciría a la servidumbre a muchos y esforzados

trabajadores, granjeros o artesanos, quienes nunca habían recurrido al préstamo. De modo que todos sabían de antemano quién sería su acreedor… En cualquier caso, ante la enormidad de semejante contribución, uno podía preguntarse si no se trataba de parte de los monarcas de una simple maniobra para llevar a los judíos a la miseria.

A pesar de eso, Barchillon, con una voz falsamente grave que sonaba muy hueca en medio del silencio, continuó su discurso:

—Además, hace algún tiempo, los funcionarios fiscales de la Corona me han hecho saber su intención de subir, a partir de principios del año fiscal, nuestro tributo anual, de quince castellanos a trescientos. De quince a trescientos…

Al tratarse de sumas que ellos podían concebir fácilmente, pues su reparto y colecta formaban parte de sus atribuciones, súbitamente los consejeros salieron de su desconcierto y lanzaron un grito de horror seguido afuera por una explosión de protestas de la muchedumbre.

«¡Cuán extraños son los mecanismos de la mente humana!», pensó Sayas Barzilay con sus párpados caídos. Cuando a raíz de la mención del aumento de los castellanos, se habló de una suma fabulosa que superaba largamente el valor de los intercambios cotidianos concebibles para el común de los mortales, no se produjo ninguna reacción; y en cambio, ahora que se hablaba de una miserable suma de trescientos castellanos, todo el mundo aullaba a cual más.

—No obstante —prosiguió Barchillon subiendo el tono para cubrir al tumulto—, yo he protestado enérgicamente ante semejante aumento, justamente con motivo de nuestra exorbitante contribución al presupuesto de guerra y de nuestra desastrosa temporada lanera…

«¡El muy bribón, pensó Barzilay, intenta ganarse a los partidarios de Cohen! ¡Cómo si se preocupara de sus problemas!…»

—… y ahora me satisface anunciaros que mis esfuerzos, lejos de ser vanos, han sido coronados por el éxito, ya que el tesorero real ha consentido en mantener el impuesto en su nivel actual…

Dicho esto, los gritos de alivio y los «¡Bravo, Meir!» estallaron en la plaza, ahogando casi por entero la continuación de la arenga:

—… a condición de que los veinte mil castellanos sean enteramente pagados antes de la primavera. Como siempre, claro está, yo estaré allí para ayudar a todos los que lo necesiten…

«Eso es, claro que sí, él estará allí, pensó Barzilay sarcásticamente, y no habrá ni un solo judío en Villafranca que no le deba algo.»

Entretanto, los que transmitían el discurso al gentío ya no sabían qué hacer, pues al no poder oír en la algarabía el final de la intervención de Barchillon, tampoco podían responder a las preguntas procedentes de afuera.

—Pasemos ahora a una noticia mejor —siguió Meir con un tono empalagoso—. Tengo el inmenso placer de informaros que nuestros hermanos conversos, a la cabeza de los cuales se encuentra mi querido amigo Miguel Díaz, han reunido una cierta cantidad de dinero para la reparación de la escalera de la sinagoga, en agradecimiento por la ayuda que en nuestra condición de jefes de la comunidad, les hemos aportado para permitirles mantener su fe ancestral. Bien empleados, pienso que estos fondos bastarán para efectuar la reparación del techo.

Al levantarse una nueva ola de aprobación en la asamblea, Sayas Barzilay se vio obligado a admitir que Barchillon era, sin duda alguna, el manipulador más hábil que Villafranca había conocido jamás.

—Si nadie tiene nada que añadir, podremos sin más demora proceder a la elección de los futuros funcionarios.

Entonces, lenta e impasiblemente, pero con un talante de autoridad y —según pensaba— de gran dignidad, se levantó Salomón Cohen:

—Por mi parte tengo varios puntos que plantear y, dada la gravedad del momento, tengo la sensación de que mi deber simplemente es hablar. Desde hace tiempo, pienso que el sistema fiscal debe ser modificado. En efecto, sin cesar me llegan protestas a propósito de la injusticia de la contribución actual, estado de cosas que provoca muchos rencores en el seno de nuestra comunidad, ya de por sí bastante sufrida.

«¡Descarado hipócrita!», refunfuñó Barzilay para sí. «¡La contribución de Salomón, he ahí lo único que te preocupa!»

—Adoptando el sistema de declaración que yo propongo —prosiguió Cohen con su monótona voz—, cada judío declararía sus ingresos a los responsables elegidos entre toda la comunidad, que serían los encargados de calcular la contribución. De este modo, los más acomodados no tendrían ninguna razón para temer una suma excesiva, y los pobres saldrían ganando con ello, pues sus recursos varían considerablemente de un año al otro —¡desgraciadamente ahí están las pérdidas debidas al último acopio de lana

para probarlo!-, ya que los laneros han sido gravados tanto como en los años anteriores, con las consecuencias que todos conocemos.

Barchillon se lo esperaba. Incluso antes de que los auditores hubieran podido captar todos los detalles de la reforma propuesta, ya tenía preparados sus argumentos:

—Apreciamos todas vuestras preocupaciones con respecto a nuestros hermanos más desvalidos —lanzó con sarcasmo—, pero también me parece que los más favorecidos, tampoco perderían con el cambio, porque ¿quién podría garantizar la honestidad de sus declaraciones?

—¿Queréis insinuar que, para salvar unos cuantos maravedíes, los judíos de Villafranca podrían cometer el terrible pecado de perjurio? —replicó Cohen con su tono más moralizador—¡Qué Dios nos guarde de ello, porque no existe peor pecado que ése! ¡Olvidémonos de la idea misma! ¡Señores, no, yo no temo el perjurio! Mi principal preocupación es simplemente la de proteger a los que han prosperado gracias a su dura labor, a pesar de los abusos de un sistema fiscal que los constriñe a pagar no solamente su parte, sino también la de los ociosos y los que no sirven para nada. ¡Cada judío rico o pobre debe pagar lo que debe, ni más ni menos! Pero, si puedo proseguir sin ser interrumpido, dejadme que os diga esto: al enterarme de que mis colegas en otras ciudades hablaban de una contribución en castellanos que iba a ser pedida a todas la comunidades judías de Castilla para contribuir a los preparativos de guerra, decidí visitar personalmente a don Abraham Seneor para atraer su atención sobre los infortunios de Villafranca. Así, pues, me alegra anunciaros que mis esfuerzos han sido coronados por el éxito —clamó triunfante, parafraseando con mala uva a Barchillon—. Sí, he obtenido dos concesiones importantes: en primer lugar, que el impuesto en castellanos se distribuya según los recursos de cada uno; y en segundo lugar, que don Abraham Seneor en persona respalde mi proposición de modificación del sistema fiscal anual adoptando el de la libre declaración, si esta propuesta, claro está, es aceptada por toda la comunidad.

Indignado, Meir Barchillon sintió que la sangre le subía a la cabeza martilleándole las sienes, y mucho le costó aguantar las ganas de trepar a la mesa para ir a coger a su enemigo por el cuello.

Pero Cohen, enderezando su cuello de toro, lo dominó con una simple mirada. No, Barchillon no le arrebataría su triunfo. Con una voz calmada,

apenas audible en el oleaje de comentarios apasionados que venía desde la muchedumbre, interpeló directamente a su rival:

—¡Esta vez, don Meir, al dirigiros al tesorero de la Corona sin antes consultar a don Abraham Seneor, habéis cometido un error fatal! Nunca os lo perdonará.

«Así que era eso, rabió Barchillon para sí con las venas infladas y crispando convulsivamente los puños violáceos. ¡Cohen y Seneor se habían asociado para acabar con él presentándose como los campeones de los pobres! ¡Sin que hubiera llegado a los oídos de nadie, habían tramado hábilmente su caída! ¡La historia del bedel a propósito del misterioso mensajero devenía ahora verosímil! Por otra parte, ¿acaso él mismo, en los últimos días, no había sorprendido a Cohen escrutando la plaza a todas horas, como si acechara la llegada inminente de alguien importante? De hecho, era una carta lo que esperaba. La que Seneor le había enviado por correo real. ¿Era así como querían provocarlo? ¡Pues bien, que lo intentaran! ¡Si habían olvidado quién era el acreedor de la comunidad, él se los recordaría muy pronto, y hasta dolorosamente, si hacía falta! ¡Que se las arreglaran con los castellanos! ¡Ah, ya se verían con el agua al cuello, pobres deudores sin acreedores!»

Mientras tanto Cohen proseguía con su impulso:

—Antes de someter la reforma del sistema fiscal al voto de la comunidad —declaró, jubiloso— todavía tengo una noticia que comunicaros, a título privado. Como los más ancianos miembros, aquí presentes, se acordarán, mi difunto padre —¡que en paz descanse!- me dejó una pequeña herencia al morir. Al no necesitar personalmente el dinero, había decidido ahorrarla y no tocarla, salvo en caso de extrema necesidad. ¡Pues bien, me parece que ese momento ha llegado! Para perpetuar y honrar la memoria de mi padre, he decidido consagrar esa suma de dinero a la construcción de una nueva escalera de mármol para nuestra sinagoga.

Al oír estas palabras, Sayas Barzilay se decidió a abrir los ojos penetrantes por primera vez en la noche, y la indignación contenida de Barchillon retumbó como un huracán:

—¡Por todos los profetas de Israel, qué necesidad tenemos ahora de una nueva escalera de mármol, cuando los conversos ya han prometido reparar la antigua! ¡Realmente, no es el momento de ostentar un lujo tan indecente! ¿Os olvidáis de los castellanos? ¿Pensáis en la cantidad de familias necesitadas —nuestros propios laneros— que podrían utilizar esa

suma para celebrar dignamente las fiestas según nuestra tradición? ¿Si lo que buscáis es el honor y la gloria, por qué no obtenerlo de esta manera? ¡Quién sabe, quizás entonces los pobres os bendecirán por eso!…

Pero Cohen no rechistó. Ignorando deliberadamente la intervención de Barchillon, examinó las posibles contrariedades:

—Obviamente, antes de tomar mi decisión, estudié minuciosamente el asunto de las reparaciones. Tres maestros carpinteros, nuestro Ça Molho, Abdullah el morisco y García el cristiano, examinaron la escalera. Los tres comprobaron que los cimientos están podridos. En consecuencia, reparar solamente la parte superior sería despilfarrar el dinero, porque dentro de unos años, los cimientos se derrumbarán.

—Entonces hagamos reparar los cimientos. ¡Sostengámoslos artificialmente, si es necesario! —replicó Barchillon, decidido a contrarrestar por todos los medios la generosidad de su adversario— ¡Con vuestra contribución, ahora hay bastante dinero!

Escudándose en una actitud de dignidad ofendida, Cohen contraatacó con vigor:

—¿Será posible que ahora quieran impedirle a un hombre honrar la memoria de su padre terrenal embelleciendo la morada de su padre divino?

Un embarazoso silencio se abatió sobre la asamblea.

—Yo propongo someter esta proposición al voto del Consejo —intervino Barzilay con voz sosegada.

—Muy buena idea —aprobó Cohen sin vacilar, en modo alguno perturbado por el giro imprevisto de los acontecimientos.

Los ocho consejeros reunidos en torno a la mesa, ahora sabían lo que él esperaba de ellos: un voto de confianza, que expresándose sobre este punto avalara un cambio de presidencia en su favor.

No se equivocaba, Barchillon se sentía perdido. El complot estaba claro: Abraham Seneor se había comprometido a satisfacer la deuda de Arrobas, a fin de salvarlo de las «garras» de su acreedor y garantizar su voto en favor de Cohen. En cuanto a Frenero, una ligera presión y una garantía de inmunidad habían debido ser suficientes para convencerle. ¡La suerte estaba echada y su derrota era segura: Cohen contaba con seis votos!

Seguro de su victoria, este último dio a conocer su voto con una leve inclinación de cabeza, luego concentró la atención en las cutículas de su mano derecha, mordisqueándose el pulgar con movimientos regulares, como si no tuviera ninguna otra preocupación en la vida.

—Hay empate —susurró tranquilamente Barzilay—. Cuatro votos para vos, y cuatro para Barchillon.

—¿Cuatro contra cuatro? ¡Pero si somos diez!- interrogó Cohen con la boca seca y un súbito nudo en la garganta.

—Sí, en efecto, pero Almaleh y yo hemos decidido abstenernos en la cuestión de la escalera. Don Salomón, nosotros conocemos los menesterosos y los enfermos mejor que vos. La escalera de mármol con la cual deseáis glorificar el nombre de vuestra familia, no les aportará ningún beneficio, por la sencilla razón de que ellos no tienen fuerzas para subirla. No obstante, esto no significa que no aprobemos las medidas que habéis tomado con Abraham Seneor acerca de la redistribución del impuesto. En ese punto, tenéis nuestro total apoyo.

—Pues bien —dijo Barchillon, sintiéndose más seguro al ver girar la situación en su favor—, dado que el voto del Consejo está bloqueado, sólo nos resta consultar a la comunidad.

Cohen no podía dar crédito a sus oídos. Estupefacto por el desmoronamiento de sus posiciones tan paciente y obstinadamente construidas, no alcanzaba a comprender cómo había podido ver poco antes las cosas tan sencillas. En efecto, al no estar al corriente del donativo de los cristianos nuevos, creía no tener motivos para dudar de la buena acogida del Consejo ante el anuncio de su legado para la escalera, y el voto le había parecido automático puesto que Arrobas y Frenero habían cambiado de bando. En cuanto al voto concerniente al sistema fiscal, ¿cómo prever que no le sería favorable, dado que todo el mundo, pobres y ricos, debían beneficiarse de él? Los indecisos, fatalmente, habrían acabado por unirse a él, pues el apoyo de Abraham Seneor demostraba que él era, tanto como Barchillon, capaz de ejercer el poder y manipular las influencias. ¿Cómo habría podido imaginar de antemano que Barzilay le daría jaque mate criticándolo a propósito de la escalera, y llevando así la cuestión ante la comunidad, al mismo tiempo que la del impuesto? Eso provocaría la más extrema confusión. Efectivamente, al someterle a los judíos de Villafranca ambos problemas a la vez, Barchillon, el presidente del Consejo, no dejaría de presentarlo como un despilfarrador del dinero de la comunidad. De este modo, con su acostumbrada habilidad, amenazaría con levantar una marejada de hostilidad contra él. Tenía, pues, que ser capaz de remontar la corriente a cualquier precio, convencer a la gente de que era él, Cohen, quien había defendido su causa al sugerir una repartición más ventajosa de

la carga del impuesto. De no hacerlo así, estaría perdido porque, elegidos por todos los judíos de la ciudad, los consejeros no pondrían jamás al frente de ellos un candidato rechazado por la comunidad.

Mientras se preguntaba, desconcertado, qué hacer para volver a ganar los votos necesarios para una victoria que había creído tan próxima, Abraham, el bedel, hacía cuanto podía para hacer retroceder a la muchedumbre aglomerada en torno a la entrada, a fin de instalar un banco sobre el cual, según repetía incansablemente, el presidente del Consejo de la comunidad iba a dirigirse a ellos.

Cuando Meir Barchillon apareció en la puerta de la sinagoga, Zaky Caro dio la señal de vitorearlo. Zaky había seguido a Barchillon durante el alzamiento de Villena. Participando de los combates por la causa de los rebeldes, había perdido una pierna y, con ella, su medio de subsistencia, ya que era pastor y cada año hacía trashumar sus rebaños entre las tierras altas y la llanura. Después de su lesión, vivía de pequeños trabajos que Barchillon le procuraba y, desde entonces, su lealdad hacia su jefe nunca había vacilado. A sus vítores se unieron los gritos entusiastas de los otros fanáticos de Barchillon, pero el resto de la comunidad, turbado por las migajas de información que habían recibido, permanecía silencioso y, antes de comprometerse, esperaba prudentemente lo que su jefe iba a decirles…

Tal y como Cohen lo había previsto, Barchillon atacó con la escalera. La adhesión de los seguidores ganada fácilmente en detrimento de su rival, le procuraría el crédito que necesitaba para convencer a la multitud de que rechazara la reforma fiscal. Desde la sala de reuniones, Cohen captó al vuelo algunas palabras de su arenga: «lujo sin garantías… los necesitados… reparaciones… soporte de los cimientos…». Luego, en la atmósfera tensa que reinaba en la plaza bañada por un rayo de luna, un nuevo timbre de voz se alzó, autoritario, seguro de sí mismo y provocador: «Irreparable», oyó Cohen claramente. «Podrida… con más de un siglo de antigüedad… se desplomará tan pronto los obreros emprendan el trabajo…»

¡Dios de Israel! ¡Señor justo y compasivo! ¡Era Ça Molho! ¡Un verdadero milagro! Semejante a Josué deteniendo el curso del sol, el carpintero acudía en auxilio de Salomón Cohen. Aguzando el oído lo mejor que podía, Cohen oyó a Barchillon tratando en vano de neutralizar a su antagonista, pero muy pronto su voz se perdió en el alboroto dominado, a partir de ahora, por nuevas vociferaciones:

—¡Ça Molho, hijo de perra, si movieras un poco tu trasero —aullaba Zaky Caro— para trabajar, en vez de vivir como un príncipe de la fortuna que nos arrebatas en tanto que único carpintero judío de la ciudad, encontrarías la forma de reparar esa escalera de madera! Sí, me atrevo a poner la mano en el fuego seguro de que la encontrarías. Nuestros Reyes Católicos están arrancándole el pan de la boca a nuestros niños, ¿y tú te atreves hablar de una escalera de mármol? ¡Con lo que costará, yo podría vivir una eternidad con mis críos!

—¡Pero, cabeza de chorlito, lo repito, es imposible salvar la escalera de madera! En cuanto la toquemos, su estructura se derrumbará como polvo…

—¡Mientes, hijo de puta! —aulló Caro.

—Por supuesto que miente —abundó su amigo Moshon, el cestero, quien se había quedado ciego durante la rebelión—. ¡Te conocemos bien, inmundo holgazán!

—¡Juro que digo la verdad, por la ley de Moisés, lo juro!

—¡Tiene razón, he oído al carpintero moro decir lo mismo! —intervino a su vez Bueno Abenpade, el orfebre— Tarde o temprano, habrá que sustituir esa escalera. ¡Una reparación improvisada no hará más que retrasarlo todo y, para entonces, quizás Salomón Cohen haya cambiado de opinión! ¿Por qué rechazar la generosa oferta de devolverle a nuestra sinagoga su antiguo esplendor, de hacerla digna del Creador universal que todos veneramos? ¿De modo que un mendrugo de pan os resulta más importante que la gloria de la morada de Nuestro Señor?

Puesto ante semejante disyuntiva —¿cielo o tierra, Cohen o Barchillon?- la muchedumbre indecisa se calló. Pero ese momento de expectación no fue capaz de turbar a Ça Molho.

—¡Yo, maestro carpintero, digno de fe, voto por la nueva escalera de mármol!

—¡Por la nueva escalera! —dijo Bueno Abenpade en un eco.

—¡Por la vieja! —aullaron Zaky y Moshon.

En un instante, los gritos estallaron por todas partes, colmando la noche de un inmenso clamor: «¡Por la vieja escalera!… ¡Por la nueva!»…

OceanofPDF.com

XI

Jufré del Águila se detuvo bruscamente. Había permanecido en alerta toda la noche, recorriendo la vasta antecámara a lo largo y ancho, escrutando ansiosamente, cada vez que llegaba a la ventana, el más mínimo movimiento en la plaza de la sinagoga. De pronto, los ecos de los gritos discordantes llegaron hasta él. En seguida llamó a Ruiz, quien también esperaba en la habitación de al lado.

—¿Qué gritan?

—Dejadme escuchar, Excelencia… Esperad… Es… ca… ¡Creo que dicen «escalera»! Parecen repetir sin cesar la misma palabra. ¡Escuchad!

—Sí, escalera… Tienes razón, eso es. ¿Pero, por la Virgen María, qué puede tener una escalera para provocar semejante furor?

—No tengo la menor idea, Excelencia. Un momento, voy a escuchar de nuevo. Tal vez logre oír otra cosa. Ah, sí, puede ser… «por la nueva escalera». Creo que es eso… Sí, «por la nueva escalera»…

—¿Por la nueva escalera? Entonces los otros deben de gritar: «¡Por la vieja!», supongo.

—Exactamente, Excelencia. Sí, es exactamente lo que dicen. Ahora, los oigo claramente.

—¡Santa madre de Cristo! «La vieja escalera o la nueva», Ruiz, ¿estaré perdiendo el sano juicio? ¿La reunión de esta noche no trataba acerca del impuesto anual, del tributo de guerra y de la elección de los funcionarios de la comunidad?

—Sin duda alguna, Excelencia.

—Pues bien, en nombre del cielo, ¿entonces qué tiene que ver con eso una vieja o una nueva escalera? ¿Será una nueva fantasía de Cohen o de Barchillon?

—No tengo la menor idea, Excelencia.

—¡En tal caso, déjate de tantas «Excelencias», y vete inmediatamente a la plaza! —rugió el corregidor cada vez más furioso.

Pero antes de que Ruiz hubiera tenido tiempo de moverse, un lamento se elevó por encima del jaleo traspasando la noche con su queja.

—¡Ahí está! ¡Ya estamos! ¡La primera víctima! ¡En cuestión de segundos, alguien se va a vengar, el tropel aumentará y estaremos en medio de una batalla campal! ¡Baja rápido y lleva contigo todos los alguaciles disponibles! En caso de urgencia, pueden ser utilizados. ¡Ordeno que se ponga fin inmediatamente a estos desórdenes y que el gentío sea dispersado! Demasiada gente se amontona en un espacio demasiado reducido, y si no nos ponemos en guardia, corremos el riesgo de que los disturbios se extiendan a todo el barrio. ¡Vamos, de prisa, obedece! Dentro de un cuarto de hora, estaré en la puerta Cristo. Allá nos encontraremos.

Con Del Águila pisándole los talones, Ruiz se precipitó fuera de la habitación.

—¡Gonzalo! —aulló el corregidor haciendo bocina con las manos hacia sus aposentos privados—, ¡Gonzalo, de prisa! —repitió viéndolo aparecer—. ¡Ensilla tu caballo, baja rápido a casa de los Villeda y trae en el acto a don David! No pierdas un segundo. Yo me encontraré con ustedes dos en la puerta Cristo.

Jufré llegó en seguida al lugar de la cita, y no tuvo que soportar mucho tiempo la ansiedad de una espera prolongada, pues David arribó casi al mismo tiempo que él.

—Gracias por haber llegado tan rápido —le dijo pasándole el brazo por el hombro con una expresión de alivio.

—Tan pronto oí el galope del caballo de Gonzalo en el camino, fui a su encuentro. Él me puso en seguida al corriente de la situación. A decir verdad, he estado más o menos preparado a todo lo largo de la noche. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Si lo supiera! Todo lo que se puede decir, por el momento, es que parecen haber llegado a las manos por la historia de una escalera, unos queriendo conservar la vieja, otros reclamando una nueva. ¿Tenéis una idea de lo que eso pueda significar?

—De creer a Orovida, debe tratarse de la escalera que conduce al Arca sagrada de la sinagoga, que resultó dañada durante una batalla, hace algunos años, y desde entonces, por falta de dinero, jamás ha sido reparada.

—¡Ah, bueno! ¡Ya veo!… Eso ya es algo… Por lo menos ahora sabemos de qué escalera se trata. ¿Pero un asunto tan insignificante es de la incumbencia del Consejo y puede provocar una batalla campal? ¿Acaso no hay otras preocupaciones más importantes, empezando por las concernientes al agobiante impuesto en castellanos?

—Excelencia, aún tenéis mucho que aprender sobre los judíos. Cuando están seriamente amenazados desde el exterior, tienen una curiosa tendencia a refugiarse en sus pequeñas querellas internas, como si concentrándose en ellas e ignorando el verdadero peligro, éste fuera a desaparecer. De hecho, esta es una de las razones por las cuales hemos perdido nuestra patria… Pero no creo que sea el momento de comentar el pasado. ¿Realmente la agitación es importante y pensáis que puede extenderse?

—Espero el regreso de Ruiz para hacerme una idea precisa de la situación. Mientras tanto, puede que se os ocurra alguna idea para resolver este miserable asunto…

—¿Pero qué tipo de idea? ¡A propósito de una vieja escalera o de una nueva! ¿Cómo podría imaginar un acuerdo para un asunto cuyo sentido se me escapa…? Pero he aquí a Ruiz. Pienso que él nos lo va a aclarar.

En efecto, jadeante y chorreando sudor, con la túnica arrugada y el cinturón de través, Ruiz estaba de regreso.

—¡Están todos locos! —consiguió articular, tratando de recobrar el aliento—. ¡Empezaron con vociferaciones, luego siguieron con puñetazos, ahora son las pedradas y, de un minuto al otro, apostaría mis botas a que las espadas serán desenvainadas! ¡Todavía no sé cómo pude salir ileso de la barahúnda!

—¿Los cabezas locas de la ciudad han aprovechado para sumarse a la trifulca? —preguntó el corregidor nerviosamente.

—De momento, no.

—Bien. ¿Y la muchedumbre, es posible dispersarla?

—¡Nos esforzamos por conseguirlo, Excelencia, pero la plaza está tan hormigueante de gente que apenas se puede pasar!

—¿De modo que los agitadores pueden infiltrarse en cualquier momento en la Judería?

—Sin ningún género de duda, Excelencia.

—En ese caso, no hay un minuto que perder. ¡Vamos! Pero antes, una última precisión: ¿se ha descubierto la causa del disturbio?

—Parece que Cohen quiso legar una nueva escalera de mármol a la sinagoga y Barchillon la rechazó, con el pretexto de que la vieja escalera de madera podrida podía ser reparada y que algunos dijeron que hubiera sido mejor emplear el dinero de Cohen en favor de los pobres. Según lo que he podido averiguar, al no poderse entender los consejeros, sometieron el problema a la comunidad.

—Ya estamos —estalló Del Águila—. Cohen y Barchillon han mostrado sus cartas. ¡La escalera no es más que un pretexto para alborotar al populacho y hacerlo estallar todo!

—¡Esperad! —intervino David dirigiéndose a Ruiz—. ¿Usted acaba de hablar de una escalera de mármol?

—Creo entender que es lo que oí, señor, pero puedo haberme equivocado… Reina una confusión tan grande…

—No, no, pienso que tienes razón, sin eso no hubiera habido una indignación tan violenta. Excelencia —prosiguió David dirigiéndose esta vez a Jufré y poniendo una cara entre grave y burlona— ¿supongamos que a modo de término medio entre la madera podrida y el noble mármol, sugiero el duro granito de Extremadura?

—¡Por los cuernos de Satanás, sólo un judío puede superar a otro judío! —exclamó Jufré, con una amplia sonrisa—. ¡De acuerdo! Probemos suerte antes de que sea demasiado tarde. Vayamos a caballo y permanezcamos en las monturas para dominar a la multitud. Yo impondré silencio para que vos podáis hacer uso de la palabra.

Así se hizo. La llegada de los jinetes a la plaza de la sinagoga creó la vacilación esperada. Poco a poco las refriegas perdieron su violencia para cesar del todo en medio de un silencio sobrecogedor.

Entonces, la voz del corregidor se elevó solemne:

—¡En mi condición de representante de Sus Majestades Católicas, vengo en persona a recordaros que estos desórdenes no pueden tolerarse! Ciudadanos sometidos a las leyes de la monarquía de Castilla y Aragón, tenéis que aprender, de una vez por todas, a resolver pacíficamente vuestros conflictos. A petición mía, don David Villeda, de Toledo, de quien vosotros sin duda ya habéis oído hablar y cuya opinión respetaréis, de eso estoy seguro, ha venido hasta aquí para ayudaros a encontrar una solución.

A pesar de la tibieza de la noche bañada por un radiante claro de luna, don David, súbitamente helado de aprensión, sintió que un violento dolor le desgarraba el pecho. En derredor suyo, la multitud indecisa ondulaba como una ola momentáneamente domeñada, pero dispuesta a estrellarse de nuevo. ¿Sería capaz de dominar aquella masa compacta de gente, aceptarían su arbitraje? ¿A fin de cuentas, qué había hecho él para ganarse su estima? Voluntariamente aislado en sus tierras, lejos de sus preocupaciones, ¿podía aparecer ahora, sin haber sido llamado, con la pretensión de interponerse en una querella de la que, para colmo de absurdos, no sabía casi nada? Lo que

estaba en juego era pavoroso. Al menor error de su parte, la reyerta podía reanudarse, y esta vez con un tercer tema de discordia, cuyas consecuencias amenazaban con ser desastrosas. ¡A la primera señal de violencia, el corregidor se vería obligado a emplear su autoridad suprema y, en consecuencia, estaría forzado a tomar medidas drásticas contra la comunidad, perspectiva impensable e inaceptable para todos!

Armándose de valor para cumplir su compromiso, don David se puso tieso y empezó su discurso:

—Su Excelencia el Corregidor me ha hecho el honor de pedirme que contribuya a la paz y a la prosperidad de la comunidad judía de Villafranca. Aunque recién llegado a vuestra ciudad, he considerado oportuno responder favorablemente a su petición, ya que en el pasado contribuí personalmente a la feliz solución de problemas similares a los vuestros que se planteaban en la comunidad de Toledo. Si bien he comprendido, la sinagoga de Villafranca necesita una escalera sólida y segura que vosotros deseáis instalar sin demasiados gastos. Al extranjero que todavía soy para vosotros, le parece que una escalera tallada en el hermoso granito de esta región quizás podría ser la mejor solución. Someto esta idea a vuestra consideración…

Se produjo un momento de silencio, acentuado por múltiples y breves conciliábulos con muchos meneos de cabeza e inaudibles cuchicheos. Sin rechazar *a priori* la sugerencia, la muchedumbre meditaba, calculaba las probabilidades de un acuerdo, preguntándose si realmente había que abandonar la causa de sus respectivos protectores para seguir la opinión de un judío solitario de quien finalmente sabían muy poco y que surgía de repente para regentar su destino… Fue entonces cuando apareció Cohen en la entrada de la sinagoga, y todas las miradas se volvieron hacia él. Subiéndose con su pesado corpachón en el banco del que Barchillon había descendido hacía mucho, soltó estas palabras:

—Yo le sugiero a don David que someta como es debido su proposición al Consejo.

—¡Sí! Tiene razón —clamó la multitud, aliviada al sentirse liberada de la obligación de tener que escoger por sí misma.

Para David, era un éxito. Sosegado, aspiró lentamente una gran bocanada de aire. Una vez su rabia neutralizada, el gentío parecía más calmado. Ahora le tocaba a Cohen el turno de arriesgarse…

Seguro de sí —pues la inesperada intervención del toledano le daba una nueva ocasión de invertir la situación en detrimento de su adversario—, Cohen creyó ganada la partida. La proposición de Villeda era de una lógica irrefutable. Por su parte, reprimiendo su orgullo, asumiría los gastos del nuevo proyecto, distribuiría entre las obras de caridad la diferencia entre el precio del mármol y el del granito, y de ese modo recuperaría a la vez su popularidad y su mayoría en el Consejo. Sí, por fin iba a ganarle a ese bribón de Barchillon.

—No tengo ningún inconveniente —respondió don David, ya sin poder echarse atrás y preguntándose si en la sala del Consejo iba a vérselas con amigos o enemigos…

Cuando avanzaba hacia la sinagoga, y la muchedumbre se apartaba respetuosamente dejándolo pasar, y Jufré acababa de retirarse discretamente en la calle de la Judería, don David creyó percibir aún algunos murmullos. Otra vez empezaron a volar piedras y proyectiles. «No es nada, pensaba con calma, las pasiones se apaciguarán por sí solas… Estos son los últimos estertores de la tempestad…»

Lo que ocurrió después, los judíos de Villafranca jamás pudieron aclararlo del todo. Sólo una cosa es cierta. A algunos pasos de la entrada de la sinagoga, don David se desplomó súbitamente sobre su silla de montar, cayó de lado y se derrumbó sin vida en el suelo. Más tarde se descubrió que su nuca, inflamada y ensangrentada, parecía haber sufrido un impacto de piedra, sin que jamás se pudiera elucidar la causa exacta de su muerte. ¿Pedrada, caída del caballo o infarto: cuál había sido el origen de su fallecimiento? Nunca nadie lo supo.

Fue Jufré del Águila, solo en medio de la noche, quien cargó en brazos el cuerpo de su amigo hasta la morada de los Villeda.

OceanofPDF.com

XII

Orovida no gritó. De su boca no salió ningún sonido, y no derramó ni una lágrima. Petrificada, incrédula, miró impotente, sin querer aceptar la evidencia. ¿David muerto? ¡Pero si David era la vida, su vida! ¡Sin él, el mundo dejaba de existir, ya que sin él no había nada! Y si ya no había nada, ella también debía desaparecer… Vacilante, sintió que el brazo tembloroso de la vieja Fortuna, con los ojos anegados de lágrimas, rodeaba su cintura, guiándola despacio en la oscuridad, hacia su banco, en un recoveco de la galería. Muy pálida y rígida, se sentó, escrutando con la mirada vacía y fija, indiferente, las profundidades de la noche, como si esperara que la muerte viniera a llevársela a ella también. Reprimiendo sus exclamaciones de horror y los desgarradores sollozos, el pobre José enarboló una antorcha para iluminarle el camino a Jufré hasta la habitación de su amo, donde entre los dos depositaron el cuerpo de David sobre la cama. Asegurándose de que los pies del cadáver quedaran frente a la puerta, según la costumbre judía, José, con infinitas precauciones, le extendió los brazos a lo largo del cuerpo, antes de cubrirlo con una sábana. Acto seguido, desapareció para regresar al poco rato con una vela que colocó en la cabecera de la cama.

—Gracias, José —murmuró Jufré—. Ahora, déjeme. Quiero velarlo a solas. Que nadie entre, a excepción de doña Orovida.

Con el corazón oprimido, José, quien pensaba pasar toda la noche junto a su amo, como lo hubiera hecho un hijo o un padre, obedeció sin decir nada, pues el tono decidido de Jufré no admitía réplicas. Cuando amaneciera, él honraría a don David a su manera.

Al quedarse solo, Jufré levantó la sábana y observó el rostro del muerto. Al pálido resplandor de la vela, que le cincelaba los contornos, privado de los colores de la vida, apareció el rostro macilento, más orgulloso aún en la muerte que cuando estaba vivo: don David Villeda, último sobreviviente de una larga y noble estirpe de judíos de Toledo, acababa de morir por su culpa.

Cuando volvió a cubrirlo con la sábana, Jufré se sentó en un baúl situado debajo de una ventana, y, sin dejar de mirarlo, emprendió su propio proceso. ¿De qué se acusaba? De una doble muerte: la de un amigo y la del

esposo de la mujer que él amaba. Rechazando cualquier consideración objetiva, su espíritu abrumado por la punzante obsesión deformaba los hechos hasta hacerlos coincidir con su idea: sí, al igual que el rey David, él había deseado la muerte de un amigo leal para poder saciar la sed que tenía de su mujer. Devenido su propio fiscal, lo menos que podía era acusarse de haber premeditado implacablemente la muerte de don David Villeda de Toledo. En efecto, ¿por qué se había apresurado tanto en pedir su ayuda, antes incluso de haber intentado resolver por sí solo la querella imponiendo su propia autoridad? ¿Por qué, sino para favorecer sus sombríos designios, había expuesto un hombre a una muerte que le permitiría gozar impunemente de aquella a quien codiciaba? ¿Por cuál otra razón habría sacrificado a ese orgulloso e inflexible judío en el altar de unos dioses que él había constantemente desafiado, apelando a él en nombre de los soberanos que habían querido ocasionar su ruina? ¿Por qué, pues, haber mostrado en su cargo de corregidor un celo tan extremado a la hora de ejecutar las órdenes de un rey que le había quitado su mujer y su honor, de una reina que lo había exiliado en aquella región maldita? ¡Todo estaba claro! ¡Su único objetivo no había sido otro que encontrar el medio de hacer desaparecer al hombre que se interponía entre Orovida y él! ¡Jamás ninguna justificación podría atenuar su responsabilidad; siempre cargaría con el peso de la culpabilidad de la muerte de David!

De modo que por su culpa David ya no existía, pero Orovida estaba viva. Ahora bien, la muerte hacía que David estuviera aún más presente, interponiéndose entre ellos, prohibiéndoles el más mínimo acercamiento. Por su culpa, el universo de aquella a quien adoraba se hundía y su sentimiento de culpabilidad le quitaba cualquier derecho a intentar reconstruirlo. ¿Qué iba a pasar con ella ahora? Desde que él había regresado, con el cuerpo inerte de David en sus brazos, ni un sonido, ni una sola queja se le había escapado. Fulminada por la noticia, ni siquiera había querido mirar el rostro de su esposo, ni velar su cuerpo, pues su envoltura terrenal no parecía tener ningún sentido para ella, como si al no poseer ya nada aquí abajo, se preparase a su vez para abandonar el mundo. ¡Ah, cuánto más fáciles de soportar hubieran sido sus gritos y sus gemidos, incluso sus acusaciones, mucho más fáciles que esta ausencia terrible y total, este indecible e inconmensurable alejamiento! ¿Qué sería de ella ahora que no vivía para nada, ni para nadie? ¿Se marchitaría hasta morir de pesadumbre y de soledad? ¿También tendría que cargar con su muerte sobre

la conciencia? ¿Acaso era su destino hacer desgraciadas a las mujeres que él amaba? ¿Si Leonor había sucumbido a los halagos y las bajezas de este mundo, ahora, por su culpa, Orovida se vería irresistiblemente arrastrada al más allá?… Durante toda la noche las visiones más macabras atormentaron su alma. Sin embargo, antes del alba, sus pensamientos se aclararon un poco y un helado escalofrío lo atravesó de parte a parte. Su velatorio acababa. Ahora tenía que irse de la casa Villeda, pues un representante de Sus Majestades católicas no podía asistir a los últimos ritos celebrados, en honor del difunto, según la tradición judía.

Con el cuerpo dolorido y el alma vacía, ya se levantaba para salir cuando escuchó detrás de la puerta un ligero susurro. Era Orovida que entraba, con sus grandes ojos de cierva fijos y fríos como los de una sonámbula. Con lentitud y vacilación, avanzó hasta el lecho, y levantó el paño fúnebre, inclinándose para coger la larga y fina mano de su esposo entre las suyas. Pero al sentir el contacto de aquellos dedos rígidos que ya no podían entrelazarse con los suyos, se estremeció de horror y dejó caer la mano sin vida, yéndose sin decir ni una palabra, y al parecer sin reparar en la presencia de Jufré.

Destrozado en el fondo del alma al verla así, Jufré creyó haber llegado al límite de la desesperación y del desamparo. No, era imposible, ella no podía, no debía extinguirse por su culpa. Pero entonces volvían a cuchichear en su corazón los espectros de la noche: «¿si a partir de ahora intervienes en su vida, la perversidad de tu destino no le traerá más sufrimientos todavía?».

Loco, aterrorizado por esa idea, se escabulló fuera de la casa y desapareció en la palidez del alba.

José continuó el velatorio. Con deferencia, colocó en su lugar el sudario que Orovida había desplazado, después encendió otra bujía al lado del cuerpo de su amo, para reemplazar la que había estado quemándose toda la noche. Llamó a Fortuna, y le pidió que fuera a buscar a su ama, para saber si deseaba pasar unos instantes junto a su difunto esposo antes de la celebración de los últimos ritos.

—Es inútil —masculló la anciana sollozando—. La pobre ya no está con nosotros. Yo ya se lo he preguntado, pero parece no oírme. Ayer noche, se lo pregunté en varias ocasiones, pero en vano, y esta mañana está más ausente que nunca.

—Tal vez le estorbaba la presencia del gobernador. ¿Le has dicho que ya se fue?

—Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que estaba aquí. No, se ha alejado de nosotros, como si quisiera reencontrarse con don David en el otro mundo. ¿Oh, José, qué le va a ocurrir? Tú y yo somos tan viejos, y no tiene a nadie en la tierra que pueda cuidar de ella.

—Sí, tiene a Alegra.

—Querrás decir Catalina. Catalina Nonell, ese es ahora su nombre. ¿Qué puede hacer para ayudarla? Reconciliándose con su hermana judía, una «cristiana nueva», se expondría a la acusación de herejía. No se le puede pedir que asuma semejante riesgo…

—¿Y el hermano de don David, el que vive en Portugal?

—¿Saúl? Sí, puede ser, aunque la pobre señora nunca le tuvo mucho afecto. Y además, eso sería para ella un nuevo desarraigo, que no podría soportar. Entretanto, ¿quién se va a ocupar de la finca, de la cosecha, del vino? ¿Qué va a ser de nosotros? Ella nunca podrá ocuparse de eso.

—¡Vamos, Fortuna, cálmate! ¿Cómo se te ocurre pensar con claridad en el futuro en este momento? La existencia nos ha reservado tantas sorpresas, buenas también algunas veces, tú deberías saberlo… Por el momento, nos ocuparemos de lo que debe hacerse hoy. Tenemos que preparar la casa para el duelo.

Una vez más los ojos de Fortuna se nublaron y las lágrimas resbalaron por los surcos de sus arrugas.

—¿José —farfulló aspirando por la nariz—, quién rezará el *Cadish* [10] para nuestro amo?

Y José, al evocar aquellas noches durante la epidemia de peste, cuando don Isaac se inclinaba sobre sus libros, recordó el rostro de don David al saber la noticia del aborto de Orovida, y creyó que su corazón se iba a romper.

Los encargados de las exequias llegaron temprano por la mañana. Con rapidez y en silencio, cumplieron su tarea fúnebre y lavaron el cuerpo de don David antes de envolverlo en la mortaja. Poco después, aparecieron Salomón Cohen y su mujer. En efecto, en ausencia de parientes del difunto, el nuevo presidente de la comunidad judía de Villafranca debía ofrecer su auxilio a la infortunada viuda. Pero cuando Sara y él, con el rostro coagulado en actitud convencional, se acercaron al rincón de la galería

donde se había refugiado Orovida, tuvieron un incontenible deseo de retroceder. Petrificada, como esculpida en el banco de piedra gris sobre el que estaba sentada, Orovida parecía una estatua de una gracia y una belleza infinita, a la que el escultor no había podido insuflarle vida. De modo que las palabras de condolencia de los Cohen se ahogaron en sus labios y, desconcertados, salieron al patio consultándose en voz baja acerca de lo que había que hacer para organizar dignamente los funerales, y cumplir rigurosamente con los ritos y la tradición. Tras un breve titubeo, Salomón se repuso y adoptando la actitud autoritaria que correspondía a su nueva responsabilidad, se dirigió a la habitación donde velaban José y Fortuna, y les comunicó sus intenciones:

—De momento vuestra ama está demasiado afligida para poder atender el desarrollo normal de la ceremonia. En la ausencia de hijos y parientes, yo me encargaré de esa tarea. Los funerales tendrán lugar esta tarde. Me ocuparé personalmente del cortejo fúnebre. Los miembros del Consejo, en sustitución de la familia, acompañarán a doña Orovida hasta su casa para la comida de consuelo y la plegaria en honor a los muertos. Doña Sara traerá todo lo necesario: huevos, pescados, frutas, verduras… Desde luego, contamos con vosotros, Fortuna y José…

Pero Fortuna, aguijoneada por un furioso resentimiento contra aquella intrusión prematura en el funcionamiento de la casa Villeda, lo interrumpió en seco:

—¡Nosotros conocemos perfectamente nuestros deberes en semejantes circunstancias, don Salomón! Los asientos más bajos de la casa ya están agrupados en la entrada y hemos vaciado todos los vasos de agua. ¡Sin embargo, Dios sabe que esto no era necesario, dado que todo el mundo ya está al corriente de la muerte de nuestro pobre amo, y el agua derramada no aportará nada nuevo a nadie!… También hemos preparado la copa de agua. Está en el reborde de la ventana para la semana de vagabundeo entre la tierra y el cielo del alma de don David, pues mi amo no merecía, don Salomón, el fuego del infierno. De esta manera su alma podrá venir a refrescarse, mientras espera para subir al cielo.

—Está bien. Entonces sólo nos queda por resolver la cuestión del *Cadish.* ¿Por casualidad, alguno de vosotros conocéis a algún judío de Villafranca a quien vuestro amo haya tenido un particular afecto o a quien haya ayudado caritativamente?

Una vez más fue Fortuna, quien parecía haber recobrado toda su entereza y poder de decisión, quien respondió:

—No, no conocemos a nadie en Villafranca. Pero en esta casa hay alguien que ha consagrado su vida a los Villeda, tanto en la felicidad como en la desgracia. ¡Con vuestro permiso, don Salomón, será José quien rezará el *Cadish* para su amo!

Sara Cohen se sobresaltó. ¡Qué desvergonzada!… ¡Una vieja sirvienta osaba darle instrucciones a su Salomón, el jefe de la comunidad de Villafranca!

Adivinando su indignación, Salomón posó una mano sobre su brazo para calmarla. Ciertamente, era el jefe de la comunidad, pero la sombra de la muerte de don David, aunque no la había deseado ni provocado, iba a planear ahora pesadamente sobre el futuro de sus ambiciones. ¡Por tanto, había que ser prudente!

—Será según vuestro deseo —asintió diplomáticamente.

Después, sin atreverse a abordar a Orovida para despedirse de ella, realizó con su mujer un estratégico repliegue y volvió las espaldas.

Poco antes del comienzo de las exequias, y a fuerza de ternura mezclada con firmeza, Fortuna consiguió por fin hacer salir a su ama de su postración y ponerle un vestido blanco de duelo. Sosteniéndola y guiándola al mismo tiempo, la acompañó a pie hasta el cementerio situado a medio camino entre la finca y la ciudad. Allí encontraron a toda la comunidad reunida alrededor de la tumba. Al verlas llegar, el zumbido de voces se transformó en un murmullo de compasión. Lívida y distraída, con los ojos secos, translúcida como algunas conchas, Orovida llegó dando pasitos hasta el borde de la tumba. Allí permaneció inmóvil y muda hasta que José, separándose un poco de la muchedumbre, empezó a rezar el *Cadish.* Entonces sus párpados pestañearon imperceptiblemente. En cuanto el ataúd descendió a la tierra seca y desolada, acompañado por las lamentaciones rituales de las plañideras, ella retrocedió, dio media vuelta y se alejó anonadada por el peso implacable de lo ineluctable.

Jufré había seguido los funerales desde una de las ventanas de su habitación privada. Obligado a reponerse para concentrarse toda la mañana en el cumplimiento de sus tareas cotidianas, poco a poco había conseguido reencontrar un cierto sentido de la realidad. Indiscutiblemente, él era el responsable de la muerte de David, y lógicamente se sentía culpable; pero haber deseado esa muerte le parecía, en la perspectiva del tiempo, una

distorsión de la realidad provocada por el impacto emocional y un excesivo sufrimiento. Ciertamente, con frecuencia su naciente pasión por Orovida le había llevado a desear la ausencia de David, pero entre eso y planear su muerte había una diferencia que sólo podía responder a una pura y simple deformación de los hechos. Su falta consistía en haber recurrido a David, convirtiéndose así en el instrumento involuntario de su muerte. La fatalidad había hecho el resto.

Ahora todo había acabado. El cuerpo de su amigo reposaba en un hoyo. Este espectáculo, al igual que muchos otros a todo lo largo de su vida —injusticias, situaciones absurdas, sufrimientos inmerecidos—, habían desde hacía tiempo mermado su fe en la sabiduría de los designios del Señor, hasta el punto de poner en tela de juicio sus convicciones religiosas. No obstante, ahora le hacía falta creer que la fe católica estaba aún fuertemente enraizada en él, pues alzando casi la mano para persignarse, no pudo dejar de rezar para sus adentros la única oración susceptible, en su opinión, de trascender las barreras erigidas por su iglesia entre cristianos y judíos: «¡Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nosotros Tu reino, hágase Tu Voluntad!». Sin embargo, al ver la blanca silueta de Orovida alejarse como una sombra de la tumba, estas palabras perdieron todo su significado: ¿cómo podía inclinarse sumisamente delante de una voluntad divina, que le infligía a una criatura tan vulnerable y frágil la crueldad de semejante prueba? ¿Y por qué esa voluntad todopoderosa no había impedido que él provocara esta doble tragedia? En dos ocasiones lo había abandonado: la primera vez dejándolo ceder a los caprichos de un príncipe mortal, y la segunda, no impidiéndole actuar. Convertido de este modo en el instrumento del crimen, sólo le quedaba expiar su pecado en esta tierra, aquí y ahora. Por lo demás, ¿ya no había entrado en el infierno con el desgarrador espectáculo del dolor de Orovida?…

Cuando vio dispersarse a los reunidos en el cementerio, se apartó de la ventana agobiado por la pena y el sentimiento de culpa.

—¡Gonzalo! —llamó— Coloca una mesa aquí, de cara a la ventana, y trae una pluma y papel.

Cuando su orden fue ejecutada, Jufré se sentó frente a la mesa, con la mirada perdida a lo lejos, en las indecisas brumas de la tarde que inundaban parcialmente la agreste tierra de Extremadura. Mojó la pluma de oca en el

tintero de plata y, absorto en sus pensamientos, tras sacudirla varias veces para eliminar las gotitas de tinta sobrantes, comenzó a escribir:

«Al honorable médico de la Corte, Maestro Eduardo Nonell y a su esposa, Catalina Nonell.

»Con la más profunda tristeza debo anunciaros que don David Villeda, en otro tiempo residente en Toledo, y poco ha instalado en la región que administro en mi condición de corregidor…»

OceanofPDF.com

XIII

Jufré no encontraba el sosiego. Si sólo hubiera tenido que hacer frente al peso de su remordimiento, tal vez hubiera conseguido superar su tormento, pero estaba Orovida, enclaustrada en su casa, detrás de los árboles, viva y solitaria… ¡Si por lo menos viviera! ¿Podía llamarse vivir a una existencia de reclusión, quizás inconsciente del paso de las horas y de los días? ¿Se alimentaba aunque fuera un poco o se dejaba languidecer? El extraño desapego de que había dado prueba desde que se instaló en Villafranca, lo atormentaba día y noche. Si su nostalgia de hacía poco había sido superada a duras penas, ¿cómo reaccionaría ahora que no existía nada, ni nadie, para devolverla a la vida? ¿Y, además, qué pasaría con la finca? El tiempo de la vendimia se acercaba. ¿Se habían contratado los hombres indispensables para la cosecha y el encubado? Lo único que sabía era que los esposos Cohen se entrometían casi a diario en casa de los Villeda, yendo y viniendo sin parar, dándose unos aires de propietarios que eran para volver loco a cualquiera. Lo cual resultaba en cierta forma explicable, en vista de las circunstancias. Y lo aceptaba a regañadientes, ¿pero qué pasaría después? Suponiendo que Cohen siguiera asumiendo la dirección de la propiedad, era impensable imaginar que Barchillon se mantuviera apartado y con los brazos cruzados. Al ser el único corredor de vinos de la región, le sería fácil vengarse de la vergonzosa derrota que le infligiera su adversario enviando, por ejemplo, a un recaudador de impuestos para exigirle una contribución extravagante a Orovida. Dado que Cohen no podía verificar las transacciones ejecutadas por Barchillon, y Orovida ignoraba casi todo de estos asuntos, no era difícil adivinar las acusaciones de mala gestión que surgirían, acusaciones temibles con respecto a los bienes de una viuda ya tan cruelmente golpeada… ¡Ah, cuánta razón tenía David al querer mantenerse fuera de estos embrollos!… Bajo ningún pretexto su esposa debía mezclarse en ellos. Era absolutamente necesario ponerla en guardia antes de que fuera demasiado tarde. ¿Pero cómo iba a librarse ella de la red que se tejía a su alrededor? Incluso admitiendo que llegara a recuperarse, se encontraría totalmente indefensa y desprovista de cualquier medio de acción. En semejante situación, sólo él en Villafranca podía protegerla,

encontrando quizá una solución a sus problemas e imponiéndola. Pero para esto, necesitaba de su ayuda. Ahora bien, ¿estaba él en condiciones de dársela? ¿Tenía siquiera derecho a irrumpir en su existencia, tratando de devolverla a un mundo del cual tanto deseaba escapar? ¿Al actuar de esta manera, no estaría abriéndole la puerta a otra tragedia, cuyo instrumento una vez más sería él? ¿No había ya provocado suficientes dramas?

Frente a tantas preguntas sin respuesta quedaba una certidumbre. Pecaría por omisión si dejaba que los demás se aprovecharan de ella, como si fuera un peón en el tablero de sus ambiciones. No tenía otra opción que no fuera ayudarla. De no haberse sentido culpable, ya lo habría hecho, ya la habría devuelto a la vida, ocupándose de sus asuntos hasta el día en que, acabado el duelo, su relación hubiera podido seguir su curso. Pero su esposo David, su amigo David, se alzaba entre ellos, como una barrera, mucho más presente en su ausencia que en su presencia. Ahora bien, ¿se negaría ella a verle? Una vez más, le entraron ganas de dejarla proseguir su camino tal y como ella deseaba; en última instancia, si ella lo necesitaba, siempre estaría allí para salvarla…

Cuando se esforzaba en acallar sus últimos escrúpulos, una carta de los Nonell, procedente de Segovia, puso fin definitivamente a sus demoras. Aunque enviada por precaución al corregidor, dado que la correspondencia entre judíos y cristianos se hacía cada vez más peligrosa, la misiva de la pareja de conversos iba evidentemente dirigida a Orovida, y estaba claro que los Nonell contaban con la discreción de Jufré para entregársela. Ya que no podía confiar a nadie esta misión, era su oportunidad para ir a verla y resolver de esta manera el dilema que lo torturaba.

Con el pretexto de una visita de inspección a las defensas de los límites de la ciudad, el corregidor abandonó su residencia solo y, después de haber cabalgado unos minutos por la ruta de Trujillo, dio la vuelta y tomó un atajo en dirección a la finca de los Villeda. Llegado sin avisar, no por la entrada principal como solía hacer, sino por una galería que accedía directamente a la atalaya, y después de darles a los centinelas algunas instrucciones para guardar las formas, sorprendió a Fortuna por completo.

Desconcertada por esta visita inesperada, la anciana se ajustó la toquilla y secándose las manos en el delantal, atravesó el patio y salió a su encuentro.

—Excelencia… estamos muy honrados…

Desechando con un gesto sus pruebas de cortesía, como dándole a entender que ya no las merecía, preguntó con prisa:

—¿Fortuna, cómo está tu ama?

Los ojos de la buena mujer se empañaron. Juntando las manos en señal de angustia, le indicó con un simple movimiento de cabeza un banco en la galería.

Verla así no fue una sorpresa para Jufré. Orovida estaba tal y como la había imaginado. Consumida por el dolor, triste llama vacilante en la sombra, era como una candela a punto de extinguirse al menor soplo de aire. Ojerosa, con las mejillas demacradas, su cuerpo había tomado la frágil apariencia de una mariposa. Sentándose suavemente a su lado, pronunció su nombre una, dos veces, y luego una tercera vez. Como no parecía oír, ni tener conciencia de su presencia, creyó que su mutismo no era más que una manifestación de hostilidad hacia su persona, impresión que se desvaneció rápidamente al comprender que el alma de la joven mujer estaba en otra parte, y que, menos su cuerpo, todo su ser había seguido a David. Entonces, presa de un impulso irresistible, con voz firme y autoritaria, exclamó:

—Orovida, tenéis que escucharme. Os traigo un mensaje de Alegra y Eleazar.

Pero ella no se movió.

—Alegra y Eleazar —repitió con desesperación— Vuestra hermana, Alegra…

Tampoco reaccionó esta vez.

Súbitamente, llevado por un torbellino de sentimientos donde se mezclaban la compasión y el remordimiento, la frustración y una fulgurante pasión, Jufré la cogió por la espalda y la zarandeó.

—¡Orovida, os lo ruego, debéis escucharme! ¡No a mí, si no lo deseáis, pero sí a Alegra, vuestra hermana!

Imperceptiblemente, como al oír la voz de José el día de los funerales, los párpados de la joven parpadearon.

—Orovida, por el amor de Dios, decid cualquier cosa. Decidme que me habéis oído, que leeréis esta carta y me iré.

Lentamente, acentuando su presión sobre la espalda al ritmo de la frase, repitió:

—Hay una carta de Alegra y Eleazar.

Entonces —sintiendo primero una leve vibración que recorría sus miembros, y luego un nervioso temblor que crecía en ella en sucesivas

oleadas— percibió por fin en sus ojos, semejantes a las primeras gotas benditas de una lluvia de otoño, unas lágrimas que brotaban ligeramente para pronto fluir como un torrente bienhechor e ininterrumpido.

Sin hacerle más preguntas, Jufré la atrajo impulsivamente contra su pecho. Estrechándola con todas sus fuerzas, como si quisiera absorber la mayor parte de su dolor para liberarla de él, la tuvo mucho tiempo entre sus brazos, con la esperanza de verla recobrar poco a poco la calma. Cuando la intensidad de su llanto disminuyó y sus sollozos se espaciaron, Orovida se dejó llevar a la cocina, donde Jufré la obligó a sentarse, con dulzura, en un rincón de la chimenea, al calor del fuego.

—Hazla tomar un buen consomé de carne al mediodía, y leche por la noche —murmuró dirigiéndose a Fortuna antes de irse—. Y mañana, tal vez un trocito de pollo hervido. Hay que alimentarla poco a poco y con precaución. La dejo en tus manos. Cuando haya recobrado algo de sus fuerzas, házmelo saber. Aquí hay mucho que hacer y considero mi deber proteger de ahora en adelante sus intereses.

Visiblemente inquieta, Fortuna miró fijamente el suelo titubeando.

—¿Qué te pasa? ¡Habla!

—No salgo casi de la finca, Excelencia —murmuró—, y el camino que lleva a vuestro palacio está muy lejos y es muy escarpado para mis viejos huesos…

—¡En ese caso, envíame un mensajero!

—¿Un mensajero? ¿A quién podría confiar una judía un mensaje dirigido a un cristiano?

En efecto, a quién, se preguntaba Jufré dándose cuenta de pronto de las implicaciones de la situación que estaba creando. No era que nunca se hubiera percatado de lo delicado que sería una relación con Orovida, pues hacía mucho que había evaluado en su mente los riesgos a los que se exponía, sino que más bien los había relegado deliberadamente a un segundo plano, considerando que era prematuro preocuparse por ello. Pero, ahora, era Fortuna quien, con su natural sentido común, le obligaba a reconsiderarlos.

Así pues, ¿cómo se entendería que un corregidor, designado por los monarcas para representarlos, ayudara o protegiera a una viuda judía? ¿Y si unos ojos indiscretos lo hubieran sorprendido cuando tenía a Orovida en sus brazos?… Desde hacía mucho tiempo, las relaciones íntimas entre judíos y cristianos estaban formalmente prohibidas en la España cristiana, y sólo los

judíos eran castigados en caso de denuncia. De modo que si llegara a sospecharse que entre Orovida y él había algún idilio, el Consejo de la Corona quedaría pasmado ante semejante revelación. Para Orovida, sería el azote en público, el exilio, una fuerte multa, la confiscación de sus bienes o, más aún, una sabia dosificación de todos estos castigos. Si era considerada culpable de adulterio, se arriesgaba incluso a la horca o a la decapitación. En cuanto a él, hombre y cristiano, en principio no sería perseguido, aunque —por tratarse del representante de Sus Majestades, en quien se encarnaban los más altos valores cristianos de la nación— tenía pocas posibilidades de escapar impunemente a las rigurosas sanciones morales preconizadas por la soberana. Sin duda alguna, si por desgracia la sorprendían en flagrante delito, sería un proceso que daba horror sólo imaginarlo, por eso la lúcida y previsora Fortuna había hecho muy bien al recomendarle, indirectamente, un poco más de prudencia. Sí, como ella decía, «el camino era muy escarpado»… ¡y no hacía falta que se dieran cuenta de sus idas y venidas entre Orovida y él, porque su función de intermediaria corría el riesgo de ser descubierta en seguida!

—¿No tendrás por casualidad algún conocido cristiano en la ciudad? —le preguntó pensativo a la anciana.

—Sí, en cierta forma —dijo evasivamente.

—¡Vamos, explícate, no temas nada! ¡Si tu pobre amo confiaba en mí, pienso que podrías hacer lo mismo!

Ante el reproche, Fortuna inclinó la cabeza.

—Sí, Excelencia. En efecto, tengo familia en Villafranca —acabó por reconocer en voz baja—, pero todos son conversos.

—¿Tenéis relación?

—Desde luego, Excelencia, y más de lo que debiera, por prudencia. Es verdad que por el momento los han dejado en paz, pero eso tal vez dure poco… Se lo he dicho a menudo, pero apenas me escuchan.

—¿Dónde viven?

—Justo en el límite del barrio judío, abajo, cerca de la puerta del Cristo. Tienen una tienda de ultramarinos.

—Ah sí, la conozco muy bien. Su apellido es Díaz, o algo parecido, ¿no es verdad? Siempre me ha gustado vagabundear por los ultramarinos, y conozco a casi todos los comerciantes de la ciudad. En cualquier caso, ellos me conocen muy bien. ¿Vas de vez en cuando a Villafranca?

—Sí, cada jueves, para comprar la carne *casher.*

—¿Entonces pasas por su ultramarino? ¡Perfecto! El primer jueves que te parezca que tu ama está lo bastante bien para recibirme, irás a la tienda para pedirles que me hagan llegar un mensaje de doña Orovida. Diles, por ejemplo, que ella sospecha que uno de los guardias que he puesto en su finca le está robando vino, pero que se siente demasiado débil para plantarle cara. Por tu parte, dirás que tienes las piernas en muy mal estado para llevarme personalmente la misiva.

—Bien, de acuerdo —consintió Fortuna a su pesar— lo haré como vos me pedís. Por esta vez, al menos.

Seguro de esta promesa arrancada con desgana, Jufré contuvo el deseo que tenía de contemplar un vez más a Orovida hecha un ovillo al amor de la lumbre, y haciéndole una vaga señal a la vieja sirvienta, se marchó precipitadamente.

En la casa de Orovida, la vida recuperó poco a poco su curso normal. Con una devoción infinita, Fortuna se las ingeniaba para contentar su caprichoso apetito, lo cual la obligaba a realizar verdaderas proezas culinarias, a fin de variar y presentar cada día los más sustanciosos manjares, primorosamente preparados, para devolverle su normal actividad a un organismo debilitado. Por eso sus esfuerzos pronto se vieron coronados por el éxito. Orovida perdió su tez plomiza, y tras recuperar paulatinamente sus energías, comenzó a dar algunos pasos alrededor de la casa. Incluso de vez en cuando se aventuraba hasta un viejo roble al borde de la alameda o entre los álamos que rodeaban el manantial. Allí le gustaba sentarse para descansar un rato, escuchando el murmullo sosegado del agua cristalina que brotaba de la tierra. Sin embargo, nunca entró, ni una sola vez, en el recinto de su jardín privado.

Su aparente calma era engañosa. El vacío estaba en ella, tanto en el interior como en el exterior. Como una brizna de paja arrastrada por un torbellino, su desarraigo era total y sus arremolinados pensamientos interrogaban sin cesar el pasado, tratando de saber desesperadamente de qué estaría hecho el futuro. ¡Ah, qué fácil hubiera sido desaparecer con David!, se repetía incansablemente, sobre todo teniendo en cuenta que en los últimos días se habían esforzado tanto en reencontrarse mutuamente. Entonces, ¿por qué Jufré se preocupaba tanto de hacerla renacer? ¿Para reservarle un futuro de desolación y soledad, consagrada por entero al sufrimiento y a la angustia, sin ninguna esperanza de felicidad? Sólo la muerte habría podido darle el consuelo del olvido, la liberación de todos sus

males. Pero ahora era muy tarde. Emergiendo de un insondable abismo, ni siquiera tenía el valor de admitirlo. ¿Si al menos le quedara valor para afrontar la vida?…

En su carta, Alegra insistía en que se instalara en Segovia, cerca de Eleazar y de ella.

¡Otra vez un universo nuevo, caras y muros desconocidos, que tendría que afrontar sola; el cariño que su hermana le tenía, no podría resistir mucho tiempo a las exigencias de la mundanería y a los placeres que tanto le atraían! Además, no tenía ningún deseo de aceptar dócilmente la posición de pariente solitaria y desconsolada. Y sobre todo, estaban los riesgos en que podía incurrir. Ciertamente, Alegra hacía alusión a la alta estima en la que los tenían los monarcas, a causa de la extraordinaria devoción de Eleazar por el pequeño príncipe Juan, cuya salud había mejorado considerablemente gracias a sus cuidados. ¿Pero cómo ignorar lo que Andrés de Ribera le había confiado a David y a ella al despedirlos, la víspera de su partida de Toledo? ¿Acaso no les había revelado que dos años antes, Isabel y Fernando habían obtenido del Papa la autorización para instaurar la Inquisición en España? Su objetivo deliberadamente anunciado era aplastar por completo lo que ellos llamaban «la herejía judaizante», la cual, según clamaban, se propagaba por todo el reino. Si, aparentemente, la aplicación de semejantes medidas había sido diferida, no tardarían en ser aplicadas, cuando dentro de poco las últimas oposiciones quedaran reducidas al silencio y las hogueras se encendieran en los confines de toda España. La Inquisición, como había declarado Andrés de Ribera, era para los soberanos católicos el medio idóneo para realizar tres de sus objetivos más ansiados: la unidad religiosa del país, la cohesión de su población, y por último, instaurar el orden en el reino. Desde los primeros amotinamientos contra los conversos en Toledo, treinta años antes, periódicamente el país era sacudido por tales disturbios, y era del todo imposible prever dónde y cuándo surgirían de nuevo, sembrando la muerte y la destrucción. A partir de ahora, Isabel y Fernando estaban decididos a actuar rápidamente. Los cristianos nuevos debían dejar de aparecer ante los viejos como un grupo aparte, a medias judío, a medias cristiano, a veces codiciados por su riqueza y su poder, pero también sospechosos de herejía al seguir viviendo secretamente como judíos, bajo las apariencias de una conversión sincera. Por todo ello era preciso que los conversos, por las buenas o por las malas, se integrasen totalmente al mundo cristiano, bajo el

control y la amenaza de una inquisición reclamada a voz en cuello desde hacía años por el clero. Así arrancarían de cuajo a aquella «herejía judaizante», que, según los dignatarios eclesiásticos más fanáticos, minaba los cimientos de la Iglesia.

La Iglesia de España, al fin purificada a los ojos de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, podría entonces brillar con todo el esplendor de su luz, que era la empresa más sagrada en el corazón de los soberanos. Sí, David lo había previsto, tarde o temprano la sombra de la pesadilla se haría realidad. ¿En estas condiciones, cómo aceptar ir a meterse en la boca del lobo?, se repetía Orovida. Eleazar y el principito Juan no vivían aislados. Si los dominicos habían devenido tan poderosos en la Corte, como les había dado a entender De Ribera, su cuñado no permanecería indefinidamente a salvo de sus sospechas en lo tocante a la sinceridad de su «celo cristiano», pues su condición de médico de la realeza no le concedía ningún privilegio a este respecto. Por tanto, si se trasladaba a Segovia, el cariño que él siempre le había manifestado se convertiría en un riesgo más, y ella no quería de ninguna manera exponerlo a semejante peligro. No, nunca aceptaría comprometer su seguridad y la de Alegra con su inoportuna presencia.

¿Y entonces? ¿Portugal? David había logrado depositar unos importantes fondos ahorrados en casa de su hermano. Pero la sola idea de encontrarse cara a cara con este último y su esposa, le repugnaba. En verdad, su cuñado y Malka no era malas personas, pero su sórdida avaricia les obligaba a juzgar a los demás sólo por sus bienes, por lo cual toda su existencia giraba alrededor de la circunferencia de un maravedí, y eso era completamente inaceptable. Todavía recordaba a Malka, durante su última visita a Toledo, con una mano apenas extendida, que parecía querer retirar al punto, ofreciéndole un plato de duras galletas… Espectáculo tanto más lastimoso cuanto que Saúl era rico, y que toda su familia sufría, pues sus niños no tenían más remedio que corretear vestidos con harapos y arrastrando los pies calzados con las botas de sus mayores, que les quedaban demasiado grandes. En varias ocasiones, David estuvo tentado de hacer entrar en razón a su hermano, pero sus comentarios habían provocado tales reacciones que en seguida renunció, prefiriendo mantener la unidad familiar al precio de su silencio. De modo que para ella quedaba excluida la posibilidad de un exilio en semejante compañía.

Finalmente, mientras más se aclaraban sus ideas, más evidente le parecía que a partir de ahora su único asidero, sus únicos lazos, estaban en su finca. A pesar de sus reticencias, de alguna manera había participado con David en la elaboración de una nueva existencia: él, dando el impulso, y ella, arrastrada por su ímpetu. Si David hubiera vivido, probablemente a ella habría acabado por gustarle esta grande e iluminada mansión, la tranquilidad de las tardes a la sombra del patio techado por la vid, sin duda habría aprendido a apreciar el sabor de un racimo de uvas bien maduras y a compartir con él la satisfacción del trabajo cumplido. Tal vez incluso habría logrado crear un oasis de paz en ese jardincito que él le había regalado la tarde en que parecía que iba a dar el primer paso para una reconciliación. Mi jardín… Sus ideas errantes la hacían retroceder inexorablemente a aquella visita del prior que estaba en el origen de la posterior relación entre David y Jufré. Cada vez que ella evocaba aquel recuerdo, una ola de emoción la inundaba y daba rienda suelta a sus lágrimas. ¡Cuánto se lo había agradecido entonces a Jufré! Pero había surgido esa maldita piedra lanzada por una mano desconocida, que había hecho volar en pedazos su felicidad. En verdad, Jufré no era responsable. Sin embargo, sin él, David no habría estado allí, exponiéndose. También era cierto que, sin su mediación, el prior habría llevado a su marido a la ruina. Y así las cosas, ¿no era preferible una muerte digna a una vida de humillaciones? Con desesperación y ensañamiento, calculaba de nuevo los acontecimientos y sus consecuencias, imaginando diversas hipótesis hasta que, extenuada, las rechazaba todas dándose cuenta de cuán inútiles resultaban sus especulaciones. En efecto, ¿para qué seguir planteándose sobre lo que uno o el otro hubieran podido o debido hacer? David estaba muerto y era insustituible. Ni los remordimientos ni las lamentaciones cambiarían nada.

De hecho, lo que de él quedaba era su empresa inconclusa. Si ella debía sobrevivirle, ¿por qué no intentar continuarla? ¿Acaso no era éste el único medio de retener, aunque fuera provisionalmente, un poco de su presencia? ¿Pero dónde encontrar la fuerza para asumir semejante tarea? No poseía ninguna noción de viticultura, ni del negocio del vino, y no tenía a nadie que la aconsejara. Seguramente Cohen no esperaba otra cosa, pues no dejaba de visitarla metiendo la nariz en todas partes con el pretexto de darle una «ayuda moral». ¿Pero si ella usaba de sus buenos oficios, qué haría Barchillon, su rival? ¿No se sentiría empujado a vengarse? Además, aún resonaba en sus oídos la voz de David recomendándole que se mantuviera

al margen: «Orovida, quisiera que comprendierais que a ningún precio debéis mezclarme, ni mezclaros, en las querellas de la comunidad de Villafranca». ¡Dios, qué trágica ironía!… ¡Qué burla!… ¿Qué hacer, pues?… Sólo una persona podía ayudarla: Jufré. En lo sucesivo, su deuda moral hacia ella era tan grande que podía recurrir a él sin vacilar. Deuda macabra, con todo… No, la muerte de David no podía cobrarse y, objetivamente, no se podía acusar a Jufré del accidente. Si recurría a su ayuda, sería al amigo de la casa Villeda a quien ella se dirigiría. Simplemente le pediría que la ayudara a reconstruir su vida, encima de lo que David le había dejado. ¿Pero era tan sencillo? ¿No habitaba en él ese amor, que con tanta frecuencia ella había sorprendido en sus ojos, y no sentía en el fondo de sí misma la llamada de esa presencia que tanto la hacía vibrar?

En vida de David, el deseo del amor exclusivo de Jufré y su esperanza de reconciliarse con su esposo, los había mantenido alejados, pero ahora esas limitaciones ya no existían. Por consiguiente, ¿recurrir a él no era una forma de invitarle a que la amara reavivando, al mismo tiempo, la memoria de David, paso tan inconveniente como equívoco… puesto que, de hecho, le estaría proponiendo amar a la mujer de un amigo, cuya muerte llevaba en la conciencia, mientras honraba su memoria? Él, tan ligado a la fidelidad, con tanto horror a la traición, ¿no consideraría que ella le incitaba a traicionar lo que precisamente le pedía mantener con vida? ¿Y no la despreciaría por esa contradicción? Tal vez. Pero en lo que a ella concernía, la contradicción estaba resuelta: gracias a la ayuda de Jufré, podría reconstruir una parte de su vida sobre la herencia dejada por David. De esta manera lo perpetuaría. En cuanto al resto, ella —¿y él?- lo asumirían. Después de tantos años de esterilidad y frustración pacientemente soportados, ahora se sentía libre de encontrar la felicidad allí donde pudiera. ¿Sería con Jufré? Lo ignoraba. Haber imaginado un amor como mujer casada insatisfecha, pero protegida, era una cosa; exponerse de frente a la realidad de este amor, era otra. Sólo una cosa contaba. Lo llamaría y él vendría…

Al volver a la casa, notó que desde hacía algunos días el montón de toneles apilados bajo el roble había crecido ostensiblemente y cuando franqueó el umbral del patio, sorprendió a Fortuna, a López y a José en animada charla. Levantándose todos a la vez, con la solemnidad de una diputación oficial, fueron a su encuentro.

Fue Fortuna quien tomó la palabra:

—Doña Orovida —empezó resueltamente—, la cosecha ha terminado. Las uvas han sido recogidas, pisadas, y el vino está en los toneles. Dice López que nunca había sido tan bueno y que es tan afrutado como en los tiempos de don Francisco. Hay que venderlo ahora, sin demora. Esta mañana vino Meir Barchillon a echar un vistazo hipócrita a la cosecha y ha pedido veros. Le hemos respondido que no estabais en condiciones de recibirle, y aún menos de discutir de negocios con él; pero apenas una hora más tarde, Cohen también vino declarando que estaba preparado para negociar, en vuestro nombre, con Barchillon, si vos lo consentíais.

—¡Jamás! —gritó Orovida, a pesar de sí misma, con una violencia que la sorprendió.

—En ese caso, hay que encontrar a otro corredor —se atrevió a decir López.

—¿Conocéis a alguno? —preguntó Orovida.

—No, señora. Desde que don Francisco no está aquí, Barchillon controla la región en muchas leguas a la redonda.

—Sin embargo, debe de existir un medio para excluirlo.

Molestos, cabizbajos, los dos servidores incitaron a Fortuna, dándole codazos, para que hablara por ellos.

—Doña Orovida, los tres hemos intentado buscar en nuestras viejas cabezas un solución. Sólo hay una persona que pueda ayudaros en Villafranca. Es el amigo de don David, Su Excelencia el Corregidor.

Expresada con su sencillez y ese sentido común campesino, la idea parecía la cosa más natural del mundo.

—Tenéis razón —replicó Orovida—, vamos a llamarle. Pero no me siento aún lo bastante fuerte para ir hasta Villafranca.

—No os inquietéis —se apresuró a decir Fortuna—. Nosotros le haremos llegar un mensaje. Ahora, id a descansar un poco antes de la comida.

El trío se retiró: López aliviado de que doña Orovida aceptase su proposición; José, triste de que la casa Villeda hubiera llegado a eso; y Fortuna, aunque convencida de que no quedaba otro remedio, llena de aprensión por las consecuencias de su iniciativa. Al recordar que afortunadamente era miércoles y que, con un poco de suerte, el corregidor recibiría su mensaje al día siguiente, y por tanto podría venir esa misma noche; la avejentada mujer se sintió, pese a todo, un poco alentada.

Mientras más rápida fuera la transacción, más efímero sería el veneno de las malas lenguas. «¡Dios mío —murmuró para sus adentros— protegedles de todos los peligros que les acechan!»

OceanofPDF.com

XIV

En el silencio de la noche sin luna, Jufré llegó sin que los cascos de su caballo lo anunciaran. Mientras lo esperaba, Fortuna había estado atareada en la casa más tarde que de costumbre. Limpiaba y bruñía con distraída obstinación el cofrecito italiano —uno de los raros objetos que don David le había permitido traer de Toledo a su mujer—, antes de emprender la limpieza del candelabro de la *Janucá*, metiendo su bayeta a través de los arcos en forma de herradura que lo perforaban. Por boca de José, sabía que don David había comprado la miniatura al saber que doña Orovida esperaba un hijo, a quien estaba destinada. De modo que había permanecido tristemente en una estantería, al lado del lecho de Orovida; ella misma la había traído desde Toledo a Extremadura.

La anciana sostenía el objeto junto al candelabro y lo miraba de cerca, fijamente, cuando sus oídos, más sensibles que sus ojos, percibieron el ligero golpe en la puerta. Se precipitó, hizo entrar al corregidor, le quitó la voluminosa capa que lo envolvía, así como el capucho cuyas puntas disimulaban la parte inferior de su rostro. A su pregunta en forma de mímica, ella respondió con una tranquilizadora inclinación de cabeza. Él sabía dónde encontrar a Orovida. Las noches, aunque menos cálidas, todavía le permitían quedarse sentada en la galería. Ansioso y a la vez esperanzado, llegó al patio, con el corazón en un puño ante el recuerdo de las dulces veladas pasadas allí en compañía de sus anfitriones. Todo eso destruido, roto, por su culpa…

Al oírlo venir, Orovida levantó la mirada y le hizo una señal para que se sentara a su lado.

—¡Cuán bueno sois por haber venido tan pronto! —murmuró—. ¡Sin embargo, debéis tener otras preocupaciones en la cabeza!

—Doña Orovida, dejadme en primer lugar deciros que nada en el mundo es más importante para mí que vuestro bienestar. Yo me siento totalmente responsable de la muerte de David, y viviré siempre con este sentimiento de culpabilidad. Nada…

—No —le interrumpió Orovida—, os lo ruego. No estéis obsesionado por la idea de un crimen que vos no habéis cometido, ni hecho cometer.

Considerad, como yo, los hechos seriamente: si David hubiese avanzado más rápidamente o más lentamente en su cabalgadura, si hubiera vuelto la cabeza de un lado más que del otro, probablemente estaría vivo y tal vez ahora estaría jugando al ajedrez con vos en este patio. Creedme, hizo exactamente lo que consideró conveniente hacer, del mismo modo que vos, de vuestra parte, habéis actuado en conciencia con el prior. Por lo demás, estaba escrito. El destino, intervención divina, no depende de nuestra voluntad. Tenemos que aceptarlo, de otro modo nos será imposible a los dos continuar viviendo. ¡Ahora bien, no olvidéis, sois vos quien me trajo de nuevo a la vida!

»Si os he llamado, es únicamente para pediros que me ayudéis, y no para extorsionaros en nombre de no sé qué expiación sin sentido. Además, ¿existe una condena capaz de absolver la pérdida de una vida?… En cambio, es posible perpetuar las obras y los esfuerzos de un desaparecido, y esto es lo que he decidido emprender en memoria de mi marido. Si aceptáis guiarme y apoyarme en este camino, tendréis toda mi gratitud.

Esta confesión trastornó a Jufré. ¿Por qué lo liberaba con tanta indulgencia? ¿Por qué, en lugar de acusarlo o de aprovecharse fríamente de su obligación moral hacia ella, no le pedía más que lo que, en circunstancias similares, podía esperarse de cualquier amigo? ¿Era por generosidad espontánea e ingenua, o por cálculo, porque tenía necesidad de él? En verdad, ambas hipótesis eran posibles, pero dentro de él todo gritaba que ninguna de las dos se correspondía con la realidad. El deseo de comprensión de que daba pruebas, su perdón sin rodeos, se situaban mucho más allá, y más bien parecían configurar una primera respuesta al amor que ella debía notar en él. Saliéndose de los límites que severamente se había impuesto, en un impulso violento, toda la fuerza de su pasión estuvo a punto de sumergirlo; y para no estrecharla entre sus brazos, tuvo que levantarse bruscamente. Disimulando su emoción gracias a la oscuridad, le dijo con voz sorda:

—¿Dudabais que yo aceptase?

—No, os lo confieso. Pero es menester que ahora os lo explique. Como debéis imaginar, mi preocupación inmediata es la de vender la cosecha sin que ello dependa de las maquinaciones de Cohen y Barchillon.

De vuelta a los temas terrenales, Jufré se serenó.

—Hace algún tiempo que pienso en eso —respondió enarcando ligeramente una ceja—. De hecho, tenéis razón, no hace falta tratar con

ninguno de los dos. Vos no habéis olvidado la sabia recomendación de David. Ahora bien, da la casualidad que una oportunidad ideal se os ofrece. ¿Os acordáis de Andrés de Ribera, en otro tiempo chambelán de Fernando, y desde hace poco, comandante de la fortaleza de Segovia?

—Sí, claro. He pensado en él recientemente. Querido Andrés —murmuró con dolorosa nostalgia—, estoy encantada de ese nuevo ascenso. Siempre ha sido un amigo tan leal…

—Sin duda alguna, pues acaba de probar una vez más su fidelidad hacia vuestra familia de un modo completamente inesperado. Figuraos que esta misma mañana, un hombre llamado Diego de la Cueva vino a verme en calidad de comprador exclusivo de los vinos de la Corte. Según él, las bodegas reales y eclesiásticas están prácticamente vacías a causa de la caída de la producción, que a su vez ha sido consecuencia de los años de revueltas originadas en nuestros campos por la guerra civil. Ahora bien, una de las preocupaciones de Fernando, y no la menor, consiste en tener siempre sus copas bien llenas en la mesa; en cuanto a Isabel, se inquieta sobre todo por el abastecimiento regular de vino para la misa… En pocas palabras, De la Cueva ha sido encargado de recorrer los campos con la misión de adquirir los mejores vinos a cualquier precio, y, por si fuera poco, con la facultad de eximir a los productores de gran calidad del impuesto de este año. Tan pronto como Andrés se enteró del asunto, me envió al hombre, recomendándole imperativamente que adquiriera todos los toneles procedentes de las tierras de Francisco.

—¡No lo puedo creer! Es una suerte increíble.

—Pues así es la vida, que a veces concede un rayo de sol entre tormenta y tormenta. Antes de venir esta noche, me he informado de los precios y, según mis informaciones, la oferta real parece más que generosa. Si no tenéis ninguna objeción, os enviaré a Diego de la Cueva, mañana al amanecer, para cerrar el negocio. Os pagará en el acto y sus hombres se llevarán inmediatamente el vino. Cuando el cargamento se ponga en camino hacia Segovia, una vez concluido vuestro negocio, Cohen y Barchillon todavía estarán frotándose los ojos para despertarse. ¿Pero, decidme, tenéis una idea de lo que haréis con vuestro dinero?

—Ni la menor idea, como no sea que, dado que David no pudo poner todo el viñedo a punto, me gustaría acabar las obras el año que viene, a fin de que las viñas produzcan, exactamente como él lo previó.

—Eso no entrañará grandes dificultades. En invierno es fácil encontrar brazos, y los períodos sin lluvia son lo bastante numerosos para permitir que las obras concluyan antes del verano. Hablaré con Pedro, el intendente que dirige mi propiedad cerca de Trujillo, y nos ocuparemos para que todos los problemas de irrigación se resuelvan. En cuanto a la poda de otoño, López sabrá a quién contratar.

—¿No creéis que ahora hará falta un intendente en la finca para aliviar a López?

—Sí, y justamente quería sugerirlo. Tendréis más necesidad de él que nunca. Le pediré a Pedro que se informe en su zona y en los alrededores. No es fácil encontrar gente digna de confianza, sin embargo, tenemos bastante tiempo. Pero volviendo a la utilización de vuestros fondos, después de la liquidación de las obras de invierno, aún os quedará una suma sustancial. Ahora bien, hasta el comienzo de la primavera, no tendréis necesidad de reinvertirla en vuestro viñedo. ¿Cómo pensáis utilizarla?

—¿Qué me aconsejáis?

—Pues bien, en vuestro lugar yo intentaría hacerla fructificar, como es habitual en estos casos, hasta que esa suma os sea necesaria.

—¿Pero no es correr mucho riesgo?

—De ninguna manera, si se trata de una buena inversión. En Trujillo, por ejemplo, hay una familia numerosa dedicada al comercio de objetos de cuero. En verano, fabrican guantes que venden durante el invierno, y en invierno, cantimploras para el verano. Pues bien, dos veces al año piden prestado para renovar sus provisiones de cuero y comienzan a reembolsarlo, con intereses, desde sus primeros ingresos de dinero fresco. A menudo yo mismo les he concedido adelantos por breves períodos, a un tipo de interés razonable, y en cuatro años nunca han dejado de cumplir sus obligaciones.

Orovida titubeaba. Ante la idea de arriesgar sumas que ahora poseía gracias al trabajo encarnizado de David, experimentaba los mayores escrúpulos.

—No estoy segura de querer intentar la operación —reconoció pasándose una cansada mano por la frente.

—Os comprendo. Todo esto es tan nuevo para vos. Pero considerad también el peligro de conservar tanto dinero en vuestra casa. ¿Tal vez podríais invertir sólo la mitad y conservar el resto?

—Es curioso que me digáis eso. Me parece estar oyendo a mi pobre padre. Solía decir que un hombre sagaz debe repartir sus ganancias en tres

partes: un tercio debe invertirse en la tierra, otro ha de guardarse en un lugar seguro, y el último debe conservarse para los gastos diarios. Si los préstamos de los que me habláis son tan seguros como decís, seguiré vuestro consejo casi al pie de la letra.

—Eso me parece completamente razonable —asintió Jufré con una mezcla de indulgencia y alivio— y para garantizaros el máximo de seguridad, os avalaré personalmente. De esta manera, si por cualquier razón vuestros deudores no os reembolsaran a tiempo, o si, por azar, necesitarais recuperar vuestros fondos antes de lo previsto, os los reembolsaré yo mismo. La único que os queda por hacer es pensar ahora en un lugar seguro donde esconder las sumas que conservaréis.

—Tenéis razón, mañana me ocuparé de ello.

—¡Muy bien! De acuerdo. Me ocuparé de vuestra inversión y vos me la reembolsaréis en la primera ocasión.

—¿Ya que se trata de poner el dinero en lugar seguro, por qué no mañana mismo?

Al oír estas palabras, Jufré se levantó, y dio algunos pasos en el patio, buscando la forma de darle una respuesta que no la turbara demasiado:

—Doña Orovida —acabó por decir—, me parece que es inútil recordaros que desde 1412, primero el Estado, luego la Iglesia, han prohibido en este reino toda relación continuada entre judíos y cristianos. Por fortuna para Castilla, ni sus gobernantes ni sus súbditos se han tomado estas disposiciones muy en serio. En lo que me concierne, yo mismo las he violado al mantener lazos de amistad con don David. ¡Pero desgraciadamente David ya no está, y las lenguas malintencionadas no tardarán en cotillear a propósito de mi atracción por la casa de los Villeda! Para los habitantes de Villafranca y de la región, yo represento a Sus Majestades católicas, cada vez más católicas, cada vez más fanáticamente católicas, estaría tentado a decir, de creer a las voces cada vez más estridentes de los prelados dominicos. Además, aunque oficialmente todavía estoy casado con Leonor, se sabe que vivo como soltero. En cuanto a vos, aparecéis a todos los que os conocen como el perfecto símbolo de la mujer judía en todo su esplendor, refinada, envidiada tanto por su cultura como por sus maneras delicadas. Ahora bien, por desgracia, ahora sois viuda, una viuda judía y solitaria. De modo que si se sabe que os veo a menudo, y que me ocupo de vuestros negocios, vuestros enemigos o los míos —y no faltan— se encargarán de divulgar nuestra comprometedora

situación en menos de lo que canta un gallo. Ya no se tratará, para ellos, como en tiempos de David, de unas relaciones anodinas ante las que se hacía la vista gorda, sino de un crimen capital, no sólo para el Consejo de la Corona, también para los jueces de la comunidad judía, aunque hayan perdido el derecho efectivo de formalizar un proceso en este tipo de asuntos. ¡Doña Orovida, no hay que dar lugar a tales sospechas, porque en definitiva seríais vos, mujer judía, y no yo, el cristiano, quien pagaría el precio más caro! Por cierto, esto no significa en absoluto que yo renuncie a ayudaros, al contrario, pero tenemos que ser muy prudentes en todo momento. Por eso no podré volver mañana. Volveré pronto, muy pronto, pero os lo ruego, dejadme a mí decidir el momento. Si alguna vez necesitáis verme con urgencia, que Fortuna de nuevo me haga llegar un mensaje por medio de la familia Díaz. Y ahora, perdonadme, pero vuestra seguridad lo exige, debo dejaros porque es muy tarde y en mi casa podrían preguntarse por mi ausencia.

Asintiendo en silencio con una pálida y resignada sonrisa, Orovida acompañó a Jufré hasta el vestíbulo, donde Fortuna y José habían tenido la delicadeza, antes de ir a acostarse, de desplegar cuidadosamente su gran capa sobre un banco. A la débil luz de una lamparita que ardía sobre una mesa, ella le extendió el amplio capuz al corregidor, y de buen grado lo vio envolverse el rostro con las puntas de la capucha. Ahora sólo sus ojos eran visibles. Cruzando una vez más su mirada de un azul verdoso luminosísimo, ella no pudo reprimir un escalofrío de aprensión, el mismo que había sentido la noche en que David, durante su primera partida de ajedrez, eligió los peones de ébano. Indirectamente, a causa de su buena armonía, David estaba muerto. ¿Iría a perder ahora también al hombre que venía en su auxilio, bajo la presión hostil de un mundo que se alzaba entre ellos?

Cuando la noche hubo ocultado a sus ojos la sombra de Jufré, Orovida fue a su habitación no con la intención de dormir, sino de reflexionar sobre su aviso. Desde su llegada a Villafranca, Jufré había ido ocupando poco a poco un lugar en su vida, al igual que Andrés, Francisco y otros amigos cristianos antaño en Toledo. En su existencia ahora rota, su presencia permanecía intacta, pero su papel había cambiado por completo. Fiador del futuro que ella intentaba edificar, a partir de ahora se había convertido en único, indispensable. Sin embargo, absorbida por sus proyectos y recientes resoluciones, no había tomado en consideración las implicaciones de sus nuevas relaciones en función del mundo exterior que los asediaba por todas

partes. ¡De qué modo ella, una joven judía, y Jufré, un cristiano, se iban a oponer al poder de la Iglesia y del Estado! Esto era inconcebible. Había que mostrarse realista a cualquier precio, evitar el peligro como había acostumbrado a hacerlo toda su vida, abandonar, antes de que fuera demasiado tarde, las delirantes quimeras. En cuestión de horas, el vino estaría vendido. Cuando el negocio estuviera concluido, lo único que tenía que hacer era irse lo antes posible para Portugal. Nada era más simple. Ya que había encontrado en sí misma la fuerza para asumir las responsabilidades de David, también encontraría el valor para afrontar a su exasperante familia y acostumbrarse a un existencia en tierra extranjera, por muy desesperante que pudiera parecer. ¿Pero, de qué estaría hecha? De tranquilidad y seguridad, sin duda, pero al mismo tiempo de una interminable y desconsoladora soledad, de un vacío sin final. A la inversa, quedándose aquí, encargándose de los negocios, tal vez podría darle otra vez un sentido a una vida sin ideal. Y esta perspectiva la exaltaba. Contrariamente a su propia lógica, se sentía más capaz de responder a este desafío con los riesgos que comportaba, que de sufrir pasivamente la desolación que le esperaba en Portugal. Porque, y en eso estribaba la paradoja, la causa de esos riesgos era justamente la fuente de su confianza. Jufré nunca le fallaría. Era evidente. De modo que la elección se imponía por sí misma.

A través de las espesas cortinas de su cama, el alba empezaba a despuntar. Silenciosamente, Orovida las apartó y, abandonando la tibieza de su lecho, se vistió apresuradamente a fin de recibir a Diego de la Cueva. Tiritando con el frescor de la madrugada, buscó un chal para envolverse, pero de pronto recordó que todos estaban en la habitación que antes compartía con David, donde no había vuelto a entrar después de su muerte, ya que desde entonces se alojaba provisionalmente en una esquina del gran salón.

Con una determinación que la sorprendió, se encaminó a su antigua habitación y abrió la puerta. El olor a cerrado que la recibió la desalentó fugazmente, pero en seguida se repuso y fue directa a la cama, levantó con gesto enérgico el cubrecama que la protegía del polvo y se dirigió al baúl donde atesoraba una parte de su guardarropa. Escogió un ligero chal de lana clara, se lo puso sobre los hombros y salió de la pieza sin cerrar la puerta.

El chirrido de las ruedas de una carreta que se aproximaba vino a turbar la quietud del amanecer. Orovida salió a recibir delante del gran

pórtico a Diego de la Cueva, quien, tras saltar de un hermoso caballo negro, se apeó dándoles instrucciones al carretero y a su ayudante para la carga de los toneles. Inclinándose respetuosamente, De la Cueva saludó a Orovida y la siguió a petición suya al interior de la casa. Lo condujo a la habitación donde se hacían las cuentas, se sentó en la silla de alto respaldo de su esposo y, muy erguida, le pidió todos los detalles de la transacción. Con la mayor deferencia, el agente real se los expuso claramente y luego le dio a leer un pergamino rubricado con las exuberantes firmas de Sus Majestades Católicas. Estampado con el sello de los reinos unidos de Castilla y Aragón, el documento le autorizaba a proceder, en nombre de los soberanos, a la compra de todas las cosechas y a eximir al vendedor de los habituales impuestos.

—Sólo hay un problema —añadió el funcionario con un matiz de vacilación—. Oficialmente, la Corona no negocia ningún asunto con los judíos, menos aún tratándose de la compra del vino destinado a los sacramentos. En consecuencia, señora, si os parece bien, redactaré la escritura de la venta y la exención del impuesto a nombre de Francisco de Guzmán. De esta manera vuestro criado López podrá firmar en nombre de su amo. Si el recaudador de impuestos hiciera preguntas, este documento deberá satisfacerle. Si no fuera así, vos no tendríais más que informar al corregidor.

Dicho esto, sin más comentarios, Diego de la Cueva puso al pie de la escritura las volutas de su firma.

—¿No estaréis dando un paso peligroso? —dijo ella súbitamente, preguntándose si, al escapar de las garras de Meir Barchillon, no estaría cayendo de hecho en una trampa mucho más temible.

—Señora, en la Corte, los conversos asumen riesgos a cada instante. La víspera de mi partida de Segovia, oí decir que los soberanos acababan de encargarles a dos monjes dominicos que dirigieran una inquisición bajo su propia autoridad. ¿Sus propios hombres, entendéis? Nada de los del Papa. ¿Y con qué misión? La de extirpar del suelo de España la pretendida herejía judaizante. El castillo de Segovia está infestado de dominicos del monasterio de Santa Cruz, cuyo celo es fomentado por el fanatismo de su prior, un tal Tomás de Torquemada, confesor particular de la reina. Escuchan, observan, se meten en todo y nos espían con la esperanza de descubrir que hemos vuelto a nuestra fe ancestral. ¿Un paso peligroso, me habéis dicho? ¡El mismo hecho de que en este momento os esté hablando

podría convertirme en sospechoso! ¿Qué decir entonces de la transacción que acabo de cerrar con vos en nombre de la Corona?… No obstante, no nos inquietemos más de la cuenta. Don Jufré y yo hemos examinado el asunto en sus menores detalles, y estamos convencidos de que quienes nos gobiernan no notarán jamás un acuerdo tan insignificante. Sin embargo, es evidente que mientras paguéis vuestro diezmo a ese viejo golfo de De Toro, no dejará de escudriñar por todas partes para saber como habéis podido realizar tan buen negocio. Gracias al cielo, el corregidor sabe cómo moderar sus ardores, de tal suerte que apenas se atreverá a importunaros. Por lo demás, nadie, aparte de don Jufré y López, debe saber jamás que nos hemos visto. En nuestros registros, nuestras transacciones aparecerán únicamente bajo el nombre de Guzmán, con la firma de López. Este procedimiento es frecuente. Incluso don Abraham Seneor utiliza desde hace años este subterfugio —por otra parte, con la complicidad de la reina— para recibir las rentas anuales que la Corona, a despecho de la ley, sigue pagándole por sus servicios. Simplemente, el dinero es entregado a nuestro común amigo Andrés de Ribera. Pero ahora tengo que despedirme, señora —concluyó el hombre poniéndose de pie y tras haber observado por la ventana que el cielo se aclaraba de minuto en minuto—. Por el bien de los dos, prefiero alejarme antes de que todo el mundo se despierte.

Abriendo los anchos pliegues de su holgada hopalanda, sacó tres gruesas bolsas de cuero.

—He aquí lo vuestro: trescientos castellanos de oro. Hay cien en cada bolsa. Podéis contarlos, si queréis, pero creo que no es necesario. Don Jufré y yo lo hemos verificado todo ayer noche. Una última cosa: esperad algunos días antes de pagarle el diezmo al prior, a fin de que no pueda hacer ningún cotejo. Toda precaución es poca. ¿Queréis hacer venir a López para nuestra pequeña formalidad?

—Debe de estar fuera con vuestro carretero —replicó Orovida—. Llamémosle.

Cuando Diego de la Cueva y sus acompañantes se marcharon, Orovida volvió a sentarse ante la mesa del pequeño despacho. Tratando de no divagar, sin dejarse llevar por la menor emoción, se esforzó en pensar solamente en los problemas inmediatos: ante todo, un lugar bien seguro para esconder todo aquel dinero. ¡Qué extraño que De la Cueva lo hubiera dividido ya en tres partes iguales! ¿Era por simple comodidad o por una inconsciente costumbre judía a la que seguía amoldado?

Rozando con los dedos las bolsas depositadas en la mesa, cogió una, la que pensaba reservar para el diezmo, a todo lo que le correspondería a la ciudad y a la Corona, así como al pago de los peones. La guardaría en el cofre de hierro empotrado en el muro, justo a su espalda. Desde que había muerto David, la llave colgaba de su cintura. Tan pronto lo hizo, regresó a donde estaban las otras dos bolsas. Una debía estar a mano para un caso de necesidad. Nerviosamente, se levantó y recorrió todas las estancias buscando un escondrijo, pero la residencia estaba tan poco amueblada que no encontró ninguno. Se sentó en su banco para reflexionar unos instantes, y entonces descubrió la gran vasija redonda que ella siempre llenaba de cáscaras de frutas confitadas. La cogió y se la llevó a la cocina, vació el contenido sobre la mesa y hundió la bolsa aplastándola en el fondo lo mejor que pudo. Después la cubrió con un mantelito de batista que halló en el baúl de la ropa, y rellenó la vasija hasta el borde con las frutas confitadas. Por supuesto, tenía que poner al tanto a Fortuna, lo que quizá, después de todo, no estaba mal.

Quedaba la tercera bolsa, la que Jufré debía venir a buscar. Puesto que las dos primeras se encontraban en el interior de la casa, en seguida pensó que era mejor esconder afuera la tercera. ¿Por qué no en la maleza? Alejada y muy abundante, era el lugar ideal. Dándose prisa, se encaminó por el estrecho sendero que llevaba al manantial. Al llegar, descubrió, en un sitio protegido de las lluvias invernales, detrás del bosquecillo, a lo largo del arroyo, una tapia muy baja que supuso fue construida para contener el agua en caso de tormenta. Recorriendo con las manos las hileras de piedras desiguales y musgosas, no tardó en descubrir una grieta lo bastante ancha para deslizar allí su oro. Hundiendo la bolsa vigorosamente hasta el fondo, tapó la abertura con tierra y con unos ramajes cubiertos de musgo arrancados del tronco de un árbol. Luego retrocedió unos pasos, tratando de registrar el escondite en su memoria: a seis hileras de piedra del suelo, y entre la quinta y la sexta piedra, a partir de la derecha… Repitiendo estos detalles mentalmente, tomó el camino de regreso, hollando con paso ligero las primeras hojas doradas del otoño.

Tras haber regresado a la quietud de su rincón favorito en la galería, de pronto sintió que la abandonaba el valor. Así que, tal y como lo había previsto David, la Inquisición se extendía por todo el país, bajo el único control de la Corona y no del Papa, quien le cedía a los monarcas católicos el poder y la autoridad de la Iglesia. ¿En qué terrible instrumento se

convertiría en sus manos? ¿Qué fuerza podría resistir al poder conjunto de la Iglesia y la Corona, una al servicio de la otra? ¿Cómo, dónde y cuándo comenzarían los inquisidores su tarea? Lo ignoraba, pero De la Cueva había dicho bastante para confirmar sus temores con respecto a su hermana y Eleazar. Tenía que hacerles llegar un mensaje cuanto antes, y tranquilizarlos informándoles que nc tenía intención de mudarse a Segovia. También debían saber que siempre estaría dispuesta a ayudarlos en caso de necesidad, y sobre todo, que David había guardado en Portugal un dinero que ellos podrían utilizar si se vieran obligados a huir. Es más, tenía que haberlos puesto sobre aviso por medio de De la Cueva, y se censuró por este olvido. A partir de ahora tenía que estar permanentemente alerta para desbaratar a tiempo los múltiples peligros que sin falta iban a presentarse. De momento, sólo le quedaba esperar la próxima visita de Jufré, y sólo Dios sabía cuándo volvería.

«Tengo que mostrarme paciente, paciente y decidida…», se repetía ante la insidiosa escalada de peligros, sintiéndose débil y poco capaz, pues la protección de que había gozado hasta ahora no le había permitido prepararse para hacer frente a las amenazas por su propia iniciativa.

Cuando de nuevo las lágrimas empañaron sus ojos, experimentó un brusco sobresalto de rebelión. No, no podía inclinar la frente; no, no cedería… Levantándose de un salto, se dirigió al despacho de David, se sentó enérgicamente en su lugar y se puso a examinar los papeles que él había dejado allí, apilados sobre la mesa.

OceanofPDF.com

XV

Aullando como un demente, el viento barría la triste llanura de Extremadura, levantando a su paso múltiples espirales de tierra amarilla, seca y polvorosa. «Si por fin lloviera», suspiró Orovida acurrucada al calor de la chimenea, aterida en la cocina, arropada en su chal. Después del interminable y ardiente verano, la naturaleza estaba tan árida, tan extenuada… Pero López repetía que rara vez llovía antes de Navidad, y a veces nunca. ¿De modo que aquellas nubes de tormenta de noviembre nublando el horizonte, no eran más que una ilusión? ¿Se disolverían, aspiradas por el viento, antes de haber derramado su maná sobre la tierra sedienta, o bien, reventarían de pronto en ese diluvio tan esperado?

Cuando la noche se extendía sobre la tierra como una capa de plomo, por fin unas gruesas gotas de lluvia, al principio muy espaciadas y luego cada vez más copiosas, empezaron a golpear el suelo sediento, cavando grietas y surcos pronto anegados por verdaderas cataratas. La lluvia era allí provechosa, y la naturaleza desencadenada llevaba a cabo en la tierra su eterna e incansable obra de regeneración. En la habitación iluminada como si fuera de día por los rayos que se sucedían a un ritmo cada vez más irregular, Orovida aspiró a pleno pulmón el frescor del aire que entraba violentamente en toda la casa, semejante a un tornado bienhechor.

—¿Deseáis retiraros, señora, o preferís quedaros aquí unos instantes más? —le preguntó Fortuna a su ama, poniendo en orden la cocina antes que anocheciera, y a pesar del estrépito de la tormenta.

—Sí, creo que me quedaré un momento escuchando la lluvia.

—En ese caso, voy a atizar el fuego. Aquí tenéis un velón para cuando volváis a vuestra habitación, y las cortezas de frutas confitadas están sobre la mesa. Las habíais olvidado sobre el banco cuando entrasteis a guareceros del viento.

—Gracias. ¿Qué sería de mí sin ti?

—¡Qué pregunta! ¿Y qué sería de mí? ¿Qué habría hecho sin vos, señora, y sin el pobre don David, durante todos estos años? ¡Buenas noches, señora, y que los truenos no turben vuestros sueños!

¿Sus sueños? ¿Cómo habría podido soñar? Las semanas habían transcurrido sin noticias de Jufré. ¿Acaso el peligro era tan grande, o había cometido un error al confiar en él? ¡Ah, lo mejor hubiera sido partir antes de que fuera demasiado tarde! «¡Partir!», se repetía, sabedora de que no lo haría, porque mientras más Jufré la hacía languidecer, más lo necesitaba. No tanto por razones puramente prácticas, sino por el simple deseo de verle, de contar con su presencia. Tenía, pues, que esperar, esperar un poco más… tener paciencia.

Las brasas estaban casi consumidas cuando, un poco entumecida por la inmovilidad, decidió ir a acostarse. Al salir de la cocina, ahuecó la mano para proteger la llama de su velón de las ráfagas que soplaban bajo las arcadas de la galería, y, encorvando la espalda, se apresuró hacia su habitación. Casi había llegado cuando creyó oír que golpeaban la gran puerta. Era imposible. ¿Quién podía aventurarse a salir en una noche como aquella? Probablemente fuera el roce de un rama sacudida por la tempestad. Pero no, porque los golpes se reanudaban: tres breves e insistentes toques resonaron en la inmensa puerta. Intrigada e inquieta, Orovida se deslizó sin hacer ruido hasta allí y alzó, titubeante, su lámpara hasta la mirilla. Apenas entrevió el rostro que estaba del otro lado, tuvo un sofocón. La manera en que se embozaba con el capucho, no dejaba lugar a dudas. ¡Era Jufré! Con las manos temblorosas, turbada por la sorpresa, la excitación y la alegría, descorrió los cerrojos y le hizo entrar.

—¡Dios mío, sois vos! ¿En una noche como esta?

—Esta noche, justamente, nadie lo notaría. Hacía tanto tiempo que quería… —murmuró descubriéndose y quitándose la capa mojada.

—Pronto, venid a la cocina. Voy a reavivar el fuego. Tenéis que calentaros y secar vuestras ropas.

Quitándole las ropas empapadas, las colocó en un banco frente a la chimenea y, como pudo, trató de reanimar los rescoldos resguardados debajo de la ceniza. Arrodillándose a su lado, Jufré le quitó sonriendo las tenazas de las manos; disponiendo diestramente algunas ramitas bajo las brasas, amontonó los leños por encima y, unos segundos más tarde, una gran llama brotó radiante en el hogar. El fuego les calentó la cara, y ambos retrocedieron al mismo tiempo. Inmóviles, codo con codo, contemplaron gravemente los fulgores de la chimenea, fascinados por la hoguera que acaban de encender. Entonces, atraídos por una fuerza irresistible, se volvieron uno hacia el otro y se abrazaron.

—Orovida —dijo tiernamente— Orovida, ¿cuando vuestro padre escogió ese nombre, sabía que un día os convertiríais en el oro de mi vida?… En mis noches de soledad, en lo alto de la ciudad, no he dejado de pensar en vos, pero nunca imaginé que viviría un instante como este.

Febrilmente, sus dedos corrían a lo largo de su cabellera, sus labios cubrían de ligeros besos su rostro, sus párpados, su boca; y sus manos, en un impulso lleno de ternura, rozaban aquellos pechos que parecían desde siempre destinados a llenar el hueco de sus palmas. En cuanto a Orovida, subyugada, sucumbió al placer.

Sin embargo, súbitamente un gran escalofrío la recorrió, y se puso tiesa:

—Esto es imposible —murmuró.

—Orovida, mi amor, imposible o no, yo te amo. Yo te amo con una pasión tan grande que nada en el mundo cuenta para mí. ¿Acaso crees que ignoro cuán despreciable es traicionar la memoria de un amigo cuya muerte he causado aprovechándome de su lealtad; traición tanto más ruin cuanto que él nunca podrá vengarse? ¿Quién, mejor que yo, conoce el significado de la palabra «traición» y sabe cuáles pueden ser las consecuencias de nuestra locura? Pues bien, ahora que estoy contigo, todo me da lo mismo. Desde que te volví a encontrar en Villafranca, desde el primer día, con todas mis fuerzas he tratado de ahogar en mí esta obsesión por ti. Pero todos mis esfuerzos han sido en vano. ¿Me comprendes?

—Sí, te comprendo. Pero, Jufré, nuestro amor es imposible. Hay demasiados obstáculos entre nosotros.

—Si piensas en David y en Leonor…

—No, no es eso —le interrumpió con fogosidad, zafándose de sus brazos—. David y Leonor pertenecen a nuestro mundo íntimo y somos libres de evocarlos o no, de pactar con su imagen a nuestro gusto, ¿pero qué podemos hacer frente a las fuerzas exteriores que nos cercan?… Entre tú y yo siempre se alzará un crucifijo cuya negra sombra nos cubre. Cuando tomé mi decisión, todavía creía que podrías protegerme de él; pero desgraciadamente, cada día que pasa, su sombra se extiende más. Un día, acabará por velar toda luz y nosotros nos hundiremos en la oscuridad.

—¡Al diablo el crucifijo! —estalló Jufré dándole un puntapié a un tronco a medio consumir que soltó chispas—. ¿No había muerto por amor a sus semejantes Jesús el judío? ¡No es el crucifijo lo que nos amenaza, sino eso en lo cual lo convirtieron! Nuestra madre Iglesia, como ellos la

llaman… Pero es una madre «inmaculada», que nunca conoció el amor, una madre mostruosa que rechaza a sus ancestros, ahogando el talento de sus propios hijos y disponiéndose a quemar a aquellos que pretende haber prohijado. Esta es una Iglesia que predica el odio contra todos los que no se inclinan ante ella con abyecta humildad. David se negó a caer en este ciego fanatismo y, a mi manera, yo hago lo mismo. La Iglesia no puede denegarnos el derecho a amar. ¡Ella no posee el monopolio de Dios! Por otra parte, Dios, en su infinita sabiduría, ¿habría permitido mi amor por ti si no hubiera querido que disfrutáramos de él? ¿De qué Dios se trata? ¿De este de la Iglesia, manipulado y explotado según el talante de los prelados? ¿O bien este del hombre, el tuyo, el mío, amado, querido, alabado y al que hay que dar gracias cada día, por las alegrías que nos prodiga?

—¿Excelencia —dijo Orovida con la voz cambiada—, si vos fueseis acusado de amar a una judía, sostendríais todo eso ante el Consejo de la Corona de Sus Majestades católicas?

Tratando de encontrar la forma de refutar lo irrefutable, Jufré se quedó un instante silencioso.

—Orovida —dijo al fin—, examinemos calmadamente lo que nos pasa. Entre tú y yo, dos seres solos en busca de un poco de felicidad, Dios no puede convertirse en un obstáculo, pero la Iglesia sí que puede. Por consiguiente, no sólo debemos considerarla como una fuerza dirigida contra nosotros, sino también como una enemiga que nos enfrenta y nos une a la vez. Ningún poder espiritual o temporal podrá impedirnos jamás que creemos nuestro propio universo; sólo pueden obligarnos a luchar para preservarlo.

—No ganaremos esta batalla…

—Tal vez, pero ¿qué alternativa nos queda? ¿Renunciar sin luchar? ¿Perder este tenue hilo que se esboza entre nosotros? ¿Aceptar la perspectiva de una existencia desesperante, solitaria y sin amor, en un mundo dominado por el odio, la crueldad y la fealdad? Tal vez tengas razón, Orovida, en efecto, este mundo ha decidido acosarnos inexorablemente como el despiadado calor del verano persigue al frío mortal de invierno, pero Dios nos ofrece la efímera ternura de la primavera… ¿Vas a dejarla escapar?

Desamparada, Orovida guardó silencio.

Sintiendo que la turbaba inútilmente, Jufré tomó cariñosamente su mano entre las suyas, e hizo que se sentara a su lado, frente al fuego:

—Perdóname, amor mío. No tengo ningún derecho a atormentarte planteándote semejante pregunta, y no puedo exigir de ti una pasión idéntica a la mía, ni una concordancia total con mis ideas. Ideas que se han convertido en una compañía familiar, arraigadas en mí desde hace mucho tiempo. Eso explica el ardor de mis palabras, pero no puede forzarte a aceptar o a rechazar cuanto digo. Mi pasión enturbia mi juicio y me ciega, sobre todo me hace olvidar que es tu vida la que puede ser destruida. Te lo ruego, no digas nada. Olvida mi pregunta de hace un rato. La respuesta vendrá por sí sola. De momento, hablemos sólo de lo inmediato y de las primeras medidas a tomar. Con respecto al asunto del administrador, Pedro me ha dicho que un hombre llamado Alfonso estará libre poco antes de Navidad. Cuando venga a verte, te dirá que lo ha enviado Pedro de Trujillo y podrás tratar con él. Solamente te aconsejo mostrarte un poco más generosa de lo que era Guzmán con López, pues será para ti de mucha ayuda.

—¿Qué hay que hacer con López?

—Conservarlo. Él se siente aquí como en su casa, y siempre podrá serte útil, en tu jardín, por ejemplo…

Viendo que las mejillas de Orovida se arrebolaban, se preguntó si era el recuerdo de su primera conversación lo que tanto la turbaba u otra cosa…

—Alfonso —prosiguió— os traerá los hombres para acabar los trabajos de irrigación. Ahora, volvamos a la venta del vino. ¿Habéis pagado al prior?

—Sí.

—¿Y todo fue bien?

—Creo que sí.

—Bien. Así el viejo zorro está tranquilo. ¿Ha venido el recaudador de impuestos?

—Sí, me visitó alrededor de diez días después de la recogida de los toneles. Cuando vio el documento de compra que López enarbolaba ante su nariz, se inclinó respetuosamente y desapareció.

—Bien. No ha venido a pedirme confirmación. Por tanto, todo parece haber salido como estaba previsto. ¿Y el dinero? ¿Está en lugar seguro?

—Pienso que sí. La suma reservada para el viñedo está bajo llave en el cofre de David, lo necesario para los gastos corrientes está aquí, en el fondo de la vasija de frutas confitadas, y el resto en un escondrijo allá afuera, en un murete cerca del manantial. A causa de esta tormenta, te voy a dar los

cien castellanos que guardo en la casa y mañana por la mañana iré a buscar la bolsa.

—¡No, delicada y bella dama, no haréis nada de eso, no después de semejante tormenta! Arremangaos vuestra falda, calzad vuestros delicados pies con las botas más altas que tengáis y vamos a buscarla los dos juntos ahora mismo.

—¡Pero eso es una locura! ¿Por qué razón?…

—Ten confianza, te lo ruego. ¡Vamos, rápido!

Cuando estuvo preparada, la lluvia, empujada hacia el este por un viento caprichoso, había cesado de caer. Despedazadas, las nubes en desorden atravesaban el cielo a gran velocidad, y la luna parecía arbitrar su loca carrera en el firmamento. Haciendo de guía, Orovida se abrió paso entre las ramas arrancadas que alfombraban el suelo resbaloso, y cuando llegó al manantial, se le escapó un grito de angustia. En efecto, la tapia se había derrumbado, aplastada bajo un enmarañamiento de ramas rotas y troncos arrancados de cuajo.

—Esto era lo que me temía —señaló Jufré brevemente—. ¿Te acuerdas exactamente dónde colocaste la bolsa?

—Sí, aquí, justo delante del tronco del que arranqué el musgo. Casi en el remate: la sexta hilera a partir del suelo. Exactamente entre la decimoquinta y la decimosexta piedra contando desde este lado…

—Entonces, apenas podremos cogerla directamente. Tendremos que desplazar las piedras una tras otra, hasta que la bolsa caiga o podamos cogerla. Dios sea loado, hay luna llena. Empieza por este lado mientras yo avanzo por el otro extremo, yendo hacia ti. Si el muro se desmoronase por entero, lo que no es imposible bajo el peso de los troncos y las ramas, trata de ver si la bolsa cae, y dónde cae.

Por suerte, como el muro era muy viejo y las piedras estaban gastadas, y mal ajustadas, la tarea resultó mucho más fácil de lo previsto.

—¡Jufré! —exclamó Orovida al cabo de un rato— me parece que casi la he…

Pero entonces, justo cuando ella extendía la mano, el muro se vino abajo.

—¡Dios mío —murmuró Jufré—, ten cuidado, te lo ruego!

—¡Está allí, allí, en la pendiente, entre las piedras y el agua!

—No te muevas. La orilla está resbalosa. ¡Ya voy yo!

Tras trepar por la masa terrosa y desgreñada de troncos y raíces entrelazadas, Jufré plantó firmemente los pies en el suelo fangoso, se arrodilló con precaución y palpó el suelo viscoso a su alrededor. Un grito de victoria anunció que la había encontrado.

—¡La tengo! —cuchicheó moderando su júbilo, pero quedándose en el mismo sitio y sin dejar de seguir buscando en el suelo húmedo y esponjoso.

—¿Qué pasa? ¿Todo va bien? —preguntó Orovida.

—Sí, pero acabo de descubrir otra cosa. ¿Puedes coger la bolsa? Te la voy a lanzar. ¡Allí! Ahora, vuelve a casa, yo iré dentro de un rato.

El tono era tan perentorio que Orovida obedeció sin protestar, y casi enseguida estaba de vuelta al calor de su cocina, donde empezó a quitarse, no sin lastimarse, las botas cuyo cuero empapado se había puesto negro. Cuando acabó de quitárselas y ya extendía los helados pies hacia la chimenea, Jufré entró con el rostro radiante.

—¡Los dioses están con nosotros! —exclamó completamente excitado —. ¡Don Álvaro me había dicho que estaba por ahí, pero yo estaba tan seguro de que era una fábula local, que nunca me tomé el trabajo de emprender su búsqueda!

—¿Qué búsqueda?

—¡La del subterráneo, por Dios, el subterráneo! Un pasadizo construido por los moros hace unos doscientos cincuenta años, cuando fueron sitiados por Fernando el Santo. Al construirlo, desviaban el agua del preciado manantial hasta la ciudadela, para privar de ella a las tropas cristianas y reservarse su uso. Después de la reconquista, este túnel fue rellenado y más tarde olvidado, pero cuando yo llegué aquí con Isabel para pacificar la región, Álvaro de Portela y sus caballeros mencionaron su existencia, pues temían que fuera utilizado por los rebeldes, en caso de asedio. ¡Pero como el sitio no tuvo lugar, lo había olvidado por completo! ¡Qué inaudito golpe de suerte!

—Pero, en fin, explícame, ¿qué tiene eso de tan extraordinario?

—¿No lo adivinas? Veamos, con el tiempo que hace que el conducto entre el manantial y el túnel permaneció obstruido, y así ha estado desde hace años, el túnel está seco. ¡Lo único que hay que hacer es limpiarlo un poco y de esta manera podré venir a verte a espaldas de todos!

Pero Orovida no compartió su alegría.

—Tú sabes que es posible de este lado. ¿Pero y del otro? ¿Dónde se encuentra la salida?

—No lo sé exactamente, pero creo que desemboca en un pequeño depósito subterráneo, en la parte baja de la ciudad, en los alrededores de la puerta Cristo. De modo que podré, casi seguramente, volver a salir en el jardín, detrás de mi casa, y tomar el sendero que une la muralla este de la ciudad con el barrio judío. Se trata de un lugar desierto donde nunca se encuentra, ni de día ni de noche, ningún alma viviente.

—Sí, sin duda es sencillo, ya que tú lo dices —murmuró Orovida nerviosa—. Pero ¿y los centinelas de la finca, has pensado en ellos? ¿Y qué pretexto invocarás para hacerlos limpiar ese túnel después de tantos años?

—Está bien, amor mío, tienes razón mostrándote prudente —aprobó Jufré sonriendo—. ¡Los guardias, como sabes, no vigilan, se pasan la mayor parte de la noche roncando! En cuanto a mi brusco interés por el túnel, no atormentes más tu bella cabeza dorada, encontraré un pretexto. ¿Por qué no, por ejemplo, mi deseo de prever toda eventualidad, pensando en las posibles consecuencias de las revueltas en la frontera de Granada, en caso que los moros de Hornachos recibieran ayuda del sur? ¿Eh? ¿Y a esto qué dices? No te inquietes, seré convincente, te lo prometo.

—Te creo… Sabes mostrarte tan persuasivo…

—¿De verdad? Lamentablemente, ahora tengo que persuadiros, señora, de que ha llegado el momento de retirarme. Esta noche te he dicho las palabras más locas, las más imprudentes, pero no lo lamento. Sin embargo, debo probarte que sé actuar con reflexión y ponderación.

—Aunque me cueste, no te retendré. Pero antes de partir, dime una cosa más: ¿puedo hacerle llegar un mensaje a Alegra lo antes posible?

—Claro, yo lo escribiré.

—Entonces, dile simplemente que no iré a Segovia, que puede contar conmigo en caso de necesidad y que, en fin, si tuvieran que huir, pueden disponer del dinero que David tiene en Portugal, depositado en casa de su hermano Saúl. ¿Pero podrás transmitirles este último recado sin peligro?

—No será fácil, pero lo intentaré. Si todo va bien, volveré a verte muy pronto y más a menudo, te lo juro. De todas maneras, te tendré al corriente.

Con un nudo en la garganta, Orovida le ayudó a ponerse la capa y, con un espontáneo gesto de ternura, comenzó a enrollar las puntas del capucho alrededor de sus firmes mandíbulas. Interrumpiéndola, inmovilizó su mano, cogió su grácil muñeca. Después, atrayéndola hacia él, tomó su rostro entre sus manos cubriéndole de besitos los ojos y los labios.

—¡Que Dios te proteja, amor mío!

«¿Dios? ¿Cuál?», se preguntó mientras escuchaba el ruido de sus pasos alejándose en la noche.

OceanofPDF.com

XVI

A la primera ojeada, Orovida detestó a Juan Ruiz. Todo en él evocaba un lagarto. No caminaba, sino que se deslizaba con sigilo, como si intentara disimular, agitando sin cesar las manos con ademanes furtivos. En cuanto a su rostro picado de viruela, con la piel basta y aquella cabellera, santo cielo, era tan gris como una piedra, y su mirada glauca y subrepticia se insinuaba por doquier, observándolo todo y haciendo creer que no veía nada.

—Doña Villeda —comenzó con una obsequiosidad exasperante—, os ruego que me excuséis por tener la audacia de molestaros, pero vengo de parte de Su Excelencia el Corregidor.

Orovida levantó la mirada del tapiz en el que trabajaba para Jufré, y, con un movimiento de cabeza, le mostró que aceptaba sus excusas, esperando que explicara el motivo de su visita.

—Su Excelencia me ha ordenado que dirija los trabajos de reparación del pasaje subterráneo que une vuestro manantial con Villafranca.

—¿De verdad? —replicó Orovida interrumpiendo su labor—. ¿Por qué razón no se me dijo antes? ¡Jamás he oído hablar de tal pasadizo!

—Pues me siento doblemente honrado, por ser el primero en hablaros de él.

—¡Muy bien! Proseguid, os lo ruego, y decidme entonces, ¿por qué ese túnel debe repararse?

—Para asegurar las reservas de agua de la ciudad en caso de que fuéramos atacados, señora. Tal vez estemos en vísperas de una guerra contra Granada.

—Lo sé. De manera que, si os he comprendido bien, en caso de sitio, el agua de mi manantial sería desviada hacia la ciudad y mi viñedo se desecaría. ¿Su Excelencia ha considerado este aspecto en sus planes?

Sorprendido por la pregunta, Juan Ruiz se sintió invadido por la rabia. No sólo tenía que soportar que esta judía orgullosa se dirigiera a él como a un criado, sino que encima se hallaba humillantemente incapacitado para contestarle. ¿Por qué aquel cornudo incompetente y tiránico corregidor no le había proporcionado ninguna indicación al respecto? ¡Cuánto le habría gustado espetarle en la cara a esta insolente: «Por orden de Sus Majestades

católicas, estáis invitada a renunciar a vuestras objeciones»! Sí, era así como las cosas hubieran debido pasar. Era él, Ruiz, quien merecía el puesto de corregidor gracias al decisivo papel que había jugado en la rendición de Villafranca, pues sólo él había sabido forzar a Pacheco a inclinarse ante de la reina. Isabel lo sabía muy bien y, sin embargo, fue a él a quien ella le arrebató el sillón para pagar las calaveradas de Fernando. ¿Por qué? Ante esta pregunta, la sangre se le heló en las venas… Pero paciencia, Juanito, paciencia… La equidad acabará por imponerse. Espera tu hora; por ahora, sométete y sirve bien a tus amos… Dios te otorgará tu desquite.

—Perdonadme, señora —continuó haciendo un esfuerzo para dominarse—. Puesto que no tengo precisión alguna sobre este punto, no puedo responder en lugar del corregidor. Sólo he recibido la orden de comenzar hoy a quitar los escombros del túnel, y de ir lo más rápido posible.

—¡Muy bien! ¡Ejecutad vuestras órdenes! Yo hablaré personalmente con Su Excelencia.

—No vale la pena, señora. Yo mismo le daré parte de vuestras quejas.

—Os lo agradezco.

Entonces, reanudando su labor con un gesto premeditadamente desenvuelto y altanero, Orovida se dejó absorber por la cola rojiza del caballo azul oscuro que estaba bordando —combinación cromática muy acertada que ella misma había imaginado—, con lo cual le dio a entender al visitante que la conversación había concluido.

Un poco más tarde, cuando le contó la escena, Jufré estalló en carcajadas.

—¡Por la aureola de la Virgen, lo has aterrorizado a tal punto que me hizo firmar en debida forma una autorización para pagarte una indemnización en caso de desviación de las aguas en detrimento tuyo! ¡Lo has manejado magistralmente! ¡Qué consumada actriz! ¡Ah, reconozco que te había subestimado!… ¡Cuando pienso que creía que tendría que pensar por los dos, convencido como estaba de tu completa inocencia!

—Oh, tú sabes, Jufré, es verdad que en ciertas cosas soy totalmente inocente…

—¿Y en esto también? —cuchicheó en su oreja abrazándola.

Arrastrados por un torbellino de inefables placeres, aquella noche el éxtasis rebasó sus esperanzas. Jamás ninguno de los dos había osado imaginar semejante deslumbramiento. Tan contenido había sido su amor,

tan grande su sed del uno por el otro, que fueron proyectados más allá de cualquier percepción terrenal, en un espacio infinito que no conocían. Juntos planearon en otro mundo, con sus cuerpos unidos, y las almas en tan perfecta unión, que cuando sus manos se separaron, sus corazones siguieron palpitando en una misma y única pulsación. Se habían entregado el uno al otro definitivamente.

Los siguientes días se siguieron amando, locamente, y si bien exteriormente nada había cambiado, en lo más profundo de sí mismos, todo era distinto. El amor estaba en todas partes, irradiando alrededor de ellos. Aunque seguían realizando los mismos gestos, cada uno de sus movimientos adquiría un nuevo significado. Cada mañana, al levantarse, Jufré pensaba en ella, miraba el cielo y la imaginaba, también en su ventana, experimentando la misma felicidad que él. Cuando mordía una manzana fresca, deseaba ardientemente que ella pudiese, al mismo tiempo, saborear en su mesa otra igual de deliciosa. En cuanto a Orovida, mientras perfumaba con romero el agua del baño, se preguntaba si aquel aroma le gustaría tanto como a ella cuando la estrechara, y sonreía pensando en prepararle mil nuevos ramilletes en la espera de la noche.

Como le había prometido, Jufré la visitaba con más frecuencia, pero nunca sabía con certeza cuando iba a aparecer. A pesar del subterráneo, debían permanecer vigilantes, máxime ahora que sus encuentros habían dejado de ser una mera suposición para devenir una realidad. Para confundir a quienes lo rodeaban, pretextando que padecía de insomnio, él salía todas las noches a fin de efectuar, según decía, largas y solitarias caminatas susceptibles de devolverle el sueño. Escogiendo en cada ocasión un itinerario diferente, volvía a propósito a las horas más diversas. De esta manera, las personas de su entorno se habían acostumbrado a esos extraños vagabundeos, más aún tomando en cuenta que todos se complacían en reconocer que de un tiempo a esta parte estaba de muy buen humor.

«¿Quién sabe si, insinuaban con guasa los guardias frotándose los ojos irritados por el humo de la hoguera, nuestro patrón ha encontrado un bocado exquisito que protege celosamente de los codiciosos? ¡Que le aproveche!… ¡Está muy bien que un buen mozo, vigoroso y corpulento como él, gaste su energía en algún sitio!…»

Cuando caía la noche, Orovida lo esperaba pacientemente y cuando por fin él llegaba, su alegría largo tiempo contenida, estallaba como un torrente brutalmente liberado de los hielos del invierno. En cada uno de sus

encuentros, su pasión se manifestaba de diversas maneras, a ratos tempestuosa o maliciosa, a veces sosegada o tierna. Ella se dejaba llevar, feliz, débil y suave, dulce y flexible, voluptuosa y dispuesta a satisfacer todos sus deseos. Él, atento al ritmo de sus ardores, controlando y concertando sus exigencias con la ascensión de su sensualidad, nunca dejaba de colmarla. De esta manera acabaron por conocer tan bien sus más mínimas vibraciones que cada respuesta, inmediata y perfecta, los proyectaba, maravillados, fuera del tiempo y del espacio.

—Cada mañana, cuando te doy los buenos días desde mi ventana, te imagino a punto de peinarte la cabellera de oro, eligiendo un vestido o mojando uno de las bizcochos de mantequilla de Fortuna en tu leche, y me pregunto: ¿cómo he podido vivir sin ti durante todos estos años?

—Sin amor, es el frío, la aridez, el vacío, la soledad —le respondía Orovida.

—¿Amabas a David?

—Antes de la peste, sí, apasionadamente, como sólo una jovencita inexperta y protegida puede amar a un hombre cultivado, seductor y refinado. Pero ante todo era un amor hecho de admiración, asombrada de que semejante hombre pudiese amar a una chica tan simple y apagada como yo.

—¿Y después?

—Solicité su amor hasta su muerte.

—¿Lamentas no haberlo recuperado nunca?

—Sin ti, tal vez lo lamentaría, pero gracias a ti, no; es imposible. Entre David y yo, bien lo sabes, siempre hubo una relación que implicaba, de su parte, un poco de condescendencia hacia mí. Este amor de nosotros es total y recíproco.

—A partir de ahora ya no podremos existir el uno sin el otro.

—Aunque nos separen, seguiremos estando juntos.

—En un universo para nosotros solos, en el interior de nosotros mismos…

—Nuestro universo. Un mundo aparte para nosotros dos, indestructible…

A veces, cuando se quedaba sola, Orovida pensaba en David y rememoraba sus años de vida en común bajo un punto de vista diferente. Sin ninguna duda, de cierta manera, él la había engañado, de lo cual ambos siempre fueron conscientes. No obstante, si circunstancias ajenas a su

voluntad habían trastornado su vida y su unión, a fin de cuentas nada permitía afirmar que verdaderamente él la había traicionado con otra mujer, eventualidad que ahora le parecía sin importancia, tanto más cuanto que él acabó admitiendo la injusticia de su comportamiento y había intentado enmendarse… ¡Desgraciadamente los acontecimientos le habían impedido volver a ella definitivamente, de lo cual no se le podía culpar! En cuanto a ella, jamás lo había deshonrado ya que, hasta su muerte, había soportado su frustración con total resignación. De modo que hoy nadie podía reprocharle haber encontrado al fin su plenitud. Ciertamente, era con un cristiano, pero sólo el destino era responsable de eso, como lo era de la muerte de su esposo. Jufré tenía razón cuando decía que su Dios, el verdadero Dios, el Dios del amor y la compasión, el Dios tolerante y humanitario, era el mismo, y que se situaba por encima de una iglesia o una sinagoga, de un crimen o un castigo. En este infierno terrenal, Dios les había ofrecido una porción de paraíso que ellos habían aceptado con gratitud. Si le llegaba la hora de morir —pues desde hacía tiempo estaba preparada para ese momento— ella moriría colmada, porque su amor la llenaba por entero. Ni siquiera David, estaba segura, la condenaría…

Solitario, recorriendo a paso largo las callejuelas de Villafranca, también Jufré pensaba a menudo en Leonor, persuadido de que su nueva pasión le permitía ahora considerar su fracaso con más serenidad. Cierto que jamás le perdonaría su traición, pues sólo había obrado por vanidad y ruin coquetería, dejándose seducir vilmente por las provocadoras lisonjas de un príncipe voluble, pero seguramente ahora la habría comprendido si se hubiera entregado únicamente por amor… Amar a un solo ser en su vida, sí, lo había creído y por tanto había exigido de su esposa una entrega exclusiva y total, creyendo él también que le pertenecía para siempre, en cuerpo y alma. ¡Inocente y juvenil convicción, pulverizada, aniquilada por la hoguera que devastaba su corazón!… Sin duda había amado a Leonor, pero ahora sólo quería tiernamente a Orovida, y ya no vivía sino para ella. Hasta aquí él daba amor; y de ella, lo recibía todo, enmaravillado y agradecido. ¿Y entonces, se podía hablar de arrepentimiento, de perdón, de traición? Traición… Dios todopoderoso, ¿qué derecho tenía él a pronunciar esa palabra?

Una noche, mientras atravesaba dando zancadas la plaza desierta de la catedral, se le ocurrió bruscamente que su amor por Orovida estaba inscrito en el cielo para toda la eternidad. Los monarcas católicos, uno por codicia,

la otra por beatería, habían jugado con cuatro destinos: el de David y Orovida, el de Leonor y el suyo. Las dos primeras víctimas habían sido Leonor y David: ella proscrita, él muerto. Sólo quedaban Orovida y él. Si por desgracia, su relación llegaba a conocerse, ellos también estarían perdidos. ¡Pero poco importaba el precio a pagar: su unión era una brillante victoria sobre los soberanos! A pesar de ellos, habían encontrado en esta tierra una parcela de paraíso. Nadie, ningún monarca del mundo, por poderoso que fuera, podría expulsarlos de aquel edén. Frente a esta evidencia —¿quién sabe?-, incluso David quizá le habría perdonado, tanto como él llegaría tal vez a perdonarse un día…

Fue una época bendecida por los dioses. Cada uno de sus encuentros magnificaba su amor, haciéndolo más profundo, más indestructible. Devorando con la mirada a Orovida, Jufré no cesaba de maravillarse de los cambios ocurridos en ella. No sólo resplandecía con un incomparable fulgor entre rosado y dorado, sino que transfigurada por el amor y la adversidad, una madurez impregnada de dulzura había borrado por completo su tímido y oscilante comportamiento de antes.

Por su parte, ella leía en los ojos de Jufré que la alegría y la serenidad habían ahogado suavemente la rabia y la amargura de antaño. Su hermosa mirada ahora sólo reflejaba el azul oscuro de un estanque sosegado, y ella daba gracias al cielo, a cada instante, por una felicidad tan providencial. Por añadidura, él la protegía de cualquier inquietud material. De ese modo había podido, por intermedio de su amante, hacerle llegar su mensaje a Alegra, experimentando por ello un alivio infinito.

Fortuna, por su parte, no hacía ninguna alusión a lo que no podía dejar de ver. Sin embargo, como por azar, con frecuencia aparecía en la cocina una cantidad inusitada de golosinas. Orovida aparentaba no darse cuenta de nada, y mantuvo la conspiración del silencio divirtiéndose para sus adentros con la glotonería de Jufré, incapaz de resistirse a las rebanadas de membrillo en almíbar, a los limones ácidos y dulzones, a los crujientes bizcochos de azahar y al incomparable pastel sazonado con especias de la vieja sirvienta. Por eso, cada vez que advertía en un estante la aparición de una nueva mermelada, lo imaginaba de antemano saboreando como un niño su descubrimiento, lamiéndose con deleite los dedos embadurnados de almíbar escarlata.

Cuando al final de sus encuentros, sonaba la hora de la separación, los adioses devenían cada vez más penosos. En lo sucesivo, el presente

dominaba al pasado, y el futuro comenzaba a ganarle terreno al presente. Por eso, como es natural entre los amantes, llegó el momento en que incluso la simple idea de separarse les resultaba intolerable. Por desgracia, cuando abordaban el asunto, el espectro del crucifijo se alzaba ante de ellos reduciéndolos al silencio. No obstante, Jufré se negaba a desanimarse, repitiendo, como para convencerse mejor, que todo problema trae consigo una solución, y que una vez encontrada, incluso si era imperfecta, debía ser aceptada. Ya que el obstáculo era de orden religioso, había que descubrir un medio para evadirlo. Naturalmente, no se trataba de que Orovida se convirtiese, pues había pagado muy caro el derecho a seguir siendo judía. Pero él, ya que de hecho creía en un solo Dios para todos, ¿por qué no se volvía judío? ¿Su vida entonces sería un infierno en esta España cristiana? ¡Sea! Sólo tenían que exilarse. Después de todo, el mundo era grande y había otros países. Portugal, por ejemplo, donde, bajo el reinado de Alfonso V, los judíos vivían en relativa seguridad desde hacía medio siglo, o incluso Marruecos que, con la llegada al poder de la dinastía Wattasi, abría sus puertas de par en par a los judíos y a los conversos. También estaba el gran Imperio Otomano, que acogía a todos los fugitivos procedentes de Occidente, agentes de progreso y de bienestar particularmente apreciados por sus conocimientos culturales, comerciales y, sobre todo, por su sabiduría en materia de armas de fuego.

Así las cosas, una noche, antes de ir a su encuentro, él tomó la decisión de abordar claramente el tema. Preparó las palabras y las frases susceptibles de convencerla y, sumido en sus pensamientos y tras varios rodeos por la Plaza Mayor y el barrio judío, se dirigió hacia la entrada del subterráneo. Al llegar, desplazó la losa que ocultaba el acceso a la escalera que conducía al aljibe, dejándola en equilibrio, entre el camino y la abertura. Descendió algunos peldaños, y luego se volvió para levantar la piedra con las manos y ponerla en su lugar. Hecho esto, prosiguió su descenso hacia la entrada del túnel siguiendo, en medio de una obscuridad total, el angosto reborde del depósito de agua. Cuando llegaba a la pequeña galería, siempre se lamentaba de estar obligado a venir sin antorcha, pues durante las obras había sido seducido por la misteriosa belleza del aljibe entrevista a la luz del día. En efecto, por encima del oscuro espejo de agua de lluvia, acumulada allí desde hacía siglos por las filtraciones, se elevaba una sucesión de columnas y arcos que se reflejaban en su superficie, mágico universo resaltado por grutas tenebrosas. Lamentablemente, de noche todo

eso era invisible y sólo subsistía una sensación de húmedo y sofocante vacío.

Inclinándose para entrar en lo más profundo del túnel, Jufré de pronto sintió un frescor en su nuca, como si una corriente de aire atravesara la galería. Temiendo haber colocado mal la piedra en su lugar, lanzó una rápida mirada hacia atrás, pero no distinguió ninguna luz, ni el menor movimiento. El aire estaba inmóvil. «¡Es extraño…», se dijo. «¡Bah! Quizá cogí un poco de frío y estoy más sensible a la humedad que de costumbre. No vale la pena inquietarse por tan poca cosa.»

Como cada vez que volvía a ver a Orovida, su corazón dio un vuelco en su pecho. Ella estaba allí, siempre más bella, más suave para estrecharla y acariciarla. Alrededor de ellos se borraban el mundo y sus angustias, y se abría, como por encantamiento, un paraíso efímero y radiante. Esa noche, sin embargo, tenía que afrontar la realidad, la que algún día se impondría ineluctablemente.

—Ven —dijo, separándose tiernamente de sus brazos y entrando en el interior de la casa—. Orovida, mi rayo de sol, debemos hablar del futuro. No puedo seguir soportando la idea del peligro que te hago correr, y quiero que estés segura, segura conmigo.

—¡Jufré! ¡Ya hemos hablado de todo eso y siempre regresamos al punto de partida!…

—Lo sé. Pero ahora hay que romper ese círculo infernal. Escúchame. Sal de ti misma. Busca otra cosa. ¡Ve más lejos! La España fanática no es el único país en el mundo, y tampoco la religión cristiana es la única. En Portugal, los judíos viven en paz como ocurría antes aquí. ¡Si me vuelvo judío, podríamos casarnos e instalarnos allí tranquilamente!

—¡Ni lo pienses! ¡Aceptar por tu propia voluntad el destino de un judío! Has perdido la cabeza, amor mío…

—¿Por qué? ¿Tu destino no puede convertirse en el mío? Sin ti, mi vida no tiene sentido, te lo he dicho mil veces. Nuestro Dios es el mismo, lo demás no son más que aderezos superficiales. Escucha. Tengo amigos en Portugal, entre los Braganzas. Durante la reciente guerra ellos nos ayudaron, levantando en el centro mismo de su país una revuelta procastellana. La sublevación fue aplastada, pero son inmensamente ricos y el tercio del país les pertenece. Gracias a ellos, podría encontrar una pequeña hacienda donde viviríamos en paz.

—¡Qué bonito sueño! —murmuró Orovida con una voz ahogada— ¿pero tú crees que las cosas son así de simples cuando se es judío? Hoy el rey de Portugal protege a sus súbditos, «sus» judíos, ¿pero y mañana? Mira lo que nos pasó aquí: durante la gran reconquista, nuestros servicios eran indispensables al reino; nuestras fortunas llenaban sus cofres, nuestros financieros hacían juegos malabares con sus cuentas, nuestro pueblo se instalaba en las tierras conquistadas y nuestros lingüistas, nuestros legados, nuestros diplomáticos servían de intermediarios entre cristianos y moros. Acabado el período de revueltas, rápidamente perdimos nuestros privilegios y, a partir de entonces, nuestra suerte depende por entero de los caprichos de los soberanos, de las necesidades del Tesoro y del odio que alimentan contra nosotros las autoridades civiles y religiosas. Tú no puedes comprender el sentimiento de precariedad e inseguridad permanente que acosa siempre a nuestra raza. ¡Si eres útil, te protegen, si no lo eres, te abandonan a la venganza de un pueblo inflamado por los prelados en nombre de Dios!… ¡Peor aún, te persiguen para obligarte a convertirte, como le hicieron a tantos de mis semejantes en 1391, o, última humillación, te expulsan como le ocurrió a los pobres judíos de Francia cuatro veces en dos siglos!

Paciente y prudentemente, Jufré volvió a la carga.

—También hay países no cristianos. ¡Marruecos, por ejemplo, justo al otro lado del mar!

—¿Pero acaso no es una tierra desheredada, espantosamente pobre, atrasada y sin leyes?

—Tal vez… ¿Y qué dirías de Constantinopla? —propuso con entusiasmo—. He oído decir que los turcos arden en deseos de iniciarse en nuestras costumbres y en nuestra técnica, y que acogen a los extranjeros amistosamente. ¡Teniendo en cuenta mis conocimientos de las armas de fuego, seguramente me será fácil obtener distinciones y riquezas en poco tiempo!

—¡Constantinopla! Amigo mío, ¿has pensado en los peligros del viaje? ¡Por tierra, nos arriesgamos cien veces a ser desvalijados o asesinados, y por mar, podríamos ser atacados por los piratas que infestan las costas, o incluso desaparecer en un naufragio! Morir ahogada debe de ser espantoso…

Desanimado, Jufré no insistió. Para Orovida, hija de su pueblo, la hostilidad del mundo era universal. Siempre y en todas partes el peligro, la

violencia y la arbitrariedad acabarían por decir la última palabra.

Atrayéndola a sus brazos, la poseyó casi desesperadamente, convencido, pese a todo, de que pronto conseguiría convencerla.

Al amanecer, entusiasmado, y con los sentidos apaciguados, Jufré tomó el camino de regreso. Llegado al último peldaño del subterráneo que conducía a la salida, extendió los brazos para levantar la losa. Al no conseguir desplazarla, de pronto inquieto, empujó más fuerte, repitió varias veces la presión, pero en vano. No se movía. Acordándose entonces de la corriente de aire que horas atrás había sentido en la nuca, exploró febrilmente con los dedos el contorno de la piedra. Colocada de través, estaba atascada. ¡Sin embargo, estaba seguro de haberla puesto correctamente en su lugar! «¡Por todos los demonios de Satán! ¿Qué rayos pasa?», blasfemó maniobrando la losa con todas sus fuerzas de suerte que, al fin, tras encontrar su posición habitual, consiguió volcarla para abrirse paso.

Tan pronto estuvo afuera, perforó la penumbra con la mirada. Como de costumbre, el sendero que llevaba hasta su casa le pareció desierto. Sin embargo, por prudencia no lo tomó, y dio un rodeo en dirección a la puerta Cristo. Después torció a la izquierda y se metió en la calle que se extendía a lo largo de la muralla norte de la ciudad, cruzándose sólo con algunas vagas siluetas que salían furtivamente de un burdel reservado a los cristianos.

Dejando atrás la tienda de los Díaz, al otro lado de la calle, continuó derecho hasta la calle de la Gloria, que subía hasta la plaza de Santa María, atravesó a grandes pasos la Plaza Mayor, subió de dos en dos los escalones de San Mateo, y unos minutos después estaba en su casa. Cuando franqueó la gran puerta tachonada, vio a sus guardias desplomados en el suelo de la gran sala, profundamente dormidos. El ruido de sus pasos apenas les hizo removerse. En rigor, tendrían que haberse puesto de pie en seguida, con gran acompañamiento de tacos y puntapiés, pero excepcionalmente su somnolencia le venía muy bien a su patrón, quien se cuidó mucho de no despertarlos. Una vez a solas en su habitación, tras quitarse la voluminosa capa y el capucho, examinó la situación. Alguien le había espiado. Esto era casi seguro. O bien el hombre le había seguido hasta la entrada del aljibe, o bien había esperado en el lugar y, tan pronto lo vio descender, levantó la losa para observar su maniobra. ¿Pero lo habían identificado? Ese era el quid de la cuestión. Muchos hombres habían participado en los trabajos del túnel, de modo que era imposible que su existencia permaneciera oculta en

la ciudad. Así que cualquiera podía utilizarlo como lugar de encuentros secretos o como escondite. Por consiguiente, sólo habrían podido reconocerlo si lo habían visto salir de su residencia. Si ese no era el caso, su atavío nocturno le garantizaba el anonimato más completo. Además, ¿si lo hubieran seguido, no se habría percatado? En verdad, estaba más preocupado que de costumbre, pero de ahí a perder sus viejos reflejos, había un buen trecho. Por otra parte, sea quien fuera, no le podía acusar de nada. Sin embargo, una cosa estaba clara: al menos durante un cierto tiempo, tenía que renunciar a sus encuentros.

Atormentado por la inquietud, pasó las primeras horas del día buscando la mejor manera de hacerle llegar un mensaje a Orovida.

OceanofPDF.com

XVII

Cada sábado, Fortuna solía pasear un poco por la orilla del arroyo. Ya que ese día no trabajaban los jornaleros en el viñedo, sus voces no la despertaban, y podía dormir hasta un poco más tarde. Por eso, al levantarse, se ponía el lindo vestido de lana de Castilla que le había regalado su ama y, así engalanada, iba a escuchar el murmullo del agua en medio del susurro de los álamos, disfrutando del frescor de los primeros resplandores del día. A pesar de los destellos del sol de aquel último sábado de enero, la anciana, al sentarse a la sombra del sauce llorón cuyas ramas acariciaban lánguidamente el agua, sintió que se le oprimía el corazón. Desde hacía más de un mes, las golosinas que ella se esforzaba en renovar discretamente estaban intactas, y mientras más pasaba el tiempo, más aumentaba la melancolía de doña Orovida. Por más que había tratado de persuadirse de que quizás era mejor así —puesto que en una ciudad pequeña nada podía permanecer oculto por mucho tiempo—; por mucho que le agradeciera a Dios que hubiera puesto fin a esta aventura, cuya responsable después de todo era un poco ella, Fortuna apenas conseguía aceptar estos razonamientos. ¿Qué derecho tenía a condenar un amor semejante? Judío o cristiano, iglesia o sinagoga, su felicidad, cuando estaban juntos, era tan total que resultaba imposible no sentir y compartir el brillo de su alegría.

Cuando doña Orovida esperaba a su amado, su estremecimiento a cada ruido de pasos en el camino, su decepción cuando comprobaba que no era él, trastornaban a la vieja sirvienta. Ahora bien, desde hacía semanas, él no había vuelto a aparecer. Cada noche, la pobrecilla seguía cambiándose sus atavíos, mientras cepillaba su cabellera para hacerla suave y sedosa, y se perfumaba esperando en vano la llegada de Jufré. ¡Señor, cuán bella se puso cuando empezaron a amarse! Tan plena como una flor de loto, irradiaba a su alrededor toda la dicha del mundo. Siempre resplandeciente, ahora el dolor parecía ensombrecer el terciopelo de su mirada cada día más. Suspirando y meneando la cabeza con consternación, Fortuna oyó de pronto unos gritos que parecían venir de detrás de los árboles que formaban una cortina entre el manantial y el camino de Toledo.

—Descansa aquí, muchacho —oyó ella claramente.

—Está bien, amo.

—El lugar parece tranquilo. No hay humo de chimenea, ni gente trabajando. En este día de *Shabat,* es probable que la hacienda pertenezca a judíos. Además, hay agua cerca: ¡escucha! En cuanto hayamos comido un poco, llenaremos nuestras cantimploras. Si somos razonables, nos durarán hasta la frontera.

—Sí, amo.

—Pues bien, García, amigo mío, henos aquí cerca de la meta.

—Pero, ¡qué demonios! ¿Por qué estás tan desanimado? ¡Deberías alegrarte de haber escapado a las garras de los inquisidores!…

—¡Oh, pienso en mi familia, señor! No porque hayan participado en la conspiración como vos, pero son conversos y si los denuncian, temo que les ocurra una desgracia…

—De ninguna manera, no te inquietes. Con un poco de habilidad seguramente podrán salir de allí aprovechando el plazo de respiro recomendado por el clero.

—Justamente, no. Ellos no son de la clase de gente que se doblega ante las amenazas. Son demasiado orgullosos. Encender las velas del *Shabat* en memoria de un pasado que aman no será jamás para ellos un crimen contra Dios.

—Ya sabes, si son detenidos y enjuiciados…

—¡Ah, no me hable de eso, señor! Tiemblo imaginándolos salir de la fortaleza vestidos de penitentes, con esas túnicas infamantes y los cirios encendidos, atravesando descalzos el húmedo puente para acudir a la Plaza Mayor. ¡Si al menos después de esa humillación los dejaran vivir en paz! Pero los reconciliados no tienen derecho a poseer una taberna. Así que, aun en el caso de que se retracten, se la confiscarán junto con todos sus bienes, y perderán todo medio de subsistencia. Mi padre no tiene otro oficio y está demasiado viejo para aprender otro. En cuanto a mi madre, está en mal estado desde que sintió ese bulto en el seno. ¡Ah, ellos son orgullosos, demasiado orgullosos! Si se retractaran, ¿cómo iban a soportar una existencia tan envilecida?

—Es mejor retractarse que sufrir las llamas de la hoguera, mi pobre muchacho…

Ante esa perspectiva, un angustioso silencio se hizo entre los dos fugitivos. Conmovida, Fortuna se levantó penosamente, se quitó con una mano entumecida algunas ramitas de hierba prendidas a su vestido, luego

atravesó el oquedal a pasos lentos, rumbo al camino, recogiendo aquí y allá algunas briznas de romero para perfumar el baño de su ama. Al llegar a la calzada, se acercó a los dos hombres que descansaban a la sombra royendo unos mendrugos de pan seco, y los abordó con su mejor sonrisa:

—¡Bienvenidos! Aquí estáis a buen recaudo. Venid a refrescaros un poco bajo nuestro techo. Así podréis darle noticias a mi ama.

—¿Qué noticias, vieja? —lanzó el hombre de más edad con aire suspicaz.

—Yo estaba sentada a la orilla del arroyo, detrás de esos árboles, y sin querer he oído vuestra conversación. ¡No temáis! Esta finca pertenece a doña Orovida, mi ama, y es judía, como vosotros habéis pensado.

Aliviados, los dos hombres se levantaron de un salto, reunieron en un saco algunas olivas, cogieron sus cantimploras y los restos de su viejo pan, lo metieron todo revuelto en sus petates, y sin pedir más explicaciones siguieron a Fortuna hasta el interior de la casa. Una vez allí, se arrojaron como lobos hambrientos sobre las lascas de carne de vaca asada preparada para el *Shabat* y engulleron, casi sin masticarlas, unas galletas frugales, todo ello regado con vasos de cerveza llenos hasta el borde.

Mientras Fortuna limpiaba y curaba los pies heridos del muchacho, Orovida, avisada de su llegada, entabló conversación con el de más edad.

—¿De modo que venís de lejos?

—Sí, de Sevilla.

—Así que es allá donde han empezado a hacer estragos con sus castigos. ¡Lo cual no es extraño, porque hay que reconocer que los cristianos nuevos sevillanos siempre han tenido fama de tenaces a la hora de negarse a renegar de su pasado de judíos!

—Exactamente, señora. ¡Si los inquisidores no hubieran descubierto nuestro complot, quizás nunca hubieran conseguido implantar allí sus tribunales!

—¿Queréis decir que os habéis atrevido a conspirar contra ellos?

—¡Sí, señora, porque había que defenderse a cualquier precio! He aquí cómo sucedieron los hechos: dos inquisidores, Miguel de Murillo y Juan de San Martín, llegaron a Sevilla a principios de enero. El domingo siguiente, Murillo proclamó, desde lo alto del púlpito de la catedral, que le sería concedido a la ciudad un plazo de respiro de una duración de un mes. Durante ese período, todos los judaizantes podían presentarse por su propia voluntad ante los inquisidores para confesar su herejía y, sobre todo, para

revelar al Santo Oficio los nombres de todos los criptojudaizantes que conocieran. Entonces serían absueltos y harían penitencia antes de ser reintegrados en el seno de la Iglesia durante una gran procesión de acto de fe. Al final de este período de un mes generosamente concedido, los conversos sospechosos o denunciados por herejía que no se presentasen ante los inquisidores, serían arrestados y citados ante un tribunal. Los que confesaran, y cuyo arrepentimiento fuera juzgado sincero, serían condenados a abjurar de *levi,* [11] ode *vehementi,* [12] según la importancia de su delito y, como los otros, recibirían el perdón de la Iglesia durante un auto de fe. Las penitencias y los castigos infligidos serían, según los casos, la flagelación, el destierro o el encarcelamiento. Además, los reconciliados y sus descendientes serían excluidos de ciertos comercios y profesiones; y sus bienes, confiscados. El anuncio de estas medidas, señora, no sorprendió a nadie, pues sin ellas, ¿cómo iban los monarcas católicos a financiar su futura guerra contra Granada, y cómo iba la Inquisición a demostrar sus posibilidades de funcionamiento?

—¡Desgraciadamente es así! Pero decidme, ¿de qué comercios y profesiones han sido excluidos los reconciliados y sus hijos?

—De los que están prohibidos a los judíos, o poco más o menos, señora. Por ejemplo, no tendrán más acceso a los servicios públicos, ni tendrán derecho a vender especias, fabricar jabón, o poseer una taberna…

—¿Tampoco podrán ejercer la medicina? —lo interrumpió Orovida con voz alarmada.

—Tampoco, señora: la medicina, la farmacia, la recaudación de impuestos forman parte del lote… ¿Pero qué os ocurre, señora? —se inquietó el fugitivo al ver que su interlocutora palidecía.

—No es nada… continuad, por favor.

—Por último, los acusados que se nieguen a arrepentirse serán condenados a la hoguera… Serán considerados como tales todos aquellos cuya culpabilidad sea evidente, según la Iglesia, y quienes persistan en defender su inocencia negándose a confesar unos crímenes que declararán no haber cometido. Igualmente aquellos cuya confesión se considere incompleta, o que resulten sospechosos de proteger a otros conversos ocultando información a propósito de ellos, y finalmente, ni que decir tiene, todos aquellos que, admitiendo su judaísmo, se nieguen a abjurar de él. ¡Para esos no hay misericordia! Siendo considerado su delito como la más alta traición, serán entregados sin piedad a las autoridades seculares, y la

hoguera será obligatoriamente su castigo. ¿Acaso no es el fuego, según sus convicciones, señora, la única forma de purificar un alma extraviada garantizándole la eterna salvación?

Horrorizada, Orovida se quedó sin voz.

—A fin de que nadie pueda pretender ignorar estas disposiciones —prosiguió el hombre— el anuncio ha sido clavado en el portal de la catedral y unos pregoneros han sido enviados a todos los rincones de la ciudad. Tan pronto supimos la noticia, nosotros, los conversos, comprendimos en seguida que estábamos entrampados. Lógicamente, que fuéramos buenos y fieles cristianos, o sospechosos de ser criptojudaizantes, no cambiaría nada nuestro destino final, pues ninguno de nosotros estaba a salvo de una denuncia. ¿Quién nos delataría? Eso nadie podía preverlo. ¿Un viejo beato orgulloso de la «limpieza de su sangre»? ¿Un enemigo que busca el modo de vengarse? ¿Un converso enloquecido o cobarde que quiere salvar el pellejo o, más simplemente, una sirvienta sin malicia que deja escapar imprudentemente que solíamos bañarnos los viernes?… Una vez que la Inquisición examine nuestro caso y hayan comenzado a arrancarnos las seudo-confesiones, bajo tortura si fuera necesario, todos sabemos que es ilusorio pensar que se puede salir vivo de sus garras. Por eso, espontáneamente, algunos de los nuestros decidieron unirse con el fin de tratar de resistir por la fuerza. Nosotros, y no los judíos, por ser los más amenazados, le pedimos a un viejo judío que le enseñaba en secreto hebreo a nuestros hijos, que nos dejara utilizar su bodega para esconder nuestras armas. Era un bonachón insignificante que no llamaba la atención de nadie, excepto por su hija. La primera etapa de nuestro plan consistía en quitarnos de encima a Murillo y a San Martín, pues el golpe estaba proyectado para el último domingo antes del final del plazo de gracia. En efecto, tras haber observado minuciosamente sus costumbres, notamos que el domingo por la mañana, para hacerles sentir su siniestra presencia a los grandes y a los poderosos de Sevilla —tanto a los cristianos viejos como a los nuevos—, ellos no asistían a la misa del monasterio dominico, sino a la de la catedral. Venían a confesarse muy temprano, antes que la muchedumbre de fieles, y mientras esperaban la hora de la misa, se dedicaban a meditar y a orar. La idea era, pues, que unos cuantos hombres decididos debían capturarlos a la entrada de la catedral, ejecutarlos, y luego desaparecer rápidamente en las callejuelas de la ciudad, poco frecuentadas a esa hora. Por último, en cuanto dieran la alarma, todos los conversos debían tomar las armas.

—¿Cuál era vuestro cometido en el complot?

—Distribuir las armas porque, como soy negociante en seda, yo podía disimularlas fácilmente en mis rollos de tela. Pero dos días antes del domingo en cuestión, cuando yo acababa de terminar mi «distribución» y volvía a mi casa a caballo, vi que unos milicianos de la Santa Hermandad cerraban la calle Matías Gagos e iban derecho hacia la casa del viejo profesor. Apeándome en seguida, me colé en la tienda de un amigo mío fabricante de zapatos, a la vuelta de la esquina, desde donde pude observar todo lo que pasaba. Unos minutos más tarde, la tropa reapareció, arrastrando y empujando a su miserable víctima, tan aterrorizada que apenas podía sostenerse de pie. «Eres una mierda, apestas a ajo», berreaban a coro. «¡Ah, ya verás, cochino hijo de puta judía! Si tu hija no abriera la boca tanto como sus piernas, sólo nuestro dulce Jesús sabría desde cuándo conspiras contra nuestra santa madre Iglesia y contra el reino!» Una vez que las bestias hubieron desaparecido en la esquina arrastrando al pobre viejo, corrí a alertar a la mayor cantidad posible de mis amigos, tratando de no llamar la atención. Luego ensillé mi caballo lo más rápido que pude, recogí el dinero que guardaba en mi casa, y cogí a García por el pescuezo, para llevármelo conmigo.

—¿Por qué os habéis dirigido a Villafranca?

—Porque yo sabía que, una vez descubierto el complot, todos los conversos de la ciudad, implicados o no, criptojudaizantes o no, no harían otra cosa que huir, y que subirían a bordo de la primera embarcación a punto de partir, en cualquier rumbo, o tomarían el camino de Portugal. Con todas las complicidades de que goza, en un abrir y cerrar de ojos, la Inquisición les seguiría la pista hasta atraparlos. Como yo había sido el primero en estar sobreaviso, pensé en ponerme fuera de peligro antes de que arrestaran a ciertos conspiradores y se produjeran sus inevitables delaciones bajo tortura. Adivinando que la mayoría de los fugitivos tomaría todas las direcciones, menos la del norte, decidí coger este último rumbo.

—Vos tuvisteis razón. En un par de días, estaréis a salvo en Portugal. Por lo demás, ya lo estáis en Extremadura. La Inquisición todavía no está presente aquí.

—Por ahora… —murmuró el hombre—. Es cierto que sin la *Belleza de Sevilla*, nosotros no la hubiéramos tenido tan pronto en Andalucía.

—¿La «Belleza de Sevilla»?

—Es una mujer, señora, justamente la hija de nuestro desdichado profesor, quien merece plenamente ese apodo. Perdonadme la confianza, pero su mirada de fuego no tiene más que posarse sobre un hombre para abrasarlo por entero. Tiene una manera de arquear el talle y de enderezar el busto que desencadena las ansias más locas. Cuando su madre murió, al quedarse sola con un padre demasiado viejo y débil, la pobre niña ya no tuvo a nadie que le mostrara el buen camino y la vigilara. De naturaleza lasciva, en seguida devino presa de placeres que los hombres le prodigaron con mucho gusto. Durante mucho tiempo, por Sevilla corrió el rumor de que gozaba de los favores de un importante cristiano residente en la región, y que incluso el hijo de nuestro amigo y protector, el marqués de Cádiz, en persona, había sido uno de sus muchos amantes. Para no poner su vida en peligro, ella había aceptado el bautismo, lo que no le impidió seguir viendo regularmente a su padre. Algunos de los conjurados que pude alertar, afirmaron que fue ella quien nos traicionó. ¿Quién consiguió realmente sonsacarle estas informaciones? Probablemente nunca lo sabremos. ¿Tal vez un cristiano fanático, que quiso lavarse la conciencia después de haber fornicado con una hereje? ¿Un converso, que quería probarle a los inquisidores su buena fe? Cualquiera sabe…

—Lo cierto es que fuisteis denunciados…

—Ah, sí, señora. ¡Aterrorizado por las llamas de la Inquisición, un hombre sería capaz de traicionar a su propia madre! ¡Pero qué importancia tiene eso ahora! Lo que cierto es que los inquisidores redoblarán su crueldad. Todos los conspiradores arrestados serán quemados; y nuestro pobre profesor, colgado por los pies hasta que muera. Ruego al cielo para que la mayoría de los nuestros haya tenido tiempo de huir. Sé que un navío estaba a punto de zarpar hacia Tetuán, pues justo antes de su salida yo le había hecho llegar una partida de seda para el sultán. Si pudieron sobornar al capitán y obligarle a hacerse a la mar antes que la estiba hubiera terminado, tal vez ahora mismo estén sanos y salvos.

—¿Pero creéis que, al llegar a Marruecos, podrán instalarse tranquilamente y vivir como judíos sin preocupaciones?

—Ya lo creo que sí. El actual sultán parece acoger sin dificultad a todos los que pueden ayudarle a poner en pie el reino en ruinas que ha heredado. Establecerán sus pequeñas comunidades cerca de las de los judíos locales, y serán libres para comerciar, o para ejercer la profesión que deseen.

—¿Y los judíos de aquel país son muy diferentes de nosotros? —preguntó fervientemente Orovida.

—Sí, muy diferentes, según dicen. Son poco instruidos y, aparte de su religión, no saben gran cosa. Algunos dicen incluso que se dedican a las prácticas y a los ritos de la brujería árabe y bereber, así que, en general, los recién llegados intentan vivir apartados.

Cada vez más tensa, Orovida parecía querer recoger la mayor cantidad posible de información sobre los acontecimientos.

—Perdonadme por abrumaros con tantas preguntas —dijo—, pero Villafranca está muy alejada de todo y las noticias tardan mucho en llegarnos. ¿Supongo que estaréis agotados, después de tantos días caminando?

—¡Y de noche, señora!, pues debíamos evitar los pueblos y los albergues, por miedo a ser reconocidos y denunciados.

—¿Cómo os las habéis ingeniado para subsistir?

—Comprando al azar en el camino lo indispensable a los campesinos, y cogiendo el resto en los campos y en los árboles. Hace un rato, antes de encontraros, estábamos llenando nuestras cantimploras con el agua de vuestro manantial.

—Llenadlas todas y coged aquí cuanto necesitéis para alcanzar la frontera. Fortuna se ocupará de vosotros y José os encontrará paja y un rincón tranquilo donde dormir hasta mañana, si lo deseáis.

—Os los agradezco, señora, pero partiremos a la caída del sol para recuperar el tiempo perdido durante la noche. Mañana es domingo. Para que no nos descubran, tendremos que observar la regla del descanso durante todo el día.

—Haced como os parezca —asintió Orovida mientras se preguntaba a sí misma cómo los conversos podían llevar esta doble existencia que, a fin de cuentas, en nada les beneficiaba.

Cuando estuvo sola, trató de poner un poco de orden en las caóticas reflexiones que la asaltaron al oír la historia de los fugitivos. En primer lugar, le impresionaba la dimensión de su aislamiento. De modo que, desde hacía un mes, ya la Inquisición estaba por la labor, se había organizado un complot contra ella, los conversos se escondían por todas partes, ¿y hasta sus oídos no había llegado la menor alusión a estos acontecimientos? Sin embargo, los ecos de la situación habían debido llegar hasta Segovia, pero Alegra, en su afán por cumplir con esmero las obligaciones de su cargo, y

Eleazar, tan ciegamente devoto a Juan, ¿le habrían prestado atención? ¿Sabría Eleazar que los «reconciliados» muy pronto ya no tendrían derecho a ejercer la medicina? ¡Ah, si hubiera podido hablarles, convencerles para que huyeran ahora que aún estaban a tiempo!… Después de todo, con ellos y con Jufré, tal vez el exilio fuera una opción razonable. ¿Pero dónde estaba Jufré? Desde su último encuentro, seis semanas atrás, lo único que sabía de él era aquel enigmático mensaje verbal, transmitido de una manera que traducía a la vez su prisa, su desasosiego y la desconfianza que debía de tener hacia las personas de su entorno. ¡Que se lo hubiera comunicado a Fortuna al aire libre, a plena luz del día, y en presencia de su criado, cuando ella cabalgaba en su asno por la carretera de Villafranca, decía mucho sobre su estado de ánimo, y era muy arriesgado! Sus palabras trasmitidas por Fortuna seguían grabadas en su memoria: «Dile al intendente que su ama no debe inquietarse por la irrigación de su viñedo. Mientras los pilares que sostienen la alberca no sean suficientemente sólidos, corren el riesgo de derrumbarse de un momento a otro. Por tanto será menester encontrar un medio más seguro para garantizar el aprovisionamiento de agua a la ciudad, en caso de asedio». Dicho esto, según le contó Fortuna, volvió grupas y desapareció al galope.

«Representando una farsa delante de Juan Ruiz, el encargado de la buena marcha de las obras», pensó Orovida con amargura, quien no sospechaba hasta qué punto la artimaña sería útil… ¿Pero qué era lo que estaba pasando? ¿Aquel insoportable silencio seguiría prolongándose? ¿Acaso sus encuentros habían sido descubiertos, o simplemente adivinados, y Jufré trataba de disipar las sospechas? ¡Ah, ya ella le había dicho que aquel amor era imposible! «Imposible en la España católica», le había replicado él, pidiéndole desesperadamente que lo siguiera al extranjero. ¿Finalmente, no habría que resignarse a hacerlo? ¡Con él a su lado, cualquier país del mundo siempre sería un lugar paradisíaco! ¡Había conseguido transformar el cielo negro de Villafranca en un azul deslumbrante! Luego entonces, ¿por qué no Tetuán o Fez? Si Portugal, ahora como en otras ocasiones, siempre le había parecido un destino que había que evitar, demasiado católico, a merced de uno de esos accesos de fiebre anti-judía propios de los países de la Europa cristiana, ¿no sería Marruecos, protegido por el mar, la tierra de la salvación? Según Jufré y este fugitivo, Eleazar como médico de la Corte, y él mismo, en tanto que corregidor, serían allí bienvenidos. Además, la obstinación insensata de su

amante en querer compartir el destino de su raza, se vería allí totalmente recompensada, ya que en tierra musulmana, el estatus de un cristiano era el mismo que el de un judío. Como ellos, se convertiría en un *dhimmi,* un protegido, en virtud de las Santas Escrituras aceptadas por el Islam. Tendría derecho a la protección de los gobernantes, aun cuando la igualdad prometida no estaba exenta en todas las esferas de una inevitable forma de discriminación. Pero en fin, las vidas de los cuatro, su integridad física y sus bienes serían inviolables y, sobre todo, serían libres de ejercer el oficio que quisieran, sin coacción ni riesgo de sistemáticas persecuciones.

Había demostrado una incalificable falta de previsión al rechazar la proposición de Jufré. ¡Tenía que reaccionar a toda prisa! Eleazar estaba lejos, pero Jufré estaba allí, invisible, cerca de ella. «¡Tienes derecho, debes sobrevivir, gritaba su corazón, el derecho a vivir y a amar! De ahora en adelante, la vida y el amor no tienen más que un solo significado, un solo nombre: Jufré. ¿Qué fuerza en el mundo podía impedir que lo viera? Si él no viene, es sólo porque tiene miedo por ti. ¡Entonces te toca a ti encontrar el medio de ir hasta él, de gritarle que estabas loca, que lo amas, que con él estás dispuesta a ir cualquier parte; a Marruecos, si quiere!»

«¡Sí, tengo que partir, aunque Alegra y Eleazar se nieguen a seguirnos. Si Jufré no puede actuar, yo sí puedo. Incluso sola, si es preciso!»

OceanofPDF.com

XVIII

—Fortuna, vamos a Villafranca a ver al azulejero. Si es capaz de ejecutar un motivo a mi gusto —un pavo real, por ejemplo— descontaré un poco del dinero de la venta del vino para embaldosar el revestimiento de la paredes.

—¡Qué buena idea, señora, eso alegrará un poco la casa!

Cuando se pusieron en marcha, la bruma matinal se había levantado sobre un paisaje animado por grandes rebaños de ovejas que descendían de lo alto de las colinas para pasar el invierno en la vasta planicie de Extremadura. La jornada se anunciaba bella y sin nubes, y el aire intenso estimulaba el ánimo de Orovida. Por primera vez en la vida, experimentaba el sentimiento real de ser dueña de su destino, y no de ser víctima de los acontecimientos. No sólo las austeras murallas amarillentas de la ciudad ya no la impresionaban, sino que ahora se sentía capaz de enfrentarse a ellas.

—Pasemos por la puerta principal, como en nuestra primera visita —soltó con aire decidido al aproximarse a la puerta Cristo.

Fortuna asintió sin hacer preguntas, presintiendo en el tono exaltado de su ama, que no iban únicamente a elegir un baldosín.

Había aún poca gente a la entrada de la ciudad. La temporada otoñal de los grandes mercados de la aceituna, del vino, de las pieles y del corcho había pasado, y las compras de invierno habían terminado, pescado seco y sal de Andalucía, granos de Almendralejo y de Castilla, brocados y terciopelos almacenados en grandes cantidades. Sólo algunas religiosas iban y venían en grupos de a dos, cabizbajas, y varios frailes tonsurados, con los brazos escondidos debajo de sus casullas, se deslizaban silenciosamente entre los caballos de una cuadrilla de alcabaleros que charlaban antes de comenzar su ingrata tarea cotidiana. Los mendigos, abundantes en todas las estaciones, esperaban pacientemente una limosna bajo un cielo que, contra toda previsión, se encapotaba bruscamente anunciando tormenta. Al oír el sonido desafinado de un caramillo, la mirada de Orovida se dirigió a uno de los pedigüeños, un ciego.

—Fortuna —exclamó de repente—, coge esta moneda, y dásela al chico que acompaña al ciego que toca el caramillo. ¡Que vaya a comprar

cualquier cosa, por ejemplo, una rama de albahaca al herbolario de la Plaza Mayor!

Cumpliendo la orden sin tratar de comprenderla, la sirvienta se acercó a los dos mendigos bajo la mirada atenta de su ama, y lanzó la moneda. Atrapándola al vuelo, el muchacho se quedó boquiabierto mientras escuchaba a la vieja, sin dejar de mirar incrédulamente aquel maná caído del cielo en la palma de su mano. Repuesto de la sorpresa, tras haberse persignado apresuradamente para preservarse del demonio, cerró el puño con vivacidad y se abalanzó hacia las escaleras que llevaban a la plaza principal.

En cuanto desapareció, Orovida puso pie en tierra y se aproximó al ciego:

—¿Flautista —murmuró ella—, cuánto ganas con tu música cada día?

—¿Un mal día o un buen día, señora?

—Un día muy bueno.

—Tal vez doscientos maravedíes, señora.

—Muy bien, yo te ofrezco quinientos si aceptas hacerme un servicio.

—¡Con mucho gusto, amable dama! ¿Pero de qué servicio se trata?

Orovida se acercó a la grasienta oreja del buen hombre y susurró unas palabras.

—¡Está bien! —asintió, abriendo la mano para recibir la recompensa prometida.

—Recibirás otro tanto —añadió Orovida, interrumpiendo la lluvia de monedas— cuando tenga la prueba de que mi mensaje ha sido bien transmitido.

Entonces, dejando al pobre diablo reponerse de sus emociones, se subió a la mula y dio media vuelta en dirección a la entrada de la ciudad.

—¿Y nuestras baldosas, señora? —preguntó Fortuna, por si acaso.

—He cambiado de parecer. Daremos la vuelta a las murallas hasta la puerta Cristo. Allí comprarás la carne y nos separaremos. Te esperaré en casa de los Díaz. Vamos, rápido, ve al carnicero. ¡Date prisa! —ordenó, viendo que la pobre mujer seguía allí parada, completamente atónita— ¡Pasaré brevemente por la tienda del especiero, pero no quiero retrasarme!

Miguel estaba solo en la tienda. Conteniendo con un gesto su efusión, Orovida le explicó sucintamente la razón de su visita:

—Simplemente quiero avisaros. Finalmente la Inquisición se ha instaurado en Sevilla y las primeras víctimas son los conversos. ¡Están a

punto de ser juzgados! Tarde o temprano, Miguel, los inquisidores estarán aquí. Si os arrestan y abjuráis, tal vez tengáis la suerte de escapar, pero de todas formas vos y Moshico seréis excluidos del comercio de las especias. Si, por el contrario, os negáis a arrepentiros o si, por desgracia, no creen en vuestra sinceridad, ¡ya sabéis lo que os espera!… Vuestra vida y la de vuestra familia estarán en peligro. ¡Por lo tanto, huid antes de que sea demasiado tarde! ¡Llevaos a Elvira y a Moshico fuera de España antes de que la Inquisición os ponga la mano encima! ¡Ah, aquí está Fortuna! Será mejor que nos vayamos inmediatamente. Buena suerte, Miguel. ¡Que Dios os proteja!

Poco después de aquel mediodía, en opinión de sus subalternos, Jufré tuvo un arranque de mal humor sin parangón. Enrabiado, mandó al diablo a toda su gente y les ordenó que desaparecieran de su vista durante toda la jornada, llegando incluso a amenazarlos de prescindir de sus servicios si al siguiente día se mostraban tan inútiles y perezosos. En medio de semejante huracán, sólo los guardias gozaron de su favor y, para gran sorpresa de ellos, bajó a verlos al atardecer, seguido de Gonzalo, cargado con un tonel de vino.

—La tormenta no tardará en estallar —les dijo—. ¡Aquí tenéis con que calentaros! ¡Evidentemente, esto no es muy reglamentario, pero en una noche como la que os espera, no habrá nadie afuera! ¡Así, pues, bebed a mi salud, y buenas noches!

Tras despedirse de Gonzalo, volvió a su casa, cuyas habitaciones se puso a recorrer en un estado de indescriptible agitación.

¡Dios mío! ¿Por qué había corrido el riesgo tan insensato de enviarle aquel mensaje, aunque fuera valiéndose de un ciego? Si él no podía reconocerla, otros sí podían. ¿Y qué significaba aquella frase sibilina: «está bien quedarse en casa en una noche de tormenta»? ¿Acaso quería decir que ella también estaba vigilada, y que él no debía visitarla durante la tormenta, o al contrario, que ella vendría durante la tempestad, ya que él no podía ir a verla y que, por tanto, debía quedarse en casa esperándola? ¿Si era esta su intención, cuál sería la razón de su imprudencia? ¿Habría sido descubierta su relación amorosa? ¿Pero, cómo y por quién?

Lleno de inquietud y ardiendo de impaciencia, mientras esperaba que anocheciera, evocando y volviendo a recordar una y mil veces todas sus escapadas desde el principio de la relación, le echó más leña al fuego. ¿Habría tenido malas noticias de Alegra, o estaba atormentada después de

haber oído hablar de lo que pasaba en Sevilla? Era posible, pero no se habría arriesgado tanto para saber si él también había sabido algo… No, no era esto. ¿Pero, entonces, qué era? De pronto, sus manos se perlaron con un sudor frío. ¿Serían sus servidores, López o Alfonso?… pero en seguida rechazó esta loca idea. No, más bien debía de ser algo concerniente a la venta del vino o a la falsa identidad a que se hacía referencia en los documentos…

Un primer rayo que rasgaba a lo lejos el horizonte y el repiqueteo de las primeras gotas de lluvia, le obligaron a suspender sus obsesionadas preguntas. Apoyándose en el alféizar de la ventana que daba a la ruta de Toledo, escudriñó la penumbra esperando el próximo rayo. Tal vez, al iluminar el paisaje, le revelara la silueta que tanta falta le hacía. Si ella venía —por si acaso había tomado las precauciones para alejar a todo el mundo y adormecer a sus guardias—, ¿cogería el sendero empinado que subía desde la puerta Cristo hasta su jardín, o daría la vuelta pasando por la puerta de Toledo? Por suerte, a la hora que era, los centinelas debían de estar embrutecidos por el vino, y el riesgo de desafortunados encuentros era casi inexistente.

Otro rayo desgarró la noche, pero con gran decepción no vislumbró nada en el camino. Ahora llovía a cántaros y lo único que se divisaba era el sendero transformado en un río que acarreaba el agua que rodaba cuesta abajo desde la colina hacia al aljibe moro… No valía la pena ilusionarse. No, con este tiempo ella nunca vendría. Era estúpido esperarla… ¡En lugar de quedarse allí, abrumado y frustrado, lo que tenía que hacer era dar gracias al cielo por haberle impedido cometer una locura! Simplemente, ella había intentado advertirle que no debía ir a verla bajo ningún concepto, eso era todo. ¿Pero, por todos los santos, por qué razón? ¿Qué habría pasado?

El corazón se le salía del pecho, por más que se repetía: «ten calma, no desesperes, la tempestad acaba de empezar y, en esas condiciones, hace falta tiempo para subir hasta aquí… Así que sigue escudriñando la noche». En un movimiento de rabia impotente, se puso a atizar el fuego con exasperación.

«¡Degenerado hijo de cura fornicador!», gritó súbitamente, desahogándose cuando un leño que rodó por el suelo le chamuscó un zapato. Apostándose de nuevo en la ventana para vigilar atentamente los alrededores de la casa, trató de perforar las tinieblas.

Estaba tan abstraído en su meditación, que no oyó girar suavemente el picaporte de la puerta y, antes de que pudiese percatarse de su presencia, ella estaba en sus brazos.

Entonces la ansiedad, el miedo, y la cólera se disgregaron. «Mi luz dorada, mi vida», murmuró, cubriendo de besos su rostro rutilante de lluvia, perfumado con todas las fragancias de la noche. Rozando con sus labios las pestañas completamente mojadas y los lozanos párpados; embriagado, separó de sus mejillas los mechones sueltos de su larga cabellera.

—¡Ven, ven, mi querido amor, mi pobre pollito mojado, ven a secarte en seguida cerca del fuego! Toda la noche he atizado las llamas preguntándome si vendrías…

Ayudándola febrilmente a desatar los cordones que retenían alrededor de sus hombros la voluminosa capa empapada de lluvia, le quitó los guantes y las botas, cuyo cuero estaba tieso por la humedad; y luego la despojó del vestido, y todas sus prendas cayeron al suelo una tras otra. Loca de felicidad, con el alma y las entrañas atenaceadas por el mismo deseo que veía llamear en los ojos de su amante, Orovida se abandonó a la impaciencia de sus manos, hundiéndose con delicia en un vértigo indecible. Durante mucho tiempo permanecieron enlazados, colmados, inundados de una dicha irreal. Hasta que por fin Orovida volvió a abrir los ojos. La luz de la única bujía que alumbraba la habitación declinaba poco a poco y, en la chimenea, el fuego moría lentamente. Afuera, la tormenta se alejaba. Alzando la cabeza, se apoyó en un codo, miró a Jufré, acarició tiernamente su rostro.

—¡Qué feliz soy! Ya nada me da miedo… Te amo.

—Yo también, mi amor, te amo y te amaré hasta el fin de los tiempos. Pero ahora dime: ¿por qué has venido?

—Porque no podía seguir viviendo sin ti. No podía seguir soportando tu ausencia. Viviré donde quieras y como desees. Tienes razón. Aquí no nos dejarán vivir en paz.

—¿Quieres decir que estás dispuesta a irte de España, a abandonar el pasado, tu hacienda, a Alegra?

—Sí. Para poder vivir contigo y amarte. ¡Hay que irse!…

Entonces, con una intensidad que no había conocido jamás, le contó su conversación con el fugitivo, su descripción de Marruecos y todo lo que había sabido. Ahora todo le parecía posible.

—Serás visir, ya verás —concluyó— y Eleazar, si nos acompaña, el médico favorito del sultán… ¡Pase lo que pase, Villafranca nos parecerá un paraíso, pero más vale vivir en un desierto que morir en un jardín!

Completamente enfebrecida por haber podido llevar a cabo su proyecto, Orovida no notó el silencio de Jufré. Levantándose, envolvió con gracia su desnudez en uno de los cubrecamas de piel, y empezó a recorrer la habitación examinando minuciosamente cada objeto, como si quisiera, gracias a ellos, aprender algo más sobre su propietario. Al acercarse al cofre de madera tachonado con clavos de roseta, se sumió en la contemplación de una bandeja de estaño cubierta de cadenas, medallones y una fascinante colección de grandes anillos y sortijas de plata y de oro, engastadas con sellos y con piedras preciosas, algunas incluso para ser llevadas en el pulgar. Divertida, se probó una, luego otra, e hizo resbalar con travieso placer las gruesas joyas entre sus menudos dedos.

—Nunca te las he visto llevar. ¿Por qué? —preguntó volviéndose hacia él con un encantador movimiento de frivolidad.

Ensimismado, Jufré le pidió que repitiera la pregunta:

—Perdóname, ¿pero qué dices? Tu voz flota tan ligera entre estos gruesos muros de piedra. ¿Qué me preguntabas?

Con un gesto brusco, Orovida dejó caer los anillos en la bandeja.

—¿Mi amor, qué te pasa? ¿Has cambiado de opinión acerca de nuestra partida?

—¿Yo? ¿Cambiar de opinión? ¡Ahora deberías conocerme mejor, ángel mío! ¿Por lo demás, para qué quedarse en un país que no me deja vivir a mi manera, en una España que pronto ya no reconoceré?…

—¿Entonces es Marruecos lo que te inquieta? Orovida, mi luz, mi vida, hay una cosa que tu converso sevillano no mencionó y, de hecho, no tenía ningún sentido que lo hiciera, ni para él ni para ti: ciertamente Marruecos es un refugio ideal para todos los judíos, conversos o no, pero yo no estoy en ninguno de los dos casos. A los ojos del mundo, yo estoy colocado en lo alto de la jerarquía del reino cristiano español. Ahora bien, tú sabes tan bien como yo que, a pesar de una precaria tregua, España siempre está en guerra contra el reino musulmán de Granada y que los moros de Marruecos son aliados tradicionales de los últimos moros españoles. Por consiguiente, Marruecos es para mí un territorio enemigo. De modo que no puedo correr el riesgo de embarcarme en un navío para el África del norte. Estaríamos obligados a coger un barco en Lisboa, luego

tendríamos que sobornar al capitán para que diera un rodeo y nos dejara en la costa marroquí antes de atravesar el estrecho de Gibraltar. Semejante viaje es inconcebible sin dos garantías: la primera, que el navío esté en buen estado, y la segunda, que el capitán sea un hombre de honor. Orovida, ni tú ni yo podemos huir en una vieja barcaza haciéndonos a la mar a cambio de todo el oro que poseemos. No debemos emprender ese viaje, si no estamos del todo seguros y no contamos con la garantía de llegar dignamente. De modo que hay que preparar las cosas minuciosamente. Esto es, amor mío, lo que estaba pensando mientras tú mirabas mis anillos…

Mientras lo escuchaba, Orovida sintió derrumbarse toda su felicidad. Una vez más, había caído en la trampa de ignorar la siniestra realidad ajena a su universo interior. Avergonzada de su fugaz trivialidad, no repitió la pregunta a propósito de las joyas.

—¿No eran mis anillos lo que te intrigaba? —insistió él dándose cuenta de su desconcierto.

—Sí, pero a partir de ahora eso no tiene importancia. Sólo te preguntaba por qué razón nunca te los había visto.

—¡Oh!, pertenecen a otra época, ya sabes, aquel tiempo en que yo era un gentilhombre deseoso de desempeñar un importante papel en la Corte. Hasta mi destierro, aquí, no sabía cuán fútil y decepcionante podía ser el mundo. Desde entonces, jamás he vuelto a ponérmelos.

Incorporándose a su vez, se acercó a ella y, al ver que sus dedos se deslizaban melancólicamente sobre las alhajas, le dijo con dulzura:

—Escoge un medallón para ti. Toma, coge éste, de plata, engastado con esmaltes verdes y azules que brillan como un mar apacible, este es el que más me gusta.

—Casi tiene el color de tus ojos…

—Sí, eso también decía Leonor —se le escapó, sin querer que aquella torpe reminiscencia del pasado la hiriera— Pero todo esto, como ves, pertenece a tiempos pasados. ¡Quédate tranquila! ¡Tú y yo encontraremos nuestro rincón de paraíso, incluso en el desierto más horrible!

Entonces deslizó, delicadamente, la cadena de plata con el medallón por debajo de los cabellos de Orovida, y antes de dejarlo caer entre sus senos rotundos y juveniles, lo calentó en sus manos.

—¿Cuándo podremos partir? —preguntó ella.

—No antes de la calma de la primavera. Además, hace falta tiempo para establecer contactos serios con Lisboa; y luego debemos avisar, a

cualquier precio, a Alegra y a Eleazar, aunque para ello tenga que cabalgar hasta Segovia.

—¿No has tenido noticias de ellos?

Jufré movió la cabeza negativamente.

—¿Nos volveremos a ver por lo menos antes de la primavera? —preguntó con voz apagada.

—No lo sé, amor mío. Tal vez ya sospechan de nosotros. Pero gracias al cielo no existe ninguna prueba. No descuidemos, pues, nuestra vigilancia. Además, debemos tener en cuenta un nuevo peligro.

—¿Otro más?

—Sí, el de la Santa Hermandad.

—¡Ah, sí, el sevillano aludió a ella!

—Milicia local compuesta por simples ciudadanos, aborrece los privilegios ajenos y está decidida a hacer reinar el orden y la ley por cualquier medio. Sus intervenciones son rápidas y brutales. Todo lo espían con el apoyo de la reina, quien los utiliza para hacer fracasar cualquier indisciplina por parte de la nobleza…

—Y, según el fugitivo, también para ayudar a la Inquisición.

—Sí, sin duda alguna. De modo que redoblemos la prudencia y, sobre todo, no te muevas hasta que te llame.

—¿Cómo voy a poder vivir tanto tiempo sin verte ni tener noticias tuyas? —murmuró acariciando con mano temblorosa los cabellos revueltos de su amante.

—¡Ánimo, mi luz dorada, nunca te abandonaré, tú bien lo sabes!… La primavera, ya lo verás, nuestra primavera no está muy lejana…

Intercambiaron una larga mirada, sus ojos decían lo que sus bocas se negaban a confesar: a partir de ahora, el uno sin el otro, cada día sería una eternidad…

—Orovida, mi amor, ahora tenemos que despedirnos. ¡Mira! Afuera ha escampado. Te acompaño hasta el jardín para estar seguro de que mis guardias aún duermen, y que nadie puede espiarte en la oscuridad.

Precediéndola sin tropiezo hasta los últimos peldaños, abrió la puerta. En el cielo de nuevo despejado se alejaban lentamente los jirones de una nube nacarada arañando al pasar una afilada luna en cuarto creciente. Mas en lontananza, muy lejos en el firmamento, titilaban miríadas de estrellas.

Valerosamente, Jufré quiso sonreír, pero sus rasgos se petrificaron en una crispación dolorosa. Entonces esbozó un gesto con la mano, pero lo

dejó inconcluso.

Bajándose la capucha hasta los ojos, todo lo más que pudo para ocultar el rostro, Orovida se alejó, llevándose esa última imagen.

OceanofPDF.com

XIX

Al final del invierno, una nueva serenidad se adueñó de Orovida, y a pesar de la ausencia de Jufré, se puso a pensar en el futuro con la mayor calma. Gracias a su amor, renacía en ella la esperanza de un nuevo destino. Si David hubiera vivido, sin duda hubiera prolongado su existencia a su lado. Compartiendo sus proyectos, protegida y querida, sumisa y resignada, habría envejecido hasta morir apaciblemente, sin mayores quejas, porque no hubiera tenido grandes motivos para quejarse. En cambio, cuando decidió amar a Jufré, deliberadamente se aventuró en un mundo que antes siempre había evitado, aceptando de este modo enfrentarse a lo desconocido. Ahora bien, esta perspectiva, lejos de inquietarla, la dejaba impertérrita. En efecto, a partir de ahora ya no se sentía solitaria y pasiva, dispuesta a obedecer y a aceptarlo todo. Su pasión por Jufré y la que él le profesaba, los unía en un ímpetu primordial gracias al cual se establecía entre ambos una armoniosa correspondencia. Devenida uno de los componentes de esta complementariedad, ahora nada le parecía imposible de llevar a cabo. Los días habían dejado de parecerle interminables, y hasta las horas transcurrían más de prisa desde que había decidido enfrascarse en la lectura de los magníficos volúmenes de árabe de la biblioteca de su padre, con el afán de completar y mejorar los rudimentos de una lengua que a duras penas sus profesores le habían inculcado en otros tiempos. También había renovado por completo su guardarropa con el fin de que no faltara nada el día de la partida. Al enterarse de que efectuaba muchas compras, los vendedores ambulantes de Toledo, puestos de acuerdo, la visitaban, disputándose el honor de presentarle los más bellos artículos: zapatos de ante, medias multicolores y fileteadas, las más finas batistas francesas para su ropa interior y, desde luego, los más elegantes vestidos, tejidos de lana de Castilla, telas bordadas, terciopelos y brocados, sayas de seda y redecillas. En resumen, que los baúles al llenarse también participaban de la espera y ella misma, sabedora de que Jufré no volvería antes de la primavera, se había resignado, amordazando los inútiles suspiros antes de que se manifestaran, y obligando a su corazón a vivir al ritmo moderado y tranquilo de una realidad que se aproximaba.

Los rayos del sol eran cada vez más cálidos, y Orovida tomó la costumbre de ir a sentarse todos los días en su pequeño jardín cercado, convertido para ella casi en un símbolo. En efecto, ¿cómo olvidar aquella primera noche en que Jufré, justo antes de que su vida se mezclara inextricablemente con la de David, le había dicho que en su soledad aquel refugio verde y frondoso podría devenir algún día la promesa de un paraíso; promesa que, por otra parte, su esposo se había empeñado en cumplir?

Hoy aquel sueño casi se había convertido en realidad. Completamente desbrozada, gracias a los infinitos cuidados de López, la parcela resplandecía desde el comienzo de la primavera, con el destello de sus brotes, alegres mensajeros de una felicidad por venir, fuente de vida que ella llevaba en sí misma para hacerla renacer con Jufré en el corazón de un desierto.

El invierno se retiraba imperceptiblemente sin que Orovida se diera cuenta. Una mañana, mientras contemplaba su jardincito, descubrió emocionada que durante la noche un ligero velo verde, casi transparente, tan delicado como el ala de una libélula, lo había cubierto por entero. Un breve acceso de melancolía ensombreció su frente al pensar que desgraciadamente Jufré no podría verlo y compartir con ella la alegría de semejante espectáculo: ¡fresca y frágil imagen de la belleza! Pero se repuso al calcular que aquella separación estaba tocando a su fin. De momento, tenía algo mejor que hacer que soñar: ante todo, encontrar un arrendatario para la finca, avisarle a Francisco de Guzmán de su partida, dar parte de sus planes a Fortuna y a José, dejándolos escoger entre irse con ella o quedarse, dando por sentado que ella jamás abandonaría a tan fieles y devotos servidores.

Los días pasaban, y los esfuerzos desplegados para engañar su espera empezaron a perder eficacia. De nuevo inquieta y agitada, sin noticias de su hermana ni de su cuñado, incapaz de concentrarse en los libros, se puso a deambular sin ton ni son, de un lado al otro de la casa, preguntándose qué había que llevarse y qué había que dejar: el cofrecito de plata y, por supuesto, el candelabro de la *Janucá;* ¿pero qué hacer con los vasos de la Pascua, con la copa del *Shabat,* con los candeleros de plata? ¿Y las colgaduras, los tapices, los cueros, habría que regalarlos, venderlos o dejárselos a los nuevos inquilinos? Al fin y al cabo, no había mucho que repartir, pues cumpliendo el deseo de David, la mayoría de sus bienes estaba en Toledo, en la que aún seguía siendo la casa Villeda.

Y Jufré que seguía sin venir. ¿Cuándo llegaría la hora de verlo? Sintiendo que una lancinante e incontrolable ansiedad la invadía, y en un intento por recuperar la calma, decidió pasar la mayor parte del tiempo en el jardín, al acecho de sus sucesivas y apaciguadoras metamorfosis. ¿Podría al menos avistarlas allá lejos, desde lo alto de su residencia? Si viniera durante el día, era allí donde quería con toda su alma que él la encontrara. Si viniera de noche, ella lo cogería de la mano, y le mostraría su reino en la complicidad del claro de luna…

Desde su ventana situada en lo alto, Jufré columbraba a menudo la silueta de Orovida, semejante a un rayo fugaz, dorado y resplandeciente, que irrumpía en el verde tapiz de una vegetación apenas naciente. Al verla en un decorado tan apacible, su corazón se oprimía. ¿No sería inhumano quererla arrancar de allí? Pero si él no lo hacía ahora, con dulzura, tarde o temprano otro la forzaría a hacerlo brutalmente.

Los preparativos del viaje estaban prácticamente ultimados, gracias a la colaboración de uno de los jóvenes Braganzas que le había servido discretamente de intermediario. Únicamente Alegra y Eleazar habían sido la causa involuntaria de su retraso. Como le había prometido a Orovida, acudió a Segovia con el pretexto de defender personalmente a Constantino Álvarez Calatayud de la Fuente, metido en prisión por haber provocado un escándalo. Un lamentable asunto. ¡Pobre diablo! No había hecho otra cosa que defender su honor matando, al regresar de una expedición contra los moros, al escuchimizado amante de su corpulenta esposa, tras haberlo sorprendido en el lecho conyugal. Indignado de que se dejara podrir en prisión —gracias a la servil delación de una banda de soplones— a un hombre cuyos servicios al reino eran tan valiosos, consiguió ablandar a sus jueces, y el Consejo de la corona puso en libertad al infeliz, lo que al mismo tiempo justificó su viaje a Segovia.

La entrevista con los Nonell había sido afectuosa. Fieles a su espíritu de tolerancia, no pusieron ninguna objeción a su unión con Orovida, pero su reacción ante la proposición de dejar España fue negativa. Con la fogosidad que lo caracterizaba cuando la suerte del pequeño Juan estaba en juego, Eleazar replicó que ni hablar de que él dejara en otras manos al niño. Jufré no insistió, pues fue testigo de un paseo del médico con su pequeño paciente, paseo que decía mucho acerca de sus recíprocos vínculos de confianza y afecto. Al verlos juntos, como un padre y un hijo, arrodillados ante un azafrán que acababa de abrirse, detallando hojas, pétalos y

estambres, mientras el niño escuchaba con devoción al maestro que le explicaba la función de la flor en esta vida efímera, comprendió que era ilusorio querer separarlos, tanto más cuanto que desde la muerte del padre de Fernando, los progenitores del niño, ambos convertidos en monarcas, apenas se ocupaban de él. ¿Cómo pasar por alto el espectáculo de Eleazar deteniendo la mano del principito, cuando éste se disponía a coger la flor, para luego tomársela delicadamente y reanudar juntos el paseo? En cuanto a Alegra, también había rechazado enérgicamente la idea de partir sin su esposo. «Sin embargo, le confió a Jufré, he tratado de recordarle que el nuncio en persona ha protestado contra las masacres perpetradas por los inquisidores en Sevilla, que corre por ahí el rumor de la próxima destitución del secretario privado de la reina, Hernando del Pulgar, converso, pero buen cristiano, por haberse atrevido a criticar la crueldad de la represión. Por eso, añadió ella, tuve que pedirle a Eleazar que se dejara ver más asiduamente en la misa.»

En consecuencia, quedaron en que si por casualidad cambiaban de opinión a última hora, ellos se les unirían por sus propios medios, pero que en ningún caso había que esperarlos.

Sin hacerse apenas ninguna ilusión con esta posibilidad, Jufré decidió que había llegado el momento de actuar. Esa misma noche, tan pronto se ocultara el sol, iría a casa de Orovida. ¡Por un instante, se vio en sueños montando a horcajadas en su caballo árabe, tomando a la vista de todos el camino de Toledo, para luego irrumpir en su pequeño jardín, cogerla entre los brazos y raptarla en un irresistible galope!… Desgraciadamente, la realidad era otra… Tendría que ocultarse, esperar la noche, deslizarse en la oscuridad…

En ese preciso instante, acurrucada en su vergel, Orovida también soñaba… ¡Sentir de pronto en el cuello su grato y cálido aliento, los labios de Jufré posándose en su nuca, sus brazos estrechándole la cintura en un abrazo que no acabaría nunca!…

Súbitamente, cuando ya la oscuridad invadía el valle y mientras Orovida seguía allí, perdida en sus sueños, unas roncas voces desgarraron el silencio. Unas manos brutales lo agarraron.

—¡En nombre de la Reina!…

Aterrado, Jufré se alejó de la ventana, atravesó su habitación corriendo, bajó atropelladamente la escalera.

Espada en mano, unos alguaciles le cerraron el paso.

—¡Jufré del Águila —soltó una voz—, por orden de Su Majestad la Reina, yo os arresto!

Repantigado en el rígido asiento de la triste sala de audiencias, Sebastián de Contreras releyó el acta de acusación que la reina le había ordenado examinar. ¡Desagradable tarea, del todo indigna de mi cargo!, refunfuñó para sí. ¿Por qué diablos la reina había insistido para que él se desplazara personalmente desde Valladolid a fin de dirigir esta investigación? ¡Era muy extraño! También resultaba muy enojoso tener que arrestar a un corregidor para someterlo a un careo, por unas acusaciones de las que, por lo general, ningún cristiano tenía que rendir cuentas. Pero como había que hacerlo, suspiró, más valía terminar lo antes posible tomando el máximo de precauciones…

—Excelencia —dijo con una vaga sonrisa que flotaba discretamente en su austera cara cuando Del Águila estuvo frente a él—, yo lamento tener que imponerle semejante padecimiento, pero estoy seguro que no nos llevará mucho tiempo esclarecer el caso.

A pesar de la temperatura clemente del inicio de primavera, De Contreras sintió frío y, arrebujándose en su capa forrada en piel, prosiguió a media voz:

—Pues bien, la reina ha sido informada de que usted se veía frecuentemente con cierta viuda judía llamada Orovida Villeda, procedente de Toledo, actualmente residente en la propiedad antiguamente arrendada por Francisco de Guzmán al monasterio Santa María de la Encarnación. ¿Es exacto?

—Sí, en efecto, la veo, pero no con más frecuencia que a su difunto esposo con quien, quizás vos lo sabéis, colaboré cuando Sus Majestades necesitaron una ayuda urgente.

—Sí, comprendo. Por tanto, admitís haberla visto. Siendo vos mismo responsable del respeto de la ley, del orden y la moralidad de nuestro reino cristiano, ¿no os pareció que vuestra relación con esta persona podía dar lugar a, digamos, lamentables cotilleos susceptibles de empañar la irreprochable reputación que se espera de un representante de la reina?

—¡Pero eso es absurdo! —estalló Jufré.

Sin embargo, logró contenerse, pues no quería, bajo ningún concepto, agravar las acusaciones —después de todo bastante leves— que le concernían.

—Efectivamente, al hacer mis visitas de inspección —respondió más calmado— solía pasar por la casa de los Guzmán para vigilar a los centinelas que había apostado allí, ya en tiempos de don David. En el curso de esas visitas, a veces doña Orovida pedía mi opinión sobre la dirección de sus negocios. En vista de las circunstancias de la muerte de su marido, pensé que era mi deber ayudarla de la mejor manera posible. ¿Debo entender que esta actitud de simple cortesía ha sido juzgada escandalosa en las altas esferas?…

Encogiéndose de hombros y renunciando obviamente a dar su opinión, el magistrado guardó silencio, para no tener que tomar partido oficialmente. Luego, cogiendo con gesto falsamente desenvuelto una botella que estaba en un nicho a su espalda, llenó dos copas de vino, ofreciéndole una a Del Águila. Tras beber un trago, se levantó, y empezó a pasear de arriba abajo por la sala. Pensativo, dándole la espalda a Jufré, y mientras acariciaba con una mano estriada de abultadas venas el manto de una monumental chimenea, reanudó su interrogatorio:

—¿Según tengo entendido, un túnel conecta un aljibe inutilizado de la ciudad con un manantial situado en la propiedad de Guzmán?

—Es exacto.

—Por supuesto, vos conocéis su existencia.

—En efecto. Desde la reanudación de las hostilidades contra Granada, siempre consideré que podría ser vital para la defensa de la ciudad.

—¿Vos lo habéis inspeccionado?

—Sí, en varias ocasiones.

—¿De día?

—Sí.

—¿Y de noche?

—También.

—¿Por qué de noche?

—Pues bien, para estar seguro de que no era la guarida de ciertos malandrines o pordioseros capaces de usarlo para tramar alguna fechoría.

—Ya veo…

Creyendo sorprender en la voz del juez un matiz de alivio, Jufré se puso a esperar, a rezar… Sebastián de Contreras regresó a su silla y examinó fugazmente la lista de las acusaciones.

—Bien —dijo finalmente—, el resto no os concierne directamente. Además, por el momento, creo que no es necesario importunaros más. No

obstante, comprenderéis que hasta tanto no finalice mi investigación y la entrega de mis conclusiones a la reina, estoy en la obligación de manteneros bajo arresto. Sin embargo, me ocuparé de que las condiciones de vuestra detención sean lo más decorosas posible.

Resistiendo ferozmente la tentación de averiguar la identidad de su delator, Jufré inclinó la frente con dignidad. Manifestar un interés injustificado en un caso que, así lo consideraba él, no existía en modo alguno, podía tener consecuencias tan lamentables como imprevisibles. «¡Santo Dios, haz que Orovida actúe con la misma prudencia!», bisbiseó para sí al salir de la sala.

«Y ahora le toca a la viuda judía…», se dijo Sebastián de Contreras cuando estuvo a solas. «Con ella no habrá ninguna necesidad de andarse con paños calientes. Si realmente es la mujer refinada que dicen, una noche de reclusión solitaria en un torreón lúgubre infestado de chusma y miseria, habrá bastado para reducir su soberbia. En seguida confesará.» Así, pues, impasible, esperó su llegada, ajustándose con aire distraído los pliegues de la toga.

Tan pronto como apareció Orovida, comprendió su error. A pesar de la horrorosa noche pasada en los calabozos, ahora entraba digna y serena. Las ojeras malvas que ahuecaban sus ojos, no habían podido apagar su radiante belleza y, con ella, era un rayo de sol lo que entraba en la sala de audiencias. Sorprendido, De Contreras se sintió totalmente desarmado. No, él no se esperaba esta aparición y comprendía que el corregidor… Pero en seguida rechazó este pensamiento. Aclarándose la garganta, se esforzó por mostrarse completamente indiferente, clavando la mirada en sus expedientes y adoptando la gravedad correspondiente a su cargo.

—Orovida Villeda —comenzó con una voz despreocupada—, una acusación ha sido lanzada contra vos por la reina concerniente a vuestras relaciones con Su Excelencia el Corregidor de Villafranca, Jufré del Águila.

—¿De veras? —replicó Orovida con el asombro altanero que había decidido asumir.

Durante toda la noche, con una aplicación obstinada, ella se había empeñado en prestarle la menor atención posible al entorno, obligándose a olvidar, a fuerza de oraciones y voluntad, los repugnantes roedores que mordisqueaban los bordes de su falda, la pestilencia de los excrementos que colmaba su nariz, los ásperos gritos de las mujeres que en una celda contigua se disputaban un mendrugo de pan mohoso. Con los ojos cerrados

para no ver la deprimente oscuridad, había concentrado todo su ser en la conducta a seguir durante el interrogatorio. ¿Acaso la última vez que se vieron, Jufré no le había asegurado que podían sospechar de ellos, pero que carecían de pruebas? Por tanto, había que mantenerse firmemente en esta tesitura, mostrándose ante todo hábil, sorteando las trampas que su juez no dejaría de tenderle y tratando de no suministrarle ninguna prueba irrefutable. De momento, ella era inocente; así pues, había que dejar que fuera el acusador quien diera el primer paso.

—¿Qué hacíais vos en plena noche, a finales de enero, saliendo después de la tormenta de la residencia del corregidor de Villafranca?

Al oír la pregunta, Orovida sintió que el suelo vacilaba bajo sus pies. ¿No había dicho Jufré que no existía ninguna prueba?… Entonces, ¿qué sabía aquel hombre, o qué trataba de hacerle decir para llevarla a la perdición?

¿Lo sabía todo, sólo un poco, o nada? ¿Cómo adivinarlo? ¿Era esa pregunta un ardid para obligarla a confirmar una suposición obtenida sabe Dios cómo, o bien, por su propia locura, había ella suministrado a sus acusadores la prueba que esperaban? ¿Locura?… Haciendo acopio del valor que le quedaba tras la espantosa noche que acababa de pasar, con una voz ahora muy débil, murmuró:

—¿Permitís que me siente?

—No faltaba más —accedió Sebastián de Contreras acercándole un escabel.

Acurrucada en su asiento, ella guardó silencio por un momento, y comenzó con tono titubeante:

—Su Señoría, desde que murió mi esposo padezco cierta debilidad mental. Cuando los elementos se desencadenan, esta tendencia se agrava. Entonces me parece que el alma de mi pobre David ronda en el espacio, atormentada, queriendo vengarse de su trágica muerte. Una noche agitada de diciembre… o de enero, quizás… no me acuerdo bien… su voz, más amenazadora que nunca, resonó en mis oídos, aumentada por los aullidos del viento. «Jufré del Águila, Jufré del Águila», clamaba sin cesar. Me sobresalté tanto que envié a Su Excelencia el corregidor un mensaje rogándole que no se aventurara a salir en las noches de tormenta; pero cuando estalló la siguiente tempestad y el mismo grito pavoroso desgarró los aires, creí que me volvía loca de terror. Por eso, a pesar del temporal, corrí hasta Villafranca lo más rápido que pude, rodeada de sombras fugaces

que parecían quererme atrapar, jadeando bajo un copioso aguacero, creyendo a cada instante que había llegado mi hora. Por fin, más muerta que viva, llegué a la residencia de Su Excelencia y en seguida le advertí del peligro que le amenazaba. Cuando amainó la tormenta, recuperé el sentido y huí, aterrorizada de ver hasta dónde me había llevado la locura.

Agobiada, Orovida se calló. Postrada en su escabel, con la frente inclinada y la mirada clavada en el suelo, estiraba maquinalmente con los dedos los hilos de su falda, como hacen los que han perdido el juicio…

Pasmado al verla sufrir aquella metamorfosis súbita y desoladora, Sebastián de Contreras se quedó tan estupefacto que por un instante perdió la voz. ¿Cómo había podido ella, apenas unos minutos antes tan altanera, orgullosa y radiante, convertirse en aquel desecho humano?… Rápidamente, como queriendo exorcizar el nefasto fantasma que podía planear sobre ella, se persignó y luego, conteniendo el deseo de acariciar aquella preciosa cabeza dorada, masculló con tono benévolamente bonachón:

—¡Vamos, vamos, mi niña, a veces se nos infligen estas pruebas para poner a prueba nuestro corazón! ¡Tomad, pues, un poco de vino! —Y con el corazón lleno de compasión, antes incluso de haber podido reflexionar o cambiar de idea, agregó—: En vista de lo delicado de vuestro estado, haré que os transfieran a una celda más cómoda en espera de la decisión de la reina.

En efecto, a partir de ese momento, proseguir el interrogatorio era para él completamente inútil.

Franqueando la puerta de Villafranca, Sebastián de Contreras arrojó una moneda de oro a un pobre ciego que tocaba el caramillo, como si con aquel gesto definitivo quisiera expulsar de su conciencia aquel caso tan desagradable.

El mendigo se puso a tocar una alegre melodía. Nunca la vida le había sonreído tanto: la señora de la dulce voz primero, después el señor generoso y persuasivo que quería saber todo lo que la señora le había pedido… ¿Acaso no hizo bien en decírselo aprovechando así la buena suerte que se le presentaba? Decididamente, jamás comprendería la justicia de Dios…

OceanofPDF.com

XX

Cuando la reina Isabel de España salió de su oratorio dorado, aún con sus ojos azules mirando al suelo y las manos cruzadas en actitud devota, Tomás de Torquemada, su confesor, la seguía a pocos pasos, con su blanca sotana de dominico, que era la única pincelada de luz en aquella lúgubre sala de la fortaleza de Segovia, donde Isabel solía tratar los asuntos de Estado.

—Gracias, padre —dijo ella con profunda humildad—. Será un placer disfrutar de vuestra presencia en las vísperas.

El prior del monasterio de Santa Cruz inclinó respetuosamente la cabeza, pero su demacrado rostro de mirada penetrante no manifestó el menor signo de satisfacción al verse una vez más invitado a compartir las horas de devoción de su soberana. Se contentó con saludar obsequiosamente y se retiró, concediéndole al pasar sólo un breve gesto de cabeza a Hernando del Pulgar, quien esperaba en la antecámara a que el recogimiento de la reina terminara. Decididamente, ya era hora de reducir al silencio a aquel hombre, pensó el dominico. La Iglesia de España no necesita para nada los consejos de un converso acerca de la manera de resolver el problema de la herejía judaizante…

Pertrechado de los partes matutinos, Del Pulgar entró en las habitaciones de la reina, seguido de un joven clérigo que depositó inmediatamente en una mesita los documentos de su señor, alineando con cuidado papeles, plumas y tinta antes de retirarse silenciosamente.

La reina estaba sentada en un gran sillón de respaldo entorchado y ornamentado con conchas. Devolviéndole a Del Pulgar el saludo, murmuró:

—¡Buenos días, don Hernando! ¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo bendigan en esta jornada vuestros propósitos y obras!

—Amén —respondió el secretario santiguándose con deferencia.

—¿Qué novedades tenemos esta mañana? —preguntó Isabel.

—Sebastián de Contreras llegó ayer por la noche. Desea regresar cuanto antes a Valladolid para ocuparse de otros casos, y pide audiencia a Su Majestad tan pronto como sea posible.

Del Pulgar creyó ver resbalar una sombra de malestar por el rostro impasible de la reina, quien replicó en seguida:

—¡Bien! ¡Que venga! No obstante, nos gustaría que Andrés de Ribera, protector y amigo del corregidor, y Abraham Seneor, allegado de la viuda Villeda, asistan a la entrevista.

—Haré que vengan. Pero antes, ¿no desea Su Majestad leer el informe detallado del caso?

—No es preciso, don Hernando. Lo conocemos de sobra.

Una vez introducido De Contreras, la reina lo miró de hito en hito con unos ojos fríos, en los que no se adivinaba ninguna emoción.

—Don Sebastián —comenzó ella—, vuestra visita es muy temprana. Así que dudamos que hayáis tenido tiempo de pedirle bendición y amparo al Señor para vuestras obras de la jornada. De modo que os autorizo a ir humildemente a recogeros un instante en mi capilla privada hasta que lleguen don Andrés y don Abraham.

Pero De Contreras apenas tuvo tiempo de empezar su rosario. Los dos cortesanos habían llegado y se le pidió que regresara en seguida. De Ribera lucía un espléndido jubón rojo y verde en combinación con sus calzas de colores; y Seneor, un traje de terciopelo granate con el cuello y los puños ricamente bordados en piel.

—Señores —declaró la soberana—, hemos apelado a vosotros para que nos ayudéis a esclarecer la delicada situación en que se encuentra nuestro representante personal en Villafranca, Jufré del Águila, y la viuda judía, Orovida Villeda, actualmente residente en esa ciudad. Nuestro fiel servidor aquí presente, Sebastián de Contreras, acudió al lugar de los hechos para llevar a cabo los interrogatorios, y acaba de llegar para informarme de sus conclusiones. Deseamos escucharlo en vuestra presencia.

—Majestad —empezó visiblemente incómodo el magistrado—, tras una larga entrevista con las partes concernidas, no he podido descubrir ninguna prueba tangible de las relaciones reprensibles que, según el demandante, habrían ultrajado a la vez a la comunidad judía de la ciudad y a sus moradores cristianos. Probablemente Su Majestad sabe que don David Villeda y el corregidor mantenían desde hacía mucho tiempo fuertes lazos de amistad. Por consiguiente, las relaciones de Del Águila con la viuda no parecen dar muestras sino de una elemental cortesía, normal en las circunstancias que conocemos.

—¡Ciertamente, esa explicación es sin duda muy honorable, pero poco convincente! —intervino la reina—. De hecho, ¿alguno de los dos acusados, o al menos uno, ha admitido sus relaciones? —continuó ella, con tono perentorio, interiormente encantada de la manera en que había sido llevado el caso, a pesar de su actitud voluntariosamente severa, pues ante todo deseaba poder salvar a Del Águila.

—Dadas las circunstancias trágicas de la muerte de don David, Majestad, ¿cómo hubieran podido negarlas?

—Pero en fin, unos cargos precisos han sido presentados en contra de ellos —insistió Isabel—. ¿Qué hay exactamente del testimonio del demandante sobre las escapadas nocturnas de ambos?

—A propósito de esos escabullimientos, confieso que *a priori* escasos, ambos me dieron explicaciones perfectamente satisfactorias que someteré por escrito a Su Majestad. Desde mi humilde punto de vista, resulta evidente que para incriminar a los interesados, el malintencionado demandante no hizo otra cosa que tratar de enlazar entre ellos, hábilmente, un cierto número de hechos que no guardan ninguna relación entre sí.

—¿Es esa vuestra opinión, don Abraham? —preguntó la reina—. ¿Meir Barchillon tenía, según vos, poderosos motivos para buscar venganza?

—Sin duda alguna, Majestad. ¡Sigue convencido de que si el corregidor no le hubiera pedido a don David que interviniera durante los desórdenes provocados por la elección del Consejo de la comunidad, hoy él seguiría siendo el jefe de los judíos de Villafranca!

—Es verdad que es un hombre vengativo. Nos acordamos que después de la rebelión de Villena, prácticamente nos obligó a rehabilitarlo negándose a entregar informaciones importantes a nuestros alcabaleros… Así que es forzoso reconocer que ha debido tomarse trabajo para reunir los testimonios que nos suministró y que, sin duda, ha recurrido a numerosos espías e informadores. Ahora bien, ¿no es esa, señores, la prueba de que sigue conservando poder e influencia en la ciudad?

—Eso es verdad, Majestad —abundó Abraham Seneor, acariciando con la yema de los dedos la cadena de oro que le colgaba del cuello, según su costumbre— El apoyo de la comunidad a su rival, Cohen, está lejos de ser unánime y muchos, tanto judíos como cristianos, siguen en sus manos mediante deudas o por impuestos retrasados.

—¿Debo entender que Barchillon podría, si quisiera, crearnos nuevas dificultades?

—Me temo que sí, Majestad.

—¡En todo caso, de momento y al revés que en el pasado, parece defender nuestros intereses con un ardor admirable! En la misiva que nos hizo llegar concerniente a los acusados cuyas relaciones considera ultrajantes para la comunidad judía, menciona haberos dirigido, don Abraham, una queja a propósito de una transacción ilegal de vino efectuada por la viuda Villeda. Los detalles le habrían llegado a través del intermediario del recaudador de impuestos de la región en persona. Por otra parte, insinúa que nuestro agente, Diego de la Cueva, ha sido en alguna forma «incitado» a registrar esta venta bajo el nombre de Francisco de Guzmán, de tal suerte que la viuda judía pueda beneficiarse de nuestra generosa exención de impuestos. Además, Barchillon sostiene que el corregidor había coincidido con De la Cueva y que, por tanto, debía estar al corriente de la operación: prueba adicional, según él, de las estrechas relaciones existentes entre Del Águila y doña Villeda.

Abraham Seneor y Andrés de Ribera intercambiaron una mirada consternada. De modo que Barchillon también le había consignado eso a la reina, sin duda para recordarle así sus servicios pasados, negándole al mismo tiempo al consejero toda posibilidad de echarle tierra al asunto… ¿Nada detendría, pues, a ese bribón sediento de venganza?

—Con todo el respeto debido a Su Majestad —replicó gravemente Seneor— ¿puedo humildemente haceros notar que esos asertos son una pura y simple deformación de la realidad? ¡En la época de la transacción, la viuda Villeda estaba de luto riguroso y tengo poderosos motivos para pensar que por entonces no estaba en sus cabales!

—¡Comparto plenamente esa opinión, Majestad! —interrumpió De Contreras sin que se supiera exactamente por qué.

—Sea lo que sea —prosiguió Seneor—, yo controlé personalmente el acta de venta. Lleva la firma del viejo intendente López quien, desde hace veinte años, dirige la finca de Guzmán. ¡Siendo célebre la calidad de su vino en toda Castilla, era natural que De la Cueva quisiera adquirirlo para Su Majestad! Para eso no hacía ninguna falta la intervención del corregidor. Por consiguiente, me inclino a pensar que López, ahora muy anciano, olvidó informarle a vuestro agente que el arrendamiento había cambiado de manos. En cuanto al acta de venta, él la firmó de buena fe,

automáticamente. Su mala vista le impidió distinguir que el documento estaba a nombre de Guzmán.

—Don Abraham, ¿por qué todas estas nebulosas suposiciones? ¡No parece cosa vuestra! ¿No teníais unos hechos precisos para presentarme? ¿No interrogasteis personalmente a De la Cueva?

—Lamentablemente no, Majestad, eso no fue posible. Una vez terminada su misión, él partió en peregrinaje a Santiago de Compostela.

—Pero en fin —continuó implacablemente la soberana, dirigiéndose ahora a don Andrés—, Diego de la Cueva es un cristiano nuevo como vosotros, ¿no es cierto?

—Sí, Majestad, y puedo dar testimonio de su fidelidad hacia nuestra santa madre Iglesia.

—¡Sin embargo, tal parece que sigue tratando los negocios con sus antiguos correligionarios, y lo que es peor, en nuestro nombre! Ordeno que lo busquen inmediatamente. Será interrogado aquí mismo. Del Pulgar, dad la orden de que retiren inmediatamente de las bodegas reales y eclesiásticas el vino comprado en nuestro nombre a esa viuda judía. ¡Que se distribuya entre los pobres! Asimismo, preparad en el acto un decreto de confiscación de los dos tercios de los bienes de Orovida Villeda. Así podrá meditar sobre lo que cuesta dedicarse a transacciones bajo una falsa identidad. De Contreras, ¿supongo que habéis efectuado un inventario de sus bienes?

—Sí, Majestad.

Los cuatro hombres estaban aterrados. ¡Cualquier cosa podía pasarle a De la Cueva y el rigor de la reina hacia doña Villeda era del todo excesivo!

—¡Sé muy bien lo que estáis pensando, don Abraham! —continuó la reina mirando fijamente a su consejero con unos ojos pálidos e inflexibles que no guardaban ninguna relación, como muchos pensaban, con aquel rostro de curvas tan redondeadas y femeninas… —Si encuentro apropiado pagaros las rentas anuales a nombre de De Ribera, porque la ley me prohíbe concedérselas a un judío, ¿por qué habría que escandalizarse de ver utilizar el mismo procedimiento en un negocio sin mayor importancia? ¡Sí, admito que a veces reconciliamos la ley con nuestras necesidades! Sin embargo, también se dan casos en que el interés de la justicia está en juego, y en que el soberano no tiene elección. Reconozco, don Abraham, que me habéis servido con una constante lealtad desde los tiempos en que, princesa impotente y sin recursos, yo me batía para que se reconocieran mis legítimos derechos al trono de Castilla. Gracias a eso contáis con mi eterna

gratitud. También es verdad que le debo mucho a la casa Villeda. ¡Pero, en fin, mi indulgencia tiene límites! ¡Considerad, señores, el sacrilegio! ¡Un vino producido y vendido por judíos para oficiar la transubstanciación de Nuestro Señor Jesucristo!…

Un silencio de Juicio Final cayó sobre la sala. Piadosamente, imperiosamente, la reina se persignó antes de proseguir:

—En cuanto a las relaciones entre doña Villeda y el corregidor…

Pero súbitamente se calló, sin saber qué más añadir, con el corazón y la mente en plena contradicción. Volver al principio de que sus representantes personales estaban por encima de cualquier crítica, era imposible. Mantenía a toda costa la promesa de que su nombre no fuera jamás mancillado con la más mínima sospecha. De modo que en aquel caso tan grave, que implicaba a un corregidor y a una judía, había que actuar sin debilidad. Poco importaba la verosimilitud o no del caso: tratándose del esposo de Leonor, ella no deseaba conocer más detalles. Bastaba con que se hubiera creído, o fingido creer, en la existencia de semejante relación. Como consecuencia, si aquel «escándalo», real o imaginario, no era cortado de raíz, Barchillon crearía desórdenes en el preciso momento en que el reino y el Tesoro no podían permitirse el lujo de afrontarlos. Para hacer reinar la calma, la justicia debía ejercerse a los ojos de todos. ¿La justicia? ¿Pero cuál debía ser la justicia del corazón? El tiempo, ¡ay!, no había logrado curar cierta herida… Una herida que, ella, la reina, y él, su fiel representante, compartían. Ambos fueron traicionados, pero sólo él, su subdito fiel, había pagado para guardar las apariencias —por no decir los sentimientos— de su reina. ¿Debía, pues, pagar ahora de nuevo, esta vez para salvar la faz de su régimen? ¿Y si el precio simbólico que ella exigía de él, en realidad le costaba otro amor? ¿Podía un monarca conciliar el imperativo moral del Estado con las pasiones humanas?…

Su silencio y la tensión que reinaban entre los asistentes desaparecieron súbitamente debido a una algarabía procedente del exterior. La puerta se abrió brutalmente y el rey Fernando irrumpió, enarbolando dos copas de plata incrustadas de esmeraldas.

—¡Isabel, mi dulce amiga, probad este, os lo ruego! —exclamaba ofreciéndole una de las copas—. ¡Paladead este vino afrutado! ¡Es tan vigoroso como un latigazo! ¡Maravillosa y deliciosa idea la de haber comprado los mejores caldos del reino! ¡En fin, un vino digno de la mesa de un monarca cristiano!

Y volviéndose hacia uno de sus servidores, preguntó:

—¿De dónde proviene este néctar?

—Del viñedo de Francisco de Guzmán, Majestad.

—¡Excelente! ¡Que lo cuiden con mucho esmero! ¡A vuestra salud, mi querida compañera, mi gentil soberana! —siguió el príncipe, alzando su copa a la salud de su esposa con un encanto y una desenvoltura irresistibles.

Todas las miradas se volvieron hacia la reina. La fría severidad de su rostro, la arrogancia de su mentón, la dureza de sus labios apretados, se habían desvanecido para dar lugar a la sonrisa aterciopelada de una mujer enamorada. Con pasmosa impasibilidad, gentilmente, le devolvió el saludo al rey, alzó la pesada copa y se la llevó a los labios.

Tan pronto como salió Fernando, Isabel se levantó. Con paso decidido, se dirigió a la mesa de Del Pulgar, puso una mano blanca y rolliza sobre la pila de documentos y, señalando con gesto breve el pergamino en el cual su secretario había anotado sus órdenes, declaró con voz sosegada:

—¡Anulad todo esto! ¡Mi decisión definitiva es esta: Su Excelencia el Corregidor de Villafranca pierde su puesto de representante privado de la reina y será llamado inmediatamente a la Corte para asumir las funciones de gobernador de la fortaleza de Segovia, hasta hoy desempeñadas por nuestro fiel servidor Andrés de Ribera, aquí presente! En recompensa por sus leales servicios, De Ribera es ascendido a comandante en jefe de la campaña de reclutamiento para la guerra contra Granada; su cuartel general estará en Córdoba. En cuanto a Orovida Villeda, pagará una multa de diez mil maravedíes. ¡Señores, os doy las gracias, eso es todo! Podéis retiraros.

En modo alguno engañado por la promoción de que acababa de ser objeto, De Ribera se inclinó ligeramente para subrayar su agradecimiento, preguntándose qué iba a hacer Isabel para, según su costumbre, recuperar con una mano lo que daba con la otra.

—¿Podemos saber, Majestad, si vuestras instrucciones a propósito de Diego de la Cueva se mantienen? —preguntó no sin audacia, consciente de que ahora tenía poco que perder.

En efecto, desde hacía algunos meses la opinión pública, atizada por los dominicos, manifestaba a las claras, a veces incluso con violencia, su rechazo a que un converso ocupara el puesto de gobernador de la fortaleza de Segovia. Así, pues, la reina había aprovechado la ocasión para tranquilizarlo, «purgando» al mismo tiempo a las personas de su entorno

más cercano, relevándolo del mando con todos los honores. ¿Hasta qué extremos seguiría empujándola Torquemada?

Mirando fija y duramente al ex-comandante de la plaza fuerte de Segovia, y sin dejar de admirar el coraje que demostraba desafiándola a desvelar su debilidad humana, la reina contestó secamente:

—¡Desistid del caso!

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y entró en su oratorio. Allí, humildemente arrodillada, imploró ardientemente la indulgencia del Señor, suplicándole que la perdonara, si por amor a su príncipe voluble, ella había pecado.

OceanofPDF.com

XXI

Con su manera de andar sinuosa, Juan Ruiz recorrió la sala de la residencia del corregidor para estar bien seguro de que no quedaba ninguna huella de Jufré del Águila. Será necesario un nuevo cojín de terciopelo para la silla de Su Excelencia, se decía al pasar, preguntándose cómo aquel detalle había podido escapársele hasta el momento. Luego, tras haber verificado el contenido de las botellas de vino, echó un vistazo satisfecho a la habitación y, con el pequeño cojín usado bajo el brazo, se retiró silenciosamente a la antecámara. Allí trató de enfrascarse en la lectura de algunos expedientes a fin de ponerlos en orden antes de la llegada de su nuevo amo, Arias de Anaya, pero un espantoso dolor de cabeza que hizo temblar las letras ante sus ojos se lo impidió. ¡Qué noche acababa de pasar!… María no le había dado ni un segundo de respiro. Lívida de rabia, lo había perseguido por toda la casa, hasta en los excusados, aullando obscenidades como una verdadera arpía. ¿Cómo pudo reprimirse de infligirle una buena paliza para calmar sus imprecaciones? ¿Pero acaso tuvo jamás la seria intención de hacerlo?… se confesó lastimosamente. Aquella mujer era un auténtico dragón, tan fuerte como él. Si se hubiera atrevido a levantarle la mano, en reciprocidad, ella habría sido muy capaz de molerlo a golpes. Y además, ¿acaso no tenía ella un arma todavía más insidiosa, más temible: su dinero? ¡Ah, eso, ella nunca dejaría de recordárselo! A decir verdad, sin su dote él no hubiera podido pagar las deudas que le dejó su padre —años de retrasos debidos a todos los alcabaleros de la región—, ni tampoco habría tenido recursos para comprar su casa de piedra cerca de la plaza San Mateo, en el barrio elegante de la ciudad… ¡Ah, cuán cara le estaba haciendo pagar esa dependencia!

Desde el día de su boda, en su impaciencia por verlo acumular honores y prestigio, María no había cesado de acosarlo. Secretario del Consejo municipal desde hacía varios años, ella no cejaba en su empeño de verlo heredar, al morir su padre, jurista de oficio, el puesto del Consejo detentado por éste, trampolín evidente, según ella, para acceder al sillón de alcalde, objetivo mínimo de sus insaciables ambiciones. Desgraciadamente sus planes habían fracasado, porque su padre no había muerto y, por tanto, el

puesto en el Consejo seguía estando ocupado. ¡Por último, que la reina se hubiera atrevido a nombrar, en vez de a su marido, a un nuevo corregidor al frente de la ciudad, la había puesto furiosa! Desde entonces, sus vituperios eran sistemáticos. ¿Cómo había podido dejar escapar aquella distinción suprema, él, a quien Isabel debía la rendición de la ciudad? «¿Cómo has podido perder semejante ocasión?», reía sarcásticamente día y noche, despiadadamente, humillándolo incluso en presencia de los niños. «¡Su Excelencia por aquí, Su Excelencia por allá! ¿Por qué no mandas a paseo a todas esas Excelencias? ¡Pero actúa, muévete, por el amor de Dios! ¡Maniobra, intriga como un hombre de verdad! ¿Serás siempre un mediocre subalterno, un eterno subordinado, un rastrero chupatintas? ¿Pero por qué no fuiste tú quien denunció a ese cerdo fornicador?», le había echado en cara la víspera. «Si no sabías nada de sus enredos con esa putita pretenciosa, eres todavía más idiota que lo que pensaba; pero si estabas al corriente, entonces eres más vil que el más grotesco de los gusanos, porque eras tú quien debías hundir a «Su Excelencia» quitándole al mismo tiempo su puesto!…» Por más que había intentado justificarse, un verdadero huracán se abatía sobre él: «¡Pero cierra esa boca llena de baba, débil lombriz, invertebrado! ¡Confórmate con escuchar cuando yo hablo!».

Las cosas, sin embargo, eran mucho más simples… A diferencia de él, buscando el modo de vengarse, Barchillon no tenía nada que perder. Por supuesto, él también estaba al tanto de lo que pasaba y cuando ellos creyeron engañarlo con la historia del subterráneo, simplemente los había dejado enredarse más dándoles bastante cuerda para que se ahorcaran ellos mismos… Pero desafiar a plena luz del día al corregidor era harina de otro costal. En primer lugar, había que estar muy seguro de lo que se afirmaba, siendo él el más débil y vulnerable de los dos en este caso. Ahora bien, Del Águila era muy prudente. Él había tratado de seguirlo una noche en las inmediaciones del túnel, pero su antiguo amo debió presentir su presencia, y en seguida volvió a su casa. Aun suponiendo que lo hubiera visto deslizarse por el aljibe, ¿qué habría ganado con ello? Al no poder seguirlo más lejos por miedo a ser descubierto, no habría tenido más posibilidades de sorprenderlos en la cama que si se hubiera quedado tranquilamente sentado en su antecámara. En cuanto a apostar espías de día y de noche en la ciudad, como hizo Barchillon, era una empresa demasiado arriesgada para alguien en su posición. De modo que había dejado actuar al otro en su lugar, y a fin de cuentas la deposición del corregidor era una sanción mucho más severa

que la que Barchillon, o él mismo, hubieran podido esperar. En efecto, ¿qué otra cosa hubiera podido decidir la reina en contra de su representante personal, hubiéranlo o no cogido con las manos en la masa? Pensándolo bien, tenía que agradecerle mil veces a la Virgen María no haber tenido que intervenir en el asunto. De regreso a la Corte, sólo Dios sabe qué podría tramar Del Águila para vengarse… ¿Pero cómo hacerle entender eso a María?, suspiró completamente vacío. El caso de la judía de Toledo, evidentemente, era distinto. ¿Por qué diablos Barchillon se había contentado con interrumpir el idilio y deshonrar solamente a la viuda? ¿Por qué no había tratado de cogerla *in fraganti* para que la ahorcaran como a una prostituta? ¿Acaso por casualidad él también la codiciaba?, pensó súbitamente, sabedor de su debilidad por las rameras… ¿Y Sebastián de Contreras? ¿Por qué también había demostrado tan poco celo a la hora de averiguar la verdad? ¿Había actuado en connivencia con la reina, siempre propensa a ser indulgente con los judíos? Fuera lo que fuese, la muy zorra había salido del aprieto casi indemne. ¡Diez mil maravedíes por un crimen que hubiera debido costarle la vida, era un castigo risible!… ¿Qué representaba esa suma comparada con el enorme beneficio que había conseguido vendiendo su vino? También era muy extraño que se le hubiera echado tierra a todo esto tan rápidamente, masculló Ruiz entre dientes, poniendo y quitando sus papeles en la mesa sin darse cuenta de lo que hacía. «Ah, dame solamente un poco de tiempo», quiso gritarle repentinamente a María. «Sí, tiempo, un poco de tiempo… ¡y tú veras muy pronto de lo que soy capaz!»

Tambaleante, Orovida tuvo que recostarse contra el muro de piedras rugosas de la fachada del tribunal para mantenerse en pie. Después de un mes de aislamiento en una celda, cuya única fuente de luz era una aspillera de un dedo de ancho, el fulgor del sol clavaba dolorosos aguijones en su cabeza y en sus ojos, y sus piernas apenas la sostenían. Aquella mañana, cuando sus carceleros la liberaron, jamás se le hubiera ocurrido pensar que sería presa de semejante debilidad. Sin embargo, gracias a las recomendaciones de Sebastián de Contreras, había sido tratada, a todo lo largo de su detención, con el respeto debido a una prisionera de alto rango, cuya inocencia era evidente. Además, Fortuna, a quien le permitieron visitarla todas las veces que quiso, había velado para que no le faltara nada: víveres, vestidos limpios e incluso un poco de dinero. Con todo, la falta de aire y sobre todo de luz la habían socavado, así como la ausencia de

ejercicio físico, y su lucha constante contra la angustia y la desesperación acabaron por quebrantar su resistencia moral.

Cuando consiguió recuperar una apariencia de equilibrio, Orovida miró a su alrededor, y reconsideró la intención de ir hasta la puerta principal donde probablemente podría alquilar un burro para regresar a su casa. Mientras buscaba un sitio donde sentarse un instante, un arriero conduciendo cuatro asnos grises y sarnosos apareció en lo alto de los escalones de San Mateo.

—¡Mulero! —llamó desde lejos, demasiado debilitada para ir al encuentro del hombre— ¡alquíleme un burro para regresar a mi casa!

—¿Dónde residís, apuesta señora?

—No lejos de aquí, en el camino de Toledo.

—¡Imposible, es demasiado lejos! Tengo que cargar los baúles del corregidor. Todo debe estar listo antes del anochecer, o de lo contrario, esa babosa que lo dirige todo, me dará un puntapié en el trasero. ¡Quiere disponer de todo su tiempo para escupir sobre los muebles y encerarlos antes de la llegada del nuevo gobernador!

—¿Un nuevo gobernador? —articuló con pena Orovida.

—Claro que sí, ¿pero es que no estáis al corriente? ¡Desde que amaneció, toda la ciudad está sobresaltada! ¡El anterior corregidor se marchó en medio de la noche! Como si hubiera querido ocultarse de las miradas. Creo que se fue a Segovia. En cualquier caso, es a esa ciudad que deben transportarse sus cosas. Jufré del Águila, ¿se llama así, no? Nuevo Comandante de la fortaleza de Segovia. Perdonadme, apuesta señora, pero ahora debo darme prisa. Seguramente encontraréis a cualquier otro que os acompañe.

Abrumada por lo que acababa de saber, Orovida se desplomó en los escalones del tribunal. Sin embargo, desde días atrás no hacía otra cosa que pensar en las sanciones que no dejarían de golpearla: multa severa y probable destierro de la ciudad. Así, poco a poco, se había habituado a la perspectiva de una separación. Pero ahora le parecía inconcebible que fuera Jufré quien hubiera partido… ¿Comandante de la fortaleza de Segovia? ¿Estaba, pues, degradado? ¡Pero claro que sí, seguro! A medida que se reponía, la maniobra de Isabel saltaba a la vista. En efecto, ¿durante años antes de su encuentro, acaso no había reclamado Jufré que lo llamaran a la Corte? De modo que la reina no había hecho más que acceder magnánimamente a su petición y así, ya de paso, le daba carpetazo a un

asunto embarazoso en sumo grado. Una vez más, había caído en la trampa de la soberana. ¿Por qué perversa fatalidad, su destino se entremezclaba sin cesar con el de su reina, condenándolo a sacrificar lo que más amaba en el mundo en el sacrosanto altar de los intereses reales? Antaño asunto del corazón, hogaño razón de Estado… ¿Isabel no cesaría nunca de acosarlo?, gimió, desesperada. ¡Ah! ¿No le había dicho ella un día a Jufré: «no ganaremos esta batalla»? Al recordar ese sombrío vaticinio, Orovida se sintió otra vez sumida en el deseo de desaparecer. Pero al mismo tiempo se despertaba en ella el eco de un inquebrantable desafío: «¡renunciar sin batirse, jamás!» ¡Había que continuar, resistir, sobrevivir! Si estaba viva y libre, era que Jufré no la había abandonado. Si en el pasado había tenido confianza en él, nada debía cambiar. Por otra parte, ¿cómo iba a encontrar fuerzas para soportar esta segunda prueba si ella misma se dejaba destruir?… ¡No, ella nunca se dejaría llevar por semejante desánimo! Volverían a encontrarse un día, quizás en primavera, o a primeros de año, o incluso en la siguiente primavera. Entonces su existencia recuperaría su curso, bajo otro cielo, exactamente como lo habían previsto. Mientras vivieran los dos, nada estaría perdido. Jamás.

—¡Doña Orovida!

Una voz sorda y ronca, vagamente familiar, interrumpió el flujo de sus ideas. Protegiéndose con la mano los ojos, para evitar la luz del día que la ofuscaba, Orovida levantó la cabeza. Miriam Barchillon estaba delante de ella, con un pesado canasto apoyado sobre la huesuda cadera.

—Es mi día de visita a los prisioneros judíos —dijo para explicar su presencia— Antes de entrar, ¿puedo hacer algo por vos?

Aunque hubiera preferido arreglárselas sin ella, Orovida aprovechó la ocasión que se le ofrecía.

—Si pudierais llamar a alguien con una montura para que me lleve a casa… os lo agradeceré.

Sin decir una palabra, con un movimiento aquiescente de cabeza, la escuálida mujer se dirigió con paso cansino hacia la escalera de San Mateo, hizo un gesto con la mano y regresó a donde estaba Orovida, sin dejar de arrastrar los pies extenuadamente.

—Tendréis un asno, señora, pero antes de que llegue, me gustaría deciros esto: ¡supongo que el juez que os interrogó fue, como era de esperar, muy evasivo y que todavía no sabéis quién os denunció a la reina!

—No, pero eso carece de importancia. ¡Si ocultando su identidad, De Contreras ha querido evitar una venganza de mi parte, se ha tomado la molestia en vano, porque no busco nada de eso! Estoy libre y eso es todo lo que cuenta.

—Sí, eso es siempre lo que se dice al principio, pero ya veréis, cuando hayáis recobrado vuestras fuerzas, comenzaréis a reflexionar, a haceros preguntas y la curiosidad os roerá. Lo sé por experiencia, yo pasé por eso… ¡Ah, vos no merecéis esa nueva prueba, mi pobre señora!… Pues bien, ¡fue mi marido quien os denunció!

Orovida se quedó impávida.

—No me sorprende en absoluto. Lo sospeché desde el principio. En cambio, vos, ¡vos sí que me sorprendéis! ¿Por qué traicionar a vuestro marido?

—Porque no lo apruebo, señora, aunque comprenda sus razones. La muerte de don David ya os había hecho bastante daño. Meir no tenía que abrumaros con otros males, ni que saciar sus propios resentimientos con respecto a Del Águila. Ese hombre no hizo sino cumplir con su deber. Sin embargo, una circunstancia atenuante debe ser tomada en cuenta a favor de mi esposo: ¡en ningún momento trató de poner vuestra vida en peligro! Sin embargo, de mujer a mujer, puedo deciros que contaba con los medios para hacerlo… ¡Vamos, ahora hay que olvidar todo eso! Os deseo reposo y tranquilidad. De ahora en adelante, no tenéis que temer nada más de Meir Barchillon. ¡Ahí está, ahí llega el mulero con su montura! Dejadme que os ayude. ¡Buen viaje y buena suerte, doña Orovida, y un último consejo, otra vez de mujer a mujer: en el futuro, jamás volváis a confiar en un mendigo, aunque sea ciego!…

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

JUAN RUIZ

OceanofPDF.com

XXII

Para adivinar la hora, Orovida buscó un rayo luminoso procedente de la aspillera y luego, acordándose de pronto, se dejó caer con un suspiro de alivio en la vellosa suavidad de su colchón de plumas, ahuyentando resueltamente cualquier pensamiento de su mente. Más tarde, cuando hubiera reconstruido, pieza por pieza, el rompecabezas de su existencia, quizás viera un poco más claro. Pero, de momento, sólo tenía intención de llevar a cabo los gestos más simples y naturales de la vida cotidiana: abrir una puerta, salir, mirar el cielo, aspirar el aire, contemplar el resplandor y la perfección de una rosa. Con un placer sensual, se estiró largamente y luego prestó atención a un extraño barullo procedente de la cocina. Después del chirrido de los goznes de hierro herrumbroso y el siniestro ruido de los cerrojos de su calabozo que, durante más de un mes, habían marcado la hora de su despertar, aquella algarabía le pareció tan tranquilizadora como el vuelo de los pájaros al amanecer… Iba, pues, a adormecerse de nuevo cuando un estrépito de vajillas haciéndose añicos en el suelo de la cocina, la sacó esta vez definitivamente de su sueño. Levantándose de un salto, puso los pies descalzos sobre el embaldosado fresco y pulido, se puso una larga y sedosa túnica recién planchada y atravesó el patio para ir a ver lo que pasaba.

El espectáculo de un verdadero campo de batalla le esperaba en la cocina, en medio de la cual señoreaba una Fortuna visiblemente exasperada. Todos los utensilios de cocina parecían haber ido a parar al suelo en el más indescriptible desorden: marmitas de cobre amontonadas en columnas vacilantes, junto a un gran barreño de agua de donde emergían, cual miembros desarticulados, varias cacerolas confusamente mezcladas con una legión de jarros de estaño secándose al sol, cerca de la ventana, al lado de una pila de escudillas y cántaros de barro. Estos últimos eran objeto de los más vehementes vituperios de Fortuna.

—¡Ah, so ladrón! ¡Ah, el muy pillo! ¡Ni uno solo de tus cacharros se tiene en pie! ¡Están tan lisiados como tú!…

—¿Mi pobre Fortuna, qué te pasa?

—¿Pero es que no lo veis, señora? ¡Todos estos utensilios comprados para la Pascua están deformes, tienen la base abombada!

—¿La Pascua?

Al oír esto, Orovida se sintió avergonzada, pues todos sus tormentos le habían hecho olvidar por completo la inminencia de la fiesta.

—Sí, se los compré al lisiado, en lo alto de la escalera de San Mateo —lloriqueaba la pobre mujer con tono lastimero— ¡Y pensar que pasé horas enteras de pie, señora, esperando mi turno en casa del alfarero del barrio judío! Pero había tal jaleo de gentes gritando y regateando allá adentro, como si la vida de todos estuviera allí en juego, que hube de esperar afuera donde, cada cinco minutos, una estúpida sirvienta me asperjaba con el agua sucia de fregar que arrojaba en la callejuela. ¡Si hay que limpiar la casa por la Pascua, sin duda alguna el demonio se adueña de las calles para vengarse! ¡Ah, qué espantoso olor; todavía tengo el estómago revuelto! ¡Y todo eso para nada, señora, porque cuando llegó mi turno, el alfarero ya lo había vendido todo! Por eso me vi obligada a comprarle sus baratijas a ese canalla que me importunaba cada vez que iba a visitaros. ¡Que la sífilis y la peste se lo lleven!

—¡Vamos, Fortuna, te lo ruego, cálmate! Ya verás qué bien nos las vamos a arreglar sin esta vajilla abollada! Lava los platos viejos en esa agua hirviente y quedarán perfectamente purificados. Y además, este año, sólo somos tres: José, tú y yo. Así que no tendremos necesidad de tantas vasijas como en años anteriores.

—Ah, señora, demasiado bien lo sé —abundó la fiel sirvienta mordisqueándose los labios para impedir que le brotaran las lágrimas.

—¿Qué noche cae exactamente la cena del *Séder,* Fortuna? He perdido por completo la noción del tiempo…

—Es pasado mañana, señora. Este año cae más tarde que de costumbre, y sin embargo, estoy retrasada porque al no saber si estaríais de regreso en casa, tenía la intención de llevaros esa noche la comida de la fiesta a vuestra celda. Para colmo, los Díaz me pidieron que les preparara mi esponjado con la *matzá.* ¡Nada de eso estará a tiempo!…

Orovida sonrió. Hacía mucho que no recordaba a Fortuna en tal estado. Es verdad que en la casa de los Villeda las cosas habían cambiado mucho…

—No te inquietes y déjame ayudarte —continuó ella con alegría—. ¡Ya verás! Juntas lo conseguiremos.

Uniendo el gesto a la palabra, cogió con entusiasmo una escoba comprada por Fortuna para la ocasión y se puso a barrer enérgicamente los fragmentos de un cántaro roto. Luego examinó, uno a uno, escudillas y jarros, puso aparte los que parecían bastante estables para ser utilizados, hizo otra pila con los que parecían fuera de uso. Los trabajadores, al menos, podrían servirse de estas vasijas durante la próxima cosecha. Hecho esto, cogió un trozo de tela blanca y empezó a sacarle brillo a ollas y cacerolas a medida que Fortuna se las iba pasando, después de haberlas lavado.

—¿Entonces, si he entendido bien —preguntó ella, avivándose con aire despreocupado— los Díaz siguen aquí?

—Pues sí, señora, nada hará moverse a Miguel antes de la *Bar Mitzva* [13] de Moshico y aún falta para el acontecimiento. Yo no dejo de repetirles que están locos si esperan tanto tiempo, pero no quieren saber nada. Miguel pretende, además, que en cualquier momento, y como quiera, puede pasar a Portugal. ¡Vos lo conocéis! ¡Siempre ha sido inconsciente y testarudo como una mula!… ¡Misericordia! —exclamó de pronto la buena mujer, percatándose de que habían llegado al final de la tarea— ¿pero en qué estaré pensando? ¡Vos deberíais estar descansando y yo, en vez de curaros y mimaros, os hago trabajar, os fatigo con mis historias después de todos los sufrimientos que acabáis de soportar! ¡Id pronto a aprovechar el aire fresco y el sol, y dejadme con mi trabajo! ¡Además, no me gusta que me molesten en mi cocina!

Sabedora de que era inútil insistir, Orovida dejó sola a Fortuna con sus afectuosos refunfuños, y regresó tranquilamente al patio preguntándose en qué iba a emplear su primer día de libertad. Fue entonces cuando apareció José en compañía de Abraham el bedel.

—Perdonadme, señora, pero el bedel tiene un mensaje para vos.

—José dice la verdad —afirmó el recién llegado presentándose sin ceremonia—. ¡Pero de mi boca no saldrá ni una palabra antes de haber bebido una cerveza! El viaje me ha secado tanto la garganta que me siento polvoriento como el aire de un molino.

Tras soltar su breve perorata, con la mirada vacía y frotando despreocupadamente el suelo con los pies, esperó a que obedecieran sus legítimos deseos. José le trajo, despreciativo, lo que pedía. Y el otro apuró la bebida de un solo trago, paseando los labios babosos y la lengua por el borde de la copa mientras sorbía ruidosamente las últimas gotas.

Volviéndose entonces hacia Orovida, le comunicó el recado que le habían encargado:

—Doña Sara —o, si preferís, Sara Cohen— me envía para que os diga que en su condición de esposa del jefe de la comunidad judía de Villafranca, desea informaros… Esperad, ¿cómo es que dijo? Es preciso que use sus propios términos, señora… ¡Ah, si!… desea informaros que hay para vos un lugar reservado en la mesa del *Séder* dispuesta en la sinagoga en honor de las viudas, los huérfanos y los menesterosos.

A Orovida se le heló la sangre en las venas.

—Escúchame bien, buen hombre, y llévale en el acto mi respuesta a doña Sara Cohen: doña Orovida Villeda de Toledo —y métete bien en la cabeza lo que voy a decirte— doña Orovida Villeda de Toledo tiene todo el lugar que desea en su propia mesa.

—Doña Orovida Villeda de Toledo tiene todo el lugar que desea en su propia mesa… —repitió laboriosamente Abraham, con aire embrutecido—. ¡Ah, bien! Pues bien, tanto mejor para vos, si puedo permitirme decirlo —agregó el mensajero con voz pastosa y un vago vislumbre de satisfacción centelleando en su mirada vacía.

Luego, siempre arrastrando los pies, se largó sin más comentarios.

A pesar de la afrenta y tratando de conservar la ecuanimidad, Orovida intentó examinar con objetividad y despreocupación el universo que ante ella se abría separando la apariencia de la realidad. Ayer, Miriam Barchillon; hoy, Sara Cohen… cada una a su manera, la había tratado según lo que ella parecía ser. Pero únicamente la realidad de su amor por Jufré convertía el deshonor en algo honorable; lo inexcusable, en tolerable. Para conservar interiormente el respeto a sí misma, lo único que importaba era que esa realidad siguiera intacta. Sólo en sí misma debía encontrar la fuerza capaz de rechazar las inquietudes y las punzantes heridas que las «apariencias» no dejarían de hacerle padecer. Pero llegada la noche, al encontrarse en la pequeña mesa del *Séder,* aislada entre sus viejos sirvientes en la gran sala apenas amueblada, su ánimo flaqueó. Por fidelidad a su fe, los hombres iban valientemente a la hoguera, y ella, con un cristiano, por su propia voluntad, había traicionado aquella fe a los ojos del mundo… ¿La habría perdonado David? ¿Llegaría a creer algún día que realmente había algo de lo cual hubiera que perdonarla?…

Con una energía que nadie jamás le había visto desplegar, Orovida se dedicó a partir de entonces a la inspección detallada de las actividades de la

temporada en la finca. Saliendo de la casa por la mañana, antes de que despuntara el sol, recorría a caballo el viñedo, yendo a lo largo de las hileras limpias y bien cuidadas que dejaban percibir unas uvas todavía verdes; lo observaba todo, le formulaba preguntas a todos, estimulando a trabajadores y aprendices. Por la noche, al amor de la lumbre, se enfrascaba en las cuentas con Alfonso; tomaba notas, verificaba, ajustaba, pues no quería olvidar nada, ni dejar ningún punto oscuro. Al verla tan vehemente, tan atenta, todos se maravillaban de esa súbita aplicación, incluso algunos ingenuos se preguntaban si no sería la prisión la causa de semejante cambio.

Entretanto, advirtiendo en los rostros las expresiones de asombro o de admiración, Orovida no podía confesarles que actuando de esa forma simplemente huía de sus preocupaciones, negándose a afrontar el futuro y sus obsesivos interrogantes. ¿A qué seguía siendo ella fiel? ¿A la memoria de David? ¿A su amor por Jufré? ¿A ambos? ¿A ninguno de los dos? La pregunta seguía sin respuesta, como todas aquellas que evitaba en lo más profundo de sí misma.

Mientras más avanzaba el verano, más densas se hacían las caravanas de conversos que huían de Sevilla hacia Portugal. Orovida ayudaba en lo que podía a los más sufridos, oyendo compasiva a los que, fingiendo indiferencia, pretendían simplemente huir de la peste mientras dejaban a la Inquisición todos sus bienes como garantía de su regreso. Otros, aterrados, repetían los horrores que desgraciadamente acababan siéndoles familiares: traiciones no sólo de enemigos, sino de allegados; niños obligados a denunciar a sus propios padres por miedo al terrible castigo que esperaba a quienes osaran ocultarle a los inquisidores la más mínima parcela de verdad; chiquillas y mujeres violadas por sus carceleros en la aterradora promiscuidad de los torreones de la fortaleza Triana. Los fugitivos hablaban también de atroces torturas, de autos de fe en los que miles de penitentes vestidos con el sambenito, túnica de sayal amarilla con una cruz negra, recorrían las calles, descalzos, hasta la plaza donde se aglomeraba una muchedumbre de espectadores. Allí se leían las sentencias, delante de la tribuna enseñoreada por los dignatarios de Sevilla. Todavía temblando de terror, los conversos también describían el martirio de los condenados por herejía. Arrastrados entre guardias a caballo al Campo de Tablado, eran desnudados y, locos de espanto, brutalmente atados a la hoguera donde les dirigían una última exhortación al arrepentimiento. Luego se prendía fuego a los haces de leña. Incapaces de encontrar las palabras para describir lo que

venía después, los infelices se callaban, destrozados por la emoción. ¡Imaginar luego la humareda elevándose por encima de la ciudad, el olor acre mezclado a la pestilencia de la carne carbonizada, era por desgracia demasiado fácil para todos!…

Escuchando estos espantosos relatos, la frágil resistencia de Orovida se desmoronaba. Anonadada, permanecía tendida en su cama haciéndose sin cesar desgarradoras preguntas: ¿Alegra y Eleazar habrían tomado conciencia del peligro que les amenazaba? ¿Habrían aceptado la proposición de Jufré? ¿Si la tragedia se abatía sobre ellos, no sería ella la responsable? ¿Acaso no había comprometido todo plan de fuga con su insensata imprudencia? ¿Podía ayudarlos Jufré? Jufré… Omnipresente, no formulada, pero obsesiva, la misma pregunta volvía una y otra vez: ¿qué había ocurrido con él? ¿Qué sería de ellos dos? Pero seguían otras preguntas no menos angustiosas: ¿habría perdonado él su imprudencia? ¿Sería su amor lo bastante fuerte para hacerle comprender que le era imposible actuar de otra manera? ¿Cómo soportaba la soledad en medio de una Corte que despreciaba? ¿Podía actuar libremente y rehacer los planes de su partida, o incluso esa idea se había diluido en el tiempo transformándose en una quimera? ¡Dios Santo! ¿Lo sabría alguna vez?… Ni siquiera podían escribirse. Cuánto más aceptable sería la verdad que aquella terrible incertidumbre, clamaba desesperadamente su corazón. Por eso, cada día al amanecer, incapaz de soportar por más tiempo estos vanos interrogatorios, vacilante y desengañada, se levantaba para aturdirse en las múltiples tareas del hogar y de la finca.

Sin embargo, una noche, cuando Sancho Calvillo, el guantero de Trujillo, la visitó para entregarle el dinero que Jufré había depositado a nombre de ella, comprendió con alegría que, a pesar de la distancia que los separaba, él seguía velando por ella. Hasta entonces Calvillo jamás había tratado directamente con ella, y su visita probaba que venía cumpliendo instrucciones de Jufré. Con el rostro subido de color y la expresión jovial, el hombre no parecía poseer una onza de malicia. Meticulosamente, contó las monedas de oro que debía, dejando a Orovida, quien lo observaba a hurtadillas, todo el tiempo para evaluar el riesgo que entrañaba formularle la pregunta que le quemaba los labios: ¿cómo está Jufré?

—Ya está, señora. Yo creo que la cuenta es exacta. Cien, más dos y medio por seis meses de intereses.

—¿Necesitáis aún esos fondos?

—¡El dinero nunca está de más, señora!

—¡Bien! ¡Pues quedáoslo otros seis meses!

—Os lo agradezco, señora. Si por casualidad lo necesitáis, no dudéis en hacérmelo saber. Mi tenderete está en la parte baja de la calle Palombas, cerca de la muralla.

—No lo olvidaré. Pero decidme, Sancho… —añadió Orovida apartando las monedas a un rincón de la mesa con gesto ausente.

—¿Sí, señora?

—¿Cuándo fuisteis por última vez a Toledo?

—De allí vengo, señora. ¿Por qué?

—Oh, por nada… pensaba que quizás podríais… vender vuestras mercancías en la tienda del guantero Pedro Rodero. Su reputación allí es tan grande y es tan apreciado por todos los entendidos.

—Lo conozco muy bien, señora.

—¡Por supuesto! ¿En qué estaré pensando? ¡Vos conocéis vuestro trabajo mejor que yo!

—Señora, os agradezco vuestra indulgencia. Ahora permitidme que me retire, pues mis negocios me llaman. Una vez más, gracias por vuestra acogida.

Viéndolo alejarse, Orovida experimentó curiosamente a la vez una sensación de alivio y de pesar. No obstante, en su próxima visita, si aún seguía sin noticias de Jufré, tal vez se decidiera a formularle la pregunta…

Era una tarde espléndida. El jardín de Orovida resplandecía con el rojo brillante de las anémonas y las rosas, el azul vibrante de los acianos, el amarillo intenso de los macizos de junquillos, los delicados malvas de todos sus jacintos. Decidida a disfrutar de ello plenamente, la joven mujer, maravillada, no podía apartar la vista de la paleta tornasolada de la naturaleza. Sin embargo, no faltaban motivos para ensombrecerse en la más negra melancolía, al recordar todo lo que aquel vergel evocaba. ¿Pero, después de todo, había que aceptar una derrota que no existía? La resolución de Jufré de abandonar suelo español debía ser en lo sucesivo más fuerte que nunca, y ella seguía convencida del éxito de su proyecto. No, él no la abandonaría jamás. Era una certidumbre. ¡Ella tampoco! A la menor señal, estaría lista.

Cuando estaba a punto de arrancar una mala hierba de un manojo de junquillos, su gesto quedó en suspenso: un visitante inesperado, Juan Ruiz, daba su nombre para ser recibido. La simple mención de su nombre

provocó en Orovida un malestar instantáneo seguido por un tumulto de emociones contradictorias: indignación de verlo aparecer sin haber sido llamado, repulsión hacia su viscosa fisonomía de lagarto y, al mismo tiempo, una extraña excitación ante la idea de que él seguía siendo un excepcional vínculo con Jufré.

—¡Os deseo una feliz jornada! —lanzó su voz obsequiosa mientras franqueaba el vallado inundado de sol—. Vuestro jardín es una delicia, tan delicioso, me atrevo a decir, como su propietaria. ¡Qué placer es encontraros tan resplandeciente, a pesar de los infortunios que acabáis de padecer!…

Orovida aceptó el cumplido con un fugaz movimiento de cabeza.

—Al pasar por aquí, pensé que en nombre de mi vieja lealtad hacia mi antiguo amo, podía permitirme haceros una visita a fin de asegurarme de vuestra buena salud. Yo sé cuán amigo era Del Águila de vuestro difunto esposo y, en consecuencia, de vos, señora, después de su trágica muerte.

—Os agradezco infinitamente vuestro amable interés. Como podéis comprobar, estoy muy bien.

—¡Ah, señora, cómo han cambiado las cosas en Villafranca desde que nuestro querido amigo se fue! ¡Todos sus antiguos servidores y colaboradores lamentan mucho su partida, pero claro está, ninguno tan profundamente como yo! ¡En fin, ya que tenía tanta prisa por regresar a la Corte, alegrémonos de ver sus deseos cumplidos! Por otra parte, recibo de vez en cuando noticias suyas. Aunque no lo dice explícitamente, se lee entre líneas, y se adivina fácilmente que, a pesar de la existencia solitaria que llevaba aquí, se había encariñado mucho con Villafranca. La ciudad le falta a veces, eso es evidente. ¿Os ha escrito ya?

—No.

—¿Deseáis que le haga llegar algún mensaje?

—No tengo mensaje que dirigirle.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—Bien, muy bien. De todas formas, si cambiáis de opinión, podéis contar con mi total discreción. Yo era muy íntimo de él, vos lo sabéis, y si reflexionarais un poco, comprenderíais en seguida que mi lealtad hacia él fue absoluta. Pero no quiero en modo alguno importunaros. Me retiro, señora, y os presento mis respetos. ¡Oh, a propósito, una cosa más! El nuevo corregidor me ha confiado la responsabilidad de vigilar las custodias

de vuestra finca. De modo que haré rondas de vez en cuando. Bueno, si cambiáis de opinión… no lo olvidéis. ¡Buenas tardes, señora!

«Si reflexionarais un poco… yo era muy íntimo de él… mi lealtad hacia él fue absoluta…» ¿Sabría aquel hombre realmente más de lo que pensaba Jufré? ¿En tal caso, habría guardado silencio y era tan leal como pretendía? Era muy difícil de creer. ¿Trataba de engatusarla, de cogerla en una trampa proponiéndose como intermediario entre ella y Jufré?

Respirando el aire de la tarde en su parterre florido, Orovida trató una vez más de imponerle a sus confusas ideas la calma que exigía su amor contrariado, diciéndose que de todas maneras la amistad de Jufré por la familia Villeda nunca había sido un secreto para nadie. Cuando la reina zanjó la cuestión dando a conocer su decisión, no podía ignorar la situación. El hecho de que ella, Orovida, hubiera sido puesta en libertad, que su sanción fuera puramente simbólica —sólo un gesto para apaciguar a Barchillon—, probaba a las claras que sus relaciones con Jufré habían sido interpretadas a la luz de la amistad de ambos hombres. Y con todo… ¿haber llamado a Jufré no era una sanción demasiado severa para un delito que, en resumidas cuentas, era bastante leve? Pero probablemente así la reina había querido destacar su voluntad de dar un ejemplo a todos los gobernadores. ¿El propio Jufré no le había repetido en más de una ocasión que si un representante de la soberana resultaba culpable de la menor falta, ella no vacilaría en castigarlo severamente? Lo cierto es que si Isabel no hubiera estado convencida de la inocencia de sus relaciones y si no hubiera estado dispuesta a admitir tácitamente que utilizaba a Jufré para sus propios fines, no habría accedido a su petición, tantas veces reiterada, de llamarlo a la Corte. En esas condiciones, y ya que su amistad había sido reconocida como inocente, ¿qué de malo habría en enviarle una esquela amistosa a Jufré por medio de Ruiz? Más aún, ¿no hacerlo no sería considerado como una confesión de culpabilidad?

No más surgirle esta idea, y tras atravesar el patio sin darse cuenta, se encontró sentada ante su escritorio. Febrilmente, cogió su pluma, la mojó en el tintero y, sin tomarse siquiera el trabajo de sacudir las gotas que sobraban, comenzó a escribir. Interrumpiéndose de vez en cuando, releía el texto, tachaba, rellenando los márgenes con bosquejos de flores y hojas hasta que una nueva idea le venía a la mente, y volvía a escribir en el borrador. Cuando repitió esas gesticulaciones cuatro o cinco veces, al fin

satisfecha, tomó una nueva hoja de pergamino y volvió a copiarlo todo con aplicación:

«Al comandante de la fortaleza de Segovia, Jufré del Águila: Orovida Villeda, viuda de don David Villeda de Toledo, le felicita y le desea éxitos en su nuevo cargo. Entregada al señor Juan Ruiz, para el señor Jufré del Águila.»

De momento, era suficiente. Jufré conocía a Ruiz mejor que ella. Si le respondía, ella sabría que el hombre era de confianza. Si no lo hacía, Ruiz no podría cosechar gran cosa en aquellas escasas líneas. Derramada con mano temblorosa, la cera derretida cayó irregularmente sobre los bordes de la hoja doblada, pero cuando Orovida cogió el sello Villeda para presionarlo contra la mancha roja aún blanda, su gesto devino firme.

El triángulo invertido de la estrella de David con sus dos brazos decorados, subrayando la V con elegancia, era perfectamente nítido.

Tal como ella previó, Ruiz no tardó en volver. Esta vez, a Orovida le pareció menos obsequioso y más seguro de sí. Una vez terminada su inspección a los centinelas, simplemente pasó a presentarle sus respetos y a interesarse por su salud. Con solicitud, dio junto a ella unos cuantos pasos en el patio y, tras haber dicho algunas trivialidades, declaró bruscamente:

—¡Debéis sentiros muy sola aquí, tan aislada como estáis!

—Me he acostumbrado a ello poco a poco.

—Eso no impide que sea muy triste ver a una mujer como vos, bella, graciosa, cabalmente realizada, permanecer así retirada del mundo.

Orovida contuvo su indignación. Ciertamente la conversación tomaba un giro demasiado familiar, y hubo un tiempo en que, con aire altanero, ella lo hubiera puesto en su lugar, haciéndole saber de manera áspera que su vida privada no era de su incumbencia. Pero en la actualidad, lamentablemente, ya no podía permitirse ese lujo…

—Hay destinos peores —respondió ella con frialdad.

—Sin duda, sin duda, bien lo sé, señora, ahora os pido permiso para retirarme. Mañana parte un correo para Segovia; y por eso debo terminar mi correspondencia. Si, por casualidad, deseáis aprovechar la ocasión, fácilmente puedo hacer que lleven una misiva suya.

—Es muy amable de vuestra parte. Justamente iba a pediros que le hicierais llegar unas líneas al nuevo gobernador de la plaza.

Dejando unos instantes a su huésped en el patio, fue rápidamente a su escritorio y cogió la carta cuidadosamente oculta en una pila de documentos

amontonados sobre la mesa. Pero cuando se disponía a dar media vuelta para reunirse afuera con el visitante, casi choca con él. Silencioso como una culebra, la había seguido y, desde el umbral de la habitación, la observaba, inmóvil.

—¡Oh, perdonadme, no os he oído venir! Esta es la esquela. Os agradezco que la hagáis llegar a su destinatario.

Al día siguiente, bien temprano, cuando ella se disponía a acudir al viñedo, oyó el trote irregular de un caballo en la ruta de Toledo. Volviendo grupas, Orovida espoleó nerviosamente a su cabalgadura, obligándola a dirigirse a la calzada para poder detallar de cerca al jinete que pasaba. Ruiz no le había mentido: visibles a pesar de la distancia, los escudos de León y de Castilla se destacaban nítidamente sobre la túnica del correo. Reanimada por completo al pensar que pronto Jufré tendría noticias suyas, dio media vuelta y regresó con paso tranquilo hacia sus tierras, feliz de esta jornada que empezaba, orgullosa del trabajo que realizaba, contenta de su amor y resuelta a esperar pacientemente una respuesta a su carta.

En su siguiente visita, Ruiz se presentó de golpe, más seguro que nunca, incluso el tono apagado y grisáceo de su rostro parecía haberse atenuado un poco.

—Tengo una carta para vos, señora —lanzó con aire triunfante, inclinándose cortésmente mientras enarbolaba la misiva.

—¡Os lo agradezco muchísimo, querido Ruiz! —respondió Orovida, esperando enmascarar bajo esta aparente familiaridad el temblor de su voz.

—¡Pero, señora, os lo ruego, no me deis las gracias! ¡Prestaros este ínfimo servicio es para mí un placer mucho más grande de lo que podéis imaginar! El correo ha salido para Badajoz, pero estará de regreso dentro de un día o dos. Si deseáis enviar una respuesta, estoy a vuestra entera disposición y puedo esperar unos instantes.

—No, eso no será necesario. Muchas gracias…

—Como gustéis… Pero antes de irme, dejadme que os felicite por las transformaciones que habéis introducido en esta hacienda. ¡Realmente, os lo digo sinceramente, no sólo sois una criatura adorable, radiantemente bella, sino igualmente una mujer muy emprendedora!

—No hago más que continuar y completar la tarea comenzada por mi marido.

—¡Pero justamente eso exige una gran fuerza de voluntad y mucha capacidad de iniciativa! ¡Admirable, sí, os lo digo, sencillamente

admirable! ¡Sois una mujer notable, doña Orovida, tengo empeño en decíroslo!

El brusco deseo de ponerlo en su sitio por su desvergonzada presunción, invadió de nuevo a Orovida. Pero una vez más, el afán de mantener por mediación suya el contacto con Jufré la frenó en su ímpetu, sabedora de que por ahora era el único lazo de unión en su frágil correspondencia. Pero al preservar ese vínculo, presentía que iba a tener que mantenerlo cada vez a mayor distancia, cosa que se anunciaba bastante ardua de conseguir…

—Sois demasiado amable —replicó ella con una sonrisa a medias que Ruiz interpretó, sin razón, como una manifestación de timidez muy prometedora.

—Pero por nada del mundo. Vos lo sabéis, soy absolutamente sincero. Para mí siempre es un gran placer pasar unos instantes en vuestra compañía. ¡Las horas van a parecerme una eternidad hasta nuestro próximo encuentro!… De modo que la dejo diciéndole sólo hasta pronto, señora, hasta muy pronto.

No hizo más que dar la espalda el impertinente personaje y Orovida corrió a buscar refugio en la sosegada sombra de su jardín.

Verificando con la yema de los dedos que el sello de su amante estaba intacto, desplegó febrilmente el pergamino: «A doña Orovida Villeda, el comandante de la fortaleza de Segovia, Jufré del Águila, le saluda atentamente y le agradece sus amables deseos, que él le devuelve con cordialidad».

¡Dios Santo! ¡Cuánto se parecían aquellas pocas palabras a su amor! ¡En apariencia, casi nada; y en profundidad, todo un universo! Ebria de felicidad, Orovida vagó entre las flores que perfumaban el aire y los arbustos ya abrasados por los fuegos del sol poniente. El musgo apagaba blandamente sus pasos, pero no los latidos de su corazón, trastornado por una alegría que ella no esperaba sentir de nuevo con semejante intensidad. Puesto que Jufré contestaba, ella debía confiar en Ruiz, ya que, por lo demás, el insignificante contenido de sus mensajes sólo podía ser comprendido por ellos dos en el mundo.

Al acercarse la vendimia, Orovida encontró un pretexto plausible para escribir una segunda carta:

«A Jufré del Águila, comandante de la fortaleza de Segovia, doña Orovida le presenta su enhorabuena y en nombre de sus intendentes López y Alfonso, le pregunta respetuosamente a Su Excelencia si desea que el vino de la finca Guzmán, que él solía recibir cuando era corregidor de Villafranca, le sea enviado a Segovia.»

Y una tarde de verano en que el calor era sofocante, Ruiz le trajo la respuesta.

Cuando penetró en el patio, su cara brillaba de sudor y sus párpados caían pesadamente sobre unos ojos glaucos. Dejándose caer en el banco, cerca de Orovida, masculló:

—Cada verano parece más opresivo que el anterior, ¿no os parece?

Evitando responderle directamente, Orovida le propuso diplomáticamente una bebida refrescante.

—¡Ah, con mucho gusto! Muy amable de vuestra parte, señora.

Orovida hizo que le llevaran una copa de vino blanco y le pidió a Fortuna que dejara el jarro a su lado. A su vez, ella se sirvió y luego dejó una mano libre reposando sobre el banco. Mientras bebía, Ruiz sacó la carta de la bolsa de cuero abrochada a su cintura, la depositó sobre el banco y la deslizó bajo la palma de la mano de ella, haciendo reptar los dedos como un pulpo en busca de una furtiva caricia. Al contacto con aquella piel húmeda y viscosa, Orovida se contrajo, evitando no obstante ofender al hombre con una reacción demasiado brusca. Ella dejó su mano inmóvil un momento, luego cogió la carta, lo más tranquilamente que pudo, y la puso en sus rodillas.

—¡Doña Orovida —chilló Ruiz súbitamente estimulado— no puedo deciros hasta qué punto me entristece encontrarla siempre tan sola y desconsolada! ¿Por qué dejar languidecer una belleza tan extraordinaria, tan hecha para las atenciones delicadas y tiernas?

—Me he acostumbrado a mi nueva vida, era necesario, y no… languidezco como decís… Simplemente trato de asumir mi destino.

—Pero todo podría cambiar para vos —resopló Ruiz, aprovechándose de estas confidencias para acercarse más a ella—. Yo mismo estaría dispuesto…

Sintiendo que estaba en una cuerda floja, Orovida trató de distraerlo.

—En efecto, me parece que tenéis mucho calor. Voy a buscaros algo más fresco.

Levantándose de la manera más natural posible, cogió el jarro y se dirigió apresuradamente a la cocina.

—¡Fortuna —balbuceó descompuesta extendiendo la vasija—, dame rápido cualquier cosa muy fresca y ven dentro de treinta segundos a decirme que Alfonso me llama con urgencia!

La sirvienta obedeció sin tratar de saber más, y Orovida, con el recipiente lleno, regresó en seguida al patio y, forzándose para no temblar, llenó de pie la copa del odioso pretendiente. Apenas hubo terminado de escanciar, apareció Fortuna para avisarle a su ama en los términos convenidos.

—¡Os pido que me excuse, señor, pero hay tanto que hacer en víspera de la vendimia!

—Pero no faltaba más, lo comprendo muy bien… Os dejo, pues, con sus ocupaciones, no sin lamentarlo, lo confieso. ¡Tengo interés en volveros a decir, señora, que sigo estando día y noche a vuestra disposición, incluso diría a vuestros pies, para cualquier servicio o… consuelo que podáis desear!

Una vez que la cancela del pórtico se cerró tras él, Orovida se quedó petrificada en el banco, presa de un pánico que la congelaba. En lo sucesivo, no tenía otra opción. Había que romper en el acto toda relación con aquel innoble sapo o aceptar sus insinuaciones. En vano había esperado contener mucho más tiempo su horrible maniobra, y había fracasado. Indignada, y a la vez furiosa por su revés, por su irrealismo infantil, estalló en sollozos. ¿De modo que su tan alabada belleza, antaño fuente de luz y alegría para los que la rodeaban, iba a convertirse en fuente de vergüenza y miseria? ¿Su reputación comprometida, iba a devenir la víctima de las más infamantes humillaciones?… Cuando sus lágrimas empezaban a caer sobre la carta de Jufré, rompió bruscamente el sello, abrió la misiva y empezó a leer. Las letras danzaban como a través de un velo. Grato mensaje… el último, se juró, que le traería Ruiz:

«A doña Orovida Villeda, Jufré del Águila le saluda atentamente. Y le agradece la amable pregunta presentada en nombre de sus intendentes López y Alfonso. Con permiso, declina su oferta estimando que es más conveniente hacerle llegar al nuevo corregidor de Villafranca ese vino que,

como es costumbre, le corresponde de pleno derecho. No obstante lo cual, desea que la nueva cosecha sea tan fructífera como la del año pasado.»

OceanofPDF.com

XXIII

En lo alto de la terraza del castillo, la silueta de Jufré del Águila no parecía más gruesa que la cabeza de un alfiler. A su alrededor se extendía, hasta el infinito, la llanura amarillenta y árida de Castilla, sólo interrumpida en dos sitios por las cintas verduscas de la floresta que surgía, cual estela de un navío, de ambos lados por los flancos escarpados de la enorme fortaleza. Escondidos entre las arboledas, dos arroyuelos mezclaban sus tranquilas corrientes al pie de las murallas. El ligero rumor del agua apenas perturbaba el opresivo silencio del bastión. Contemplando esta taciturna y salvaje inmensidad, Jufré se convencía con tristeza de su propia insignificancia. Minúsculo y efímero grano de polvo en la ronda del universo, se sentía más que nunca una ridícula marioneta, el envite irrisorio de una partida cuyas reglas no podía aceptar. Apartándose bruscamente del espectáculo que se ofrecía a su vista, se inclinó en el pozo construido en medio de la terraza. En las profundidades insondables, espejeaba su rostro tan cerca de él que por un instante creyó poder cogerlo con las manos. Pero la visión de la máscara trágica que allí se reflejaba con una nitidez aterradora, le hizo retroceder brutalmente. ¿Acaso llevaba la marca indeleble de un destino fatal que condenaba al infortunio a todos los que amaba? ¡Sin embargo, cuán rica en promesas le había parecido la vida la última vez que estuvo aquí, cuando observó, allá en el fondo, el reflejo de Eleazar con el niño! ¡Cuán lejano y sin esperanza le parecía ahora todo eso!… Con un simple castañeteo de dedos, Isabel lo había atenazado, prisionero de las dos grandes pasiones de su vida. No había ninguna salida… En lo adelante, no existía para él ninguna otra cosa en el mundo que no fuera Orovida, y la reina se la negaba definitivamente. Sin embargo, ¿acaso no lo había tratado ella con clemencia, salvándolo así de remordimientos adicionales y dando prueba incluso de un innegable espíritu de misericordia cristiana? Por su parte, tras haber negado formalmente la existencia de cualquier relación amorosa con Orovida, sólo le quedaba mostrarse agradecido. ¿Acaso la soberana no le había concedido lo que desde hacía mucho buscaba, cubriendo así las apariencias que favorecían a sus intereses, mientras escamoteaba la realidad de los hechos considerados como favorables a él?

A sabiendas de que en lo sucesivo era imposible escapar a sus garras, ya no se sublevaba. El sufrimiento era demasiado grande y el embotamiento de su alma demasiado amargo y gélido. Entrampado en aquella implacable fortaleza, constreñido a asumir responsabilidades que, apenas unos meses antes habrían representado el *summum* de sus ambiciones, todo le parecía perdido. Al menor de sus gestos, decenas de ojos se volvían hacia él, obligándolo a enviarle a Orovida solamente breves y convencionales mensajes sin otra significación que probarle que seguía vivo y que no la olvidaba. Una sola esperanza subsistía: la de ver estallar sin demora la guerra que se estaba gestando. Entonces la Corte tendría que acudir a Córdoba para acercarse al campo de batalla, y el castillo se vaciaría. Si para entonces conseguía uno o dos aliados dignos de confianza, quizás podría comunicarse con Orovida y el joven Braganza. Mientras tanto, y tan paciente como ella, sólo le quedaba esperar tascando dolorosamente el freno.

Desde el envío de su respuesta a propósito del vino, no había recibido ninguna noticia de ella. Por supuesto, ella tenía razón mostrándose tan prudente, esperando un pretexto plausible para dirigirle un nuevo mensaje lleno de inocente transparencia. No es que hubiera mucho que temer de ese invertebrado de Ruiz, porque ese gusano, o ese «lagarto», como ella justamente lo había apodado, siempre se había arrastrado ante él, y ahora que estaba en la Corte debía tenerle todavía más miedo. ¡Pero nunca se sabía! ¿Quién podía jurar que un día no se sentiría tentado de traicionar a su antiguo amo para congraciarse con el nuevo? Había que permanecer alerta.

Sin embargo, inquieto porque seguía sin recibir noticias de Orovida, finalmente Jufré olvidó sus sabias resoluciones. Como el aniversario de la muerte de David se acercaba, y él deseaba testimoniarle en aquella ocasión la perennidad de sus sentimientos, no pudo resistir el deseo de escribirle: «En recuerdo del aniversario de la muerte de don David Villeda de Toledo, el antiguo corregidor de Villafranca, así como todos los que honran la memoria de su esposo, le transmite a la viuda del difunto, doña Orovida Villeda, este mensaje de profunda simpatía. Don David, digno hijo de su pueblo, quedará para siempre como un ejemplo de honor e integridad».

Antes de sellar la carta, Jufré se la mostró a Alegra y a Eleazar, quienes le agradecieron emocionados la alusión a ellos. Desgraciadamente, de momento nada más era posible. Aquella misma noche, le entregó la esquela a Pascual, el correo habitual entre Segovia y Extremadura. Al

dársela, para que se la entregara a Ruiz, Jufré notó que la mano del joven temblaba.

—¿Qué pasa, Pascual, no te sientes bien?

—No es nada, señor, justo un poco de fiebre, creo. Me sucede a veces, pero no dura mucho.

—¡Mirándote, me parece que esta vez se trata de una indisposición algo más seria, muchacho! Antes de partir, vete a ver a mi amigo el Maestro Eduardo Nonell; él te examinará. Tendrás que esperar un poco, porque acaba de regresar con el principito Juan de un largo viaje a Aragón, durante el cual los futuros súbditos del infante le prestaron juramento de fidelidad. Juan debe de estar agotado y probablemente mi amigo deberá quedarse con él más tiempo de lo acostumbrado. Así que sé paciente, y espera delante de la puerta de las habitaciones del príncipe.

Más tarde, cuando Eleazar le prohibió partir, Pascual regresó para devolverle a Jufré la carta que le había confiado.

—Gracias, Pascual —le dijo— Ya me lo temía. ¿Quién puede reemplazarte?

—¡Oh, señor, creo que si vos lo permitís, Gonzalo daría saltos de alegría ante la idea de hacer ese viaje! Ha dejado en Villafranca una jovencita que se consume por él…

—¡Claro que sí! ¡Que parta inmediatamente! Ese muchacho merece darse un poco de buena vida. ¡En cuanto a ti, lárgate! Ve a acostarte en seguida y cumple al pie de la letra lo que te ordenó el Maestro Eduardo.

Cuando, al término de una endiablada cabalgata, Gonzalo se apeó delante de la residencia del corregidor de Villafranca sintió que de golpe la fatiga lo derribaba. Atravesó el patio, titubeante, llegó con dificultad a la antecámara, alargó su bolsa a Ruiz, y se derrumbó instantáneamente en un taburete, en un rincón de la habitación, donde se durmió como un tronco. Como de costumbre, Ruiz examinó rápidamente los despachos, a fin de ver si alguno era urgente, pero cuando su mirada cayó sobre la carta de Del Águila, abandonó todo para agarrarla entre sus dedos de ave rapaz, y esquivó furtivamente al durmiente para no despertarlo.

Cuando lenta y laboriosamente, Alfonso hubo terminado de examinar las cuentas con su ama, y se retiró hacia el ala del edificio reservada a los criados, Orovida se quedó recostada en su sillón, con las manos extendidas a todo lo largo de la mesa. Estaba extenuada. ¡Había tanto que hacer cuando empezara la cosecha! Pero estaba absolutamente empeñada en seguir su

desarrollo hasta en los más mínimos detalles, tanto prácticos como financieros. Por fin, bostezando y estirándose, abandonó el sillón y, con una palmatoria en la mano, alcanzó la cocina para ir a comer una fruta confitada antes de acostarse. Mañana sería otra ruda jornada y la fatiga sería de otra naturaleza. En efecto, en aquel aniversario de la muerte de David, había decidido acudir sola a su tumba, cuando se ocultara el sol. Eso sería todo. No queriendo dignarse a venir, Salomón Cohen le había enviado de nuevo al bedel para preguntarle si deseaba que la comunidad rezara las oraciones de rigor en su casa, pero ella se había negado. ¡No, se acabó! ¡No se expondría más a las afrentas de los Cohen! Como la última vez, José rezaría el *Cadish* por su amo.

«¡Dios mío, cuán vano es todo!», pensaba con amargura cruzando el patio en dirección a su alcoba. «¿Para qué estas tierras, y el viñedo, si ya David no verá nada de esto, y tampoco tengo a nadie con quien compartirlo, ni a quien legarlo?» Si al menos Jufré y ella lo hubieran abandonado todo para ir a crear en otra parte un mundo nuevo y apacible, algo de vital y positivo hubiera podido nacer de esta tragedia. Tal vez hasta el espíritu de David hubiera bendecido esa tierra prometida, mientras que ahora… ¿Cuánto tiempo podría seguir combatiendo para sobrevivir, abandonada y solitaria, con tan poca esperanza en el corazón? Las escasas líneas de Jufré no decían nada, claro está, de sus pensamientos, sus aspiraciones, sus proyectos. Más aún, no le permitían en absoluto aligerar el fardo que en lo sucesivo debía de pesar tan fuerte sobre su conciencia, porque aquella muerte de David no desembocaba ni siquiera en el sueño de una partida, cuya posibilidad disminuía día tras día.

Fue entonces cuando, al abrir la puerta de su cuarto, sintió una presencia a su espalda. Dando media vuelta, lanzó un grito proyectando la luz de la palmatoria sobre una silueta que venía directamente hacia ella procedente de la atalaya.

—Espero no haberos asustado demasiado, señora —se burló Juan Ruiz con voz almibarada—. Hace un instante había decidido venir a hacer una ronda para inspeccionar a los centinelas, y justamente llegó una carta para vos antes de mi salida. Pensé, pues, en matar dos pájaros de un tiro… o incluso tres, si oso decirlo —prosiguió acercándose a ella con tono chocarrero—. Debo añadir que, sabiendo cuán penosas os resultarían esta noche y la que viene, me empeñé en compartirlas con vos.

Desconcertada, con el corazón latiendo a rabiar en su pecho, Orovida trató de empujar la puerta en vano. ¡Demasiado tarde! Un brazo de hierro la había cogido por la cintura atrayéndola con fuerza.

—¡Cuán necesitada debéis estar de consuelo, mi querida niña…! Una hoja de pergamino, aunque esté adornada por una mano muy querida, resulta muy débil comparada con una cálida presencia humana!… —resopló en su cuello.

Ni corto ni perezoso, antes que ella hubiera podido amagar la menor defensa, su abrazo se estrechó, y su boca se aplastó de golpe sobre la suya, y su lengua, semejante a la de un reptil, la obligaba a abrir los labios. Orovida, con una fuerza de la que no se sabía capaz, lo rechazó.

—¡Oh, ya veo! ¡Por supuesto, el día de la muerte de su esposo, la bella hace el papel de púdica!… ¡Sin embargo, ella no tenía esos loables escrúpulos en brazos de su amigo el corregidor, cuando su marido aún no estaba del todo frío en la tumba! ¿Y esto, monada? —rió burlonamente con aire malvado mientras sacaba del bolsillo la carta de Jufré, sintiendo un maligno placer al blandirla ante su nariz— ¡Vamos, mi rubita, bonita mía, venid a buscarla! ¡Un servidor tan celoso como yo tiene, a pesar de todo, derecho a una pequeña recompensa!

Mientras más avanzaba Ruiz, más retrocedía Orovida. Así que terminó por encontrarse arrinconada contra la pared del dormitorio.

—¡Dejadme! —aulló con la esperanza de despertar a sus servientes. Pero desgraciadamente las paredes eran demasiado gruesas y todos estaban muy lejos para oírla—. ¡Salid y no volváis nunca más. Quedaos con las cartas, no quiero verlas más, no están en venta! —balbuceó con una voz que se estranguló en su garganta.

—¡Claro que sí! ¡Una vez más ese famoso orgullo judío! ¡Pues bien, ya veremos, monada! Puesto que así lo quieres, voy a mostrarte quién de los dos es el más orgulloso.

—¡No me toquéis! —gritó de nuevo Orovida aterrada.

Pero en vano. Con una potencia insospechada, Ruiz se abalanzó sobre ella, la levantó del suelo y la arrojó boca arriba sobre la cama. Con los brazos inmovilizados por una mano, ella sintió que le levantaba el vestido, desgarrando su ropa interior de batista. Cuando trataba de apartarle las bragas, Orovida, debatiéndose furiosamente, lo alcanzó con una patada en el bajo vientre. Pero Ruiz no retrocedió. Sacando su sexo, cayó sobre ella

con todo su peso, y la forzó con un último empujón obligándola a abrir las piernas.

—¡Puta judía descarada —gritó triunfante—, esto es para ti!

Casi en el mismo momento, unas antorchas iluminaron la alcoba. Incorporándose jadeante, Ruiz sonrió satisfecho mientras un resto de semen resbalaba por la sábana. La cama estaba ahora rodeada por un grupo de milicianos de la Santa Hermandad, cuyos rostros también estaban deformados por innobles y lascivas miradas.

—¡Gracias, mis muchachos! ¡Bien hecho! —cloqueó Ruiz mientras ponía en orden sus ropas sin apuro.

Seis guardias agarraron a Orovida medio desnuda, y la arrastraron afuera donde la esperaba una carreta de estiércol. Al distinguir la infame carreta, ella retrocedió con horror, pero unas manos implacables la dominaron, empujándola violentamente al interior, como si fuera una vulgar mercancía. Luego tres hombres echaron a suerte para decidir quién tendría el placer de llevar a la «dama» hasta la ciudad.

Aturdida, sintiendo crecer en ella una náusea incontrolable, Orovida sólo tuvo tiempo para divisar a José y a Fortuna, azorados, inmovilizados por dos siluetas negras. Fue entonces cuando un hombre surgió de detrás de un roble, arrojó una bolita de papel en la carreta y desapareció en la oscuridad. Alargando una mano adolorida, Orovida consiguió cogerla y ocultarla en su manga, para luego, de golpe, hundirse en una inconciencia bienhechora.

El chirrido de los cerrojos la sacó, a su pesar, del desvanecimiento. Desplomada en el suelo húmedo de un calabozo, abrió los ojos, y habituándose poco a poco a la oscuridad, comprendió que el incesante sonido sibilante, cuya causa trataba de explicarse, provenía del amontonamiento de cuerpos que se revolvía a su alrededor: gemidos, murmullos, estertores y chasquidos de labios resecos, producían la más horrible de las cacofonías en una atmósfera de indescriptible pestilencia. Tanteando, tratando de no tocar a nadie, consiguió a duras penas ponerse de rodillas, y buscó los límites de la celda a fin de encontrar una pared donde recostarse. Cuando lo consiguió, a gatas, muy cerca de la puerta, y mientras desplazaba su brazo, sintió que algo le arañaba el puño. ¡Sagrado Dios de Israel! ¡Se había olvidado de la bolita de papel que le habían lanzado en la carreta!… ¿Quién se la había lanzado? ¿Y qué decía aquel papel? ¿Pero cómo leerlo en las tinieblas? Tenía que descifrarlo a cualquier precio y antes

del amanecer. De momento, todo lo demás carecía de importancia. Acurrucada, sin siquiera tratar de rechazar las ratas que chillaban a su alrededor, permaneció inmóvil, obligándose a no pensar en otra cosa que no fuera esa bolita de papel. Ante todo, no había que molestar a las formas gimientes y postradas que la rodeaban. Antes del alba, algún centinela pasaría por lo menos una vez. Frenéticamente, se palpó debajo del cinturón. Milagrosamente, allí seguía estando cosida su bolsa desde la época de la cosecha. ¡Así que podría cambiar su oro por un cabo de vela!… Sintiendo su cabeza adolorida tambalearse hacia adelante, se incorporó. ¡No, ni hablar de perder el conocimiento otra vez, ni siquiera un instante! A fuerza de voluntad se mantuvo despierta, y por fin sintió acercarse, tras una interminable espera, los pasos arrastrados de un guardia. Tan pronto como la llave giró en la cerradura y la puerta se entreabrió, ella llamó en voz baja a la maciza silueta:

—¡Eh, guardia! ¡Ven aquí! Tengo para ti una bolsa llena de maravedíes si me traes un cabo de vela encendida.

—¿Quién eres? ¡Ah, sí! la nueva, la supuesta «dama» traída en medio de la noche!

—Sí, eso es…

—¡Todos dicen que eres la puta más bella que Villafranca haya conocido jamás! ¡Está bien, princesa mía, voy a traerte tu vela, pero quiero algo más que tu bolsa a cambio de eso!…

—Dame primero la vela y después veremos…

—De acuerdo, bonita, arreglaremos nuestras cuentas a mi manera…

Cuando el hombre dio la espalda riéndose burlonamente, Orovida echó la cabeza hacia atrás indignada de asco ante la idea de lo que le esperaba. Pero no tenía otra salida. Leer ese mensaje era quizás el último acto de su vida que la separaba de la horca. Por lo demás, sólo sería cuestión de segundos. ¿Acaso no había sobrevivido ya a la aberrante bestialidad de Ruiz? Ese miserable escombro humano ni siquiera contaría. Además, era el precio, y ella pagaría. Después de todo, sólo se moría una vez. ¡Qué importaba, pues, el número exacto de supuestos cristianos que tratarían de abusar de ella!…

Pensando solamente en el mensaje que iba a descubrir, apenas oyó regresar al carcelero.

—Aquí está, bonita. Como ves, he regresado pronto. Dame la bolsa y yo te daré la vela. Acto seguido, un pequeño revolcón conmigo y todo

quedará olvidado. ¿De acuerdo, zorrita?

Orovida asintió con la cabeza. Luego desató su cinturón, abrió la bolsa y deslizó el oro en la mano del carcelero quien, con la otra, le tendía la vela a través de los barrotes. Entonces, con dedos temblorosos, como si tuviera fiebre, desplegó la bolita de papel. Cuatro palabras estaban allí garabateadas de puño y letra de Jufré: «¡Ten cuidado con Ruiz!».

¡Así que era él! No la abandonaría jamás. Ella siempre lo había sabido. Sólo el tiempo la había traicionado… Si el mensajero hubiera sido un poco más rápido, o David un poco menos… Si hubiera girado la cabeza a un lado antes que al otro… Acercando el papel a la candela, contempló cómo la llama lo devoraba. Es el destino, se dijo entonces, los caminos del Señor… Pero ahora, tenía miedo.

—¡Vamos, mi princesita, ahora nos toca a nosotros, estoy esperando!…

Esta vez silenciosamente, el cerrojo resbaló en su cerradura, y un brazo velludo avanzó hacia ella…

—Dame tu manita, mi niña. Eso. Por aquí —chilló atrayéndola fuera de la celda—. ¡No se puede joder con una muñeca como tú en medio de esta canalla apestosa! Vamos, monada, no tengas miedo, y sécate un poco la jeta. Está sucia y quiero gozar de esa boca tan bella…

Haciendo muecas con sus labios abultados y blandos en un rictus de concupiscencia, el carcelero sacó un pañuelo mugriento del cinturón y se lo extendió.

—¡Bien! Ahora acuéstate en el suelo. Nadie pasará por aquí a esta hora de la noche.

El hombre ya se acomodaba encima de ella, aplastando con su peso aquel cuerpo magullado, y un hilo de saliva resbalaba por el cuello de Orovida, cuando un ruido de pasos precipitados resonó en las sonoras baldosas del corredor.

—¡Que la sífilis se lleve a estos puercos milicianos! —blasfemó en la sombra el guardia, poniéndose de pie de un salto—. ¿Es que nunca van a parar? ¿Qué traen ahora? Lo siento, mi dama, pero el deber me llama. ¡Simple partida aplazada! ¡Volveré dentro de un rato a buscar mi recompensa! ¡Vamos, largo de aquí, ahora entra allá adentro y pórtate bien mientras me esperas!

Brutalmente empujada en el calabozo, Orovida se derrumbó en el suelo. Allí, anonadada, sin siquiera sentir ya la horrible promiscuidad de los

cuerpos echados contra ella en el fango, cerró los ojos y no se movió más.

OceanofPDF.com

XXIV

Recién nombrado en su puesto, Su Excelencia el Corregidor de Villafranca, Arias de Anaya, daba vueltas alrededor de Orovida evaluándola con la mirada, como lo hubiera hecho un comprador de caballos en una feria, interesado por una joven potranca. Con su índice mutilado, acarició sus pantorrillas, con el pulgar le rozó las aletas de la nariz, le pasó una mano pequeña y regordeta por su cabellera en desorden.

—Extraordinario —acabó por soltar evidentemente satisfecho de su examen—. ¡Jamás hubiera pensado que una simiente judía pudiera engendrar semejante belleza! Pero, después de todo, ¿quién asegura que sois hija de vuestro padre? ¿A lo mejor sois, por ejemplo, descendiente de alguno de los caballeros de Juan de Gante que, de paso por Castilla, os engendró en el vientre de una ramera?… ¡Y ni siquiera oléis a ajo y aceite rancio como vuestros semejantes! —se burló furioso al ver que Orovida no rechistaba ante el insulto—. ¿De qué, pues, os alimentáis? ¿De leche y de miel, en recuerdo de la patria que habéis perdido después de crucificar a Nuestro Señor Jesucristo?

—No, Excelencia, vos lo habéis dicho: de ajo y de aceite rancio —replicó ella con calma, pensando que si bien él podía quitarle la vida, jamás podría hacerle perder su dignidad.

—¡Ah, muy bien! ¡Ya veo! Altanera y arrogante, ¿no es así? Dime, ¿me encuentras seductor? —le lanzó de pronto sacando el pecho—. ¡Pues bien, responde! —insistió, entornando los ojos—. Con vuestra amplia experiencia en materia de hombres cristianos, seguro que no os faltan puntos de comparación.

Esta vez Orovida palideció ante el ultraje.

—¡Oh! ¿Habré ofendido a la paloma? ¡Perdón, mil perdones!… ¿Pero cómo iba a adivinarlo? ¡Sin duda tomando en cuenta vuestro comportamiento, vuestra extremada sensibilidad! ¡Es verdad que Del Águila, por sí solo, justifica plenamente el orgullo y la delicadeza de la señora! ¡Lo que me asombra es que apenas vuestro corregidor volvió la espalda, os habéis arrojado en los brazos de un vulgar funcionario, y luego en los de un miserable carcelero, para saciar las inclinaciones de una

depravación galopante en el aniversario de la muerte de vuestro esposo! ¡Qué insaciable apetito!… Responded, pues, a mi pregunta: ¿como hombre, me consideráis digno de figurar en vuestra sarta de amantes?

—Permitidme que guarde silencio, Excelencia.

—¿De veras? ¿Por casualidad me encontraríais incomparable?

—No, Excelencia, por la sencilla razón que no poseo ningún elemento de comparación.

—¡Vamos, yegua, vamos! ¡Sabéis perfectamente que no saldréis bien negando la evidencia! Olvidemos a Del Águila si queréis, puesto que la reina ha zanjado el asunto. ¡Pero por lo menos seis pares de ojos os han visto fornicar alegremente con Juan Ruiz! ¡Por su parte, el guardia de la prisión afirma que ni siquiera llevabais bragas!

—¡Basta de groserías, Anaya!

La frase lo traspasó como una cuchillada.

Furioso, Anaya dio media vuelta para mirar de hito en hito al intruso que acaba de forzar su puerta.

—¿Quién sois? ¿Cómo os atrevéis a entrar aquí sin ser anunciado?

—¿Cómo? ¿Realmente no te acuerdas de mí? ¡Yo soy Luis de Salazar! —replicó calmadamente el recién llegado—. Estuvimos codo con codo en la batalla de Toro. ¿Ya olvidaste nuestra borrachera después de la victoria? ¡Durante toda la noche tuve que soportar el relato de tus hazañas amorosas! ¡Afortunadamente para ti, es un aspecto de tu personalidad que Isabel no conoce!

—¡Dios mío, Luis! ¡Claro que sí! ¡Mi querido Luis! ¡Ah, las locuras de la juventud! ¡Ya sabes! —respondió enfático Anaya, con una sonrisa forzada queriendo dar el pego—. ¡Mi querido Luis! ¿A qué debo el placer de tu inesperada visita…

—A diferentes razones —cortó fríamente el recién llegado—. En primer lugar, estoy en la región en calidad de primer lugarteniente de Andrés de Ribera, quien supervisa la campaña de reclutamiento para la guerra de Granada. Por otra parte, al enterarse de que yo venía para aquí, el chambelán del rey me pidió que fuera a la hacienda de Guzmán para entregarle al intendente una nota concerniente, creo, a la compra del vino de este año. Así que anoche salí de Trujillo a fin de traer esa carta pero, al acercarme a la casa, oí unos gritos desgarradores procedentes del interior. Llamé varias veces con golpes redoblados en el pórtico, pero nadie me abrió. Al tratar de entrar, distinguí toda la escena por la ventana del cuarto,

cuyas colgaduras estaban mal cerradas. Estaba claro que la operación había sido premeditada, porque los cómplices custodiaban todos los accesos. A una señal convenida de antemano, se abalanzaron en el interior. Anaya, no tengo ni la menor idea de lo que se trama detrás de esta sórdida historia y no es asunto mío, pero puedo afirmarte una cosa: ¡si utilizas una maniobra tan baja para acusar de flagrante adulterio a esta viuda judía atrozmente ultrajada y hacer que la ejecuten sin juicio, en nombre de Dios y la Virgen María, te juro que de una manera u otra, lo pagarás con tu vida! No olvides que los judíos siguen estando bajo la protección exclusiva de nuestros monarcas. La reina, además, como su representante debería saber, está personalmente interesada en que la justicia se administre públicamente para todos sus súbditos. Ciertamente, una cristiana devota y afanosa como ella, no siente una particular simpatía por los judíos, pero no por ello los hace víctimas de un odio tan ciego y notorio como el tuyo. Tampoco olvides que mientras se prepare la guerra, y hasta tanto la victoria no sea nuestra, Isabel los necesitará. Su capacidad en la artesanía le resulta imprescindible, así como su destreza en los negocios y el comercio del reino, empresas que todos nosotros consideramos indignas de nuestro rango. Asimismo ella necesita los enormes impuestos que pagan, los préstamos que conceden, las contribuciones que recaudan en su nombre, así como la habilidad de sus financieros en la gestión del presupuesto de la Corona. ¡Por consiguiente, Excelencia, ella sólo tolera que se les humille dentro de ciertos límites! Resumiendo, Anaya, como ya te dije, ignoro qué objetivo perseguía tu subordinado, pero en cualquier caso yo sé que eres cómplice de sus actos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo vas a demostrar? —preguntó Anaya, fingiendo indiferencia.

—Es mi problema. Sólo debes saber que posiblemente no sea el único capaz de testimoniar en favor de Orovida, y que existe una prueba formal de tu complicidad.

—Mi querido Luis, cálmate —dijo Anaya con un tono forzado de fría condescendencia—. ¡La acusada fue arrestada ayer por la noche! ¡Ninguna investigación ha comenzado todavía, ni existe ninguna acusación contra ella, y ya saltas a las conclusiones más extravagantes! ¡Por Dios! ¡Si no fuera porque somos viejos compañeros, incluso sospecharía que quieres insinuar que Ruiz y yo hemos conspirado pura y simplemente para llevarla derecho al cadalso! Sigue pues con tus operaciones de reclutamiento y déjame arreglar a mi manera los asuntos de la ciudad, ¿quieres? En este

caso, este asunto es bastante singular y prefiero sacarlo adelante yo solo, en calidad de representante oficial de la reina sin tener que informar de ello al Consejo de la Corona. Por otra parte, estaba a punto de interrogar a la viuda cuando nos interrumpiste. Gracias, pues, mi amigo, por tu precioso testimonio. ¡Me será muy útil durante el desarrollo de la investigación! Ahora, ¿puedo serte de alguna ayuda en el cumplimiento de tu misión?

—No, realmente no. Sólo necesito una normal colaboración por parte de los funcionarios designados bajo tu jurisdicción.

—Nada más fácil. Dale tus instrucciones a Ruiz y firmaré tus acuartelamientos de tropas tan pronto haya terminado con la acusada. Espero que me harás el honor de cenar conmigo una de estas noches. ¡Recordaremos los buenos viejos tiempos!

«¿Para oírte otra vez jactándote de tus supuestas conquistas, todas las mujeres de Castilla desfalleciendo en tus brazos, dispuestas a todo por el inefable placer de pasar una noche contigo? ¡Muchas gracias! —tuvo ganas de replicar Salazar—. ¿No ves que tus fanfarronadas te ridiculizan? ¿Cómo puedes imaginarte capaz de seducir a la última de las jovencitas con esa cara coloradote de bribón y de camorrista, ese torso grasiento de matarife, mucho más apto para asfixiar que para abrazar, esa mirada aviesa, cargada de codicias insatisfechas? Cualquiera diría que, de hecho, toda esa baladronada sólo sirve para ocultar ciertas insuficiencias…»

Pero, conociendo el peligroso fanatismo y la excesiva vanidad del personaje, evitó rechazar la invitación, demasiado consciente de la precariedad de la suerte de Orovida mientras estuviera entre sus manos.

—Con mucho gusto —se limitó a decir lo más amablemente que pudo antes de retirarse.

—¡Pues bien, señora, para ser una viuda judía que vive solitaria en una pequeña ciudad perdida, no parece que os falten relaciones! Incluso pareciera que tenéis a vuestra disposición una legión de jueces complacientes: comandantes de campañas de reclutamiento, gobernadores de fortalezas, chambelanes, lugartenientes serviciales, ¿qué sé yo? ¡Todo el mundo vuela en vuestra ayuda!… Ah, siempre lo he dicho, los judíos han pactado con el diablo para llevar a España a la ruina… ¡Y cuando digo judíos, hablo también, por supuesto, de conversos como De Ribera, por ejemplo, que no consiguen liberarse de la influencia perniciosa que vosotros, los judíos, continuáis ejerciendo sobre ellos! ¡Pues bien, de acuerdo, una vez más vais a escapar de la horca! ¡Pero cuidado, no es más

que una sentencia en suspenso! ¡Algún día ajustaremos nuestras cuentas, nosotros los cristianos de pura sangre, con los cristianos de dos caras como vosotros, los servidores de Satán! Por el momento, sólo espero una cosa: estar aún aquí cuando llegue el momento de ajustar definitivamente las cuentas con alguien como vos. En efecto, merecéis un tratamiento especial que para mí es un placer imaginar. Mientras tanto, me contentaré con métodos más convencionales de corrección. Hasta la vista, pues, apuesta señora, y hasta muy pronto. ¡Guardias! —ladró bruscamente—. ¡Llevaosla!

Cuando Orovida salió, Ruiz entró en la gran sala con el documento de Salazar en las manos. Mientras estampaba laboriosamente su rúbrica, con los ojos fijos en el pergamino, Anaya le comentó:

—Supongo que seguiste esa deliciosa conversación…

—Sí, Excelencia.

—Evidentemente, ¿no tienes nada que decir? —prosiguió el corregidor con indolencia, devolviéndole el documento.

—Pues bien…

Anaya, endureciendo súbitamente la mirada, le impidió farfullar una inútil defensa.

—¿Por qué ibas a tener algo que decir, si soy yo quien merece reprobación?… ¿Cómo pude ser tan estúpido para dejar en manos de un incapaz como tú este asunto?… Sólo te concedo un talento —continuó en son de burla— ¡el de haberte convertido en un verdadero experto en el arte de abrir y falsificar cartas selladas! ¿Pero para conseguir qué? Nada. Corteses e inofensivas trivialidades… ¿Creías realmente que tendrían confianza en ti? ¡En cuanto a tu plan, que te negabas a revelarme, debí temerme desde el principio que ni siquiera estarías a la altura de su ejecución!

—Pero, Excelencia, si Salazar llegó sólo un poco más tarde…

—Juan Ruiz, tu trabajo no consiste en tomar en cuenta los «si» ni los «peros». ¿De modo que eres tan ingenuo que crees que Salazar llegó así como así, por simple coincidencia?… ¿Tu pequeño cerebro de rata no te dice que quizás fue enviado adrede? ¡Alguien nos ha denunciado, Ruiz! ¡Estoy seguro! Salazar llegó justo como anillo al dedo. ¿Cómo pudo conocer el plazo que yo te había dado para producir la prueba irrefutable que me habías prometido?

—¡Es imposible, Excelencia! ¡Nadie!… A menos que… ya caigo… ¡Virgen Santa! ¡Gonzalo!

—¿Quién es Gonzalo?

—El criado de Del Águila, que sustituyó a Pascual como correo, hace quince días. Después de haberme entregado la correspondencia, se quedó dormido en mi despacho como un bulto. Pero pensándolo bien, ahora me parece que cuando volví a la habitación, después de nuestra conversación un poco tempestuosa, él ya no estaba allí…

—¡Pues bien, he ahí la respuesta, triple cernícalo! Quince días, justo lo que necesitaba un sirviente abnegado para regresar a galope tendido a Segovia y lo que hacía falta para que un oficial caballeresco acudiera aquí. ¡Por todos los santos, Ruiz, podría matarte por tanta negligencia! —soltó Anaya rabioso, con el rostro de pronto pálido y amenazador—. Pero lo que me deja aún más estupefacto que tu incalificable estupidez, es que ni siquiera pareces darte cuenta de la situación en la que me has metido, porque los amigos de esta zorra en la Corte van a contarle su propia versión de los hechos a la reina, y los hombres del Santo Oficio, otra. ¡Por consiguiente, si no consigo justificarme claramente, estoy perdido, incluso antes de que tenga tiempo de apoltronarme cómodamente en ese cojín más duro que un saco de garbanzos que has tenido la perversa idea de poner en mi sillón, odioso reptil! A menos, claro está, que finalmente no tenga que subestimarte, y que hayas conspirado con la única esperanza de perjudicarme a fin de instalarte tú mismo en mi sillón, como lo ha soñado desde siempre tu soberbia amazona!… ¡Responde, crápula!

Cuando oyó esta alusión a María, Ruiz dobló aún más el espinazo y quiso protestar. Pero Anaya no le dio tiempo.

—O bien, ¿era solamente el deseo de sondear el cuerpo de una bella judía? ¡Ahora que la he visto, confieso que es un magnífico ejemplar de su raza! ¡Vamos, basta de tonterías! Ruiz, tu jueguecito ha terminado. Soy yo quien se ocupa de seguir las operaciones. Y ahora préstame un pequeño servicio, el último: ¡desaparece de mi vista, gusarapo!

Unos azorados ojos hundidos en sus cuencas y unas bocas desdentadas y babosas, rodeaban por todas partes el rostro de Orovida.

—¡Pero claro que sí, no hay ningún error! Es una auténtica señora que nos han enviado, sin duda para que nos cuente cómo los nobles se las arreglan para hacer la cosa! —rió sarcásticamente una voz chillona— Vamos, decidnos, bella condesa, sólo para nuestra información, ¿qué estaca se siente mejor en el vientre: la de un judío circunciso o la de un cristiano? ¿Eh?…

Una carcajada general e histérica sacudió a las mujeres mientras unas manos huesudas surgían de la oscuridad, avanzando sus dedos sarmentosos hacia la recién llegada. Como un cervatillo forzado por una jauría sedienta de sangre, Orovida retrocedió temblando, descubriendo poco a poco con espanto las horribles caras que se acercaban a ella. Bruscamente, se dio cuenta de que si en el acto no cambiaba de actitud, las repelentes arpías no tardarían en concebir la fantasía de destruir en un solo día su equilibrio mental y luego, si les entraba la locura, de arremeter directamente contra su integridad física. Estaba sola, indefensa. Así que para sobrevivir, tenía que ponerse a su nivel y satisfacer sus caprichos fingiendo entrar en su juego.

—Os responderé —balbuceó con la garganta seca, esforzándose por darle a su voz un matiz de perverso desafío—, cuando vosotras mismas me hayáis revelado el fruto de vuestra experiencia.

—¿Ah, y por qué no, bella dama? —lanzó una voz profunda y ronca en la que Orovida creyó adivinar un rastro de compasión, que le recordaba la de Miriam Barchillon— Voy, pues, a empezar. ¡Fijaos, no hago más que imaginar, puesto que jamás me dejaría penetrar por un judío! ¡Además, me parece que amputados de ese pedacito de carne, ni siquiera los más dotados valen ni un maravedí!…

—Pues bien, te equivocas, puta —intervino otra voz cascada—. Lo único que importa es el grosor del instrumento. ¡Después de quince años en la profesión, confíen en mí, conozco el paño!

—¿Eso es todo lo que has aprendido después de tanto tiempo? Mejor harías en decirnos cómo manipulan sus anzuelos y dónde los hincan. ¡Si a tu años no sabes nada de eso, es que sólo te has acostado con monaguillos!…

—¡Atrévete a insultar a mi clientela, zorra, y te arranco las greñas! Siempre chachareando… pero de eso yo sé más que todo lo que tú hayas…

Afortunadamente, Orovida ya no las escuchaba. Estimulando a esas miserables criaturas a querellarse y a rivalizar en las más triviales groserías, había conseguido su propósito. Al menos de momento, se habían olvidado de ella y la dejaban tranquila. Era su primera tregua, después de las abominaciones que la habían abrumado sin interrupción desde la agresión de Ruiz, la noche anterior. Por lo menos ahora podía aferrarse a la imagen de Jufré, recuperar un poco su aliento, dejar que su corazón se reanimara a la lumbre de un amor que los unía y los separaba a la vez. Era como si siguiera estando en Villafranca siempre observándola desde lo alto de la

ciudad y protegiéndola. Sí, algún día le contaría cómo había descubierto el complot de Ruiz y de Anaya. De momento los detalles importaban poco: lo esencial seguía siendo su habitual previsión, ya que había logrado garantizar que si su mensaje llegaba demasiado tarde, su portador podría, a pesar de todo, venir en su auxilio. Ni él ni su mensajero le habían fallado. Por tanto ella también tenía que resistir, sin abandonarlo. Había escapado a las garras de Anaya, aun cuando aquel pretendía no haber terminado con ella… Fuera cual fuese el castigo que le reservaba el futuro, tenía que sobrevivir a cualquier precio a fin de conservar la fuerza suficiente para huir, cuando llegara el momento, con Jufré, lejos de aquella pesadilla, lejos de la reina de España y su resentimiento, lejos de las abominables humillaciones a las que estaba condenada a partir de ahora. ¿Pero sería su cuerpo lo bastante fuerte para obedecer a los designios de su mente?…

Dejando las arpías con sus obscenidades, empezó a deslizarse imperceptiblemente hacia un rincón de la celda, que su ocupante había abandonado para ir a sumarse al edificante coloquio de sus compañeras. Cuando llegó a ese sitio provisionalmente libre, empujó la paja infestada de piojos sobre la cual había pasado la noche una mujer. Era preferible dormir directamente en el suelo húmedo antes que sentir los parásitos recorriendo sus cabellos y su rostro. De modo que se tendió, como pudo, apretujándose sobre sí misma hasta que sus miembros lastimados se acomodaron sobre la tierra irregular y se hundió en un torpor agitado, interrumpido por los chillidos de las tarascas peleándose cada dos por tres, o por espantosas pesadillas pobladas de rostros verdosos y ojos glaucos, que recordaban los rasgos o las miradas de Ruiz transformado en un monstruo cuya cara era mitad humana y mitad reptil. Despertada en un sobresalto, alguien la sacudió rudamente diciéndole:

—¡Toma, coge tu sémola! Si no te la comes rápidamente, otra se ocupará de hacerlo.

Sémola, comer… poco le importaba todo eso… Volviéndose contra la pared, no respondió, ávida de recuperar su único recurso: el sueño, el olvido, la nada. Cuando por fin emergió de su letargo, todo estaba tan tranquilo que comprendió que era de noche. A pesar de su cuerpo espantosamente adolorido, su mente parecía poco más o menos intacta. Enderezando despacio la espalda, reflexionó entonces en lo que le esperaba al amanecer. Anaya apenas le había dejado forjarse ninguna ilusión: la providencial intervención de Salazar le había procurado una tregua, no el

perdón. ¿Qué haría, pues, con ella? ¿La dejaría pudrirse en aquel antro con esas brujas hasta que se volviera loca? ¿Moriría víctima de la peste o carcomida por una de esas horribles enfermedades que desfiguraban a sus infortunadas vecinas? ¿Haría que la torturaran para obligarla a admitir que era ella quien había provocado a Ruiz, ofreciendo su cuerpo a cambio de su ayuda? ¿Sería condenada a…? Pero súbitamente la sangre se le heló en las venas: en el pasillo de la prisión, unos pasos arrastrados que ella hubiera reconocido entre mil se aproximaban lentamente.

—¡Eh, damita, soy yo, vengo a buscar mi recompensa!…

La voz hizo que el corazón le saltara en el pecho. Dios de Israel, ¿qué hacer? Ya ni siquiera podía darle dinero… ¿Perdería aquella noche la vida que la víspera había salvado por los pelos? Desesperadamente, cerró los ojos y se esforzó en adoptar la rigidez de una muerta.

Impacientado por su mutismo, el guardia esgrimió una antorcha por encima de los barrotes.

—¡Eh, corazoncito, soy yo! —jadeó con la respiración entrecortada descubriéndola por fin en el amontonamiento de cuerpos— ¡Vamos, responde!

Reteniendo la respiración, Orovida parecía un cadáver.

—¡Jesús misericordioso! —refunfuñó el hombre completamente contrariado acercando su antorcha a la forma acostada—. Está blanca como la cera… No cabe duda, está casi fría. ¡Qué casualidad! Un auténtico bocado de cardenal… Con tal que esos toscos milicianos no vayan a acusarme ahora de haberla matado… Mejor que sea el equipo de mañana quien la descubra. ¡Que se las arreglen ellos! Lo que soy yo, no he visto nada, ni he oído nada.

Cuando el ruido de sus pasos desapareció en la oscuridad, Orovida siguió escuchando un largo rato antes de atreverse a hacer el menor gesto. Luego, con precaución, se volvió lentamente, esperando que el aire sofocante y putrefacto secara el frío sudor que inundaba su cuerpo. Aquella noche, otra vez, se había salvado… ¿Pero podría seguir aguantando mucho más tiempo?

Finalmente las cosas ocurrieron de un modo distinto a como había previsto. Cuando al amanecer estaba tratando de tragarse una escudilla de sémola gris y pegajosa, unos guardias irrumpieron en la celda, la cogieron, le vendaron brutalmente los ojos. Luego, en medio de un silencio impresionante, pues todas las prisioneras se habían callado intuitivamente,

la empujaron fuera del calabozo y la arrastraron por el corredor. Al llegar a la escalera que conducía al piso superior, y como nadie la previno, tropezó con el primer peldaño y cayó de bruces. A pesar de la sangre que le brotaba de la nariz y de las manos, los hombres blasfemaron y la golpearon salvajemente para que se levantara, y luego, riendo a carcajadas, empezaron a burlarse de ella al ver que, con la punta del pie, buscaba a tientas cada escalón, antes de aventurarse en la ascensión. Tras haber subido penosamente todos los peldaños y recorrido un largo pasillo un poco más ventilado, por fin Orovida adivinó que se encontraba en el vestíbulo del tribunal, pues no sintió a su alrededor más que el vacío. El olor penetrante de la tinta, y el garrapatear de las plumas sobre el papel, le probaron que no estaba equivocada. También allí se hizo el silencio, prolongándose hasta el momento en que, sin miramientos, se sintió empujada hacia la salida que daba a la plaza. Siempre rodeada de guardias, la obligaron a bajar los peldaños de la escalinata, que afortunadamente conocía casi de memoria.

Fue entonces que resonó la campana del pregonero, cubriendo con su eco la tibia atmósfera de aquella mañana de verano.

—¡Oíd, oíd, cristianos de Villafranca! —clamó la voz poderosa del hombre—. ¡Congregaos y venid a contemplar el castigo de la viuda Villeda, prostituta judía de Toledo que ha tratado de arrastrar por los caminos de la perdición a los buenos e inocentes feligreses de la ciudad!

Al separarse de golpe los guardias, Orovida se sintió desposeída de su cuerpo, y luego unas manos la cogieron por los brazos. Con los puños brutalmente atados a la espalda, sintió que un gran peso colgaba a sus espaldas con unas cuerdas, que dos enormes discos de madera le destrozaban el pecho y la espalda. Olían a pintura fresca, amarilla, estaba segura, porque ese era el color reservado a los de su raza. Al mismo tiempo, depositaron otro objeto sobre su cabeza, poniendo en peligro su ya precario equilibrio, que trataba de conservar a pesar de estar vendada. Al sentir sus oscilaciones, conjeturó que se trataba del alto y grotesco sombrero cónico, probablemente también amarillo, con que se cubría la cabeza de los judíos. Pero no tuvo tiempo de proseguir sus mudas especulaciones. Violentamente levantada por las axilas, se encontró a horcajadas sobre un burro que rebuznaba tristemente; la habían colocado al revés, con el rostro vuelto hacia la grupa. Zarandeada y maniatada, estuvo a punto de perder el equilibrio que recuperó con mucha dificultad tras clavar los talones en las raquíticas ijadas del animal para no caerse. Pero entonces, súbitamente su

cabalgadura pegó un brinco, y salió proyectada hacia atrás, y luego hacia adelante, y su rostro dio con náusea contra las costras de excremento pegadas en las ancas del jumento.

—¡Se va a caer, caterva de estúpidos! —rugió uno de los guardias— ¡Puesto que debe cabalgar al revés, amárrenla!

En seguida lanzaron otra cuerda sobre sus hombros, y luego la pasaron por debajo del vientre del asno para mantenerla derecha, y la procesión se puso en movimiento —con el pregonero a la cabeza, los palafreneros algunos pasos atrás—, zarandeando y tirando por la brida a la pobre bestia recalcitrante, abriéndose paso, caóticamente, en medio de una muchedumbre cada vez más compacta, ávida de contemplar el espectáculo.

—¡Cristianos de Villafranca, tened cuidado! ¡Tened cuidado con la diablesa judía que, para servir a Satán, desvía a los hombres honestos de nuestra santa fe cristiana! ¡Tened cuidado y protegeos de ella!

Firmemente atada, al principio Orovida apenas oscilaba, pero, a cada paso, sus entrañas se convulsionaban dolorosamente tironeada por todas partes en aquel avance realizado al revés. Mientras el siniestro cortejo atravesaba la plaza, oyó un vago murmullo de avemarías salir de las bocas de los espectadores, probablemente rezando para exorcizar la influencia satánica que supuestamente ella ejercía; pero cuando el asno comenzó a descender los escalones cojeando ligeramente, ya sólo tuvo conciencia del terrible dolor que le laceraba los hombros bajo la presión de la cuerda que le ataba los brazos. Los movimientos erráticos del animal le imprimían, de manera cada vez más intolerable, el peso de los discos de madera que, oscilando, le herían cruelmente los senos y la espalda.

—¡Venid! ¡Venid todos! —aulló de nuevo el pregonero agitando su campana al entrar en la Plaza Mayor— ¡Buenos cristianos, ciudadanos de la villa, venid! Olvidad vuestros negocios y asistid al castigo de la viuda Villeda, mujer sin fe ni dios, ramera judía de Toledo enviada por el diablo para empujar por el camino del infierno a los hombres de Villafranca!

—¡Puerca ramera judía! —vociferó un herrero.

—¡Virgen Santa, protégenos de las obras de Satán! —abundó un verdulero persignándose y escupiendo estrepitosamente al suelo para desafiar al espíritu maligno.

Incapaz de resistir la atracción de semejante espectáculo, la población de Villafranca, abandonando sus actividades, empezó a seguir con una alegría malsana el triste cortejo a través de la ciudad.

—¡Inmunda puta judía —la abucheaban por doquier— que tu alma impía se retuerza de dolor en las llamas eternas del infierno!

Desde la Plaza Mayor, el pregonero conducía ahora a la multitud hacia la plaza Santa María, en dirección a la puerta de Toledo. Atraídos por el tumulto, hombres y mujeres convergían de todas partes sumando al huraño concierto sus blasfemias regularmente salmodiadas: «Inmunda puta judía, despreciable prostituta», mientras que, en contrapunto, monjes y monjas mascullaban rezando sus rosarios.

Pero fue el agudo sonido de una flauta, que improvisaba un acompañamiento perverso de las imprecaciones del populacho, lo que rompió la resistencia de Orovida. Esta vez, su alma tan torturada como su cuerpo, estuvo a punto de sucumbir. Doblegada bajo aquella marejada de humillaciones, las notas triunfales del flautista ciego fueron el colmo de su desamparo.

En la puerta de Toledo, dirigieron al asno hacia la derecha y, a pesar del olor de la multitud sudorosa aferrándose a sus fosas nasales, Orovida consiguió captar al pasar los efluvios familiares de las especias de la tienda de Díaz, dándose cuenta al mismo tiempo que ninguna humillación le sería ahorrada. Después de haber sido expuesta a los cristianos de la ciudad, ahora sería ofrecida a los ojos de su propia comunidad. ¡Dios! ¡Hasta dónde llegaría su calvario! Si a la hostilidad creciente que se manifestaba a su alrededor, se añadía ahora la de todos los judíos de la ciudad, sin duda no tardarían en acusarla también de haber provocado una explosión de violencia en su propio pueblo. «¡Dios todopoderoso, te lo suplico, no dejes que se produzca una desgracia de tal magnitud!» —imploró, oyendo al pregonero tomar la dirección de la calle de la Judería.

Entonces, a sus espaldas, se elevó cada vez más potente el salvaje grito ancestral: «¡Muerte a los judíos!». Pero los judíos, desde hacía mucho tiempo, estaban curados de espanto. Al primer tintineo de la campana anunciando el trágico espectáculo, el barrio se vació instantáneamente en medio de una gran algarabía de voces, portazos y cerrojos pasados a toda prisa. Simultáneamente, y con la misma rapidez, los escaparates de las tiendas se cerraban y los niños eran llevados a sus casas por el cuello, de tal suerte que la calle de la Judería devino un desierto en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Montón de infieles, cobardes impíos, todos salís pitando como ratas a sus agujeros! —rugió el populacho—. ¡Muerte a los bebedores de sangre,

a los ladrones de los buenos cristianos!…

Pero en seguida una voz poderosa puso término a esa marejada creciente de hostilidad.

—¡Basta! —ordenó cubriendo el fragor de la muchedumbre—. ¡El corregidor ha ordenado evitar cualquier incidente! ¡Dejad tranquilos a los judíos, por lo menos hoy! ¡Paciencia! Ya llegará el momento en que podréis actuar.

Frenados en su ímpetu, los cabecillas dudaron, pero súbitamente el herrero reanudó su grito de «inmunda puta judía», y su rencor se derramó de nuevo sobre Orovida.

En la plaza de la sinagoga, parapetado detrás de los postigos de su casa, Salomón Cohen bruscamente dejó de dar vueltas en la sala. Pálido de rabia, explotó:

—¡Pagaría cualquier cosa por saber qué ha podido empujarlo a meter la mano en ese avispero! ¡Con su insaciable sed de venganza, pone en peligro a toda la comunidad!

—¡Salomón, querido, cómo puedes hablar así! —exclamó su esposa, apartando el rostro de una ranura del postigo a través de la cual espiaba el exterior— ¡Al denunciarla él mismo, antes de que en su lugar lo hiciera un cristiano atrayendo el deshonor sobre todos nosotros, Meir no ha hecho más que tratar de proteger la reputación de nuestra comunidad! Él no es responsable del resto. La Villeda es una mujer disoluta. ¡Se lo tenía merecido!

Del otro lado de la plaza, agazapado detrás de una cortina, también Meir contemplaba la escena consternado.

—¡Ah, si hubiera sabido que las cosas iban a llegar tan lejos!… —no cesaba de lamentarse, tomando por testigo a su mujer—. ¡Tú tenías razón, cariño, ella no se merecía este sufrimiento tan espantoso!

Pero afuera los acontecimientos se precipitaban. Ahora la multitud entraba con violencia en la estrecha escalera que conducía a la Plaza Mayor. Una vez allí, se derramó de un solo golpe sobre la explanada como una nube de saltamontes maléficos, y aglutinándose alrededor del gran poste levantado en el centro, esperó empujándose la continuación del espectáculo. Un miembro del Santo Oficio, vestido con una túnica en la que se veía el blasón de los monarcas católicos representando un yugo y unas flechas, esperaba a la víctima, con las piernas separadas, mientras hacía silbar a ras de suelo un látigo de cuero para preparar sus músculos.

Perfectamente consciente de lo que le esperaba, Orovida permanecía no obstante curiosamente indiferente. A partir de ahora, su alma y su cuerpo totalmente rotos le parecían fuera del alcance de los golpes y las humillaciones. Sobrepasados los límites extremos del sufrimiento, el dolor ya no podía hacer mella en ella. Por otra parte, sabía que no resistiría. Muy pronto, con los primeros latigazos, se hundiría en un abismo sin fondo, en la nada insondable…

Cuando el asno se detuvo, un golpe de espada cortó la cuerda que la ligaba al animal y, como una muñeca desarticulada, se derrumbó en el suelo. Levantada con brutalidad, vuelta a poner en pie, le quitaron su cofia escarnecedora, aflojaron el torno de madera que le aplastaba los senos y la espalda, dejando así aparecer a los ojos de todos las profundas cortaduras que estriaban su piel. Sus muñecas hinchadas fueron atadas de nuevo, esta vez por delante, y entonces la arrastraron hasta el poste, donde la amarraron, con las manos por encima de la cabeza. De un crujido, sintió que le desgarraron el vestido, y las tiras de cuero se abatieron sobre su espalda desnuda. Aquella piel blanca y suave, que hasta entonces sólo había conocido caricias y besos, recibió fulgurantes mordidas, dentelladas que besaban las carnes tiernas para gran alegría de una asistencia excitada por los gritos y la aparición de la sangre.

—¡Uno, dos! —aullaba el populacho en cadencia con cada latigazo—. ¡Azota esa carne impúdica, verdugo, hasta que su vista repugne a todos los hombres!

—¡Sí! ¡Que sea flagelada como Nuestro Señor Jesucristo! —incitaban unos, en seguida relevados por otros que berreaban inagotables injurias: «¿quién se acostará contigo esta noche, puta? ¿Tal vez un demonio cornudo, que chupará tu sangre y te hará parir un bonito sátiro?»…

Una ola de risas abyectas y lascivas, sin cesar renovadas, estalló mientras duró el suplicio. Cuando acabó, al cabo de treinta latigazos, el verdugo dejó reposar su instrumento. Entonces, enjugándose el sudor que corría por su frente, cortó tranquilamente las ataduras de la ajusticiada, y se fue.

—¡Oíd, buena gente de Villafranca, la sentencia dictada por Su Excelencia el Corregidor de Villafranca contra la viuda Villeda! —tronó el pregonero reclamando silencio.

Luego sacó un pergamino de su cinturón, lo desplegó con amplio gesto ceremonioso, se aclaró la garganta dos veces y, sacando teatralmente el

pecho, comenzó su lectura: «Yo, Arias de Anaya, Corregidor de Villafranca y de todo el distrito, declaro desterrar a la viuda Villeda de la ciudad y de las tierras que la rodean por el resto de sus días, y confiscar las tres cuartas partes de sus bienes en Villafranca en beneficio de la Corona. Además la susodicha viuda deberá dejar la región bajo mi jurisdicción antes del anochecer so pena de sufrir sanciones más graves Firmado, sellado y expedido en Villafranca, este séptimo día de octubre del año mil cuatrocientos ochenta y dos de Nuestro Señor Jesucristo».

Primero la multitud aprobó en silencio, luego cada cual añadió su pequeño comentario:

—¡Ahora que hemos visto su piel, que se vaya al diablo! Por lo menos estaré segura de conservar en mi cama a mi marido, por muy blandengue que sea…

—¡Ella ha debido embrujar al nuevo corregidor —prosiguió otra parlanchina—, al igual que al antiguo! Sin hablar de nuestro pobre Ruiz… ¡Si yo hubiera sido el gobernador, la habría enviado directamente a balancearse en la horca!…

De hecho, al terminar el espectáculo, nadie se preocupó de la desgraciada que yacía inerte al pie del poste. Así, poco a poco, al desaparecer la fiebre colectiva, la plaza se vació y cada uno se alejó, chismorreando, para dedicarse a sus asuntos.

¿Cuál fue la mano misericordiosa que desató las ligaduras de Orovida y le quitó la venda de los ojos? Ni siquiera ella misma lo supo jamás. Algunos dijeron más tarde que fue Salomón Cohen; otros juraron que fue Barchillon. Pero, en rigor, jamás se supo la verdad.

OceanofPDF.com

XXV

Cuando irrumpió en la cocina y se arrojó en los brazos de Fortuna, el cuerpo frágil de Moshico parecía a punto de quebrarse.

—¡Mi tía, mi tía! ¡Es horrible! —gimoteó hundiendo la cabeza en las faldas negras de la anciana—. ¡Está tirada en la tierra, medio muerta, con la espalda toda cortada y ensangrentada y nadie viene en su auxilio! ¡Papá está en Trujillo y mamá se fue al olivar esta mañana temprano!… ¡Tienes que venir inmediatamente!

—Por el amor de Dios, cálmate, mi niño, las lágrimas no arreglan nada. Trata más bien de explicarme lo que pasó.

—¿Pero cómo, no sabes nada? —exclamó el muchacho desconcertado, mirando sin comprender el rostro arrugado de su tía.

—Claro que sí. Yo sé que ella ha sido arrestada… —murmuró Fortuna, temblorosa, temiendo enterarse de la verdad.

Entre sollozos, Moshico le contó entonces lo que había pasado y se refugió de nuevo en su regazo. Dominando su propio desgarramiento, Fortuna trató de consolarlo y, con un gesto lleno de dulzura y sosiego, acarició sus bucles cobrizos. Luego se liberó de su abrazo, hizo que se sentara despacio en el banco cercano a la chimenea, y le trajo un bote de cerezas confitadas, mientras trataba de apreciar por sí misma la magnitud de aquel nuevo desastre. Más que nunca el peso abrumador de los años sobre sus espaldas y la desolación de una vida solitaria la agobiaban. ¿Cómo podría ella sola levantar a su ama y llevarla hasta un lugar seguro para curarla antes de hacerla salir de la ciudad?… Para colmo, si nadie venía en su ayuda antes del anochecer, una suerte aún mucho peor le estaría reservada…

Había, pues, que ir a buscarla a cualquier precio y ponerla a salvo de nuevas catástrofes. Pero ¿cómo y dónde? ¡Cómo iba a decidir ella, una vieja tan débil y desamparada, dónde su ama podría o debería buscar refugio! Y sin embargo, ¿quién aparte de ella podía hacerlo en aquel instante? ¿José o López? Seguramente no harían más que ella. En cuanto a los judíos de la ciudad jamás correrían el riesgo de mezclarse en este asunto. Así que no tenía otra opción. Lenta y rígidamente, la vieja sirvienta decidió ir a buscar

a Alfonso y se dirigió cojeando hacia el viñedo. Por lo menos, él era sólido, realista y decidido. No siempre divertido, pero incapaz de perder su sangre fría. Algo se les ocurriría a los dos.

En cuanto lo avisó, el intendente volvió con ella a la casa, tan rápido como se lo permitía el andar indeciso de la vieja criada entre los enormes canastos desbordantes de racimos de uvas doradas, puestos aquí y allá en las viñas.

—Es casi mediodía —constató, echando una ojeada oblicua al sol cuyos rayos herían duramente sus rostros sudorosos— Más vale esperar a la hora de la siesta. La Plaza Mayor estará desierta. Es inútil ir al encuentro de las complicaciones —añadió frotando con el dorso de la mano una frente estriada de profundas arrugas—. Cogeremos la carreta de heno, porque nuestra pobre ama no estará en condiciones de montar a caballo.

—En ese caso, hace falta que López la limpie en seguida y la llene de paja fresca —respondió Fortuna.

—Tienes razón. Podremos partir cuando esté lista. Llegaremos a la puerta del Cristo, y una vez allí, continuaremos a pie por detrás, pasando por la calle de la Gloria. Acto seguido traeremos a nuestra ama al carricoche, yo la extenderé y tú curarás sus heridas durante el regreso.

—¿El regreso? —exclamó Fortuna dolorosamente—. ¿Pero el regreso a dónde? ¡Ella no puede regresar a ninguna parte!

—Lo sé muy bien. En cualquier caso, primero hace falta que yo regrese aquí —replicó Alfonso con su flema y parsimonia campesina—. Pronto ellos estarán en la casa y tendremos que velar para que no se lleven más de lo debido. Por suerte, la uva todavía no ha sido pisada. ¡Tal vez podría llegar a ocultar una parte de la cosecha!… —Pensativo, Alfonso se quitó el gorro y se rascó la cabeza, y agregó—: En cualquier caso, antes de partir, harás bien en recoger todos los objetos valiosos que puedan llevarse. ¡No vale la pena ofrecérselos a la Corona! doña Orovida tendrá necesidad de todo el dinero disponible. Voy a forzar la cerradura del cofre, para guardar lo que hace falta para la paga de los hombres y darte el resto.

—¿Pero adónde quieres que la lleve? —exclamó Fortuna con desesperación.

Tras contemplar un rato la punta de sus zapatos, Alfonso se aclaró la garganta, y prosiguió tranquilamente:

—Por supuesto, nuestra ama no podrá decidir por sí misma adónde quiere ir, y en el estado en que se encuentra, no podrá ir muy lejos.

Entonces, ¿por qué no llevarla a Trujillo? Es la villa más cercana y podéis pasar la noche en casa de Isaac Romero, en La Rinconada.

—¿La Rinconada?

—Sí, es una casa muy respetable en el barrio judío. Todos los visitantes de prestigio paran allí. Fácilmente te indicarán dónde está.

—¡Bueno! —asintió Fortuna, resignada, incapaz de encontrar en aquel momento otra solución, y pensando sólo en reunir lo esencial, lo indispensable para el viaje, además de agua, pedazos de tela limpia para las curas, bálsamos y ungüentos, vestidos y mantones de recambio y, por supuesto, la bolsa oculta en el bote de frutas confitadas, así como el cofre de joyas que doña Villeda había traído a Extremadura sin ponérselas jamás.

Cuando levantaba el cofre, al encontrarlo tan pesado, sin querer lo abrió y descubrió, centelleando en un estuche azul oscuro, encima de las piedras preciosas, un gran medallón de esmaltes verdes y azules, tan luminoso como el mar. Sorprendida y lamentándose de su indiscreción, volvió a cerrar despacio la tapa.

A todo lo largo del trayecto hacia la ciudad y hasta que se encontró a pleno sol en la plaza desierta y silenciosa —sólo perturbada por el zumbido de las moscas encima de la carne desnuda de su ama—, Fortuna se había ido armando de valor. Pero frente a la desgarradora visión, un velo negro flotó delante de sus ojos. Viéndola desfallecer, Alfonso la agarró por un brazo y luego, forzándola a beber un sorbo de agua, la ayudó a volver en sí.

—¡Vamos, Fortuna, ánimo! No hay ni un minuto que perder —exclamó.

La anciana y él, ambos de rodillas, le dieron la vuelta a Orovida con infinitas precauciones. Alfonso deslizó una mano por debajo de su nuca, y la otra por su cintura, para evitar que la espalda ensangrentada tocara el suelo. Inclinada sobre ella con dulzura, conteniendo las lágrimas, Fortuna limpió el polvo de sus pálidos labios donde derramó un poco de agua. Instintivamente, Orovida la tragó, trató de levantar la cabeza, entreabrió los ojos y en seguida volvió a cerrarlos.

—Trata de que beba un poco más —murmuró Alfonso— y salgamos pronto de aquí.

Fortuna obedeció, se incorporó penosamente y puso, con devoción, las dos manos debajo de la cabeza bamboleante de Orovida, levantada con una delicadeza conmovedora por los robustos brazos del intendente.

—Pon su cabeza en mi antebrazo —resopló él, aflojando ligeramente la presión de su mano izquierda— y más bien pasa tus manos por debajo de sus rodillas para sostenerle las piernas.

De este modo, muy lentamente, y con mil precauciones para no tropezar y zarandear el pobre cuerpo lastimado, regresaron paso a paso a la carreta, depositaron a su ama boca abajo sobre la paja y se fueron en seguida. Mientras Alfonso conducía el caballo por la brida, la vieja sirvienta, al lado de su ama, comenzó a limpiarle las heridas y a curar lo mejor que podía la espalda en carne viva. Cuando hubo terminado, hizo dos montoncitos de paja para que Orovida apoyara el cuello y la cintura, tratando de ahorrarle en lo posible la rugosidad de las tablas y los traqueteos del carromato. Hecho esto, se dispuso a ponerla de espaldas, muy despacio, para aplicarle bálsamos y ungüentos en las heridas de los hombros y en las muñecas ensangrentadas. Luego le alisó los cabellos enmarañados y manchados, limpió su rostro tumefacto, tan magullado que era irreconocible, le quitó lo que quedaba del vestido y la envolvió con mil amores en un gran mantón que la recubrió por entero. No bien hubo acabado sus curas, cuando Alfonso, al llegar al recodo que conducía a la finca, detuvo el caballo, y le tendió las riendas.

—No olvides —dijo—: Isaac Romero, La Rinconada.

Llegada a Trujillo, justo antes del anochecer, Fortuna encontró sin dificultades la casa de Romero. Explicándole a don Isaac que su ama había tenido un accidente, pidió un cuarto tranquilo, le pagó generosamente a un joven sirviente para que trasladara a Orovida al interior, y ordenó inmediatamente un caldo caliente. La cama sobre la cual tendieron a la mujer era espaciosa, blanda y provista de numerosos cojines de plumas. Tan pronto el mozo salió, Fortuna sentó a la joven mujer, le calzó la nuca y los riñones con los cojines. Cuando una camarera trajo el caldo, se lo hizo tomar en pequeños sorbos, no sin antes verificar su temperatura. Un poco revigorizada por la tibia sopa, Orovida entreabrió los párpados inflamados.

—¿Fortuna, eres tú? ¿Dónde estoy? —balbuceó con voz casi inaudible.

—Sí, soy yo, mi paloma. Todo va bien. Estamos en Trujillo.

—¿Trujillo?… ¿Por qué en Trujillo?… ¿Si ya no estoy en la cárcel, por qué no estoy en mi casa?…

Al comprender que su desdichada ama ignoraba que había sido desterrada —pues el anuncio público de aquella medida fue proclamado

estando ella desvanecida—, Fortuna estimó que de momento era mejor que siguiera en la ignorancia. ¡Ya lo sabría más temprano que tarde!…

—¡Chitón! Ahora hay que dormir, mi niña, y no hablar… Mañana os lo explicaré.

Tranquilizada por esa voz tierna y familiar, Orovida se abandonó a su inmenso agotamiento sin protestar y se abismó en un sueño reparador.

Con las primeras luces del alba, por fin se despertó. Abriendo desmesuradamente los ojos, por primera vez desde que el día anterior había sido vendada, trató de incorporarse pero, al moverse, reaparecieron los dolores, que la traspasaron como las hojas afiladas de cien cuchillos calentados al rojo vivo. Lanzando un grito, recobró la memoria, y aterrorizada, cerró los ojos. Alertada, Fortuna, que dormitaba echada encima de un gran baúl, se levantó de un salto, preguntándose cómo iba a comunicarle que estaba condenada al destierro. Unos golpes discretos en la puerta la sacaron momentáneamente del aprieto. Traían una carta dirigida a Orovida.

—Una carta para vos, señora —cuchicheó la anciana.

Penosamente, Orovida se incorporó apoyándose en un codo, cogió la misiva y examinó el sello que presentaba una L y una S entrelazadas. Esas dos letras no suscitaron en ella ningún recuerdo. Tanteó para romperlo con sus dedos magullados y, con la cabeza zumbándole por el esfuerzo, concentró su mirada en la escritura clara y ceñida:

«A doña Villeda, mis más atentos y respetuosos saludos.

»Fue ayer por la noche, al regresar a Villafranca, cuando me enteré de vuestro terrible sufrimiento: la confiscación de los dos tercios de vuestros bienes y la condena a expulsión. Si cuando vuestro intendente me reveló el lugar de vuestro retiro, no salí en el acto para encontrarme con vos, fue únicamente para ahorraros una molestia adicional. Mi intención al escribiros responde a dos preocupaciones mayores: primero, suplicaros que abandonéis Trujillo tan pronto estéis en condiciones físicas de hacerlo. Con la complicidad del Santo Oficio, Anaya puede espiar todos vuestros movimientos y, creedme, no retrocederá ante ningún medio para incriminaros de nuevo. En segundo lugar, pediros que penséis ante todo en vuestra seguridad:

antes de salir de Segovia, don Jufré del Águila me encargó que os hiciera saber que, en caso de necesidad, podíais contar confiadamente con Álvaro de Portela, Comendador de la Orden de Calatrava. Ahora bien, gracias a la más feliz de las casualidades, ayer supe que don Álvaro no estaba en estos momentos, como las más de las veces, en la sede de la Orden, en Castilla La Nueva, sino que residía en su heredad de Extremadura. Su hacienda se halla cerca de Mérida, aproximadamente a tres jornadas de camino de Trujillo. No pudiendo ser las cosas más propicias, os pido encarecidamente, señora, que accedáis a mis deseos y acudáis a toda prisa a la propiedad de De Portela, donde encontraréis un refugio que nadie se atreverá a violar. Por mi parte, he enviado desde el amanecer un mensajero al Comendador para advertirle de vuestra llegada inminente. ¡Que Dios os guarde!

»Vuestro seguro servidor, Luis de Salazar.»

Orovida cerró los ojos y se agarró al borde de la cama, buscando desesperadamente aferrarse a algo estable. Todo en la habitación daba vueltas a su alrededor. También las palabras, enloquecidas, entrechocaban en su cabeza: expulsión… confiscación… expulsión…

Sin embargo, poco a poco, sus ideas se aclararon y otras palabras afluyeron: Jufré… refugio… Álvaro de Portela… «Un hombre de espíritu noble…» le soplaba una voz venida del pasado. ¿La de David, débil eco emergiendo de las ruinas de su universo aniquilado?

—Fortuna —dijo ella con voz ahogada— ahora sé por qué estamos en Trujillo. Debemos irnos inmediatamente para Mérida.

—¿Mérida, señora?

—Sí, vamos a refugiarnos en las tierras de Álvaro de Portela.

—¡Pero, señora, todavía no estáis en condiciones de viajar!… ¡Esperad al menos hasta mañana!

Un dolor lancinante bruscamente reavivado en su espalda, en sus hombros rotos y, sobre todo, una debilidad extrema convencieron a Orovida de que Fortuna tenía razón.

—¡Bien! Entonces nos iremos al amanecer. ¿Tenemos dinero, Fortuna?

—Sí. ¡No os preocupéis! Cogí la bolsa del bote de frutas confitadas y Alfonso me dio una parte del dinero del cofre. Me dijo que no lo necesitaba todo. También están vuestras joyas, señora, y el joyero. ¡Como veis, no hay de qué preocuparse! Por ahora, sólo hay que pensar en curaros. ¡Reposad y dejadme examinar vuestras heridas!

Desde que había recibido la carta de Luis de Salazar, Álvaro de Portela no cesaba de ir y venir por el camino de Trujillo. Todavía no sabía cuándo ni en qué estado llegaría doña Villeda, pero estaba empeñado en recibirla personalmente, inusitadamente turbado por la idea de volverla a ver… Al llegar al bosquecito de cipreses que delimitaba la entrada de su heredad, escrutó de nuevo el camino polvoriento con la esperanza de divisar a los viajeros. Aunque había tenido pocas ocasiones de verla en los últimos años, la imagen de la esposa de David había permanecido grabada en su memoria. Esbelta, flexible y dorada como un joven álamo, volvía a verla ahora con los ojos del recuerdo el día de su boda, semejante a un rayo de sol iluminando la oscura capilla con su luminosa presencia. Don David cuidaba entonces de ella como del más precioso tesoro del mundo, y ella parecía amarlo con toda la inocencia de un alma pura en los albores de la vida. Pero, unos años más tarde, al salir de una conversación de negocios a propósito del suministro de tejidos para la Orden, don David le había confiado su preocupación por la grave enfermedad de su mujer, cuya secuela —la esterilidad— le causaba una cruel decepción. ¿Tal infortunio habría empañado el brillo de su radiante belleza?, se preguntó De Portela, separándose a regañadientes de la cuneta del camino en busca de un poco de sombra. ¿Y por qué don David se había alejado de su residencia ancestral de Toledo para instalarse en Extremadura? Era tan incomprensible como las circunstancias exactas de su muerte. En cualquier caso, estaba claro que en el momento de la tragedia, Jufré del Águila había acudido en auxilio de la joven viuda y, a juzgar por el tono apremiante de la misiva pidiéndole su apoyo, aquella amistad había evolucionado hasta convertirse en un sentimiento de una naturaleza mucho más ardorosa. ¿Pero, en resumidas cuentas, qué tenía eso de raro? Una mujer joven y bella y un hombre vigoroso en la flor de la edad —mucho menos entrado en años que don David—, ambos solos en la lejana Extremadura… Sí, ¿qué había de reprensible en ello, salvo el hecho evidente de que ella era judía y él cristiano?…

Pero ese no era su problema. En verdad, Del Águila le pedía muy poca cosa en comparación con la posibilidad que él había abierto, durante la pacificación de Extremadura, de probar la lealtad de la Orden a la joven reina victoriosa. Gracias a él, De Portela con sus tres mil caballeros había podido distinguirse y contribuir a la victoria. Además, Isabel había sido informada de que él siempre se había opuesto personalmente a la decisión del Gran Maestre de apoyar la rebelión del marqués de Villena. En efecto, le había parecido evidente que la reina y su joven esposo tenían la intención de someter a su única autoridad a toda la nobleza de España y que, por consiguiente, el poder de las órdenes de caballería tocaba a su término, finalizando su razón de ser con la reconquista. Por otra parte, desde hacía ya dos siglos, una vez alcanzados sus principales objetivos militares, las Órdenes de Calatrava, de Santiago, de Alcántara y de Montesa habían consagrado sus energías sobre todo a amasar riquezas, privilegios y poder, de suerte que habían devenido estados dentro del Estado. En tanto que tales, presentaban más inconvenientes que ventajas, y le hacían sombra peligrosamente a la voluntad de unidad política, social y religiosa preconizada por los soberanos católicos. Si su Orden probaba su lealtad a la Corona, declaró entonces, tal vez conseguiría mantener la independencia, sin la cual, tarde o temprano, quedaría reducida a la impotencia. Pero nadie quiso escucharlo y no fue sino después de la victoria de Toro cuando el Gran Maestre comprendió su error. Por tanto, no había que asombrarse de oír rumores acerca de la supresión pura y simple del cargo de Gran Maestre. Según decían, Fernando tenía la intención de apropiárselo para luego obtener del Papa la autorización de someter las órdenes a la autoridad absoluta de la Corona. ¿Pero vería personalmente realizarse esos designios?, suspiró el anciano pensando que la edad seguramente le impediría asistir a tal espectáculo. Era mejor desaparecer antes del derrumbamiento de unas instituciones que, a pesar de todas sus imperfecciones, le eran tan entrañables.

Don Álvaro se entretuvo aún unos instantes a la sombra de los árboles, y luego, cuando los resplandores púrpuras del crepúsculo invadieron el cielo, decidió regresar a su casa. A aquella hora, Orovida ya no vendría… ¡Sin embargo, cuánta prisa tenía ahora por verla! Cuando volvía a su residencia, con paso impetuoso y enérgico a pesar de sus años, se cruzó con la hija mayor de su intendente, que iba a Mérida a lomo de asno.

—Espera un momento, Teresa —soltó con voz calmada y comedida, dando media vuelta para reunirse con ella—. ¿Tuviste tiempo de poner las cortinas en las ventanas de la casita?

—Sí, señor, hace un instante, porque el pintor no había terminado y no quería dejarme entrar diciendo que iba a estropear su trabajo, pues la lechada en las paredes aún no estaba lo bastante seca.

—Cuida de que todo esté en orden mañana por la mañana —insistió—. Los muebles están en el patio de la cocina. Pídele a Pedro que te ayude a meterlos adentro. Por lo demás, confío en ti. Yo sé que harás todo lo posible por hacer más confortable la casa. Ahora vete rápido, mi niña, no te retengo más. ¡Corre a divertirte y que pases una buena velada!

—Gracias, señor —respondió Teresa con una espléndida sonrisa antes de ir a encontrarse con su galán, trotando alegremente con su exuberante grupa saltando al ritmo de la cabalgadura. «Realmente, no se le puede negar nada a don Álvaro», pensó ella, reventándose de risa para sus adentros ante la idea de que la mirada del anciano era casi tan tierna como la de su galán…

Al otro día, cansado de ir a vigilar el camino y de volver con las manos vacías, el Comendador se adormeció en el banco antaño instalado para su anciana madre, bajo un gran olivo argentado plantado frente a la casa solariega. Mecido por el canto ininterrumpido de las cigarras, no oyó el carricoche traqueteante que, conducido por una endeble silueta negra, dobló penosamente en el último recodo que conducía a la hacienda. Y sólo cuando el viejo caballo extenuado rebasó el bosquecito de cipreses, don Álvaro salió de su somnolencia. Levantándose de un salto, fue directamente hacia el desvencijado carro que acababa de detenerse.

—¿Estamos en la casa de don Álvaro de Portela? —preguntó con deferencia la mujer encaramada en la parte delantera de la carreta.

—Sí, ¿pero quién eres y qué quieres?

—Soy la sirvienta de doña Orovida y vengo para buscarle refugio a ella.

—Has llegado a buen puerto. Hace tres días que esperamos a tu ama. ¿Cuándo me la traerás?

—Pero si está aquí, señor, en el carricoche.

Acercándose al deteriorado vehículo, don Álvaro asomó unos ojos sorprendidos entre la armazón de varales y tablas de la carreta donde descubrió una miserable criatura echada sobre un cubrecama sucio y

polvoriento. Tratando de no revelar sus sentimientos, estupefacto, miró unos instantes el rostro de Orovida, tan distinto y distante de aquel de la deslumbrante novia que conservaba en su recuerdo. Tratando de aparentar la mayor naturalidad posible, se dirigió a ella con exquisita cortesía:

—Doña Villeda —murmuró— es para mí un enorme placer acogeros en mi residencia familiar. Os esperaba desde hacía varios días.

Con una mueca de dolor, Orovida se esforzó por levantar la cabeza.

—¿De verdad hemos llegado? —farfulló, abriendo con dificultad los párpados, con unas ojeras que parecían haber aumentado más aún desde su partida.

Pero al cruzar su mirada con la de Álvaro de Portela, impregnada de una compasión que ella creía desaparecida del mundo, se sintió dispensada de buscar cualquier otro consuelo.

—Sí, mi querida niña, habéis llegado, y aquí estáis segura.

¡Cuán alentador y suave sonaba el timbre de aquella voz! Después de tantos infortunios y sufrimientos, para Orovida fue como una caricia paternal y apaciguadora. Segura… ella estaba segura. Por fin podría cerrar los ojos en paz…

—Corro en busca de ayuda —le dijo De Portela a Fortuna dando grandes zancadas hacia la escalinata.

Pero en seguida regresó, y quiso cargar él solo a Orovida y transportarla en brazos —frágil carga— a la casita preparada para ella. Detrás de él, apoyándose en el brazo de Teresa, iba Fortuna, preguntándose si sus pobres piernas la sostendrían hasta la puerta. Pero al entrar en la nueva casa de su ama, el enorme peso de su fatiga se desvaneció. ¡Todo estaba tan limpio y tranquilo, las cortinas verdes tan bonitas, los cojines multicolores tan alegres y acogedores!

—Si queréis descansar un poco, hay una cama para vos en la trasalcoba, detrás del biombo —indicó Teresa con la misma solicitud de su amo.

—¡Oh, no antes de haber curado las heridas de mi ama! —replicó la sirvienta, animada por un rebrote de energía.

—¿Puedo hacer algo para ayudaros? —insistió la buena muchacha.

—Sí, una gran vasija de agua caliente y un poco de tela me vendrían muy bien.

Mientras las dos mujeres se afanaban alrededor de la cama de Orovida, don Álvaro se retiró un momento detrás del biombo. Acostumbrado a los

sufrimientos humanos, las exclamaciones de Teresa y algunas informaciones suministradas por Fortuna le hicieron comprender en seguida los horrores padecidos por la joven mujer. Quedaba por descubrir quién se los había infligido, y por qué. Al pensar en esto, se sintió súbitamente estimulado por un extraño vigor, una nueva razón de ser. Dado que había llevado entre los hombres una vida monástica consagrada sólo a ellos y a sus empresas, la tentación de la carne le era, gracias a Dios, ajena. Por tanto, no había gran mérito en el voto de celibato y castidad que hasta entonces había respetado. Pero ahora, en el crepúsculo de su vida, ahora que sentía por primera vez el vacío dejado en él por esa existencia a medias, se percataba de que no había compartido nada, creado nada, dado nada. La presencia de Orovida le ofrecía una clase de desafío que jamás había sentido. Ciertamente, no había tenido la dicha de engendrar, pero tal vez iba a poder devolver a la vida a una criatura tan cruelmente afectada. Iba a quererla a la manera del esposo y del padre que jamás había sido, iba a velar por ella hasta conseguir que renaciera su antiguo resplandor. De modo que, gracias a ella, durante una semana, un mes, quizá un año, el vacío de su propia existencia se llenaría momentáneamente…

Así, día tras día, desde las primeras horas del amanecer hasta el anochecer, el Comendador no abandonaba la cabecera de la convaleciente, sentado ligeramente hacia atrás en un rincón del cuarto, espiando en silencio el menor síntoma de mejoría de su huésped. Al despertarse y sentir sobre ella esa mirada siempre sosegada y benévola, animando un semblante que parecía haber escapado a los rigores de la edad y a los grandes tormentos de la vida, Orovida llegó poco a poco a buscar esa presencia garante de su dignidad humana.

Imperceptiblemente, los días pasaban así, despacio y tranquilamente, y cada mañana, la joven mujer se sentía un poco mejor. Heridas y hematomas se difuminaban sobre su piel, y sus mejillas recobraban lentamente una fresca y delicada encarnación. Cuando pudo levantarse y dar algunos pasos vacilantes del brazo de su protector, una ligera alegría, casi infantil, invadió su corazón y, desde entonces, sus progresos fueron espectaculares. Contento de verla abrirse otra vez, como una flor, y recuperar una segunda juventud, don Álvaro tomó la costumbre de ofrecerle cada día su brazo para llevarla a pasear apaciblemente por sus tierras. El aire impetuoso del otoño azotaba sus rostros y él se regocijaba viendo los rayos del sol jugar en su larga cabellera ondulando al viento. En sus lentas caminatas, Orovida solía

inclinarse al azar para coger una rosa, acariciando sus pétalos, oliendo su perfume, o para recoger una brizna de lavanda que aplastaba en la palma de la mano liberando su fragancia. Ante cada uno de sus gestos, ante cada sonrisa, él se maravillaba, saboreando ese retorno a la vida, del que en cierta forma se sentía artífice. ¡Qué inescrutables son los caminos del Señor!, pensó un día, contemplando una mariposa de tornasolados reflejos cobrizos que se posó en sus dedos…

Tanto se había habituado a su presencia —ahora ella siempre comía a su mesa— que cuando lo dejaba para irse a descansar en su dormitorio, todo signo de vida parecía desaparecer de la vieja residencia. Por eso, cada vez con más impaciencia, él esperaba sus paseos vespertinos, dejando vagar su alma en pena a través de las grandes habitaciones deterioradas, desiertas desde la muerte de su madre, y que desde entonces ninguna mujer había animado con su presencia.

Al finalizar el otoño, Orovida le pareció del todo restablecida, pero De Portela siempre aplazaba el momento de hablarle. Curiosamente, las preguntas que se había formulado a su llegada, ahora le parecían sin importancia. De hecho, casi le infundían miedo, porque hablar del pasado los conduciría inevitablemente a evocar el futuro, de lo que no tenía ninguna gana, acariciando en secreto la esperanza de prolongar indefinidamente unas horas que él deseaba fueran eternas. Pero, por su parte, Orovida empezaba a sentirse nerviosa. Sabedora de que no podría permanecer siempre en la casa de su anfitrión, tampoco ignoraba que fuera de aquel oasis privilegiado, el peligro la acechaba por doquier. Por tanto, una sola posibilidad se presentaba en su mente: irse sola a Portugal. Tan pronto pudiera, Jufré se reuniría allí con ella. Más allá de esa única perspectiva, se negaba a imaginar ninguna otra solución. Hasta ahora no había hecho otra cosa que soñar demasiado. Por exceso de ingenuidad se había expuesto más de la cuenta al peligro, arrastrando con ella a todos sus íntimos. Así, pues, había llegado el momento de decidirse a huir. El Comendador le aconsejaría el camino y las etapas más seguras.

—Don Álvaro —le dijo por fin durante una comida, haciendo como si estuviera absorta en la contemplación de sus uñas delicadamente mojadas en un enjuagatorio—, yo no puedo ni quiero importunaros más. Gracias a vos estoy completamente curada y ahora puedo pensar en irme a vivir a Portugal.

Ante estas palabras que temía escuchar desde hacía mucho tiempo, De Portela se estremeció. Ciertamente, él esperaba que un día ella manifestara el deseo de irse, pero no tan pronto, o más bien simplemente había evitado pensar en tal posibilidad. ¿Volver a verse solo ante aquella mesa tan grande? ¿Recorrer solitario campos y olivares? ¿No sentir nunca más a su lado su silueta, su gracia, su luminosa belleza? Era imposible, intolerable. No, era menester que ella consintiera en quedarse con él un poco más de tiempo. ¿Acaso no contaba con todos los medios para obligarla, aun cuando eso no representara más que el egoísmo de un hombre avejentado? Sin duda hubiera tenido razón quien así lo pensara, al menos en parte, ¿pero no había hecho mucho más por gentes que no significaban nada para él y, por último, no era ella la principal beneficiaria de su generosidad?

—Yo no creo que sea razonable irse ahora —se decidió por fin a responder—. El invierno os sorprendería antes de que pudieseis llegar a vuestro destino prolongando inútilmente vuestro viaje. Además, los caminos son particularmente peligrosos en este momento. Por todas partes hay bandas armadas que merodean la zona sur de Extremadura, donde moros y españoles no cesan de enfrentarse. No, realmente no es en modo alguno el momento para que una mujer corra el riesgo de aventurarse sin una escolta apropiada. Pero todo esto no es nada en comparación con la amenaza permanente que representa Arias de Anaya para vos. ¡Creamos en Luis de Salazar! En cuanto hayáis franqueado los límites de mi heredad, se lanzará en vuestra persecución y, como ha tenido tiempo para acumular nuevas pruebas contra vos, no vacilará en recurrir a cualquier pretexto para arrestaros de nuevo. No, si realmente queréis iros de España, hay que hacerlo con toda seguridad y, para eso, será menester que estéis absolutamente restablecida. Evidentemente, si yo supiera un poco más acerca de las faltas que os imputan, quizás pudiera entonces ayudaros en serio…

Al oír esta pregunta velada, Orovida sintió un nudo en la garganta. La desconfianza casi animal que se había instalado en ella desde que Jufré había entrado en su vida, se despertaba bruscamente. ¿Era una nueva trampa para arrastrarla a decir la verdad? ¿Podía confiar y creer totalmente en la buena fe de su protector? Ciertamente, Jufré y Luis le habían asegurado que con él estaría segura, ¿pero lo estaba realmente? Por otra parte, ¿lo estaría alguna vez antes de que ella y Jufré estuvieran fuera de España?

Comprendiendo que su renuencia a responderle era, de hecho, una confirmación de las preguntas que él no le había formulado, el Comendador le deslizó otra:

—Mi querida niña, si hubierais podido prever lo que os costaría asumir vuestro amor prohibido, ¿hubierais renunciado a él?

Para Orovida, la brutalidad de la pregunta no podía tener más que un propósito: forzarla a admitir su culpabilidad. A continuación, sólo le faltaría a aquel buen caballero cristiano hacerla admitir sus errores pasados y convencerla, con dulzura y paciencia, para que se convirtiera al cristianismo salvando así su amor, su vida y su alma.

—¿Sabíais que estaba condenado de antemano, no es verdad? —empalmó don Álvaro.

La sosegada suavidad de la voz del anciano tocó a Orovida en el fondo de su alma. Debía decirle la verdad. Frente a un hombre de esa generosidad, de esa calidad, toda mentira era inútil. Tenía que confiar en él.

—No, don Álvaro, jamás hubiera renunciado. ¡Un amor como el nuestro no puede morir! ¡Poco importan los sufrimientos presentes y venideros, sigue estando en nosotros, como el primer día, vibrante, único, indestructible! Durante las horas atroces que he pasado en prisión, en medio de innumerables prostitutas, a pesar de la vergüenza y del abyecto suplicio que me infligieron, ignominiosamente exhibida en las calles de Villafranca, a cada latigazo que laceraba mi carne, yo tenía un solo pensamiento: ¡él no me abandonará! Que yo esté aquí hoy con vos es la prueba de que tenía razón. Nuestros enemigos pueden hacer con nosotros lo que quieran, pero jamás podrán arrancarnos eso que Dios ha querido regalarnos. ¡Jufré siempre lo ha sabido, y yo, ahora, también lo sé!

—Orovida, mi tierna niña, yo soy un anciano que morirá sin haber conocido jamás la alegría de la que me habláis. Si yo hubiera tenido la felicidad de encontrar a una mujer como vos, tal vez hubiera experimentado ese sentimiento, pero nunca la busqué y ella no vino a mí. De modo que, por fuerza, poseo en el fondo de mí tesoros de ternura y comprensión que jamás he podido dar ni compartir. Cuán desesperante será morir sin haberlos entregado, sin que una mujer pueda también decir de mí: «él no me abandonó». Por eso, ahora os pido simplemente que me confiéis, tan honestamente como habéis confesado la fuerza de vuestro amor, todo lo que os ha sucedido desde el instante en que murió don David. Por muy grande que sea vuestro dolor o vuestra turbación, os suplico, no me ocultéis nada.

Habéis sufrido una incalificable injusticia y jamás en mi vida he dejado que se produzca una abominación sin elevar la más vehemente protesta. Más aún cuando la víctima es un converso o un judío, me siento particularmente indignado porque, podéis estar segura, niña querida, soy y sigo siendo ante todo un hombre tolerante y caritativo, y no puedo admitir que se persiga con fines religiosos, en nombre de Aquel que sólo nos ha enseñado el amor y la misericordia. Por otra parte, nuestra Orden tiene una larga tradición de amistad hacia vuestro pueblo. Para pedir reparación por los daños que os han sido infligidos, me hace falta algo más que la simpatía y mi propia convicción de vuestra inocencia… Con todo, utilizaré el más mínimo detalle favorable para presentar a la reina una solicitud de revisión de vuestros autos. Isabel me está agradecida por haber persuadido al Gran Maestre para que alistara la Orden en sus filas, y ahora que la guerra contra Granada está a punto de estallar, ella sigue necesitando las lanzas de nuestros caballeros. De modo que vuestra eventual rehabilitación no sería una excesiva señal de gratitud con respecto a mi fiel lealtad.

—No encuentro palabras para agradeceros —murmuró Orovida temiendo creerle— y lamentablemente no tengo ninguna forma de probaros mi gratitud.

—¡Pero no se trata de agradecimientos! —prosiguió el anciano con fogosidad—. No hago más que cumplir con mi deber y lo hubiera hecho de la misma manera por cualquier otra persona en peligro. Por supuesto, si yo hubiera sido más joven, quizás hubiera esperado sacar más de esta situación, pero lamentablemente las cosas son como son, y sólo puedo proponeros amaros a mi manera, y como vos queráis.

—Voy a acompañaros a vuestra casita —prosiguió levantándose e impidiéndole que respondiera a su extraño requerimiento, imposible de rechazar en su cándida y emocionante simplicidad—… ¡El día está tan dorado como vos! ¡Venid! ¡Aprovechémoslo antes de que llegue el invierno! Esta noche, nos ocuparemos seriamente de vuestro caso.

Y, rodeándola tiernamente por la cintura, don Álvaro de Portela la llevó lentamente a su lado acariciándole los cabellos. Más sensuales que los de un padre, menos audaces que los de un amante, sus gestos tenían una conmovedora y torpe dulzura que ella no se sintió con valor para rechazar. Cuando llegaron a la casita donde ella vivía, él depositó un ligero beso en su mejilla y, con una expresión de inefable afecto, se despidió de ella.

A partir de aquel día, ella a veces le devolvía sus besos, y, viendo que su emoción seguía siendo extrema, incluso lo dejó rozar ligeramente su cuello y el nacimiento de su garganta. Una vez, sin embargo, la asustó. Fue una tarde hacia el final de la siesta. En su prisa por verla, había llegado a su casita más temprano que de costumbre y, al no encontrarla en el umbral, entró. Como ella todavía estaba acostada, penetró en su dormitorio y, sentándose en el borde de la cama, no pudo resistir la tentación de levantar la sábana y admirar su cuerpo. Rechazando esta confianza excesiva, Orovida volvió a cubrirse rápidamente.

—Tenéis razón —balbuceó él—. ¿No os había dicho que yo sólo os amaría como vos queráis? Comprendo demasiado bien que hayáis tolerado hasta aquí mis insinuaciones únicamente porque os sentís agradecida para conmigo. Pero, creedme, mi ayuda sigue siendo la misma, hoy, mañana, siempre. Yo os hubiera amado incluso aunque no hubierais tenido necesidad de mí. Perdonadme y olvidad, os lo ruego, este breve instante de extravío… Os esperaré afuera.

Aquel día, don Álvaro, a todo lo largo del paseo, se abstuvo de rozarla en lo más mínimo, como si quisiera calmarla absolutamente. ¡Y ella no pedía otra cosa!

—Las nubes se aglomeran hacia el sur —masculló él mientras regresaban, evidentemente para romper un silencio embarazoso—. Pronto tendremos que interrumpir nuestros paseos. Nos quedaremos cerca del fuego y jugaremos ajedrez, ¿os apetece?

—Seré una mala compañera de juego. David trató de enseñarme a jugar lo mejor que pudo, pero desgraciadamente no tuvo tiempo…

—Con vuestro permiso, ahora lo intentaré yo. Ya veréis, soy muy paciente…

Había empezado a lloviznar, y ya casi habían llegado a la antigua casa solariega cuando en una curva de la gran alameda apareció un jinete portando el escudo de Luis de Salazar. En medio de un gran torbellino de polvo, el hombre detuvo su cabalgadura ante ellos.

—El comandante de la fortaleza de Segovia me ha ordenado que os entregue personalmente esta carta —anunció el joven extendiéndole un pergamino enrollado al Comendador.

—Gracias, amigo. ¿Cómo está tu señor? —agregó, más por Orovida que por sí mismo.

—Un poco preocupado, señor.

—¿Por los preparativos de la guerra? —prosiguió don Álvaro con indiferencia.

—Sí, eso creo, señor. Por lo demás yo mismo me movilizo hacia el sur.

—¡Está bien! ¡No os retenemos más, joven! —dijo De Portela, esperando aparentemente a que el mensajero se fuera para abrir la carta.

—Os doy las gracias, señor. Así podré cubrir algunas leguas más antes del anochecer. ¡Adiós!

El jinete volvió grupas, y don Álvaro de Portela abrió la carta. Tal y como esperaba, Jufré le agradecía haber tomado a Orovida bajo su protección y le pedía que entregara a la joven una esquela doblada en el interior de la carta dirigida a él.

Reparando en el sello de su amante, el semblante de Orovida se iluminó.

Al observar su transfiguración, viéndola devorar con los ojos el mensaje, deletreando en silencio con sus labios sensuales cada una de las sílabas de las palabras que le eran dirigidas, el viejo Comendador sintió hervir su sangre en las venas, como antaño, cuando era joven. ¡Ah, cuánto le hubiera gustado estrecharla, apretarla contra sí, guardarla para siempre en su corazón, inmovilizando en un eterno presente el tiempo que fluía inexorablemente! ¡Ay! Orovida acababa de terminar su lectura y al verla deslizar furtivamente la carta en su cinturón, comprendió que su idilio había concluido. Así que sólo le quedaba confiar, en lo más profundo de su alma, que, a su manera, él tampoco le había fallado.

OceanofPDF.com

CUARTA PARTE

ARIAS DE ANAYA

OceanofPDF.com

XXVI

Cuando Eleazar —llamado en la Corte Maestro Eduardo Nonell— hizo su entrada, la antecámara de la reina Isabel bullía de una animación contenida. A cada instante, mensajeros exhaustos, con el rostro descompuesto y cubierto de polvo, irrumpían en la sala trayendo misivas urgentes procedentes de las provincias más alejadas del reino, cartas que en seguida se llevaban unos clérigos encargados de entregarlas a Hernando del Pulgar, quien luego las trasmitía a Sus Majestades Católicas. El peso de los asuntos de Estado había aumentado tanto en las últimas semanas, que Del Pulgar había contratado dos auxiliares para que lo ayudaran. Sentados ante sendas mesas atestadas de documentos, sumergiendo sus cabezas en montañas de libros de registros, clasificaban febrilmente cartas y despachos que requerían la atención personal e inmediata de la soberana.

—Un instante, Maestro, os lo ruego —se excusó Del Pulgar con tono afable—. Andrés de Ribera llegó anoche a toda prisa de Córdoba y delibera con la reina desde tempranas horas de la mañana. Pareciera que el marqués de Cádiz arde en deseos de vengar la toma de Zahara por Muley atacando personalmente Alhama, pero De Ribera estima que la reina debe ser consultada previamente. Por mi parte, soy escéptico. El juego es arriesgado. El marqués no posee suficientes efectivos para enfrentarse solo a los moros, y realmente no veo cómo el rey podrá acudir en su ayuda antes de la primavera.

—No puedo censurar al marqués —observó Eleazar—. Zahara está peligrosamente cercana a la fortaleza de Jerez, sin hablar de su bienamada ciudad de Cádiz. ¡Pensad, además, en la afrenta! ¡El amo de Granada osando echar por tierra el mito de una fortaleza invencible, la vanguardia más poderosa de la España cristiana en Andalucía!…

—Sí, por supuesto, sin duda tenéis razón —replicó Del Pulgar alzando los ojos de sus papeles—. ¡Pero ese pérfido ataque fue lanzado la noche de Navidad, durante una de las más violentas tempestades que Andalucía recuerda en muchos años! ¿Quién hubiera podido imaginar que Muley sería capaz de enviar a sus hombres al asalto de una montaña tan temible, en medio de semejante tormenta, desafiando nubarrones y rayos?

—¿Su intención era romper las hostilidades?

—Precisamente.

—¿De modo que la guerra ha estallado?

—Me temo que sí, Maestro Eduardo.

—En ese caso, ¿por qué me convocaron a mí, un humilde médico, que no puede suministrar ni dinero ni tropas a la reina?

—Lo ignoro.

En ese preciso instante, Abraham Seneor entró en la antecámara, seguido por un clérigo cuyos ojos atónitos vigilaban inquietos el montón de documentos que se balanceaba en sus brazos al borde del desbarajuste.

—¡Ah, Eduardo! ¡Cuánta alegría me da veros! —exclamó cordialmente acariciando con la yema de los dedos su cadena de oro—. ¡Después de vuestro regreso de Aragón, apenas hemos tenido tiempo de vernos! ¿Cómo está el infante?

—Excelentemente bien. Ha soportado el viaje casi mejor que yo.

—¿Y vuestra encantadora Alegra?

—Está muy bien, gracias.

—Me alegro mucho, realmente. Pero decidme, ¿qué buen viento os trae por aquí, en estas horas tan agitadas?

—Justamente es lo que estaba preguntándole a don Hernando, pero él sabe tanto como yo. La reina me ha convocado y aguardo para acatar su voluntad. ¡Para ayudarme a esperar con paciencia, habladme de vuestro último proyecto de recaudación del impuesto de guerra!

—¡Pero si no hay último proyecto, Maestro Eduardo! ¡No tengo ninguna necesidad de él! Previendo desde hace mucho tiempo estos acontecimientos, yo le impuse el año pasado a la comunidad judía una contribución especial en castellanos que se pagó casi por entero en la primavera. Eso bastará para la primera campaña; después, ya veremos.

En esto, la puerta de la habitación de Isabel se abrió bruscamente y Andrés de Ribera apareció, con el rostro enfebrecido por el ardor de su entrevista con la soberana.

—¡Ah, Eleazar! ¡Me alegra verte! Desgraciadamente, tengo que irme inmediatamente. Y eso que tenía noticias para ti…

—Maestro Eduardo —lo interrumpió Del Pulgar con cortesía no exenta de firmeza—, ¡Su Majestad la reina os espera!

La reina Isabel se levantó para recibir al médico de cabecera de su hijo. Ese gesto era un extraordinario honor al cual generalmente sólo tenían

derecho los más altos dignatarios del reino.

—¡Buenos días, Maestro! Venid a sentaros un instante, os lo ruego.

Tanto honor no tenía precedentes.

—Majestad, os lo agradezco —murmuró Eleazar, inclinándose antes de coger una silla más baja que la de la reina.

—Maestro Eduardo —empezó Isabel sentándose de nuevo, cuidando que no se le arrugara un solo pliegue del vestido de terciopelo azul oscuro, y tras haber cruzado las manos sobre las rodillas—: si os he convocado esta mañana, es para confiaros una misión que considero de la mayor importancia. Probablemente habréis oído hablar del pérfido ataque de Muley Aboul Hassan contra Zahara, acto de hostilidad que para nosotros equivale a una declaración de guerra. Pues bien, estamos resueltos a responder al desafío. Sin embargo, Su Majestad el rey y yo misma estimamos que sería imprudente hacer entrar en acción nuestras tropas antes de la primavera. Por tanto, tenemos alrededor de tres meses para prepararnos. Maestro Eduardo, el bienestar de cada soldado español que defiende nuestra santa causa cristiana me concierne en grado sumo. Por esta razón, deseo que asumáis la tarea de organizar un hospital de campaña capaz de dispensar a los enfermos y heridos la mejor atención que el reino pueda ofrecer. Personalmente financiaré esta empresa y velaré para que no se escatimen gastos. Trabajaréis en estrecha colaboración con Andrés de Ribera, y podréis exigir el concurso de todos los médicos que sean necesarios. Más aún, seréis libre de acudir a Córdoba tantas veces como deseéis.

Ante la perspectiva del proyecto que se le confiaba personalmente, Eleazar sintió vértigo unos instantes. Un hospital de campaña… La idea era grandiosa e innovadora, pues, que él supiera, no existía ninguno en ninguna parte. ¡Cuántas vidas podrían salvarse, y cuántos padecimientos ahorrarse! ¡Y cuánto orgullo estar en el origen de una iniciativa humanitaria tan gloriosa! Si tenía éxito, el hospital sería sin duda un acontecimiento notable en la historia de la medicina y del ejército. ¿Pero, lo conseguiría? Considerando que nunca se había tomado ninguna iniciativa para curar a los hombres en el campo de batalla, ¿estarían sus conocimientos a la altura de la tarea que se le confiaba? En un relámpago, afluyeron a su mente los diversos obstáculos de la empresa, pero rápidamente, la cuestión primordial de la salud y cuidado del infante, vino a moderar su entusiasmo: en efecto, en esas condiciones, ¿quién se ocuparía de Juan? Ciertamente, antes de

proponerle aquella misión, la reina había debido estudiar el problema y, francamente, preguntarle sobre el tema resultaba inimaginable. No sólo hubiera sido insultar a la mujer política, sino también a la madre…

—La prueba de confianza que me manifiesta Su Majestad, me honra profundamente —se limitó a responder, dándose cuenta de cuán vacías sonaban aquellas palabras a sus propios oídos.

—¡Maestro Eduardo! Es poca comparada con la que ya hemos testimoniado con respecto a vos. ¿Acaso no hemos puesto en vuestras manos la vida de nuestro único hijo, mi angelito Juan, y eso casi desde el día en que nació? ¿Qué mejor prueba de estimación podemos concederle?

—En cualquier caso, espero no haber dado a Su Majestad ningún motivo para lamentarlo —replicó Eleazar, recuperando el aplomo.

Nada salvo la leve palpitación de una vena en su sien delataba su tensión interior.

—Jamás, Maestro —contestó Isabel con ardor, apreciando la elegancia empleada por su interlocutor para ahorrarle una respuesta a la pregunta que ella adivinaba germinar en su mente—. Al contrario, durante nuestro penoso viaje a Aragón, tuve la posibilidad de observar al príncipe de muy cerca, y constaté hasta qué punto había devenido vigoroso, gracias a vuestros sagaces y constantes cuidados. Por eso, Maestro Eduardo, tenéis derecho a nuestra eterna gratitud. Por eso, considerando la mejoría espectacular de la salud de nuestro Juanito, el rey y yo hemos decidido que ha llegado el momento de pensar en su educación de príncipe y en su futuro papel de sucesor de la Corona. La enseñanza en materia de artes ecuestres y marciales debe empezar a serle inculcada, así como los preceptos fundamentales de cultura y religión, tarea que hemos decidido confiar al Hermano García de Ortega, del monasterio dominico de Santa Cruz. Hombre de gran erudición, incluyendo algunas nociones de medicina, acaba de ser nombrado su tutor. Dado que la naturaleza de sus nuevas funciones le obligan a permanecer constantemente cerca del príncipe, es nuestro deseo que vos le enseñéis vuestra ciencia, a fin de que eventualmente pueda sustituiros cuando vuestras nuevas responsabilidades os alejen de la Corte. Por supuesto, su nombramiento no significa en modo alguno que por ello será el médico del príncipe. No, vos conservaréis siempre ese título y esa función que, ni que decir tiene, no será alterada de ninguna manera por la nueva misión que os encargo. Maestro Eduardo —concluyó la reina con un matiz casi de intimidad—, yo sé que puedo contar con vos.

Entonces se levantó, para indicar que la audiencia había terminado.

—Oh, una última cosa —agregó mientras lo acompañaba a la puerta —. El rey quiere que el hospital se llame Hospital de la Reina. Ambos estamos convencidos de que sólo vos podéis hacerlo digno de ese nombre.

—Agradezco a Su Majestad las bondades con que me honra —articuló con rigidez Eleazar quien, inclinándose, salió sin añadir nada más.

Fuera de sí, cruzó cabizbajo la antecámara, y abriéndose paso brutalmente en el corredor, chocó sin prestarle atención con un mensajero cuya capa lucía la roseta de la Orden de Calatrava. Sin excusarse, aceleró el paso y entró en la alcoba del principito. Allí no le recibieron ni los gorjeos del niño ni su abrazo afectuoso. En efecto, junto a la ventana había una alta y flaca silueta que se volvió para mirarlo fijamente. El rostro del hombre estaba demacrado, sus cejas eran enmarañadas; sus ojos grises, glaciales; sus labios, finos y acerados como hojas de cuchillos.

—¿Supongo que sois el Hermano García de Ortega? —lanzó Eleazar sin amabilidad.

—Efectivamente, soy yo.

—¿Tendríais la amabilidad de decirme dónde se encuentra el príncipe? Fuimos interrumpidos, y no pudimos terminar sus ejercicios respiratorios matutinos.

—Su Alteza está en este momento con el maestro de caballería. Le toman las medidas para suministrarle una silla de montar y una montura —replicó el monje con aire ausente manoseando el rosario negro que colgaba en su cintura—. Tan pronto como esté de regreso, rezaremos nuestras oraciones y luego le daré su primera lección de catecismo, seguida de una introducción a los rudimentos de la escritura.

—¿Y el paseo diario del niño? Supongo que lo hará por la tarde. Es esencial que…

—Maestro Eduardo, el presunto heredero del trono cristiano de España no debe seguir siendo considerado como un simple niño. En lo sucesivo, sus jornadas deben emplearse en algo más que pasear por el bosque. Sus tardes estarán consagradas a actividades espirituales y musicales. ¡Pero no temáis, el arte ecuestre asegura plenamente el entrenamiento físico del infante! Por otra parte, los ejercicios respiratorios continuarán, pero a otras horas. El mejor momento será, a mi juicio, inmediatamente después de la misa matinal. Esta noche, si lo tenéis a bien, me indicaréis los movimientos, y yo haré que los ejecute regularmente, cada día. De este modo, dada la

naturaleza y la importancia de vuestra nueva misión, yo os libero de una fastidiosa obligación.

Qué alianza tan perfecta entre la reina y su dominico, pensó Eleazar con rabia y amargura. Contra semejante poderío no podía hacer nada.

—¡Está bien, volveré esta noche, antes de que acuesten a Juan! —exclamó con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Buenos días, Hermano García!

En cuanto cerró la puerta, supo que acababa de dejar en aquel cuarto un poco de sí mismo y de su razón de ser. Vagando sin ton ni son, se encontró sin querer en los escalones que conducían del castillo al bosque, y luego en el caminito donde Juan y él solían pasearse, buscando en vano el afectuoso apretón de la manita infantil en la suya. Su ausencia le pareció un verdadero duelo, que pronto —y de resultas de su sentimental caminata— se transformó en una violenta y profunda irritación. En efecto, únicamente él, fiel discípulo de Maimónides y heredero de la tradición de ben Nahman, sabía que la salud de Juan no dependía solamente de una dosificación equilibrada de ejercicios físicos, ni tampoco de una buena respiración, sino también, y sobre todo, de un indispensable clima afectivo. Como cualquier niño de cuatro años, un príncipe necesitaba amor y ternura, más aún quizás a causa de su fragilidad y sensibilidad extremas. Ahora bien, ese afecto permanente sólo él se lo había prodigado. Si de golpe lo privaban de ese cariño, había que esperar las peores consecuencias. Traumatizado por la pesadumbre, lo menos que podía ocurrirle era que lo asaltaran de nuevo sus temibles crisis de asma, exponiéndolo a todo tipo de complicaciones y secuelas peligrosas. Ahora bien, ¿cómo iba a comprender todo esto ese monje de mármol? Aun suponiendo que, por milagro, su dogmática mente de dominico percibiera el principio de un desorden físico, causado por una ansiedad espiritual, bastaba con mirarlo para darse cuenta de que ningún calor humano se desprendería jamás de su alma seca, incapaz de compensar en el príncipe todo aquello de lo cual lo privaba su herencia real.

Así las cosas, ¡cuatro años de asiduos cuidados iban a desvanecerse como el humo! Curar al niño sólo cuando estuviera enfermo era inútil. Si el delicado equilibrio de Juan estaba en peligro, sólo él podría devolvérselo. Pero para ello hacía falta mucho más que una hora, ni siquiera un día era suficiente… ¡Dios mío, cuán egoístas le parecían sus propios sentimientos de pesar comparados con el triste y sombrío futuro de su pobre Juanito! ¡En nombre de todos sus santos cristianos!, ¿por qué no le habían consultado

antes de desencadenar semejante trastorno?, se preguntó Eleazar con una sorda exasperación, y un nudo en la garganta, sumido en un insoportable sentimiento de frustración. ¿Por qué el niño había sido arrancado tan brutalmente a sus cuidados para ser metido, sin la menor preparación, en la rígida escayola de tan constreñidas obligaciones? Ciertamente, siempre supo que algún día Juan sería confiado a otras manos, pero ingenuamente había imaginado que la transición necesaria en la preparación para su oficio de rey, tendría lugar bajo su afectuosa y firme responsabilidad. En efecto, con un niño tan sensible como él, hubiera sido menester que aquel cambio se produjera gradualmente, que un poco más de tiempo le fuera concedido para habituarse a un nuevo ritmo de vida, sin dejar de pasearse libremente por el bosque, chapoteando en los ríos, escuchando el gorjeo de los pájaros que tanto amaba. Pero no habían considerado conveniente consultarlo, y la razón estaba clara.

Por primera vez en su existencia, Eleazar sintió que la confianza que le concedía a su propio juicio se resquebrajaba. Al parecer, Orovida había dado prueba de más intuición. ¡Sí, había sido bastante necio al considerar su aviso como la simple expresión de una emoción excesiva y pasajera, en vez de otorgarle toda la atención que ella merecía! Por desgracia, los acontecimientos se desarrollaban exactamente como ella lo había previsto: con su acostumbrada destreza, los dominicos habían conseguido sembrar la duda en el alma de la reina para incitarla a sustraer a su hijo de la influencia de su médico converso, pidiéndole hábilmente que uniera así su voluntad a sus propios esfuerzos para cerrar las filas de los verdaderos cristianos alrededor del heredero del trono. ¡Ah, cuánto lamentaba haber estado tan seguro de sí, en vez de haber escuchado los consejos de su cuñada cuando todavía estaba a tiempo! Ahora era demasiado tarde… Con una habilidad consumada la reina acababa de cogerlo en la trampa, porque estando España en guerra, rechazar la misión que le encargaba y huir del país, equivaldría a una pura y simple traición, tanto más cuanto que, a pesar del nuevo tutor, él seguía siendo el médico del príncipe. Además, Isabel sabía tan bien como él que jamás abandonaría al niño, y que no le quedaba otro remedio que cumplir sus compromisos. Por otra parte, ¿quién sabía si el porvenir estaba irremediablemente tapiado? ¿Y si con los años Juan viera atenuarse sus males habituándose a una nueva existencia? Entonces sería el momento de reflexionar. ¡Después de todo, la situación no era del todo desesperada! Al menos sus nuevas funciones lo alejarían de los dominicos y

de permanente vigilancia, y él conservaba el favor de la reina, quien una vez más acababa de expresarle su gratitud. ¡No, todo no estaba perdido! Simplemente había que estar más vigilante que nunca. Ante todo, y en cuanto fuera posible, hablaría de todo esto con Jufré. Tiritando con el aire frío de la mañana, y un poco más sosegado, Eleazar dio media vuelta y emprendió lentamente el camino de regreso al castillo, aprovechando para disfrutar de la sinfonía de colores que le ofrecían los bosques al acercarse el invierno. ¡Pobre Jufré!, pensó, ahuyentando de la mente sus propias preocupaciones. ¡Cuánto debía estar sufriendo desde que supo en detalles los tormentos infligidos a Orovida! Día y noche se reprochaba haber sido para ella una maldición. Sucesivamente presa de accesos de rabia e inconsolables crisis de melancolía, ni sus intentos de convencerlo de que, de hecho, él la había salvado del patíbulo, ni los mensajes tranquilizadores de De Portela, conseguían calmar sus angustias. Él también estaba entrampado, y Orovida junto con él… Pero Jufré no era hombre que se resignara a su suerte. Mientras viviera, se batiría. Durante las interminables horas que pasaba recorriendo a paso largo la terraza del castillo, había debido rumiar todas las soluciones posibles para salvarla de su trágico destino… Había llegado el momento de que también él, Eleazar, el Maestro Eduardo Nonell, hiciera otro tanto.

Quiso un curioso azar que la primera persona que distinguió al acercarse al castillo fuera justamente su amigo.

—¡Jufré! ¡Ahora mismo estaba pensando en vos! —le lanzó al verlo bajar las escaleras a su encuentro—. ¡Por vuestra cara de regocijo, sospecho que acabáis de recibir buenas noticias!

—¡Contentémonos con decir que no son muy malas! —respondió Jufré haciendo un esfuerzo por dominar su agitación—. Acabo de saber que Álvaro de Portela ha dirigido a la reina una petición por escrito rogándole que ordene una investigación sobre la forma en que Anaya se ocupó del caso de Orovida. En su carta, remitida a Del Pulgar para entregar a la soberana, el Comendador revela, entre otras cosas, que cuando se produjo mi nombramiento en Villafranca, justo después de la sumisión de la ciudad, Juan Ruiz, quien esperaba obtener mi puesto, profirió amenazas de muerte contra mí, en su presencia. Al no haber podido ejecutar su venganza directamente en mi persona, afirma Álvaro, Ruiz trató de saciarla destrozando a una mujer que él sabía que no me era indiferente, esperando así herirme indirectamente y desacreditarme de manera encubierta. Para

poner en práctica su cobarde agresión, encontró en Anaya un aliado afanoso, siendo de todos conocido su odio visceral contra los judíos. ¡Todavía no me lo puedo creer! Siempre había pensado que era al revés, que ese fanático enfermo había arrastrado a Ruiz en esa odiosa aventura. ¡Jamás me pasó por la mente que mi antiguo subordinado pudiera tener también sus propias motivaciones! ¿Quién hubiera podido imaginar que esa criatura servil, tan obsequiosa y sumisa, alimentara contra mí un odio tan grande y tal capacidad de disimulo? ¡Ah, amigo mío, he aquí lo que le ocurre a los hombres de acción! ¡Acostumbrados como estamos a dirigir combatientes, somos ajenos a la idea de que pueden traicionarnos nuestros propios lugartenientes, máxime cuando se trata de insignificantes subalternos que enmohecen en una guarnición de provincia! ¿Por qué, Dios mío, Orovida ha tenido que sufrir lo que ha sufrido a causa de mi estúpida ceguera? —se dejó llevar súbitamente por su furor—. ¿Por qué, Eleazar, por qué?…

—¿Es todo cuanto ha revelado De Portela? —preguntó Eleazar, con la esperanza de distraer así el dolor de su amigo.

—No, también informa del testimonio de Luis de Salazar, así como del de Gonzalo, y en consecuencia pide la inmediata rehabilitación de Orovida y la anulación de sus penas, respondiendo personalmente por ella con carácter irrecusable. Pero esto no es todo —prosiguió Jufré febrilmente—. Ha adjuntado a su petición un inventario de las tropas y del material que la Orden se propone poner a disposición de la soberana para la campaña de primavera. ¡Eleazar —exclamó con pasión, cogiendo por el codo a su compañero—, vos, Alegra, Andrés, Beatriz, Seneor, todos debéis, os lo suplico, tratar de convencer a la reina para que acceda a esta petición! ¡En ello se juega nuestra vida, nuestro futuro! De Portela deberá incorporarse pronto al campamento de Calatrava y, de nuevo, Orovida se encontrará indefensa. Es menester que, sin tardanza, obtenga la protección definitiva de la reina. En cuanto sepa que está segura, donde quiera que esté, no dejaré de encontrarme con ella tan pronto se inicie esta maldita campaña y la Corte salga para Córdoba. No, ya nada en el mundo, os lo juro, ni el cielo ni el infierno, me impedirán hacer este año lo que, pobre insensato, locamente desatendí el año pasado. Eleazar, ¿puedo contar con vos y con Alegra, verdad?

Inclinando la frente, Eleazar empujó con el pie un guijarro que estaba en el escalón.

—¿Y bien, no respondéis? ¿No queréis ayudarme? ¡Pero si es por Orovida, no por mí! ¿Por qué no decís nada?

—Jufré, amigo mío, porque realmente no sé qué deciros. Si me hubieseis pedido ayuda ayer, por supuesto que os hubiera respondido sí, sin dudarlo ni un instante. Pero desgraciadamente, esta mañana, yo también he recibido un terrible golpe, a tal punto que cualquier intervención de mi parte probablemente sería más nefasta que beneficiosa. ¡Es horrible! ¡Jamás en mi vida había sentido temblar de esta manera el suelo bajo mis pies!…

El resplandor de esperanza que, por un momento, había aflorado en el corazón torturado de Jufré se desvaneció cuando escuchó lo que acababa de ocurrirle a Eleazar.

—¡Eleazar, es preciso que también partáis con nosotros, ahora, pues ya no tenéis aquí ninguna razón de ser! ¡Decidme que aceptáis y yo me ocuparé del resto!

—Jamás he podido imaginarme en la piel de un traidor —prosiguió Eleazar, con una sonrisa amarga en los labios— Yo lo sería dos veces: hacia mi país en tiempo de guerra, y hacia su futuro rey, cuya vida y salud siguen estando bajo mi tutela.

—¡Eleazar ben Nahman, no os equivoquéis, jamás podréis renegar de vuestro nombre! ¡Cuando la Inquisición os acuse de infidelidad hacia vuestros monarcas celestiales, la fidelidad a vuestros soberanos terrenales no abogará en vuestro favor! ¡Basta de locura y ceguera, Eleazar! ¡Habéis consagrado toda una vida a salvar la de otros! ¡Ya es hora de curar y salvar la vuestra!

Eleazar miró a Jufré con el asombro de un hombre a quien una verdad oculta y evidente acababa de serle repentinamente revelada.

—Creo que tenéis razón, Jufré, pero me resulta muy difícil admitir mi vulnerabilidad. Me hará falta mucho tiempo para aceptarla: ¡fijaos, cuando me encuentro en una situación similar, durante una epidemia, nunca se me ocurre, ni por un segundo, que yo también pueda contagiarme con el mal de mis pacientes! Por eso, hasta ahora, no había pensado jamás que un día sería objeto de las mismas persecuciones a las que están sometidos los demás conversos. ¿Habéis dicho que no podéis huir sino después de que la Corte haya salido hacia el sur? —prosiguió, tras un momento de reflexión —. Pues eso no será antes de la primavera. De aquí a allá, el Hospital de la Reina funcionará normalmente. Al menos habré cumplido con ese deber. En

cuanto al príncipe, un par meses bastarán para saber cuáles serán sus reacciones bajo el régimen dominico.

—¡Pero en fin, Eleazar, en el nombre del Dios que creéis vuestro, habéis admitido que aun cuando el niño necesitara de vos, el monje haría lo imposible con tal de mantenerlo alejado de vos!

—Tenéis razón, pero incluso si así fuera…

Era ese el punto en el cual su razón se eclipsaba ante su corazón…

—Todavía no me habéis respondido —insistió Jufré—. ¿Puedo, sí o no, incluiros a Alegra y a vos en mis planes?

El fragor de los dos arroyos fluyendo al pie de las murallas fue, por un instante, la única respuesta que trajo el viento. Crecidos por las lluvias de otoño, sus aguas mezcladas corrían hacia el mar, arrastrando con ellas indecibles secretos arrancados a la tierra y a los hombres. Dejando de contemplar sus corrientes tumultuosas, la mirada de Eleazar se fijó en una rama rota, luego se posó en un matorral de ciclaminos salvajes de un rosado tierno resguardado en la cavidad de una roca de granito. Tan efímeros como la vida, una vez recogidos, ellos también se marchitarían para morir en seguida…

—Sí, podéis hacerlo —murmuró finalmente—. Estaba escrito. No seguiros, sería un atentado a la inteligencia. Cuando me negué a escuchar a David, cometí ese atentado. Eso no volverá a suceder nunca más. Pero no me será fácil reunirme con vos. De momento, me resulta imposible prever dónde estaré cuando la Corte se vaya, pero Alegra estará aquí o en Toledo. Hacedle saber vuestra decisión y ella me la trasmitirá.

—Creo que de ahora en adelante es Alegra quien puede hacer más por Orovida. Como Andrés va con frecuencia a Córdoba, ella ve mucho a Beatriz, su esposa. Aun en el caso de que Andrés perdiera el favor de la reina, Beatriz, por ser la confidente más cercana a Isabel, podrá mejor que nadie conmoverla con la suerte de una mujer sin esposo, sin hogar ni fortuna. No olvidemos que durante la solitaria infancia de la soberana en Arévalo, ella fue su única amiga, y que juntas conocieron el rigor de los inviernos de Castilla, cuando la reina viuda tenía tantas dificultades para caldear el miserable aposento de su familia. La segunda persona influyente sigue siendo Abraham Seneor. Ahora más que nunca Isabel tendrá necesidad de su financiero. En su condición de rabino, consejero en la Corte, debe además defender a los miembros de su comunidad injustamente perseguidos. Sin embargo, me pregunto quién, en las actuales

circunstancias, se atreverá a someter la petición de De Portela a la reina. Si hubierais visto la cantidad de despachos urgentes amontonados esta mañana en su antecámara, os daríais cuenta de que lo que no concierne directamente a los asuntos de Estado y los preparativos de la campaña, tiene muchas posibilidades de quedarse largo tiempo enterrado debajo de una montaña de papeles.

—¿Y si Del Pulgar pudiera de todas maneras ayudarnos? ¿Os lleváis bien?

—Sí, muy cordialmente, pero jamás he tenido realmente relaciones con él. ¿Y vos?

—No mucho.

—Dice Alegra que corre un rumor según el cual Torquemada presiona a la reina para que se deshaga de él con el pretexto de que se ha atrevido a predicar la tolerancia hacia los judíos conversos. Parece, pues, que si hemos de buscar su ayuda, tendremos que obtenerla con urgencia, antes de que caiga en desgracia. Trataré de hablarle de cristiano nuevo a cristiano nuevo… —concluyó adoptando un tono de amarga ironía.

Ensimismados, los dos hombres subieron lentamente los escalones que conducían a la terraza superior del castillo, y luego se internaron en el angosto pasillo que iba desde la suntuosa sala de banquetes con artesonado rojo y dorado hasta la no menos deslumbrante capilla, célebre por su monumental y centelleante altar. Cuando llegaron al patio interior, se separaron en silencio, Jufré rumbo a su cuartel en la torre que dominaba la entrada de la fortaleza, y Eleazar, camino de la enfermería, un cuarto de forma irregular situado entre las habitaciones de la familia real y la capilla. «El Hospital de la Reina, pensó una vez más en el umbral de su puerta. ¡Qué misión tan enaltecedora para un médico!… ¡Ah, a los dominicos les sería fácil querer alejarlo de la Corte, pero no conseguirían apartarlo de su deber! Sí, antes de irse de España dejaría funcionando el hospital.»

Así, pues, esforzándose de momento por olvidar cualquier otra preocupación, se sentó ante el escritorio y empezó a redactar la lista de suministros necesarios. En cuanto a algunos remedios e instrumentos, era fácil. Poseía en sus libros de registro los nombres de los mejores boticarios y artesanos del país, pero en lo referente a numerosos detalles por determinar, el asunto era más arduo, pues hasta ahora no había tenido que tomarlos en cuenta durante el ejercicio de sus funciones. De hecho, la mejor

fuente de información era el hospital Santa Cruz de Toledo, que acababa de construirse.

Llevado por el ardor de su tarea, no prestó ninguna atención al paso de las horas, y no fue sino cuando la luz que entraba por la ventanita de su gabinete comenzó a declinar, que se dio cuenta de que la tarde casi había acabado. Entonces, dejando allí provisionalmente su trabajo, decidió ir a ver al infante, como le había pedido su nuevo tutor.

Al penetrar en la alcoba del príncipe encontró al niño, ya en camisón de dormir, arrodillado ante su altar, con el Hermano García a su lado. De una sola ojeada, Eleazar advirtió que su ornamentación había cambiado de aspecto. El zócalo de la estatua azul y blanca de la Virgen, los trípticos dorados de la Sagrada Familia y las bases cinceladas de los candelabros de plata estaban recubiertos de una masa de hojarasca. Al oír abrirse la puerta, el pequeño Juan volvió la cabeza y espontáneamente quiso levantarse y correr a arrojarse en los brazos de su amigo. Pero el Hermano, posando una mano firme en su hombro, se lo impidió con voz autoritaria, rogándole, con un tono que no admitía réplicas, que terminara sus oraciones.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —rezó el niño con prisa, y entonces, incluso antes de haber dicho «amén», se precipitó hacia Eleazar, preguntándole dónde había estado todo el día.

—¿Y vos, mi principito, adónde habéis ido?

—¡Oh, maestro —suspiró el niño cuando Eleazar lo hubo depositado otra vez en el suelo— si supierais! En vez de ir a pasear, tuve que acudir a las caballerizas. Allí me sentaron sobre un poney, luego sobre otro, hasta que encontraron uno a mi altura. Después, tomaron mis medidas para confeccionarme una silla y por fin pude irme. Pero mañana, al parecer, debo comenzar mis lecciones de equitación. ¡Oh, Maestro Eduardo, jamás podré montar a caballo! ¡Tuve tanto miedo encaramado allá arriba! ¡Y sin embargo, el Maestro de Caballería me sostenía! —Aferrándose a la mano de Eleazar, el niño murmuró—: Maestro, yo no quiero aprender a montar a caballo.

—Mi niño, cuando yo tenía vuestra edad tampoco quería —le respondió el médico con ternura—. Hasta que me hice amigo de mi poney…

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Fue muy simple: cada vez que iba a tomar mi lección de equitación, primero le daba un puñado de forraje y mientras él lo masticaba, yo le daba

golpecitos en el hocico hablándole en voz baja un minuto o dos. Muy pronto aprendió a reconocerme y se volvió manso como un cordero. Cuando paseábamos, no éramos más que dos en uno.

—¡Oh, Maestro Eduardo, venid mañana conmigo a las cuadras para que me enseñéis a hacerlo!

—Alteza, lamentablemente me temo que eso no será posible —intervino el Hermano García imperturbable—. Su Majestad la reina, vuestra madre, ha confiado a vuestro maestro una misión trascendental. Su tiempo, pues, es demasiado precioso para el reino y no debe desperdiciarse en… hablar con un caballo. Por otra parte, no debéis tener miedo alguno. El Maestro de Caballería se ocupará particularmente de vos.

Viendo unas lágrimas de angustia y decepción anegar los grandes ojos azulados de su pequeño Juan, Eleazar sintió oprimírsele el corazón.

—¿Qué otra cosa habéis hecho hoy, Juan? —articuló rápidamente, tratando de distraer al niño de su tristeza.

—¡Oh!, el Hermano García me ha hablado prolongadamente de Dios y de la Santísima Trinidad, pero no he comprendido bien —le respondió el infante, aspirando por la nariz para contener las lágrimas—. Es muy complicado. ¿Podríais explicármelo de nuevo, Maestro? Ya sabéis, como cuando me hablabais de la semilla que se convertía en flor…

—Yo mismo os repetiré la lección mañana, mi niño —intervino de nuevo el monje—. Es tarde y estaréis fatigado. ¡Ahora quitémonos de encima esos famosos ejercicios respiratorios, y a la cama!

—Sí, estoy cansado. La jornada ha sido tan complicada… —repitió Juan frotándose el mentón con el dorso de la mano, como hacía siempre que estaba triste.

—¡Está bien! Esta noche no haremos mucho —lo tranquilizó Eleazar —. Sólo unos cuantos movimientos más para enseñarle al Hermano. ¡Vamos, hombrecito, de pie! Eso es. ¡Muy bien! Ahora, los brazos a lo largo del cuerpo, respirad profundamente con el diafragma, no con el pecho. Concentraos y haced salir el aire que sentís en la parte de abajo. —Y dando golpecitos en el diafragma del niño con un buen humor fingido, prosiguió —: ¡Bien, habéis comprendido! Respirad ahora… espirad… uno… dos… lentamente… profundamente… otra vez… ¡Muy bien, por hoy es suficiente! —Volviéndose entonces hacia el monje, Eleazar agregó—: Normalmente debe continuar durante aproximadamente diez minutos.

—¿Y ahora? —pregunto el príncipe con cara soñolienta.

—¡Los brazos arriba! Vamos, estiraos como si fuerais a volar, las palmas bien hacia adelante. Estirad ahora los brazos todo lo más que podáis y respirad como hace un rato: un… dos… lentamente… profundamente… otra vez… ¡Perfecto! Siguiente movimiento: corred en el sitio respirando regularmente: un, dos, tres, cuatro… ¡Más rápido! ¡Más aún, más aún! —lo alentó Eleazar acelerando el ritmo de sus palmadas.

—¡Oh, Maestro, estoy cansado, no puedo más! —hipó el niño.

—¡Pero si podéis! ¡Sabéis muy bien que podéis! ¡Un minutico más! —le dio ánimos palmeando el compás— ¡Excelente! Por esta noche hemos terminado. Iros pronto a acostar, aflojad todos vuestros miembros y, hasta que yo diga, respirad una última vez profundamente por el diafragma.

Eleazar se volvió hacia el monje. De pie, recto como una estaca, apartado entre la ventana y el altar, había observado la escena sin disimular su desdén.

—¿De modo que, Maestro Eduardo, vuestra reputación descansa sobre esos ejercicios?

—Y sobre otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles, por ejemplo?

—Pues bien, particularmente sobre una alimentación sana y ligera, sin aceite y en pequeñas cantidades; sobre un serio control de los ejercicios violentos, como la equitación y la esgrima, con el fin de no llevar al niño a un estado de agotamiento; sobre pausas de descanso y esparcimiento armoniosamente distribuidas a lo largo de la jornada; sobre paseos cotidianos al aire libre; pero nunca por los bosques en primavera. A propósito de eso, Hermano García, sobre todo, ¡jamás una flor en el dormitorio del príncipe, ni cerca de él, ni de día ni de noche!

—¿Ni una sola flor? ¿Queréis decir ni siquiera una flor para adornar el altar de la Virgen María? ¡Pero, vamos a ver, hoy justamente lo hemos decorado con hojarasca y no por eso el niño empeoró!…

—Flores y hojarasca no son la misma cosa, hermano. Después de meses de observación, he llegado a la conclusión de que ciertas especies de flores provocan en el príncipe una reacción extremadamente violenta. Ahora bien, como resulta imposible determinar cuáles son exactamente, recomiendo no poner ninguna cerca del infante.

En apariencia nada convencido, el monje se quedó de mármol. Sin dejar de proseguir su argumentación, Eleazar concluyó sus recomendaciones con un último consejo:

—En caso de urgencia, administradle al niño una pequeña cucharada de una mixtura preparada especialmente para él. La encontraréis en la enfermería. El frasco lleva la inscripción «Elixir». ¡Sobre todo, en mi ausencia, jamás le deis más de una dosis cada seis horas!

—¿Qué es ese elixir, Maestro?

—Eso es asunto mío, hermano. Si el frasco se vaciara, cosa que espero no ocurra jamás, yo me ocuparé de llenarlo en seguida.

—¿Eso es todo, Maestro? —preguntó el dominico posando ostensiblemente el índice sobre la boca para reprimir un falso bostezo de tedio.

Al oír estas palabras, Eleazar ben Nahman tuvo ganas de estallar: «¡No, Hermano García, eso no es todo; de nada servirá todo lo que acabo de deciros si no amáis al niño tanto como yo!». Pero sabedor de que era inútil, y que de todas maneras García de Ortega no lo comprendería, se abstuvo de hacer cualquier comentario.

—En efecto, creo que es todo, hermano —se limitó a murmurar. Luego, volviéndose hacia el principito, agregó con toda la ternura que lo embargaba aquella noche: «muy bien, Juan, ya es bastante por ahora. Podéis dormir».

Posando una mano sobre la almohada, subió con la otra la manta de piel de cordero hasta sus hombros y, depositando en su frente un beso fugaz, le dio las buenas noches.

—¿Os veré mañana? —preguntó ansiosamente el niño cogiéndole la muñeca a su maestro inclinado sobre él.

—Sí, trataré… —susurró emocionado, separándose lo más despacio posible del apretón del niño.

Y entonces salió apresuradamente, cerrando poco a poco la puerta tras de sí.

OceanofPDF.com

XXVII

La angustia consumía a Jufré. Los días pasaban sin que ni Hernando del Pulgar ni Abraham Seneor encontraran el momento oportuno para hacer que la reina se ocupara seriamente de la situación de Orovida. En sus momentos de desesperación, de buena gana hubiera rezado; ¿pero a qué Dios había que dirigirse? Desde hacía mucho tiempo había perdido la confianza en Jesucristo. En cuanto al Dios de los judíos, no lo conocía. ¡Devorado por el insomnio, con el alma y la mente aturulladas, pasaba sus noches implorándole a una divinidad imaginaria, un poder cósmico todopoderoso, pidiéndole que aniquilase a sus enemigos y que les abriera, a Orovida y a él, las puertas del paraíso terrenal que tanto habían soñado! Pero cada mañana volvía el alba, y con ella el infierno.

No obstante, hacia mediados de febrero, Del Pulgar le hizo concebir una esperanza. La marejada de despachos disminuía, en lo sucesivo casi todos los preparativos de la guerra estaban terminados y, razonablemente, se podía contar con un momento propicio para defender la causa. Fue entonces cuando llegaron las noticias del desastre: el marqués de Cádiz había caído en una trampa en Alhama, para gran consternación de los soberanos, quienes finalmente habían aprobado la operación dejándose convencer de que el factor sorpresa sería ventajoso. Ahora bien, la catástrofe era tanto más grave cuanto que el ejército no estaba en condiciones de reaccionar por lo menos hasta dentro de un mes. Llamando a las armas a todos los nobles de Andalucía, Fernando dio la orden de que reunieran los hombres disponibles en sus propias tierras para que los llevaran a Córdoba donde él, en persona, asumiría el mando. Encabezándolos, él se pondría en marcha hacia el sur, e Isabel le seguiría más tarde al frente de la milicia de Castilla.

Al ocuparse en el intervalo de los asuntos pendientes, la reina por fin examinó la misiva de don Álvaro de Portela. En la alta noche, sus ojos fatigados por las prolongadas horas de trabajo a la luz de las velas recorrieron lentamente el documento. Al llegar a las últimas líneas, le pidió a Del Pulgar que hiciera venir a Abraham Seneor. Mientras esperaba a que llegara, echó la cabeza hacia atrás sobre el alto respaldo del sillón, posó la mano que sostenía el documento sobre las rodillas y cerró los ojos. ¡Qué

cansada estaba, y cuánto más lo estaría, antes de reducir a la obediencia el reino de Granada! ¡Si al menos, durante la campaña, el resto de España permaneciera tranquila! Burlándose para sus adentros de la futilidad de tal deseo, se acordó de la viuda Villeda, y dejó que sus reflexiones vagabundearan un instante, guiada por su instinto femenino. La emoción que, desde la muerte de don David, aquella mujer judía había conseguido suscitar en los hombres que la rodeaban, la intrigaba sobremanera. Aunque desde su retorno a la Corte ella apenas hubiera tenido ocasión de ver a Del Águila, no había que ser un perito en la materia para adivinar, en su febrilidad extrema y en su rostro desolado, que era presa de una violenta pasión. También De Contreras, ciertamente un hombre muy bondadoso, había manifestado hacia ella un grado inhabitual de compasión, y he aquí que ahora le correspondía a Álvaro de Portela el turno de defenderla, apoyando su petición con una generosa oferta de refuerzos sacados de los efectivos de su Orden. En cambio, Arias de Anaya y Juan Ruiz parecían emponzoñados de odio contra la joven mujer y dispuestos a todo con tal de destruirla. ¿Qué tenía ella que…?

—Presento mis respetos a Su Majestad.

—¡Ah, don Abraham, os esperaba! —masculló la reina con tono fatigado, entreabriendo a duras penas los ojos para mirarlo—. Perdonadme por haberos llamado a esta hora tan avanzada de la noche, pero pudiera ser que marcháramos para Córdoba mañana por la mañana. Por consiguiente, antes de irme quiero resolver todos los asuntos pendientes. Don Abraham —repitió ella con una inflexión de confidencia—, decidme, ¿qué pensáis de Orovida Villeda?

—¿Qué desea saber exactamente Su Majestad? —preguntó Seneor con cautela.

Buscando las palabras más adecuadas para traducir el objeto de su curiosidad, Isabel replicó al cabo de un rato:

—Deseo saber si algo la distingue del resto de las mujeres.

—Ciertamente, Majestad, sin ningún género de duda. Es una mujer de una belleza, de una cultura, de un refinamiento fuera de lo común…

—Entiendo. ¿Pero es eso tan raro entre las judías?

—Su Majestad tiene toda la razón, pero es verdad que doña Villeda es, a pesar de todo, diferente a las otras. ¿Cómo podría describírsela a Su Majestad? Ella es a la vez delicada, casi traslúcida y, en cierta forma, de una rara inocencia. De naturaleza extremadamente reservada, siempre tiene

tendencia a permanecer retirada, actitud que le confiere una expresión evanescente, como si perteneciera a otro mundo. Por todas estas razones ejerce un irresistible poder de atracción.

—¿Es tan orgullosa como don David?

—Siendo su esposa, Majestad, ¿cómo podría ser de otro modo?

—Evidentemente.

La reina pareció satisfecha. El fugaz retrato esbozado por don Abraham, añadido al hecho de que la mujer era judía, bastaba para explicar las pasiones que inspiraba, pasiones tanto más vivas cuanto que aparentemente ella no trataba de provocarlas. Sumida en sus pensamientos, Isabel permaneció unos instantes inmóvil, con los ojos entornados y el grueso rubí que llevaba en el dedo del corazón brillando al resplandor de las velas.

De pronto enderezó el busto y mirando fijamente a los ojos de su consejero, entró en el meollo del tema:

—Don Abraham —dijo— supongo que conocéis el contenido del mensaje de don Álvaro.

—Lo conozco, Majestad.

—¿Os parece convincente?

—Totalmente, Majestad.

—Por segunda vez se me pide que dé prueba de misericordia hacia esa viuda. Ahora bien, dijérase que nuestra indulgencia pasada no le fue de gran provecho, puesto que habiéndola salvado, otros parecen ensañarse en su destrucción. Si como consecuencia accedemos al deseo de don Álvaro, ¿quién nos asegura que la viuda no caerá otra vez en manos de sus enemigos?

—Si Su Majestad diera la orden de que no la importunaran más…

—Don Abraham, ¿cuál sería, a vuestro juicio, una definición exacta de la palabra «importunar»? ¡Un acto juzgado impertinente por la persona ofendida también puede ser interpretado por la parte contraria como un acto de defensa o una reacción normal frente a una provocación inaceptable! ¿En tales condiciones, quién puede erigirse en juez? No, amigo mío, en nuestra opinión, la solución no es esa. ¡Por muy rigurosa que pueda parecer *a priori* nuestra decisión, por el bien de la viuda, así como por la tranquilidad de la ciudad, pensamos que es más sabio que ella jamás regrese a vivir en Villafranca! Por tanto, no anularemos su orden de destierro y, con el fin de no desacreditar tan pronto a nuestro recién nombrado representante,

tampoco revocaremos la orden de confiscación parcial de sus bienes. Dicho esto, no obstante no deseamos que la viuda Villeda se vea desamparada, desprovista de recursos, ya que su penosa suerte, desgraciadamente, nos resulta demasiado familiar… Por eso, a pesar de todo, le concedemos un plazo de quince días para que vuelva a Villafranca con toda tranquilidad, a fin de que pueda vender o disponer de todo lo suyo, o de parte de lo que aún le pertenece, antes de retirarse a vivir modestamente en otra parte. Por último, deseo que os informéis personalmente sobre la compra, efectuada el otoño pasado, de la cosecha de Guzmán. Si una parte de la suma pagada concerniente al vino ha sido confiscada por el mismo concepto que los otros bienes de la viuda, ordeno que le sea restituida, sacando el dinero de mi tesoro personal si fuera necesario. Por supuesto, cuento con vuestra discreción absoluta en todo este asunto.

Cuando la reina terminó de hablar, su consejero asintió con la cabeza. ¿Qué más podía hacer? Concediéndole migajas en aspectos sin importancia y nada en lo esencial, la soberana, con su acostumbrada habilidad, amordazaba cualquier voluntad de réplica de su parte. Inclinándose respetuosamente ante ella, salió haciendo una reverencia y sin dejar de acariciar su cadena de oro, siempre pulimentada por la impetuosa fricción de sus dedos.

De vuelta a la antecámara, quiso comunicarle sin demora a Del Pulgar la decisión real, pero no tuvo tiempo de hacerlo. La reina hizo venir en el acto a su secretario, sin duda para notificarle ella misma los detalles del fallo. Así las cosas, Abraham Seneor prosiguió su camino, dando pasitos rápidos, pero prudentes, a causa de su avanzada edad. Cruzó el patio, entró en el pasadizo que conducía a la entrada de la fortaleza, dobló a la derecha, siguió por el estrecho corredor apenas iluminado por algunas aspilleras, y subió lentamente los desiguales peldaños de piedra que ascendían en espiral a lo largo de la atalaya, hasta llegar penosamente al dormitorio de Jufré, situado en lo más alto.

Con un jarro de vino vacío y bamboleante abandonado en el suelo, al lado de su cama, Jufré trataba de dormitar en vano cuando Gonzalo le anunció la visita del consejero de la reina, Abraham Seneor. ¿Qué novedad podía haberlo empujado a emprender la ascensión de su nido de águila a semejante hora de la noche?… Pero súbitamente, en un relámpago, su mente empañada se iluminó. Evidentemente no había más que una razón. Tenso como un arco, saltó de la cama.

—¿Pues bien? —preguntó en el colmo de la ansiedad, tan pronto el hombre hubo franqueado el umbral.

Muy pálido, don Abraham hizo un gesto con la mano para reclamar una tregua, y se dejó caer extenuado sobre el baúl de Jufré para recuperar el aliento.

—Lo siento en el alma. Perdonadme esta acogida… —se excusó Jufré —, pero podéis adivinar mi inquietud… ¡Gonzalo, pronto, un poco de vino para reconfortar a don Abraham! ¡Después nos dejarás!

Bebiendo pequeños sorbos, don Abraham observaba a Del Águila a través de la estrecha ranura de sus párpados entornados. La tensión de su anfitrión, casi palpable, era tan fuerte que cualquier cosa podía temerse de su reacción cuando se enterara de la noticia. De modo que se tomó todo su tiempo para recobrar el ritmo de la respiración normal, y para encontrar las palabras susceptibles de atenuar el golpe. Pero al no poder aplazar más el motivo de su visita, le dio cuenta por fin, lo más calmadamente posible, de la decisión de la reina. Contra toda previsión, la explosión no se produjo. Anonadado por el impacto, Jufré no profirió palabra alguna, se sentó en la cama agarrándose de sus largueros y, cabizbajo, guardó un mutismo total. Al cabo de unos instantes, decidió romper el silencio:

—Verdaderamente el amor puede volver loco a un hombre. ¡Si por lo menos no me hubiera dejado engañar por una esperanza insensata, me habría dado cuenta mucho antes de que ella concedería justo lo indispensable para hacer imposible cualquier nueva apelación a su misericordia cristiana y que, de hecho, no modificaría en nada su actitud!… ¡Cual un virtuoso dador lanzando ostensiblemente a un mendigo un miserable mendrugo de pan, la reina se pavonea, triunfante y modesta, mientras lo que el pobre diablo necesita es un hogaza de pan entera para llenarse el estómago! ¡Pues bien, don Abraham —exclamó Jufré con voz sorda pero decidida— a mí no me bastan los mendrugos reales!… ¡A partir de este momento, ya es hora de ir a buscar en otra parte mi escudilla de cada día!

Comprendiendo que era inútil hacer que cambiara de opinión un hombre que en muchos aspectos era del temple de don David, don Abraham se levantó. Jufré no contemporizaría jamás como él —rabino y consejero de la Corte— había aprendido a hacerlo…

—¡Que Dios os ampare! —dijo simplemente despidiéndose.

Un ligero golpe en la puerta interrumpió sus adioses.

—¿Quién es? —preguntó Jufré.

—Hernando del Pulgar. ¡Abrid!

—¡Entrad, don Hernando! ¡No deberíais haberos molestado a esta hora! Apenas habéis tenido tiempo de descansar un poco antes del amanecer, y ya estáis de nuevo en pie!

—Gracias por vuestra amabilidad, amigo, que hubiera sido bienvenida todavía ayer, pero a partir de ahora está fuera de lugar. Ya no soy el secretario privado de la reina. ¡Tenéis delante a su simple cronista real!

Al oír esto, la cólera contenida de Jufré estalló. Una rabia tremenda que ahora podía exteriorizarse sin cortapisas. Dando furiosas zancadas por la habitación, pálido, tronó:

—¡De modo que no era un rumor de pasillo! ¡Vos, entre todos los servidores del reino, excluido, degradado! ¿Y por qué motivo? ¿Por haber abogado a favor de un espíritu de tolerancia que era el orgullo de nuestro país, su fuente de vitalidad? ¡Hernando del Pulgar castigado por haberse atrevido a declarar en público lo que toda la nobleza española cristiana digna de ese nombre cuchichea en privado! ¡Ah, bien que lo dije, que los dominicos, con Torquemada a la cabeza, iban a modelar a su manera la conciencia de todos los súbditos del reino tan eficazmente como habían conseguido amoldar la de la reina! ¡Y ya veréis! Ellos no considerarán haber llegado a su meta hasta que toda España no piense, actúe y ame en función de su propio dogma. ¡Pues bien —aulló dándole una patada a la garrafita que estaba en el piso atravesada en su camino—, estoy avergonzado de haberme doblegado ante unas reglas tan criminales como ciegas! ¡Me avergüenzo de haber jurado lealtad a un monarca capaz de perdonar a un hombre como Anaya, devorado por un odio visceral contra los judíos, me avergüenzo de haber permanecido con los brazos cruzados mientras que, en nombre de su salvación espiritual, la cruz llega al extremo de poner en peligro la salud de un principito! ¡Me avergüenzo de ver caer en desgracia, pública e injustamente, a un hombre como vos, Hernando del Pulgar, porque tuvo el coraje de pregonar sus convicciones y, sobre todo, el infortunio de tener sangre judía en las venas! ¡Lo grito y lo repito, siento vergüenza, vergüenza, vergüenza!…

Con un cabeceo, Del Pulgar mostró que él también compartía —¡y cuánto!- su opinión. Sólo don Abraham, clavando la mirada en el suelo, se abstuvo de hacer cualquier comentario. Con la pasión de un hombre que se topaba por primera vez con la mezquindad y la persecución, Jufré hablaba

bajo el efecto de una sublevación desconocida y espontánea. Pero para él, judío, las cosas eran muy diferentes desde hacía mucho tiempo, pues en el curso de los siglos su pueblo había aprendido a soportar en silencio vejaciones y malos tratos, y a maniobrar con prudencia hasta que la tempestad se alejara. Probablemente podía considerarse un comportamiento poco honroso, ¿pero acaso existía otro recurso para sobrevivir y renacer cuando circunstancias más favorables lo permitieran?…

—Deploro que la noticia de mi exclusión os hiera hasta este punto —dijo Del Pulgar con sosiego—. No era mi intención al anunciároslo. No obstante, vuestra reacción me devuelve la fe en el género humano. Pero yo había venido, ante todo, para informaros de la decisión de la reina a propósito de la petición de don Álvaro. Don Abraham me tomó la delantera. De todas maneras es curioso que la orden real concediéndole a doña Orovida la autorización para que pase quince días en su casa, sea la última que haya tenido que redactar en mi condición de secretario de la reina, ¿no os parece? Mañana serán enviadas copias del documento a Álvaro de Portela, a Arias de Anaya, así como a la viuda. Por eso se me ocurrió, don Jufré, que fácilmente yo podría incluir un mensaje de vuestra parte en el ejemplar de doña Orovida. He venido a proponéroslo, diciéndome que así me permitiríais, al menos a través de vos, despedirme del espíritu de tolerancia que acaba de zozobrar súbitamente en el reino católico de España.

—¿Realmente podéis? ¡Pero claro que sí, por supuesto que podéis!… ¡Sí, gracias! ¡Voy a mandarle un mensaje! ¡El que debía haberle hecho llegar desde hace mucho tiempo!…

—Escribidlo con entera liberad. Podéis confiar en mi correo.

Febrilmente, Jufré hurgó en su cofre de donde sacó una hoja de papel ligeramente arrugada. Extendiéndola sobre el batiente de la puerta, la alisó con el dorso de su robusta mano, empuñó una vieja pluma hundida en un tintero enmohecido que estaba en el vano de la ventana, se inclinó y, con mano temblorosa, garabateó estas palabras:

«Mi bienamada, la orden adjunta os concede quince días para acudir a Villafranca y circular en la región. Arreglad vuestros asuntos tan pronto como sea posible y aprovechad este salvoconducto para llegar a la frontera sin tardanza. En Portugal, acudid directamente a la casa de Saúl y esperadme. Si la suerte me sonríe, no demoraré mucho en encontraros. Os ama. J.».

Mientras doblaba la hoja, metiéndola en un sobre y extendiéndosela a Del Pulgar, Jufré sintió que se quitaba un gran peso de encima. Ahora la suerte había sido echada. ¡Al diablo planes y estratagemas!: Orovida debía irse de España tan pronto como le fuera posible antes de que cayera en una nueva trampa. Si ella se iba, él también debía huir, inmediatamente, antes que se lo impidieran los riesgos de un arresto y un juicio inicuo por traición a un país al que no quería seguir sirviendo. En Portugal, con Orovida sana y salva a su lado, el mundo cambiaría de rostro y al fin podrían, juntos, abarcar el futuro con una nueva mirada. ¡Cuánto se parecían! Una noche ella había venido a él, y ahora, con el mismo ímpetu, él iba perdidamente hacia ella. Entonces él había perdonado su imprudencia, ahora la comprendía.

Por primera vez en muchas semanas Jufré cayó en un sueño profundo que no fue perturbado por ningún sueño. Cuando se despertó por la mañana, las piedras desnudas de su pequeño cuarto le devolvieron la luz de los primeros rayos del sol y, debajo de la ventana desde la que se dominaban las inmediaciones del castillo, percibió los signos de un gran tumulto. Sin dar crédito a sus oídos, se levantó, se dirigió al vano y descubrió una escena que, sumergido en su tormento, había tenido pocas esperanzas de ver algún día. En el ancho terraplén, más allá del puente levadizo, la milicia de Castilla se desplegaba en perfecto orden de marcha. Sus banderas multicolores flotaban en la brisa primaveral y las puntas de las lanzas bien templadas centelleaban al sol, a los sones de una fanfarria guerrera que hacía vibrar a las tropas y piafar de impaciencia a una fogosa caballería. «¡Viva la reina!», exclamaron cientos de pechos, todos a una, cuando vieron aparecer a Isabel caracoleando sobre su elegante cabalgadura, un magnífico pura sangre de pelaje color de ébano. Vestida con una simple saya de brocado rojo vivo, protegida por una coraza toledana con incrustaciones de oro y plata, idéntica a la de su esposo, ella avanzó orgullosamente y vino a ponerse a la cabeza de las tropas con el porte y la autoridad de un general en jefe altanero y curtido. En el séquito de nobles castellanos, cortesanos y acompañantes que le rodeaban, Jufré divisó a Beatriz de Ribera y a Eleazar a caballo, charlando animadamente. Probablemente Del Pulgar había tenido tiempo de hacerles saber la decisión de la reina, y debían de experimentar una gran consternación. Quizás sólo Beatriz tenía motivos para sentirse un poco menos contrariada, consolándose con haber conseguido una pequeña concesión de la reina en favor de Orovida, al recordarle los sufrimientos de

su propia madre. Cuando sonó el último toque de trompetas, las tortuosas callejuelas adyacentes se llenaron con una nube de mujeres y niños venidos de todas partes para animar a los combatientes a la victoria.

Bruscamente, Jufré le volvió la espalda a la ventana. La victoria o la derrota del reino ya no le importaba; no le pertenecía en modo alguno. Entonces, calmada y meticulosamente, se puso a recoger los pocos objetos necesarios para su viaje y repasó de memoria, por última vez, los pormenores de su plan. Tan pronto anocheciera, se marcharía, avisando a Gonzalo sólo en el último minuto con el pretexto de tener que resolver un asunto importante en Trujillo. En el camino, se detendría en casa de Alegra para advertirle que iba a reunirse con Orovida en Portugal. Ella y él la esperarían allá, así como a Eleazar. Con un poco de suerte su ausencia pasaría inadvertida, porque la fortaleza estaba prácticamente vacía, ya que oficiales y soldados se habían ido o incluso ya estaban en Córdoba. Antes de que hubiera sacudido de sus suelas el polvo de los caminos de España, nadie realmente importante lo buscaría y, si Dios quería, incluso llegaría a Lisboa antes que su bienamada y estaría allí para recibirla. Esta idea hizo que su alma tanto tiempo torturada se llenara de una tierna luz.

OceanofPDF.com

XXVIII

—¡Qué bien huele! —exclamó el príncipe Juan al entrar en la alcoba —. ¡Qué maravilloso perfume!

—Sabía que le gustaría a Vuestra Alteza —aprobó el Hermano García sentenciosamente, dejando su sitio habitual junto a la ventana para ponerse frente al niño—. Mientras vos montabais a caballo, asistí en el monasterio a una misa especial en honor de la victoria de vuestra madre, Su Majestad la reina. Emocionado por la ceremonia, al salir y encontrarme en la tranquilidad de nuestro claustro, experimenté el deseo de entregarme a unos instantes de meditación, de acción de gracias en honor de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Fue entonces cuando vi una alfombra de deslumbrantes flores primaverales que el Señor, con Su mano todopoderosa, había hecho abrirse al mismo tiempo, como si con sus innumerables corolas multicolores quisieran celebrar alegremente Su gloria! Una vez terminadas mis devociones, hice un ramillete de esas creaciones divinas para adornar vuestro altar, agradeciéndole a Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, haber creado tanta belleza y permitido que los hombres en esta tierra pudiesen disfrutarla.

Olvidando su cansancio y las angustias de la mañana, Juan corrió hacia el altar, hundió su rostro en las fresias malvas y amarillas, los junquillos hierba pastel, los delicados guisantes de olor dispuestos al azar en delgadas copas de plata, aspirando con fruición los perfumes mezclados de las diferentes especies fundidas en un aroma tan embriagador y suave que el niño, en un vértigo, se creyó en el paraíso.

—Maestro Eduardo no me permitía nunca oler una flor —murmuró atrayendo hacia sí toda una brazada.

—Pues bien, era por su parte un doble error, porque os impedía descubrir una de las grandes maravillas de la creación y ofrecerle al Señor lo que más queréis, como debe hacer todo buen y fiel cristiano.

Juan iba de una a otra flor, deleitándose con su frescor y acariciando los frágiles pétalos, pero el monje, al oír las campanas de Segovia tocando el Ángelus, bruscamente puso término al entusiasmo de su discípulo.

—¡Vamos, basta por ahora! —intervino con voz severa— ¡Oremos!

A regañadientes, el niño se apartó del altar, se arrodilló al lado del preceptor y empezó a rezar, esforzándose por seguir el ritmo impuesto por el maestro, cuyo rosario se desgranaba regularmente con el ligero rumor de sus perlas de marfil.

«Padre nuestro que estás en los cielos…» El niño estaba repitiendo esta frase por tercera vez cuando sintió una súbita opresión en el pecho.

«Porque es a Vos que pertenecen, por los siglos de los siglos, el reino, el poder y la gloria…», farfulló automáticamente mientras le pedía al Señor que no lo dejara caer enfermo otra vez.

—¡Ya no os oigo, niño! ¡Estáis distraído! No penséis más que en el Señor y rezad conmigo: «Ave María llena eres de gracia…».

Juan trató entonces de ignorar su malestar y mantener el ritmo de las oraciones, pero su respiración se hacía más escasa y su voz languidecía. Al detenerse para recuperar el aliento, se retrasó un poco.

—¡Orad, niño, orad! —lo apuraba el monje, inflexible.

—No puedo, Hermano García, mi pecho…

—Orad con fervor y Nuestro Señor Jesucristo os concederá la fuerza para superar vuestra debilidad —lo reprendió el monje, quien acababa de advertir un débil silbido escapándose de los labios de su discípulo.

Asustado de desobedecer, porque entonces Dios le infligiría una adversidad todavía mayor, Juan continuó resistiendo mal que bien, pero cuando la última cuenta del rosario se escapaba de sus dedos, el escaso hálito ya sólo salía de sus pulmones a golpes entrecortados.

—¡Ayudadme a ponerme de pie, os lo ruego! —le pidió a su preceptor, con un rostro descompuesto de coloración azulada—. Estoy tan cansado…

—¡Vamos, niño, un poco de ánimo! ¡Un hombre debe aprender a dominar sus debilidades recurriendo a la firmeza del espíritu! Poneos en manos de Nuestro Señor y Salvador, y os sostendrá como ha sostenido a tantos mortales en el curso de Su existencia terrenal.

Entonces, viendo que toda asistencia humana le era negada, el infante extendió una mano endeble, se agarró al pie del altar y trató de ponerse de pie. Pero el esfuerzo era demasiado grande. Empezó a toser, primero ligeramente, luego con una intensidad creciente hasta que un ataque de tos lo sacudió atrozmente.

Percatándose al fin de la gravedad de su indisposición, el monje empezó a perder la compostura.

—¡Vamos! Quizás debierais acostaros un poco y tratar de calmaros respirando profundamente por el diafragma.

—Sí, voy a tratar —hipó el niño entre espasmo y espasmo.

Tras haber consentido en ayudarlo a meterse en la cama, el Hermano García se puso a observar con cara escéptica sus esfuerzos para controlar el pecho jadeante y la respiración, siguiendo el método del Maestro Eduardo. Pero no lo consiguió y el Hermano no pareció sorprenderse. ¡No podía tratarse sino de la obra de un charlatán, confabulado con el demonio y sus semejantes, los judíos conversos, para seducir al heredero del trono y tenerlo bajo su poder! ¡En cuanto a las flores, ellas no podían ser responsables! ¡Qué absurdo! Aquella historia no era más que una invención herética para impedir que el niño venerase a Dios con la devoción propia de un príncipe cristiano. ¡Por Dios! ¡Todos los niños del reino católico, desde los más nobles hasta los más humildes, recogían flores en campos y bosques para ofrecérselas al niño-Dios y a su madre, la Virgen!

Pero un nuevo ataque de tos lo sacó de sus airadas reflexiones. Con los ojos desorbitados por la angustia, el principito se sentó en la cama y, lleno de náusea, empezó a devolver en una jofaina de estaño un líquido verdoso y maloliente. Pálido, con el rostro sudoroso, el pobre niño hacía esfuerzos desesperados por extraer del estómago sus últimos alimentos. Y cuando lo consiguió, al no tener nada más que vomitar, volvió a caer destrozado en la almohada, esperando sin moverse que las últimas convulsiones se aplacaran. ¡Cuánto le hubiera gustado sentir la suave mano de su madre refrescando su frente inundada de sudor! ¡Pero desgraciadamente ella estaba lejos y no vendría! La guerra era más importante…

—Os lo ruego, llamad pronto al Maestro Eduardo —consiguió articular en un hilo de voz, volviendo los ojos empañados en lágrimas al preceptor—. ¡Tengo tanto miedo de morir asfixiado! Unos anillos de hierro aprietan mi pecho… me trituran… sólo el Maestro Eduardo sabe aflojarlos!

Su respiración se volvió pesada y jadeante, y ahora silbaba como un fuelle desgastado. Por eso, esta vez seriamente alarmado, García tuvo miedo. ¿Era esto lo que Nonell llamaba una «urgencia»? ¿Habría que llamarlo en auxilio? Absteniéndose de hacerlo, corría el riesgo de responsabilizarse con lo que podía pasarle al niño. Pero, aunque enviara en el acto a un mensajero, Nonell no podría estar allí antes del anochecer. ¿Y si, antes de eso, el niño…? ¡Pero no, estaba el elixir, lo había olvidado! Seguramente era el momento de recurrir a él. ¿Pero realmente debía usarlo?

Ya que el médico se había negado a revelarle su composición, ¿cómo podía estar seguro que no se trataba de un brebaje impío compuesto por el judío para someter al niño a diabólicas influencias? Pero ya no había tiempo para titubear. El pecho de Juan se alzaba desesperadamente en busca de un poco de aire, luchando contra la asfixia, y había que actuar. Sobreponiéndose a sus dudas, se decidió.

—Sí, mi niño, de acuerdo, yo lo mando a buscar en seguida. Quedaos tranquilamente acostado hasta que yo regrese.

Cogiéndose el hábito blanco con las dos manos, y corriendo como no lo hacía desde su más tierna infancia, el Hermano García de Ortega se precipitó como un loco fuera de la habitación; y tras atravesar a toda prisa los vacíos corredores del castillo, irrumpió en la antecámara de la reina en el mismo momento en que Hernando del Pulgar le entregaba los últimos documentos a su sucesor.

—¡Don Hernando, por el amor del cielo, haced que el más veloz de vuestros correos salga inmediatamente a buscar a Nonell! ¡El infante está grave!

Apenas sin mirar al dominico, y limitándose a asegurarle que al punto haría lo necesario, Del Pulgar dejó plantado al nuevo secretario.

García salió entonces de la antecámara y, sumido en sus pensamientos, se dirigió a la enfermería con sus sandalias crujiendo lúgubremente en el suelo embaldosado. Su ansiedad era tan grande que apenas pudo distinguir las etiquetas escritas en los frascos de cristal cuidadosamente alineados en una estantería, y tuvo que escudriñarlos varias veces hasta que por fin descubrió el recipiente que buscaba. A su lado se encontraba una escala de medida que permitía administrar la dosis exacta.

Cuando el Hermano regresó a la cabecera del niño enfermo, llevando con precaución la botella, el rostro de Juan estaba del color de la ceniza. Entonces, colocando precavidamente el elixir en un nicho situado cerca de la cama del niño, como si le inspirara miedo, giró el tapón y lo sacó, liberando con su gesto un olor a la vez volátil y embriagador. Con manos temblorosas, llenó una cuchara dejando escapar un poco del líquido, y luego, enderezando a Juan en la almohada, derramó el medicamento entre sus labios azulados. Acto seguido volvió a cerrar el frasco y se sentó al pie de la cama. Había cumplido las instrucciones del Maestro Eduardo. Por tanto, sólo había que esperar, confiar y rezar.

En esa expectativa pasaron largos minutos hasta que, súbitamente, ante los ojos incrédulos del monje, los espasmos empezaron a disminuir, la respiración del niño se hizo más regular y un sueño reparador vino a darle cierta tregua a su organismo tan rudamente afectado. No obstante, el Hermano García no se sintió del todo tranquilo. ¿Cuánto tiempo iba a prolongarse el sueño del niño? ¿No iría a despertarse para ser víctima de una nueva crisis antes de que él pudiese darle otra cucharada de la poción? ¿Qué haría en ese caso, sobre todo si algún contratiempo impedía al médico llegar antes del anochecer? Por lo demás, ¿cuántas veces podría administrarle al niño, sin riesgo, una mixtura cuya composición ignoraba? ¿El hecho mismo de que Eduardo Nonell le hubiera ocultado la naturaleza de aquel bebedizo, no lo hacía más sospechoso? Su olor, a la vez tan familiar y extraño, era de lo más misterioso. Observando al príncipe con atención, para cerciorarse de que su sueño era profundo, el monje se levantó, se alejó un poco de la cama y, con infinitas precauciones por temor a despertar al infante con un movimiento demasiado brusco, se agachó para quitarse las sandalias. Así, descalzo, llegó al nicho donde se hallaba el frasco. Lo cogió, lo destapó, se lo llevó a la nariz y aspiró profundamente. Sí, él conocía aquel olor, pero seguía escapándosele su origen. ¿Y si probándolo lo descubría? Encomendándose al Señor para que lo protegiera de las fechorías de Satán, sumergió el meñique en el líquido y, persignándose en un santiamén, empezó a lamer el jarabe que lo impregnaba. Tenía un gusto a miel mezclado con otra cosa, que le resultaba extrañamente familiar… Fascinado, el Hermano aspiró por segunda vez la emanación del contenido, volvió a poner el elixir en el nicho, y volvió a instalarse silenciosa y pensativamente en su sitio acostumbrado al lado de la ventana. Allí, inmóvil, empezó a hurgar en todos los rincones de su memoria tratando desesperadamente de encontrar el incidente de su vida que sabía ligado a aquel perfume. Emergiendo poco a poco de las brumas de su infancia, las escenas vinieron a su recuerdo: su padre cogiéndolo por los pelos para arrancarlo de la ventana de una choza solitaria, situada al final de la aldea; la terrible paliza que sufrió delante de su madre postrada, llorando con el alma destrozada como el día de verano en que su hermano, todavía un bebé, fue encontrado muerto sin que pudiera determinarse la causa; los cotilleos oídos en la tahona de la aldea, donde él acostumbraba a ir a buscar el pan. Se hablaba de una bruja que acudía a los campos, a la luz de la luna, con su perro negro, murmurando encantamientos: ataba al

animal a una planta misteriosa cuyas profundas raíces, al ser arrancadas, súbitamente lanzaban un grito que helaba la sangre… Una noche, el molinero —quien según decían se negó a venderle al fiado a la bruja— oyó ese alarido, y amaneció ciego… ¡Pero claro que sí, eso era! Ahora estaba seguro: el olor de la mandrágora… ese mismo perfume embriagador que, antaño, le había atraído irresistiblemente a la choza de la bruja, dejándolo paralizado *in situ* hasta que su padre intervino enérgicamente.

Como si se hubiera convertido en el protagonista de un combate entre las potencias de la luz y las de las tinieblas, el Hermano García empezó a temblar. ¿Qué había que creer? ¿La opinión de los doctos físicos que reconocían el poder benéfico de la mandrágora para atenuar el dolor y calmar los espasmos, o la experiencia vivida en su propia infancia? Si su aroma podía aficionar a un niño, ¿qué no sería capaz de hacer su absorción concentrada? Quizás la historia del molinero era una interpretación deformada de los hechos, como solían serlo las historias contadas en la panadería. Probablemente la bruja había incitado al hombre a beber el brebaje en grandes dosis, y de este modo le hizo perder la vista… Al pensar esto, el monje fue presa de un frenético deseo de despertar al príncipe, para asegurarse de que seguía viendo, pero finalmente no lo hizo, dándose cuenta de que si molestaba al niño, corría el riesgo de provocar un nuevo ataque. ¡En cualquier caso, estaba seguro de que ahora no se atrevería a administrarle la poción! ¡En caso de que ocurriera alguna desgracia, Nonell tendría toda la responsabilidad! Con la ayuda de Dios, probablemente estaría allí antes de que pasaran las seis horas fatídicas.

—¡Dulce Virgen, dejad que el niño duerma hasta entonces! —susurró juntando las manos— ¡Si ha de despertarse ciego, que sea el judío quien lo descubra!

Con las entrañas atenazadas por el terror y la duda, García cayó de rodillas ante el altar, y agarrando el crucifijo colgado en su pecho, le suplicó al Señor que curara al niño, como había curado a la suegra de Simón, al leproso y al paralítico… Pero repentinamente, cuando empezaba de nuevo a desgranar el rosario, otro pensamiento cruzó por su mente: ¿sería posible que las flores primaverales fueran la causa de la indisposición del príncipe? No, la emoción lo hacía desvariar. Esas flores que había dispuesto a los pies de la Virgen y del Niño Jesús, eran el símbolo mismo de su fe, esa fe cristiana y católica omnipotente que, ardientemente enarbolada, salvaba de cualquier tentación. También lo salvaría de sus males físicos y espirituales.

En consecuencia, quitar las flores equivaldría a negar aquella fe y a abdicar en favor del poder de las tinieblas, potencias encarnadas en las raíces amenazantes de la mandrágora.

Descuartizado por su lucha interior, el Hermano García se refugió en la oración. Rezando rosario tras rosario, transcurrieron los minutos y las horas. Finalmente, cuando los últimos rayos del sol declinaban en el horizonte, Juan hizo un ligero movimiento y abrió los ojos.

—¿Vuestra Alteza puede verme? —preguntó el monje precipitándose a la cabecera de la cama.

—¡Sí, qué pregunta más rara! ¡Claro que os veo!

—¡Bendito sea Cristo, Nuestro Salvador! —farfulló el Hermano a media voz santiguándose—. ¿Cómo os sentís, mi niño?

—Un poco mejor, gracias. He tenido un sueño muy bonito. Soñé que cabalgaba sobre un gran caballo, blanco como la nieve. Ligero y tan libre como una nube, volaba sin temor por los cielos. Debajo de nosotros, para recibirme si caía, se extendía una inmensa alfombra de flores que lo perfumaban todo. Hubiera querido que mi sueño durara siempre…

«No lo dudo», pensó para sí el monje, rememorando con inquietud los efectos insidiosos de la mandrágora.

—¿Queréis comer algo? —preguntó.

—No, gracias, no tengo hambre.

—¿Tampoco queréis beber?

—¡Sí, con mucho gusto! Cuando estoy enfermo, el Maestro siempre me da zumo de limón caliente con miel.

—En seguida pido que os lo preparen.

Cuando la bebida estuvo preparada, el monje lo ayudó a sentarse y el niño bebió de la copa de plata con avidez. Tenía la garganta seca y el cuerpo deshidratado. Sin embargo, al primer trago, hizo una mueca, porque antes de dársela, el monje había olvidado probar la mezcla, como siempre hacía el Maestro. Estaba espantosamente ácida y amarga para su paladar. Pero como no se atrevió a quejarse y estaba demasiado sediento para esperar a que otro criado trajera más miel para endulzarla, bebió un poco más, tratando de absorber el líquido sin respirar para no sentir su acidez, y al hacerlo, se atragantó. Entonces se reanudó la tos con más fuerza, y al querer recuperar el aliento, le pareció que una vez más su pecho iba a estallar.

—¿Dónde está el Maestro? —jadeó entre accesos de tos, con las lágrimas inundándole el rostro.

—Pronto estará aquí. Acostaos, relajaos y tratad de recuperar el aliento calmadamente, como él os enseñó a hacerlo.

«Dulce Jesús, os suplico con toda humildad que acudáis en ayuda de este niño y de mí mismo, vuestro humilde servidor, el más arrepentido de todos…», rezó para sí García, cada vez más alarmado por la ausencia de Eleazar.

Fue entonces, como en respuesta a su súplica, que resonaron unos pasos apresurados en el gran corredor y la puerta se abrió. Eleazar estaba allí. Con la cara sudorosa, se inclinó en seguida sobre el lecho del niño, arrancándose febrilmente los botones de la túnica para refrescarse el pecho tras una agotadora cabalgata. De una ojeada lo comprendió todo. Dejando un momento a su pequeño paciente y sin concederle ni una mirada al dominico, saltó hacia el altar, cogió las flores que lo alfombraban, y con un gesto furioso, las arrojó por la ventana. Los floreros de plata volcados revolotearon en todas direcciones chocando con el tríptico colocado en frágil equilibrio. Al desplomarse, el retablo arrastró en su caída a la madona azul y dorada que se hizo añicos en el suelo. Pero pensando sólo en aliviar a su principito, el médico corrió hacia él, aplastando al pasar, sin darse cuenta, restos y fragmentos de yeso desparramados un poco por todas partes. Cuando se sentó en la cabecera del niño, su rabia y su tensión desaparecieron en seguida. Cogió sus manitas endebles entre las suyas y, despacio, empezó a poner en orden los rubios mechones pegados a la frente húmeda.

—¿Fueron las flores, Maestro? —murmuró Juan débilmente, con el pecho aún atenazado.

—Me temo que sí, pequeño.

—¡Oh, sin embargo eran tan bellas y perfumadas! ¡El Hermano García dice que debemos ofrecérselas a Nuestro Señor en agradecimiento por el espectáculo que nos ofrecen!

—¡Que se vaya al diablo el Señor! —murmuró entre dientes—. No habléis más, mi almita, os lo ruego, no os preocupéis de esas cosas —le cuchicheó tiernamente al niño—. Lo peor ha pasado. Solamente respirad, tan profundamente como sea posible, por la parte inferior.

—No puedo, Maestro. Dios me está castigando. ¿Es por haberos desobedecido a vos o por haber desobedecido al Hermano? ¡Oh, Maestro, los anillos de hierro vuelven, me siento mal!…

Presa de pánico, el pobre niño se incorporó de un salto y abrazó a Eleazar, aferrándose frenéticamente al fino cordón de cuero que colgaba del cuello del médico. Con mucho tacto y por más que Eleazar trató de liberarse del apretón del niño, sus esfuerzos fueron en vano. La desesperación centuplicaba sus fuerzas. Tratando de no lastimarlo, abrió los puños crispados del niño, dedo tras dedo, hasta que consiguió meter el cordón de cuero por el escote de su túnica abierta.

Pero, aunque un poco más calmado, el niño no soltaba la prenda, y cuando Eleazar se inclinó hacia adelante para reacomodarlo en la almohada, un pequeño objeto de oro que colgaba del cordón se salió de su túnica. Aflojando su abrazo, Juan lo atrapó con gesto nervioso arrancándolo del cordón, y, desplomándose hacia atrás, se le cayó y rodó por el suelo.

—¡Calma, mi niño! ¡Respirad profundamente! —murmuró Eleazar, apoyando suavemente una mano sobre el diafragma del niño— ¡Fijaos, ya estáis un poco mejor! Uno, dos, lentamente, profundamente…

En efecto, gradualmente el ritmo respiratorio de Juan se hacía normal y adoptaba una cadencia casi regular. Con todo su ser y su voluntad concentradas en el niño, Eleazar, sin siquiera alzar la cabeza, se dirigió entonces al monje:

—Iros a descansar, Hermano García. Esta noche yo cuidaré personalmente del príncipe.

—Os lo agradezco, Maestro —silbó el dominico entre dientes—. Os dejo, pues, en compañía de vuestro protegido.

Y sin más, se fue furtivamente.

Por temor a que el humo de una lámpara o una vela irritara los pulmones del príncipe, Eleazar, a solas con el infante, apagó todas las luces. En la penumbra que poco a poco invadió la alcoba, el niño se durmió apaciblemente, pronto imitado por su maestro casi tan agotado como él. Desmoronado en una silla de madera, al lado de la cama, el médico no oyó abrirse la puerta lentamente. Lo despertó en un sobresalto el resplandor de las antorchas. Y en seguida supo —al distinguir al Hermano García, de pie frente a él y flanqueado por dos hombres— que la Inquisición había venido a arrestarlo.

—¡Huid sin pérdida de tiempo! —insistió otra vez Jufré, sin dejar de mirar a una Alegra aterrada, que vagaba de habitación en habitación, con los dedos nerviosamente aferrados al cuello de su camisa de dormir—. Un caballo os espera afuera, el más pequeño que pude encontrar en las cuadras

del castillo. ¡Cogedlo y huid! Si al llegar a Villafranca, no encontráis a Orovida, sobre todo no la esperéis y marchaos de un tirón a Portugal. Allí nos encontraremos en casa de Saúl. Vuestra hermana hará lo mismo en cuanto llegue y yo también.

—¡Sabía que esto ocurriría un día! ¡Orovida nos había prevenido! Lo sabía, y ha pasado —repetía Alegra despavorida.

No decía otra cosa desde que Jufré había irrumpido en su casa, en medio de la noche, para anunciarle el arresto de su esposo.

—Por más que se lo dije, él nunca quiso prestarme atención… Sí, siempre lo supe… ¡Pero ahora no lo puedo abandonar!

—¡Calmaos, os lo ruego, y conservad la sangre fría! No lo abandonáis. ¡No podéis hacer absolutamente nada por él! En cambio, si él se entera que habéis conseguido escapar de las garras de la Inquisición, su encarcelamiento será menos penoso. ¡Ahora, tranquilizaos y salid inmediatamente si no queréis que os capturen en el camino! Tenéis muchas posibilidades de escapar, porque es seguro que os buscarán primero en Toledo.

—¿Las faltas que se le imputan son tan graves?

—Lo ignoro. Os he dicho cuanto sé: el infante se puso enfermo y el Hermano García pidió a del Pulgar que mandara a un correo en busca de Eleazar. Aparte de él mismo y del monje, nadie sabe qué pasó entre el momento en que él llegó a la cabecera del príncipe y aquel en que vi cómo se lo llevaban. ¡Al menos fue una suerte que yo estuviera justo en ese instante vigilando el patio para estar seguro de que la vía estaba libre! Un poco antes o después, hubiera estado tan desierta como otras noches a la misma hora, y yo hubiera abandonado la fortaleza sin enterarme de nada. ¡En este preciso momento yo estaría en la montaña, cabalgando hacia Portugal y vos estaríais encerrada en el torreón del monasterio de Santa Cruz! ¡Vamos, de prisa, al caballo mientras tengáis tiempo, y desapareced en la noche!

—¿Sola? ¡Es imposible, me moriré de miedo!

—¡Vos podéis, y debéis hacerlo! ¡Al diablo con vuestros temores!

Mientras menos testigos, será mejor para vos. Tomad la ruta principal, es la más rápida y cómoda. Poneos un vestido que pase inadvertido, mezclaos con otros viajeros y, sobre todo, tratad de no llamar la atención. Llevaos justo el dinero necesario para llegar a casa de Saúl. Extremadura está infestada de merodeadores en busca de botín. Si tenéis dinero o joyas,

es mejor que yo lo lleve. No dejemos atrás nada que pueda incrementar las arcas de la Inquisición.

Entonces Alegra se dirigió hacia un gran cofre de madera barnizada, levantó la tapa y sacó un pequeño joyero de marfil que contenía una bolsa de terciopelo.

—Ignoro si Eleazar guardaba más dinero en la casa —dijo tendiéndole la bolsa—. Cogedla y mientras me preparo, revisad por todas partes a ver si encontráis otra cosa. ¡Dios mío, no tengo ningún vestido discreto! —exclamó consternada, sacando uno tras otro suntuosos atuendos para grandes solemnidades.

Irritado por sus chiquilladas y despropósitos, Jufré se dirigió a la antecocina y agarró al azar una túnica negra que estaba secándose delante de la chimenea.

—¡Poneos esto! —ordenó.

—¿Eso? ¡Pero si es el vestido de una sirvienta!

—¡Justamente por eso, es perfecto! ¡Vamos, ponéoslo pronto, con una capa sobre los hombros, y marchaos!

—Es imposible —repitió Alegra abandonando esta vez su tono quejumbroso—. Si los dos dejamos España, estando todo el mundo en la guerra, ¿cómo tendré noticias de Eleazar? No puedo partir sin saber lo que van a hacerle. Yo no tengo en el mundo a nadie más que a él; ¿lo comprendéis? Igual que Orovida, sin hijos, estoy cortada de todas mis raíces familiares. Sin Eleazar, mi vida ya no tiene ningún sentido. Sin él, ya nada existe para mí.

—Claro que sí, lo comprendo —murmuró Jufré afablemente recordando la determinación de que ya había dado pruebas la joven mujer negándose a dejar a su marido unos meses antes, y a Orovida, cuando murió David.

Por otra parte, él no tenía ni medios ni derecho para obligarla a irse tomando en cuenta todas las consecuencias previsibles. En efecto, si Alegra conseguía escapar de la Inquisición y llegaba a Villafranca poco más o menos al mismo tiempo que Orovida, sin duda alguna, engañada por un falso sentimiento de seguridad, decidiría quedarse escondida en la hacienda y se negaría obstinadamente a moverse de allí hasta haber recibido noticias de su esposo. Y en ese caso, ¿cómo esperar que Orovida no hiciera otro tanto? Por otra parte, si no llegaba ninguna noticia de Eleazar antes de que expirase el salvoconducto autorizándola a permanecer en Villafranca,

¿tendría la fuerza de voluntad necesaria para irse y dejar a Alegra sola esperando el veredicto de los inquisidores? Seguro que no. Lo más probable era que ella también aplazara su partida, tratando incluso de volver a casa de De Portela con su hermana. Ahora bien, retenido en la sede de su Orden para acelerar los preparativos de la guerra, el Comendador no estaría allí y ellas no tendrían a nadie que las protegiera. ¡Esa eventualidad había que evitarla a cualquier precio!

—¡Alegra, os lo ruego —prosiguió, tratando de trasmitirle a sus palabras toda la fuerza de su convicción—, hay que irse de España, inmediatamente! Y Orovida también debe hacerlo, dentro de los quince días que le concedieron. De nosotros tres, yo soy el único que puede rezagarse sin correr demasiados riesgos. Así que estoy dispuesto a esperar las conclusiones del proceso de Eleazar en Segovia, pero con una condición: ¡que me juréis que no os quedaréis en Villafranca, salvo para avisar a Alfonso de vuestra partida! No debéis, ¿me oís?, ni esperar la llegada de Orovida, ni quedaros con ella mientras prepara su partida, bajo ningún concepto. Cada una de vosotras ha de llegar a la frontera por separado, lo antes posible y por sus propios medios. En cuanto Eleazar sea juzgado yo me encontraré con vosotras dos en Lisboa. Sólo me hará falta un poco más del tiempo previsto.

—¿Cómo sabéis que os hará falta solamente un poco más de tiempo? ¿Y si el proceso se demora, y si un incidente imprevisible os impide partir?

—No. Este proceso es demasiado incómodo para que Torquemada lo deje prolongarse. Por eso dudo que dure más de una semana. Pasado ese plazo de tiempo, nada ni nadie en el mundo podrá retenerme.

—¿Y si me detienen en el camino? —objetó Alegra sin llegar a decidirse a partir— En ese caso, yo desaparecería sin dejar la más mínima huella.

—Escuchad, trataré de dar un rodeo y pasar por Villafranca para asegurarme de que todo va bien —prometió Jufré en una última tentativa por convencerla—. Pero sólo si siento que puedo correr ese riesgo, porque no olvidéis que a partir del momento en que yo deje Segovia, también puedo ser arrestado en cualquier momento, no por herejía, sino por deserción. ¡Es todo cuanto puedo hacer! ¡Ahora partid, y que Dios os proteja!

Cuando la silueta de la amazona encima de su cabalgadura se difuminó en la oscuridad, Jufré volvió lentamente al castillo. Tenía la impresión de

haber salido de una lancinante pesadilla y de haber recobrado el aliento sólo unos instantes, antes de caer de nuevo en su horrible sueño. Pero no le quedaba otro remedio que seguir, ya tenía bastante peso en la conciencia. Con paso torpe, subió la escalera que conducía a su habitación. Todo estaba como lo había dejado. Sin embargo, sintió que todo allí le era ajeno. Su corazón ya se había escapado de allí.

OceanofPDF.com

XXIX

A pesar de todo lo que había soportado en los dos trágicos años pasados en Villafranca, al divisar los tejados rojos y ocres ascendiendo en hileras dispersas hacia lo alto de la ciudad, Orovida sintió la emoción del retorno al hogar. ¡Sólo Dios sabía cuánto sufrimiento había conocido allí, pero también cuánto amor! De momento, sólo los momentos de pasión acudían a su memoria. Montada en la linda mula blanca que le había regalado don Álvaro como obsequio de despedida, cabalgaba apaciblemente en la campiña resplandeciente con los matices de la primavera. Los campos exhibían sus tonalidades más intensas, y unas olas de anémonas color escarlata salpicaban con su alegre marejada los océanos de trigo todavía verde. Las margaritas anaranjadas y amarillas reventando al borde del camino volvían orgullosas sus corolas hacia el sol, los capullos rosados y blancos danzaban en los árboles frutales, los retoños de las mimosas iluminaban la sombra de los olivares. Hasta los sarmientos descarnados de las vides, negros y con garras, parecían haber perdido su agresividad bajo la leve caricia de un primer verdor que le daba un toque de alegría, aquí y allá, a las ramas. Era la estación de la vida y del amor, el tiempo de su jardín, que ahora ella y Jufré trasplantarían a otro lugar.

Nada importante la retendría mucho tiempo en Villafranca. Legalmente, la casa seguía siendo de Guzmán, del mismo modo que la de Toledo era —y sería siempre— suya. Aquí sólo un tercio del arriendo de la finca le pertenecía aún. Se lo traspasaría a Alfonso. Prudente y ahorrativo como era, seguramente tenía recursos para adquirirlo. En cuanto al resto de sus bienes, poco numerosos, en su mayoría estaban en Toledo. Después de haber estado tan ligada a ellos, ahora le parecían insignificantes. Sólo se llevaría algunas joyas y los cien castellanos que recuperó en casa de Sancho Calvillo cuando pasó por Trujillo. Hasta que llegara a Portugal y tomara posesión de la suma depositada por David en casa de Saúl, eso sería suficiente. Por otra parte, era inútil pensar en estas cuestiones materiales. Simplemente, cuando Jufré estuviera de nuevo a su lado, todo se arreglaría allá lejos.

—Pronto será la Pascua —le dijo de pronto a Fortuna.

—Sí, señora. Preguntaré la fecha exacta tan pronto vaya a la ciudad. [14]

—Harás bien en no entretenerte allí más de la cuenta —prosiguió Orovida—. Tú sabes que para los judíos corren tiempos peligrosos.

—¡Señora, no os inquietéis por mí! Ya no soy una niña —exclamó la vieja, aparentemente herida en su amor propio.

—Claro que no, lo sé muy bien, mi buena Fortuna —respondió Orovida, divertida por la indignación contenida de su sirvienta, mientras espoleaba a la mula, de pronto impaciente por reencontrarse con su casa y su jardín.

Pero tan pronto hubo dejado atrás el bosquecito de cipreses y el rumor familiar del manantial, al llegar al recodo de la alameda que conducía a su hacienda, se encontró brutalmente rodeada por dos alguaciles que le cerraron el paso. Con calma, Orovida les hizo frente. El salvoconducto de la reina era terminante y nadie podía ignorarlo. ¿Acaso el corregidor no había sido advertido? Sacando de su escarcela de cuero el documento con el sello real, lo desplegó ante los guardias:

—La reina me ha autorizado a pasar quince días en mis tierras. ¡Aquí está!

—Lo sabemos, señora, pero el corregidor ha promulgado una nueva orden de arresto contra vos.

—No comprendo. ¡Es imposible!

—El corregidor os lo explicará personalmente. Vamos, en marcha, os está esperando.

Estupefacta, apenas sin darse cuenta de lo que le pasaba, Orovida hizo volver grupas a su mula y tomó el camino de Villafranca, escoltada por los dos hombres a caballo. Cuando llegaban a la calzada principal y se disponían a desviarse a la derecha, una mujer vestida de negro se cruzó con ellos en la entrada de la propiedad. En un relámpago, Orovida columbró los ojos desesperados de su hermana con el rostro embozado en una burda mantilla.

Impactada de estupor, Alegra detuvo su cabalgadura. Soltando las riendas, pulverizada por la espantosa visión de su hermana alejándose prisionera entre los hombres armados, cayó en la más profunda desesperación. ¿Qué había pasado? ¿Cómo averiguarlo y en quién confiar en aquella región hostil? Tenía que avisar en seguida a Jufré. ¿Pero acaso ya

no había salido de Segovia? ¿Dónde podía ella esperarlo y cómo? Él también se había dado a la fuga. ¡Dios mío! —gimoteó, perdida— ¿el mundo entero se ha convertido en un infierno?…

—¡Alegra, Alegra, huid pronto!- le gritó súbitamente una voz conocida cascada por la edad.

Desconcertada, volvió la cabeza y reconoció a Fortuna que venía a su encuentro cojeando y llorando.

—¡Huid, Alegra, huid! No sé a qué habéis venido, o mejor dicho, lo adivino…, ¡pero cabalgad sin parar hasta Portugal, a galope tendido!

Sin hacer caso de la súplica de la anciana, con las mejillas inundadas por las lágrimas contenidas desde el día del arresto de Eleazar, Alegra descendió del caballo como una autómata, y se inclinó para besar aquel rostro tan entrañablemente unido a la felicidad de un pasado desvanecido.

—Mi pobre niña, no sigáis en medio del camino —balbuceó la sirvienta— es demasiado peligroso. Vamos a sentarnos un rato cerca del arroyo. Podremos ocultarnos entre los árboles y podréis resfrescaros un poco antes de volveros a marchar.

Al enterarse del arresto de Eleazar, Fortuna no se mostró muy sorprendida. Hacía mucho que temía que un acontecimiento así golpeara lo que quedaba de la familia. Primero Eleazar, ahora Orovida… ¿Cuál sería la próxima víctima?

—¡Alegra, os lo ruego —suplicó—, huid ahora que estáis a tiempo! Sois la única de la familia que tal vez tenga posibilidad de escapar. ¡Tenéis el deber de sobrevivir!

—No, es demasiado tarde. A partir de ahora, ya no puedo irme —respondió Alegra con la obstinación que Fortuna tan bien conocía—. Aun contra mi voluntad, abandoné a Eleazar, y no abandonaré a Orovida. Tengo que saber lo que le ha pasado, y tengo que avisar a Jufré. ¡Sólo Dios sabe cómo lo haré, pero tengo que hacerlo!

—Os lo suplico —insistió la sirvienta poniendo afectuosamente su mano sarmentosa en el brazo de la amazona—. ¡No intentéis lo imposible! Villafranca es una aldea donde nada puede permanecer oculto mucho tiempo. ¡Desgraciadamente, vuestra hermana acaba de pagar el precio de su temeridad! —agregó en un sollozo—. ¡Por el amor de Dios, no cometáis ahora el mismo error! ¡Este país está maldito… primero don David, ahora doña Orovida, oh, os lo suplico, escuchadme, iros de aquí para siempre!

¡Por última vez, huid! don Jufré, Alfonso y yo haremos lo imposible por doña Orovida y por don Eleazar, os lo juro.

Sensible a tan apremiantes imploraciones, Alegra titubeó. Cogiendo distraídamente una brizna de hierba primaveral, se la enroscó alrededor del dedo, repitiéndose en el fondo de sí misma que debía irse, pero sin llegar a decidirse.

Fue entonces cuando el martilleo de los cascos de una cuadrilla de jinetes acercándose a la encrucijada situada a la entrada de la finca, puso término a sus dilaciones.

—¡Alto! —gritó un centinela que se había quedado de guardia en las inmediaciones de la propiedad.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

—¡Guardia, venimos en son de paz!

—Mil perdones —masculló el centinela en tono de excusa—, no os había reconocido, hermanos. En los tiempos que corren, son más frecuentes los salteadores de caminos que los frailes. ¡Excusad mi error, reverendos! ¿Acaso venís a buscar a la viuda judía?

—¡A ella no, a su hermana! ¿Por casualidad no viste a una amazona toda vestida de negro ayer o esta mañana?

—Juro por Dios que no he visto a nadie por estos parajes. Pero tal vez deberíais volver a subir a la ciudad. Allá arriba seguramente os darán mejores informaciones.

Acercando sus cabalgaduras, la cuadrilla tuvo un breve conciliábulo.

—¿No se nos escapará de entre las manos? —dijo una voz—. La cuestión es saber si ella ya se nos adelantó o si aún está a la zaga.

—No os inquietéis, Hermano Gil, somos cuatro. Si ella nos precede, Domingo y yo la alcanzaremos antes de que llegue a la frontera. En caso contrario, vos y el Hermano Antonio sólo tendréis que atraparla en Villafranca o en los alrededores, por donde no dejará de pasar.

—¡Tienes razón, hijo! ¡Ve con Domingo y que el Señor os bendiga! En cuanto a nosotros, el Hermano Antonio y yo vamos a la ciudad para informarnos antes de pedir alojamiento a nuestros hermanos del monasterio en la colina. Agustín de Toro se pondrá contento de nuestra visita. Se rumorea que será el próximo obispo de Villafranca. A petición del corregidor, parece que la reina intervino en su favor. ¡Ahora, hermanos, buena caza y en marcha!

Mudas de terror, Fortuna y Alegra guardaron silencio hasta que el ruido del galope de los caballos se extinguió por completo en la campiña.

—¿Fortuna, qué voy a hacer? —balbuceó Alegra con un nudo en la garganta.

—Ante todo, dejar esta finca porque los inquisidores, tan pronto se instalen en ese maldito monasterio, pasarán todo el tiempo espiando la propiedad con la esperanza de atraparos.

—¿Pero adónde iré? ¡Vigilarán constantemente todas las casas judías y en cuanto los cristianos se den cuenta que es a mí a quien buscan, me denunciarán!

—No hay más que un lugar donde estaréis segura —masculló Fortuna —. ¡Es muy arriesgado, pero en la situación en que nos encontramos! Yo tengo familia en Villafranca. Aunque conversos, jamás ocultaron que continúan viviendo como judíos. Desde los primeros incendios en Sevilla, no he cesado de alertarlos. Pero Miguel hace oídos sordos. Asegura que si los inquisidores vienen a Villafranca, en un dos por tres podrá pasar la frontera con su familia. Pues bien, doña Alegra, los inquisidores están aquí, hoy buscándola a vos, mañana quizás a ellos… ¡Desgraciadamente estoy tan vieja! —dijo pasándose desamparada la palma de una mano sarmentosa por la boca arrugada—. Afortunadamente Alfonso, el intendente, es un hombre joven y fuerte en quien se puede confiar. Él os dará una buena mula y partiréis para Villafranca, en seguida, antes de que la noticia de la llegada de los inquisidores se propague. Si alguien os hace preguntas, dejad que Alfonso responda. Él os conducirá a la casa de los Díaz y les dirá quién sois. ¡Luego corresponderá a vos convencerlos para que se vayan en el acto! Huyendo con ellos, tenéis una posibilidad de pasar inadvertida. ¡De todas maneras, es la última que os queda! ¡Vamos, venid pronto! Atajemos por detrás, para escapar a los centinelas.

El patio situado detrás del almacén de especias de los Díaz estaba atestado de ropa blanca puesta a secar al sol, de baúles cuyo contenido se desparramaba por el enlosado y de utensilios de cocina amontonados contra un muro, los más usados a un lado; los más nuevos, al otro.

—Ahora están limpios. Ya puedes meter la ropa adentro —le dijo Miguel a su mujer, tras haber inspeccionado minuciosamente el interior, una vez más.

—¿No ves que estoy ocupada desplumando esta gallina? —respondió Elvira secamente— ¿Adónde fue Moshico? ¡Con sus trece años, ya es

bastante grande para doblar él solo la ropa y guardarla!

—Fue a buscar la *matzá.*

—¡Lo sé, lo sé, pero hace un siglo que debía estar de regreso! El horno de la sinagoga no está tan lejos. ¡Apostaría a que anda por ahí curioseando o jugando a los dados con alguno de los granujas de la clase de hebreo!

Apenas había terminado la frase cuando Moshico irrumpió en la cocina, pálido y sin aliento.

—¡Pues bien, golfillo, mira que te has demorado! —soltó ella con tono enfadado sin dejar de desplumar a la gallina. Pero al levantar la cabeza, advirtió que algo no iba bien—. ¿Qué pasa? —preguntó, arreglándose un mechón de pelo escapado de su cofia—¿y qué haces con ese trozo de tela sobre el brazo?

—¡Mamá, los inquisidores han llegado a la ciudad! —tartamudeó el niño— Están buscando a alguien, pero no sé a quién. Me lo dijo Baruh en el horno. Él me dio este pedazo de tela para recubrir la *matzá,* por si acaso me encontraba con ellos. También me dijo algo a propósito de unos asnos, pero ya no me acuerdo qué.

Miguel, quien había seguido a su hijo a la cocina, trató de tranquilizarlo mientras le dirigía una rápida mirada a su mujer:

—Está bien, Moshico, has sido valiente trayendo la *matzá* —dijo dándole una palmadita afectuosa en la cabeza—. ¡Ahora, vamos! Ha llegado la hora de irse. ¡Hagamos como nuestros antepasados cuando huyeron de Egipto! No llevaremos más que unas cuantas monedas de oro y algunas especias, como si fuéramos a hacer una simple entrega.

—¡Sí, llenemos pronto las cestas!- exclamó Elvira repentinamente emocionada, dejando caer de sus rodillas a la gallina, sin preocuparse de recogerla del suelo.

—¡Silencio, mujer, y calma! Todo está listo desde que llegaron los primeros fugitivos de Sevilla. ¡Si no oculto mis convicciones, eso no quiere decir que no tenga cerebro! Mi fe sólo puede sobrevivir si yo mismo sigo vivo, y después de mí, mi hijo. No hay que morir inútilmente. ¡De momento, lávate las manos, sacude las plumas de tu blusa y prepárate! Yo cargo al asno. Saldremos por la puerta del Cristo.

—¿A pie? —comentó Elvira, consternada.

—¡Claro que no! Tres asnos nos esperan en el patio de Baruh. ¡Vamos, Moshico, ayúdame a trasladar las cestas! Están allí, detrás del mostrador.

Padre e hijo las sacaron a la calle y las cargaron sobre el asno atado a una argolla empotrada en la pared.

Unos minutos más tarde, Elvira se reunió con ellos. Iba a cerrar la puerta con dos vueltas de llave cuando, en voz baja, Miguel le susurró:

—No, al contrario, déjala entreabierta como acostumbramos a hacer. Así nadie pensará que nos hemos ido y, de momento, no nos perseguirán. Hay que ganar tiempo.

Estaban a punto de ponerse en marcha cuando divisaron a Alfonso, quien se dirigía hacia ellos a galope, seguido por una mujer vestida de negro que cabalgaba sobre una mula.

—¡Don Miguel, Fortuna me manda a veros! —soltó rápidamente.

—Si es para avisarme de la llegada de los inquisidores, ya lo sé.

—¿Pero sabíais también que están aquí por la hermana de doña Orovida?

—¡Bendito sea el Dios de Israel!: ¿es, pues, tras ella que van? —soltó Miguel en voz baja, perdiendo aparentemente su sangre fría por primera vez desde la llegada de su hijo.

Alfonso asintió y prosiguió apresuradamente:

—Su esposo, don Eleazar, médico de la Corte, cayó en manos de la Inquisición en Segovia. Por eso buscan a doña Alegra entre Villafranca y la frontera. Fortuna pensó que si decidís huir, lo que os aconseja ardientemente, doña Alegra podría irse con vosotros y dejar España en condición de miembro de vuestra familia. Por ahora, es a ella, y no a vosotros, a quienes persiguen…

—¡Pero, Miguel, si descubren a la señora en nuestra compañía, nos arrestarán a todos! —gimoteó Elvira.

—¡Silencio, mujer! ¡Debería darte vergüenza! El peligro es el mismo para cualquiera de nosotros, ya que jamás hemos disimulado nuestra fe. En un abrir y cerrar de ojos nuestros vecinos traerán a los inquisidores para que la busquen en nuestra casa. ¡Cuando nos echen el guante, poco importará si ella está o no con nosotros! No olvides que huir equivale para ellos a una confesión. ¡Así que no perdamos estos minutos tan preciosos! ¡Venid, señora, seguidnos!

Cuando Miguel cogió las riendas de su mula para hacerla dar media vuelta, Alegra sintió —por primera vez desde su fuga de Segovia— que la tenaza que le oprimía el pecho se aflojaba. Ciertamente la suerte de su marido y la reciente visión del arresto de su hermana continuaban

atormentándola, pero el alivio que experimentaba ahora, al sentirse en manos tan valientes y honestas, la ayudaba a reanimarse. Por eso fue con cierta serenidad que se dejó llevar al paso de la mula, trotando detrás de la pequeña familia de apariencia sosegada que al poco rato franqueaba la puerta del Cristo en dirección al oeste.

Tal y como temía Miguel, una hora después los inquisidores estaban en su casa. El sastre Efraín Levi los había llevado hasta allí. Unos meses antes había sido sorprendido a la salida de un prostíbulo cristiano y no le quedó más remedio que convertirse para salvar el pellejo. De modo que tenía que mostrar el máximo de fervor de cara a las autoridades religiosas para probar la veracidad de sus nuevas convicciones.

—Aquí ya no hay nadie —refunfuñó el joven y granujiento Hermano Antonio, tras haber dado en vano dos vueltas a la casa—. ¿Pensáis que han tenido tiempo de escapar al enterarse de nuestra llegada?

—En lo que a mí respecta, no lo creo —replicó el Hermano Gil—. Todos sus trastos están aquí. ¡Miradlos, si hasta hay una bolsa llena de castellanos! —exclamó sacando la cabeza tonsurada de debajo del mostrador— ¡Ningún judío dado a la fuga dejaría tanto dinero tras de sí!

—En cualquier caso, la mujer parecía estar en plena limpieza de primavera —prosiguió otro esbozando un mohín dubitativo.

—Claro que sí, es costumbre entre los judíos en víspera de la Pascua —intervino el sastre.

—Lo sabemos —replicó secamente el joven dominico mientras seguía registrando indolentemente, examinando aquí un vestido, levantando allá una manta, antes de descubrir la gallina medio desplumada, tirada en el suelo.

—La mataron a la manera judía —confirmó amablemente el cristiano nuevo, mostrando las patas azuladas y el pescuezo.

Horrorizado ante esta primera señal de flagrante judaización, el monje dejó caer la gallina con asco. Fue entonces, mientras salía del patio, cuando la hebilla de su sandalia se enredó con las fibras de un viejo trapo caído en el suelo. Al agacharse para soltar el hilo, descubrió debajo del pedazo de tela la *matzá* recientemente cocida que Moshico había dejado caer en su precipitación. Persignándose frenéticamente, el monje corrió adonde estaba su superior.

—¡Que nuestro Señor Jesucristo nos ampare, hermano! ¡Este sitio es un verdadero antro de perdición y herejía! Sólo Dios sabe hasta dónde sus

raíces pueden extenderse a lo largo de la ciudad. ¡Vayamos pronto a avisar al prior, para que en el acto haga extirpar estos horrores!

—Hijo mío, no mezclemos las cosas, ¿de acuerdo? —pontificó el Hermano Gil, con una sonrisa sosegadamente paternal iluminando su rostro de querubín— Nuestra misión es encontrar a la mujer de Nonell y llevarla ante sus jueces. Obviamente no está aquí, lo cual no me sorprende mucho. ¿Por qué una hereje iba a refugiarse en casa de unos conversos que ni siquiera trataban de ocultar sus prácticas impías? Tenemos que continuar nuestra búsqueda en otra parte. Volveremos por aquí más tarde, cuando regresemos al monasterio. Para entonces, esta familia estará sin duda de regreso para terminar los preparativos de su infame Pascua. Entonces los pillaremos tranquilamente y podremos ponerlos bajo vigilancia hasta que hayamos decidido su suerte.

—¿Pero y si, mientras tanto, se enteran de nuestra presencia y huyen?

—No temáis, querido hijo —prosiguió el monje cada vez más empalagoso—. En ese caso, aún tendremos tiempo de enviarle un mensaje a Domingo y a Gaspar para que les cierren el paso. No temáis, no escaparán, Hermano Antonio. ¡El Señor está con nosotros!

Frenado en su vehemencia por defender su santísima y católica fe cristiana, el joven y ardiente inquisidor no se quedó muy convencido. Pero, por deferencia y disciplina hacia su superior, no dejó entrever nada.

Arias de Anaya estaba jubiloso. Con el triunfo al alcance de la mano, ya saboreaba sus primicias. Por fin iba a poder actuar a su manera. Ahora la reina estaba totalmente atareada con la guerra, y los conversos influyentes de la Corte, quienes desde hacía mucho habían perdido el favor real, no podrían apartarlo de su presa. ¡Sí, las cosas habían cambiado mucho en el reino católico de España! No sólo el mismísimo Álvaro de Portela había tenido que conformarse con arrancarle a Isabel una insignificante concesión en favor de la puta judía, sino que la reina no había anulado la decisión de su representante, prueba evidente de la confianza que depositaba en él. ¡Por eso y tomando en cuenta el nuevo «delito» encontrado para embrollar a la viuda, las disposiciones del destierro con respecto a ella estaban ahora totalmente superadas! No obstante, habría que maniobrar con cautela. De momento, se contentaría con la dama y, al año siguiente por la misma época —hacia Semana Santa—, para señalar el aniversario de su victoria, lanzaría al populacho contra toda la comunidad judía…

—¡Despacio, no la maltratéis! —aconsejó, guasón, el corregidor a sus hombres cuando las puertas del despacho se abrieron, dando paso a la prisionera— ¡La quiero intacta!

Tras despedir a los guardias con un gesto impaciente de la mano, se acercó dando pasitos a Orovida, como una fiera clavando la mirada en su víctima.

—¡Bueno, flor de Judá, a pesar de vuestro paseito en burro y la soberana paliza que habéis recibido, estáis como siempre resplandeciente! ¡Siempre he dicho que los judíos poseen el misterioso poder de sobrevivir! Eso debe de formar parte de su pacto con el demonio…

Orovida no rechistó, y Anaya se adelantó a responder la pregunta que se leía en sus ojos.

—¡Ah, sí, señora! Debéis saber por qué he decidido arrestaros a pesar del salvoconducto de la reina. Pues bien, os lo diré, es muy simple: una nueva prueba de vuestra aventura con Jufré del Águila acaba de serme suministrada, así como la de cierto número de… llamémosles, pequeños descarríos de vuestro más reciente pasado. —Deteniéndose un instante, la miró de arriba abajo estudiando su reacción, pero al ver que permanecía impertérrita, prosiguió subiendo un poco el tono—: Sí, vuestro amante, Su Excelencia Jufré del Águila, quien sabía enmarañar muy bien las pistas en el curso de vuestras escapadas nocturnas, lamentablemente descuidó un pequeño detalle, a saber, la existencia del monasterio de la Encarnación, en la colina. Aunque extremadamente informado sobre las costumbres del prior, parece haber ignorado los insomnios casi diarios del reverendo. De manera que el santo hombre se pasa la mayoría de las noches meditando y rezando detrás de su ventana. En esas condiciones, y en contra de su voluntad, sorprendió varias veces a Del Águila saliendo de vuestra casa con las primeras luces del alba. En consecuencia, estoy rotundamente convencido de que no se os ocurrirá, ni por un segundo, poner en duda la veracidad de tal testimonio, el de un tan eminente dignatario de nuestra Santa Iglesia católica, Agustín de Toro, futuro obispo de Villafranca.

Viendo que al oír estas palabras Orovida palidecía, Arias de Anaya paladeó con fruición su primera tufarada de venganza.

—¿Debo continuar —rió sarcásticamente con rostro malvado— hablando también del guardián nocturno de la prisión, cuya memoria hay que refrescar constantemente? Pues bien, sí, el muy bribón se retractó de su declaración inicial. ¡Pero en una segunda deposición, dijo bajo juramento

que la misma noche en que os entregasteis a Juan Ruiz antes de ser arrestada, habíais, por vuestra propia voluntad, fornicado con él, en el pasillo de la prisión, a cambio de una vela!

De nuevo, Anaya hizo una pausa para evaluar el impacto de sus palabras. Pero Orovida seguía impasible. Curiosamente, como si ninguna de estas calumnias le concerniera, súbitamente se sentía presa de una especie de parálisis pasiva y mórbida. Lo de menos era que hubieran recompensado al prior ofreciéndole un obispado, que hubieran sobornado al carcelero o que lo hubieran descuartizado para «refrescarle» la memoria… sin duda esas hipótesis eran una bagatela comparadas con lo que le esperaba. Así que esforzándose por conservar la calma, aislándose interiormente, luchó con todas sus fuerzas acumulando y organizando en su mente sus propios argumentos de defensa. Era mejor dejar que Anaya escupiera primero todo su veneno.

—Proseguid —dijo ella con voz apagada, envarándose al sentir la abyecta caricia del corregidor quien, al pasar por detrás de ella, acababa de ponerle las manos en las caderas, regodeándose en evaluar la curva de sus muslos.

—Recientemente, de paso por Mérida, cerca de la heredad de don Álvaro, Ruiz conoció a una chica encantadora llamada Teresa, lozana, ingenua, nada sospechosa de mala fe. Él sostuvo con ella una conversación muy agradable y de lo más instructiva.

De pronto, interrumpiendo sus modales obscenos, Anaya se puso otra vez frente a Orovida. Y cogiéndole el mentón entre el pulgar y el índice, giró su cabeza a un lado, luego al otro, examinándola desde todos los ángulos, como un chalán echándole una ojeada a su ganado. Luego, pegando su rostro contra el de ella, aliento contra aliento, siguió mirándola fijamente con una mueca malsana:

—¿Y bien, puta judía, confiésame ahora qué astucia de bruja empleaste para devolverle al viejo su virilidad?

Indignada por su vil grosería, Orovida retrocedió un paso.

—¡Sois inmundo! —estalló, incapaz de reprimir el asco—. ¿Cómo osáis insinuar semejante cosa, infame vicioso?

—¡Vaya, vaya, tranquila, hija mía! ¡Sois más hechicera cuando montáis en cólera! ¿Vicioso? ¡No, simplemente realista! Desde el momento en que llegasteis a su casa, Álvaro de Portela no os dejó ni a sol ni a sombra: hora tras hora, día tras día, semana tras semana, os siguió a todas

partes, en el exterior, en su casa, en la vuestra. No pretenderéis ahora que él no os llevaba del brazo y que sus manos jamás entraron en contacto con vuestro cuerpo. ¿Cómo explicar entonces el trabajo que se tomó para rehabilitaros ante la reina? Creedme, ángel mío, ningún hombre emprende jamás esa clase de diligencia gratuitamente…

—¡Ningún hombre de vuestra calaña! —contestó Orovida fuera de sí, calculando las posibilidades de escapar a la viscosidad de tal avalancha de abominaciones. ¿Las pruebas de De Toro? No constituían más que una tentativa de intimidación. Su testimonio no era más peligroso que todos los ya presentados a propósito de sus relaciones con Jufré. ¿El carcelero? Su inconstancia y su inconsistencia en tanto que testigo quedarían fácilmente probadas. ¿La acusación de haberse acostado con De Portela? El caballero la defendería ante cualquier tribunal y no tenía ninguna duda de que su palabra sería más fuerte que todas las acusaciones inventadas por seres tan ruines como Anaya y Ruiz. ¡No, su situación no era tan desesperada!

—¿Eso es todo? —casi exclamó ella, desafiando a su innoble acusador.

—¡No! Aún tengo una pequeña noticia para vos, monada; Luis de Salazar ha muerto. Lo mataron cuando llevaba sus tropas a Alhama en auxilio del marqués de Cádiz.

—¡No lo creo —jadeó ella—, es otra de vuestras monstruosas mentiras!

—¡Pues bien, pedid confirmación a vuestro amante o a vuestro amigo De Ribera; o mejor no, ahora es inútil, hija mía! La partida ha terminado. Luis de Salazar está muerto, y Del Águila, pensando protegeros mediante el salvoconducto de la reina, os cree camino del exilio o ya en lugar seguro. Nadie puede ya salvaros.

Al ver que Orovida titubeaba, un estremecimiento de placer lo recorrió de la cabeza a los pies.

—Dentro de un rato mis guardias van a hacerse cargo de vos, pero no temáis, os he reservado la misma celda que De Contreras os dio, la destinada a nuestros huéspedes ilustres… ¿De qué os quejáis, hija mía, no os había prevenido que, llegado el momento, yo tramaría para vos un tratamiento a mi manera? ¡Una mujer tan excepcional como vos no puede padecer la suerte de un vulgar condenado a muerte! No, yo os visitaré esta noche y ambos discutiremos cómodamente.

Cuando estaba a punto de llamar a sus alguaciles, un ligero golpe en la puerta se dejó oír.

—¿Qué pasa?

—Un mensaje urgente para vos, Excelencia.

—¡Entra, pues, de una vez, sapo, y no me hagas perder el tiempo!

Doblando el espinazo, Juan Ruiz se deslizó en la habitación como si tratara de volverse invisible. Ignorando la presencia de Orovida, se acercó a su amo y le habló al oído.

—¿A qué viene tanto misterio, imbécil? —lanzó el corregidor apartando a Ruiz de un codazo—. ¡Al contrario, las noticias que me traes van a interesarle mucho a nuestra viuda! Por lo menos, le procurarán materia de reflexión cuando se encuentre sola en su calabozo. ¡Vamos, díselo, Ruiz, díselo!

Triunfante, Ruiz se irguió:

—Viuda, tu cuñado Eduardo Nonell está en manos de la Inquisición. ¡Van a juzgarlo en Segovia!

A todo lo largo de la jornada, Orovida no hizo el menor movimiento. Acurrucada en un húmedo jergón, en una esquina de la celda, intentó que su mente vagara fuera de la realidad. No tenía otra salida. Mientras más consiguiera desprenderse de este mundo, más fácil le resultaría abandonarlo. La efímera ternura de la primavera, su primavera, acababa de desvanecerse en la nada. Desde el principio, había presentido que el mundo sería el vencedor y había entrevisto el precio a pagar. Su suerte estaba echada. Ahora sólo faltaban por venir los sufrimientos. ¿Eleazar en su prisión se estaría preparando también para lo mismo? ¿Cómo elegiría morir? ¿Como cristiano descarriado, como un judío digno o en calidad de hombre que sólo creía en la vida, capaz de haber arriesgado la suya por la de otro? Para Alegra, en todo caso, sería diferente. ¡Si la arrestaban, seguramente abjuraría, porque ella tenía demasiado apego a la vida! Pero ¿podía sentirse avergonzada por ello? ¡La vida traía consigo tantas alegrías!

Ante ese pensamiento, el recuerdo de Jufré invadió su corazón haciéndole renunciar, en un sobresalto, a su deseo de morir. Ya una vez él la había devuelto a la vida y en aquel instante seguía reteniéndola firmemente en este mundo. ¿Pero sabría a tiempo que ella había caído en manos de Anaya? ¿Conseguiría una vez más anular el inexorable proceso que la conducía a su perdición? Titubeante, un resplandor de esperanza se filtró en su alma. ¿Acaso desde que murió David, la muerte no la había acosado sin

descanso? Sin embargo, Jufré la había salvado en todas las ocasiones. Jamás la había abandonado en la adversidad. ¿Por qué iba a flaquear ahora su amor? Ella debía conservar la confianza en él, su fe en él. Vendría. No la abandonaría…

Por eso fue una Orovida mucho más serena la que Anaya encontró por la noche en la celda. ¿Jamás la tendría en su poder? —rabió para sus adentros al mirarla—. ¿Jamás la vería arrastrarse a sus pies? ¿Sería posible que satánicos poderes la preservaran incluso de la angustia de la muerte? Ciertamente esperaba cualquier cosa de ella, pero no eso.

—Yo podría haceros ahorcar mañana mismo —silbó atrayéndola brutalmente hacia él por un mechón de sus dorados cabellos—, pero pensándolo bien, no lo haré. ¿Sabes por qué, pilla? ¡Pues porque antes de que tu cuerpo de bruja perezca, he decidido disfrutarlo!

Soltando su cabellera, le acercó una vela al rostro, acechando ávidamente la mirada de la prisionera. Pero, aunque indignada de asco y horror, consiguió hacerle frente sin pestañear. Era su humillación absoluta lo que él quería, ella lo sabía bien. Para él, su muerte ya no era suficiente. Era menester que la judía se sometiera al cristiano y le dejara disponer de ella a su antojo. Sin duda hubo un tiempo en que hubiera preferido —o creído preferir— la muerte a semejante degradación, pero la reciente acumulación de sufrimientos le había enseñado que quería vivir, vivir para amar a Jufré. Su cuerpo no era, no sería, más que una cáscara vacía. ¡Si eso podía procurarle una tregua, quizá salvarla, pues bien, sólo había que dejarse poseer! Su corazón, su alma seguirían estando intactos.

—¡No me engañes, zorra! —chilló de nuevo, como si adivinara sus pensamientos— ¡Yo no te quiero como te tuvieron Ruiz o el carcelero! ¡No, yo quiero que te entregues a mí como lo hiciste con Jufré del Águila: ardiente, apasionada, amante! ¡Quiero que me ames, judía, que realmente me ames! ¡Créeme, no lo lamentarás: te procuraré inolvidables recuerdos que llevarás al patíbulo!

Tiritando ante esta última abominación, de pronto Orovida se encontró asfixiada contra el poderoso torso de Anaya, con la boca aplastada contra la suya, los senos amasados por un puño de hierro. Bruscamente, él le cogió una mano e introduciéndola a la fuerza por debajo de sus calzones, la obligó a mantenerla presionada contra su sexo fofo e inerte.

—¡Ahora, muéstrame lo que le hiciste a De Portela! ¡Nunca lo he intentado con una judía! ¡Seguramente posees talentos diabólicos que

nuestras damas cristianas desconocen! ¡Una vez que hayamos empezado, ya verás, soy incomparable! ¿Pero, por qué tiemblas? ¿Por qué, antes de morir, una ramera judía como tú no va a honrar con sus servicios a un gentilhombre de pura sangre cristiana?… ¡No me digas que la idea de invertir los papeles te repugna! ¡Si lo has hecho gustosa por el caballero, hazlo ahora por mí! ¿Me oyes? ¿Por qué tu mano está tan fría e inactiva? ¿Hasta ese punto me tienes horror, o es que quieres cortarme todas mis sensaciones? ¡Responde! —gritó rechazando brutalmente los dedos de la mujer—. ¡Ah!, ahora tienes miedo de hablar, ¿no es verdad? ¿Acaso temes que cambie de opinión y que te ahorque al amanecer? ¡Ten cuidado! ¡No quieres morir, pero te niegas a ofrecerme unas delicias cuyos secretos sólo puede conocer una ramera como tú! ¡No es razonable! ¡Tu vida está entre mis manos, no lo olvides! Ya conoces mis condiciones. Mañana volveré. ¡Buenas noches!

La pesada puerta se cerró y los cerrojos resbalaron con un siniestro crujido. Esta vez Orovida había tocado el fondo de la miseria humana. ¿Qué le había hecho al mundo, al cielo, para merecer semejante castigo, para conocer aquel grado de humillación, de envilecimiento, infligido por un maníaco impotente que le pedía nada menos que le devolviera la virilidad concediéndole la posesión total de su cuerpo y de su alma? Sólo aquella repugnante exigencia le daría satisfacción, y le probaría que sin duda era el hombre irresistible que moría de ganas de ser. Una vez obtenido aquel inmundo goce, él la entregaría a la muerte. No había más salida. «Yo te ordeno hacer de mí un hombre y amarme según mis condiciones. ¡Si no lo consigues, morirás! ¡Si lo consigues, también morirás!» Entonces, ¿por qué no negarse de entrada, ahorrándose así un inútil calvario? Por una sola razón: mientras Jufré viviera, ella tampoco debía morir. En la jaula de hierro a la que había sido arrojada, Anaya aún dejaba que se filtrara un ínfimo resplandor, un hilo de esperanza: el tiempo. Sólo el tiempo podía permitirle a Jufré enterarse de lo que le había ocurrido; sólo el tiempo le dejaría quizás hallar el medio de salvarla antes de que fuera demasiado tarde. Dios todopoderoso, ¿de dónde sacaría fuerzas para interpretar la odiosa farsa?

Aquella noche, sólo el Dios de Israel conoció el inconmensurable precio de sus lágrimas.

OceanofPDF.com

XXX

Para Eleazar la muerte era una compañía familiar, y por eso le temía menos que la mayoría de los hombres, pero se negaba a morir injustamente. Ciertamente, había blasfemado y pisoteado los restos de una estatua de la Virgen, pero en ningún momento sus palabras ni sus acciones habían sido intencionadas, pues el yeso no podía considerarse como una materia sagrada y viviente. Ahora bien, el principito vivía. ¿No era eso suficiente? Si la «herejía» que le exhortarían a confesar, si la «fe» a la que le ordenarían renunciar para escapar a la hoguera, no eran más perniciosas que su testaruda devoción por preservar aquella vida preciosa, entonces su proceso debía ser el de la inocencia. No obstante, examinando esta hipótesis se dio cuenta de que ningún argumento presentado por su defensa resistiría al fanatismo de los inquisidores. Más aún, estaba Alegra. Por ella, había que tratar de salir bien del aprieto a cualquier precio para permitirle rehacer su vida si, por suerte, ella escapaba a la red de sus perseguidores. En caso contrario, él debía por lo menos dejarle la posibilidad de abjurar para salvar su vida. ¡Pobre Alegra, que amaba tanto la vida! El martirio no estaba hecho para ella. Por otra parte, ¿no le había siempre enseñado que la vida era el valor supremo y que había que salvarla pasara lo que pasase, incluso si para conseguirlo era preciso hacerle el juego a sus verdugos? Así que personalmente reconocería su culpabilidad, haría un acto de contrición, se arrepentiría humildemente y aceptaría la penitencia para reintegrarse en el seno de la Iglesia. Si se lo permitían, acto seguido iría a Portugal. Si no, ¿terminaría sus días en un lugar perdido, como médico y comadrón rural? Finalmente la calamidad no sería demasiado grande… Cuando tomó su decisión, se durmió profundamente y sólo despertó por la mañana con el ruido de la enorme cerradura de su celda, maltratado por los guardias, todo ello amenizado con un rosario de injurias.

—Prisionero, aquí tienes tu sémola —berrearon a coro—. ¡Despiértate y date prisa en beber! El reverendo padre te espera.

Rápidamente, Eleazar salió de la raquítica cama de paja que le había servido de lecho, sacudió las briznas pegadas a su jubón, cogió el pegajoso tazón y se lo llevó a los labios. Pero al ver cuatro insectos parduscos que

daban vueltas desesperadamente en el espeso líquido, sin siquiera tocarla, devolvió su pitanza a los carceleros.

—¡Vámonos! —dijo.

—Tenemos órdenes de hacerte comer primero —gruñó uno de ellos tendiéndole de nuevo el tazón.

A regañadientes, Eleazar lo cogió, hizo como si se dispusiera a beber y luego, fingiendo un súbito calambre en la mano, lo dejó caer al suelo.

—Peor para ti, torpe —se burló el guardia—. ¡Sólo Dios sabe cuándo te traerán otro tazón!…

Mientras el hombre hablaba, Eleazar sacó un pañuelo de la limosnera que llevaba colgada en la cintura y se agachó para limpiar las gotas de líquido que le habían salpicado las calzas y los zapatos. Pero el bruto no le dio tiempo. Arrancándole el pañuelo de las manos y expectorando ruidosamente, el guardia escupió a sus pies.

—¡Limpia eso también! ¡Vamos, basta de remilgos, aquí estás en una prisión, no en una sala de banquetes!

Y para que lo entendiera mejor, redobló sus argumentos dándole al prisionero una patada en las tibias. Empujándolo, los guardias lo hicieron salir, obligándolo a recorrer los sombríos y asfixiantes dédalos subterráneos del monasterio de Santa Cruz hasta llegar a una escalera de madera carcomida y a un último corredor oscuro que conducía a una vasta sala abovedada.

Tras otro empellón, Eleazar franqueó la puerta y se halló en medio del salón, amueblado con una única y larga mesa detrás de la cual lo esperaban sus jueces. Por encima de ellos, colgando de la pared, había un gran crucifijo de madera: severo y silencioso testigo de la escena.

—Acércate, cristiano —dijo una voz inexpresiva que resonó curiosamente en el vacío antes de perderse en el techo abovedado.

Con sus suelas pegajosas a causa de la sémola, Eleazar dio unos torpes pasos en dirección al inquisidor. Vestido de blanco, inmóvil en una silla de alto respaldar, situado en el centro de la mesa, el sacerdote esperaba pacientemente. Sentado en un estrecho banco, en la otra punta de la mesa, a la derecha del inquisidor, un clérigo garabateaba frenéticamente, interrumpiéndose sólo para echar hacia atrás, de vez en cuando, una capucha demasiado grande que le caía constantemente sobre los ojos.

—Acércate, pecador —repitió el dominico—, acércate, y confiésame tus pecados.

—¿Qué debo confesar? —preguntó prudentemente Eleazar, avanzando un poco más para tratar de calibrar con la mirada a su interlocutor.

—Tu retorno a la observancia de la ley de Moisés y a los crímenes contra la santa madre Iglesia. Si pides perdón, si te arrepientes de tus pecados y nos revelas cuanto sabes de las prácticas heréticas entre tus allegados, te reconciliarás con la Iglesia y serás reintegrado en su seno. En cambio, si te niegas, se te juzgará por herejía y tu castigo será proporcional a tu crimen. —La voz era monocorde, el rostro demacrado, amarillento, tan hermético como una losa sepulcral.

—¡Escribano, entréguele la fórmula jurídica al acusado! ¡Es letrado y puede leerla él mismo!

Un poco desconcertado, el hombre resbaló a lo largo del banco, se levantó y se dirigió hacia Eleazar, papel en mano.

—Leed aquí —indicó con un dedo manchado de tinta—, luego añadid vuestra confesión. Hablad lenta y claramente, de manera que yo pueda tomar nota.

«Reverendísimo padre, comenzó Eleazar con voz baja y respetuosa, yo, Eduardo Nonell, médico de la Corte de los monarcas católicos, residente en Toledo, me presento ante vos, con humildad y contrición, confesando sin reserva haber ofendido gravemente a mi Señor y Redentor Jesucristo, a Su Santa Ley y a Su Fe. Con el más profundo y sincero arrepentimiento, reconozco haber cometido…»

Pero ahí la fórmula se interrumpía, y Eleazar titubeó. ¿Qué había que decir? ¿Que había vuelto a la observancia de la ley mosaica? Rápidamente hurgó en la memoria tratando de recordar cualquier acto de judaísmo desde su conversión, pero no encontró ninguno. Salvo error, su último contacto con judíos practicantes había tenido lugar durante la celebración del *Séder*, en casa de los Villeda, en la víspera de su bautismo. Después de eso, ni la más mínima manifestación de su antigua fe le venía a la memoria, tanto más cuanto que era cierto que había cesado toda práctica de su religión mucho tiempo antes de aquella última ceremonia. Así que saltándose deliberadamente lo que hubiera debido ser la primera parte de su confesión, pasó sin transición a la segunda:

«… Padre, reconozco haber cometido un pecado provocando sin querer e inocentemente la caída de la estatua de la Virgen María puesta en el altar del cuarto de Su Alteza Real, el príncipe Juan. Igualmente reconozco haber cometido un grave sacrilegio cuando, en mi prisa por

socorrer al niño que estaba muy grave, pisoteé los pedazos rotos de la estatua. También confieso haber pecado cuando, en un momento de cólera, blasfemé contra Nuestro Señor Jesucristo. Por último, reverendo padre, sin duda en ocasiones he descuidado el cumplimiento de mis deberes de buen y fiel cristiano, dejando de asistir a la misa y a la confesión con la asiduidad y el celo deseables en un servidor de nuestra Santa Fe católica; no obstante lo cual estas negligencias se debieron a la atención consagrada a mis pacientes, ya fuesen de sangre real, nobles o gente común. Juro, pues, no volver a caer en actos tan impíos y adoptar de ahora en adelante una conducta más conforme a mi fe cristiana católica. Para todas estas faltas, imploro perdón y misericordia.»

—¿De sangre real, nobles o qué…? —preguntó el clérigo sin levantar la cabeza.

—Gente común —repitió Eleazar con voz neutra.

—¿Hijo mío, eso es todo cuanto tenéis que confesar? —preguntó el inquisidor con tono desabrido.

—Sí, padre.

—¿Estáis absolutamente seguro? Si no me equivoco, no habéis mencionado ninguna acción judaizante.

—No, padre, porque no he cometido ninguna.

—Reflexiona bien, cristiano descarriado —gruñó el inquisidor— ¿Conoces el castigo reservado a aquellos que se niegan a hacer confesiones completas?

—Padre, le repito que no cometí ningún acto judaizante.

—¿Y no conoces a nadie que haya pecado?

—Padre, mi vida está dedicada por entero a mis enfermos. No tengo tiempo para interesarme por la vida de otros conversos.

—¿Así, pues, confiesas haber faltado al deber de todo cristiano que es acosar sin cesar a la herejía y denunciarla? De ese modo te haces culpable, por omisión, de incitación y complicidad con esa plaga.

Aunque la acusación era excesiva, Eleazar se cuidó mucho de protestar y confesó la falta. Si quería salvar la vida, no tenía otro remedio. Con aire sumiso, repitió la fórmula:

—«Reconozco haber estimulado la herejía por omisión y pido perdón por ello.»

—¿No te acuerdas de nada más?

—No, de nada.

—Reflexiona bien, hijo mío. No olvides que la Iglesia siempre muestra el mayor rigor hacia aquellos que se hacen culpables de confesiones incompletas o se niegan a aportarle su piadoso concurso. Mientras mayor es el crimen, más severo es el castigo.

—Padre, lo juro, no tengo nada más que confesar.

—¡Está bien, marchaos, pecador! Ya que es así, seréis citado ante el tribunal dentro de dos días y vuestra defensa estará garantizada por la corte.

—Reverendo padre, os lo agradezco, pero prefiero defenderme yo mismo.

—Se hará, pues, según vuestro deseo. Siguiendo el procedimiento del Santo Oficio, un cuestionario será redactado, al cual responderán vuestros testigos.

—No deseo recurrir a ningún testigo —replicó Eleazar calmadamente —. Sólo el Hermano García asistió a la escena del «crimen».

«¿Qué jugarreta de hechicería se guarda en la manga el judío para estar tan seguro de sí mismo?», se preguntó pensativo el inquisidor, mientras veía alejarse al acusado, quien no parecía haber perdido nada de su elegante entereza y dignidad, a pesar de lo precario de su andar a causa del estado de sus zapatos.

Pero, en realidad, Eleazar estaba lejos de sentirse tan seguro de sí mismo como intentaba aparentar. Al contrario, su confianza se había resquebrajado mucho, porque había sido obligado a confesar que estimulaba la herejía. Hábilmente el monje lo había hecho cometer un error agravando considerablemente su caso. La partida se revelaba peligrosa y había que redoblar la vigilancia durante el proceso…

Por eso los siguientes días, aunque de hecho se daba cuenta de que había poca cosa que añadir a su confesión, trató de poner a punto un sistema de defensa lo más sólido posible. Pero, ¿que más podía declarar para justificar su devoción —puesta por encima de cualquier otra consideración espiritual o temporal— al futuro soberano de España? La reacción de la Inquisición ante sus argumentos no dependería solamente de su habilidad para esgrimirlos, ni tampoco de la opinión de sus jueces. Dada la naturaleza de su proceso, el factor esencial y decisivo residía en la relación de fuerzas existente entre la Inquisición y los monarcas católicos. Ahí estaba la verdadera incógnita. Poco conocedor de las sutilezas de esas relaciones y, por consiguiente, ignorante de su real influencia, era difícil formular un pronóstico serio. Era preferible conformarse con su propia apreciación de

los hechos y analizar lo mejor posible las posibilidades de salvación con el fin de sacar las mejores conclusiones. Ahora bien, los argumentos lógicos parecían categóricos: tener en cuenta, ante todo, la salud del príncipe Juan. Sólo eso debía prevalecer sobre el resto. Por lo demás, ¿acaso era imaginable que la reina Isabel, su madre, lo juzgase de otro modo? Aunque la cuestión crucial seguía siendo quién manipulaba a quién: ¿Isabel a la Inquisición o la Inquisición a la reina?…

La mañana de su proceso, cuando Eleazar penetró en la sala de audiencias, ésta zumbaba de actividad. Varios grupos de familiares de la Inquisición, vestidos con cortas túnicas o largos hábitos, estaban ya en los bancos e intercambiaban opiniones y confidencias en voz baja, esperando para emitir un juicio sobre la documentación del expediente que sería sometido a su consideración, mientras a cada extremo de la larga mesa, clérigos y asistentes reunían notas y papeles antes de la inminente apertura de la sesión. Por fin dos inquisidores, aquel ante quien ya Eleazar había comparecido el día anterior, y otro dominico, tan parecidos entre sí que era difícil distinguirlos, se dispusieron a presidir el debate. Rodeado de guardias, Eleazar llegó al centro de la sala, y se situó frente a los inquisidores. Los monjes invitaron al fiscal para que viniera a presentar el acta de acusación.

Entonces, separándose de una de las angostas ventanas desde donde observaba a los jóvenes monjes rezando en la tranquilidad del claustro, una silueta corpulenta avanzó hasta situarse delante del tribunal. Un asistente le extendió un documento al fiscal, quien tras desplegarlo lentamente, empezó a leerlo con voz vibrante:

«Mis reverendos padres, yo, Fernán Jiménez, canónigo de Ávila, fiscal del Santo Oficio de la Inquisición, en presencia de vuestros venerados hermanos aquí reunidos, en virtud de mis atribuciones y según mi deber, denuncio al acusado aquí presente, Eduardo Nonell, médico de la Corte, como hereje y apóstata de nuestra Santa fe cristiana y católica. Este último, aunque habiendo aceptado los santos sacramentos y el bautismo, cristiano a los ojos de todos y disfrutando de todas las libertades, prerrogativas e inmunidades otorgadas a los cristianos católicos, ha vuelto a ser hereje y renegado, observando de nuevo la difunta ley de los judíos, sus ritos y sus ceremonias. De este modo se ha mofado de Nuestra Santa Madre la Iglesia, haciendo caso omiso de la cólera divina. Tales son sus delitos. Con vuestro permiso, reverendos padres, los enumeraré: no en el orden habitual, a saber,

primero los crímenes de judaización y seguidamente los pecados contra el cristianismo, sino de una manera más adaptada a la naturaleza específica de las faltas.»

Con un breve gesto de la mano, el inquisidor que había recibido la confesión de Eleazar indicó que aceptaba aquella derogación del procedimiento habitual. En efecto, aquel proceso, ante un tribunal excepcional, era absolutamente especial. Así que el interés de la acusación era que la defensa resultara lo menos convincente posible, que las conclusiones fueran rápidamente enunciadas y la sentencia dictada con la mayor discreción. Justamente, como había advertido el mismísimo Torquemada, en este caso la Iglesia y el Estado tenían buenas razones para actuar con circunspección.

«En consecuencia —prosiguió el fiscal—, permitidme hacer algunas observaciones acerca de la conducta cristiana de Eduardo Nonell. Desde que el acusado fue aceptado en el seno de la Santa Iglesia católica, primero ha faltado a sus deberes de cristiano más elementales no asistiendo a la misa, ni siquiera los días de fiesta en que su presencia era una sagrada obligación. Y, además, al negarse a vigilar las prácticas judaizantes de muchos cristianos nuevos de la Corte, con los cuales tenía excelentes relaciones amistosas, ha cometido el crimen de incitación a la herejía. ¡Pero desafortunadamente esto no es todo! ¡Ni siquiera una vez, en el curso del largo período que ha vivido cerca del príncipe Juan, ha creído conveniente cultivar al infante en nuestra Santa fe católica o simplemente estimularlo para que se encomendara a su fe cuando la enfermedad lo atacaba!»

Ante lo absurdo de aquella acusación, Eleazar se encolerizó para sus adentros. Pero, ¿qué más iban a imaginar? En cualquier caso, una cosa estaba cada vez más clara a medida que se desarrollaban estos ataques: inquisidores y fiscal habían trabajado de común acuerdo, rebuscando y fisgoneando juntos a fin de construir la acusación más abrumadora.

«Y estos ultrajes no son nada, tronó el magistrado, comparados con aquellos de los cuales tengo que acusar ahora al procesado: el hombre que tenéis ante vosotros, que se jacta de ser médico, tenía por costumbre administrarle al infante un elixir compuesto por él, cuyo contenido se negaba a divulgar. Ahora bien, un examen de dicho brebaje ha revelado que contenía un extracto de mandrágora, planta demasiado conocida por los secuaces de Satán y sus servidores. Por tanto sostengo, en nombre del Santo Oficio, que utilizando esa mixtura, la verdadera intención del médico era

apoderarse del alma del niño por medios ocultos, con la esperanza de arrastrarlo a la herejía a su debido tiempo. ¡Como una prueba más de su perversa intención de desviar al infante de los caminos de nuestra Santa fe cristiana católica, sólo mencionaré que destruyó deliberadamente una estatua de nuestra Santa Virgen María en presencia del heredero del trono! Reverendos padres y miembros de la Corte, por respeto hacia nuestra santa fe, os dispensaré de la enumeración de otras actividades impías del acusado y de su blasfemia contra Nuestro Señor Jesucristo, igualmente perpetradas en presencia del príncipe. Mi aflicción es demasiado grande al recordar esos hechos.»

Subrayando entonces una pausa para completar su golpe de efecto, con una perfecta expresión de dolor, el fiscal contempló un momento el crucifijo de plata que colgaba en su pecho. Luego alzó la cabeza. Con un gran gesto teatral, la expresión grave y dura, enrolló apresuradamente el documento que acababa de leer y lo dejó sobre la mesa. Entonces deslizó sus manos en las anchas mangas del hábito blanco y dio un paso hacia los inquisidores.

—Reverendos padres, la gente humilde utiliza un refrán que, con vuestro permiso, me gustaría recordarle al tribunal: «Hay tres casos en que el agua fluye en vano: del río al mar, en el vino, y en el bautismo de un judío». Dejadme, pues, revelaros que en varias ocasiones el acusado ha negado haber cometido el más mínimo acto judaizante desde su conversión. ¿Si así fuera, cuál es entonces, en vuestra opinión, el significado de esto? —exclamó lanzando sobre la mesa de los jueces un pequeño objeto de oro.

Todas las miradas se clavaron estupefactas en el objeto.

«Cuánto brilla mi talismán sobre la opaca madera —pensó Eleazar—. ¿Será este el último resplandor de tolerancia a punto de extinguirse?…»

—Sobre ese talismán está grabado en caracteres hebraicos el nombre del Dios de los Judíos —clamó el fiscal—. Pero hay más todavía: diestramente disimulado en su interior se encuentra un minúsculo pergamino enunciando la afirmación de la fe judía. ¡Reverendos padres —prosiguió—, figuraos que cuando, aún bajo la influencia de la mandrágora, el príncipe hacía esfuerzos para sobrevivir, este objeto impío se balanceaba en el cuello de Eduardo Nonell ante sus ojos! Providencialmente, Juan en su delirio arrancó el infame talismán. Al escapársele de la mano, rodó por el suelo y fue un devoto servidor de Nuestro Señor Jesucristo quien consiguió sustraerlo de su vista.

Bajo las altas bóvedas del tribunal se elevó un unánime murmullo de horror. La tarea del fiscal había concluido.

—He terminado —se limitó a agregar ceremoniosamente— En atención a estas fechorías brevemente expuestas, os pido, reverendísimos padres, que declaren a Eduardo Nonell, aquí presente, hereje y apóstata y que lo castiguen en tanto que tal. ¡Que vuestra sentencia sea justa y misericordiosa!

—Eduardo Nonell, ¿confirmáis o negáis estas acusaciones? —preguntó uno de los inquisidores con voz neutra.

—Yo confirmo los pecados que he confesado —respondió Eleazar calmadamente. Y entonces, abandonando su actitud humilde, con tono de desafío, soltó—: ¡Pero niego categóricamente todo lo demás!

¿Acaso ahora tenía algo que perder? En efecto, la acusación de judaísmo y la de haber omitido confesarla, no eran nada comparadas con el indecible crimen de haber exhibido, ante los ojos del príncipe encamado, la preciosa reliquia. Ninguno de sus argumentos borraría jamás la diestra manipulación de su supuesta maquinación maquiavélica. Ni siquiera podía quejarse de que aquella acusación provenía de un enemigo mortal o de un testigo dudoso, ya que, según la costumbre, su identidad no había sido revelada. Además, ¿quién hubiera podido poner en duda ante el tribunal la probidad del Hermano García?

Por tanto nada podía ya anular o modificar la convicción de sus jueces. A sus ojos él era un hereje impenitente que había conspirado escandalosamente para apartar al infante de España de su fe cristiana arrastrándolo por los diabólicos caminos de la herejía. Un crimen tan monstruoso sólo podía merecer la hoguera. ¡Pues bien, que así sea! Pero él no moriría sin antes haber ridiculizado el fanatismo de sus jueces.

—¿No tenéis nada más que añadir en vuestra defensa? —le preguntó el inquisidor mientras un clérigo le alargaba una copia del acta de acusación.

—¡Sí, reverendísimos padres! Con el permiso del tribunal —empezó con gesto orgulloso y provocador— yo, Eduardo Nonell, nacido Eleazar ben Nahman, respondiendo a las acusaciones emitidas contra mí por el Santo Oficio, declaro que el alegato concerniente al elixir y al talismán constituyen despreciables deformaciones de la verdad. Las propiedades benéficas de la mandrágora son conocidas por la ciencia desde la antigüedad y, desde hace siglos, los físicos más doctos emplean esa planta para aliviar el dolor y apaciguar los espasmos. El fiscal ha evocado sus

propiedades diabólicas y ha insinuado que yo la utilizaba con fines misteriosos. Juro abiertamente, por mi vida, que no hay absolutamente nada de eso y que el extracto de mandrágora jamás ha tenido otro efecto que no sea el de aliviar al enfermo atenuando sus padecimientos y permitiéndole dormir un poco. Si creí conveniente no revelarle al Hermano García la composición del elixir, fue para evitar que intentara prepararlo él mismo, creyendo hacerlo bien. En efecto, reverendos padres, siendo las dosificaciones extremadamente delicadas, prefería asumir yo mismo la responsabilidad, pues la cantidad de mandrágora tiene que calcularse en función de la edad y constitución del paciente. Para verificarlo, basta consultar cualquier manual serio de práctica médica, y encontraréis vosotros mismos la confirmación de lo que digo. En cuanto al talismán, no es más que un recuerdo de familia que un médico árabe, llamado Rashid, le regaló a uno de nuestros antepasados, hace unos doscientos años, en agradecimiento por haber traducido al castellano algunos de sus tratados. Quizás os cueste creerlo, reverendos padres —continuó Eleazar, bajando ligeramente la voz porque ahora se dirigía más a sí mismo que al tribunal —, pero antes que el fiscal lo dijera, yo ignoraba que aún contenía el minúsculo pergamino. Lo creía desaparecido desde hacía tiempo o ilegible a causa de su antigüedad. Reverendos padres —prosiguió adoptando de nuevo un tono vibrante y firme—, yo soy un hombre de ciencia. ¡No un brujo, un curandero, ni un charlatán! Si, por omisión, he pecado contra el cristianismo, es porque me consagré únicamente a la preservación de lo que sólo Dios nos puede conceder: ¡la vida, reverendos padres, sí, la vida! ¡Si eso es un crimen, entonces, sí, soy culpable! ¡Si mi crimen consiste en haber consagrado más mi tiempo y mi talento en salvar al príncipe Juan y devolverle la salud, que en leerle los Evangelios, entonces, sí, una vez más, soy culpable! Si cometí un crimen cuando el niño, en busca de consuelo, y en el colmo de la desesperación, se agarró del cordón que yo llevaba en el cuello y arrancó por descuido el talismán, entonces, reverendos padres, es verdad, soy culpable. Pero es con ese talismán que iré a la hoguera. ¡Hasta que el humo apague mi voz y oscurezca mis ojos, gritaré las palabras sagradas que él atesora!

Entonces avanzó hasta la mesa de los jueces para recoger el talismán, y sintiéndose investido del orgullo de sus antepasados, clamó con todas sus fuerzas: «¡Moriré con la frente en alto, igual que nací: como judío!».

Un terrible silencio se abatió sobre la sala de audiencias. Jamás palabras tan impías habían resonado entre sus paredes. Jamás la herejía se había declarado tan abiertamente. Paradójicamente los inquisidores se sintieron casi aliviados. Ya que Nonell se acusaba a sí mismo, la larga y minuciosa presentación y confirmación de las pruebas sería puramente formal. Gracias al acusado, los hechos eran ahora transparentes e irrefutables. No es que el resultado hubiera sido distinto si él hubiese hablado de otra manera, porque de todas maneras el príncipe Juan habría sido alejado de la influencia perniciosa de su anterior médico. Incluso la reina, trastornada por los argumentos de Torquemada, estaba perfectamente de acuerdo con ello. ¿Acaso no había declarado recientemente que el interés del reino era ante todo el de la fe cristiana, más que el suyo propio? Actuando como acababa de hacerlo, Nonell no había hecho más que consolidar el trabajo de la Inquisición, pues la confesión de su herejía constituía la piedra angular de la futura condena. A partir de ahora, sólo la hoguera podía purificar su alma corrupta salvándolo así de la condenación eterna.

Con todo, al entregarlo al brazo secular, los inquisidores decidieron, como última indulgencia, otorgarle la gracia del garrote antes de quemarlo. La reina apreciaría el gesto y España le debía aquel acto de clemencia. Es más, de este modo se impediría que el hereje manifestara ruidosa y públicamente su fe, ya que ningún poder en el mundo parecía capaz de imponerle silencio en ese sentido. Por último, su talismán desaparecería con él entre las llamas…

Otros dos días fueron necesarios aún para reunir consentimientos y firmas de diferentes juristas, teólogos y otros «hombres conscientes», llamados a pronunciarse definitivamente sobre el caso y a determinar con los inquisidores la suerte del prisionero. Esperando su sentencia, Eleazar se preparó para la muerte. Lo único que lo atormentaba día y noche, impidiéndole alcanzar la completa serenidad de su alma, era la incertidumbre a propósito de Alegra. Sin embargo, mientras más obvio era que permanecería aislado hasta el final, más trataba de resignarse al curso de su destino. Si la habían avisado con tiempo para huir a Portugal, ahora estaría a salvo, y él podría morir en paz. En el caso contrario, ella también estaría en la prisión, y él ya no podía hacer nada por salvarla. En cuanto al recuerdo del infante, apenas le venía a la mente: de ahora en adelante, la cruz los separaba definitivamente.

El tribunal del Santo Oficio no se demoró en pronunciar su veredicto. La condena fue aprobada por unanimidad. Al escucharla, Eleazar ben Nahman no rechistó. Su única petición, concedida por su carcelero, fue que le dejaran ponerse una cinta alrededor del cuello para colgarse el talismán. Durante las últimas horas antes de su ejecución, rezó apaciblemente los salmos aprendidos en la infancia. Los tiernos recuerdos que suscitaban en él volvieron a sumergirlo en un universo imperecedero. Con gratitud, aceptó refugiarse allí.

Cuando vinieron a buscarlo, lo exhortaron por última vez a arrepentirse antes de morir, pero ni siquiera contestó. Nacido judío, moriría judío.

Al rayar el alba en aquel cielo lúgubre y gris que se cernía sobre el lugar de su suplicio, lo estrangularon rápidamente. Luego quemaron el cuerpo cerca del acueducto, fuera del recinto amurallado de la ciudad. De modo que no hubo ni muchedumbre ni espectáculo. Sólo los dignatarios de la ciudad, laicos y religiosos, asistieron a su muerte como testigos. Mucho tiempo después de apagarse las últimas llamas, un hombre permanecía inmóvil al pie de la hoguera. Era el gobernador de la fortaleza de Segovia. Silencioso, con la frente inclinada, parecía querer conferirle al desaparecido —más allá de la muerte— toda la dignidad y la nobleza de su sacrificio, la de haber pagado con la vida su indefectible devoción al heredero del reino.

Cuando por fin decidió retirarse, la mañana ya estaba muy avanzada. Al echar una última mirada a los restos de su amigo, súbitamente vio un rayo de sol que perforaba las nubes cayendo sobre las cenizas de la hoguera.

Algo centelleaba entre los residuos calcinados del cuerpo de Eleazar. Arrodillándose con infinitas precauciones, Jufré apartó tiernamente las cenizas aún calientes, y recogió el talismán de la familia Benveniste.

—Se lo llevaré a Orovida —murmuró.

OceanofPDF.com

XXXI

No sólo Elvira no le hizo ningún reproche a Alegra sino que, al contrario, le pidió perdón. Ella no sabía absolutamente nada…, se lamentaba sin cesar, Miguel se lo había ocultado… De haberlo sabido, lo hubiera obligado a dejarlo en su casa. ¡Y pensar que no se habían llevado ninguna otra cosa! ¡En qué estaría pensando cuando los cuatro corrían un peligro tan grande!… ¡Era increíble, incomprensible!, repetía sin cesar… Por otra parte, había que decir que el alguacil se les había echado encima de resultas de una mala suerte imprevisible. Cansado de interpelar a ministriles y mercaderes, a peregrinos, mendigos y malandrines que se desplazaban en las inmediaciones de la frontera, había interrumpido un momento su control para charlar con Miguel, quien acababa de detenerse con su familia a la sombra de un viejo roble. Ciertamente, la orden era buscar y encontrar a cualquier precio a una familia de conversos dada a la fuga, pero aquella, sin ningún equipaje, no correspondía en absoluto con su señas. Las mujeres dormitaban, el niño buscaba bellotas y el hombre, tendido de costado y apoyando la cabeza en su brazo acodado, masticaba una brizna de hierba. Por esa razón, y atraído por el aroma de las especias que exhalaban las cestas, Domingo le pidió permiso a Miguel para oler un poco en su surtido. De origen muy humilde, según explicó, su familia jamás había podido darse el lujo de comprar semejantes productos, y todavía a estas alturas le resultaba difícil diferenciar el olor de la canela del aroma del jengibre, o el curry del comino, o incluso distinguir el sabor del clavo de especia. Con la mayor naturalidad, Miguel aceptó, pensando que era la mejor manera de evitar sospechas, sin prever que el hombre, en su afán por no molestarlo, iba a revolver sus sacos, desplazándolo todo para satisfacer su curiosidad, hasta dar con el viejo libro de oraciones medio carbonizado por el que antaño su madre había arriesgado la vida.

Arrestados en el acto y llevados en seguida a Villafranca, las dos mujeres fueron encerradas en el monasterio de Santa María de la Encarnación, en un cuarto someramente habilitado como celda.

—¡No comprendo… —seguía gimoteando Elvira— no, jamás comprenderé!

Con la mano de su compañera en la suya, Alegra hacía lo que podía para calmar sus remordimientos y los de la pobre mujer. Por su culpa ellos se habían visto obligados a huir tan precipitadamente, lo que había desencadenado una búsqueda tan activa para capturarla, según trataba de explicarle pacientemente. Pero Elvira apenas la escuchaba. No, sin ella hubiera pasado lo mismo, porque el libro estaba entre los bártulos desde hacía mucho tiempo. ¡Si Miguel se lo hubiera dicho, ella lo habría disuadido para que no lo llevara, al menos para no perjudicar a su hijo! ¡Qué iba a ser ahora del niño, un desgraciado huérfano marcado de por vida por la herejía de sus padres!

—Ah, si por lo menos me lo hubiera dicho —se desesperaba ella en el colmo de la aflicción—. Y eso que siempre se jactaba de pensar en todo. Pues bien, esta vez una incalificable imprudencia fue más fuerte que él… Perdonadle, os lo suplico —sollozó con los ojos anegados de lágrimas.

A decir verdad, Alegra nunca supo si su presencia en compañía de los Díaz había constituido un cargo adicional contra ellos porque, al día siguiente de su arresto, la separaron de la familia. En efecto, pensándolo mejor, el Hermano Gil había decidido enviar a Miguel y a Elvira a Sevilla, donde un tribunal regular de la Inquisición habría de juzgarlos. «¿Quién sabe adónde nos habrían arrastrado sus revelaciones?, le explicó al Hermano Antonio. Tenemos una misión muy concreta; no hay ninguna necesidad de apartarnos de ella, ni de extralimitarnos».

En cambio, se había quedado con el niño y lo llevaría al monasterio de Santa Cruz, en Segovia. Tomando en cuenta su profundo conocimiento de los judaizantes, una vez que lo educaran, el muchacho podría llegar a ser algún día un excelente inquisidor. Por lo demás, ahora iba a ocuparse de obtener la confesión completa de su prisionera.

Al ser la fuga en sí, a los ojos de la Inquisición, una prueba de culpabilidad, Catalina Nonell se había acusado a sí misma por adelantado. ¿De haber sido inocente, hubiera tratado de llegar a Portugal? Sin embargo, a la espera de los pormenores del proceso de su esposo, había que encontrar unas faltas más detalladas. Bastaría con una confesión total de la mujer, y era preciso arrancarle la mayor cantidad posible de datos. Y cuanto antes, mejor. Mientras menos tiempo tuviera para reflexionar, menos preparada estaría para ocultarle la verdad…

Al oír acercarse a su celda los pasos del monje mezclándose con el roce del rosario contra la tela ordinaria de su hábito, Alegra se acurrucó

temblando. Un terrible dilema se presentaba ante ella: o admitía todo aquello de lo que iban a acusarla, con la esperanza de salvar su cabeza en detrimento de la de Eleazar; o bien negaba todas las acusaciones, a riesgo de ser tachada a su vez de incorregible impenitente y, por tanto, inexorablemente condenada, ayudando quizá así a su esposo a salir del aprieto. En ambos casos, la elección resultaba espantosa: ni heroína ni mártir, tampoco podía traicionar… ¿Pero era indispensable elegir? ¿No existía una solución intermedia, una forma de protegerse sin por ello incriminar a Eleazar, si es que ya no lo estaba? ¡Dios mío!, ¿qué había pasado aquella noche en la cabecera del príncipe? ¿Qué podía haber confesado su marido? ¿Y estaría al corriente de su confesión aquel monje que venía a interrogarla? Incoherentes, sus ideas febriles daban vueltas y más vueltas sin llevarla a la más mínima conclusión.

Al entrar en la fría celda, el Hermano Gil se ocupó de tranquilizar a la prisionera invitándola y ayudándola a sentarse cerca de él, en la estrecha cama.

—No temáis, niña mía —empezó con una voz untuosa y una sonrisa afable, negadas por una mirada dura y pálida en contraste con su rostro de querubín— Liberad vuestra conciencia y nuestra Santa Madre la Iglesia os recogerá en su seno misericordioso. Confesad vuestras acciones heréticas, abjurad de vuestra fe judía y seréis perdonada en seguida.

—Pero yo no tengo ninguna acción herética que confesar —empezó Alegra sin poder controlar los temblores de su cuerpo.

Era la pura verdad, pero no era en absoluto la verdad que le interesaba al Hermano Gil.

—¡Mi pobre niña, al negaros a confesar vuestros pecados, no hacéis más que aumentar vuestros crímenes! Decidme honestamente, ¿qué actividades judaizantes habéis cometido desde vuestra conversión? ¿Es eso tan difícil? ¡Si os arrepentís sinceramente, seréis absuelta, en el nombre de Cristo!

—¡Pero, padre, no puedo confesar lo que no he cometido! ¡No puedo jurar en falso! Desde que abracé la fe de la cruz, no he sido culpable del menor gesto judaizante y no he tenido ni el más leve pensamiento herético.

—¿No habéis ayunado el día del gran perdón? [15]

—¡Jamás! Cualquiera en la Corte puede atestiguarlo.

—¿No habéis encendido las velas del *Shabat* al amparo de vuestras habitaciones privadas?

—No, reverendo, tampoco.

La sonrisa fingida del Hermano Gil se borró tan automáticamente como había aparecido. Decididamente aquella mujer era demasiado estúpida, o bien protegía deliberadamente a su marido. De modo que había que cambiar de táctica.

—¡Muy bien, niña mía! Pues bien, en ese caso, habladme entonces de las prácticas judaizantes de los Díaz.

—No tengo nada que deciros al respecto. Los vi por primera vez en el camino hacia Portugal. Al verme sola, simplemente me invitaron a unirme a ellos.

—¿Y por qué huían ellos a Portugal?

—Ellos no huían.

—¿Entonces qué hacían en la frontera?

—Creo que iban a ver a algunos clientes y espontáneamente me propusieron que viajara en su compañía.

—En ese caso, ¿entonces erais vos quien huía?

—De ningún modo, reverendo padre —contestó Alegra recuperando poco a poco su sangre fría—. Yo iba a pasarme una temporada en Lisboa, en casa de unos parientes, pues mi esposo estaba en Córdoba dedicado a la organización del Hospital de la Reina.

En este sentido, nadie podía probar lo contrario, pues Jufré había velado por el secreto total de su plan de evasión…

—¿Pero en fin, explicadme entonces, niña mía, la razón por la cual viajabais sin ninguna escolta?

El instinto de conservación estimuló su inteligencia, y Alegra replicó sin vacilar:

—Había decidido dejar a mis sirvientes cuidando de la casa hasta mi regreso.

—¿Y no teníais miedo a viajar tan sola?

—Claro que no, me encomendé a San Cristóbal.

—Muy loable intención cristiana, niña mía —farfulló el monje, no sin cierta irritación— Y en el camino, ¿de qué habéis hablado con los Díaz?

—Del comercio de las especias, entre otras cosas, de la guerra que se avecina, del proyecto de la reina concerniente al hospital militar…

—¿Habéis evocado la Pascua?

—No.

—¿Ni rezado juntos las oraciones judías?

—No.

—¿Ni siquiera la oración de los viajeros?

—Ni siquiera…

—¿Ni la bendición antes de cortar vuestro pan?

—No, os lo aseguro, ni siquiera eso.

—¡Pero, en fin, Miguel llevaba un libro de oraciones en sus cestas!

—Yo lo ignoraba por completo.

—¿Os habéis detenido para rezar el Ángelus con los Díaz?

—No, reverendo —admitió repentinamente Alegra, dándose cuenta al mismo tiempo, como había hecho Eleazar, que debía dar credibilidad a su confesión—. Al respecto, confieso humildemente haber descuidado a veces mis deberes cristianos e imploro vuestro perdón.

—Muy bien. Hablemos ahora de vuestro esposo, ¿de acuerdo?

—Mi esposo tampoco es judaizante —lanzó ella esperando poner término al interrogatorio—. Mucho tiempo antes de haber visto la verdad en el cristianismo, ya había roto sus lazos con el judaísmo. Admito, sin embargo, que al igual que yo, no siempre ha mostrado todo el celo que debería mostrar en sus deberes cristianos.

Al decir esto, una inmensa ola de alivio la invadió, porque de pronto le pareció que por fin había encontrado un camino intermedio mucho más cómodo, ya que reflejaba una parte de la verdad. Si la intención de la Inquisición era quemarlos por tan poca cosa —a ella, por no haber rezado el Ángelus, y a Eleazar por no haber asistido a la misa— ella no podía, de todas maneras, hacer nada por salvarlo.

—¿Es eso todo cuanto tenéis que decirme?

—Sí, reverendo.

—Muy bien. Nuestra Santa Madre la Iglesia es paciente y misericordiosa. Prefiere perdonar a un pecador antes que condenar a un hereje. Aprovechad la noche para escrutar vuestra mente y vuestra alma. Más vale siempre revelar la verdad que afrontar la hoguera por haber tratado de ocultarla. Estoy seguro que mañana seréis de mi opinión.

Pero los días se sucedieron y Alegra, obstinadamente, se negó a retractarse de sus primeras declaraciones, pues la insistencia del monje no hizo más que reforzar sus propias convicciones. Ella sabía que, en resumidas cuentas, su suerte dependía del resultado del proceso de Eleazar, a quien ante todo había que tratar de no perjudicar. Aunque la Inquisición le hubiera echado el guante, tampoco había que olvidar que cuando lo

arrestaron el niño estaba enfermo. Y si después el príncipe había empeorado, como era de esperar, lo más probable era que de nuevo hubieran recurrido a él.

Por tanto, la esperanza no estaba del todo perdida, y había que seguir haciéndole frente a los inquisidores a toda costa.

Pero la testarudez de la prisionera atizaba la exasperación del Hermano Gil. Por eso una mañana, convencido de que ella protegía a la vez a su marido y a los Díaz, decidió recurrir a métodos de interrogatorio más expeditivos. Improvisando a toda prisa una sala de audiencias, se encerró con el fiscal, un monje cultivado del monasterio elegido para la ocasión, y juntos le dieron los últimos toques a un acta con todos los requisitos inculpando a Catalina Nonell de colusión con los criptojudaizantes y de negarse a proporcionarle al Santo Oficio, como era de rigor en todo buen cristiano, las informaciones detalladas sobre su conducta, la de su esposo y la de los judaizantes en cuestión. Por otra parte, un abogado de Villafranca, mediocre y fracasado, fue designado de oficio para proporcionarle a la acusada una apariencia de defensa.

Al día siguiente, Alegra comparecía ante aquel tribunal improvisado. Totalmente ignorantes del procedimiento de la Inquisición, el abogado y su clienta escucharon con estupor el acta de acusación y luego, a petición de los jueces, el improvisado defensor leyó la fórmula jurídica con la cual le habían rogado que tuviera a bien empezar su alegato. Hecho lo cual, agregó débilmente algunas palabras:

—Yo afirmo, reverendos padres, que las acusaciones lanzadas contra la acusada son inexactas, que su confesión es completa; y su arrepentimiento, sincero. Por consiguiente, ruego encarecidamente al Tribunal que examine su caso con clemencia y demuestre misericordia hacia una pecadora arrepentida.

Una vez despachadas aquellas breves formalidades, el Hermano Gil podía por fin entrar en acción.

—Dad tormento a la mujer —ordenó tajantemente.

La orden estalló como un rayo en la cabeza de Alegra. Paralizada de pánico, porque jamás había podido soportar el sufrimiento físico, se dejó arrastrar sin reaccionar hasta la cámara de tortura improvisada al lado de la sala de audiencias. El Hermano Gil le anunció que iba a sufrir el suplicio del agua, pues allí no disponían de potro de tortura ni de garrucha, ya que la Inquisición jamás había celebrado sesión en aquel monasterio. Entonces

Alegra se sintió cogida por dos religiosos que, mascullando el rosario, la despojaron brutalmente de su polvoriento vestido negro y de sus prendas más íntimas, para ponerle a la fuerza una tosca casaca de yute. Entonces, sin transición, unos hombres corpulentos la agarraron, la ataron de pies y manos a una escalera acostada sobre la armadura de una cama, le taponaron salvajemente los orificios de la nariz y le introdujeron en la boca unas pinzas de hierro para mantener sus mandíbulas abiertas. Luego extendieron sobre su boca un pedazo de lino.

Cuando estos preparativos concluyeron, el Hermano Gil intervino:

—Catalina Nonell, por última vez, os exijo que confeséis vuestras faltas y que reveléis todo sobre las actividades heréticas de vuestro esposo, las de la familia Díaz y otros conversos que conozcáis. Si persistís en negar lo evidente, seréis atormentada todos los días hasta que adoptéis una actitud más razonable. Sin embargo, todavía estáis a tiempo de cambiar de parecer. Sólo tenéis que alzar las cejas para manifestar vuestro deseo de hablarme y yo despediré al verdugo. De lo contrario, le daré la orden de comenzar a derramar el agua en vuestra garganta a través de esta tela. Catalina Nonell, ¿sabéis lo qué significa ahogarse?

Unos segundos más tarde, Alegra lo sabría. Asfixiada por el agua vertida en su boca, en un chorro débil pero continuo, se esforzó desesperadamente por tragarla en la medida que podía, a fin de que el aire pudiera seguir penetrando en sus pulmones. Pero la creciente presión del líquido en su cabeza era tan intolerable, que sintió literalmente que los ojos salían expulsados de sus cavidades y que su pecho estaba a punto de reventar. Aterrorizada, se retorcía frenéticamente sobre la escalera, y esos bruscos movimientos hacían que las cuerdas que le apretaban las muñecas y los tobillos penetraran cada vez más atrozmente en sus carnes. Incapaz de soportar por mucho más tiempo el sufrimiento, estaba dispuesta a confesarlo todo, a inventar cualquier cosa con tal que cesaran en seguida el intolerable tormento. Súbitamente, como si Dios se hubiera apiadado de ella, el recuerdo del último *Séder* pasó por su mente: ¡Orovida, Eleazar, el talismán!…

Aunque apenas perceptible, el movimiento de sus cejas fue suficiente: inmediatamente el agua dejó de caer y, saliendo del oscuro rincón donde se había eclipsado en silencio, el Hermano Gil se inclinó sobre ella casi rozando con su rostro de querubín los labios de la mujer torturada que farfullaron lastimosamente su revelación.

—¿Eso es todo? —murmuró él, tras haber escuchado atentamente. Ella movió la cabeza diciendo que sí.

—Es poco, niña mía, sigue siendo insuficiente. ¿Por qué exponeros a nuevos padecimientos? —ronroneó solícito—. Liberad vuestra conciencia y por fin estaréis en paz.

—¡Pero no tengo nada más que decir! —balbuceó Alegra, tragándose las lágrimas.

—¡Vamos, eso es lo que ya antes pretendíais! ¡Pero como habéis podido constatar, este pequeño ejercicio del agua tiene efectos benéficos sobre vuestra memoria! Pues bien, ya que así tiene que ser, mañana empezaremos otra vez.

Dicho esto, con cara resignada y afligida, el inquisidor se retiró.

Algunas horas más tarde, inerte en el suelo de su celda donde la habían arrojado sus verdugos, Alegra creyó sentir que sus dolores disminuían un poco. Pero si los padecimientos físicos se atenuaban ligeramente, su ansiedad aumentaba a medida que transcurrían los minutos. En efecto, el dolor había sido más fuerte que su voluntad y había traicionado a su marido. Por su innoble cobardía, había entregado a la Inquisición el testimonio que esperaban con tanta impaciencia como tenacidad. Sin aquella confesión, tal vez Eleazar hubiera podido salvar su vida, porque ninguna otra prueba de judaísmo habría podido establecerse contra él… Dios de Israel, ¿cómo había podido cometer semejante crimen? Ahora su sufrimiento moral sería eterno. Toda su vida, si seguía viviendo, no sería lo suficientemente larga para llevar a cuestas la responsabilidad de su muerte, como llevaba a cuestas la de su conversión, pues una era consecuencia de la otra. Sí, la verdad estaba ahí, ineludible: sin su insistencia mil veces reiterada, probablemente habría resistido a las presiones dejando la Corte antes de que sus vínculos con el príncipe se lo impidieran… Ella, su mujer, lo sabía. Mientras hubiera sido capaz de socorrer a los enfermos, habría podido vivir en cualquier lugar del mundo. Así las cosas, era posible influirlo para que tomara otro camino. Pero atraída por la frivolidad y el esplendor de la Corte, ella había faltado a su deber más sagrado, induciéndolo a adoptar la religión de la cruz. ¡Así que era ella quien lo había matado! «¡Mereces morir mil veces! —le gritaba su conciencia—. Abandonaste tu fe, tu pueblo y tu herencia espiritual a cambio de una existencia vanidosa y ahora, entre la espada y la pared, yerras!»

Al amanecer, cuando el Hermano Gil entró en su celda, descubrió a la desdichada postrada en un rincón, tiritando, con la mirada extraviada.

—¡No! —aulló al verlo aparecer—. ¡No, no puedo más! ¡Ya no puedo soportar más!

—¿Pero, niña mía, quién habla de tortura? ¡Ya no habrá más, por supuesto si me lo decís todo! Además, estoy seguro de que la noche os ha aconsejado juiciosamente.

—¡Padre, os lo suplico —imploró Alegra al borde de la histeria— os lo suplico, dejadme morir! ¡Condenadme en seguida, quiero morir!… ¡Soy una mala cristiana, una judía execrable, una traidora y una criminal: no merezco seguir viviendo!

—Eso me toca a mí decidirlo, niña mía —replicó el monje imperturbable.

Cuando iba a ordenarle a los guardias que la llevaran de nuevo a la cámara de tortura, un joven novicio entró en la celda con un documento que tenía el sello del Santo Oficio.

—Esta carta acaba de llegar desde Segovia para vos, padre —dijo con deferencia extendiéndole el mensaje—. Según el correo, es muy urgente.

Cogiendo la carta con gesto brusco, el Hermano Gil rompió el sello y salió al corredor para leerla a la luz de una pequeña abertura practicada en la pared. Tras una ojeada, la volvió a doblar, se la metió en una de las mangas del hábito y regresó adonde estaba la prisionera.

—Catalina Nonell, en un acto de infinita misericordia, Dios ha atendido vuestro anhelo: vuestro marido acaba de declararse hereje ante un tribunal de la Inquisición y el talismán que, vos lo sabéis, usaba como hechizo para perjudicar al príncipe Juan también ha sido descubierto. Puesto que ese objeto impío pertenecía a vuestra familia, sois cómplice del odioso crimen cometido por vuestro esposo y, en tanto que tal, compartiréis su suerte.

Al oír estas palabras, anonadada, Alegra no pudo contener las lágrimas. Durante mucho tiempo, silenciosamente, lloró por Eleazar, por ella misma, por Orovida, por el mundo —su mundo—, ese mundo que cada uno de ellos, a su manera, había dejado por otro.

Cómodamente instalados ante la ventana de la gran sala de la residencia del corregidor, el Hermano Gil y Arias de Anaya platicaban apaciblemente mientras cataban a sorbos un vino afrutado, de una bella coloración oscura. Los rojos tejados de la ciudad, donde las cigüeñas habían

hecho sus nidos, relucían contrastando con el verde tierno y primaveral de los campos. Sólo el monótono tañido de una campana a lo lejos, el rebuzno de un asno, la llamada de un mendigo, perturbaban el silencio afelpado de la conversación.

—Espantoso —repitió el monje— sí, es absolutamente espantoso que las cosas hayan llegado hasta este punto: ver el reino conquistado de cabo a rabo por la herejía, tanto en los campos como en las ciudades. ¡Pero nosotros la extirparemos, Excelencia, la sacaremos de raíz, cualquiera que sea el precio a pagar por España y por nosotros! El reino y la fe comparten los mismos intereses, como han declarado nuestros soberanos católicos. ¡Sí, los herejes arderán, Anaya, por centenares, qué digo, por millares, si hiciera falta!

—¿Pero qué se decidirá hacer con todos esos judíos? —exclamó Anaya con una expresión de odio tan intensa como la del inquisidor—. ¡Mientras más tiempo permanezcan entre nosotros, menos posibilidades tendrán los cristianos nuevos de librarse de su influencia satánica! Es como si un destino maléfico los hiciera regresar siempre a sus errores pasados sin permitirles jamás olvidar sus innobles orígenes…

—Excelencia, comparto por entero vuestra opinión. La idea de expulsar a los judíos está en nuestras mentes desde que Alonso de Espina la expresó sin rodeos hace ahora unos veinte años. Por mi parte, estoy convencido de que eso se hará. Es cuestión de tiempo… ¡Cuando la reina estime —o la inciten a estimar— que ya no necesita a los judíos, cuando esté convencida de que en beneficio de la fe, y por consiguiente del reino, deben ser desterrados, lo serán rápidamente! Pero dejemos esas iniciativas a los responsables del país y, por nuestra parte, contentémonos con cumplir modestamente la misión que Cristo nos ha confiado. Tomás de Torquemada, vos lo comprendéis fácilmente, no quiere que la atención recaiga inútilmente en un caso de herejía demasiado próximo a la familia real. En consecuencia, desea que la esposa del exmédico del infante sea quemada como judaizante impenitente, sin que se haga alusión a su complicidad con el crimen de su esposo. ¡Estamos seguros de que un pequeño auto de fe constituirá una saludable advertencia para los cristianos nuevos de la provincia!

—¡Claro, es una excelente idea! Podéis estar seguro de que en ello pondremos todo nuestro esmero.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para preparar una hoguera e instalar una tribuna en honor de las personalidades locales?

—Uno o dos días, no más.

—En ese caso, ¿podría ser el viernes? ¿El viernes a las diez de la mañana?

—¡De acuerdo, padre, el viernes es perfecto! ¡Ah, qué lástima que por una semana de diferencia nos hayamos perdido el Viernes Santo! Los fieles habrían quedado favorablemente impresionados.

—Hijo mío, no nos corresponde a nosotros discutir los caminos del Señor, sino obedecerlo. ¡Os agradezco, pues, vuestra inestimable ayuda… y vuestro excelente vino!

—Es el famoso caldo de Guzmán. Un viñedo que crece en las tierras del monasterio —agregó Anaya desenvuelto mientras acompañaba al monje hasta la puerta.

—¿Es el viñedo arrendado por los Villeda?

—Sí, es ese, padre, pero el arrendamiento ha sido confiscado por la Corona. Así que a partir de ahora este vino está reservado para la mesa del rey.

—Excelente, excelente… Quizá le pida a De Toro que nos haga llegar un tonel o dos el año que viene. Torquemada seguramente apreciará su aroma y su gusto. Le encanta beber un buen vino de vez en cuando.

Felicitándose para sus adentros de haber descubierto la forma de ganarse el favor de su superior, el monje, sonriendo amablemente, se despidió de su anfitrión.

De vuelta a su despacho, Anaya se arrellanó plácidamente en el sillón, dejando que su pensamiento vagara libremente. ¡Qué espectáculo iba a ofrecerle a la ciudad! ¡Dos hermanas ejecutadas al mismo tiempo, en el mismo sitio, el mismo día, una quemada viva por herejía, y la otra, ahorcada como una vulgar prostituta judía! ¡Qué suerte! ¡Qué resplandeciente contribución a la purificación de la iglesia y la raza española! Cerrando los ojos, imaginó la escena con un goce perverso: ¡la hereje envuelta en llamas y la furcia colgada de la horca, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre! Una ocasión única, para no perdérsela. Por otra parte, en lo concerniente a la judía ya era hora. ¡Había esperado algo mejor de ella! A fin de cuentas, las cinco noches que acababa de pasar con ella apenas le habían aportado más que cualquier encuentro con otra mujer. Cualquier ramera hubiera podido hacerlo igual de bien… Ni la más

mínima novedad… ¿Sería posible que no tuviera experiencia? No, evidentemente. Simplemente se negaba a dejarlo disfrutar de su talento, obstinación típicamente judía… Pero él iba a acorralarla, obligándola a desempeñar sus funciones hasta el final, persuadido como estaba de que ella podía satisfacerlo y colmarlo mejor que ninguna. ¡Sí, basta ya! ¡Eso de seguir exponiendo su impotencia ante esa mirada altiva, quedaba definitivamente excluido! ¡Si ella no quería o no conseguía devolverle su virilidad, como él esperaba, entonces moriría el viernes, con su hermana!

—¡Ruiz! —aulló incapaz de contener su exasperación.

Contoneándose y retorciéndose como un gusano, según su costumbre, el hombre acudió instantáneamente al oír la orden.

—¡Ruiz, el viernes, al despuntar el sol, prepare una pira, instale una tribuna y un patíbulo en la gran plaza!

—¿Un patíbulo en la gran plaza, Excelencia?

—¡En la gran plaza, sí! ¿Estás sordo?

—¿Debo entender, Excelencia, que tenéis en perspectiva una doble ejecución?

—¡Exactamente, retrasado mental, el de la judía Villeda y el de su hermana, la hereje Nonell!

—¡Enhorabuena, Excelencia! ¡Sin ningún género de duda, es una gran victoria para la Iglesia católica de España!

—¡Gracias! Ahora, puedes retirarte.

Aquella noche, antes de ir a ver a Orovida, Anaya se ocupó de coger una garrafa llena del vino de Guzmán. Desde que entró en la celda, ella descubrió un cambio en su comportamiento. Extrañamente tenso, le pareció casi ausente. ¿Estaría perdiendo la paciencia? ¿Qué significaba ese vino que traía? ¿Estaría viviendo su última posibilidad de salir del mal paso? Un pánico cerval se apoderó de ella. Apenas había pasado una semana desde el día de su arresto. Por lo menos haría falta otra antes que Jufré pudiera acudir en su auxilio. Por tanto, debía aferrarse a la vida, con todas las fuerzas que le quedaban, durante al menos siete días, buscando mientras tanto el medio de estimular sus sentidos… ¿Todo problema no traía consigo, aquí abajo, su triste solución? «Sal de ti misma, busca otra cosa. Ve más lejos, descubre si quieres vivir…», gritaba mentalmente para sí. Lo que deleitaba a los hombres de verdad, como Jufré y David, no podía agradarle a un ser lúbrico, como su verdugo, obcecado por su impotencia y por su constitución anormal… ¿Acaso no le había exigido a ella, en más de

una ocasión, que invirtiera los papeles? Pues bien, ahora no le quedaba más remedio que invertirlos si quería volver a ver a Jufré, no le quedaba más remedio que embriagarse como los hombres antes de entregarse al desenfreno…

—Otra más, os lo ruego, otra copa más… —se oyó decir a sí misma, ella que jamás bebía, con la mente y los sentidos ya apagados por los primeros efectos del alcohol ingerido en grandes dosis—. Dadme, dadme más de beber… —imploró perdiendo el control de sí, sintiendo que la embriaguez se apoderaba de ella, sumergiéndola poco a poco.

Sí, esta vez todo se enturbiaba, incluso sus manos que acababan de dejar escapar torpemente la copa, ya no eran las suyas, su cuerpo ya no era su cuerpo, el hombre que estaba delante de ella ya no era un enemigo…

Titubeante, lascivamente, se acercó a él, apretó su cuerpo contra el suyo, entreabrió febrilmente sus calzones, lo atrajo al jergón, se arrojó entre sus piernas, agarró su miembro, lo llevó a sus labios, lo besó varias veces, lo absorbió tan profundamente que él lanzó un grito prolongado. Al ver que llegaba al éxtasis, casi asfixiada, súbitamente soltó prenda y de golpe se encontró volcada boca arriba, abierta de par en par, poseída por un loco en el paroxismo de un delirio sexual por fin saciado. Para él, el milagro se había cumplido… ¡Ahora sólo quedaba por interpretar la monstruosa mascarada, hacerle creer que ella lo amaba!… «¡Claro que sí, sigue representando la farsa!, le cuchicheaba su conciencia desordenada. ¡No es una bestia que te maltrata, es un sueño, una alucinación! ¡Sí, es Jufré que te tiene entre sus brazos y que te ama… Bien sabías que volvería!… Está aquí… Es Jufré…, él, Jufré…» Entonces, perdiendo todo control de sí misma, la imagen de su amante se superpuso a la de su verdugo, y Anaya creyó que iba a desfallecer de placer.

Desde el principio, él había sabido que ella no era una mujer como las demás, pero, ¡por todos los diablos del infierno!, jamás había imaginado que podría experimentar tanta felicidad… Triunfante, loco de orgullo, su virilidad ya no flaqueaba. ¡Ah, la cabalgaba como un hombre debía cabalgar a una mujer! Más aún, él había domado, conquistado, a la altanera judía inaccesible… Por fin era suya, toda suya, libremente, consintiéndolo con todo su ser. Con frenesí, una vez más, se abalanzó sobre ella, la volvió a estrechar furiosamente, con la mente y los riñones triturados por una fulgurante pulsión. Jamás ninguna mujer lo había excitado así.

Cuanto todo estuvo consumado y, quebrantada, Orovida se hundió en un vertiginoso sueño aún acentuado por los efectos del vino, Anaya, también achispado, no por el alcohol sino por su propia histeria, se levantó vacilante y salió a respirar en la noche una bocanada de aire fresco, presa de los más contradictorios y tumultuosos pensamientos: «¡Cuidado, es una judía! —se repetía con aire alelado—. ¡Trabaja para el demonio! ¡Te va a hundir, te va a engatusar y jamás podrás liberarte de ella! ¡Será tu perdición!».

«¡Estás loco! —aullaba en su interior otra voz—. ¡Es incomparable! ¡Regalo de Dios o de Satán, eso qué importa, si desde ahora es tuya tal y como querías! ¡Es tuya!… te ama… y tú también, tú la amas…»

«¿Amarla? ¿Ella? ¿Una judía, representante de una raza pusilánime y despreciable? ¡Todavía ayer, tú la execrabas por su orgullo, su menosprecio! ¡La detestabas por la sangre judía que corre por sus venas!»

«¡Sí, pero eso fue ayer! ¡Hoy, es mía. Me ama y, porque me ama, es más que ninguna otra mujer en el mundo! ¡Sí, la amo, la amo!…»

«¡Insensato! Crees que la amas. ¡Simplemente te ha embrujado para salvar su vida! ¡Vamos, domínate, y vuelve a tu residencia! Descansa un poco y mañana verás las cosas de otro modo. ¿Acaso has olvidado que ella debe morir?»

«¿Morir? ¡No, ella no puede morir! ¡No debe morir! ¡Yo la quiero viva, para mí, sólo para mí! ¡Ahora no puedo dejarla morir… todavía no!»

Sin haber conciliado el sueño, agotado, embotado, Anaya emergió de su cama tarde en la mañana.

¿Por qué se habría comprometido fijando el día de su ejecución?, refunfuñó, furioso consigo mismo.

Ahora tenía que encontrar la forma de retractarse. No, era imposible, ella no podía morir al otro día. ¡No, por tu amor, Jesús, mañana no!… ¡Ninguna mujer puede igualarla. Sin ella, seguiría impotente para siempre!…

Atravesando la antecámara para acudir a la gran sala, abordó a Ruiz con un gesto de falsa desenvoltura:

—¿Qué tal van los preparativos? —preguntó enmascarando su fiebre.

—Perfectamente bien, Excelencia. El prior y yo hemos estudiado minuciosamente el desarrollo de la ceremonia. Tanto él, en nombre de la Santa Madre la Iglesia, como yo en representación de las autoridades civiles, estamos al tanto de todo para que sea un espectáculo impresionante.

Una doble ejecución no es cosa de todos los días. Más aún, tratándose de dos hermanas… Así, pues, la tribuna se erigirá en el extremo de la Plaza Mayor y cuando la hereje entre en la explanada, se encontrará en seguida frente a sus inquisidores. Una pequeña plataforma ha sido dispuesta en el centro de la plaza. Allí permanecerá la condenada durante la lectura de la sentencia. A su izquierda se levantará la hoguera. Cuando la judía sea conducida por la escalera de San Mateo, a la derecha, la pira estará igualmente frente a ella. ¿No era esa vuestra intención, Excelencia, que la viuda se entere de lo que le espera a su hermana en el mismo momento en que ella también esté a punto de morir?

Anaya asintió sin convicción.

—Entonces nos hemos entendido perfectamente. El patíbulo ha sido erigido en el único lugar lógico posible, frente a la hoguera. La hereje condenada a las llamas y la judía a la horca se verán una a la otra. En tal sentido, se han dado instrucciones para que la multitud no pueda entrar en el centro de la plaza, de forma que el espectáculo sea visible para todos.

—¡Está bien! ¡Por una vez, Ruiz, has hecho un buen trabajo! Con la ayuda de De Toro, supongo… Desgraciadamente, tus esfuerzos han sido quizás un poco prematuros. ¡Da la orden para que mañana antes del alba desmonten el patíbulo! Acaban de informarme que la viuda Villeda padece una extraña y violenta fiebre susceptible de llevársela antes de esta noche.

—¿Es eso verdad, Excelencia? ¿No será más bien otro engaño por su parte? ¡No olvidéis que es una farsante empedernida!

—¡No, es imposible! La han examinado. La enfermedad no es una simulación.

—¡Qué mala suerte! —suspiró Ruiz, desolado—. La gente va a quedar terriblemente decepcionada. Esperaban este espectáculo con tanto ardor…

—Los caminos del Señor son inescrutables… —susurró Anaya, haciéndole eco santurronamente al Hermano Gil—. ¡Sea lo que fuere, ven a verme mañana al rayar el alba!

A todo lo largo del día, Su Excelencia el Corregidor de Villafranca no pudo estarse quieto. Con la sangre hirviéndole de deseo por la judía, el tiempo le pareció una eternidad. A la primera campanada del Ángelus, entró en su cuarto, donde se encerró con la intención de dormir un poco, para luego poder disfrutar mejor de los placeres de la noche. Pero fue en vano. Cuando por fin anocheció fue a ver a Orovida, y le pareció más bella que nunca. Al fulgor de un cabo de vela, sus cabellos dorados y su rostro

resplandecían con destellos casi sobrenaturales. ¡Dios, cuán apetecible era! Si en verdad era obra de Satán, entonces no resultaba tan asombroso que el Señor Jesús no hubiera conseguido derrotarlo…

—¿Habéis traído vino? —se limitó a preguntar ella más muerta que viva.

—Sí, mi tierna paloma, mi tórtola, todo el que quieras.

Llenando dos copas con gesto burlón, alzó la suya muy alto: «¡Por nuestro amor!», berreó vaciándola de un tirón, en seguida imitado por Orovida, titubeante.

—¡Por todos los santos del paraíso, tú me has embrujado! —cloqueó con una risa grosera esgrimiendo con gesto obsceno su virilidad renaciente —. ¿Lo ves? ¡Soy un hombre nuevo! Ahora me basta con mirarte, y fíjate…

Entonces se echó otra vez sobre ella, y de nuevo gozó de sus placeres como un condenado. Pero, milagrosamente, para Orovida seguía siendo Jufré quien la poseía, ella sólo lo estrechaba a él contra su corazón, perdidamente. ¡Jamás Anaya poseería su corazón!

—¡De pie, Anaya!

Las palabras restallaron como un látigo en la puerta de la celda bruscamente abierta. Anaya se puso pesadamente de pie:

—¡Ruiz, guarro!

—Pero, Excelencia —se burló cínicamente su adjunto—, yo simplemente venía a enterarme del estado de la prisionera antes de nuestra cita al rayar el alba. Según me parece, era lo menos que podía hacer…

—¡Fuera de aquí, rata de alcantarilla, antes de que te aplaste!

—¡No, Anaya, la farsa ha terminado! ¡Jufré del Águila se me escapó entre los dedos, pero vos no escaparéis! Por lo demás, no he venido solo. Mis fieles milicianos me acompañan. Están armados y sólo esperan una palabra mía para intervenir. Os vigilan de cerca desde hace algún tiempo. Conocéis la ley, Anaya: ¡en tanto que cristiano, tenéis la suerte de poder salir indemne del aprieto, pero no en tanto que representante de la reina! ¡Y ni hablar de echarle tierra al escándalo, de eso podéis estar seguro! A menos que… que lleguemos a un pequeño acuerdo… Al fin y al cabo, el hecho es que personalmente no tengo nada contra vos. ¡No, no es vuestra cabeza lo que quiero, es vuestro puesto! En efecto, tal como lo habéis adivinado quiero sentarme sobre vuestro cojín de terciopelo. ¡Dádmelo por las buenas, delegad en mí vuestros poderes, y podéis estar seguro que me las ingeniaré para hacer que la reina me nombre oficialmente!

—¿Y yo, en qué me convertiré en medio de todo eso?

—Eso le corresponderá a la reina decidirlo. De todas maneras me parece que, con todo lo rata de alcantarilla que yo pueda ser, vuestro futuro será infinitamente más color de rosa si conseguimos solucionar este problema amistosamente.

—¡Que así sea! —rió amargamente Anaya, dominándose para no saltar al cuello de su rival—. ¡Tengo que admitir que no te hubiera creído capaz de semejante maquinación! Pues bien, ya estás satisfecho. ¿Y ahora que has dado prueba de tus aptitudes, la grande y rubia María te dejará meterte de nuevo en su lecho?

Sin hacer caso de la burla, Ruiz no pestañeó limitándose a decir:

—¡Quiero que tan pronto amanezca hayáis dejado la ciudad! Mañana por la mañana, soy yo quien representará a la reina en la tribuna. ¡Y ahora, vamos a redactar vuestra carta de dimisión!

Sonaban las diez de la mañana en los campanarios de Villafranca cuando el pequeño cortejo del auto de fe llegó a la Plaza Mayor. A la cabeza iban dos chavales de lozanas mejillas que se esforzaban, mordiéndose los labios, por mantener bien derechos los enormes cirios encendidos que llevaban. Detrás, de dos en dos, venía un grupo de monjes dominicos con hábitos blancos y embozados en voluminosas capas negras. El último de ellos enarbolaba una gran cruz en la que un Cristo de plata contemplaba indiferente la tragedia perpetrada en su nombre. Luego venía Alegra, flanqueada por los guardias, descalza, con un cirio encendido en la mano, envuelta en el infamante sambenito. En su cabeza, el capirote ritual pintarrajeado con las llamas del infierno. Al entrar en la plaza, no fue la siniestra tribuna situada frente a ella lo que atrajo su mirada, sino la pira con su amontonamiento de haces de leña. Horrorizada, aturdida por los alaridos —«¡muerte a la hereje!»- cada vez más virulentos que brotaban de la muchedumbre, súbitamente se detuvo, forcejeando y resistiéndose violentamente a los empujones de sus custodias. Hicieron falta seis hombres para dominarla y arrastrarla hasta el estrado, donde unas monjas la cogieron y la inmovilizaron.

Con la serenidad de un hombre de fe, el Hermano Gil se levantó y, con un gesto a la vez solemne e imperioso, impuso silencio a la multitud.

—Catalina Nonell —declaró— heos aquí ante nosotros, servidores del Santo Oficio de la Inquisición, dignatarios civiles y religiosos y ciudadanos cristianos de Villafranca, acusada del odioso crimen de herejía. Tras haber

aceptado el Santísimo Sacramento y el bautismo, después de haberos beneficiado de los privilegios y garantías concedidas a todos los católicos, habéis usado de vuestro supuesto cristianismo como de una fachada detrás de la cual pensabais poder retornar impunemente a vuestras prácticas judaicas. Además, corrompiendo el corazón de buenos y fieles cristianos, y haciéndoles sufrir vuestra satánica influencia, habéis empujado al mismo crimen a algunos de ellos, socavando así los cimientos de nuestra Santa Fe católica. Exhortada a confesar, habéis permanecido muda y sorda a todas nuestras conminaciones. En consecuencia, Catalina Nonell, ya no podéis salvaros en esta tierra. El Tribunal de la Fe, reunido para deliberar sobre vuestro caso, habiéndoos declarado hereje, os entrega al brazo secular, quien decidirá vuestra suerte. En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que dio su vida para redimir a todos los hombres, pedimos a las autoridades civiles que se muestren misericordiosas y no derramen sangre. Que Dios tenga piedad de vuestra alma y que vuestro ejemplo sirva como última advertencia a todos los herejes de esta ciudad. ¡Es posible que todavía algunos consigan disimular sus pecados a los ojos del hombre, pero que tengan mucho cuidado, porque Dios lo ve todo!

Imperturbable, el inquisidor volvió a sentarse. Ahora le correspondía al magistrado civil dar a conocer su decisión. Y no se hizo esperar:

—Catalina Nonell, nosotros os condenamos a morir en la hoguera en expiación por vuestros crímenes de herejía y traición. ¡Que las llamas que van a devorar vuestro cuerpo, purifiquen vuestra alma procurándole la salvación eterna!

«¡Muerte a la hereje!», bramó la muchedumbre, mientras un cordón de guardias se esforzaba por contener a la gente que quería arrojarse sobre la condenada.

Pero Alegra ben Nahman ya casi no tenía conciencia de lo que la rodeaba. Un solo pensamiento dominaba su mente: ¿cómo iba a soportar el dolor? ¿Cuánto tiempo necesitaría el humo para asfixiarla? ¿Se desmayaría antes de que las llamas la lamieran? ¡Dios de Israel, qué haría para sobrellevar semejante agonía! Pero ya las monjas le quitaban el sambenito, y los guardias la agarraban arrastrándola hacia el poste levantado al pie de la hoguera, donde la ataron fuertemente por los brazos y el cuello. «Si empujo hacia adelante la cabeza, quizás me asfixie con la cuerda…, tuvo tiempo de decirse… ¡Oh, Dios creador de la tierra y del cielo, ten piedad de mí! ¡Concédeme el coraje para estrangularme con esta cuerda antes de que

me quemen viva!» Empantanada en un indescriptible pavor, ni siquiera oyó una voz que la exhortaba por última vez a arrepentirse.

«¡Dios del cielo, os lo suplico, haced que la cuerda me estrangule… pronto!…»

Entonces Juan Ruiz se levantó. En su condición de nuevo corregidor de Villafranca, encender la hoguera era su privilegio. Teatralmente, descendió de la tribuna, cogió solemnemente la antorcha que le alargaba un guardia y, mostrándose ufano en el ejercicio de sus nuevas funciones, se dirigió con pasos calculados hacia la hoguera. Un silencio de plomo se abatió sobre el populacho. Juan Ruiz extendió la mano y la primera chispa crepitó en la leña.

En ese preciso instante, la voz del pregonero resonó en la plaza:

«¡Oíd, ciudadanos cristianos de Villafranca, vais a ser testigos de la ejecución de la prostituta judía de Toledo, la viuda Villeda, la más grande incitadora al desenfreno que los virtuosos cristianos de Villafranca hayan jamás conocido! ¡La hereje Nonell y la viuda Villeda nacieron de las mismas entrañas de una maldita judía! ¡Dos hermanas poseídas por el demonio, ambas dedicadas a llevar a los cristianos por el camino de la condenación eterna! ¡Regocijaos, pues, buenas gentes! ¡Toda la maldad será extirpada de sus cuerpos en este día bendito!»

«¡Muerte a los judíos!» «¡Muerte a los herejes!», rugieron al mismo tiempo cientos de bocas cuando Orovida apareció en la Plaza Mayor.

Pero, al igual que su hermana, ella ya no oía nada, apenas el chisporroteo de la hoguera. ¡Ningún sufrimiento le sería dispensado, ni siquiera en el último momento! Al distinguir frente a ella a su hermana martirizada, en un último arranque de arrojo que creía perdido, irguió valientemente la cabeza, como si quisiera trasmitirle ese ímpetu a Alegra, tratando a la vez de sacar de sí misma la fortaleza para afrontar su propia muerte.

Las dos hermanas intercambiaron una última mirada.

Alegra estiró débilmente el cuello para demostrarle a su hermana que había captado su mensaje. Luego, la vida se le fue.

A continuación izaron a Orovida en la horca.

Y quiso la voluntad de Dios que justo antes de que le vendaran los ojos, ella entreviera, abriéndose paso a codazos entre la multitud, al hombre que tanto había esperado.

«… Jufré estaba allí… Jufré venía hacia ella… Ella siempre había sabido que él vendría, que no la abandonaría, aunque fuera tan solo un segundo antes de la eternidad…»

Sus ojos verde mar lloraron de amor y pesar y cólera y compasión al encontrarse con los de Orovida. Ella sabía que era imposible que él le fallase. Y saberlo fue como un rayo de luz inundando la oscuridad que la rodeaba. Ahora ya podía abismarse en sí misma.

Fue él quien retiró su cuerpo del patíbulo, y lo trasladó hasta el cementerio judío, en las afueras del pueblo; fue él quien cavó su tumba junto a la de David. Sus lágrimas caían en la tierra recién removida.

José y Fortuna también estaban allí, preparando el cuerpo, lo mejor que podían. Entonces llegaron Meir Barchillon y Salomón Cohen. Se habían visto obligados a esperar a que el rabioso populacho se dispersara antes de atreverse a salir del barrio judío. No obstante ambos habían venido, espontáneamente, sin avisar.

A doña Orovida Villeda, nacida Benveniste, viuda de don David Villeda de Toledo, la enterraron según el rito judío y se dijeron oraciones junto a su tumba. Se oró también por su hermana. Un judío, aunque hubiera pecado, seguía siendo un judío.

«Misericordioso Dios que moras en el cielo…»

Cuando la ceremonia hubo acabado, Jufré del Águila se inclinó para depositar el talismán en la tumba de Orovida. Pero Fortuna retuvo su mano:

—Quedáoslo —dijo— y velad para que ella siga viviendo en él.

OceanofPDF.com

POST-SCRIPTUM

Diez años necesitaron Fernando e Isabel para conquistar el reino moro de Granada, cuyo derrumbamiento se verificó el 2 de enero de 1492. Tres meses más tarde, el 31 de marzo de 1492, el edicto de expulsión de los judíos de España era firmado en Granada por los Reyes Católicos.

El 15 de junio del mismo año, Abraham Seneor aceptó el bautismo y recibió el nombre de Fernando Núñez Coronel.

El príncipe Juan jamás reinó. Murió a la edad de diecinueve años y fue enterrado en la iglesia del monasterio dominico de Santo Tomás, en Ávila.

Las hogueras de la Inquisición ardieron durante trescientos cincuenta años, consumiendo a judíos conversos, moros, protestantes y otras víctimas.

La Inquisición fue definitivamente abolida en 1834.

OceanofPDF.com

NOTAS

[1] Fiesta de las luces que conmemora la segunda consagración del Segundo Templo de Jerusalén por Judas Macabeo, después de haber sido profanado por Antíoco Epifanes en el año 168 a. C. *(N. de la A.)*

[2] Se trata de un candelabro especial, de nueve brazos, llamado *janukiá*. *(N. del T.)*

[3] Comida tradicional en la víspera de la Pascua judía, durante la cual se lee el pasaje del éxodo de Egipto. *(N. de la A.)*

[4] Pasaje de la *Hagadá* tradicionalmente recitado por los niños en la noche del *Séder*. La *Hagadá* es el libro que contiene la narración del éxodo de Egipto. *(N. de la A.)*

[5] Plural de *Hagadá*. *(N. de la A.)*

[6] Médico y teólogo judío que trató de demostrar la armonía entre la fe y la razón, la Biblia y Aristóteles. *(N. de la A.)*

[7] Pan ácimo que comen los judíos durante la semana de Pascua. *(N. de la A.)*

[8] Cajita donde se deposita un pasaje de la Biblia, ritualmente colocada en una de las jambas de la puerta de la casa. *(N. de la A.)*

[9] El término *casher* alude a un procedimiento ritual de purificación de los alimentos y, por extensión, significa «lo puro», «lo bueno», «lo noble». *(N. del T.)*

[10] Plegaria rezada en honor a los muertos. *(N. de la A.)*

[11] Caso de sospecha leve. *(N. de la A.)*

[12] Caso de sospecha grave. *(N. de la A.)*

[13] Ceremonia de confirmación religiosa de los muchachos judíos que tiene lugar a la edad de trece años. *(N. de la A.)*

[14] Se celebra una segunda noche de pascua judía en la diáspora para recordar que se está fuera de la Tierra Prometida. *(N. del T.)*

[15] *Yom kippur. (N. del T.)*

OceanofPDF.com



mipapyreebookreader.foroes.net

Creado*:* 20100828 — conforme estandar BBPP LARdT 1.0

Versión*:* 20100828

Más libros, más libres

OceanofPDF.com